



EL
NÚMERO
DE LA
TRAICIÓN

KARIN SLAUGHTER



rocaeditorial • criminal

«La autora de éxito Karin Slaughter nos pone en bandeja personajes con defectos y descripciones terriblemente realistas del proceso forense en esta primera entrega de su nueva serie.» *Booklist*

En la sala de urgencias del hospital más ajetreado de Atlanta, la doctora Sara Linton se ocupa de una mujer muy malherida: desnuda y con evidentes signos de haber sido torturada, está claro que ha sido presa de una mente retorcida. El detective Will Trent, de la Oficina estatal de Investigación de Georgia y su compañera Faith Mitchell, comienzan la investigación de los hechos pero enseguida se dan cuenta de que la terrible realidad es que la paciente de Sara tan solo es una de las múltiples víctimas de un asesino cruel y sádico. Además muy pronto, otra mujer —inteligente, atractiva y bien situada— es secuestrada. Will y su compañera Faith Mitchell se encuentran en el ojo de un huracán para dar caza y captura a un asesino. De hecho, ellos son lo único que hay entre un loco y su próxima víctima.

Lectulandia

Karin Slaughter

El número de la traición

Serie Will Trent - 3

ePUB v1.0

lan_raleigh 14.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Undone*
Karin Slaughter, 14 de julio del 2009.
Traducción: Mónica Faerna

Editor original: lan_raleigh (v1.0)
ePub base v2.0

A mis lectores
Gracias por confiar en mí.

Prólogo

Llevaban casados cuarenta años y Judith seguía teniendo la sensación de que había cosas de su marido que ignoraba. Cuarenta años preparándole la cena a Henry, cuarenta años planchando sus camisas, cuarenta años durmiendo en la misma cama, y seguía siendo un misterio. Quizás esa fuera la razón por la que continuaba haciendo todas esas cosas por él sin quejarse. Había mucho que decir de un hombre que, después de cuarenta años, aún era capaz de llamar la atención de su mujer.

Judith bajó la ventanilla y una fresca brisa de primavera invadió el interior del coche. El centro de Atlanta estaba tan solo a media hora, pero allí en Conyers había campo y algunas granjas. Era un lugar tranquilo, y la ciudad estaba a la distancia justa para que ella pudiera disfrutar de aquella paz. Sin embargo, al divisar los rascacielos allá en el horizonte, Judith suspiró pensando: «Mi casa».

Le sorprendió descubrir que a esas alturas ya sentía que Atlanta era su hogar. Hasta el momento había vivido siempre en las afueras, más bien en el campo. Prefería los espacios abiertos a las aceras de cemento de la ciudad, aunque tenía que reconocer que era agradable vivir en el centro y poder ir andando a la tienda de la esquina o a sentarse en un café si le apetecía.

A veces pasaba días sin tener que coger el coche; un estilo de vida que diez años antes le habría resultado inimaginable. Y sabía que a Henry le pasaba lo mismo. Sus hombros se tensaban con firme resolución cuando conducía su Buick por alguna carretera secundaria. Tras varias décadas

circulando por toda la red de autopistas e interestatales del país conocía instintivamente todos los atajos, las rutas menos frecuentadas, las curvas peligrosas.

Judith confiaba plenamente en la habilidad de Henry como conductor, de modo que se recostaba en su asiento, mirando por la ventanilla distraídamente, y los árboles situados al borde de la carretera se difuminaban y parecían más bien un espeso bosque. Iba a Conyers al menos una vez por semana, y siempre le parecía descubrir algo nuevo: una casita en la que no había reparado antes, un puente que había cruzado muchas veces sin fijarse en él. En eso consistía la vida: nunca te das cuenta de lo que pasa hasta que te detienes un momento para observarlo con calma.

Volvían de una fiesta que había improvisado su hijo para celebrar su aniversario. Bueno, en realidad había sido la mujer de Tom la que había organizado la fiesta. Ella se ocupaba de todo: era su secretaria, su ama de llaves, su niñera, su cocinera y es de suponer su concubina; todo en uno. Tom había sido una grata sorpresa, pues los médicos les habían asegurado que no podrían tener hijos. Judith lo adoró desde el mismo momento en que lo tuvo en sus brazos, y lo aceptó como si fuera un regalo, su tesoro más preciado. Lo crió con tal mimo y dedicación absoluta que, al parecer, a sus treinta y tantos años aún necesitaba que se ocuparan de él. Quizá Judith había sido una esposa demasiado convencional y una madre demasiado complaciente, y por eso su hijo se había convertido en la clase de hombre que necesita —espera— que su esposa se ocupe de todo.

Pero Judith no había vivido sometida a Henry, ni mucho menos. Se habían casado en 1969, una época en la que ya no estaba mal visto que las mujeres tuvieran inquietudes más allá de preparar el perfecto asado o encontrar el método más eficaz para limpiar las manchas de las alfombras. Desde el primer momento ella había tenido claro que quería que su vida fuera lo más interesante posible. Había participado en la asociación de padres del colegio de Tom, trabajado como voluntaria en el albergue para indigentes de su localidad y ayudado a organizar un grupo de reciclaje en su barrio. Cuando Tom se hizo mayor, Judith se puso a trabajar como contable para una empresa local y se apuntó a un grupo de la parroquia que se reunía para

preparar la maratón. Llevaba una vida muy activa, que contrastaba profundamente con la que había llevado su madre. Esta había acabado exhausta después de criar a nueve hijos y del duro trabajo físico que le exigía ser la esposa de un granjero, y al final de su vida había días que estaba tan deprimida que no podía ni hablar.

No obstante, Judith tenía que asumir que en el fondo también había sido muy convencional. Por más vergüenza que le diera admitirlo, había sido una de aquellas chicas que se matriculaban en la universidad para encontrar marido. Se había criado cerca de Scranton, en Pennsylvania, en una localidad tan pequeña que ni siquiera merecía un punto en el mapa. En ella no había más que granjeros, y ninguno de ellos se había fijado nunca en Judith. Tampoco podía reprochárselo: el espejo no engaña. Estaba excesivamente rellenita, tenía los dientes demasiado prominentes y, en general, tenía demasiado de todo para ser la clase de mujer que los hombres de Scranton elegían como esposa. Y luego estaba su padre, un hombre muy estricto a quien ningún joven en su sano juicio querría por suegro, al menos no a cambio de una chica dentuda y fondona sin talento alguno para las labores del campo.

La verdad era que Judith había sido siempre la rara de la familia, la que no encajaba. Leía demasiado y odiaba las labores propias de una granja; incluso de joven no le gustaban los animales y no quería ocuparse de cuidarlos y darles de comer. Ninguno de sus hermanos tenía estudios superiores: dos de los varones habían abandonado sus estudios en noveno grado, y una de sus hermanas mayores se había casado muy joven y había dado a luz a su primer hijo siete meses después de la boda. Naturalmente todos echaron sus cuentas, pero su madre, empeñada en negar la evidencia, insistió hasta el día de su muerte en que su primer nieto siempre había sido de constitución fuerte, incluso cuando era un bebé. Por suerte, el padre de Judith supo anticipar lo que el futuro podía depararle a su hija mediana: no habría matrimonio de conveniencia con ningún chico de la localidad, principalmente porque ninguno de ellos la encontraba en absoluto conveniente. Una universidad religiosa, decidió, era no solo la última, sino la única opción posible para ella.

Cuando Judith tenía seis años una brizna de paja la hirió en un ojo cuando corría detrás del tractor, y desde ese momento llevó gafas. La gente daba por supuesto que era muy cerebral porque las usaba, pero en realidad se equivocaban. Sí, le encantaba leer, pero le gustaban más las novelas baratas que la buena literatura. Pese a todo, siempre la consideraron una empollona. ¿Cómo era lo que le decían? «Los hombres no miran a una mujer con gafas.» Así, se llevó una gran sorpresa cuando en su primer día de clase en la universidad el ayudante del profesor le hizo un guiño. Al principio pensó que se le habría metido algo en el ojo, pero sus intenciones quedaron claras cuando, al terminar la clase, Henry Coldfield la llevó aparte y le preguntó si le gustaría tomar un refresco con él. Al parecer aquel guiño fue el comienzo y el fin de su sociabilidad. Henry era en realidad un hombre muy tímido, lo que no dejaba de ser curioso, teniendo en cuenta que más tarde se convertiría en el mejor viajante de una distribuidora de licores; un trabajo que él despreció siempre con toda su alma, incluso tres años después de jubilarse.

Judith suponía que la facilidad de Henry para relacionarse con la gente tenía que ver con que era hijo de un coronel del ejército y había cambiado de ciudad innumerables veces, pues nunca permanecían más de dos o tres años en la misma base. No hubo pasión a primera vista, eso vino después. Al principio, Judith se sintió atraída por el simple hecho de haberle atraído a él. Aquello era toda una novedad para la gordinflona de Scranton, que estaba en el extremo opuesto de la filosofía de Marx —de Groucho, no de Karl—: encantada de unirse a cualquier club que la aceptara como socia.

Henry era un club en sí mismo. No era ni guapo ni feo; ni atrevido ni retraído. Con su cabello peinado siempre de forma impecable y su acento neutro, «medio» era el adjetivo que mejor lo definía, así fue como Judith se lo describiría después en una carta a su hermana mayor. La respuesta de Rosa fue algo como: «Bueno, supongo que es lo más a lo que puedes aspirar». En defensa de Rosa habría que decir que en aquel momento estaba embarazada de su tercer hijo y el segundo todavía llevaba pañales, pero aun así Judith nunca le perdonó aquel desaire a su hermana, pues entendió que iba dirigido a Henry, no a ella. Si Rosa no había sido capaz de ver lo especial que era Henry era porque Judith no tenía talento para escribir; su novio estaba lleno

de matices que no se podían expresar con un puñado de palabras. Pero quizá le había hecho un favor: aquella observación tan poco delicada por parte de su hermana había dado a Judith la excusa perfecta para distanciarse de su familia y entregarse por completo a aquel introvertido y paradójico extraño.

La sociable timidez de Henry fue solo la primera de las muchas dicotomías que fue descubriendo a lo largo de los años en su marido. Le aterrorizaban las alturas, pero se había sacado la licencia de piloto antes de cumplir los veinte años. Se ganaba la vida vendiendo alcohol, pero no bebía. Era de natural casero, pero se había pasado la mayor parte de su vida adulta viajando por todo el noroeste y el medio oeste por motivos de trabajo, como cuando era pequeño y tenían que mudarse por el oficio de su padre. Por lo visto, su vida consistía principalmente en tener que hacer cosas que no quería hacer. Y sin embargo, Henry siempre le decía que su compañía era lo único con lo que realmente disfrutaba.

Cuarenta años y un montón de sorpresas.

Lamentablemente, Judith dudaba de que su hijo encerrara sorpresa alguna para su mujer. Cuando Tom era niño, Henry se pasaba tres semanas al mes fuera de casa, así que solo ejercía como padre de vez en cuando, y no siempre sacaba a relucir su faceta más amable. A consecuencia de ello, Tom había desarrollado el mismo carácter que había visto de niño en su padre: era estricto, inflexible y cabezón.

Y había algo más. Judith no sabía si era porque Henry consideraba su trabajo como una obligación para con su familia, o porque le obligaba a pasar mucho tiempo fuera de casa, pero parecía que en su relación con su hijo subyacía siempre una especie de tensión: «No cometas los mismos errores que he cometido yo. No te quedes estancado en un trabajo que detestas. No cambies tus sueños por un plato de lentejas». El único consejo positivo que le había dado a su hijo había sido que se casara con una buena mujer. Lástima que no hubiera concretado más. Lástima que no hubiera sido más comprensivo con él.

¿Por qué serían los hombres tan exigentes con sus hijos varones? Judith imaginaba que esperaban que sus vástagos tuvieran éxito allí donde ellos habían fracasado. En sus primeros años de matrimonio, cuando Judith se

quedó embarazada por primera vez y pensó que podía ser una niña, sintió una especie de calidez seguida de un brusco escalofrío. Una niña igual que ella, que desafiaría a su madre y al mundo entero. Aquello la ayudó a entender por qué Henry siempre deseaba que Tom lo hiciese mejor, que fuese mejor y tuviera todo aquello que deseaba y más.

Lo cierto era que Tom había tenido éxito en su trabajo, pero lo de su mujer había sido una gran desilusión. Siempre que Judith veía a su nuera tenía que reprimirse para no decirle que se enderezara, que hablara en voz alta, por el amor de Dios, y que tuviera un poco de dignidad. Un día, una de las voluntarias de la iglesia dijo que los hombres se casaban con sus madres. Judith no quiso ponerse a discutir con ella, pero de buena gana la habría desafiado a encontrar la más mínima semejanza entre ella y su nuera. De no ser porque deseaba pasar tiempo con sus nietos, Judith sería feliz si no tuviera que verla nunca.

Al fin y al cabo, sus nietos eran la razón por la que se habían mudado a Atlanta. Ella y Henry habían abandonado su retiro en Arizona y habían recorrido casi dos mil millas hasta aquella calurosa ciudad con alertas por exceso de contaminación y violencia callejera, todo para poder estar cerca de los dos niños más mimados y desagradecidos de toda la Appalachia.

Judith miró a Henry, que tamborileaba con los dedos sobre el volante y canturreaba mientras conducía. No hablaban de sus nietos si no era para decir algo bueno, probablemente porque un arrebató de sinceridad podría poner de manifiesto que en realidad no les caían demasiado bien, ¿y qué clase de abuelos serían entonces? Habían puesto su vida patas arriba por dos niños que no comían alimentos con gluten y tenían estrictamente pautadas sus horas de sueño y su vida social, que incluía únicamente a «niños de su mismo entorno e iguales objetivos vitales».

Pero al parecer de Judith, el único objetivo vital de sus nietos era ser el centro de atención. Es fácil pensar que no hay nada más fácil que encontrar a otros niños de un mismo entorno igualmente egoístas, pero según su nuera resultaba casi imposible. ¿Acaso no era el egoísmo el principal rasgo de la juventud? ¿Y acaso no era deber de los padres el ponerle coto? Desde luego, lo que todos tenían muy claro era que no es deber de los abuelos.

Cuando el pequeño Mark escupió su zumo no pasteurizado en los pantalones de Henry y Lilly se puso a devorar los bombones que encontró en el bolso de su abuela con tal ansiedad que a Judith le recordó a una vagabunda adicta a la metanfetamina que había visto el mes anterior en el albergue, Henry y ella se limitaron a sonreír como si se tratara de una de esas graciosas manías que tienen los niños y se corrigen con la edad.

Pero por lo visto tardaban en corregirse, y ahora que ya tenían siete y nueve años respectivamente, Judith estaba empezando a perder la fe en que algún día sus nietos se convertirían en adultos encantadores y bien educados que no sentirían la necesidad de interrumpir continuamente la conversación de los mayores ni de correr gritando a voz en cuello por toda la casa. El único consuelo que le quedaba era saber que Tom los llevaba a la iglesia todos los domingos. Naturalmente, deseaba que sus nietos vivieran en comunión con Cristo pero, sobre todo, quería que aprendieran las lecciones que se enseñaban en la escuela dominical «Honrarás a tu padre y a tu madre. Trata a los demás como querrias que te trataran a ti. No sueñes con que podrás echar a perder tu vida, abandonando los estudios y refugiándote en casa de tus abuelos».

—¡Eh! —gruñó Henry cuando un coche que venía en el otro sentido pasó por su lado a toda velocidad. Lo hizo tan cerca que el Buick se tambaleó sobre sus neumáticos—. ¡Niñatos! —masculló, agarrando con fuerza el volante.

Cuanto más se acercaba a los setenta, más parecía un viejo gruñón. A veces resultaba entrañable, pero otras Judith se preguntaba cuánto tiempo tardaría en ponerse a vociferar con el puño en alto culpando a los «niñatos» de todos los males de este mundo. Por lo visto, los niñatos en cuestión podían tener de cuatro a cuarenta años, y su irritación era todavía mayor cuando les pillaba haciendo algo que él mismo hacía antes pero que ya no podía disfrutar. Judith temía el día en que le retiraran el carné de conducir, algo que sucedería más temprano que tarde, teniendo en cuenta que en la última revisión del cardiólogo habían descubierto algunos problemillas. Esa era una de las razones por las que habían decidido mudarse a Arizona, donde no había nieve que retirar ni césped que mantener.

—Parece que va a llover —comentó Judith.

Henry estiró el cuello para mirar el cielo.

—Una noche perfecta para empezar el libro que te he regalado —replicó él, sonriendo.

Henry le había regalado por su aniversario una gruesa novela de las que a ella le gustaban, un romance histórico. Y Judith le había regalado a él una nevera portátil para sus clases de golf.

Judith entornó los ojos, miró la carretera y decidió que tenía que volver a graduarse la vista. Ella tampoco andaba tan lejos de los setenta, y cada año que pasaba veía peor. El anochecer era un momento especialmente delicado, pues con la falta de luz tendía a ver borrosos los objetos que estaban a cierta distancia. Esa fue la razón de que tuviera que parpadear varias veces para asegurarse de lo que veía, y no pudo avisar a Henry hasta que el animal estuvo justo delante de sus narices.

—¡Dios! —gritó Henry, sacando un brazo para proteger a Judith al tiempo que daba un volantazo para esquivar al pobre animal. Sin saber muy bien por qué, Judith pensó que era cierto lo que decían en las películas: todo parecía ralentizarse y el tiempo pasaba tan despacio que cada segundo parecía una eternidad. Sintió que el brazo de Henry bloqueaba firmemente su pecho, y un tirón del cinturón de seguridad a la altura de la cadera. El coche dio una sacudida, ella se golpeó la cabeza contra la puerta. El animal salió despedido contra el parabrisas y rompió la luna, luego rebotó en el techo y finalmente en el maletero. Pero Judith no empezó a registrar los sonidos hasta que el coche frenó en seco e hizo un trompo completo: crac, bum, bum, y un chillido salió de su propia boca. Debía de haber entrado en *shock*, porque Henry tuvo que gritar varias veces «¡Judith, Judith!», para que dejara de dar alaridos.

La mano de Henry le apretaba el brazo con tanta fuerza que el dolor le subía hasta el hombro. Ella le acarició el dorso y lo tranquilizó.

—Estoy bien, estoy bien.

Tenía las gafas torcidas y lo veía todo borroso. Parecía serena pero su respiración acelerada delataba su nerviosismo. Había saltado el airbag, y un polvo blanco muy fino le cubría la cara.

Por fin recobró el aliento y miró hacia el frente. La sangre había salpicado

todo el parabrisas, como un repentino y violento chaparrón.

Henry abrió la puerta pero no se bajó del coche. Judith se quitó las gafas para frotarse los ojos; los cristales se habían roto y faltaba la parte inferior del derecho. Vio que las gafas temblaban entre sus dedos, y enseguida se dio cuenta de que era su mano la que temblaba. Henry se bajó del coche y, haciendo un esfuerzo, Judith se puso las gafas y descendió también.

El animal estaba tendido en el asfalto, y aún movía las patas. A Judith le dolía la cabeza a consecuencia del golpe que se había dado. Tenía sangre en los ojos. Eso fue lo único que se le ocurrió al ver que el animal — probablemente un ciervo— tenía las blancas y torneadas piernas de una mujer.

—Oh, por Dios bendito —murmuró Henry—. Es... Judith... Es...

Judith oyó un coche detrás de ellos; los neumáticos chirriaron sobre el asfalto. Oyó que las puertas se abrían y se volvían a cerrar. Dos hombres se acercaron y uno de ellos corrió hacia el animal.

—¡Llaman al 911! —gritó, arrodillándose junto al cuerpo.

Las piernas se agitaron de nuevo, y esta vez distinguió con claridad que eran las de una mujer. Estaba completamente desnuda. Tenía unos moratones muy oscuros en el interior de ambos muslos. Parecía como si un fino plástico de color burdeos cubriera su torso, y presentaba una profunda herida en el costado por la que asomaba el hueso. Judith miró su rostro: tenía la nariz rota, los ojos hinchados y los labios reventados. La sangre empapaba el oscuro cabello de la mujer y formaba un charco alrededor de su cabeza, como si fuera un halo.

Judith se acercó, no pudo evitarlo; llevaba toda la vida volviendo discretamente la cabeza y ahora de repente quería mirar. Los cristales crujían bajo sus pies; de pronto, la mujer abrió los ojos espantada y se quedó mirando con ojos mortecinos algo por detrás de Judith. De manera igualmente repentina, sus párpados empezaron a cerrarse, pero Judith no pudo reprimir que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo.

—Dios mío —masculló Henry, casi rezando.

Al volverse, Judith vio que su marido se había llevado la mano al pecho. Tenía los nudillos blancos y la miraba como si se encontrara mal.

—¿Cómo ha pasado esto? —susurró, con el rostro contraído en una mueca de horror—. ¿Cómo demonios ha sucedido?

PRIMER DÍA

Capítulo uno

Sara Linton se recostó en su silla, murmurando con voz suave por el móvil: «Sí, mamá». Se preguntó si algún día eso volvería a parecerle normal, si volvería a sentir la misma alegría de antes al recibir una llamada de su madre, en lugar de ese dolor intenso que sentía ahora.

—Cariño —dijo Cathy con dulzura—, no pasa nada. Te estás cuidando y eso es todo lo que papá y yo necesitamos saber.

Sara notó que las lágrimas le escocían en los ojos. No era ni mucho menos la primera vez que lloraba en la sala de médicos del hospital Grady, pero estaba harta de hacerlo; harta de sentir, en realidad. ¿No era precisamente por eso por lo que se había trasladado a Atlanta dos años antes, dejando atrás la vida rural y a su familia, para no tener que recordar constantemente todo lo que había vivido?

—Prométeme que irás a la iglesia la semana que viene.

Sara murmuró algo que podía sonar como una promesa. Su madre no era tonta, y ambas sabían que era muy poco probable que Sara acudiera a misa aquel domingo de Pascua, pero Cathy no insistió.

Miró la pila de expedientes que tenía delante. Estaba terminando su turno y aún tenía que redactar los informes.

—Mamá, perdona, pero tengo que irme.

Cathy la obligó a prometer que volvería a llamar la semana siguiente antes de colgar. Sara se quedó unos minutos con el móvil en la mano, mirando el número en la pantalla hasta que empezó a desvanecerse; a

continuación marcó el siete y el cinco con el pulgar, pero no pulsó la tecla de llamada. Dejó caer el teléfono en el bolsillo y la carta rozó el dorso de su mano.

La Carta. Pensaba en ella como si tuviera entidad propia.

Sara miraba el buzón al volver a casa para no ir cargando con las cartas de un lado a otro, pero una mañana, sin saber muy bien por qué, lo miró al salir. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al ver el nombre del remitente escrito en el blanco sobre. Guardó la carta sin abrir en el bolsillo de su bata de médico, con la idea de leerla a la hora de la comida. Pero pasó la hora de comer y siguió sin abrirla, y tampoco lo hizo al llegar a casa, ni al día siguiente. Fueron pasando los meses y la carta iba con Sara a todas partes, unas veces en su bata, otras en el bolso de la compra. Se había convertido en una especie de talismán, y de vez en cuando metía la mano en el bolsillo para tocarla, solo para asegurarse de que seguía estando allí.

Con el tiempo, las esquinas del sobre se doblaron y el matasellos del condado de Grant empezó a difuminarse. Y cuanto más tiempo pasaba, más se resistía Sara a abrir la carta y descubrir qué podía tener que decirle la esposa del hombre que mató a su marido.

—¿Doctora Linton? —preguntó al llamar a la puerta Mary Schroder, una de las enfermeras—. Tenemos a una mujer que ha ingresado inconsciente, treinta y tres años, pulso filiforme, parece muy débil.

Sara miró las gráficas y a continuación, el reloj. El diagnóstico de una mujer de treinta y tres años con ese cuadro le llevaría un buen rato. Ya eran casi las siete y le quedaban solo diez minutos para acabar el turno.

—¿No puede encargarse Krakauer?

—Ya la ha examinado. Ha pedido una analítica completa y se ha ido a tomar un café con la rubia de turno —replicó Mary, visiblemente irritada por esto último—. La paciente es policía.

Mary estaba casada con un policía, cosa que no era de extrañar teniendo en cuenta que llevaba casi veinte años en el servicio de urgencias del Grady. Pero aunque no fuese así, existe una ley no escrita según la cual, en cualquier hospital del mundo, los agentes de la ley reciben siempre la mejor atención y de forma inmediata. Por lo visto Otto Krakauer no conocía dicha ley.

Sara no tuvo más remedio que ceder.

—¿Cuánto tiempo ha estado inconsciente?

—Según ella, un minuto —respondió Mary meneando la cabeza; sabía que, en lo referente a su propia salud, el testimonio de los pacientes solía ser poco fiable—. Parece bastante desorientada.

Esta última frase fue la que hizo que Sara se levantara de la silla. El del Grady era el único servicio de urgencias de Nivel 1 de toda la región, además de uno de los pocos hospitales públicos que quedaban en Georgia. Las enfermeras atendían a diario a víctimas de accidentes de tráfico, tiroteos, apuñalamientos, sobredosis y toda clase de tragedias. Tenían una especie de sexto sentido para detectar a simple vista los casos más graves. Y, desde luego, un policía no ingresaba en un hospital a menos que estuviera a las puertas de la muerte.

Sara hojeó la historia de la mujer mientras atravesaba el servicio de urgencias. Otto Krakauer se había limitado a recopilar los datos para el historial y a pedir los análisis de sangre de rutina, pero aquello no le permitía aventurar ningún diagnóstico. Por lo demás, Faith Mitchell era una mujer de treinta y tres años perfectamente sana, sin enfermedades ni traumatismos previos al ingreso. Con un poco de suerte, los resultados de los análisis le darían más pistas.

Sara se tropezó con una cama en el pasillo y murmuró una disculpa. Como siempre, estaban al completo y había pacientes por los pasillos, unos en camas, otros en sillas de ruedas, pero todos con peor aspecto del que seguramente tenían cuando llegaron. Probablemente la mayoría no podían permitirse perder el sueldo de un día y habían venido al hospital al terminar su jornada laboral. Algunos la llamaron al ver su bata blanca, pero Sara los ignoró y siguió estudiando la historia.

—Enseguida la alcanzo. Está en la tres —dijo Mary, antes de dejarse arrastrar por una anciana que esperaba en una camilla.

Sara dio unos golpes en la puerta abierta de la consulta número tres; otro privilegio más de los policías: la privacidad. Una mujer rubia y muy menuda estaba sentada en el borde de la cama, completamente vestida y visiblemente enfadada. Mary era muy buena en su trabajo, pero hasta un ciego se habría

dado cuenta de que Faith Mitchell no se encontraba nada bien. Estaba tan pálida como las sábanas de la cama, y aun a esa distancia su piel parecía fría y húmeda.

El hombre que la acompañaba no ayudaba mucho, paseando de un lado a otro de la habitación. Era atractivo, con el cabello dorado cortado al uno, y debía de medir más de metro ochenta. Tenía una cicatriz en la mandíbula, seguramente recuerdo de algún accidente de infancia, con la bicicleta o jugando al béisbol. Era delgado y fibroso, probablemente practicaba el atletismo y su terno delataba el torso musculoso de quien pasa muchas horas en el gimnasio.

El hombre se detuvo y miró alternativamente a Sara y a su compañera.

—¿Y el otro médico?

—Ha tenido que atender una urgencia —dijo Sara, dirigiéndose hacia el lavabo para lavarse las manos—. Soy la doctora Linton. ¿Le importaría ponerme brevemente al corriente? ¿Qué le ha pasado?

—Se desmayó —dijo el hombre, jugando nervioso con la alianza. Debí de pensar que parecía histérico, así que moderó un poco el tono—. No le había pasado nunca.

El nerviosismo de su compañero exasperaba aún más a Faith Mitchell.

—Estoy bien —insistió. Y dirigiéndose a Sara—: Ya se lo he dicho al otro médico. Estoy destemplada, como si hubiera pillado un catarro. Eso es todo.

Sara le cogió la muñeca para tomarle el pulso.

—¿Qué tal se encuentra ahora?

Faith miró a su acompañante.

—De los nervios.

Sara sonrió. Observó los ojos de Faith con la linterna, luego la garganta y realizó todo el examen físico de rutina, pero no encontró ninguna anomalía. Estaba de acuerdo con la evaluación preliminar de Krakauer: lo más probable era que estuviera un poco deshidratada. El corazón sonaba bien y no parecía haber sufrido ningún tipo de crisis.

—¿Se golpeó la cabeza al caer?

Faith iba a responder cuando el hombre la interrumpió.

—Fue en el aparcamiento. Se dio un golpe contra el asfalto.

Sara preguntó a Faith.

—¿Ha tenido algún otro síntoma?

—Alguna que otra jaqueca. —Parecía estar ocultando algo, pese a que a continuación añadió—: La verdad es que llevo todo el día prácticamente en ayunas. Esta mañana me he levantado con el estómago un poco revuelto. Y ayer también.

Sara abrió uno de los cajones para coger un martillo y comprobar sus reflejos, pero no vio nada anormal.

—¿Ha ganado o perdido peso últimamente?

—No —dijo Faith.

—Sí —respondió él al mismo tiempo. Con aire compungido, intentó arreglarlo—. A mí me parece que te sienta muy bien.

Faith aspiró hondo y luego exhaló lentamente el aire. Sara estudió al hombre de nuevo, y pensó que debía de ser economista o abogado. Tenía la cabeza vuelta hacia la paciente, y Sara detectó una segunda cicatriz, menos marcada, que bordeaba su labio superior y que obviamente no se trataba de una incisión quirúrgica. No se la habían cosido con demasiado cuidado, y el extremo que ascendía hasta la nariz tenía un aspecto algo irregular. Probablemente fue boxeador en la universidad, o quizá simplemente se había golpeado la cabeza muchas veces, porque era obvio que no sabía que la única manera de salir de un hoyo es dejar de cavar.

—Faith, yo creo que esos kilos de más te sientan de maravilla. Tú puedes permitirte...

Ella lo fulminó con la mirada.

—Muy bien —dijo Sara, abriendo el historial para hacer unas anotaciones—. Le vamos a hacer una radiografía de cráneo, y también me gustaría realizar algunas pruebas más. Pero no se preocupe, con las muestras de sangre que le hemos extraído bastará; no más agujas de momento. —Anotó un par de cosas y marcó varias casillas antes de alzar la vista para mirar a Faith—. Le prometo que tardaremos lo menos posible, aunque ya habrá visto que hoy estamos saturados. Tendremos que esperar al menos una hora para las radiografías. Intentaré meterles prisa, pero quizá quieran bajar a comprar

un libro o una revista para entretener la espera.

Faith no respondió, pero algo en la expresión de su cara había cambiado. Miró a su acompañante y luego a Sara.

—¿Necesita que le firme eso? —preguntó, señalando el historial.

No había nada que firmar, pero Sara le pasó el documento de todos modos. Faith escribió algo en el margen inferior y se lo devolvió. Había escrito: «Estoy embarazada».

Sara asintió y tachó el volante de la radiografía. Evidentemente, Faith aún no se lo había comunicado al hombre, pero ahora mismo tenía otras preguntas que hacerle y no podía formularlas sin levantar la liebre.

—¿Cuándo le hicieron la última citología?

Faith lo entendió a la primera.

—El año pasado.

—Pues vamos a aprovechar ahora que está aquí —dijo, y dirigiéndose al hombre—. ¿Le importa esperar fuera?

—Oh —replicó él, algo sorprendido—, claro. Estaré en la sala de espera si me necesitas.

—Vale —dijo Faith, que se quedó mirándole mientras se marchaba y se relajó visiblemente cuando cerró la puerta. Luego le preguntó a Sara—. ¿Le importa si me tumbo?

—Claro que no.

La ayudó a acomodarse en la cama, pensando que Faith aparentaba menos de treinta y tres años. Tenía la actitud propia de un policía, esa especie de firmeza en los hombros que parecía advertir «nada de tonterías». Ella y su marido abogado hacían una pareja extraña, pero Sara había conocido a parejas mucho más extrañas que esa.

—¿De cuánto está? —le preguntó.

—Unas nueve semanas.

Sara lo anotó y continuó preguntando.

—¿Ha hecho el cálculo usted misma o la ha visto ya el ginecólogo?

—Compré un test en la farmacia. —Enseguida se corrigió—. Bueno, en realidad me he hecho tres. Soy muy regular.

Sara añadió un test de embarazo al resto de pruebas.

—¿Y cuánto peso ha ganado?

—Casi dos kilos y medio —admitió Faith—. Desde que me enteré no he parado de comer como una loca.

Según la experiencia de Sara, si confesaba dos kilos y medio de más probablemente habría engordado cinco.

—¿Tiene usted más hijos?

—Uno... Jeremy... Dieciocho.

Sara lo anotó en su expediente y murmuró:

—Uy, la compadezco. Los niños a los dos años se ponen insoportables.

—Será más bien a los veinte. Jeremy tiene dieciocho años. Desconcertada, Sara se puso a hojear la historia de Faith.

—Le ahorraré la cuenta —dijo Faith—. Me quedé embarazada con catorce años. Tenía quince cuando di a luz a Jeremy.

Resultaba difícil sorprender a Sara a esas alturas, pero Faith Mitchell lo había conseguido.

—¿Tuvo algún problema en su primer embarazo?

—¿Quiere decir aparte de convertirme en la candidata perfecta para protagonizar uno de esos dramones adolescentes para la televisión? —Faith meneó la cabeza—. No, ningún problema.

—Muy bien —replicó Sara, cerrando el historial para centrar su atención en Faith—. Cuénteme qué ha pasado esta noche.

—Iba a coger el coche y de pronto sentí que me mareaba. Lo siguiente que recuerdo es a Will conduciendo para traerme aquí.

—¿Cuando dice que se mareó se refiere a que todo le daba vueltas, o simplemente sintió que se desvanecía?

Faith se quedó pensando un momento antes de contestar.

—Más bien sentí que me desvanecía.

—¿Vio usted luces o notó un sabor extraño en la boca?

—No.

—¿Will es su marido?

Faith estalló en una risotada.

—Dios santo, no. Will es mi compañero... Will Trent.

—¿Sigue aquí el detective Trent? Me gustaría hablar con él.

—En realidad es agente especial. Y ya ha hablado usted con él. Acaba de salir de la habitación.

Sara tuvo la impresión de que se había perdido algo.

—¿El hombre que venía con usted es policía?

Faith se echó a reír otra vez.

—Es por el traje. No es usted la primera persona que lo toma por un enterrador.

—La verdad es que creí que era abogado —admitió Sara, pensando que en su vida había conocido a nadie con menos aspecto de policía.

—Tendré que decirle que lo ha confundido usted con un abogado, seguro que se siente muy complacido.

Sara reparó de repente en que Faith no llevaba alianza.

—Así que el padre es...

—No forma parte de mi vida —Faith lo reconoció sin el menor sonrojo, aunque Sara imaginó que habiéndose quedado embarazada con catorce años, pocas cosas podían sonrojarla ya—. Preferiría que Will no supiera nada de esto, es muy....

La mujer no terminó la frase. Cerró los ojos y apretó los labios. Su frente brillaba como si estuviera rompiendo a sudar.

Sara le cogió la muñeca para tomarle el pulso de nuevo.

—¿Qué pasa?

Faith apretó las mandíbulas, pero no respondió.

A Sara le habían vomitado encima demasiadas veces como para no reconocer las señales. Fue hacia la pila para empapar una toallita de papel.

—Aspire hondo y espire poco a poco.

Faith obedeció con los labios temblorosos.

—¿Tiene usted cambios de humor últimamente?

Pese al malestar, Faith respondió con cierta ironía.

—¿Quiere decir más de los habituales? —De pronto se llevó la mano al estómago y se puso seria otra vez— Sí. Estoy nerviosa, irritable. —Tragó saliva—. Tengo como un zumbido en la cabeza, como si tuviera el cerebro lleno de abejas.

Sara le presionó la frente con la toallita húmeda.

—¿Ha tenido náuseas?

—Por las mañanas, sí —respondió Faith con dificultad—. Imaginé que era cosa del embarazo, pero...

—¿Y qué me dice de esas jaquecas?

—Son bastante fuertes, y casi siempre me dan a primera hora de la tarde.

—¿Se ha fijado en si tiene más sed de lo habitual? ¿Orina mucho?

—Sí. No. No lo sé. —Haciendo un esfuerzo, logró abrir los ojos y preguntó—. ¿Qué es lo que tengo? ¿Es gripe, un tumor cerebral, o qué?

Sara se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano.

—Oh, Dios, ¿tan malo es? Los médicos y los policías solo se sientan cuando tienen que dar malas noticias.

Sara se preguntó cómo era que nunca se había fijado en eso. Creía que después de tantos años con Jeffrey Tolliver conocía todos sus tics, pero por lo visto había pasado por alto ese.

—Estuve casada quince años con un policía. Y no me había dado cuenta de eso, pero tiene usted razón... Mi marido siempre se sentaba cuando traía malas noticias.

—Yo soy policía desde hace quince años —replicó Faith—. ¿Le puso los cuernos, o se convirtió en un alcohólico?

Sara sintió un nudo en la garganta.

—Lo mataron hace tres años y medio.

—Oh, no —exclamó Faith, y se llevó la mano al pecho—. Lo siento mucho.

—No importa —dijo Sara, preguntándose por qué le habría contado a aquella mujer algo tan personal. Se había pasado los últimos años evitando hablar de Jeffrey y, de repente, se ponía a contarle cosas a una desconocida. Para quitarle hierro al asunto, añadió—: Pero acierta usted. Además, me puso los cuernos.

Era cierto, al menos la primera vez que se casó con él.

—Lo siento mucho —repitió Faith—. ¿Murió en acto de servicio?

Sara no quería responder a esa pregunta. De repente sintió náuseas, probablemente igual que Faith antes de perder el conocimiento. Esta se dio cuenta.

—No tiene por qué...

—Gracias.

—Espero que cogieran a ese hijo de puta.

Sara metió la mano en el bolsillo y envolvió el sobre con los dedos. Esa era la pregunta que todos le hacían: «¿Lo cogieron? ¿Pillaron al hijo de puta que mató a tu marido?». Cómo si eso importara. Como si la detención del asesino de Jeffrey pudiera aliviar en modo alguno el dolor que le había causado su muerte.

Afortunadamente, Mary entró en la habitación en ese mismo momento.

—Perdón —se disculpó la enfermera—. Los hijos de esa anciana la han dejado aquí tirada. He tenido que llamar a los servicios sociales. —Le pasó un papel a Sara—. Los resultados de la analítica.

La doctora frunció el ceño al leer los resultados.

—¿Llevas encima el glucosómetro?

Mary metió la mano en el bolsillo y le pasó el medidor de glucosa. Sara limpió la yema del dedo de Faith con un poco de alcohol. La analítica estaba perfectamente, pero el Grady era un hospital muy grande y no sería la primera vez que confundían las muestras de sangre.

—¿Cuándo comió por última vez? —le preguntó.

—Hemos estado todo el día en el juzgado. ¡Dios! —murmuró al notar el pinchazo, y continuó—: A eso de las doce me comí un bollito bastante pringoso que Will sacó de la máquina.

Sara insistió.

—Me refiero a su última comida «de verdad».

—Anoche, a eso de las ocho.

Por la expresión de culpa en la cara de Faith, Sara imaginó que había tirado de comida rápida.

—¿Ha tomado café esta mañana?

—Solo media taza. Ni siquiera podía soportar el olor.

—¿Con leche y azúcar?

—Solo. Normalmente desayuno bastante bien: yogur, algo de fruta. Siempre lo hago cuando vuelvo de correr. ¿Hay algún problema con mis niveles de azúcar?

—Ahora lo veremos —le dijo Sara, presionándole el dedo para que la sangre impregnara la tira.

Mary alzó una ceja, como preguntando si quería apostar a ver qué salía. Sara meneó la cabeza: nada de apuestas. Mary insistió y usó los dedos para indicarle uno-cinco-cero.

—Creía que el test se hacía al final —dijo Faith, con voz insegura—, después de beber esa cosa azucarada.

—¿Ha tenido problemas con los niveles de azúcar alguna vez? ¿Hay antecedentes de diabetes en su familia?

—No y no, que yo sepa.

El glucosómetro emitió un pitido y acto seguido apareció en la pantalla el 152.

Mary silbó, sorprendida de lo mucho que se había acercado. En una ocasión, Sara le había preguntado por qué no estudió medicina, a lo que le respondió que las enfermeras eran las que realmente sabían de medicina.

—Tiene usted diabetes —le dijo Sara a Faith.

Mary vaciló un momento antes de preguntar:

—¿Qué?

—Yo diría que seguramente hace ya un tiempo que es usted prediabética. Tiene el colesterol y los triglicéridos muy altos. Y la tensión también está un poco alta. El embarazo y esos kilos que ha cogido de repente (cinco kilos es mucho para nueve semanas de embarazo), sumados a los malos hábitos dietéticos, han sido la gota que ha colmado el vaso.

—Pero en mi primer embarazo todo fue perfectamente.

—Entonces era usted muy joven. —Sara le dio una gasa para detener la sangre—. Quiero que vaya a ver a su médico mañana a primera hora. Tenemos que asegurarnos de no pasar por alto ninguna otra cosa. Mientras tanto, procure controlar sus niveles de azúcar. De lo contrario, desmayarse en un aparcamiento no es lo peor que le podría suceder.

—¿Y no será simplemente...? Últimamente no estoy comiendo como Dios manda, en eso tiene razón, y...

Sara cortó en seco sus divagaciones.

—Cualquier cifra por encima de 140 se considera síntoma indiscutible de

diabetes. De hecho, en el primer análisis la cifra no era tan alta.

Faith se tomó un tiempo para asimilar la información.

—¿Y es crónica?

Era un endocrino quien debía responder a esa pregunta.

—Tendrá que hablar con su médico para que le siga haciendo pruebas.

No obstante, en su opinión, y según su experiencia, el pronóstico de Faith no era muy alentador. Siempre podía ser gestacional, pero no le parecía el caso.

Sara miró su reloj.

—Yo la dejaría esta noche en observación, pero para cuando terminemos de hacer el ingreso y de buscarle una habitación, su médico ya estará pasando consulta. De todos modos, algo me dice que usted no quiere quedarse aquí.

—Había pasado suficiente tiempo entre policías como para saber que, a la menor oportunidad, Faith saldría pitando del hospital. Continuó hablando—: Tiene que prometerme que llamará a su médico a primera hora... y a primera hora quiere decir exactamente eso. Una de nuestras enfermeras le enseñará cómo utilizar el glucosómetro y cuándo debe usted inyectarse, pero mañana mismo tiene que ver a su médico.

—¿Tendré que pincharme yo misma? —preguntó, bastante alarmada.

—La medicación oral está contraindicada durante el embarazo. Precisamente por eso debe usted ver a su doctor cuanto antes. Hay mucho de ensayo y error en esto. Su peso y sus niveles hormonales sufrirán cambios a lo largo del embarazo. Su médico será su mejor amigo durante los próximos ocho meses, al menos.

Faith parecía avergonzada.

—La verdad es que no tengo médico de cabecera.

Sara sacó su cuadernillo de recetas y escribió el nombre de la doctora con la que había hecho las prácticas.

—Delia Wallace pasa consulta en las afueras de Emory. Tiene una doble especialidad en ginecología y endocrinología. La llamaré esta noche para que le hagan un hueco mañana.

Faith no parecía muy convencida.

—¿Cómo es posible que me haya pasado esto así, de repente? Sé que he

cogido algunos kilos, pero no estoy gorda.

—No es necesario que esté gorda —le explicó Sara—. Ahora es usted mayor. El embarazo afecta a su sistema hormonal y a su capacidad para producir insulina. Además, últimamente no ha comido usted bien. Todos estos factores han precipitado la aparición de la enfermedad.

—Es por culpa de Will —masculló Sara—. Come como si tuviera doce años. Donuts, pizza, hamburguesas. Siempre que para en una gasolinera tiene que comprar unos nachos o un perrito caliente.

Sara volvió a sentarse en el borde de la cama.

—Faith, esto no es el fin del mundo. Está usted en buena forma. Y tiene un buen seguro médico. Se las arreglará perfectamente.

—Pero ¿y si...? —Faith se puso pálida y bajó la mirada—. ¿Y si no estuviera embarazada?

—No estamos hablando de una diabetes gestacional, sino de una diabetes en toda regla, de tipo dos. Un aborto no haría que desapareciera como por arte de magia. Mire, probablemente hace tiempo que empezó a desarrollarla; el embarazo simplemente ha hecho que se le declare antes. Al principio será todo un poco más complicado, pero nada más.

—Yo solo... —Faith no parecía capaz de terminar una sola frase.

Sara le dio unos golpecitos en la mano y se puso en pie.

—La doctora Wallace es una excelente profesional. Y sé que trabaja con el seguro médico municipal.

—Estatal —la corrigió Faith—. Pertenezco al DIG.

Sara imaginó que el seguro del Departamento de Investigación de Georgia sería muy parecido, pero aceptó la corrección. Era evidente que a Faith le estaba costando asimilar la noticia, y ella no se lo había puesto precisamente fácil. Pero lo hecho, hecho está. Le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo:

—Mary le pondrá una inyección. Se sentirá usted mejor enseguida. —Se dispuso a marcharse, no sin antes recordarle—: Hablaba en serio con lo de la doctora Wallace. Quiero que llame a su consulta mañana a primera hora, y tiene que dejar de alimentarse a base de bollitos pringosos. Una dieta baja en hidratos, sin grasas, y cinco comidas sanas al día, ¿estamos?

Faith asintió, un poco aturdida aún, y Sara salió de la habitación sintiéndose como una bruja. Sin duda, en los últimos años había perdido la costumbre de tratar a los pacientes, pero esta vez había sido especialmente torpe. ¿No era precisamente el anonimato lo que la había llevado a aceptar ese puesto en el Grady? Excepto por algunos vagabundos y prostitutas, raras veces veía al mismo enfermo dos veces. Eso era lo que realmente le atraía de aquel trabajo, que no tenía ocasión de involucrarse personalmente con los pacientes. En ese punto de su vida no quería establecer vínculos con nadie. Cada caso era una oportunidad para empezar de nuevo. Si tenía suerte —y si Faith se cuidaba un poco—, probablemente nunca volvería a verla.

En lugar de ir hacia la sala de médicos para terminar sus informes, Sara pasó por el puesto de enfermeras, atravesó la puerta de doble hoja, la sala de espera abarrotada de gente y, por fin, salió a la calle.

Había un par de terapeutas cardiorrespiratorios fumando un cigarrillo junto a la salida, así que Sara siguió caminando hacia la parte trasera del edificio. Se sentía culpable por no haber sabido comunicarle la noticia a Faith Mitchell como es debido, y buscó el número de Delia Wallace en su móvil antes de que se le olvidara. Dejó un mensaje en el contestador exponiéndole brevemente el caso de Faith y, al colgar, se sintió más tranquila.

Se había encontrado con Delia Wallace hacía un par de meses, cuando vino a visitar a uno de sus pacientes ricos, ingresado en el Grady tras un grave accidente de tráfico. Delia y Sara se habían graduado juntas en la facultad de medicina de Emory, y fueron las únicas mujeres incluidas en el cinco por ciento de los estudiantes que obtuvieron las mejores calificaciones. En aquella época existía una ley no escrita según la cual las mujeres que terminaban medicina solo tenían dos opciones: ginecología o pediatría. Delia se había inclinado por la primera, Sara por la segunda. A ambas les faltaba un año para cumplir los cuarenta. Delia parecía tenerlo todo; Sara la sensación de que no tenía nada.

La mayoría de los médicos —incluida Sara— eran arrogantes en mayor o menor medida, pero Delia siempre había sabido venderse muy bien. Mientras tomaban café en la sala común, Delia la había puesto al corriente de su vida: tenía una próspera consulta con dos despachos, un marido bróker y tres niños

que sobresalían en casi todo. Le había enseñado a Sara algunas fotos, y parecían la familia perfecta, como sacados de un catálogo de Ralph Lauren.

Sara no le había contado nada de lo que había hecho al acabar la carrera; no le había dicho que regresó al condado de Grant, a su casa, para trabajar como pediatra rural. No le habló de Jeffrey, ni de por qué se había mudado a Atlanta o por qué trabajaba en el Grady cuando podía haber abierto su propia consulta y tener una vida más o menos normal. Se había limitado a encogerse de hombros y a decir: «Al final acabé volviendo aquí», y Delia la había mirado con una mezcla de decepción y solidaridad. Ambas emociones tenían que ver con el hecho de que Sara siempre había ido por delante de Delia en Emory.

Se metió las manos en los bolsillos y tiró de su fino abrigo hacia adelante para protegerse del intenso frío. Sintió la carta contra el dorso de su mano al pasar por la entrada de ambulancias. Se había presentado voluntaria para hacer un turno extra esa misma mañana, y había trabajado dieciséis horas seguidas para poder tomarse el día siguiente libre. El frío de la noche le hizo reparar en que estaba agotada, y se quedó allí, con las manos metidas en los bolsillos, inspirando con deleite aquel aire frío y relativamente limpio. Podía distinguir el olor de la lluvia entre el tufo de los coches y el de lo que fuera que hubiera en el contenedor. Quizás esa noche lograra dormir. Siempre dormía mejor cuando llovía.

Miró los coches que pasaban por la Interestatal. Ya casi había pasado la hora punta; hombres y mujeres regresaban a casa con su familia después del trabajo. Sara estaba en lo que se conocía como la «curva del Grady», la que los reporteros utilizaban como referencia cuando tenían que hablar de retenciones en la desviación que pasaba por el centro de Atlanta. La carretera estaba iluminada por las rojas luces de freno esa noche, pues una grúa estaba retirando un todoterreno del arcén de la izquierda. Había coches de policía bloqueando la escena, con las sirenas encendidas iluminando la oscuridad con su fantasmagórica luz. Aquello le recordó la noche en que murió Jeffrey: la policía irrumpiendo en la escena, los de estatal poniéndose al mando y varias docenas de hombres vestidos con trajes blancos peinando la zona para recoger las pruebas.

—¿Sara?

Se volvió. Mary estaba en la puerta y le hacía señas para que volviera al hospital.

—¡Deprisa, ven!

Sara corrió hacia la puerta mientras la enfermera le iba enumerando datos.

—AT, accidente de tráfico de un solo vehículo y un peatón. Krakauer está con el conductor, que presenta posible infarto de miocardio, y su acompañante. Tú te ocupas de la mujer atropellada: fractura abierta en brazo y pierna derechos, pérdida de consciencia en el lugar del accidente. Posible agresión sexual y tortura. Un TES, técnico de emergencias sanitarias, pasaba por allí e hizo lo que pudo, pero está muy mal.

Sara pensó que la había entendido mal.

—¿Fue violada y atropellada?

Mary no se lo aclaró y se limitó a apretarle el brazo muy fuerte mientras corrían por el pasillo. La puerta de la sala de urgencias estaba abierta. Sara vio la camilla y a tres médicos en torno a ella. Todos los allí presentes eran hombres, incluido Will Trent, que estaba inclinado sobre la mujer.

—¿Puede decirme su nombre? —le preguntaba.

Sara no dejó de correr hasta que estuvo al pie de la cama, y la mano de Mary seguía agarrándole el brazo. La paciente estaba tumbada sobre un costado, en posición fetal. Su cuerpo iba sujeto a la camilla con esparadrapo, y le habían puesto sendas férulas neumáticas en el brazo y la pierna derechos. Estaba despierta, le castañeteaban los dientes y murmuraba algo que resultaba ininteligible. Tenía una chaqueta doblada bajo la cabeza, y un collarín alrededor del cuello. Un lado de su cara estaba cubierto por una costra de sangre y suciedad; un trozo de cinta aislante colgaba de su mejilla y se pegaba a su oscuro cabello. Tenía la boca abierta y los labios cortados y llenos de sangre. Habían retirado la sábana que la cubría, dejando al descubierto un corte en el costado, a la altura de uno de sus pechos; era tan profundo que se podía distinguir perfectamente la amarilla capa de grasa.

—Señora —preguntó Will—, ¿sabe dónde está?

—Apártese —le ordenó Sara, empujándole con más fuerza de la que pretendía.

Will Trent perdió momentáneamente el equilibrio y se tambaleó. Sara continuó a lo suyo. Había visto la pequeña grabadora digital que tenía en la mano y no le gustaba nada lo que estaba haciendo. Se puso unos guantes mientras se arrodillaba y hablaba a la paciente.

—Soy la doctora Linton. Está usted en el hospital Grady. No se preocupe, la vamos a cuidar muy bien.

—Ayúdeme... Ayúdeme... —repetía la mujer, y su cuerpo temblaba con tal violencia que hacía traquetear la estructura metálica de la camilla. Miraba fijamente al frente, pero sin enfocar. Estaba demacrada y tenía la piel descamada y seca—. Ayúdeme...

Sara le apartó el cabello de la cara con la mayor delicadeza que pudo.

—Hay muchos médicos aquí y todos vamos a ayudarla. Usted quédese conmigo, ¿de acuerdo? Ahora ya está a salvo.

Se puso de pie y apoyó la mano sobre el hombro de la mujer para que supiera que no estaba sola. Dos enfermeras más se habían incorporado al equipo y esperaban instrucciones.

—Que alguien me ponga al día.

Se dirigió a los técnicos de emergencias, pero fue el hombre que estaba al otro lado de la camilla el que empezó a hablar, recitando a toda velocidad las constantes vitales de la paciente y los primeros auxilios que habían realizado por el camino. El hombre iba vestido de calle y sus ropas estaban manchadas de sangre; debía de ser el TES que la había socorrido en el lugar del accidente.

—Herida penetrante entre las costillas once y doce. Fracturas abiertas en brazo y pierna derechos. Contusión en la cabeza. Estaba inconsciente cuando llegamos, pero recuperó la conciencia cuando empecé a atenderla. No pudimos tumbarla de espaldas —explicó con creciente pánico—; no dejaba de gritar. Teníamos que meterla en la ambulancia, así que la inmovilizamos con esparadrapo. No sé por qué no... No sé qué...

El hombre intentaba contener las lágrimas. Su angustia era contagiosa. El aire de la sala estaba cargado de adrenalina; no era de extrañar, teniendo en cuenta el estado de la víctima. Sara tuvo también un momento de pánico, le costaba asimilar los terribles daños que había sufrido aquel cuerpo, las

múltiples heridas, los evidentes signos de tortura. Más de uno en aquella sala tenía los ojos llenos de lágrimas. Intentó serenarse para rebajar la histeria a un nivel más asumible.

—Muchas gracias, caballeros. Han hecho ustedes cuanto han podido para traerla viva hasta aquí, pero ahora es mejor que despejemos un poco la sala para poder atenderla como es debido —dijo para despedir a los TES. A continuación, dirigiéndose a Mary—: Ponle suero intravenoso y prepara una vía central, por si acaso. —Y a otras dos enfermeras—: Trae un aparato de rayos, pide un TAC y llama al cirujano de guardia. Haz una gasometría, prueba de tóxicos, análisis metabólico completo, CSC y panel de coagulación.

Con mucho cuidado Sara auscultó a la mujer, tratando de ignorar las quemaduras y los cortes en forma de cruz. Escuchó los pulmones de la paciente, percibiendo el marcado relieve de las costillas bajo sus dedos. La respiración era regular, pero no tan fuerte como a Sara le hubiese gustado, probablemente a causa de la alta dosis de morfina que le habían puesto en la ambulancia. El pánico suele difuminar la frontera entre lo que ayuda y lo que estorba.

Se arrodilló de nuevo. Los ojos de la mujer seguían abiertos y le castañeteaban los dientes.

—Si le cuesta respirar, dígamelo y la ayudaré inmediatamente, ¿de acuerdo? ¿Cree que podrá hacerlo? —La mujer no respondió, pero Sara continuó hablándole de todas formas, explicándole paso a paso lo que iba haciendo y por qué—. Estoy comprobando sus vías respiratorias, quiero asegurarme de que respire bien. —Le abrió la boca con suavidad.

La mujer tenía los dientes de color rosado, lo que indicaba que tenía alguna herida abierta en la boca, pero Sara imaginó que se habría mordido la lengua. Su rostro estaba lleno de arañazos, como si le hubieran dado un zarpazo. Pensó que quizá tuviera que intubarla e inmovilizarla, por lo que esta sería su última oportunidad de hablar.

Esa era la razón de que Will Trent no quisiera marcharse. Le había preguntado a la víctima cómo estaba para sentar las bases para una declaración *in articulo mortis*. La víctima tenía que ser consciente de que se

estaba muriendo para que su declaración fuera admitida como prueba ante un tribunal. Incluso ahora, Trent seguía allí, apoyado contra la pared, observándolo todo por si tenía que declarar en el juicio.

—Señora, ¿puede decirme cómo se llama? —le preguntó Sara. Al ver que la mujer movía los labios esperó unos segundos, pero de su boca no salía ningún sonido—. Empecemos con algo más fácil. Dígame solo cuál es su nombre de pila, ¿de acuerdo?

—Aa... Aa...

—¿Anne?

—Na... Na...

—¿Anna?

La mujer cerró los ojos y asintió levemente con la cabeza. Su respiración se había acelerado a consecuencia del esfuerzo.

—Y ahora su apellido —la animó Sara.

La mujer no respondió.

—Muy bien, Anna. Lo está haciendo muy bien. Quédese conmigo —dijo Sara mirando a Will Trent, que se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

Volvió a centrarse en su paciente; examinó sus pupilas y le palpó el cráneo para ver si había alguna fractura.

—Tiene sangre en los oídos, Anna. Se ha dado un golpe muy fuerte en la cabeza. —Cogió una torunda húmeda y limpió la sangre seca de su rostro—. Sé que sigue usted ahí, Anna. Aguante un poco más, quédese conmigo.

Con mucho cuidado, Sara pasó los dedos por el cuello y el hombro y notó que la clavícula se movía. Siguió examinando la parte inferior de los hombros por delante y por detrás, y continuó con las vértebras. La mujer presentaba signos evidentes de desnutrición; sus huesos sobresalían de tal manera que prácticamente se le veía el esqueleto entero. La piel estaba desgarrada, como si le hubieran clavado anzuelos o ganchos y se los hubieran arrancado después. Tenía cortes superficiales por todo el cuerpo, y la larga y profunda incisión en el pecho seguía oliendo a infección; llevaba así varios días.

—La vía ya está lista y le he abierto del todo la llave del salino —dijo Mary.

Sara se volvió hacia Will Trent.

—¿Ve el directorio que hay junto al teléfono? —Él asintió—. Llame a Phil Anderson. Dígale que le necesitamos aquí abajo de inmediato.

Will vaciló un momento.

—Mejor voy a buscarlo.

—Será más rápido llamarle al busca. Su extensión es la 392 —dijo Mary mientras fijaba la vía con esparadrapo en el dorso de la mano. Le preguntó a Sara—: ¿Vas a pautarle más morfina?

—Vamos a terminar con el diagnóstico primero.

Intentó examinar el torso de la mujer; no quería mover el cuerpo hasta saber exactamente lo que tenía entre manos. Presentaba un agujero en el costado izquierdo, entre las costillas once y doce, lo que explicaba por qué la mujer gritó de esa manera cuando intentaron enderezarla: con el músculo y el cartílago desgarrados, el dolor debía de ser insoportable.

El TES le había puesto un torniquete y una férula neumática en la pierna y el brazo derechos. Sara retiró el vendaje estéril de la pierna, y vio que el hueso asomaba por la herida. La pelvis parecía algo inestable también. Eran heridas recientes. El coche debía de haberla golpeado por el lado derecho, doblándola por la mitad.

Sacó unas tijeras del bolsillo, cortó el esparadrapo que la sujetaba a la camilla, y le explicó:

—Anna, voy a tumbarte sobre la espalda. —Sujetó a la mujer por los hombros y el cuello, mientras Mary le sujetaba la pelvis y las piernas—. Mantendremos las piernas dobladas, pero tenemos que...

—¡No-no-no! —suplicó Anna—. ¡No, por favor! ¡No, por favor!

Sara y Mary continuaron con la maniobra, y Anna profirió tales gritos que Sara sintió escalofríos. No había oído nada tan aterrador en su vida.

—¡No! —aullaba la mujer—. ¡No! ¡Por favor! ¡Nooooo!

Empezó a sufrir violentas convulsiones. Rápidamente, Sara se inclinó sobre la camilla para sujetar a Anna y que no se cayera al suelo. La oía resoplar entre convulsión y convulsión, pues cada vez que se movía era como si le clavaran un cuchillo en el costado.

—Cinco miligramos de Ativan —ordenó, esperando poder controlar así los ataques—. Quédate conmigo, Anna. No te me vayas.

De nada sirvieron las palabras de Sara. La mujer había perdido la conciencia a consecuencia de los ataques o del mismo dolor. Un rato después de que el calmante surtiera su efecto, los músculos seguían espásticos y su cabeza y sus piernas se convulsionaban de forma sincopada.

—Aquí viene la máquina de rayos —anunció Mary, urgiendo al técnico para que entrara en la sala—. Voy a ortopedia, a buscar a Sanderson.

—Macon —se presentó el técnico de rayos.

—Sara —respondió ella—. Yo te ayudo.

El técnico le dio un delantal de plomo y luego se puso a preparar la máquina. Sara acariciaba la frente de Anna, apartándole el oscuro cabello de la cara. La mujer seguía convulsionando cuando Sara y Macon la tumbaron de espaldas, con las rodillas flexionadas para hacerle el menor daño posible. Sara se dio cuenta entonces de que Will Trent seguía en la sala.

—Tengo que pedirle que salga mientras hacemos esto.

Sara ayudó a Macon a sacar las placas; los dos se movieron lo más rápido que podían. Rezó para que la paciente no despertara y se pusiera a gritar de nuevo. Seguía oyendo aquellos alaridos, como los de un animal que hubiera caído en una trampa. Aquello bastaría para establecer que la mujer era perfectamente consciente de que iba a morir. Nadie podía gritar así a menos que hubiera perdido hasta la última esperanza.

Macon ayudó a Sara a poner a Anna de costado y, a continuación, se fue para revelar las placas. Ella se quitó los guantes, se arrodilló junto a la camilla una vez más y acarició la mejilla de Anna.

—Siento haberle empujado —le dijo a Will Trent.

Al volverse lo vio a los pies de la camilla, mirando fijamente las piernas de la víctima, las plantas de sus pies. Tenía la mandíbula apretada, pero Sara no sabía si era de espanto, de rabia o de ambas cosas a la vez.

—Los dos tenemos un trabajo que hacer —replicó Trent.

—Aun así lo siento.

Trent se inclinó y tocó suavemente la planta del pie derecho de Anna, probablemente convencido de que era lo único que podía tocar sin hacerle daño. A la doctora le sorprendió el gesto, casi tierno.

—¿Sara? —dijo Phil Sanderson desde la puerta, con sus guantes de

cirujano recién lavados.

Se incorporó y, apoyando suavemente los dedos en el hombro de Anna, le dijo:

—Tenemos dos fracturas abiertas y una pelvis destrozada. Hay una profunda incisión junto a la mama derecha y una herida penetrante en el costado izquierdo. Desde el punto de vista neurológico, no sé muy bien qué decirte: las pupilas no están reactivas, pero ha hablado de forma coherente.

Phil se acercó a la paciente y comenzó a examinarla. No hizo comentario alguno sobre el estado en que se encontraba, totalmente concentrado en lo que podía arreglar: las fracturas abiertas y la pelvis destrozada.

—¿No la has intubado?

—Las vías respiratorias están despejadas.

Era evidente que Phil no estaba de acuerdo con su decisión; en realidad, a los cirujanos ortopédicos les importaba muy poco que sus pacientes pudieran hablar o no.

—Y el corazón, ¿qué tal?

—Bien. La presión arterial es normal. Está estable.

En ese momento llegó el equipo de Phil y se pusieron a preparar el traslado de la paciente. Mary volvió con las placas ya reveladas y se las dio a Sara.

—Solo la anestesia podría matarla —advirtió Phil.

Sara colocó las placas en el panel luminoso.

—No habría llegado hasta aquí si no fuese una luchadora.

—La herida de la mama está infectada. Yo diría...

—Lo sé —interrumpió ella, poniéndose las gafas para examinar las placas.

—La herida del costado es bastante limpia. —Sanderson ordenó a su equipo que parara un momento y se inclinó para verla más de cerca—. ¿Sabes si el coche la arrastró? ¿Se cortó con alguna pieza metálica?

—Por lo que sabemos, le dieron de frente. Estaba de pie en mitad de la carretera —respondió Will Trent.

—¿Había algo en el lugar del accidente con lo que pudiera haberse hecho este corte? Es muy limpio.

Will vaciló; probablemente preguntándose si el cirujano se habría dado cuenta de lo que había pasado aquella mujer antes de ser atropellada.

—Había muchos árboles, era una zona rural. Todavía no he hablado con los testigos. El conductor tenía un fuerte dolor en el pecho.

Sara volvió a concentrarse en las placas de rayos: o no habían salido bien o estaba más cansada de lo que creía. Contó las costillas, pensando que sus ojos podían estar jugándole una mala pasada.

Will parecía haber percibido su confusión.

—¿Qué pasa?

—La undécima costilla —respondió Sara—. Se la han arrancado.

—¿Cómo arrancado?

—Sí, no se la han extirpado quirúrgicamente.

—Eso es absurdo —exclamó Phil, dirigiéndose hacia el panel para examinar la placa—. Será que...

Phil colocó la segunda placa, la antero-posterior, y luego la lateral. Se acercó un poco más, con los ojos entornados.

—¿Y dónde coño está? Una costilla no sale sola del cuerpo.

—Mira. —Sara recorrió con el dedo la línea dentada donde había estado el cartílago que antes sujetaba el hueso—. No es que falte: se la han arrancado.

Capítulo dos

Will condujo con los hombros caídos y la cabeza apretada contra el techo del Mini de Faith hasta donde se había producido el atropello. No había querido perder tiempo ajustando el asiento antes, cuando llevó a Faith al hospital, ni mucho menos cuando se dirigía a la escena del crimen más aterrador que había visto en su vida. El coche no iba del todo mal por las carreteras secundarias que conducían hasta la autopista 316, pese a que circulaba a mayor velocidad de la permitida. La amplia batalla del Mini se adaptaba mal a las curvas, pero Will fue aminorando a medida que se alejaba de la ciudad. Cada vez había más árboles, y la carretera se estrechaba más, y de pronto se encontró en una zona en la que no era raro que ciervos y zarigüeyas la cruzaran.

Iba pensando en la víctima; en la piel arañada, la sangre, las heridas por todo el cuerpo. En el mismo momento en que vio a los de la ambulancia empujando la camilla a toda prisa por el pasillo del hospital supo que aquello era obra de una mente muy enferma. La mujer había sido torturada. Alguien muy experimentado en el arte de infligir dolor le había dedicado mucho tiempo.

No podía haberse materializado en mitad de la carretera sin más. Las heridas en las plantas de sus pies eran recientes, por lo que debía de llevar un buen rato caminando por el bosque. Tenía una aguja de pino clavada en el puente, y las plantas llenas de tierra. Seguramente la habían retenido en alguna parte y, en un momento dado, había logrado huir de allí. El lugar tenía

que estar cerca de la carretera, y Will iba a encontrarlo aunque tardara toda la vida.

Reparó en que estaba pensando en «ella» aunque la víctima tenía un nombre, Anna, que se parecía mucho a Angie, el de su esposa. Como Angie, la mujer tenía el cabello y los ojos oscuros, la piel morena y un lunar justo debajo de la corva. Will se preguntó si aquel lunar sería algo frecuente en las mujeres de piel morena; a lo mejor era algo genético, algo asociado con el color de los ojos y el cabello. Seguro que la doctora Linton lo sabía.

Le vino a la mente lo que dijo Sara Linton mientras examinaba su piel magullada y los arañazos en torno a la herida del costado: «Debía de estar consciente cuando le arrancaron la costilla». Se estremeció al recordarlo. A lo largo de su carrera se las había tenido que ver con muchos sádicos, pero ninguno tan cruel como este.

Sonó el móvil y trató de sacarlo del bolsillo sin perder el control del volante. Lo abrió con mucho cuidado: la carcasa de plástico llevaba meses rota, pero había conseguido arreglarla con pegamento, cinta aislante y cinco trozos de cordel que hacían las veces de bisagra. Aun así tenía que manejar el aparato con sumo cuidado para que no se le descuajeringara en la mano.

—Will Trent.

—Soy Lola, cielo.

Frunció el ceño. Su voz tenía la aspereza propia de alguien que fumaba dos cajetillas diarias.

—¿Quién?

—Eres el hermano de Angie, ¿no?

—Soy su marido —la corrigió Will—. ¿Con quién hablo?

—Con Lola, una de sus chicas.

Angie trabajaba ahora como *freelance* para varias agencias de detectives, pero había sido agente de antivicio durante diez años. De vez en cuando Will recibía la llamada de alguna de las prostitutas con las que había trabajado. Todas necesitaban ayuda, y todas acababan volviendo a la cárcel, desde donde llamaban.

—¿Qué quieres?

—No hace falta que seas tan borde conmigo, cielo.

—Mira, llevo ocho meses sin hablar con Angie. —Casualidades de la vida, su relación se había roto casi al mismo tiempo que el móvil—. No puedo ayudarte.

—Soy inocente. —Lola rio su propia gracia y sufrió un ataque de tos—. Me pillaron con una sustancia blanca, no sé lo que era, un amigo me pidió que se la guardara.

Esa clase de chicas sabían más de leyes que muchos policías, y se mostraban especialmente cautelosas cuando utilizaban el teléfono público de la cárcel.

—Búscate un abogado —le aconsejó Will, mientras aceleraba para adelantar al coche que tenía delante. Un relámpago estalló en el cielo e iluminó la carretera—. No puedo hacer nada por ti.

—Podría ofrecerte cierta información.

—Pues cuéntaselo a tu abogado. —Will oyó un pitido en la línea y reconoció el número de su jefa—. Tengo que dejarte.

Colgó sin darle tiempo a Lola para decir nada más.

—Will Trent.

Amanda Wagner tomó aire, y Will se preparó para un discurso torrencial.

—¿Cómo demonios se te ocurre dejar a tu compañera en el hospital y marcharte en plan quijote a trabajar en un caso que está fuera de nuestra jurisdicción y en el que nadie nos ha pedido ayuda? Y para más inri, en un condado con el que no tenemos lo que se dice una buena relación.

—Nos pedirán ayuda —le aseguró Will.

—Tu intuición femenina no me impresiona nada esta noche, Will.

—Cuanto más tiempo dejemos esto en manos de la policía local, más se enfriará el rastro. No se trata de un secuestrador novato, Amanda. Esto no es ningún juego.

—La policía de Rockdale lo tiene todo bajo control —replicó ella—. Saben muy bien lo que se hacen.

—¿Están controlando las carreteras y buscando coches robados?

—No son idiotas.

—Sí que lo son —insistió Will—. No la han dejado tirada en la carretera, ha estado retenida en algún lugar cerca de la carretera y ha logrado escapar

por su propio pie.

Amanda guardó silencio unos instantes, probablemente esperando a que dejara de salirle humo por las orejas. Un segundo relámpago azotó el cielo, y el trueno que vino a continuación impidió a Will oír lo que le decían al otro lado de la línea.

—¿Cómo? —preguntó.

—¿En qué estado está la víctima? —repitió en tono cortante.

Will no pensó en Anna, sino en la mirada que había visto en los ojos de Sara Linton cuando subieron a la víctima al quirófano.

—La cosa pinta muy mal.

Amanda dejó escapar un hondo suspiro.

—Hazme un resumen.

Will le explicó el caso en líneas generales; el aspecto que tenía la mujer, los signos de tortura.

—Seguramente venía del bosque. Tiene que haber una casa en alguna parte, una cabaña o algo. No parecía que hubiera estado a la intemperie. Alguien la tuvo secuestrada durante un tiempo, la mató de hambre, la violó, la torturó.

—¿Crees que algún paleta se la llevó?

—Creo que fue secuestrada —replicó Will—. Lleva un buen corte de pelo y tiene los dientes blanqueados. No hay marcas de pinchazos, ni cicatrices. Tenía dos pequeñas cicatrices en la espalda, probablemente de una liposucción.

—Así que no es una vagabunda ni una prostituta.

—Había sangre en las muñecas y en los tobillos, como si hubiera estado maniatada. Algunas heridas habían empezado a cicatrizar, otras eran recientes. Estaba flaca, mucho. Debía de llevar bastantes días secuestrada; una semana, quizá, a lo sumo dos.

Amanda maldijo entre dientes. El papeleo empezaba a ser excesivo. El DIG era a nivel estatal lo que el FBI al nacional: se coordinaba con los cuerpos de policía locales cuando los delitos traspasaban los límites de un condado, y su cometido era centrarse en la investigación más allá de las disputas territoriales. El estado disponía de ocho laboratorios forenses, de

cientos de agentes especiales y de la policía científica, todos ellos dispuestos a colaborar con cualquier otro cuerpo de policía que lo solicitase. El problema era que la petición debía presentarse por escrito. Había formas de asegurarse de que la cumplimentaran, pero para eso había que pedir favores, y por razones que no sería de buena educación discutir en público, Amanda había perdido toda su influencia en Rockdale unos meses atrás por un caso relacionado con un padre mentalmente desequilibrado que había secuestrado y asesinado a sus propios hijos.

Will volvió a intentarlo:

—Amanda...

—Deja que haga algunas llamadas.

—Antes de nada, ¿podrías llamar a Barry Fielding? —preguntó, refiriéndose al responsable de la brigada canina del DIG—. No estoy muy seguro de que la policía local sepa exactamente a qué se enfrenta. No han visto a la víctima, ni han hablado con los testigos. Su detective ni siquiera había llegado al hospital cuando me fui. —Amanda no respondió, así que Will continuó—: Barry vive en el condado de Rockdale.

Al otro lado de la línea se oyó un tercer suspiro aún más profundo, y tras una pausa Amanda respondió.

—Vale. Pero intenta no tocarle los huevos a nadie más de lo estrictamente necesario. Llámame cuando descubras algo más. —Colgó.

Will cerró el móvil y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta; en ese preciso instante, un relámpago iluminó el cielo y un trueno retumbó en sus oídos. Will aminoró la velocidad; tenía las rodillas pegadas al plástico del salpicadero. El plan era llegar hasta la autopista 316, al lugar en que se había producido el accidente y, una vez allí, pedir muy educadamente que le dejaran entrar en la escena. Lo que no había previsto era el control de tráfico. Había dos patrulleros de la policía de Rockdale atravesados en mitad de la carretera, cortando ambos sentidos, y dos recios agentes plantados justo delante. Unos quince metros más allá, unas gigantescas lámparas de xenón iluminaban un Buick con el morro aplastado. Los agentes de la policía científica estaban por todas partes, enfrascados en la pesada tarea de recoger cada mota de polvo, piedra y cristal para llevarlo todo a analizar al

laboratorio.

Uno de los agentes se acercó al Mini. Will buscó el interruptor para bajar el cristal de la ventanilla, olvidando por un momento que estaba en el salpicadero. Para cuando logró bajar el cristal, el otro agente había venido a reunirse con su compañero y ambos le sonreían. Will cayó entonces en que debía de resultar bastante cómico verle metido en ese coche tan pequeño, pero eso ya no tenía solución. Cuando Faith se desmayó en el aparcamiento, lo único que pensó fue que el coche de ella estaba más cerca que el suyo y que tardaría menos en llegar al hospital si lo cogía.

—El circo está por ahí—le dijo el segundo agente, señalando hacia Atlanta con el dedo.

Will sabía que no debía intentar sacar la cartera mientras estuviera dentro del coche, de modo que abrió la puerta y salió del vehículo lo más dignamente que pudo. Un trueno retumbó por todo el cielo y los tres miraron hacia arriba.

—Agente especial Will Trent —les dijo, al tiempo que les mostraba su identificación.

Ambos adoptaron una actitud cautelosa. Uno de ellos se alejó, hablando por la radio que llevaba en el hombro, seguramente para consultar a su jefe (a veces la policía local se alegraba de poder contar con el DIG; otras preferían pegarles un tiro). El otro agente le preguntó:

—¿Adónde vas tan elegante, si puede saberse? ¿O es que vienes de un funeral?

Will se limitó a ignorar la pulla.

—Estaba en el hospital cuando ingresaron a la víctima.

—Tenemos varias víctimas —respondió el agente, claramente dispuesto a ponerle las cosas difíciles.

—La mujer —especificó Will—. La que se cruzó en la carretera y fue atropellada por un Buick conducido por un matrimonio mayor. Creemos que se llama Anna.

El segundo agente ya estaba de vuelta.

—Voy a tener que pedirle que vuelva a su coche, caballero. Según mi superior, esto está fuera de su jurisdicción.

—¿Puedo hablar con su superior?

—Ya imaginaba que diría eso —replicó el agente, con una aviesa sonrisa—. Me dijo que podía llamarle por la mañana, alrededor de las diez o diez y media.

Will miró hacia la escena del crimen.

—¿Puede decirme su nombre?

El policía se tomó su tiempo y, con mucha parsimonia, sacó su libreta, después el bolígrafo y, por fin, anotó el nombre. Arrancó la hoja con sumo cuidado y se la dio a Will, que miró fijamente los garabatos que había encima del número.

—¿Está en inglés?

—¿Es usted idiota? Fierro. Es italiano. —El hombre miró el papel y añadió—. Está bien clarito.

Will dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—Gracias.

No era tan tonto como para creer que los dos agentes regresarían tranquilamente a sus puestos mientras él volvía a entrar en el Mini. Pero ahora ya no tenía ninguna prisa. Se agachó, vio la palanca que servía para ajustar el asiento del conductor y la empujó hacia atrás todo lo que pudo. Se metió en el coche y se despidió de los agentes con la mano mientras daba media vuelta y se alejaba.

La 316 no había sido siempre una carretera secundaria. Antes de que se construyera la I-20, era la autopista que conectaba Rockdale con Atlanta. Actualmente, la mayoría de los conductores preferían la interestatal, pero todavía quedaba gente que la utilizaba como atajo. A finales de los años noventa, Will había participado en una operación encubierta para erradicar la prostitución de la zona y sabía que incluso entonces no era una carretera con mucho tráfico. Que aquellos dos coches hubieran pasado por allí al mismo tiempo que la mujer era casi milagroso. Y que esta hubiera logrado cruzarse en el camino de uno de ellos era todavía más sorprendente.

A menos que Anna los estuviera esperando. Quizá se puso delante del Buick a propósito. Will había descubierto hacía mucho tiempo que escapar es más fácil que sobrevivir.

Siguió conduciendo despacio, buscando una desviación donde dar la vuelta: la encontró a unos cuatrocientos metros. El asfalto estaba muy deteriorado, y sentado al volante de un Mini no había bache pequeño. Un relámpago iluminó el bosque como un fogonazo. Desde la carretera no se veían casas, ni cabañas ni establos, tampoco ningún cobertizo de aquellos que antiguamente se utilizaban para esconder alambiques. Continuó hacia delante, utilizando como referencia los potentes focos de la escena del crimen, y se detuvo justo enfrente. Echó el freno de mano y sonrió. El lugar del accidente estaba a menos de doscientos metros, y con las luces y el ajeteo parecía un campo de fútbol en mitad del bosque.

Cogió la linterna de la guantera y se bajó del coche. La temperatura empezaba a descender. Esa misma mañana, el hombre del tiempo había anticipado que el cielo estaría parcialmente cubierto, pero a Will le daba la impresión de que se avecinaba el diluvio.

Se internó en el bosque, examinando el terreno a la luz de la linterna, buscando cualquier cosa que pareciera fuera de lugar. Puede que Anna hubiera pasado por allí, pero también era posible que hubiera llegado por el otro lado de la carretera. La cuestión es que la escena del crimen no debería limitarse solo a esta: deberían estar peinando el bosque en un radio de al menos un kilómetro. No sería tarea fácil: el bosque era bastante espeso, los arbustos y las ramas bajas entorpecían el paso y los árboles caídos y los hoyos lo hacían aún más peligroso de noche. Will intentó ubicarse y se preguntó en qué dirección estaría la I-20, la zona más habitada, pero su sentido de la orientación se volvió loco y dejó de intentarlo.

El terreno se inclinaba ahora hacia abajo. Aunque aún estaba lejos, Will oía los ruidos típicos de una escena del crimen: el zumbido eléctrico del generador, el de los focos, el clic de los flashes, el murmullo de los policías y los técnicos y, de vez en cuando, alguna carcajada de sorpresa.

En el cielo las nubes se abrían, dejando pasar de tanto en tanto un rayo de luna que multiplicaba las sombras sobre el terreno. Por el rabillo del ojo vio un montón de hojas que parecía haber sido removido. Se agachó para examinarlo, pero la luz de la luna no ayudaba mucho. Las hojas parecían muy oscuras, pero era difícil saber si eran manchas de sangre o de lluvia. Lo que sí

parecía seguro era que algo había estado sobre ellas; pero la cuestión era si se trataba de un animal o de una mujer.

Intentó ubicarse de nuevo. Estaba a mitad de camino entre el Mini de Faith y el Buick accidentado. Las nubes volvieron a cubrir el cielo y la oscuridad reinó otra vez. La linterna que llevaba en la mano eligió ese preciso instante para agotarse: la bombilla adquirió primero un tono marrón amarillento y a continuación se volvió negra. Will le dio un golpe con la palma de la mano, intentando sacarle algo más de jugo a las pilas.

De pronto, el brillante foco de una linterna Maglite lo iluminó todo en un radio de dos metros.

—Usted debe de ser el agente Trent —dijo un hombre.

Will se llevó la mano a los ojos para proteger sus retinas. El hombre tardó unos segundos en enfocar la linterna hacia el pecho de Will. Con los potentes focos de la escena del crimen iluminándole desde la distancia, el desconocido parecía un globo de esos que se utilizan en el desfile anual de los grandes almacenes Macy's: abullonado en la parte superior y muy estrecho en la inferior. Su pequeña cabeza flotaba sobre sus hombros, y el cuello se le derramaba por encima del cuello de la camisa. Teniendo en cuenta su perímetro, el hombre se movía con sorprendente ligereza. Will no le había oído llegar.

—¿Detective Fierro? —aventuró Will.

El hombre enfocó su cara para que Will pudiera verla.

—Puede llamarme simplemente Capullo, porque así es como me va a llamar mientras conduce usted solito de vuelta a Atlanta.

Will, que seguía agachado, alzó la vista hacia la escena del crimen.

—¿Por qué no me deja echar un vistazo primero?

Fierro volvió a dirigir el foco hacia sus ojos.

—Además de un tocapelotas es muy terco, ¿no?

—Usted cree que la dejaron ahí, pero se equivoca.

—¿También lee la mente?

—Ha dado aviso a todas las unidades para que estén atentos a cualquier vehículo que resulte sospechoso, y tiene a la brigada científica examinando el Buick milímetro a milímetro.

—Si fuera un policía de verdad sabría que lo que he comunicado a todas las unidades es un 10-38, y la casa más cercana es la de un abuelo en silla de ruedas que vive unos tres kilómetros más arriba —Fierro hablaba con un desdén que a Will no le resultaba desconocido—. No pienso ponerme a discutir el caso contigo. Lárgate de mi escena.

—He visto lo que le han hecho a esa mujer —insistió Will—. No la metieron en un coche y la arrojaron a la cuneta: sangraba por todas partes. El que le hizo eso es un tipo listo; no la metería en un coche, ni se arriesgaría a dejar un rastro. Y estoy completamente seguro de que en ningún caso la habría dejado con vida.

—Tienes dos opciones —dijo Fierro, estirando dos de sus rechonchos dedos—: o te vas por tu propio pie o te sacan a rastras.

Will se incorporó y enderezó los hombros para que el hombre pudiera apreciarlo en toda su estatura.

—Vamos a ver si nos entendemos —contestó, mirando a Fierro con determinación—. Estoy aquí para ayudar.

—No necesito tu ayuda, Gómez. Te sugiero que des media vuelta, te metas en el coche de tu hermanita pequeña y te vuelvas por donde has venido. ¿Quieres saber lo que está pasando aquí? Pues léelo en el periódico.

—Seguramente quieres decir Lurch, el mayordomo de los Addams. Gómez era el padre —corrigió Will. Fierro frunció el ceño—. Mira, probablemente Anna, la víctima, estuvo tendida aquí. —Señaló el montón de hojas alborotadas—. Oyó que se acercaba un coche y caminó hacia la carretera para pedir ayuda. —Fierro no le interrumpió, de modo que Will continuó hablando—: Los perros están de camino. El rastro es reciente, pero la lluvia podría borrarlo.

En ese mismo instante, un relámpago seguido de un trueno vinieron a confirmar las palabras de Will. Fierro dio un paso al frente.

—Creo que no me estás escuchando, Gómez —dijo Fierro y, clavando la parte trasera de su linterna en el pecho de Will le obligó a retroceder. Continuó haciéndolo mientras añadía, subrayando cada palabra con un golpe —. Lárgate de aquí con tu traje de enterrador, señor DIG. Mete tu culo en ese cochecito de juguete y quítate de mi...

Los talones de Will chocaron contra algo duro. Ambos lo oyeron y se detuvieron.

Fierro abrió la boca, pero Will le indicó que guardara silencio y, a continuación, se arrodilló en el suelo. Will apartó las hojas con las manos y palpó el contorno de un tablero de contrachapado. Dos rocas colocadas a ambos lados de una esquina parecían señalar el lugar.

Se oía un ruido muy leve, una especie de murmullo. Will se inclinó un poco más y empezó a reconocer las palabras. Fierro también lo oía. Sacó su revólver y colocó la linterna a la altura del cañón para ver el objetivo. De repente, el detective ya no parecía molesto por la presencia de Will; de hecho, prefirió que fuera él quien levantara la trampilla de contrachapado y pusiera su cara en la línea de fuego.

Cuando Will alzó la vista para mirarle, Fierro se encogió de hombros, como diciendo: «Eras tú el que quería entrar en el caso.»

Trent se había pasado todo el día en los juzgados, por lo que había dejado el arma en casa, en el cajón de la mesilla de noche. Fierro tenía un bulto en el tobillo, seguramente una segunda arma. El detective no se la ofreció, y Will tampoco se la pidió. Iba a necesitar las dos manos para retirar la trampilla y apartarse a tiempo. Contuvo el aliento mientras apartaba las rocas y despejó el perímetro de tierra para poder agarrar bien los bordes de la trampilla. Medía aproximadamente dos por uno, y tenía poco más de un centímetro de grosor. La tierra estaba húmeda y, por lo tanto, levantarla le iba a costar un poco más.

Will miró a Fierro para asegurarse de que estaba preparado. A continuación, con un rápido movimiento, retiró la trampilla y se apartó, entre una nube de polvo y tierra.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Fierro, en un susurro—. ¿Ves algo?

Will alargó el cuello para ver lo que había descubierto. La fosa era profunda y había sido excavada de forma rudimentaria; la abertura medía unos setenta y cinco centímetros de lado. Se acercó a la fosa andando a gatas. Consciente de que, una vez más, se arriesgaba a que alguien le volara los sesos, se asomó rápidamente al interior para ver a qué se enfrentaban exactamente. No podía ver el fondo. Lo que sí descubrió fue una escalera de

mano de fabricación casera que terminaba a poco más de un metro de la entrada.

Otro relámpago inflamó el cielo, iluminando aquel retablo en todo su esplendor. Era como una viñeta: la escalera del infierno.

—Deme la linterna —le dijo a Fierro en un susurro.

El detective se mostraba ahora más que dispuesto a colaborar, y le pasó la linterna de inmediato. Will volvió la cabeza: Fierro tenía las piernas muy separadas y apuntaba a la entrada de la fosa con los ojos desorbitados a causa del miedo.

Dirigió el foco de la linterna hacia el interior de la fosa. Abajo había una cueva en forma de L cuyo primer tramo medía aproximadamente un metro y medio y luego se desviaba hacia lo que debía de ser el espacio principal. El techo estaba apuntalado con vigas de madera. Al pie de la escalera se veían algunas provisiones: latas de comida, cuerdas, cadenas, ganchos. Will oyó un ruido procedente de la cueva y el corazón le dio un vuelco. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartarse de un salto.

—¿Es...? —preguntó Fierro.

Will se llevó un dedo a los labios, aunque dudaba de que a esas alturas pudieran contar con el elemento sorpresa. Quien estuviera allá abajo ya debía de haber visto el haz de la linterna moviéndose de un lado a otro. Casi a modo de confirmación, Will oyó un sonido gutural que procedía de abajo, algo así como un gemido. ¿Había otra víctima allí? Pensó en la mujer que estaba ingresada en el hospital, Anna. Will sabía perfectamente qué aspecto tenían las quemaduras eléctricas: dejan bajo la piel un polvillo oscuro que no desaparece nunca. Te acompañan durante el resto de tu vida, si es que aún te resta vida, claro está.

Se quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Alargó la mano hacia el tobillo de Fierro y sacó el revólver de su funda. Antes de que este pudiera detenerle entró en la cueva de un salto.

—Por Dios santo —susurró Fierro. Miró por encima de su hombro a los policías de la escena del crimen, a unos treinta metros; sin duda pensaba que había un modo mejor de hacer aquello.

Will volvió a oír el gemido. Tal vez no fuese más que un animal, o quizá

se trataba de un ser humano. Apagó la linterna y se la guardó en la cinturilla del pantalón. Debería haber dicho algo —«Dile a mi mujer que la quiero», por ejemplo—, pero no quería darle ese disgusto o esa satisfacción a Angie.

—Espera —susurró Fierro. Quería pedir refuerzos.

Will le ignoró y se metió el revólver en el bolsillo delantero. Tuvo la precaución de probar si la endeble escalera aguantaba su peso; apoyó los talones en los travesaños, de modo que pudiera ver el interior de la cueva mientras descendía. El hueco era estrecho y sus hombros muy anchos, así que tuvo que estirar un brazo hacia arriba para poder entrar. A su alrededor continuaba cayendo tierra y las raíces le arañaban la cara y el cuello. La pared del hueco estaba a escasos centímetros de su nariz, produciéndole una claustrofobia que Will no había experimentado hasta ese momento. Notaba el sabor del barro en la parte posterior de la boca cada vez que respiraba. No podía mirar hacia abajo, porque no había nada que ver, y no quería hacerlo hacia arriba para no caer en la tentación de escapar de allí.

A cada paso que daba, el olor se hacía más insoportable: a heces, orina, sudor, miedo. Quizá fuera su propio miedo lo que olía. Anna había huido de aquella cueva. A lo mejor había tenido que enfrentarse a su secuestrador. A lo mejor el hombre estaba esperándole allá abajo, con una pistola o una navaja.

El corazón le latía con tal fuerza que le faltaba el aire. El sudor le caía a chorros y le temblaban las rodillas mientras bajaba por aquella interminable escalera. Por fin sintió la blanda tierra bajo sus pies. Tanteando el suelo con la punta del pie, detectó la cuerda y las cadenas. Para entrar en la cueva tenía que agacharse; una vez más estaría a merced de quien estuviera allá abajo.

Will oyó un jadeo y otro murmullo. Tenía el revólver de Fierro en la mano, pero no estaba muy seguro de cómo había llegado hasta allí. Había muy poco espacio y no podía sacar la linterna, que de todos modos se le había caído dentro del pantalón. Intentó flexionar las rodillas, pero su cuerpo no le obedecía. El jadeo se oía cada vez más alto, y entonces se dio cuenta de que procedía de su propia boca. Miró hacia arriba y no vio más que oscuridad. El sudor le nublaba la vista. Contuvo el aliento y se agachó.

No hubo disparos. Nadie le rajó el cuello. Nadie le clavó ganchos en los ojos. Una suave brisa le llegó desde el hueco, ¿o era algo que tenía delante?

¿Había alguien ante él? ¿Había agitado alguien una mano delante de su cara? Volvió a oír algo que se movía, dientes que castañeteaban.

—No se mueva —dijo Will por fin.

Apuntaba al frente con el revólver, y lo movió de un lado a otro por si había alguien. Con mano temblorosa metió la mano en su pantalón para sacar la linterna. El jadeo había vuelto, un ruido embarazoso que retumbaba entre las paredes de la cueva.

—Nunca... —murmuró una voz masculina.

Will tenía la mano empapada en sudor, pero sostenía con firmeza la linterna. Apretó con fuerza el botón y la luz se encendió.

Tres grandes ratas negras, con la barriga hinchada y garras afiladas, salieron corriendo. Dos de ellas fueron directas hacia Will, que instintivamente retrocedió, se empotró en la escalera y sus pies se enredaron en la cuerda. Se cubrió la cara con los brazos y las ratas treparon por su cuerpo, clavándole las garras. Will fue presa del pánico, y notó que la linterna se le caía al suelo; la recuperó de inmediato y escudriñó la cueva para comprobar si había alguien más.

Nadie.

—Mierda... —exclamó. Se dejó caer al suelo exhalando un suspiro.

El sudor le empañaba los ojos. Las ratas le habían dejado los brazos llenos de arañazos y tuvo que vencer el impulso de huir por el mismo camino.

Recorrió la cueva con el haz de la linterna, espantando a las cucarachas y demás insectos. No sabía por dónde se había ido la otra rata, pero tampoco iba a ponerse a buscarla. El espacio principal de la cueva estaba en desnivel, el suelo era unos noventa centímetros más bajo. Aquella depresión le daba cierta ventaja.

Se agachó lentamente, enfocando hacia delante la linterna para evitar más sorpresas. El espacio era más grande de lo que esperaba. Debían de haber tardado semanas en excavarlo, sacando la tierra en cubos y bajando vigas de madera para poder sujetar el techo. Calculó que debía de tener al menos tres metros de profundidad y uno ochenta de anchura. El techo tenía una altura de casi dos metros; lo suficiente como para que pudiera ponerse de pie, aunque en ese momento no se fiaba mucho de sus rodillas. El haz de la linterna no

podía iluminarlo todo de una vez, así que el espacio parecía aún más opresivo. Si a aquella atmósfera inquietante le añadías la repugnante mezcla de olores del barro de Georgia, la sangre y los excrementos, todo parecía aún más pequeño y oscuro.

Pegado a una de las paredes había un catre hecho a base de madera reciclada. Encima, un estante con provisiones: jarras de agua, latas de sopa y varios instrumentos de tortura que Will solo había visto en libros. El colchón era fino, y por las rajaduras de la funda negra sobresalía el relleno de espuma manchado de sangre. Había pegotes de carne pegados a la funda, algunos en proceso de putrefacción. Los gusanos se amontonaban alrededor formando una especie de remolino. Había cabos de cuerda tirados en el suelo, al lado de la cama, y cuerda suficiente como para maniatar a cualquiera de pies a cabeza, casi como una momia. Los laterales de la cama estaban llenos de arañazos. Había agujas de coser, anzuelos, cerillas. En el mugriento suelo se veía un charco de sangre que se extendía por debajo de la cama como un lento goteo introduciéndose en un grifo.

—Dicho... —comenzó a decir una voz que enseguida se perdió entre el ruido de las interferencias.

Había un radiotelevisor portátil sobre una silla de plástico blanco situada en la parte posterior de la caverna. Will avanzó a gatas hasta ella. Se quedó mirando los botones y tuvo que pulsar varios antes de dar con el que apagaba la radio; se dio cuenta demasiado tarde de que debería haberse puesto los guantes.

Siguió el cable del televisor con la vista hasta una batería náutica a la que habían cortado el enchufe y empalmado el cable directamente a los polos. Había más cables con los extremos pelados que estaban ennegrecidos, y Will percibió el olor característico de las quemaduras eléctricas.

—Eh, Gómez —gritó Fierro. Su voz denotaba un exacerbado nerviosismo.

—No hay nadie —replicó Will.

El policía no se fiaba.

—De verdad —repitió Will, y volvió junto a la escalera para asomarse por el agujero—. No hay nadie.

—Dios.

Fierro salió de su campo de visión, pero antes Will lo vio santiguarse. Él también tendría que ponerse a rezar si no salía de allí de inmediato. Dirigió el haz de la linterna hacia la escalera y vio las marcas que habían dejado sus pies sobre las huellas ensangrentadas de los travesaños. Miró las suelas rayadas de sus zapatos y el sucio suelo y descubrió más huellas ensangrentadas que había alterado con sus pisadas. Con la espalda apretada contra la pared empezó a subir por la escalera, tratando de no estropear nada más. Los de la científica le iban a echar la bronca, pero ya no había nada que pudiera hacer al respecto salvo pedir disculpas.

Se paró en seco. Anna tenía cortes en los pies pero eran superficiales, la clase de cortes que se hacen al andar sobre agujas de pino, abrojos, cardos. Eso era lo que le había inducido a pensar que había estado caminando por el bosque. No sangraba lo suficiente como para dejar esas huellas tan marcadas en un suelo tan sucio. Se quedó allí, con el brazo estirado hacia arriba y un pie en la escalera, pensando.

Respiró hondo, volvió a agacharse y recorrió cada rincón de la cueva con el haz de la linterna. Había algo en la cuerda que no le cuadraba, el modo en que la habían enrollado a la cama. Le vino a la mente la imagen de Anna atada a la cama, con la cuerda enrollada por debajo de la estructura. Sacó uno de los trozos de cuerda de allí. El extremo presentaba un corte limpio, igual que los demás trozos. Echó un vistazo a su alrededor. ¿Dónde estaría el cuchillo?

Probablemente había ido a parar al mismo sitio que la tercera rata.

Will retiró el colchón, tapándose la nariz y la boca y tratando de no pensar en lo que estaban tocando sus manos desnudas. Continuó tapándose la nariz con la muñeca mientras quitaba las lamas de madera que sujetaban el colchón y rezaba para que la rata no le saltara encima y le sacara los ojos. Por si acaso, fue tirándolas al suelo con gran estrépito. Oyó un chillido a su espalda y se volvió. La rata estaba en un rincón, y sus diminutos ojos reflejaron la luz de la linterna. Will tenía una lama en la mano y, por un momento, pensó en lanzarla contra la rata, pero dado lo reducido del espacio no estaba seguro de poder acertar. Y tampoco quería arriesgarse a cabrearla.

Dejó el trozo de madera junto a los demás, mirando con cautela al roedor. Pero descubrió algo que le llamó la atención: había unos arañazos debajo de las lamas, unas muescas profundas con manchas de sangre que no parecían obra de ningún animal. Examinó el hueco que había debajo de la cama a la luz de la linterna: habían rebajado el suelo de debajo unos quince centímetros. Will introdujo la mano y sacó un trozo de cuerda que también había sido cortado pero, a diferencia de los demás trozos, tenía un nudo intacto.

Will quitó las lamas que faltaban. Había cuatro cerrojos de metal bajo el somier, uno en cada esquina, y un trozo de cuerda atado a uno de ellos que estaba manchado de sangre. Palpó la cuerda con los dedos y la notó mojada. Una esquirola le arañó el pulgar: pellizcó las fibras con las uñas para extraerla y examinarla a la luz de la linterna. Cuando supo lo que tenía en la mano sintió el amargo sabor de la bilis en la garganta.

—¡Eh! —gritó Fierro—. ¡Gómez! ¿Subes ya o qué?

—¡Llama a la científica! —dijo Will en tono perentorio.

—Pero ¿qué...?

Will miró el trozo de diente que tenía en la mano.

—¡Hay otra víctima!

Capítulo tres

Faith estaba sentada en la cafetería del hospital, pensando que se sentía exactamente igual que la noche del baile de graduación: rechazada, gorda y embarazada. Miró al fibroso detective del condado de Rockdale que estaba sentado al otro lado de la mesa. Con su prominente nariz y el cabello grasiento colgando por encima de las orejas, Max Galloway tenía el aspecto hosco y perplejo de un perro cazador alemán. Y lo peor es que era un mal perdedor: no dejaba pasar una sola ocasión de recalcar que el DIG le había robado el caso. Lo había dejado bien claro desde el momento en que Faith pidió estar presente cuando interrogara a dos de los testigos.

—Seguro que la zorra de tu jefa ya está emperifollándose para hablar ante las cámaras.

Faith se mordió la lengua, aunque le resultaba imposible imaginarse a Amanda Wagner emperifollándose. Afilándose las garras, si acaso.

—Bien —comenzó Galloway, dirigiéndose a los testigos—. Así que iban ustedes tranquilamente por la carretera, no vieron nada extraño, y de repente, ¿se encontraron con el Buick y la chica en la carretera?

Faith tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Había trabajado en el departamento de homicidios de la policía de Atlanta durante ocho años antes de empezar a trabajar con Will Trent. Sabía muy bien lo que era ser un detective de homicidios y que viniera un fantasmón del DIG a decirte que podía llevar tu caso mejor que tú. Entendía la rabia y la frustración que generaba el hecho de que te trataran como a un paleta

ignorante incapaz de encontrarte la mano derecha, pero ahora que ella era una agente del DIG solo pensaba en lo mucho que iba a disfrutar robándole el caso a ese paleta insufrible en particular.

En cuanto a su mano derecha, puede que Max Galloway sí fuera capaz de encontrársela, pero no daba para mucho más. Llevaba por lo menos media hora interrogando a Rick Sigler y a Jake Berman —los dos hombres que pasaban por la 316 cuando el Buick atropelló a la mujer—, y todavía no se había dado cuenta de que eran gays.

Galloway se dirigió a Rick, el técnico de emergencias sanitarias que había socorrido a la víctima en el lugar del accidente.

—Me decía usted que su mujer es enfermera, ¿no?

Rick se miró las manos. Llevaba una alianza de oro rosa y sus manos eran las más bonitas y delicadas que Faith había visto en un hombre.

—Hace el turno de noche en el Crawford Long.

Faith se preguntó cómo se sentiría la mujer sabiendo que su marido andaba echando una canita al aire mientras ella hacía el turno de noche.

—¿Qué película fueron a ver? —les preguntó Galloway.

Les había hecho la misma pregunta por lo menos tres veces, y en todas había obtenido la misma respuesta. Faith también era capaz de cualquier cosa con tal de pillar en falta a un sospechoso, pero había que tener un par de dedos de frente y saber hacerlo; lamentablemente, Max Galloway no poseía esa habilidad. Desde el punto de vista de Faith parecía que aquellos dos testigos simplemente habían tenido la mala fortuna de encontrarse en el lugar y momento equivocados. El único aspecto positivo de su participación en aquel asunto era que habían podido atender a la víctima mientras llegaba la ambulancia.

—¿Cree que se pondrá bien? —preguntó Rick a Faith.

Esta imaginó que la víctima seguiría en el quirófano.

—No lo sé —admitió—. Pero usted hizo todo cuanto pudo, no le quepa la menor duda.

—He estado en un millón de accidentes de tráfico —dijo el hombre, mirándose las manos de nuevo—, pero jamás había visto una cosa igual. Era... Era algo espantoso.

En circunstancias normales Faith no era demasiado empática pero, como policía, sabía cuándo era necesario un enfoque más sensible. Sintió el impulso de inclinarse sobre la mesa y poner sus manos sobre las de Rick, para consolarle y también para sonsacarle, pero no estaba muy segura de cómo iba a reaccionar Galloway, de modo que prefirió no arriesgarse a empeorar aún más la cosa.

—¿Se encontraron en el cine o fueron en un solo coche? —preguntó Max.

Jake, el otro testigo, se revolvió en su asiento. Había estado muy callado desde el principio, solo hablaba cuando le preguntaban directamente. No dejaba de mirar el reloj.

—Tengo que marcharme —dijo—. Tengo que levantarme dentro de cinco horas para ir a trabajar.

Faith miró el reloj de la pared. No se había dado cuenta de que era casi una de la madrugada, probablemente porque la inyección de insulina le había producido un efecto extrañamente estimulante. Will se había ido dos horas antes. Le había hecho un breve resumen de lo que había pasado y había salido pitando hacia la escena del crimen, sin darle siquiera la oportunidad de ofrecerse a ir con él. Era muy tenaz, y Faith sabía que encontraría el modo de que le asignaran aquel caso. Ella lo único que quería saber era por qué tardaba tanto.

Galloway les pasó una libreta y un bolígrafo a los testigos.

—Anótenme sus números de teléfono.

Rick se puso pálido.

—Comuníquese conmigo solo a través del móvil, por favor. No me llame al trabajo —miró a Faith con inquietud, y luego volvió a dirigirse a Galloway—. A mi jefe no le gusta que atendamos llamadas personales en horas laborales. Estoy todo el día en la ambulancia. ¿De acuerdo?

—Claro. —Max se recostó en su silla, se cruzó de brazos y se quedó mirando fijamente a Faith—. ¿Ha oído eso, buitres?

Ella le respondió con una tensa sonrisa. Podía aguantar que manifestara abiertamente su hostilidad, pero ese rollo pasivoagresivo la estaba poniendo de los nervios.

Sacó dos tarjetas de visita y se las dio a los testigos.

—No duden en llamarme si recuerdan algo más, por favor. Aunque no les parezca nada importante.

Rick asintió y se guardó la tarjeta en el bolsillo trasero. Jake se la quedó en la mano, y Faith imaginó que pensaba tirarla en la primera papelera que encontrara. Tenía la impresión de que aquellos dos hombres no se conocían demasiado. No habían dado muchos detalles sobre su relación, aunque los dos mostraron sus entradas cuando se lo pidieron. Probablemente se habían conocido en el cine y luego habían decidido buscar un sitio más discreto.

Un móvil empezó a sonar con lo que a Faith le pareció *The Battle Hymn of the Republic* (que comienza con el famoso «Glory, Glory Hallelujah»), pero enseguida corrigió su impresión inicial: probablemente era el himno de la Universidad de Georgia. Galloway contestó.

—¿Sí?

Jake hizo ademán de levantarse y Galloway asintió con la cabeza, como si le diera permiso para marcharse.

—Gracias —dijo Faith dirigiéndose a los dos hombres—. Por favor, si recuerdan cualquier otra cosa llámenme.

Jake estaba ya casi en la puerta, pero Rick seguía allí.

—Siento no haber sido de más ayuda. Han sido muchas cosas de repente y... —no terminó la frase. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era evidente que seguía traumatizado por lo que había ocurrido.

Faith le puso la mano en el brazo y le habló con voz suave.

—No me importa en absoluto lo que estuvieran haciendo ustedes allí. —Se puso colorado—. No es asunto mío. Lo único que quiero es encontrar al tipo que le hizo daño a esa mujer.

Rick desvió la mirada y en ese preciso instante Faith se dio cuenta de que había metido la pata. Él hizo un gesto con la cabeza sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Siento no poder serle más útil.

Faith se quedó mirándole mientras se marchaba, deseando poder patearse el culo. Oyó a Galloway detrás de ella, maldiciendo entre dientes. De repente este se levantó de forma tan brusca que su silla cayó al suelo armando gran estrépito. Faith se volvió.

—Su compañero está como una puta cabra. Se le ha ido la pinza del todo.

Faith estaba de acuerdo —Will nunca hacía las cosas a medias—, pero nunca criticaba a su compañero a menos que lo tuviera delante.

—¿Es un simple comentario o intenta decirme algo?

Galloway arrancó la página en la que los testigos habían escrito sus números de teléfono y la soltó en la mesa.

—El caso es suyo.

—Vaya, sí que ha dado un giro inesperado la situación —replicó ella mientras le ofrecía su tarjeta de visita con una gran sonrisa—. Le agradecería que me enviara por fax las declaraciones de todos los testigos y los informes preliminares. El número está ahí abajo.

Galloway cogió bruscamente la tarjeta y se dio media vuelta. Al marcharse, tropezó con la mesa y se alejó gruñendo:

—Sigue sonriendo, zorra.

Se agachó para recoger la silla y al levantarse se mareó un poco. La enfermera-educadora había sido más útil como lo primero que como lo segundo, así que no estaba muy segura de qué hacer con toda aquella parafernalia para diabéticos que le había dado. Eran algunas notas, formularios, una revista y un montón de papeles que tendría que llevarle a su médico por la mañana, pero nada de eso tenía el menor sentido para ella. O a lo mejor todo había sido muy repentino y no había terminado de procesarlo. Siempre se le habían dado bien las matemáticas, pero la sola idea de tener que pesar la comida y calcular las dosis de insulina se le hacía un mundo.

La puntilla se la había dado el resultado del test de embarazo que tan amablemente le habían pedido junto con los demás análisis. Hasta ese momento Faith se había agarrado a la esperanza de que los test de farmacia no eran fiables y podían haber dado un falso positivo los tres. ¿Qué fiabilidad podía tener un artilugio sobre el que había que mear? Se había estado debatiendo entre la posibilidad de un embarazo y de un tumor en el estómago, sin saber muy bien cuál de las dos noticias le aliviaría más. Cuando la enfermera, llena de alegría, le anunció: «¡Va a tener un bebé!», Faith creyó que se iba a desmayar otra vez.

Pero la cosa ya no tenía remedio. Volvió a sentarse a la mesa, mirando los

números de teléfono de Rick Sigler y Jake Berman. Estaba casi segura de que el de Jake era falso, pero el juego no era nuevo para ella. Max Galloway se había molestado cuando ella les había pedido los carnés de conducir y había anotado la información en su libreta. Pero quizá Galloway no fuera del todo idiota: le había visto anotar en otra hoja los dos números mientras hablaba por el móvil. Faith se imaginó a Galloway teniendo que pedirle a ella los datos de Jake Berman y sonrió maliciosamente.

Volvió a mirar el reloj, preguntándose por qué tardarían tanto los Coldfield. Galloway le había dicho a Faith que les habían requerido que bajaran a la cafetería en cuanto terminaran de atenderles, pero al parecer el matrimonio se lo estaba tomando con calma. También sentía curiosidad por saber qué había hecho Will Trent para que Galloway dijera que se le había ido la pinza. Ella era la primera en reconocer que su compañero era poco convencional; hacía las cosas a su manera, pero era el mejor policía con el que había trabajado, si bien sus habilidades sociales eran más dignas de un párvulo que de un hombre hecho y derecho. Por ejemplo, a Faith le hubiera gustado enterarse por su compañero de que les habían asignado el caso, y no por el perro cazador del condado de Rockdale.

A lo mejor le venía bien tener algo de tiempo antes de hablar con Will. Aún no tenía la menor idea de cómo le iba a explicar por qué se había desmayado en el aparcamiento de los juzgados sin contarle toda la verdad.

Faith se puso a revolver en la bolsa de plástico con el instrumental para diabéticos y sacó el folleto que le había dado la enfermera, esperando ser capaz esta vez de concentrarse en la lectura. No había pasado del «Diagnóstico: diabetes» y ya estaba pensando otra vez que tenía que haber algún error. La inyección de insulina le había sentado bien, pero a lo mejor había sido el ratito que había estado echada y no el medicamento lo que le había ayudado a recuperarse. ¿Habría antecedentes de diabetes en su familia? Tendría que llamar a su madre, pero ni siquiera le había comunicado que estaba embarazada. Además, Evelyn estaba de vacaciones en México, y eran las primeras vacaciones que se tomaba en mucho tiempo. Faith quería asegurarse de que tenía asistencia médica a mano cuando le contara la noticia.

A quien sí debería llamar era a su hermano. El capitán Zeke Mitchell era un cirujano de las Fuerzas Aéreas destinado en Landstuhl, Alemania. Como médico, sabría todo lo que hay que saber sobre la diabetes, y precisamente por eso se resistía a llamarlo. Cuando tenía catorce años y le contó a su familia que estaba embarazada, Zeke estaba terminando el último curso en el instituto. Vivió mortificado y humillado durante veinticuatro horas al día siete días a la semana: en casa tenía que ver a la furcia de su hermana pequeña hinchándose como un globo y en la escuela debía aguantar las despiadadas bromas que sus amigos hacían a costa de ella. No fue de extrañar que se enrolara en el ejército nada más terminar el instituto.

Y luego estaba Jeremy. Faith no tenía ni idea de cómo le iba a decir a su hijo que estaba embarazada. Tenía dieciocho años, la misma edad que Zeke cuando le arruinó la vida. Y si un adolescente prefiere no saber que su hermana tiene vida sexual, con toda seguridad tampoco lo querrá saber de su madre.

Faith había crecido con Jeremy, y ahora que este ya estaba en la universidad su relación se había instalado en un punto muy cómodo en el que podían hablar como adultos. Lógicamente, a veces le venían recuerdos de su hijo cuando era niño —su inseparable mantita, la época en la que le preguntaba constantemente cuándo pesaría demasiado para que ya no pudiera cogerlo en brazos—, pero finalmente había logrado aceptar el hecho de que su precioso niño era ahora un hombre adulto. ¿Cómo iba a soltarle semejante bomba ahora que habían conseguido llegar a un equilibrio? Y no solo era el embarazo, también estaba enferma. Padecía una enfermedad que su hijo podía haber heredado. Ahora tenía novia, y Faith sabía que mantenían relaciones sexuales. Los hijos de Jeremy podían ser diabéticos por su culpa.

—Dios —masculló. No era la diabetes, sino la idea de que podría acabar siendo abuela antes de cumplir los treinta y cuatro.

—¿Cómo se encuentra?

Faith alzó la vista y vio a Sara Linton al otro lado de la mesa, con una bandeja de comida en las manos.

—Vieja.

—¿Por el folleto?

Faith había olvidado que lo tenía en la mano. Le hizo un gesto a Sara para que tomara asiento.

—En realidad estoy cuestionando sus aptitudes como médico.

—No sería usted la primera —dijo Sara en tono contrito. Faith sintió curiosidad por su historia, y no por primera vez—. Creo que no he sido muy hábil a la hora de comunicarle la noticia.

Faith no se lo discutió. En urgencias había deseado odiarla por el único hecho de ser el tipo de mujer a la que deseas odiar a simple vista: alta y delgada, elegante, con una larga melena de color caoba y esa inusual belleza que hace que todos los hombres se vuelvan a mirar cuando entra en una habitación. Tampoco ayudaba el que, además, fuera una mujer inteligente que había logrado el éxito profesional. Había sentido la misma repulsión instintiva que le inspiraban las animadoras en el instituto. Le gustaba pensar que el hecho de haber madurado y haber fortalecido su carácter le había ayudado a superar esa reacción instintiva, pero lo que le pasaba era que le resultaba muy difícil odiar a una viuda; en especial a la de un policía.

—¿Ha comido algo desde que hablamos? —preguntó Sara. Faith meneó la cabeza y miró la bandeja de la doctora: una raquítica porción de pollo asado sobre una hoja mustia de lechuga y algo que podía o no ser verdura. Sara se puso a cortar el pollo con el tenedor y el cuchillo de plástico, o eso intentó al menos. Finalmente acabó más bien desgajándolo. Quitó el panecillo de su bandeja, repartió el pollo y le pasó a Faith uno de los platos.

—Gracias —dijo Faith, pensando que los bollos de chocolate que había visto al entrar en la cafetería tenían un aspecto mucho más apetecible.

—¿Les han asignado el caso de manera oficial?

La pregunta cogió a Faith por sorpresa, pero luego cayó en que Sara había atendido a la víctima; era natural que sintiera curiosidad.

—Will ha logrado meternos con calzador —respondió. Volvió a comprobar la cobertura del móvil, preguntándose por qué no habría llamado todavía.

—Seguro que la policía local estará encantada de que se ocupen ustedes.

Faith se echó a reír y pensó que el marido de Sara debía de haber sido un buen policía. Ella también lo era, y era consciente de la hora, la una de la

madrugada, y que Sara le había dicho seis horas antes que estaba a punto de acabar su turno. Observó a la doctora, que brillaba con el inequívoco resplandor de una adicta a la adrenalina. Había bajado a la cafetería buscando información.

—He visto a Henry Coldfield, el conductor del Buick —explicó Sara. Aún no había probado la comida; había bajado a la cafetería para ver a Faith, no para comerse un trozo de pollo seco que debió de venir al mundo el año que renunció Nixon—. El airbag le ha provocado una contusión en el pecho y a la mujer le han tenido que dar un par de puntos, pero están bien.

—En realidad, por eso estoy aquí. Les estoy esperando —Faith miró el reloj de nuevo—. Se suponía que tenían que reunirse conmigo.

Sara parecía desconcertada.

—Se marcharon hace cosa de media hora con su hijo.

—¿Cómo?

—Les vi hablar con el detective del pelo grasiento.

—Hijo de puta. —Por algo Max Galloway tenía ese aire de suficiencia cuando se fue de la cafetería—. Perdone. Ese tipo es más listo de lo que creía. Se ha reído de mí en mi propia cara.

—Coldfield es un apellido poco frecuente —le dijo Sara—. Seguro que figuran en el listín telefónico.

Eso esperaba Faith, porque no quería tener que recurrir a Max Galloway y darle esa satisfacción.

—También puedo copiar su dirección y su teléfono de los papeles del ingreso, si quiere —le ofreció Sara.

A Faith le sorprendió la oferta, que normalmente requería una orden judicial.

—Me haría un gran favor.

—No hay problema.

—Pero eso es, ejem... —Faith no terminó la frase y se mordió la lengua para no decirle a la médica que proporcionarle esos datos era ilegal. Decidió cambiar de tema— Will me dijo que fue usted quien atendió a la víctima cuando la ingresaron.

—A Anna, o eso me pareció entender.

Faith iba tanteando el terreno. Will había omitido detalles.

—¿Y cuál es su impresión?

Sara se recostó en la silla, con los brazos cruzados.

—Mostraba síntomas graves de desnutrición y deshidratación. Tenía las encías blancas y la tensión muy baja. Dada la naturaleza de la cicatrización y el modo en que se coagulaba la sangre, yo diría que las heridas le fueron infligidas a lo largo de varios días. Tenía marcas en las muñecas y los tobillos que indicaban que había estado maniatada. La penetraron por vía anal y vaginal, según los indicios, con un objeto romo. No pude hacerle las pruebas de violación antes de que la subieran a quirófano, pero la examiné lo mejor que pude. Retiré varias astillas de debajo de sus uñas para que pudieran analizarlas en el laboratorio; creo que no era madera tratada, pero habrá que ver lo que dicen los de la científica.

Hablaba como si estuviera testificando ante el tribunal. Cada observación se sustentaba en una prueba, y cuando hacía una conjetura dejaba claro que se trataba de una hipótesis.

—¿Cuánto tiempo cree que la han tenido secuestrada? —le preguntó Faith.

—Por lo menos cuatro días. Aunque si tenemos en cuenta la gravedad de la desnutrición podríamos estar hablando de una semana o diez días.

Faith no quería ni pensar que aquella pobre mujer hubiera podido ser torturada durante diez días.

—¿Por qué cuatro días?

—Por el corte del pecho —explicó Sara señalando su propio pecho—. Es un corte profundo en estado de putrefacción; incluso he visto indicios de actividad de los insectos. Tendrá que hablar con un entomólogo para que examine las larvas y le diga en qué fase de desarrollo se encuentran, pero teniendo en cuenta que aún estaba viva, que su cuerpo estaba relativamente caliente y que disponían de sangre para alimentarse, cuatro días me parece un cálculo bastante ajustado. Dudo mucho que puedan salvarle el tejido.

Faith tenía los labios fuertemente apretados, tratando de resistirse al impulso de poner la mano sobre su propio pecho. ¿Cuántos pedazos de tu cuerpo podías perder antes de morir?

Sara continuó hablando, aunque Faith no la animara.

—La costilla número once, esta. —Señaló su abdomen—. Le ha sido extirpada hace poco, probablemente hoy mismo o ayer a última hora, y es un trabajo de precisión.

—¿Precisión quirúrgica?

—No. De confianza. No hay marcas de vacilación, ni cortes preliminares. El que lo hizo confiaba en sus propias habilidades.

Faith pensó que la doctora también parecía muy segura.

—¿Cómo cree usted que lo hizo?

Sara sacó su libreta y empezó a dibujar una serie de curvas que no cobraron sentido hasta que lo explicó.

—Las costillas se numeran por pares y de arriba abajo; hay doce a cada lado. —Fue señalándolas con el boli—. La primera está justo debajo de la clavícula y la número doce es la última. —Levantó la cabeza para asegurarse de que Faith la seguía—. La número once y la doce se consideran «flotantes» porque no van unidas al esternón. Están unidas únicamente a las vértebras, por detrás. —Dibujó una línea vertical que representaba la columna—. Las siete costillas superiores van unidas a las vértebras por detrás y por delante al esternón. Los tres pares siguientes van ensambladas a las de arriba, y se denominan costillas falsas. Todo este armazón es muy elástico para que podamos respirar, y por eso es muy difícil romper las costillas con un golpe directo, son muy flexibles.

Faith se había inclinado hacia delante y no perdía ripio.

—O sea, que esto lo hizo alguien con conocimientos de medicina.

—No necesariamente. Las costillas se pueden localizar fácilmente con los dedos. Todo el mundo sabe dónde las tiene.

—Pero aun así...

—Mire. —Sara se puso de pie, levantó el brazo derecho y se presionó el costado izquierdo con los dedos—. Pase usted su mano por la línea axilar posterior hasta llegar al extremo de la costilla... Es la número once, y la doce está un poco más abajo. —Agarró el cuchillo de plástico—. Cogió el cuchillo y cortó siguiendo la longitud de la costilla; pudo incluso haber apoyado la punta en el hueso. Luego apartó la grasa y el músculo, desarticuló la costilla

de las vértebras y finalmente la agarró y tiró.

Faith sentía escalofríos solo de pensarlo. Sara dejó el cuchillo.

—Un cazador no tardaría ni un minuto, pero cualquiera podría hacerlo. No hablo de precisión quirúrgica. Seguro que si lo busca en Google encontrará esquemas mucho más completos del que le he dibujado yo.

—¿Y es posible que la víctima no tuviera esa costilla, que naciera sin ella?

—Un pequeño porcentaje de la población nace con un par menos, pero la mayoría tenemos veinticuatro costillas.

—¿Y lo de que los hombres tienen una costilla menos que las mujeres?

—¿Por lo de Adán y Eva? —Sara esbozó una sonrisa y a Faith le dio la impresión de que la mujer se estaba aguantando las ganas de reír—. No crea usted todo lo que le contaron en la escuela dominical, Faith. Todos tenemos el mismo número de costillas.

—Vaya, ahora me siento como una idiota. Pero ¿está usted segura de todo esto? ¿Está segura de que le extirparon la costilla?

—Se la arrancaron. El cartílago y el músculo estaban desgarrados. Fue un acto de violencia.

—Parece que le ha dado muchas vueltas a esto.

Sara se encogió de hombros, como si todo fuera fruto de su curiosidad natural. Cogió de nuevo el cuchillo y el tenedor y se puso a cortar el pollo. Faith la observó mientras forcejeaba con aquel trozo de carne seca cuando, de repente, volvió a soltar los cubiertos. Le sonrió, casi como si le avergonzara lo que le iba a decir.

—He sido médica forense.

Faith se quedó boquiabierta. Sara le había dicho aquello como quien confiesa un talento oculto para las acrobacias o un pecado de juventud.

—¿Dónde?

—En el condado de Grant. A unas cuatro horas de aquí.

—No me suena.

—Está en la costa —explicó Sara. Apoyó los brazos en la mesa y su voz adquirió un tono nostálgico—. Acepté el puesto para poder comprarle a mi socio su parte de la consulta de pediatría. Al menos eso era lo que yo creía.

La verdad es que me aburría. Cuando trabajas con niños te pasas el día poniendo vacunas y curando rodillas despellejadas. Pasado un tiempo, acabas subiéndote por las paredes.

—Me imagino —murmuró Faith, pero estaba pensando en qué le parecía más alarmante: que la médica que le había diagnosticado diabetes fuera una pediatra o que fuera una forense.

—Me alegro de que les hayan asignado este caso —dijo Sara—. Su compañero es...

—¿Raro?

Sara la miró con extrañeza.

—Iba a decir «intenso».

—Es bastante tozudo, sí —admitió Faith, pensando que era la primera vez que alguien que acababa de conocer a Will le hablaba tan bien de él. Normalmente uno tardaba un tiempo en llegar a apreciarlo.

—Parece un hombre muy sensible —dijo la doctora, alzando la mano para rechazar cualquier posible protesta—. No es que los policías no sean sensibles, sino que normalmente tienden a ocultarlo.

Faith no pudo sino asentir. Will rara vez mostraba sus emociones, pero Faith sabía que las víctimas de tortura le conmovían de forma especial.

—Es un buen policía.

Sara miró su bandeja.

—Puede comerse esto, si quiere. La verdad es que no tengo hambre.

—Yo diría que no ha venido usted aquí a comer. —Sara se puso colorada, como si la hubieran pillado en falta—. Está bien, no pasa nada. Pero si sigue dispuesta a facilitarme los datos de los Coldfield...

—Desde luego.

Faith sacó del bolso otra tarjeta de visita.

—El número de mi móvil está al dorso.

—Muy bien.

Con expresión resuelta, Sara leyó el número y Faith se dio cuenta de que no solo sabía que estaba infringiendo la ley, sino que además no le importaba.

—Otra cosa... —añadió Sara. Parecía dudar de si debía hablar o no—. Los ojos. Tenía petequias en la esclerótica, pero no he visto indicios de

estrangulamiento. Las pupilas estaban desenfocadas. Podría ser una consecuencia del golpe o algo de tipo neurológico, pero no estoy segura de que pueda ver.

—Eso explicaría por qué se cruzó en medio de la carretera.

—Teniendo en cuenta lo que ha tenido que pasar...

Sara no terminó la frase, pero Faith la entendió perfectamente. No hacía falta ser médico para entender que, después de pasar por semejante infierno, una mujer pudiera exponerse deliberadamente a que un coche se la llevara por delante.

Sara se guardó la tarjeta de Faith en el bolsillo del abrigo.

—La llamaré dentro de un rato.

La detective se quedó mirándola mientras se alejaba, preguntándose cómo demonios había acabado Sara Linton trabajando en el hospital Grady. No debía de tener más de cuarenta años, pero las urgencias son para los más jóvenes; es la clase de trabajo del que uno sale huyendo despavorido antes de cumplir los treinta.

Volvió a mirar su móvil. Las seis barras estaban iluminadas, lo que indicaba que la intensidad de la señal era óptima. Intentó concederle a Will el beneficio de la duda. A lo mejor se le había vuelto a romper el móvil. De todos modos podría haberle pedido un aparato a cualquiera de los que estaban allí, así que a lo mejor era cierto que era un imbécil.

Mientras se levantaba y se dirigía hacia el aparcamiento, Faith pensó que también podía llamarle ella, pero por algo estaba embarazada y soltera por segunda vez en veinte años: no se le daba bien comunicarse con los hombres de su vida.

Capítulo cuatro

Will estaba en la entrada de la cueva bajando un equipo de luces con una cuerda para que Charlie Reed tuviera algo mejor que una linterna para recoger las pruebas. Estaba empapado hasta los huesos, pese a que hacía media hora que había dejado de llover. A medida que se acercaba el amanecer el aire se volvía más frío, pero prefería estar en la cubierta del *Titanic* antes que volver a bajar allí.

Las lámparas llegaron al suelo y vio un par de manos que las llevaban al interior de la cueva. Will se rascó los brazos. Las mangas de su camisa blanca tenían manchas de sangre en los puntos en los que le habían arañado las ratas, y se preguntaba si el picor sería un síntoma de la rabia. Era la clase de pregunta que normalmente le habría hecho a Faith, pero no quería molestarla. Tenía muy mal aspecto cuando la dejó en el hospital y allí no podía hacer nada, salvo esperar a su lado bajo la lluvia. Le pondría al corriente de todo por la mañana, pero necesitaba dormir bien esa noche. Aquel caso no se iba a resolver en una hora; al menos uno de los dos podría abordar la investigación bien descansado.

Oyó un helicóptero que sobrevolaba la zona, el traqueteo y la vibración retumbaban en sus oídos. Estaban haciendo un barrido con infrarrojos, buscando a la segunda víctima. Los equipos de rescate llevaban varias horas trabajando, peinando meticulosamente la zona en un radio de tres kilómetros. También había llegado ya Barry Fielding con los perros, y los animales se habían vuelto locos durante la primera media hora, pero luego habían perdido

el rastro. Agentes uniformados del condado de Rockdale estaban batiendo la zona a pie, buscando más cuevas subterráneas, más pistas que pudieran darles una idea de hacia dónde había huido la otra víctima.

A lo mejor no había logrado huir. A lo mejor el secuestrador la había encontrado antes de que pudiera pedir ayuda. Tal vez llevaba muerta días, o incluso semanas. O quizá simplemente no había existido nunca. Will tenía la impresión de que, a medida que avanzaba la búsqueda, los policías se volvían más hostiles con él. Muchos creían que no había una segunda víctima, y pensaban que Will los tenía allí pasando frío por la simple razón de que era demasiado idiota para darse cuenta de que estaba equivocado.

Había una persona que podía aclarar aquello, pero seguía en el hospital Grady, luchando por su vida. Normalmente lo primero que se hacía en un caso de secuestro o asesinato era examinar con lupa la vida de la víctima, pero esta vez lo único que sabían era que se llamaba Anna. Will pensaba revisar por la mañana todos los informes de personas desaparecidas, pero habría cientos de ellos, y eso sin contar las denuncias de la ciudad de Atlanta, donde desaparecían una media de dos personas al día. Si la mujer procedía de otro estado, el papeleo sería mucho peor. Al FBI llegaban más de un cuarto de millón de casos de desaparición al año. Para complicar aún más las cosas, raras veces actualizaban los informes cuando encontraban al desaparecido.

Si Anna no estaba consciente por la mañana, Will enviaría al hospital a un técnico de huellas para hacerle la ficha. Era lo único que podía hacer para intentar identificarla. A menos que hubiera cometido algún delito, sus huellas no estarían en las bases de datos. Pero, a veces, atenerse al procedimiento era la mejor forma de hacer saltar la liebre. Hacía mucho tiempo que Will había aprendido que una posibilidad remota no dejaba de ser una posibilidad.

La escala que bajaba hasta la cueva se agitó, y Will la sujetó para que Charlie Reed pudiera subir. El cielo se había despejado bastante y las nubes dejaban pasar la luz de la luna. Aunque el chaparrón ya había pasado, todavía caía alguna que otra gota, que sonaba como un gato chasqueando la lengua. El bosque había adquirido un extraño tono azulado y había suficiente luz, ya no necesitaba la linterna para ver a Charlie Reed. Este sacó la mano por el agujero y soltó una bolsa grande llena de pruebas a los pies de Will para

poder salir de allí.

—Mierda —exclamó.

Tenía el mono blanco lleno de barro. Se lo quitó tan pronto como llegó a la superficie, y Will vio que sudaba de tal manera que la camiseta se le había quedado pegada al pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Mierda —repitió Charlie, limpiándose la frente con el dorso de la mano—. No puedo creer... Dios, Will.

Charlie se inclinó hacia adelante y se abrazó las rodillas con las manos. Jadeaba mucho, pese a que estaba en forma y la escalada desde la cueva no era difícil.

—No sé por dónde empezar. —Will entendía perfectamente cómo se sentía—. Había instrumentos de tortura... —Se secó la boca con el dorso de la mano—. Nunca había visto esa clase de cosas más que en la televisión.

—Había una segunda víctima —dijo Will, elevando el tono hacia el final de la frase para que Charlie la entendiera como una observación que requería ser confirmada.

—Nada de lo que he visto ahí abajo tiene ningún sentido. —Se puso en cuclillas y apoyó la cabeza en las manos—. Nunca había visto nada parecido.

Will se puso de rodillas para estar a su altura y cogió la bolsa de las pruebas.

—¿Qué es esto?

Charlie meneó la cabeza.

—Las encontré enrolladas dentro de una lata que había junto a la silla.

Will alisó la bolsa sobre su pierna y utilizó la linterna de Charlie para examinar el contenido. Dentro había por lo menos cincuenta hojas arrancadas de un cuaderno escritas a lápiz por ambas caras. Miró fijamente las palabras, tratando de encontrarles algún sentido. Nunca había leído muy bien: las letras le bailaban y se le daban la vuelta; a veces se le enredaban de tal manera que llegaba a marearse intentando descifrarlas.

Charlie no conocía el problema de Will, así que este intentó sonsacarle algo de información.

—¿Qué te parecen estas notas?

—Es una locura, ¿verdad? —Charlie se pellizcaba el bigote con el índice y el pulgar, un tic nervioso que solo se manifestaba en circunstancias como aquella—. No creo que pueda volver a bajar. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Se respira... maldad, eso es. Maldad en estado puro.

Will oyó un rumor de hojas y ramas que chasqueaban. Se volvió y vio a Amanda Wagner avanzando entre los árboles. Era una mujer mayor, debía de rondar los sesenta años. Solía llevar trajes monocromos con la falda por debajo de la rodilla y unas medias que realzaban lo que Will debía admitir que eran unas pantorrillas bastante bonitas para una mujer que a menudo le parecía el mismísimo Anticristo. Llevaba tacones altos, lo que debería dificultarle avanzar por un terreno tan irregular, pero se abría paso caminando con férrea determinación.

Will y Charlie se levantaron al verla llegar. Ella, como de costumbre, no se anduvo con rodeos.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando la bolsa con las pruebas.

Aparte de Faith, Amanda era la única persona en el DIG que estaba al tanto de los problemas con la lectura de Will, algo que ambas aceptaban y al mismo tiempo criticaban. Este iluminó los papeles con la linterna y Amanda leyó en alto:

—«No voy a sacrificarme. No voy a sacrificarme» —Agitó la bolsa para ver el resto de las hojas—. La misma frase en todas las hojas, por delante y por detrás. Cursiva, y la caligrafía parece de mujer. —Le devolvió las notas a Will, mirándole con desaprobación—. Así que nuestro chico malo es un maestro cabreado o un gurú de la autoayuda. —Dirigiéndose a Charlie, preguntó—: ¿Qué más has encontrado?

—Pornografía. Cadenas. Esposas. Artilugios sexuales.

—Eso son pruebas. Necesito pistas.

Will tomó el relevo.

—Creo que la segunda víctima estuvo sujeta a la parte de abajo de la cama. Encontré esto en la cuerda. —Sacó una bolsita de pruebas del bolsillo de su chaqueta. Dentro había un fragmento de un diente con parte de su raíz—. Es un incisivo. La víctima que está en el hospital tiene la dentadura completa.

Amanda parecía más interesada en estudiar a Will que en el diente.

—¿Estás seguro de eso?

—Tuve su cara justo delante de mí mientras intentaba obtener algo de información —respondió—. Le castañeteaban los dientes.

Amanda pareció satisfecha con la explicación.

—¿Qué te hace pensar que ese diente fue arrancado hace poco? Y no me digas que es una corazonada, Will, porque tengo aquí a la policía del condado de Rockdale en pleno, empapados y muertos de frío, y están deseando lincharte por haberles mandado a cazar gamusinos en mitad de la noche.

—La cuerda fue cortada desde debajo de la cama —le explicó—. La primera víctima, Anna, estuvo atada encima; la segunda estaba debajo. Anna no pudo haber cortado la cuerda.

—¿Estás de acuerdo con eso? —preguntó Amanda a Charlie.

Todavía bajo los efectos del *shock*, Charlie se tomó su tiempo para responder a la pregunta.

—La mitad de los trozos de cuerda cortados estaban debajo de la cama, así que tiene sentido que fueran cortados desde allí. Si lo hubieran hecho desde arriba los trozos habrían caído al suelo, junto a la cama, o en el mismo colchón, pero no debajo.

Amanda seguía dudando.

—Continúa —le dijo a Will.

—También había trozos de cuerda atados a los cerrojos situados debajo del somier. Alguien los cortó. Esa persona debió de escapar con la cuerda todavía atada a sus tobillos y, al menos, a una de sus muñecas. Anna no tenía cuerdas.

—A lo mejor se las quitaron en la ambulancia —señaló Amanda—. ¿ADN? ¿Fluidos?

—Por todas partes. Deberíamos tener los resultados en cuarenta y ocho horas. Pero a menos que el tipo esté fichado...

—contestó Charlie.

Miró a Will de soslayo. Todos sabían que intentar identificar a un asesino por una muestra de ADN era dar palos de ciego. A menos que su secuestrador hubiera cometido algún delito previo y la policía hubiese tomado muestras de

su ADN para incluirla en las bases de datos no había manera de identificarlo.

—¿Y qué tenemos en el apartado de desperdicios? —preguntó Amanda a Charlie.

Al principio no entendió la pregunta, pero luego respondió:

—No hay botes ni latas vacíos; imagino que se los llevó. Hay un cubo en un rincón que se ha usado como váter pero, bajo mi punto de vista, la víctima (o víctimas) estuvieron maniatadas la mayor parte del tiempo y no tuvieron más remedio que hacérselo encima. Lo que no puedo decirle es si esto apunta a que había una o dos personas. Depende de cuándo fueran secuestradas, de hasta qué punto estuvieran deshidratadas... ese tipo de cosas.

—¿Has encontrado algo más reciente debajo de la cama?

—Sí —respondió Charlie, como si le sorprendiera su respuesta—. Lo cierto es que he encontrado una zona que da positivo en orina. Por el sitio donde está, yo diría que concuerda con la posibilidad de que hubiera alguien debajo de la cama, tumbado boca arriba.

—¿No tardaría más el líquido en evaporarse bajo tierra? —presionó Amanda.

—No necesariamente. Los ácidos de la orina reaccionarían con el pH del suelo. Dependiendo de los minerales que lo compongan...

Amanda le interrumpió.

—No hace falta que me des una clase, Charlie, límitate a darme datos que pueda utilizar.

Charlie miró a Will como si quisiera disculparse.

—No sé si ha habido dos víctimas al mismo tiempo. Desde luego, no hay duda de que hubo alguien debajo de la cama, pero puede ser que el secuestrador moviera a la mujer de un lado a otro. Los fluidos corporales también podrían haberse filtrado desde arriba. —Se volvió hacia Will—. Tú has estado ahí abajo. Ya has visto de lo que es capaz ese tipo. —Palideció de nuevo—. Es horrible. Es espantoso.

Amanda continuó, tan comprensiva como de costumbre.

—Arriba los corazones, Charlie. Vuelve a bajar ahí y tráeme alguna prueba que me sirva para encontrar a ese hijo de puta. —Le dio unas palmaditas en la espalda para que se pusiera en marcha y se dirigió a Will—:

Ven conmigo. Tenemos que encontrar al detective pigmeo ese al que has cabreado tanto y dorarle un poco la píldora para que no le vaya a llorar a Lyle Peterson.

Peterson era el jefe superior de la policía del condado de Rockdale, y Amanda no tenía muy buenas relaciones con él. Por ley solo el jefe superior de policía, el alcalde o el fiscal del distrito podían pedir al DIG que se hiciera cargo de un caso. Will se preguntaba qué hilos habría movido Amanda y hasta qué punto habría cabreado a Peterson.

—Bien —comenzó, y extendió los brazos para poder saltar un tronco caído en el suelo sin perder el equilibrio—. Te has redimido un poco al ofrecerte voluntario para bajar a inspeccionar la cueva, pero si vuelves a hacer algo tan estúpido te pongo a vigilar a los chaperos en el baño del aeropuerto el resto de tu vida, ¿estamos?

Will asintió.

—Sí, señora.

—Tu víctima no tiene buena pinta —le dijo, pasando por delante de un grupo de policías que habían hecho una pausa para fumarse un cigarrillo. Todos miraron con hostilidad a Will—. Ha habido complicaciones. He hablado con el cirujano, Sanderson, y no es muy optimista. Por cierto, me confirmó lo de la dentadura: está intacta.

Típico de Amanda, le obligaba a ganárselo todo a pulso. Will no se lo tomaba como un insulto, sino como un indicio de que podía tenerla de su lado.

—Los cortes en la planta del pie eran recientes —dijo Will—. Sus pies no sangraban cuando estuvo en la cueva.

—Cuéntamelo todo desde el principio.

Ya le había contado lo principal por teléfono, pero le volvió a explicar que había tropezado con la tabla de contrachapado, la había retirado y había bajado a la cueva. A continuación, le relató con todo detalle lo que había visto allí abajo, poniendo mucho interés en recrear la atmósfera que había percibido pero sin confesarle que se había quedado más petrificado aún que Charlie Reed.

—La cara inferior de las tablas estaba llena de arañazos. La segunda

víctima... debía de tener las manos libres para poder arañarlas. El secuestrador no le habría dejado las manos libres estando sola, porque de ese modo podía liberarse y huir.

—¿De verdad crees que tenía a una encima de la cama y a otra debajo?

—Creo que eso es exactamente lo que pasó.

—Si las dos estaban atadas y una de ellas logró hacerse con un cuchillo, tendría sentido que lo hubiera guardado la que estaba debajo de la cama mientras esperaban a que el secuestrador las dejara solas.

Will no dijo nada. Amanda podía ser sarcástica, mezquina y directamente mala, pero también era justa, a su manera, y sabía que por más que se burlara de las corazonadas de su subordinado, con el tiempo había llegado a confiar en ellas. Y además, la conocía demasiado bien como para esperar nada ni remotamente parecido a un elogio.

Habían llegado a la carretera donde Will había dejado aparcado el Mini horas antes. Amanecía deprisa, y la luz azulada iba adquiriendo un tono sepia. Decenas de coches patrulla de la policía de Rockdale mantenían la zona bloqueada. Había muchos hombres pululando por allí, pero sin las prisas de antes. La prensa también andaba merodeando por el lugar, y Will vio un par de helicópteros de los informativos sobrevolando la zona. Aún estaba demasiado oscuro para que las cámaras pudieran grabar, pero probablemente eso no les impedía retransmitir al detalle los movimientos que veían sobre el terreno, o al menos lo que ellos creían ver. La veracidad no era precisamente parte de la ecuación cuando tenías que rellenar veinticuatro horas de noticias.

Cruzaron al otro lado, y Will le ofreció su mano para ayudarla a mantener el equilibrio cuando se internaron en el bosque. Había cientos de policías divididos en grupos peinando la zona, algunos provenientes de otros condados. La Agencia de Gestión de Emergencias de Georgia (GEMA) había convocado a las brigadas caninas civiles, integradas por ciudadanos que entrenan a sus perros para seguir un rastro olfativo. Hacía horas que los perros habían dejado de ladrar. La mayoría de los voluntarios se habían ido a casa. Tan solo quedaban los policías, que no tenían elección. El detective Fierro debía de andar todavía por ahí, probablemente maldiciendo la hora en que había conocido a Will.

—¿Qué tal está Faith? —le espetó Amanda.

La pregunta le cogió por sorpresa, pero lo cierto era que Amanda y Faith se conocían desde hacía años.

—Bien —respondió, cubriendo instintivamente a su compañera.

—Me han dicho que se ha desmayado.

Will fingió sorprenderse.

—¿Ah, sí?

Amanda alzó las cejas.

—Hace tiempo que no tiene buen aspecto.

Will dio por sentado que se refería al aumento de peso, que no era para tanto teniendo en cuenta lo menuda que era Faith, pero esa tarde había aprendido que no hay que hablar nunca del peso de una mujer.

—Yo la encuentro bien.

—Está irritable y distraída.

Will mantuvo la boca cerrada, pues no estaba seguro de si Amanda estaba realmente preocupada o, simplemente, le estaba tirando de la lengua. La verdad era que Faith estaba, efectivamente, irritable y distraída últimamente. Llevaba trabajando con ella el tiempo suficiente como para conocer sus cambios de humor, si bien la mayor parte del tiempo era una mujer bastante cabal. Una vez al mes, siempre por las mismas fechas, se ponía de mal humor y no se desprendía de él durante un par de días o tres. Su tono se volvía cortante y tendía a buscar en la radio cantantes femeninas acompañadas de guitarras acústicas. Lo único que Will podía hacer en esos días era disculparse por todo cuanto dijera. No pensaba compartir esa información con Amanda, pero tenía que admitir que, últimamente, parecía que Faith estuviera siempre de mala gaita. Ella le tendió la mano y Will la ayudó a saltar un leño caído en el suelo.

—Sabes que odio trabajar en casos que no puedo resolver —dijo Amanda.

—Sé que te gusta resolver casos que nadie más es capaz de resolver.

Ella rio con desánimo.

—¿Cuándo te vas a cansar de que te robe los laureles, Will?

—Soy infatigable.

—Veo que le estás dando buen uso al calendario.

—Es el mejor regalo que me has hecho nunca.

Solo a Amanda se le ocurriría regalarle a un analfabeto funcional un calendario con una palabra para aprender cada día.

Will vio que Fierro venía hacia ellos. El bosque a ese lado de la carretera era más espeso y había ramas y rastros por todas partes. Oyó blasfemar a Fierro al engancharse el pantalón en las ramas de un arbusto espinoso. Luego se dio una palmada en la nuca, probablemente para matar algún insecto.

—Qué amable por tu parte el unirte a esta pérdida de tiempo tan absurda, Gómez.

Will hizo las presentaciones.

—Detective Fierro, esta es la doctora Amanda Wagner.

El hombre la saludó con un gesto de la cabeza.

—La he visto en televisión.

—Gracias —replicó Amanda, como si le hubiera hecho un cumplido—. En este caso hay muchos detalles obscenos, detective Fierro. Espero que sus chicos sepan mantener la boca cerrada.

—¿Nos toma por una pandilla de aficionados?

Obviamente era lo que Amanda pensaba.

—¿Cómo va la búsqueda?

—Hemos encontrado exactamente lo que puede usted ver: nada. *Niente*. Cero. —Lanzó a Will una mirada cargada de hostilidad—. ¿Así es como lleváis las cosas los chicos del DIG? ¿Venís aquí y os fundís todo nuestro presupuesto en una absurda búsqueda en mitad de la puta noche?

Will estaba cansado y muy frustrado, y el tono de su voz lo reflejó.

—Normalmente os robamos las provisiones y violamos a vuestras mujeres primero.

—Ja, mira cómo me río —masculló Fierro, dándose otra palmada en la nuca. Al retirar la mano la vio empapada de sudor y con la sangre de un mosquito—. Vosotros si que os vais a partir el culo de risa cuando recupere mi caso.

—Detective Fierro —terció Amanda—, el jefe Peterson nos ha pedido que intervengamos. Usted no tiene autoridad para reasignar este caso.

—Peterson, ¿eh? —Hizo una mueca despectiva—. ¿Quiere eso decir que le ha estado engrasando el arma otra vez?

Will tragó tanto aire que un silbido escapó de sus labios. Amanda ni se inmutó, simplemente entornó los ojos y asintió con la cabeza una sola vez mirando a Fierro, como para indicarle que ya se ocuparía de él. A Will no le sorprendería si, cualquier día, Fierro amaneciera compartiendo su almohada con una cabeza de caballo cortada.

—¡Eh! —gritó alguien—. ¡Aquí!

Los tres se quedaron allí plantados en diversos estados de *shock*, enfado y furia en estado puro.

—¡He encontrado algo!

Will ya se había puesto en marcha. Corrió hacia la mujer que había dado la voz de alarma y agitaba las manos como una loca. Era una agente uniformada de la policía de Rockdale, llevaba puesto un gorro de punto y estaba rodeada de altas espigas de pasto varilla.

—¿Qué es? —preguntó Will.

La agente señaló un denso grupo de árboles de ramas bajas. Vio que las hojas que había debajo estaban revueltas y había zonas en las que se veía la tierra.

—La luz de mi linterna se ha reflejado en algo —dijo, encendiéndola y enfocando hacia la zona en sombras situada al pie de los árboles.

Will no veía nada. Mientras Amanda llegaba hasta ellos se preguntó si la agente no estaría demasiado cansada o demasiado impaciente por encontrar algo.

—¿Qué es? —inquirió Amanda. En ese preciso instante, la luz se reflejó en algo.

Fue un breve destello que no duró más de un segundo. Will parpadeó, pensando que quizá su mente le había jugado una mala pasada, pero la agente lo encontró de nuevo: un destello fugaz, como una diminuta explosión de pólvora, a unos seis metros de distancia.

Will sacó un par de guantes de látex del bolsillo de su chaqueta. Se fijó en el punto donde se producía el destello y fue hacia él apartando las ramas a su paso. Los leños caídos en el suelo y los rastrojos dificultaban el avance, y se

agachó para ir más rápido. Enfocó la linterna hacia el suelo, buscando el objeto en cuestión. Quizá no fuera más que un trozo de espejo o el envoltorio de un chicle. Barajó las distintas posibilidades en su cabeza mientras intentaba localizarlo: una joya, un trozo de cristal, algún mineral brillante.

Un carné de conducir del estado de Florida.

El documento estaba a medio metro de la base del árbol. Junto a él había una navaja de bolsillo con la cuchilla tan manchada de sangre que se confundía con las oscuras hojas de alrededor. Las ramas se afinaban en la parte baja del árbol. Will se arrodilló y apartó una a una las hojas que cubrían el carné. El grueso plástico estaba doblado por la mitad. Los colores y el dibujo del estado de Florida en la esquina le dijeron dónde había sido expedido. Tenía grabado un holograma para evitar las falsificaciones que debía de haber sido lo que reflejaba la luz de la linterna.

Se inclinó y alargó el cuello para verlo mejor; no quería alterar la escena. Justo en el centro del carné descubrió la huella más clara que había visto nunca. Impregnada de sangre, las crestas casi parecían saltar de la satinada superficie de plástico. La fotografía era de una mujer de cabello y ojos oscuros.

—Hay una navaja y un carné de conducir —le dijo a Amanda, elevando el tono para que pudiera oírle—. En el carné hay una huella dactilar ensangrentada.

—¿Puedes leer el nombre? —preguntó la jefa poniéndose en jarras y bastante enfadada.

Will notó que se le cerraba la garganta. Se concentró en las pequeñas letras de imprenta y distinguió una J, o quizá una I, pero enseguida se le embarulló todo. Amanda echaba humo.

—Trae eso para acá, haz el favor.

Un grupo de policías los rodeaban ahora y parecían confusos. Incluso a seis metros de distancia, Will podía oírles murmurar algo sobre el procedimiento. La integridad de la escena de un crimen era sacrosanta, pues los abogados defensores se agarraban a cualquier irregularidad. Había que tomar fotografías y medidas, hacer dibujos. La cadena de custodia no podía romperse, o las pruebas serían rechazadas en el juicio.

—¿Will?

Una gota de lluvia se estrelló contra su nuca. Estaba caliente, casi ardiendo. Se iban acercando más policías a ver lo que habían descubierto. Seguramente se estarían preguntando por qué Will no había leído en alto el nombre, por qué no había enviado inmediatamente a alguien a buscarlo en el ordenador. ¿Así era como iba a acabar la cosa? ¿Iba a tener que salir de allí y confesarles a un montón de extraños que leía como un niño de ocho años? Si se divulgaba esa información ya podía irse a casa y meter la cabeza en el horno, porque no habría un solo policía en toda la ciudad dispuesto a trabajar con él.

Amanda echó a andar hacia él, se enganchó la falda en unos rastros y blasfemó entre dientes.

Will notó otra gota de lluvia en la nuca y se la limpió con la mano. Miró su mano enguantada y los dedos manchados de sangre. Pensó que a lo mejor se había arañado el cuello con una rama, pero entonces notó otra gota caliente, húmeda y viscosa. Se llevó la mano a la nuca de nuevo. Más sangre.

Will alzó la vista y vio a una mujer con el cabello y los ojos oscuros. Estaba colgada boca abajo, unos cuatro metros por encima de su cabeza. El tobillo enredado entre unas ramas era su única sujeción. Había caído de cabeza y se había partido el cuello. Tenía los hombros dislocados y los ojos abiertos, mirando fijamente al suelo. Uno de los brazos colgaba en vertical, como tendido hacia Will, y un trozo de cuerda estaba fuertemente atado a la otra muñeca. La boca estaba abierta. Se le veía roto un incisivo, del cual faltaba casi una tercera parte.

Otra gota de sangre goteó de sus dedos, y esta vez fue a caer en la mejilla de Will, justo debajo del ojo. Este se quitó un guante y tocó la sangre. Todavía estaba caliente.

Llevaba muerta menos de una hora.

SEGUNDO DÍA

Capítulo cinco

Pauline McGhee giró su Lexus LX a la derecha y aparcó en una de las plazas para minusválidos del parking situado enfrente del supermercado City Foods. Eran las cinco de la mañana; probablemente todos los minusválidos seguían dormidos a esa hora. Y sobre todo era demasiado pronto para tener que caminar más de lo estrictamente necesario.

—Vamos, gatito dormilón —le dijo a su hijo, apretándole el hombro con suavidad.

Felix se revolvió, no quería despertarse. Pauline le acarició la mejilla, pensando —no por primera vez— que era un milagro que algo tan perfecto hubiera podido salir de su imperfecto cuerpo.

—Vamos, mi amor —le dijo, haciéndole cosquillas hasta que el niño se retorció como un gusanito.

Pauline se bajó del coche, y luego ayudó a su hijo a salir del Lexus. Los pies del niño no habían tocado aún el suelo cuando su madre comenzó con la rutina de siempre.

—¿Ves dónde hemos aparcado? —Felix asintió con la cabeza—. ¿Qué hacemos si nos perdemos?

—Nos encontramos en el coche —respondió Felix, intentando contener un bostezo.

—Muy bien.

Pauline iba tirando de él mientras se dirigían a la tienda. Cuando era pequeña le decían que si alguna vez se perdía debía buscar a un adulto, pero

con los tiempos que corren uno no podía confiar en nadie. Un guardia de seguridad podía ser un pedófilo; una ancianita podía ser una bruja pirada que dedicaba su tiempo libre a esconder cuchillas de afeitar dentro de las manzanas. Muy mal andaban las cosas cuando el recurso más seguro para un niño de seis años era un objeto inanimado.

Las luces artificiales del súper eran demasiado brillantes para esa hora de la mañana, pero la culpa la tenía Pauline por no haber comprado antes las magdalenas para los compañeros de Felix. Se lo habían dicho hacía una semana, pero no había previsto el infierno que se desataría en el trabajo. Uno de los clientes más importantes del estudio de interiorismo les había encargado un sofá italiano de cuero marrón de sesenta mil dólares que no cabía en el maldito ascensor, y la única manera de subirlo hasta el ático del cliente era con una grúa cuyo alquiler era de diez mil dólares por hora.

El cliente le echaba la culpa al estudio de Pauline por no haberlo previsto, el estudio culpaba a Pauline por haber diseñado un sofá demasiado grande, y Pauline culpaba al cantamañanas del tapicero, pues le había pedido explícitamente que se pasara por el edificio de la calle Peachtree para medir el ascensor antes de hacer el maldito sofá. Ante la disyuntiva de tener que afrontar la factura de una grúa de diez mil dólares la hora o rehacer un sofá de sesenta mil dólares, el tapicero, lógicamente, decidió que le convenía más olvidar aquella conversación, pero Pauline no pensaba permitir que se saliera con la suya. Faltaría más.

Había una reunión a las siete en punto con todas las partes implicadas, y Pauline iba a ser la primera en llegar para contar su versión de la historia. Como le decía su padre, la mierda resbala siempre hacia abajo, y al final del día no sería Pauline McGhee la que olería a alcantarilla. Tenía pruebas que avalaban su versión, por ejemplo la copia de un intercambio de correos electrónicos con su jefe en los que le pedía que le recordara al tapicero que tenía que pasarse a tomar medidas. Y lo más importante era la respuesta de Morgan: «Yo me ocupo». El jefe fingía que esa correspondencia no había tenido lugar, pero Pauline no estaba dispuesta a comerse el marrón. Alguien iba a perder su empleo ese día, y desde luego no iba a ser ella.

—No, cariño —dijo, tirando de Felix para apartarlo de un paquete de

gominolas con forma de osito que colgaba de forma tentadora de uno de los estantes. Pauline sabía que ponían esa clase de cosas a la altura de los niños con la única intención de obligar a los padres a comprarlas. Más de una vez había visto a alguna madre ceder ante un berrinche solo para que el niño se callase. Pero Pauline nunca entraba en ese juego, y Felix lo sabía. Si intentaba cualquier cosa le cogía en volandas y se iban de la tienda, incluso aunque ello significara dejar en medio del súper un carrito con la mitad de la compra hecha.

Giró en el pasillo del pan y casi se dio de bruces con un carro lleno de productos. El hombre rio de buena gana y Pauline logró esbozar una sonrisa.

—Que tenga un buen día —le dijo el hombre.

—Igualmente —respondió Pauline.

Esa, pensó, era la última vez que iba a ser amable con alguien esa mañana. Se había pasado la noche dando vueltas en la cama, a las tres se había levantado para correr un rato en la cinta, arreglarse, prepararle el desayuno a Felix y vestirle para ir al colegio. Atrás quedaban sus días de soltera, cuando podía pasarse toda la noche de fiesta, volver a casa con el que más le gustara y saltar de la cama a la mañana siguiente veinte minutos antes de entrar a trabajar.

Pauline le atusó el cabello al niño y pensó que no echaba en absoluto de menos todo aquello. Aunque echar un polvo de vez en cuando sería una bendición del cielo.

—Magdalenas —dijo, aliviada al verlas apiladas en el mostrador de la panadería. El alivio desapareció en cuanto vio que todas ellas iban decoradas con conejitos y huevos de Pascua multicolores. La circular del colegio especificaba que las magdalenas no podían ir decoradas con motivo religioso alguno, pero Pauline no estaba muy segura de lo que eso significaba exactamente, excepto que en el carísimo colegio privado donde estudiaba su hijo eran unos fanáticos de la corrección política y todas esas chorradas. Ni siquiera habían querido llamarlo fiesta de Pascua: era una fiesta de Primavera que, curiosamente, se celebraba unos días antes del Domingo de Resurrección. ¿Qué religión no celebraba la Pascua? Pauline sabía que los judíos no festejaban la Navidad, pero por el amor de Dios, la Pascua la

conmemoraban todos. Incluso los paganos tenían sus conejitos y sus huevos.

—Muy bien —dijo Pauline, pasándole el bolso a Felix. El niño se lo colgó del hombro como solía hacer su madre, y Pauline sintió una punzada de angustia: trabajaba en un estudio de interiorismo y todos los hombres de su vida tenían pluma. Tendría que hacer un esfuerzo y empezar a relacionarse ya mismo con hombres heterosexuales, por el bien de ella y de su hijo.

Había seis magdalenas en cada caja, así que Pauline cogió cinco, pensando que los profesores también querrían probarlas. No podía soportar a la mayoría de los maestros del claustro, pero adoraban a Felix y Pauline adoraba a su hijo, ¿qué mas le daba gastarse cuatro dólares con setenta y cinco más en alimentar a las harpías que cuidaban de su retoño?

Se fue con las magdalenas hacia la caja, y el aroma de los bollos recién horneados le dio hambre y náuseas al mismo tiempo, como si quisiera hartarse a comer magdalenas hasta que se pusiera tan enferma que tuviera que pasar el resto de la mañana en el cuarto de baño. Era demasiado pronto para oler cualquier cosa cubierta de azúcar, eso desde luego. Se dio la vuelta buscando a Felix, que iba detrás de ella arrastrando los pies. Estaba agotado y la culpa era de Pauline. Consideró la posibilidad de comprarle las gominolas que quería, pero su móvil sonó en el mismo momento en que ponía las cajas de magdalenas sobre la cinta, y se olvidó por completo de todo al ver quién la llamaba.

—¿Sí? —preguntó, observando cómo avanzaban sus cosas hacia la cajera. La mujer estaba tan gorda que apenas podía juntar las manos por delante, como un T-Rex o un bebé foca.

—Paulie, ¿puedes creer lo de la reunión de hoy?

Morgan, el jefe, parecía de los nervios. Se comportaba como si estuviera de su parte, pero Pauline sabía que la apuñalaría por la espalda en cuanto bajara la guardia. Iba a disfrutar como una enana viéndole recoger sus cosas después de que sacara a relucir aquellos correos electrónicos en la reunión.

—Lo sé —respondió, fingiendo consternación—. Es terrible.

—¿Estás en el súper?

Debía de haber oído los pitidos del escáner. La T-Rex estaba pasando las cajas una por una, aunque todas eran exactamente iguales. De no haber

estado hablando por teléfono, Pauline habría saltado por encima del mostrador para escanearlas ella misma. Pasó por el arco de seguridad a la parte de atrás de la caja y cogió unas bolsas de plástico para aligerar la operación. Sujetando el teléfono con el hombro, preguntó:

—¿Qué crees que va a pasar?

—Bueno, está claro que no es culpa tuya —dijo Morgan, pero Pauline se apostaba el cuello a que eso era exactamente lo que le había dicho a su jefe.

—Ni tuya tampoco —replicó ella, aunque había sido Morgan quien había recomendado a ese tapicero, probablemente porque parecía un chaval de trece años y se depilaba con cera sus musculosas piernas para que lucieran en todo su esplendor. Sabía que el muy marica se aprovechaba de las preferencias sexuales de Morgan, pero estaba muy equivocado si creía que era ella la que iba a acabar pagando el pato. Había tardado dieciséis años en ascender de secretaria a ayudante de diseñador. Había asistido durante no sabía cuánto tiempo a clases nocturnas en la Escuela de Arte y Diseño de Atlanta para conseguir su título, arrastrándose cada mañana hasta el trabajo para poder pagar el alquiler y finalmente conseguir un puesto que le permitiera vivir con más desahogo y poder permitirse traer un niño al mundo como Dios manda. Felix vestía ropa de marca, tenía los mejores juguetes y estudiaba en uno de los colegios más caros de la ciudad. Pero Pauline no se había conformado con darle lo mejor a su hijo. Se había arreglado la dentadura y se había operado los ojos con láser; todas las semanas le daban un masaje, cada quince días se hacía una limpieza de cutis y en sus malditas raíces no se apreciaba otra cosa que un impecable y sensual tono castaño gracias a la peluquera de Peachtree Hills a la que visitaba puntualmente cada mes y medio. Ni harta de vino iba a renunciar a ninguno de esos lujos. Ni de broma.

Morgan haría bien en recordar de dónde había partido Pauline. Ya trabajaba de secretaria cuando no existían ni las transferencias ni la banca electrónica, cuando todos los cheques se guardaban en la caja fuerte hasta que llegaba la hora de cerrar y se acercaban al banco a ingresarlos. Tras la última reforma de la oficina, Pauline se había trasladado a un despacho más pequeño con el fin de que pudieran instalar la caja fuerte en su sitio. Y por si acaso, había tenido la precaución de llamar a un cerrajero para que viniera fuera del

horario de oficina y cambiara la combinación; ahora, solo ella la conocía. A Morgan le sacaba de quicio no saber la combinación de la caja, pero a Pauline eso le venía de maravilla, porque la copia del correo electrónico que le iba a salvar el culo estaba guardada precisamente ahí. Llevaba días imaginando de mil maneras diferentes aquel momento. Se veía a sí misma abriendo la caja con mucha ceremonia y agitando el mensaje de correo en las narices de Morgan, dejándole con un palmo de narices delante de su jefe y del cliente.

—Menudo jaleo —suspiró Morgan, adoptando un tono más dramático—. Te juro que no me puedo creer...

Pauline le cogió el bolso a Felix y buscó dentro de la cartera. Se quedó embobada mirando las barras de caramelo mientras deslizaba la tarjeta de débito por el lector de bandas magnéticas y continuó de forma automática con el resto de trámites.

—Ajá —dijo, mientras Morgan despotricaba contra el cliente y le aseguraba que no se quedaría sentado mientras arrastraban por el lodo la reputación profesional de Pauline. Si hubiera tenido a alguien cerca para apreciarlo, habría simulado arcadas—. Venga, cielo —dijo, empujando a Felix hacia la puerta con suavidad.

Sujetó el teléfono con el hombro mientras cogía las bolsas por las asas, y entonces se preguntó por qué se había molestado en meter las cajas en bolsas, si no hacía ninguna falta. Cajas y bolsas de plástico: las profesoras del colegio de Felix se escandalizarían ante semejante atentado contra el medio ambiente. Pauline apiló las cajas y apoyó la barbilla en la tapa de la última para sujetarlas. Tiró las bolsas vacías a la papelera y, con la mano que le quedaba libre, buscó las llaves del coche en el bolso mientras se dirigía a las puertas automáticas.

—Te juro que es lo peor que me ha pasado en toda mi carrera profesional —se lamentaba Morgan. Pese a la tortícolis, Pauline se había olvidado de que estaba hablando por teléfono.

Presionó el botón del control remoto para abrir el maletero del coche. La puerta se abrió con un suspiro y Pauline pensó en lo mucho que le gustaba el sonido que hacía, en que era un lujo tener dinero suficiente como para no

tener que abrir siquiera la puerta del maletero. No estaba dispuesta a perderlo todo por un niñato de culito prieto que no era capaz de tomarse la molestia de medir un puto ascensor.

—Tienes razón —dijo, aunque lo cierto era que no había prestado ninguna atención a lo que Morgan decía en ese momento.

Guardó las cajas en el maletero y apretó el botón de abajo para volver a cerrarlo. Ya estaba metida en el coche cuando se dio cuenta de que Felix no estaba con ella.

—Joder —murmuró, cerrando el móvil.

Salió del coche como una exhalación y paseó la mirada por el aparcamiento, que se había llenado bastante mientras estaban en el súper.

—¿Felix?

Dio la vuelta al coche, pensando que a lo mejor se había escondido al otro lado. No estaba allí.

—¡Felix! —gritó, y echó a correr hacia el supermercado. A punto estuvo de estamparse contra las puertas de cristal porque no se abrieron lo suficientemente rápido.

Se fue hacia la cajera y le preguntó:

—¿Ha visto por aquí a mi hijo? —La mujer parecía algo confusa, y Pauline lo repitió en tono cortante—: Mi hijo. Estaba conmigo hace un momento. Es moreno, más o menos así de alto, tiene seis años. —La dejó por imposible—. Hay que joderse.

»¡Felix! —gritó, pero el corazón le latía con tal fuerza que casi no oía su propia voz.

Empezó a recorrer los pasillos andando a toda prisa, y luego fue corriendo como una loca por toda la tienda. Acabó en la sección de panadería, a punto de echar el bofe. ¿Qué ropa le había puesto hoy? Las playeras rojas. Siempre quería ponérselas porque tenían a Elmo dibujado en la suela. ¿Y le había puesto la camisa blanca o la azul? ¿Y los pantalones? ¿Le había planchado el pantalón cargo esa mañana, o al final le había puesto los vaqueros? ¿Por qué no podía recordar algo tan sencillo?

—Afuera he visto a un niño —dijo alguien, y Pauline salió disparada hacia las puertas.

Vio a Felix detrás del coche; iba hacia el lado del copiloto. Llevaba puesta la camisa blanca, el pantalón cargo y sus playeras rojas de Elmo. Aún tenía el pelo húmedo; todas las mañanas se levantaba con un remolino en la coronilla y tenía que domarlo con un poco de agua.

Pauline dejó de correr, y fue dándose palmaditas en el pecho como si quisiera calmar su corazón. No iba a gritarle porque él no lo entendería, y solo conseguiría asustarle. Iba a abrazarlo y a cubrirlo de besos de la cabeza a los pies hasta que empezara a revolverse, y luego le iba a decir que si volvía a apartarse de ella le retorcería su precioso cuello.

Se limpió las lágrimas mientras pasaba por detrás del coche. Felix estaba dentro, con la puerta abierta y las piernas colgando. No estaba solo.

—Oh, muchas gracias —le dijo al extraño, en tono efusivo. Y, acariciando a Felix, continuó—: Se despistó en el súper y...

Pauline sintió que la cabeza le explotaba y cayó desplomada al suelo como una muñeca de trapo. Lo último que vio al alzar la vista fue la sonriente cara de Elmo mirándola desde la suela de la zapatilla de Felix.

Capítulo seis

Sara se despertó sobresaltada. Tuvo un momento de desorientación antes de recordar que estaba en la UCI, sentada en una silla junto a la cama de Anna. La habitación no tenía ventanas. La cortina de plástico que hacía las veces de puerta tapaba la luz que entraba desde el pasillo. Sara se inclinó hacia adelante, miró el reloj a la luz de los monitores y vio que eran las ocho de la mañana. El día anterior había hecho doble turno para poder tomarse ese día libre y poner un poco de orden en sus asuntos: la nevera estaba vacía, tenía facturas que pagar y la ropa sucia se había acumulado en el suelo de su armario hasta el punto de que ya no podía cerrar la puerta.

Y sin embargo, allí estaba todavía.

Se acomodó en la silla y sintió una punzada de dolor al estirar la espalda. Cogió la muñeca de Anna con los dedos para tomarle el pulso, aunque los monitores registraban los latidos de su corazón y su respiración. Sara no tenía ni idea de si Anna podía sentir sus dedos o su presencia, pero a ella le hacía sentir mejor.

Quizá fuera una suerte que no estuviera despierta. Su cuerpo estaba luchando contra una virulenta infección que había hecho descender peligrosamente su nivel de leucocitos. Tenía el brazo entablillado y le habían extirpado la mama derecha. Le habían puesto tracción en la pierna, cuyos huesos estaban ahora unidos por varios tornillos. Le habían inmovilizado la pelvis con una férula de plástico para mantener los huesos bien alineados mientras se soldaban las fracturas. El dolor debía de ser inimaginable aunque,

teniendo en cuenta lo que había tenido que pasar durante su cautiverio, probablemente era lo de menos.

Lo que a Sara no se le escapaba era el hecho de que, incluso en su estado actual, Anna era una mujer muy atractiva. Probablemente esa era una de las cualidades que primero había llamado la atención del secuestrador. No era guapa al estilo de una estrella de cine, pero había algo llamativo en sus rasgos que seguramente hacía que la gente se volviera a mirarla. A lo mejor había visto demasiadas historias sensacionalistas en las noticias, pero no tenía ningún sentido que una mujer tan atractiva como Anna pudiera desaparecer sin que ni una sola persona la echara de menos. La gente solía prestar más atención cuando era una mujer guapa la que desaparecía, como en los casos de Laci Peterson o Natalee Holloway.

Sara no sabía por qué le daba tantas vueltas a todo aquello: tratar de imaginar lo que había podido ocurrir era el trabajo de Faith Mitchell. No tenía nada que ver con el caso, y realmente no tenía por qué haberse quedado en el hospital esa noche. Anna estaba en buenas manos. Las enfermeras y los médicos estaban al final del pasillo y había dos policías en la puerta. Debería haberse ido a casa a meterse en la cama y esperar a que llegara el sueño arrullada por el sonido de la lluvia. El problema era que normalmente le costaba dormir o —peor aún— a veces lo hacía demasiado profundamente y se encontraba atrapada en un sueño, reviviendo su vida junto a Jeffrey, cuando esta era exactamente como ella quería que fuese.

Habían pasado tres años y medio desde que mataron a su marido y, desde entonces, Sara no había dejado de pensar en él ni un momento. En los días inmediatamente posteriores a su muerte sintió pánico al pensar que podía llegar a olvidar algo importante de Jeffrey. Hizo interminables listas enumerando todas las cosas que le gustaban de él: el aroma de su piel cuando salía de la ducha, lo mucho que le gustaba sentarse detrás de ella y cepillarle el cabello, el sabor de sus labios cuando la besaba. Jeffrey siempre llevaba un pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón, usaba una loción hidratante de avena para mantener suaves sus manos, era un buen bailarín, era un buen policía, cuidaba de su madre, la adoraba a ella.

La adoraba, en pasado.

Las listas eran cada vez más exhaustivas y acababan convirtiéndose en una especie de interminable desglose: canciones que ya no podía escuchar, películas que ya no podía ver, sitios a los que ya no podía ir. Páginas y páginas de libros que habían leído juntos, vacaciones, largos fines de semana sin salir de la cama y quince años de una vida que ya nadie podía devolverle.

Sara no tenía ni idea de qué había hecho con aquellas listas. Quizá su madre las había guardado en una caja y se las había llevado al guardamuebles de su padre, o quizá no habían existido nunca. Puede que soñara que escribía esas listas en los días que siguieron a la muerte de Jeffrey, cuando el dolor fue tan insoportable que hasta había agradecido los sedantes. A lo mejor soñó que se sentaba en la cocina durante horas, escribiendo para la posteridad todas las cosas maravillosas que amaba en su marido.

Xanax, Valium, Ambien, Zoloft; casi se había envenenado tratando de sobrevivir día a día. A veces se tumbaba en la cama, medio traspuesta, y evocaba las manos de Jeffrey, sus labios, sobre su cuerpo. Entonces se quedaba dormida y soñaba con la última vez que habían estado juntos, el modo en que él la había mirado a los ojos, tan seguro de sí mismo, mientras iba despertando poco a poco su deseo hasta volverla loca. Sara se despertaba con una punzada de dolor, luchando contra el impulso de volver a hacerse ilusiones con la posibilidad de disfrutar tan solo unos momentos más de esa otra vida.

Había perdido horas y horas recreándose en el recuerdo de su vida sexual con él, evocando cada sensación, cada centímetro de su cuerpo, con morboso detalle. Durante semanas, había estado obsesionada con el recuerdo de la primera vez que hicieron el amor —no de la primera vez que se acostaron, que fue un frenético arrebató de pasión que hizo que Sara saliera de su casa avergonzada a la mañana siguiente—, sino de la primera vez que se miraron y acariciaron con ternura, mirándose a los ojos, como hacen los amantes.

Era un hombre dulce y tierno. Siempre la escuchaba, siempre le abría la puerta y le cedía el paso. Confiaba en su criterio: había construido su vida en torno a ella. Siempre estaba a su lado cuando le necesitaba.

Estaba, otra vez en pasado.

Pasados unos meses, empezó a recordar detalles absurdos: una pelea que

habían tenido por cómo había que colocar el papel higiénico en el portarrollos. Una discusión sobre a qué hora habían quedado en un restaurante. Su segundo aniversario, cuando a él se le ocurrió que ir en coche hasta Auburn para ver un partido de fútbol era un fin de semana romántico. Un día de playa en el que ella se puso celosa porque una mujer en un bar le prestaba demasiada atención.

Jeffrey sabía cómo arreglar la radio del cuarto de baño. En los viajes largos, le encantaba leerle en voz alta mientras ella conducía. Aguantaba a su gato, que se hizo pis en sus zapatos la primera noche que durmió en casa después de mudarse de manera oficial. Le empezaban a salir patas de gallo alrededor de los ojos, y a Sara le gustaba besarlas y pensar en lo maravilloso que iba a ser envejecer junto a aquel hombre.

Y ahora, cuando se miraba al espejo y detectaba una nueva arruga en su propio rostro, el único pensamiento que se le venía a la cabeza era el de que iba a tener que envejecer sin él.

Sara no sabía muy bien cuánto tiempo le había llorado; de hecho, no estaba segura de haber dejado de llorar. Su madre había sido siempre la fuerte, y nunca lo había sido más que cuando su hija la necesitó a su lado. Tessa, la hermana de Sara, se sentó a su lado días enteros, para abrazarla y mecerla algunas veces como si fuera un bebé. Su padre se encargaba de la intendencia doméstica: sacaba la basura, paseaba a los perros y se acercaba hasta la oficina de correos para recoger el correo de Sara. Un día se lo encontró en la cocina, llorando y murmurando: «Mi hijo... Mi único hijo...». Jeffrey había sido el hijo que nunca había tenido.

—Está completamente destrozada —le contó su madre a la tía Bella por teléfono. La frase describía tan bien cómo se sentía Sara que se había quedado ensimismada, imaginando que sus brazos y sus piernas se separaban de su cuerpo. ¿Qué más daba? ¿Para qué necesitaba las piernas o las manos o los pies si ya no podría correr nunca más hacia él, si nunca más podría abrazarle ni acariciarle? Sara nunca había sido la clase de mujer que necesita un hombre a su lado para sentirse completa pero, de alguna manera, Jeffrey se había convertido en aquello que la definía, y sin él se sentía como si fuera a la deriva.

¿Quién era ella sin él, entonces? ¿Quién era esa mujer que se negaba a vivir sin su marido, que había tirado la toalla? Quizás esa era la auténtica raíz del dolor que sentía; no era solo el hecho de haber perdido a Jeffrey, también se había perdido a sí misma.

Todos los días, Sara se prometía que iba a dejar de tomar las pastillas, que iba a dejar de anesthesiarse para poder soportar el simple hecho de estar viva y de que el tiempo pasara tan despacio —a veces creía que habían pasado semanas cuando tan solo habían pasado unas pocas horas—. Cuando por fin consiguió dejar las pastillas, dejó de comer. No era que no quisiera alimentarse, sino que la comida le sabía a rayos. La bilis se le subía a la garganta por más que su madre intentara llevarle sus platos favoritos. Sara se encerró en casa, se abandonó por completo. Quería dejar de existir, pero no sabía cómo hacerlo sin ir en contra de sus principios más básicos.

Al final, su madre fue a hablar con ella y le suplicó:

—Decídate de una vez: o vives o te matas, pero no nos obligues a ver cómo te vas apagando de esta manera.

Sara había considerado sus opciones fríamente: pastillas, una cuerda, una pistola, un cuchillo. Nada de eso le iba a devolver a Jeffrey, ni tampoco iba a cambiar lo que había sucedido.

Pasó el tiempo, y el reloj iba hacia adelante cuando lo que ella quería era que diera marcha atrás. El día del primer aniversario de su muerte, Sara se despertó y se dio cuenta de que, si se hubiera suicidado, los recuerdos de Jeffrey habrían desaparecido con ella también. No habían tenido hijos, no habían dejado ningún monumento perdurable de lo que había sido su vida en común. Solo quedaba Sara y los recuerdos que guardaba en su mente.

Y después de eso no le quedó otro remedio que recomponerse, recoger y unir los trozos poco a poco. Lentamente, una mujer que recordaba lejanamente a Sara dejó de funcionar como un autómatas. Se levantaba por la mañana, salía a correr, trabajaba media jornada, intentando vivir su vida como la había vivido antes, pero sin Jeffrey. Fue valiente e intentó transitar por aquella mala imitación de su vida anterior, pero no podía hacerlo. No podía seguir en la casa donde se habían amado, en la ciudad donde habían vivido juntos. Ni siquiera era capaz de asistir a las tradicionales comidas del

domingo en casa de sus padres porque, enfrente de ella, siempre habría una silla vacía.

Una compañera de estudios de Emory, que no tenía ni idea de lo que le había sucedido a Sara, le envió por correo electrónico el anuncio de la vacante en el hospital Grady. Lo hizo en plan de broma, como diciendo: «¿Quién querría volver a ese infierno?». Pero Sara llamó al administrador del hospital al día siguiente y entró en el Grady para trabajar en el departamento de urgencias. Sabía que el sistema de salud pública era un dinosaurio gigantesco y obsoleto y que un servicio de urgencias fagocita tu vida personal, tu alma. Alquiló su casa, vendió su consulta, regaló la mayor parte de sus muebles y, un mes más tarde, se mudó a Atlanta.

Y ahí estaba ella. Habían pasado dos años y Sara seguía estancada. No tenía muchos amigos fuera del trabajo, pero nunca había tenido demasiada vida social, que había girado en torno a su familia. Su hermana Tessa siempre había sido su mejor amiga, y su madre, su confidente más íntima. Jeffrey era el jefe superior de policía del condado de Grant, Sara la forense. Trabajaban juntos muy a menudo, y Sara se preguntaba si su relación hubiera sido tan íntima si hubieran vivido cada uno por su lado y no se hubieran visto más que a la hora de cenar.

El amor, como el agua, siempre transcurre por la vía que ofrece menos resistencia.

Sara se había criado en una ciudad pequeña. La última vez que había tenido una cita propiamente dicha no estaba bien visto que las chicas llamaran a los chicos por teléfono, y ellos debían pedir permiso al padre para salir con su hija. Esas costumbres resultaban pintorescas ahora, casi ridículas, pero ella las echaba de menos. No entendía cómo funcionaban ahora las relaciones entre hombres y mujeres adultos, pero se había obligado a intentarlo para comprobar si esa parte de ella había muerto también con Jeffrey.

Había salido con dos hombres desde que se mudó a Atlanta, conocidos a través de las enfermeras del hospital, y ambos le habían parecido rematadamente anodinos. El primero era guapo y listo, un profesional de éxito, pero no había nada detrás de su deslumbrante sonrisa y sus impecables

modales; después de que Sara rompiera a llorar la primera vez que la besó, no la volvió a llamar. Con el segundo salió tres meses atrás. La experiencia fue algo mejor, o quizá ella se engañaba. Se acostó con él una vez, pero tuvo que tomarse tres copas de vino para reunir el valor necesario y apretó los dientes todo el rato, como si aquello fuera un examen que estuviera decidida a aprobar. El hombre rompió con ella al día siguiente, pero Sara no se enteró hasta que llegó a casa y comprobó su buzón de voz una semana después.

Si tuviera que lamentar algo de su vida en común con Jeffrey, sería esto: ¿Por qué no le había besado más? Como la mayoría de los matrimonios habían desarrollado un lenguaje íntimo y secreto: un beso largo indicaba normalmente el deseo de sexo, no solo cariño. Luego estaban los besos en la mejilla y los fugaces en los labios que se daban antes de ir a trabajar, que no tenían nada que ver con los que se daban cuando empezaron a salir, cuando los besos apasionados eran regalos exóticos y sensuales que no siempre acababan en la cama.

Sara quería regresar a ese principio, volver a disfrutar de esas largas horas en el sofá con la cabeza de Jeffrey en su regazo, besándole con pasión, acariciando su suave cabello. Sentía nostalgia de aquellos momentos robados en coches aparcados, pasillos o cines, cuando pensaba que se iba a morir si no la besaba. Quería esa sorpresa de coincidir con él en el trabajo, ese vuelco que le daba el corazón cuando le veía a lo lejos, caminando por la calle. Quería volver a sentir mariposas en el estómago cuando sonaba el teléfono y oía su voz al otro lado de la línea. Quería volver a sentir cómo la sangre se concentraba en su vientre cuando iba sola en su coche o pasaba por un pasillo en la farmacia y, de repente, olía su aroma impregnado en su propia piel.

Quería recuperar a su amante.

Alguien descorrió la cortina de vinilo con un chirrido metálico. Jill Marino, una de las enfermeras de urgencias, sonrió al dejar el historial de Anna sobre la cama.

—¿Qué tal la noche? —preguntó. Deambuló por la habitación comprobando los monitores y asegurándose de que la vía seguía en su sitio —. Ya están los resultados de la gasometría.

Sara abrió el historial y revisó las cifras. La noche anterior, el oxímetro

que Anna llevaba puesto en el dedo detectó un descenso en la saturación del oxígeno. Pero, al parecer, esta mañana había vuelto a la normalidad de forma espontánea. A Sara no dejaba de maravillarle la capacidad del cuerpo humano para sanarse por sí mismo.

—Te hace sentir innecesaria, ¿verdad?

—A un médico, puede —replicó Jill para chincharla—, pero ¿a una enfermera?

—Bien visto.

Sara metió la mano en el bolsillo de su bata de trabajo y palpó la carta. Se había cambiado después de atender a Anna y había trasladado la carta de forma automática al ponerse la bata limpia. A lo mejor debería abrirla. A lo mejor debería sentarse, romper el sobre y acabar con aquello de una vez por todas.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Jill.

Negó con la cabeza.

—No. Gracias por dejar que me quedara aquí esta noche.

—Has sido tú la que me ha quitado trabajo de encima —admitió la enfermera. Como de costumbre, la UCI estaba hasta los topes—. Te llamaré si se produce algún cambio. —Acarició la mejilla de Anna y le sonrió—. Puede que nuestra chica quiera despertarse hoy.

—Seguro que sí.

Sara no creía que Anna pudiera oírla, pero ella se sentía mejor diciéndolo en voz alta.

Los dos policías que guardaban la puerta de la habitación se llevaron la mano a la gorra al salir Sara. Sintió sus ojos clavados en la nuca mientras se alejaba por el pasillo, pero no porque la encontraran atractiva, sino porque sabían que era la viuda de un policía. Sara no había hablado nunca de Jeffrey con sus compañeros del Grady, pero siempre había mucho trasiego de policías en urgencias, y la noticia había acabado por extenderse. No tardó en convertirse en un secreto a voces del que todo el mundo hablaba, aunque nunca en su presencia. No había sido su intención convertirse en una figura trágica, pero si eso disuadía a la gente de hacer preguntas, no le importaba.

El gran misterio era por qué le había salido de una forma tan natural

hablarle de Jeffrey a Faith. Sara prefería pensar que Faith era simplemente una buena detective antes que admitir lo que más se acercaba a la verdad: se sentía sola. Su hermana vivía al otro lado del mundo, sus padres estaban a cuatro horas de viaje y su vida se limitaba al trabajo y a ver lo que estuvieran poniendo en la televisión cuando llegaba a casa.

Y lo peor de todo era que sospechaba que no había sido Faith lo que la había atraído, sino el caso. Jeffrey siempre buscaba el consejo de Sara en sus investigaciones, y echaba de menos esa clase de actividad mental.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, el último pensamiento de Sara antes de quedarse dormida no fue para Jeffrey, sino para Anna. ¿Quién la había secuestrado? ¿Por qué la había elegido precisamente a ella? ¿Qué pistas había dejado en el cuerpo de Anna que pudieran ayudarle a averiguar el móvil del animal que le había hecho aquello? Mientras hablaba con Faith en la cafetería Sara tuvo la sensación de que su cerebro servía para algo más que para mantenerla viva. Y lo más probable es que fuera la última vez en mucho tiempo que se iba a sentir así.

Se frotó los ojos, tratando de espabilarse. Sabía que la vida sin Jeffrey iba a resultar muy dolorosa, pero lo que no sabía era que, además, iba a ser tan asquerosamente irrelevante.

Casi había llegado a los ascensores cuando le sonó el móvil. Dio media vuelta y volvió a dirigirse hacia la habitación de Anna mientras atendía el teléfono.

—Estoy de camino.

—Sonny llegará en menos de diez minutos —replicó Mary Schroder.

Sara se paró; se le cayó el alma a los pies al oír las palabras de la enfermera. Sonny era el marido de Mary, un agente que hacía el primer turno de la mañana.

—¿Está bien?

—¿Te refieres a Sonny? —preguntó Mary—. Está perfectamente. ¿Dónde estás tú?

—Estoy arriba, en la UCI. —Sara se dio la vuelta y se fue hacia los ascensores—. ¿Qué es lo que pasa?

—Sonny ha recibido una llamada alertándole de que había un niño solo

en el City Foods de Ponce de León. Tiene seis años. El pobre ha estado esperando en el asiento trasero del coche durante al menos tres horas.

Sara pulsó el botón del ascensor.

—¿Y la madre?

—Ha desaparecido. Su bolso estaba en el asiento del conductor, las llaves en el contacto y había sangre en el suelo, junto al coche.

Sara sintió que su corazón volvía a latir.

—¿Y el niño vio algo?

—Está demasiado afectado para hablar, y Sonny no vale para eso. No tiene ni idea de cómo tratar a un niño de esa edad. ¿Estás bajando?

—Estoy esperando el ascensor. —Sara miró su reloj—. ¿Está seguro de que han sido tres horas?

—El encargado del súper vio el coche aparcado cuando llegó a trabajar. Dijo que la madre había estado allí un rato antes, como loca porque no encontraba a su hijo.

Sara volvió a apretar el botón, sabiendo perfectamente que no tenía ningún sentido.

—¿Por qué ha tardado tres horas en llamar a la policía?

—Porque la gente es así de gilipollas —respondió Mary—. La gente es total y absolutamente gilipollas.

Capítulo siete

El Mini rojo de Faith estaba aparcado a la puerta de su casa cuando se despertó esa mañana. Amanda debía de haber seguido a Will con su coche y después lo había llevado a su casa. Probablemente pensaba que le estaba haciendo un favor a Faith, pero esta seguía teniendo ganas de estrangularle. Cuando Will la llamó para decirle que pasaría a recogerla a las ocho y media, como siempre, ella le respondió con un cortante «vale» que se quedó flotando sobre su cabeza.

Su furia se aplacó un poco cuando Will le contó lo que había pasado esa noche: su estúpida incursión en la cueva, el hallazgo de la segunda víctima, las dificultades con Amanda. La última parte parecía especialmente dura: Amanda nunca le ponía a uno las cosas fáciles. Will parecía agotado y Faith se compadeció de él cuando le describió a la mujer colgada del árbol, pero tan pronto como hubo colgado el teléfono volvió a enfurecerse.

¿Cómo se le ocurría meterse en esa cueva sin nadie más que Fierro para guardarle las espaldas? ¿Por qué demonios no la había llamado para que le ayudara a buscar a la segunda víctima? ¿Por qué, por el amor de Dios, pensaba que estaba haciéndole un favor impidiendo que hiciera su trabajo? ¿Acaso pensaba que no era capaz de hacerlo, que no era lo suficientemente buena? Faith no era una simple mascota. Su madre era policía. Había empezado como agente y ascendido a detective más rápido que cualquier otro miembro de su brigada. No venía de recoger margaritas cuando Will entró en su vida; no era el maldito Watson de Sherlock Holmes.

Se obligó a respirar hondo. Estaba lo suficientemente cuerda como para darse cuenta de que su ira podía ser algo desproporcionada. Pero únicamente cuando se sentó a la mesa de la cocina y se midió el azúcar supo el por qué. De nuevo rondaba el ciento cincuenta que, según *Vivir con diabetes*, podía aumentar el nerviosismo y la irritabilidad. Y tener que inyectarse la insulina no le ayudaba precisamente a calmar el nerviosismo y la irritabilidad.

Tenía el pulso firme cuando giró el dial para seleccionar la dosis — esperando haber elegido la correcta—, pero su pierna empezó a temblar cuando intentó pincharse, de modo que parecía un perro rascándose con ganas. Debía de haber algo en su inconsciente que hacía que su mano se paralizara sobre su tembloroso muslo, algo que le impedía infligirse daño alguno de forma deliberada. Probablemente eso mismo era lo que le impedía embarcarse en una relación estable con un hombre.

—A tomar por saco —dijo con determinación, se clavó el bolígrafo y empujó el émbolo. La aguja quemaba como el fuego del infierno, por más que el folleto que le habían dado asegurara que era prácticamente indoloro. A lo mejor después de pincharte seis mil millones de veces a la semana, clavarte una aguja en el muslo o en el abdomen resultara relativamente indoloro, pero Faith no había llegado aún a ese punto, ni siquiera era capaz de imaginárselo. Cuando extrajo la aguja sudaba de tal manera que tenía las axilas pegajosas.

La hora siguiente la pasó entre el teléfono e Internet, hablando con diversas organizaciones gubernamentales para avanzar un poco en la investigación mientras se ponía de los nervios buscando información en Google sobre la diabetes de tipo 2. Los diez primeros minutos estuvo esperando a que la atendieran los del departamento de policía de Atlanta, y se entretuvo buscando un posible diagnóstico alternativo por si Sara Linton se había equivocado. Al final todo quedó en un sueño imposible, y para cuando la pusieron en espera en el laboratorio del DIG en Atlanta ya había encontrado su primer blog para diabéticos. Luego descubrió otro, y otro: miles de personas explayándose sobre las dificultades que entraña vivir con una enfermedad crónica.

Faith estuvo leyendo acerca de bombas y glucosómetros, de la retinopatía diabética, los problemas de circulación, el descenso de la libido y un montón

de cosas maravillosas que venían de regalo con la diabetes. Había curas milagrosas, reseñas sobre artilugios y un pirado que decía que la enfermedad era una excusa que se había inventado el gobierno de Estados Unidos para recaudar subrepticamente miles de millones de dólares que le permitían financiar la guerra por el petróleo.

Después de familiarizarse con las teorías conspiranoicas en torno a la diabetes, Faith estaba dispuesta a creer cualquier cosa que pudiera librarla de tener que pasarse el resto de su vida midiéndolo todo. Se había pasado la vida probando absolutamente todas las dietas adelgazantes del *Cosmo*, y eso le había enseñado a controlar los carbohidratos y las calorías, pero no soportaba la idea de convertirse en un acerico. Profundamente deprimida —y esperando a que alguien de Equifax se pusiera al teléfono—, pasó rápidamente a las páginas de los laboratorios farmacéuticos con sus fotos de risueños diabéticos de aspecto saludable montando en bicicleta, haciendo yoga o jugando con cachorritos, gatitos, niños pequeños y cometas; a veces combinaciones de los cuatro. Seguramente la mujer que correteaba tras ese bebé tan adorable no sufría de sequedad vaginal.

Teniendo en cuenta que llevaba toda la mañana al teléfono, Faith podría haber llamado a la consulta de la doctora Wallace y pedido una cita para esa misma tarde. Tenía el número que Sara le había anotado, y naturalmente ya había comprobado los antecedentes de Delia Wallace para saber si le habían puesto alguna demanda por mala praxis o tenía alguna multa por conducir bajo los efectos del alcohol. Faith conocía al detalle el currículum de la médica y su expediente de tráfico, pero seguía sin ser capaz de hacer la llamada.

Sabía que se iba a pasar una buena temporada trabajando en la oficina por culpa del embarazo. Amanda fue novia de Ted, el tío de Faith, pero la relación empezó a deteriorarse cuando esta empezó el instituto, y Amanda la Jefa era muy diferente de la Tía Amanda. Le iba a hacer la vida imposible como solo una mujer puede hacérsela a otra por la clase de cosas a la que se dedican la mayoría de las mujeres. Faith estaba preparada para afrontar esa clase de infierno, pero ¿le permitirían volver a su puesto cuando se enteraran de que padecía diabetes?

¿Sería capaz de volver a salir a la calle con un arma a perseguir a los malos sabiendo que sus niveles de glucosa podían desplomarse en cualquier momento? El ejercicio intenso podía provocar una caída de la glucosa. ¿Qué pasaría si le daba un bajón y se desmayaba mientras perseguía a un sospechoso? Las emociones intensas también podían comprometer sus niveles de glucosa. ¿Y si un día estaba entrevistando a un testigo y no se daba cuenta de que estaba fuera de control hasta que intervinieran los de asuntos internos? ¿Y Will? ¿Podía confiar en ella para cubrirle las espaldas? Por más que se quejara de su compañero, Faith sentía una profunda devoción por él. Era a un tiempo su copiloto, su parachoques contra el mundo y su hermana mayor. ¿Cómo iba a protegerle si ni siquiera podía protegerse a sí misma?

Tal vez ni siquiera dependía de ella.

Se quedó mirando fijamente la pantalla del ordenador, pensando en buscar en Internet cuál era la política oficial en cuanto a los diabéticos en las fuerzas de seguridad. ¿Los arrinconaban tras una mesa de despacho hasta que se atrofiaban o dimitían? ¿Los despedían? Colocó las manos sobre el teclado. Pulsó la H sin pensar y sintió que rompía a sudar de nuevo. Cuando sonó el teléfono se llevó un susto de muerte.

—Buenos días —dijo Will—. Estoy afuera, sal cuando estés lista.

Faith cerró el portátil. Cogió las notas que había ido tomando al teléfono, metió toda su parafernalia para diabéticos en el bolso y salió por la puerta principal sin mirar atrás.

Will conducía un Dodge Charger negro sin distintivo policial, lo que en su jerga se denominaba un vehículo G, perteneciente al parque móvil del Gobierno. Esta belleza de coche en particular tenía una raya hecha con una llave sobre una de las ruedas traseras y una gran antena montada sobre un muelle para que el escáner pudiera captar cualquier señal en un radio de ciento sesenta kilómetros. Hasta un niño ciego de tres años lo habría identificado como un vehículo policial.

Según abría la puerta del coche, Will le informó:

—Tengo la dirección de Jacquelyn Zabel en Atlanta.

Se refería a la segunda víctima, la mujer que habían encontrado colgada de un árbol.

Faith subió al coche y se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Cómo?

—El sheriff de Walton Beach me llamó esta mañana. Estuvieron hablando con sus vecinos. Al parecer, acababa de ingresar a su madre en una residencia y Jacquelyn estaba viviendo allí mientras recogía sus cosas para poner la casa en venta.

—¿Dónde está la casa?

—En Inman Park. Charlie se reunirá con nosotros allí, y he llamado a la policía de Atlanta para que nos envíen a alguien. Dicen que pueden prestarnos dos agentes un par de horas. —Dio la vuelta para salir y miró a Faith de reojo—. Tienes mejor aspecto. ¿Has podido dormir?

Faith no respondió. Sacó su cuaderno y repasó la lista de todas las llamadas que había hecho esa mañana.

—Pedí que enviaran a nuestros laboratorios las astillas que Sara encontró bajo las uñas de Anna. Y, antes de nada, he mandado a un técnico al hospital para tomarle las huellas. He pasado un aviso a todas las comisarías del estado para que miren a ver si tienen alguna mujer desaparecida que encaje con la descripción de Anna; van a intentar mandar a un dibujante para que le haga un retrato. Su cara está bastante amoratada, no creo que nadie pudiera reconocerla en una foto tal como está.

Pasó la página y echó un vistazo a las notas.

—He hablado con el CNIC (Centro Nacional de Información Criminal) y con el PDCV (Programa para la Detención de Criminales Violentos) a ver si tienen constancia de algún caso similar, y aunque el FBI no tiene abierto ningún caso como este, he introducido los detalles en la base de datos por si saltaba la liebre. —Pasó a la página siguiente—. Tenemos controladas las tarjetas de crédito de Jacquelyn Zabel por si alguien intenta utilizarlas. He llamado al anatómico; la autopsia está programada para las once. También he hablado con los Coldfield, el matrimonio que iba en el Buick que atropelló a Anna, y me han dicho que podemos localizarles en el refugio donde trabaja ella como voluntaria, aunque ya le habían contado a ese detective tan simpático, Galloway, todo lo que sabían. Y hablando de ese gilipollas: he llamado a Jeremy esta mañana y le he pedido que dejara un mensaje en el

buzón de voz de Galloway identificándose como inspector de Hacienda y diciéndole que había encontrado algunas irregularidades. —Will se echó a reír—. Estamos esperando a que la policía de Rockdale nos envíe por fax los informes de la escena del crimen y las declaraciones de los testigos. Aparte de eso, no tenemos nada más. —Faith cerró su libreta—. Y tú, ¿qué has hecho esta mañana?

Will señaló el posavasos con la barbilla.

—Te he traído chocolate caliente.

Faith miró el vaso de plástico con expresión golosa; se moría de ganas de lamer la espuma de nata que rebosaba por debajo de la tapa. Le había mentido descaradamente a Sara cuando le describió su dieta. La última vez que Faith se dio una carrera fue desde su coche a la puerta delantera del restaurante de comida rápida Zesto para poder comprarse un batido antes de que cerraran. Su desayuno habitual consistía en un pastelito relleno y una Coca-Cola Light, pero esa mañana se había comido un huevo duro y una tostada seca, que debía de ser lo que desayunaban los presos en la cárcel. El azúcar del chocolate podía matarla, así que se apresuró a decir: «No gracias», antes de que cambiara de opinión.

—Oye, si estás intentando perder peso, podría...

—Will —le interrumpió—, llevo a dieta los últimos dieciocho años. Si quiero dejarme, estoy en mi derecho.

—Yo no he dicho...

—Además, solo he subido dos kilos y medio —mintió—. Tampoco estoy como para que me pongan el logo de Michelin en el culo.

Sin abrir la boca, Will miró de reojo el bolso que tenía en el regazo. Cuando por fin se decidió a hablar, dijo:

—Lo siento.

—Gracias.

—Si no vas a... —dejó la frase sin terminar y cogió el chocolate del posavasos.

Faith puso la radio para no tener que oírle tragar. El volumen estaba bajo, y por los altavoces se oía el murmullo de un locutor dando las noticias. Fue cambiando de emisora hasta que encontró algo suave e inocuo que no la

exasperara.

Notó cómo se tensaba el cinturón de seguridad cuando Will frenó para no atropellar a un peatón que se cruzó de improviso en su camino. Faith no tenía excusa para ponerse así con él, y Will no era ningún idiota; evidentemente sabía que algo no iba bien, pero, como de costumbre, no quería presionarla. Faith sintió una punzada de culpabilidad por guardar secretos, si bien su compañero tampoco era lo que se dice extrovertido. Había descubierto que era disléxico por casualidad; al menos lo que ella creía que era dislexia. Desde luego tenía serias dificultades con la lectura, pero a saber a qué se debían. Observándole, Faith se había dado cuenta de que podía leer algunas palabras, pero tardaba una eternidad, y la mayor parte de las veces no interpretaba bien lo que leía. Cuando le preguntó si le habían dado algún diagnóstico, Will se hizo el sueco con tal naturalidad que Faith se puso como un tomate, avergonzada por haberse atrevido a preguntar siquiera.

Odiaba tener que admitir que hacía bien en ocultar su problema. Faith llevaba en el cuerpo el tiempo suficiente como para saber que la mayoría de los oficiales de policía tenían la inteligencia de una ameba. Eran un grupo bastante conservador, de mente no muy abierta. Seguramente el pasarse la vida entre lo peorcito que puede ofrecer la sociedad les hacía rechazar instintivamente cualquier cosa que se saliera mínimamente de lo normal en sus compañeros. Sea como fuere, Faith sabía que si se corría el rumor de que Will era disléxico, ningún policía se lo perdonaría. Si ya tenía problemas para ser aceptado, eso lo convertiría en unapestado.

Will giró a la derecha en la avenida Moreland y Faith se preguntó cómo sabía hacia dónde debía girar si distinguir la derecha y la izquierda le resultaba prácticamente imposible. Era muy hábil ocultando su problema: por si no le bastaba con su prodigiosa memoria, llevaba siempre una grabadora digital en el bolsillo que le hacía las veces de libreta. Alguna vez se equivocaba pero, por lo general, se las arreglaba tan bien que dejaba a Faith con la boca abierta. Will había logrado terminar sus estudios sin que nadie se diera cuenta de que tenía un problema. Además, crecer en un orfanato no era lo que se dice entrar con buen pie en la vida. Tenía muchos motivos para sentirse orgulloso, y eso hacía aún más triste que tuviera que ocultar su

dificultad.

Estaban en mitad de Little Five Points, una parte bastante ecléctica de la ciudad donde los garitos más cutres convivían con tiendas de moda demasiado caras para la ropa que vendían.

—¿Estás bien? —se decidió a preguntarle Will.

—Solo estaba pensando —respondió Faith, pero no quiso contarle lo que de verdad pasaba por su cabeza—. ¿Qué sabemos de las víctimas?

—Las dos morenas, en forma, muy atractivas. Creemos que la mujer del hospital se llama Anna. Según el carné de conducir, la que encontramos colgando del árbol se llama Jacquelyn Zabel.

—¿Y qué hay de las huellas?

—Hallamos una huella latente en la navaja, de Zabel. Sin embargo, no hemos podido identificar la que había en el carné: no es de Zabel y no encontramos ninguna coincidencia en el ordenador.

—Deberíamos compararla con las huellas de Anna para ver si coincide. Si esta tocó el carné podríamos demostrar que estuvieron juntas en la cueva.

—Buena idea.

A Faith le fastidiaba tener que sacarle la información con cuchara pero, teniendo en cuenta que últimamente andaba de un humor de perros, no podía culparle.

—¿Has podido averiguar algo más sobre Zabel?

Will se encogió de hombros como si no supiera mucho más, pero se puso a recitar:

—Jacquelyn Zabel tenía treinta y ocho años, era soltera y sin hijos. El departamento de policía de Florida nos echará una mano: registrarán la casa, revisarán los registros telefónicos y tratarán de encontrar a algún familiar aparte de la madre que viva en Atlanta. El sheriff dice que no hay nadie que conociera bien a Zabel en la ciudad. Tenía cierta relación con una vecina que le regaba las plantas, pero esta no sabe nada de ella. El vecindario anda algo soliviantado con algunos vecinos que sacan sus contenedores de basura a la calle. El sheriff dice que Zabel les dio la lata en los últimos seis meses, se quejaba de que las fiestas en las piscinas eran demasiado ruidosas y la gente aparcaba el coche delante de su casa.

Faith reprimió el impulso de preguntarle por qué no le había contado todo eso desde el principio.

—¿El sheriff llegó a conocer a Zabel en persona?

—Me ha dicho que atendió sus llamadas un par de veces y que no le pareció una persona muy agradable.

—O sea, te dijo que era una bruja —precisó Faith. Para ser policía, Will hablaba con mucha educación—. ¿Cómo se ganaba la vida?

—Trabajaba en el negocio inmobiliario. El mercado está en crisis, pero parece que a ella le iba bastante bien: casa en la playa, un BMW, un yate en el puerto.

—¿No me habías dicho que la batería que encontraste en la cueva era de barco?

—Le dije al sheriff que mirara en su yate y la batería estaba en su sitio.

—Había que intentarlo —murmuró Faith, pensando que todos aquellos detalles no les servían de mucho.

—Charlie dice que la batería que encontramos en la cueva tiene por lo menos diez años; los números de serie se habían borrado. Va a intentar conseguir más información, pero todo apunta a que no servirá de nada. Es la clase de objeto que se puede adquirir de segunda mano en cualquier rastrillo.

—Se encogió de hombros—. Lo único que nos indica es que el tipo sabía qué uso le iba a dar.

—¿Y eso por qué?

—La batería de un coche está diseñada para soltar una descarga eléctrica breve e intensa, justo lo que se necesita para arrancar. Una vez lo hace empieza a funcionar el alternador y ya no se necesita hasta que se ha de arrancar otra vez. La de la cueva es lo que se denomina una batería náutica de ciclo profundo, es decir, libera una descarga constante y prolongada. Si usaras una de coche para lo que la utilizaba este tipo, se quemaría. La batería náutica puede estar funcionando durante horas.

Faith se quedó callada, intentando encontrarle algún sentido a todo aquello. Pero lo cierto era que no tenía ninguno: lo que les habían hecho a esas dos mujeres no había sido obra de una mente sana.

—¿Dónde está el BMW de Zabel? —preguntó.

—No está en su casa de Florida, ni tampoco en la de su madre.

—¿Has pasado un aviso a todas las unidades con la descripción del coche?

—En Florida y en Georgia.

Will alargó el brazo hacia el asiento de atrás y sacó un montón de carpetas. Estaban clasificadas por colores, y fue pasándolas una por una hasta que encontró una de color naranja y se la dio a Faith. Esta la abrió y encontró una copia impresa del carné de conducir de Jacquelyn Alexandra Zabel. En la foto se podía apreciar que era una mujer muy atractiva, morena con el pelo largo y ojos castaños.

—Es muy guapa —comentó.

—Igual que Anna. Cabello castaño, ojos castaños.

—Nuestro hombre tiene un tipo definido. —Faith pasó a la siguiente página y leyó en alto el historial de tráfico de la víctima—. El coche de Zabel es un BMW 540i rojo del 2008. Le pusieron una multa por exceso de velocidad hace seis meses, iba a 129 en un tramo con velocidad límite de 88. Se saltó un stop en las cercanías de un colegio el mes pasado y en un control hace dos semanas, se negó a soplar por el alcoholímetro; el juicio está pendiente de fecha. —Hojeó el resto del historial—. Su expediente estaba bastante limpio hasta hace poco.

Will se rascó el antebrazo con aire distraído mientras esperaba a que cambiara el semáforo.

—A lo mejor le sucedió algo.

—¿Y qué hay de las notas que Charlie encontró en la cueva?

—«No voy a sacrificarme» —recordó, y sacó la carpeta azul—. Están buscando huellas en el papel. Las hojas son de un cuaderno de espiral corriente y están escritas a mano, probablemente por una mujer.

Faith echó un vistazo a la fotocopia; la misma frase una y otra vez, como si fuera un castigo que le hubieran impuesto muchas veces en el colegio.

—¿Y la costilla?

Will seguía rascándose el brazo.

—No encontramos ni rastro de ella en la cueva ni por los alrededores.

—¿Un trofeo?

—Podría ser. No había cortes en el cadáver de Jacquelyn. —Will se corrigió—. Me refiero cortes profundos como el que le hicieron a Anna para quitarle la costilla. Pero yo diría que las dos pasaron por el mismo infierno.

—Tortura. —Faith intentó ponerse en el lugar del secuestrador—. Ata a una mujer a la cama y a la otra debajo. A lo mejor las alterna: le hace algo horrible a Anna y luego le da la vuelta y le hace lo mismo a Jacquelyn.

—Y luego vuelve a colocarlas en la posición original —continuó Will—. Puede que Jacquelyn oyera gritar a Anna mientras le arrancaba la costilla; supo lo que le esperaba y se puso a roer la cuerda que tenía alrededor de las muñecas.

—Seguramente buscó la navaja, o quizá ya la tenía escondida debajo de la cama.

—Charlie ha examinado las lamas de madera que había bajo el colchón y las ha vuelto a colocar en el mismo orden. Todas tenían un arañazo en el centro hecho con la punta de un cuchillo muy afilado, como si alguien hubiera cortado la cuerda desde debajo de la cama, de la cabeza a los pies.

Faith reprimió un escalofrío mientras constataba lo evidente.

—Jacquelyn estaba bajo la cama mientras mutilaban a Anna.

—Y probablemente aún estaba viva mientras peinábamos el bosque.

Abrió la boca para decir algo del tipo «No es culpa tuya», pero sabía que sería inútil; hasta ella misma se sentía culpable por no haber estado allí, participando en la búsqueda. No podía imaginar cómo se debía sentir Will, que había dado tumbos por el bosque mientras la mujer se moría.

—¿Qué te pasa en el brazo? —le preguntó, cambiando de tema.

—¿A qué te refieres?

—No dejas de rascarte.

Will detuvo el coche y entornó los ojos intentando descifrar el nombre de la calle.

—Hamilton —leyó Faith en voz alta.

Will miró su reloj: el truco que usaba para distinguir la derecha y la izquierda.

—Las dos víctimas estaban muy bien situadas —dijo, girando a la derecha por Hamilton—. Anna estaba desnutrida, pero su cabello tenía buen

aspecto (me refiero al color) y se había hecho la manicura recientemente. El esmalte de las uñas estaba descascarillado, pero parecía un trabajo profesional.

Faith no quiso preguntarle cómo podía distinguir una manicura profesional de una que no lo era.

—Esas mujeres no eran prostitutas. Tenían una casa y un trabajo. Es raro que un asesino escoja como víctimas a dos mujeres cuya ausencia puede llamar la atención.

—Móvil, medios, ocasión —recitó Will, recordando los fundamentos de toda investigación—. El móvil es el sexo y la tortura y, quizá, la costilla.

—Medios —continuó Faith, tratando de imaginar el modo en que el asesino había secuestrado a las víctimas—. Puede que manipule sus coches para que se estropeen. Podría ser un mecánico.

—Los BMW incluyen un sistema de asistencia en carretera. Solo tienes que apretar un botón y te mandan una grúa.

—Qué práctico —comentó Faith. El Mini era como el BMW de los pobres: tenías que coger tu móvil y llamar a un taller si necesitabas una grúa—. Jacquelyn estaba mudándose a casa de su madre, y eso quiere decir que seguramente contrató a una empresa de mudanzas o se puso en contacto con alguien para vender los muebles.

—Necesitaba un certificado de que la casa no tenía termitas para poder venderla —añadió Will. En el Sur es difícil conseguir una hipoteca sin demostrar antes que las termitas no se han comido los cimientos—. Nuestro hombre podría ser un exterminador, un contratista, un transportista de mudanzas...

Faith sacó un boli y comenzó a escribir una lista en la parte posterior de la carpeta naranja.

—Su licencia de agente inmobiliaria no sería válida aquí, así que debía de tener un agente en Atlanta para poder vender la casa.

—A menos que la vendiera directamente como propietaria, en cuyo caso puede que hubiera enseñado la casa a varios posibles compradores. Eso significa que pudo haber extraños entrando y saliendo de la casa todo el tiempo.

—¿Y cómo es que nadie reparó en su desaparición? —preguntó Faith—. Sara dijo que Anna había estado secuestrada como mínimo cuatro días.

—¿Quién es Sara?

—Sara Linton.

Will se encogió de hombros y Faith estudió detenidamente su expresión. Will nunca olvidaba un nombre. Nunca olvidaba nada.

—La médica que me atendió ayer.

—¿Ese es su nombre? —Faith se mordió la lengua para no soltar: «Venga ya»—. ¿Y cómo sabe el tiempo que estuvo retenida Anna?

—Fue forense de un condado que queda un poco más al sur.

Will alzó las cejas. Aminoró la velocidad para leer otro letrero.

—¿Forense? Qué raro.

Cómo si él no fuera raro.

—Era forense y pediatra.

Will murmuró, intentando descifrar el letrero.

—Y yo que pensé que era bailarina.

—Woodland —leyó en voz alta Faith—. ¿Bailarina? Pero si mide como seis metros.

—También hay bailarinas altas.

Faith apretó los dientes para no soltar la carcajada.

—Bah. —Will no añadió nada más, y usó esa palabra para indicar que daba por finalizada esa parte de la conversación.

Mientras giraba el volante, Faith se quedó mirando el perfil de su compañero con la misma intensidad que él miraba fijamente al frente. Will era un hombre atractivo, incluso guapo, pero se comportaba como si no lo fuera. Su mujer, Angie Polaski, debió de ver algo más allá de sus rarezas, entre las cuales estaba su incapacidad para mantener una charla insustancial y los anacrónicos ternos que insistía en vestir. Will, por su parte, decidió pasar por alto el hecho de que Angie se hubiera acostado con la mitad del cuerpo de policía de Atlanta, incluyendo además —de ser ciertas las pintadas en el lavabo de señoras de la tercera planta— a un par de mujeres. Se habían conocido en el Hogar para Niños de Atlanta, y Faith imaginaba que era eso lo que tenían en común. Ambos eran huérfanos, abandonados por sus padres.

Como en todo lo que se refería a su vida personal, Will no le había contado los detalles. Faith ni siquiera se había enterado de que Will y Angie estaban casados hasta que lo vio aparecer un día con una alianza en el dedo.

Y hasta ahora jamás le había visto mirar a ninguna otra mujer, ni tan siquiera de reojo.

—Aquí es —dijo Will torciendo a la derecha por una calle estrecha y arbolada.

Faith vio la furgoneta blanca de la policía científica aparcada frente a una casa muy pequeña. Charlie Reed estaba en la acera, examinando el cubo de la basura junto con dos de sus ayudantes. Quien hubiera sacado la basura debía de ser la persona más ordenada del mundo. Había varias cajas apiladas cuidadosamente junto al bordillo, tres pilas de dos, todas ellas con una etiqueta que identificaba el contenido. Junto a estas, varias bolsas de basura negras puestas en fila, como si montaran guardia. Al otro lado del buzón había un colchón y un canapé alineados con esmero, y un par de muebles que los traperos del vecindario no habían recogido aún. Detrás de la furgoneta de Charlie había dos coches patrulla vacíos de la policía de Atlanta, por lo que Faith supuso que los dos agentes que había pedido Will estarían preguntando ya por el vecindario.

—Su marido era policía —dijo—. Parece que murió en acto de servicio. Espero que frieran al cabrón en la silla.

—¿El marido de quién?

Will sabía perfectamente de quién estaba hablando.

—El de Sara Linton. La médica-bailarina.

Will aparcó y apagó el motor.

—Le pedí a Charlie que nos esperara para que podamos echar un vistazo a la casa. —Sacó dos pares de guantes de látex del bolsillo de su chaqueta y le pasó uno a Faith—. Imagino que estará todo en cajas por la mudanza, pero nunca se sabe.

Faith se bajó del coche. Charlie tendría que precintar la casa en cuanto empezara a recoger pruebas. Si dejaba que echaran un vistazo antes, no tendrían que esperar a que procesaran todas las pruebas para empezar a seguir las posibles pistas.

—Hola, chicos —gritó Charlie, en tono casi jovial, saludándoles con la mano. Señaló las bolsas de basura—. Llegáis justo a tiempo. Cuando llegamos, los de Goodwill estaban a punto de llevárselas.

—¿Qué tenéis?

Les señaló las etiquetas que había en las bolsas.

—La mayor parte es ropa, menaje de cocina, unas licuadoras viejas..., ese tipo de cosas —dijo esbozando una sonrisa—. Un descanso después de haber estado en ese espeluznante agujero.

—¿Cuándo crees que tendremos los resultados de las pruebas que recogiste en la cueva? —preguntó Will.

—Amanda les ha dicho que tiene prioridad absoluta. Había un montón de mierda ahí abajo, en sentido literal y también metafórico. Hemos dado preferencia a las pruebas que consideramos más importantes. Ya sabéis que el ADN de los fluidos tardará cuarenta y ocho horas; las huellas las están metiendo en el ordenador directamente. Si hay alguna prueba decisiva ahí abajo, lo sabremos mañana por la mañana, a más tardar. —Simuló un teléfono con la mano y se la llevó a la oreja—. Seréis los primeros en enteraros.

Will señaló las bolsas de basura.

—¿Habéis encontrado algo que nos sea útil?

Charlie le pasó un paquete de cartas. Will le quitó la goma y miró los sobres uno por uno antes de pasárselos a Faith.

—El matasellos es reciente —comentó. Le resultaba casi imposible descifrar las palabras, pero leía los números sin problemas; era una de sus muchas argucias para disimular su problema. Además, se le daba bien reconocer los logos de las empresas—. La factura del gas, la de la luz, la de televisión por cable...

Faith leyó en voz alta el nombre del destinatario.

—Gwendolyn Zabel. Un nombre anticuado pero muy bonito.

—Como Faith —dijo Will, y a ella le sorprendió oír de sus labios un comentario tan personal. Él se apresuró a desviar su atención—. Y vivía en una casa anticuada pero muy bonita.

«Bonito» no era el adjetivo que hubiera utilizado Faith para describir

aquel pequeño bungaló, pero sí tenía un aire muy pintoresco con sus tablillas grises y sus adornos rojos. La casa no había sido reformada, ni siquiera se habían hecho trabajos de mantenimiento. Los canalones estaban combados por el peso de las hojas acumuladas durante años y, desde lejos, el tejado parecía el lomo de un camello. El césped estaba cortado con pulcritud, pero no estaban los parterres ni los setos esculpidos tan típicos de los jardines de Atlanta. Menos una, todas las demás casas de la calle habían añadido una planta más o habían sido directamente derribadas a fin de dejar libre la parcela para una mansión. La de Gwendolyn Zabel debía de ser una de las últimas casas de la zona que aún conservaban intacto su aspecto original; la única con dos dormitorios y un solo baño. Faith se preguntó si los vecinos se habrían alegrado de que la anciana se mudara. Su hija debía de estar encantada de poder embolsarse el cheque de la venta. Una casa como esa debía de haber costado unos treinta mil dólares cuando se construyó. Ahora, solo la parcela debía de valer alrededor de medio millón.

—¿Habéis tenido que desmontar la cerradura? —le preguntó Will a Charlie.

—La puerta no estaba cerrada con llave. Los chicos y yo hemos echado un vistazo por los alrededores y no hemos visto nada raro, pero si surge algo seréis los primeros en saberlo. —Charlie señaló el montón de basura que tenía delante—. Esto es solo la punta del iceberg. Tenemos trabajito para rato.

Will y Faith intercambiaron miradas de camino a la casa. Inman Park estaba lejos de Mayberry; nadie dejaba la puerta abierta a menos que esperara una indemnización de su seguro.

Faith abrió la puerta principal, y cruzar el umbral fue como viajar a los años setenta. La moqueta verde tenía el pelo tan largo que casi le cubría las deportivas, y el papel irisado de las paredes le recordó con mucha delicadeza que había engordado siete kilos en el último mes.

—¡Uau! —exclamó Will, echando un vistazo rápido a la habitación. Había una ingente cantidad de porquerías por todas partes: pilas de periódicos viejos, libros encuadernados en rústica, revistas—. No puede ser bueno para la salud vivir aquí.

—Imagínate la pinta que debía de tener antes de que sacaran todo lo que hay afuera. —Faith cogió un exprimidor oxidado que había en lo alto de una pila de números atrasados de la revista *Life*—. A algunos ancianos les da por coleccionar toda clase de cosas. Y una vez que empiezan, ya no saben parar.

—Esto es una locura —dijo Will, acariciando una pila de *singles* de vinilo. Una nube de polvo se disolvió en el cargado aire de la habitación.

—La casa de mi abuela era peor que esta —le contó Faith—. Tardamos una semana entera en poder pasar al otro lado de la cocina.

—¿Qué es lo que lleva a alguien a hacer algo así?

—No lo sé.

Su abuelo había muerto cuando ella era niña, y su abuela paterna había vivido sola la mayor parte de su vida. Había empezado a acumular cosas a los cincuenta años, y para cuando la ingresaron en la residencia su casa estaba llena de trastos hasta el techo. Viendo el hogar abarrotado de trastos de otra anciana solitaria, Faith se preguntó si algún día Jeremy diría lo mismo de cómo tenía su casa.

Al menos él tendría un hermano o una hermana pequeña para echarle una mano. Faith se llevó la mano a la tripa, haciéndose preguntas por primera vez sobre la criatura que llevaba dentro. ¿Sería niño o niña? ¿Sería rubio, como ella, o moreno y con rasgos latinos, como su padre? Jeremy no se parecía a su padre en absoluto, gracias a Dios. El primer amor de Faith había sido un macarra con una pinta que recordaba a la de Spike, el hermano de Snoopy. De bebé, Jeremy tenía un aspecto casi delicado, como de porcelana fina, con unos piecitos pequeños y adorables. Aquellos primeros días, Faith se había pasado horas contemplando aquellos deditos diminutos, besándole los talones. Le parecía que era la cosa más maravillosa sobre la faz de la tierra. Había sido su muñeco favorito.

—¿Faith?

Retiró la mano de su tripa, preguntándose qué demonios le había dado. Se había inyectado suficiente insulina esa mañana. A lo mejor no eran más que los cambios hormonales típicos del embarazo, que habían hecho de sus catorce años una época tan feliz para ella y para toda la gente que tenía a su alrededor. ¿Cómo demonios iba a pasar por todo eso otra vez? ¿Y cómo iba a

hacerlo estando sola?

—¡Faith!

—Me vas a gastar el nombre, Will —le espetó. Señaló hacia el fondo de la casa—. Ve a mirar en la cocina. Yo me ocupo de los dormitorios.

Will la miró de arriba a abajo antes de dirigirse a la cocina.

Faith fue por el pasillo hasta las habitaciones del fondo, sorteando licuadoras, tostadoras y teléfonos rotos. Se preguntó si la anciana habría recogido todo aquello de la basura o si, simplemente, lo había ido acumulando a lo largo del tiempo. Las fotografías enmarcadas de la pared parecían antiguas, algunas tenían un tono sepia y otras estaban hechas en blanco y negro. Faith les echó un vistazo al pasar, preguntándose cuándo había empezado la gente a sonreír a la cámara y por qué. Tenía algunas fotos antiguas de los abuelos de su madre por las que sentía un cariño especial. En los tiempos de la Gran Depresión vivían en una granja, y un fotógrafo ambulante hizo una foto de la familia con una mula a la que llamaban *Big Pete*. La mula era la única que sonreía.

No había ninguna mula en la pared de Gwendolyn Zabel, pero en algunas de las fotografías en color se veía a dos niñas; las dos con sendas melenas castañas que llegaban más allá de sus cinturas de avispa. No tenían la misma edad, pero no cabía la menor duda de que eran hermanas. No aparecían juntas en ninguna de las fotos más recientes. La hermana de Jacquelyn prefería posar en paisajes desérticos para las fotos que le mandaba a su madre, mientras que Jacquelyn parecía preferir la playa y un bikini que se ceñía a aquellas caderas, tan estrechas que parecían las de un niño. Faith no pudo evitar pensar que si ella tuviera esa pinta con treinta y ocho años, también querría hacerse una foto en bikini. No había muchas imágenes recientes de su hermana, que había engordado un poco con los años. Faith esperaba que no hubiera perdido el contacto con su madre. Podían rastrear las llamadas telefónicas a la inversa para salir de dudas.

El primer dormitorio no tenía puerta, y la habitación estaba igualmente saturada de trastos, más periódicos y más revistas. Había algunas cajas, pero en general la habitación estaba tan llena de basura que no pudo dar más que un par de pasos. En el ambiente flotaba un desagradable olor a humedad, y

Faith recordó un caso que había visto en las noticias muchos años antes. La protagonista de la historia era una mujer que había guardado un recorte de una revista vieja y había muerto a consecuencia de una enfermedad rara. Salió del dormitorio y se asomó al cuarto de baño. Más porquería, pero alguien había despejado los trastos para poder pasar al cuarto de baño y limpiarlo. En el lavabo había un cepillo de dientes y otros artículos de higiene personal colocados en fila, y varias bolsas de basura amontonadas dentro de la bañera. La cortina de ducha estaba prácticamente negra del moho acumulado.

Faith tuvo que ponerse de lado para poder cruzar la puerta del dormitorio principal. La razón la descubrió nada más entrar: había una vieja mecedora detrás de la puerta con tal cantidad de ropa encima que no se había caído al suelo precisamente porque estaba apoyada contra ella. También había ropa tirada por toda la habitación del tipo que se etiqueta como *vintage* y se vende por cientos de dólares en las vanguardistas tiendas de Little Five Points.

Hacía calor en la casa y, con las manos sudadas, le costó más trabajo enfundarse los guantes de látex. Hizo caso omiso del pegote de sangre seca que tenía en la punta de uno de los dedos, no quería pensar en nada que pudiera provocarle un estúpido ataque de llanto.

Empezó por los cajones de la cómoda. Estaban todos abiertos, así que no tenía más que apartar un poco la ropa para buscar cartas o alguna agenda que pudiera contener los datos de otros familiares. Habían hecho la cama con esmero y las sábanas estaban limpias; debía de ser lo único en toda la casa que podía calificarse de «limpio». No había nada que le indicara si Jacquelyn Zabel había dormido en el dormitorio de su madre o si había preferido alojarse en algún hotel del centro.

O sí. Faith vio un bolso de viaje abierto junto a la funda de un portátil en el suelo. Debería haberlos visto nada más entrar, porque ambos estaban fuera de lugar en aquel contexto: la funda era de cuero y el bolso de una conocida firma de moda. Faith encontró dentro de la funda un MacBook Air por el que su hijo habría sido capaz de matar. Pulsó el botón de encendido, pero la pantalla de inicio le pedía un usuario y una contraseña. Charlie tendría que enviárselo a quien correspondiera para poder acceder a la información, pero

según su experiencia, los Macs que estaban protegidos con contraseña eran inviolables, ni siquiera el fabricante podía decodificarla.

A continuación examinó el bolso. La ropa que había dentro era de firma: Donna Karan y Jones New York. Los zapatos de Jimmy Choo eran especialmente impresionantes, sobre todo para Faith, que llevaba una falda que parecía una tienda de campaña porque ya no se podía abrochar ninguno de los pantalones que tenía en el armario. Jacquelyn Zabel, por lo visto, no tenía ese problema, y Faith se preguntó por qué había decidido quedarse en aquella pocilga cuando era evidente que podía permitirse un alojamiento mucho más cómodo. Sí había estado durmiendo en aquella habitación: la cama hecha con primor, un vaso de agua y un par de gafas de cerca sobre la mesa indicaban, sin lugar a dudas, que alguien había ocupado el dormitorio recientemente. También había un enorme bote de aspirinas, como los que tienen en los hospitales. Faith lo abrió y vio que estaba medio vacío. Seguramente ella también necesitaría aspirinas si tuviera que empaquetar los enseres de su madre. Había visto lo duro que le resultó a su padre tomar la decisión de ingresar a su madre en una residencia para ancianos. El hombre hacía años que había fallecido, pero Faith sabía que nunca había podido superar el haber ingresado a la abuela en una residencia.

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas sin poder hacer nada por evitarlo. Dejó escapar un gemido y se limpió con el dorso de la mano. Desde que vio el signo positivo en el test de embarazo no había pasado un solo día sin que su cerebro encontrara alguna excusa para hacer que rompiera a llorar.

Volvió a concentrarse en el bolso. Iba buscando a tientas algún papel — un cuaderno, un diario, un billete de avión— cuando oyó unos gritos que venían del otro extremo de la casa. Faith se encontró a Will en la cocina y a una mujer corpulenta muy enfadada gritándole a escasos centímetros de su cara.

—¡No tenéis ningún derecho a estar aquí, cerdos!

Faith pensó que la mujer parecía una de esas viejas hippies que se dirigen a los policías con ese apelativo cariñoso: «cerdos». Llevaba el pelo recogido en una trenza y llevaba un chal hecho con una manta de montar que le hacía las veces de camiseta. Imaginó que la mujer debía de ser la última de su

especie en el vecindario, cuya casa pronto sería la más cutre de la calle. No tenía pinta de ser una de esas mamás adictas al yoga que seguramente vivían en mansiones recién estrenadas.

Will permanecía llamativamente sereno, apoyado contra la nevera con una mano en el bolsillo.

—Señora, haga el favor de tranquilizarse.

—Que te den. Y a ti también —dijo al ver aparecer a Faith.

Ahora que la veía más de cerca, calculó que tendría unos cuarenta y tantos años. No obstante, tampoco resultaba fácil calcular su edad, porque su cara estaba roja y bastante desfigurada por el enfado. Sus facciones parecían estar especialmente diseñadas para expresar ira.

—¿Conocía usted a Gwendolyn Zabel? —le preguntó Will.

—No tienes derecho a interrogarme sin que haya un abogado presente.

Faith puso los ojos en blanco, regodeándose en lo infantil del gesto. Will se comportó de forma algo más madura.

—¿Podría decirme su nombre?

La mujer se puso a la defensiva de nuevo.

—¿Por qué?

—Me gustaría saber cómo debo dirigirme a usted.

La mujer se quedó meditando sus opciones.

—Candy.

—Muy bien, Candy. Soy el agente especial Trent, del DIG, y ella es la agente especial Faith Mitchell. Siento tener que comunicarle que la hija de la señora Zabel ha sufrido un accidente.

Candy se arrebuja en el chal.

—¿Iba borracha?

—¿Conocía usted a Jacquelyn? —le preguntó Will.

—Jackie. —Candy se encogió de hombros—. Estuvo viviendo aquí un par de semanas o tres para recoger las cosas de su madre y vender la casa. Hablamos de vez en cuando.

—¿Contrató a algún agente inmobiliario, o pensaba venderla ella directamente?

—Llamó a un agente local. —La mujer cambió de postura para no ver a

Faith—. ¿Está bien Jackie?

—Me temo que no. Murió a consecuencia del accidente.

Candy se llevó la mano a la boca.

—¿Ha visto a alguien merodeando por los alrededores de la casa?
¿Alguien sospechoso?

—Por supuesto que no. Habría llamado a la policía.

Faith contuvo un bufido. Los que despotricaban contra los «cerdos» eran los primeros en llamar a la policía en cuanto intuían el menor problema.

—¿Tenía Jackie algún familiar con el que podamos ponernos en contacto? —le preguntó Will.

—¿Estás ciego o qué te pasa? —replicó Candy, señalando hacia la nevera con un gesto de la cabeza.

Faith vio una lista de nombres y números de teléfono pegada en la puerta de la nevera donde estaba apoyado Will. Las palabras NÚMEROS DE EMERGENCIA encabezaban la lista impresa en negrita, a menos de quince centímetros de su cara.

—Dios, ¿es que no os enseñan a leer en la academia?

Will parecía estar pasándolo fatal, y Faith habría abofeteado a Candy si la hubiera tenido más cerca. Sin embargo, se limitó a decir:

—Señora, voy a necesitar que vaya al centro para hacer una declaración formal.

Will la miró y meneó la cabeza, pero Faith estaba tan furiosa que le costaba hablar sin que le temblara la voz.

—Un coche patrulla la llevará hasta el edificio Este del Ayuntamiento. Será cuestión de un par de horas.

—¿Por qué? —preguntó Candy—. ¿Para qué necesitáis que...?

Faith sacó su móvil y marcó el número de su antiguo compañero del departamento de policía de Atlanta. Leo Donelly le debía un favor —más bien muchos favores— y pensaba cobrárselos para hacerle la vida imposible a aquella mujer.

—Hablaré con vosotros aquí. No hace ninguna falta que me llevéis al centro.

—Su amiga Jackie está muerta —dijo Faith en tono cortante—. Usted

elige: o nos ayuda con la investigación o la acuso de obstrucción.

—Vale, vale —dijo la mujer alzando las manos en señal de rendición—.
¿Qué queréis saber?

Faith miró de reojo a Will, que se miraba fijamente los pies. Pulsó el botón de colgar y se ahorró la llamada a Leo.

—¿Cuándo vio usted a Jackie por última vez? —le preguntó.

—El fin de semana pasado. Vino buscando un poco de compañía.

—¿Qué clase de compañía?

Candy respondió con evasivas y Faith empezó a marcar el número de Leo otra vez.

—Está bien —gruñó Candy—. Por dios, estuvimos fumando un poco de marihuana. Estaba hasta las narices de toda esta mierda. Llevaba bastante tiempo sin visitar a su madre; ninguno nos habíamos dado cuenta de lo mal que estaba.

—¿A quién se refiere cuando dice «ninguno de nosotros»?

—A mí y a un par de vecinos más que le echábamos un ojo a Gwen de vez en cuando. Es una mujer muy mayor. Sus dos hijas viven fuera del estado.

Muy atentos no debían de estar si no se habían dado cuenta de que estaba viviendo en un vertedero.

—¿Conoce usted a la otra hija?

—Joelyn —respondió Candy, señalando con un gesto de la cabeza hacia la lista que había en la nevera—. Ella nunca venía por aquí. Al menos yo no la he visto en los diez años que llevo viviendo en este barrio.

Faith miró de reojo a Will una vez más. Este tenía la mirada perdida en un punto indefinido por encima del hombro de Candy.

—Así que vio a Jackie por última vez la semana pasada, ¿no?

—Eso es.

—¿Y qué hay de su coche?

—Lo tenía aparcado delante de la casa hasta hace un par de días.

—¿Un par de días quiere decir dos días?

—En realidad hace más bien cuatro o cinco días. Tengo una vida. No me dedico a observar las idas y venidas de mis vecinos.

Faith pasó por alto el sarcasmo.

—¿Ha visto usted a alguien de aspecto sospechoso merodeando por aquí?

—Ya te he dicho que no.

—¿Quién era su agente inmobiliario?

Mencionó el nombre de uno de los mejores agentes inmobiliarios de la ciudad, un hombre que se anunciaba en todas las paradas de autobús.

—Jackie ni siquiera le conocía en persona; lo negociaron todo por teléfono. El tipo tenía la casa vendida antes de poner el cartel en el jardín. Hay un promotor que está comprando todas las parcelas del vecindario, y cierra el trato en diez días con dinero en efectivo.

Faith sabía que era una práctica bastante extendida. Incluso a ella le habían llegado varias ofertas por su humilde casa en los últimos años, si bien no había aceptado ninguna porque con el dinero de la venta no hubiera podido permitirse comprar una casa nueva en la misma zona.

—¿Y qué me dice de la empresa de mudanzas?

—Mire todas estas porquerías. —Golpeó con la palma de la mano un montón de periódicos viejos—. Lo último que me dijo Jackie fue que iba a pedir un contenedor de esos que se utilizan en la construcción.

Will se aclaró la voz. Ya no miraba a la pared, pero tampoco miraba directamente a la testigo.

—¿Y por qué no dejar las cosas como están, sin más? —preguntó—. Prácticamente no hay más que basura, y el constructor va a derribar la casa de todas formas.

A Candy le horrorizó la idea.

—Esta era la casa de su madre. Jackie se crio aquí; su infancia está enterrada bajo todas estas porquerías. Uno no puede deshacerse de su pasado así, sin más ni más.

Will cogió el móvil como si hubiera sonado. Faith sabía que tenía estropeado el modo vibración (Amanda había estado a punto de matarle la semana anterior porque le sonó en mitad de una reunión). Sin embargo miró la pantalla y dijo:

—Disculpadme.

Salió por la puerta de atrás, apartando con el pie un montón de revistas

que le obstaculizaban el paso.

—¿Cuál es su problema? —preguntó Candy refiriéndose a Will.

—Es alérgico a las zorras —bromeó Faith, aunque de haber sido cierto esa mañana Will tendría el cuerpo invadido por un sarpullido de la cabeza a los pies—. ¿Con qué frecuencia visitaba Jackie a su madre?

—¿Me has tomado por su secretaria personal?

—Quizá recupere la memoria si la llevo a la central.

—Joder —murmuró Candy—. Vale. Puede que viniera a verla unas dos veces al año, más o menos.

—¿Y nunca ha visto a la hermana, a Joelyn, por aquí?

—No.

—¿Pasaba usted mucho tiempo con Jackie?

—No mucho. No se puede decir que fuéramos amigas ni nada parecido.

—¿Y eso de que estuvieron fumando marihuana la semana pasada? ¿Le contó algo sobre su vida?

—Me dijo que la residencia donde había ingresado a su madre costaba cincuenta de los grandes al año.

Faith tuvo que contenerse para no silbar.

—Pues se llevará todo lo que saque por la venta de la casa.

Candy no parecía compartir su opinión.

—Hace tiempo que Gwen no está bien. No creo que supere este año. Jackie me dijo que a lo mejor le llevaba algo bonito cuando fuera a visitarla.

—¿Dónde está la residencia?

—En Sarasota.

Jackie Zabel vivía en la parte noroccidental de Florida, a unas cinco horas en coche de Sarasota. Ni demasiado cerca, ni demasiado lejos.

—Las puertas no estaban cerradas con llave cuando llegamos.

Candy meneó la cabeza.

—Jackie vivía en una urbanización cerrada. Nunca cerraba las puertas con llave. Una noche se dejó las llaves en el coche; cuando vi sus llaves en el contacto no me lo podía creer. Fue un milagro que no se lo robaran. —Con cierta tristeza, añadió—: Siempre tuvo mucha suerte.

—¿Estaba saliendo con alguien?

Candy volvió a mostrarse reticente pero Faith esperó a que la mujer respondiera.

—No era tan simpática, ¿sabes? —respondió por fin—. Estaba bien para compartir un porro, pero en general se podría decir que era una arpía; y los hombres querían follársela, pero no se quedaban a charlar con ella después. No sé si me explico.

Faith no era la más indicada para juzgarla.

—¿Podría ser más específica? ¿A qué se refiere con eso de que era una arpía?

—Solo ella sabía cuál era el camino más adecuado para ir a Florida, la clase de gasolina que hay que ponerle al coche, cómo hay que tirar la maldita basura. —Candy hizo un gesto señalando la abarrotada cocina—. Por eso quería encargarse de todo esto personalmente. Está forrada; podía haberse permitido contratar a una cuadrilla y le habrían dejado la casa limpia en dos días. Pero pensaba que solo ella podía hacerlo como es debido. Esa es la única razón por la que se quedó aquí: tiene obsesión por controlarlo absolutamente todo.

Faith pensó en las bolsas alineadas con pulcritud en la acera.

—Dice que no salía con nadie. ¿Había algún hombre en su vida? ¿Algún ex marido, un antiguo novio?

—Quién sabe. A mí no me hacía demasiadas confianzas, y Gwen lleva años sin saber ni en qué día vive. Honestamente creo que Jackie solo necesitaba dar un par de caladas para relajarse y sabía que yo tenía marihuana.

—¿Y por qué la compartió con ella?

—No estaba mal cuando se relajaba.

—Ha preguntado usted si iba borracha cuando tuvo el accidente.

—Sé que tuvo un problema con eso en Florida. Le cabreaba mucho ese asunto. —Con mucha seguridad, añadió—: Esos controles son absurdos. Una triste copa de vino y te plantan las esposas como si fueras un delincuente. Lo único que quieren es cubrir su cuota.

Faith había tenido que hacer muchos controles de alcoholemia y sabía que había salvado muchas vidas. No le cabía la menor duda de que Candy, por su

parte, debía de haber tenido más de un rifirrafe con la policía.

—Así que Jackie no le caía bien, pero tenía bastante trato con ella. No la conocía muy bien, pero sabe que estaba recurriendo una denuncia por conducir bajo los efectos del alcohol. ¿En qué quedamos?

—Es más fácil seguirle la corriente a la gente, ¿sabes? No soy de las que van buscando problemas.

Por lo visto, prefería buscárselos a los demás. La agente sacó su libreta.

—¿Podría decirme cuál es su apellido?

—Smith. —Faith la miró fijamente a los ojos—. En serio: me llamo Candace Courtney Smith. Vivo en esa ruina que hay al otro lado de la calle.

Miró fugazmente por la ventana y vio a Will hablando con uno de los agentes de uniforme. Por el modo en que el hombre meneaba la cabeza imaginó que no habían averiguado nada nuevo.

—Siento haberme puesto así —dijo Candy—. Es que no me gusta ver a la policía husmeando por aquí.

—¿Y eso por qué?

La mujer se encogió de hombros.

—Hace tiempo tuve algún que otro problema con la poli.

Faith ya lo había adivinado. Candy tenía la típica actitud hostil de quien ha ocupado el asiento trasero de un coche de policía en más de una ocasión.

—¿Qué clase de problemas?

Se encogió de hombros otra vez.

—Solo lo digo porque de todas maneras lo van a averiguar y no quiero que vuelvan aquí como si fuera una psicópata homicida.

—Muy bien. ¿Qué hay?

—Me detuvieron por prostitución cuando tenía veinte años.

A Faith no le sorprendió en absoluto.

—Conoció a un tipo que la inició en las drogas y la convirtió en una yonqui —aventuró.

—Romeo y Julieta —confirmó Candy—. El muy cabrón me endilgó toda su mierda. Dijo que a mí no me encerrarían por eso.

Tenía que haber una fórmula matemática que permitiera calcular con exactitud cuánto tiempo tardaba una mujer en ponerse a hacer la calle para

costearse sus vicios después de que su novio la enganchara a las drogas. Faith imaginó que el resultado sería cero coma poco.

—¿Cuánto tiempo le cayó?

—Una mierda —rio Candy—. Delaté al cabrón y a su camello. No pasé entre rejas ni un solo día.

Esto tampoco sorprendió a Faith.

—Hace mucho que dejé las drogas duras —explicó la mujer—. Pero la hierba me relaja mucho.

De nuevo miró a Will de reojo. Evidentemente, había algo en él que la ponía nerviosa. Faith decidió preguntarle directamente.

—¿Qué es lo que tanto la preocupa?

—No parece un policía.

—¿Y qué parece?

Candy meneó la cabeza.

—Me recuerda a mi primer novio: muy calladito y muy educado pero con un carácter... —Estampó el puño contra la palma de su otra mano—. Me zurraba que daba gusto. Me rompió la nariz. Y un día me rompió una pierna porque no gané el suficiente dinero. Todavía me duele cuando hace frío.

Faith vio adónde quería ir a parar. Si se había puesto a hacer la calle para comprar drogas y la habían pillado más de una vez por conducir en estado de embriaguez no era por su culpa, sino por la de su malvado novio o el estúpido policía que no pensaba en otra cosa que en cumplir con su cuota. Y ahora era a Will a quien le tocaba hacer el papel de malo. Candy era una experta manipuladora que sabía perfectamente cuándo estaba perdiendo el favor de su público.

—No te estoy mintiendo.

—La verdad es que no me interesan los sórdidos detalles de su trágico pasado —dijo Faith—. Dígame qué es lo que le preocupa de verdad.

Candy vaciló unos segundos.

—Ahora solo me dedico a criar a mi hija. Estoy limpia.

—Ya.

Temía que le quitaran a su hija.

Candy señaló a Will con un gesto de la cabeza.

—Me recuerda a esos cabrones de los servicios sociales.

Que Will le pareciera un trabajador social resultaba más verosímil que lo de que le recordaba a su violento novio.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Va a cumplir cuatro años. No creo que pudiera soportar... después del infierno que he tenido que pasar. —Candy sonrió, ya no parecía un basilisco, sino una gordita relativamente atractiva—. Hannah es un cielo. Le tenía mucho cariño a Jackie; quería ser como ella de mayor: tener un buen coche y un armario lleno de ropa elegante.

A Faith le daba la impresión de que Jackie no era el tipo de mujer que disfrutaría teniendo a una mocosa de tres años zascandileando a su alrededor y jugando con sus zapatos de Jimmy Choo, entre otras cosas porque los niños de esa edad siempre tenían las manos sucias y pegajosas.

—¿Y Jackie se llevaba bien con ella?

Candy se encogió de hombros.

—¿A quién no le gustan los niños? —Y formuló por fin la pregunta que cualquiera que no fuera tan egocéntrico habría formulado diez minutos antes—: ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Estaba bebida?

—Ha sido asesinada.

Candy abrió la boca, y la cerró.

—¿Asesinada? —Faith asintió con la cabeza—. ¿Y quién podría hacer una cosa así? ¿Quién querría hacerle daño?

Faith había presenciado esa escena muchas veces y sabía cómo acababa. Esa era la razón por la que en un principio había ocultado la verdadera causa de la muerte de Jacquelyn Zabel: nadie se atrevía a hablar mal de los muertos, ni siquiera una fu-meta con aires de hippie y con serios problemas para controlar su ira.

—No era mala chica —insistió Candy—. Quiero decir que, en el fondo, era buena gente.

—Seguro que sí —dijo Faith, aunque en realidad le parecía que debía de ser todo lo contrario.

—¿Cómo le voy a explicar a Hannah que Jackie está muerta? —dijo con los labios temblorosos.

En ese momento sonó el móvil de Faith; la llamada no pudo ser más oportuna, porque no sabía qué responder a la pregunta de Candy. Peor aún, no le importaba lo más mínimo, ahora que le había sacado toda la información que necesitaba. Seguro que Candy Smith no ocupaba el primer puesto en la clasificación de malos padres, pero tampoco era lo que se dice una bellísima persona, y ahí estaba su hija de tres años para pagar el pato.

—Mitchell —dijo Faith activando el teléfono.

—¿Has sido tú la que me ha llamado hace un rato? —preguntó el detective Leo Donnelly.

—Me equivoqué de tecla —mintió Faith.

—De todos modos iba a llamarte yo. Has sido tú la que ha lanzado la alerta, ¿no?

Se refería a la que Faith había pasado a todas las unidades esa misma mañana. Levantó un dedo para pedirle a Candy que le diera un minuto y se fue hacia la sala de estar.

—¿Qué es lo que tienes?

—No es exactamente una persona desaparecida —le explicó—. Un agente encontró a un niño solo en el interior de un coche esta mañana y no hemos podido localizar a la madre.

—¿Y? —preguntó Faith, sabiendo que tenía que haber más. Leo era un detective de homicidios, no le llamaban para coordinarse con los servicios sociales.

—Tu alerta parece que encaja con la descripción de la madre: cabello castaño, ojos marrones.

—¿Qué dice el niño?

—Ni mu —admitió—. Ahora mismo estoy con él en el hospital. Tú tienes un hijo. ¿Te importaría venir a ver si logras hacerle hablar?

Capítulo ocho

El montón de periodistas apostados en la entrada principal del hospital Grady habían espantado temporalmente a las palomas, pero no a los vagabundos, que parecían decididos a hacer de figurantes en todas las tomas. Will aparcó en una de las plazas reservadas que había frente a la entrada con la esperanza de poder colarse sin llamar la atención, pero no parecía que hubiera muchas posibilidades. Las furgonetas de los informativos tenían las parabólicas orientadas hacia arriba, y había varios reporteros impecablemente trajeados y con el micrófono en la mano contando la trágica historia del niño que había sido abandonado en el aparcamiento de City Foods esa misma mañana. Bajó del coche y le dijo a Faith:

—Amanda pensó que el niño les distraería de nuestro caso durante un tiempo. Se va a poner hecha un basilisco cuando se entere de que los dos casos podrían estar relacionados.

—Si quieres se lo digo yo —se ofreció Faith.

Will se metió las manos en los bolsillos.

—Si puedo elegir, prefiero que me insultes a que me compadezcas.

—Incluso puedo hacer ambas cosas a la vez.

Will se rio, aunque el haber pasado por alto la lista que había en la puerta de la nevera le hacía tanta gracia como el no haber sido capaz de leer el nombre de Jacquelyn Zabel en su carné de conducir mientras la mujer colgaba de un árbol justo un poco por encima de él.

—Candy tiene razón, Faith. Ha dado justo en el clavo.

—Me habrías enseñado la lista a mí —le defendió Faith—. La hermana de Jackie Zabel ni siquiera estaba en casa. No creo yo que se vaya a hundir el mundo por haber tardado cinco minutos más en dejarle un mensaje en el contestador. Y si anoche no te hubieras parado justo debajo de ese árbol con el carné en la mano, seguramente no hubierais descubierto el cadáver hasta después de amanecer. A lo mejor ni eso.

Will vio que los reporteros se fijaban en todo el que entraba por la puerta principal del Grady, intentando averiguar si serían o no importantes en lo que a su historia se refería.

—Algún día vas a tener que dejar de buscarme excusas —le dijo a Faith.

—Algún día tendrás que sacarte la cabeza del culo.

Will siguió caminando. En una cosa tenía razón Faith: podía insultarle y compadecerle al mismo tiempo. El descubrimiento no le sirvió de consuelo. Faith era de sangre azul —no porque tuviera nada que ver con la aristocracia, sino porque llevaba la policía en las venas— y tenía el mismo reflejo que, a fuerza de mucho insistir, le habían inculcado a Angie en la academia y mientras patrullaba las calles. Cuando alguien atacaba a tu compañero o a tu brigada, tú los defendías a capa y espada. Era nosotros contra ellos, y a la mierda la verdad, a la mierda lo correcto.

—Will... —Faith no pudo continuar porque los reporteros se arremolinaron a su alrededor. La identificaron de inmediato como policía pero Will, como de costumbre, pudo entrar sin que nadie le importunara. Este alzó la mano para tapar una cámara y apartó de un codazo a un fotógrafo que llevaba el logo del *Atlanta Journal* en la parte de atrás de su cazadora.

—Faith, ¡Faith! —dijo una voz masculina.

La agente se dio la vuelta y vio al reportero, pero negó con la cabeza y siguió su camino.

—¡Venga ya, nena! —gritó el hombre.

Will pensó que, pese a su descuidada barba y su ropa arrugada, parecía exactamente el tipo de hombre capaz de llamar «nena» a una mujer sin que le partieran la cara. Faith se volvió, pero no dejó de menear la cabeza mientras se dirigía a la entrada del hospital. Will esperó hasta que estuvieron dentro del edificio y hubieron pasado por el detector de metales para preguntar:

—¿De qué conoces a ese tipo?

—Sam trabaja para el *Atlanta Beacon*. Me acompañó un día en el coche patrulla para escribir un reportaje.

Will no solía pensar en cómo era la vida de Faith antes de conocerla, en el hecho de que había patrullado las calles y coordinado una brigada antes de que la ascendieran a detective. Ella soltó una carcajada que no entendió.

—Mantuvimos una relación bastante tormentosa durante unos cuantos años.

—¿Y qué pasó?

—No le gustaba que tuviera un crío. Y a mí no me gustaba que fuera un alcohólico.

—Vaya... —dijo Will, intentando encontrar una respuesta adecuada—. Parece un buen tipo.

—Sí, lo parece —respondió ella.

Will vio a los reporteros con las cámaras pegadas al cristal, desesperados por captar algunas imágenes. El hospital Grady era público, pero la prensa necesitaba un permiso para filmar en el interior del edificio y a esas alturas todos sabían ya que los guardias de seguridad no tenían el menor reparo en sacarles de las orejas si les pillaban importunando a los pacientes o, peor aún, al personal.

—Will —dijo Faith, y por su tono de voz él supo que quería volver sobre el asunto de la lista pegada en la nevera, sobre lo de su flagrante analfabetismo. Así que dijo algo que sabía le haría desistir de su propósito.

—¿Por qué te contó todo eso la doctora Linton?

—¿A qué te refieres?

—A lo de su marido, y a lo de que había trabajado como forense en el sur.

—La gente me cuenta cosas.

Eso era cierto. Faith poseía ese don que tienen algunos policías de saber cuándo es mejor callarse para que la gente sienta el impulso de llenar el silencio hablando.

—¿Y qué más te contó?

Faith sonrió con malicia.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres que le deje una nota en su taquilla?
Will volvió a sentirse como un idiota, y esa clase de estupidez era mucho peor.

—¿Qué tal está Angie? —le preguntó ella.

—¿Qué tal está Víctor? —replicó él.

Así las cosas, atravesaron el vestíbulo en silencio.

—¡Eh, eh! —Leo alzó los brazos y salió al encuentro de Faith—. ¡Aquí viene mi chica favorita del DIG! —La abrazó efusivamente y, para sorpresa de Will, ella lo permitió—. Estás estupenda, Faith. Realmente fantástica.

La agente hizo un gesto con la mano y se echó a reír con expresión de incredulidad, algo que Will hubiera interpretado como un gesto infantil si no la conociera tan bien.

—Me alegro de verte, compañero —bramó Leo, ofreciendo enérgicamente su mano.

Intentó no arrugar la nariz al percibir el fuerte olor a tabaco que emanaba del detective. Leo Donnelly era de estatura y peso medio, pero por desgracia era un policía muy por debajo de la media. Se le daba bien cumplir órdenes, pero se negaba a pensar por sí mismo. Aunque no era algo precisamente insólito en un detective de homicidios ascendido en la década de los ochenta, Leo representaba exactamente la clase de policía que Will detestaba: desaliñado, arrogante y sin escrúpulos a la hora de pasar a las manos cuando un sospechoso se resistía a hablar.

Will intentó mostrarse amable, estrechó la mano del detective y le preguntó:

—¿Cómo te va, Leo?

—No puedo quejarme. —Pero comenzó a hacer exactamente eso mientras se dirigían a urgencias—. Me faltan dos años para retirarme y me están presionando para que me vaya. Creo que es por la cuestión médica: ya sabéis de mis problemillas con la próstata. —Ninguno de los dos respondió, pero eso no le frenó—. Los cabrones del seguro se niegan a pagar algunas de las medicinas que tengo que tomar. No os pongáis malos o encontrarán la manera de joderos bien jodidos; no digáis que no os avisé.

—¿Y qué medicinas son esas? —le preguntó Faith.

Will no entendía por qué le daba cuerda.

—La puta Viagra. Seis pavos por pildorita. Es la primera vez en mi vida que pago por tener sexo.

—Eso no me lo creo —replicó Faith—. Háblanos del niño. ¿Alguna pista de dónde puede estar la madre?

—Nasti de plasti. El coche está registrado a nombre de Pauline McGhee. Encontramos sangre en el lugar de los hechos; no mucha, pero sí suficiente para ver que no era de una hemorragia nasal.

—¿Habéis encontrado algo en el coche?

—Solo el bolso y el monedero. El permiso de conducir confirma que se trata de Pauline McGhee. Las llaves estaban puestas en el contacto. El niño, Felix, se había quedado dormido en el asiento de atrás.

—¿Quién lo encontró?

—Un cliente. Vio al crío dormido en el coche y avisó al gerente.

—Seguramente el miedo lo ha dejado exhausto —murmuró Faith—. ¿Y qué hay del vídeo?

—La única cámara operativa estaba en el exterior, es una basculante para controlar toda la fachada del edificio.

—¿Y las demás?

—Unos gamberros las dejaron fuera de combate. —Leo se encogió de hombros, como si fuera lo más normal—. El coche estaba fuera de encuadre, así que no tenemos imágenes. Tenemos a McGhee entrando con su hijo, saliendo sola, a la carrera. Yo diría que no se dio cuenta de que el niño no estaba con ella hasta que llegó al coche. Puede que hubiera alguien fuera, lo tuviera escondido y lo utilizara después como cebo para poder acercarse a ella. Luego la golpeó y se la llevó.

—¿Se ve salir del súper a alguien más?

—La cámara hace un barrido de izquierda a derecha. El niño estaba dentro de la tienda, eso seguro. Me imagino que quienquiera que se lo llevara estaba vigilando la cámara. Debió de aprovechar para colarse cuando enfocaba hacia el otro lado.

—¿Sabes a qué colegio va Felix? —preguntó Faith.

—A uno de esos colegios privados tan pijos de Decatur. Ya les he

llamado. —Leo sacó su libreta y se la pasó a Faith para que pudiera copiar toda la información—. Me dijeron que la madre no les dejó ningún contacto para casos de emergencia. El padre eyaculó en un vaso; ahí se terminó su colaboración. Tampoco se sabe nada de los abuelos. Y a título informativo, es un comentario personal, sus compañeros de trabajo no le tienen mucho cariño que digamos. Me ha dado la impresión de que la consideran una auténtica arpía. —Sacó un papel doblado de su bolsillo y se lo pasó a Faith—. Aquí tienes una fotocopia de su carné de conducir. Es un pibón.

Will se asomó por encima del hombro de Faith para ver la foto. Era en blanco y negro, pero resultaba fácil adivinar.

—Cabello y ojos oscuros.

—Igual que las otras —confirmó Faith.

—Ya hemos mandado algunos hombres a casa de McGhee —explicó Leo—. Por lo visto, ningún vecino sabe quién coño es ni tampoco les importa lo más mínimo que haya desaparecido. Dicen que es muy reservada, nunca saluda, nunca asiste a las fiestas del edificio ni a ningún otro evento. Vamos a ver que nos dicen en su lugar de trabajo; es un estudio de diseño de muchas campanillas en Peachtree.

—¿Has comprobado sus cuentas?

—Tiene mucha pasta —respondió Leo—. Está al día con la hipoteca, el coche es suyo y tiene dinero en el banco, algunas inversiones en bolsa y un plan de pensiones. Está claro que no cobra precisamente un salario de policía.

—¿Algún movimiento reciente en sus tarjetas?

—Estaba todo en su bolso: el monedero, las tarjetas y sesenta pavos en efectivo. La última vez que utilizó su tarjeta de débito fue esta mañana en el City Foods. De todos modos, he dado la alerta por si alguien ha tomado nota de los números. Si surge cualquier cosa os avisaré enseguida. —Leo miró a su alrededor. Estaban justo delante de la puerta de entrada del servicio de urgencias—. ¿Todo esto tiene algo que ver con el Asesino del Riñón?

—¿El Asesino del Riñón? —preguntaron Will y Faith al unísono.

—Qué monos —dijo Leo—. Me recordáis mucho a los gemelos Bobbsey.

—¿De qué estás hablando? —Faith parecía tan descolocada como Will.

—El departamento de policía de Rockdale filtra más que mi próstata —

les informó Leo, en tono confidencial pero encantado de poder divulgar la noticia—. Dicen que a vuestra primera víctima le extirparon un riñón. Supongo que será uno de esos casos de tráfico de órganos, o alguna secta. Me han dicho que por un riñón te pueden dar una pasta, unos cien de los grandes.

—Dios Santo —exclamó Faith—, es la cosa más idiota que he oído en la vida.

—¿Se lo extirparon o no? —Leo parecía decepcionado.

Faith no respondió, y Will no pensaba darle a Leo ninguna información para que tuviera algo de que hablar cuando volviera a comisaría.

—¿Ha dicho algo Felix? —preguntó Will.

Leo negó con la cabeza y mostró su placa para que les dejaran pasar a la sala de urgencias.

—Ni una sola palabra. He llamado a los de servicios sociales, pero tampoco han sido capaces de hacerle hablar. Ya sabes cómo son a esa edad. El pobre debe de ser un poquito retrasado.

Faith se enfadó.

—Probablemente está hecho polvo porque vio cómo secuestraban a su madre. ¿Qué esperabas?

—¡Y yo qué coño sé! Tú tienes un crío. Me imaginé que tú sabrías cómo hablar con él.

Will tuvo que preguntar.

—¿Tú no tienes hijos?

Leo se encogió de hombros.

—¿Te parezco la clase de hombre que mantiene una buena relación con sus hijos?

Aquella pregunta no necesitaba respuesta.

—¿Le han hecho algo al niño?

—La médica dice que está bien. —Dio un codazo a Will—. Por cierto, está para mojar pan. Qué barbaridad, qué bellezón. Pelirroja, y las piernas le llegan hasta aquí.

Faith sonrió con malicia y a Will le dieron ganas de volver a preguntarle por Víctor Martínez, pero no iba a hacerlo delante de Leo, que le estaba clavando el codo en todo el hígado.

En ese momento se oyó un pitido que provenía de una de las habitaciones, y un grupo de enfermeras y médicos pasó corriendo por delante de ellos, chocando con los carritos y con los estetoscopios. Will notó que se le hacía un nudo en el estómago al percibir esos sonidos y esas imágenes tan familiares. Siempre le habían dado miedo los médicos, especialmente los del Grady, que eran los que atendían a los niños del orfanato en el que se había criado. Cada vez que le sacaban de un hogar de acogida, la policía lo llevaba al hospital. Cada arañazo, cada corte, cada cardenal, cada quemadura: todo tenía que ser fotografiado y catalogado. Las enfermeras lo habían hecho tantas veces que sabían que había que tomar un poco de distancia, pero los médicos no tenían tanto callo. Les gritaban como locos a los de servicios sociales y te hacían pensar que, por una vez, todo iba a ser distinto, pero un año más tarde te encontrabas otra vez de vuelta en el hospital, con otro médico indignado gritando las mismas cosas.

Ahora que Will era policía entendía que tenían las manos atadas, pero seguía haciéndosele el mismo nudo en el estómago cada vez que entraba en las urgencias del Grady. Como si tuviera una especie de sexto sentido para empeorar las cosas, Leo le dio unas palmaditas en el brazo y le dijo:

—Siento que Angie y tú os hayáis separado, tío. Puede que haya sido para bien.

Faith no dijo nada, pero Will pensó que tenía mucha suerte de que no pudiera lanzar llamas con los ojos.

—Voy a ver dónde anda la doctora —dijo Leo—. Se han llevado al niño a la salita, a ver si se tranquilizaba un poco.

Se fue, y el prolongado silencio de Faith mientras miraba fijamente a Will no pudo ser más elocuente. Este hundió las manos en los bolsillos y se apoyó contra la pared. No había tanto ajetreo en la sala de urgencias como la noche anterior pero, aun así, había demasiada gente por allí como para mantener una conversación con un mínimo de privacidad. Por lo visto a Faith no le importaba.

—¿Cuánto hace que se fue Angie?

—Poco menos de un año.

Se le cortó la respiración.

—Solo habéis estado casados nueve meses.

—Sí, bueno. —Will miró a su alrededor, no quería hablar de eso ni allí ni en ninguna otra parte—. En realidad solo se casó conmigo para demostrar que estaba dispuesta a casarse conmigo. —Pese a las circunstancias no pudo reprimir una sonrisa—. Tenía más ganas de ganar la pelea que de casarse.

Faith meneó la cabeza como si lo que decía no tuviera ningún sentido, y Will no estaba muy seguro de poder ayudarla. Él mismo no había entendido nunca la relación que tenía con Angie Polaski. La conocía desde que tenía ocho años y no había logrado entender mucho más en los años siguientes, excepto que en el momento en el que se sintió demasiado cerca de él cogió la puerta y se marchó. Pero siempre volvía, y Will había llegado a apreciar esa pauta por su simplicidad.

—Se pasa la vida dejándome, Faith —le explicó—. Tampoco es que me cogiera de sorpresa.

La agente mantuvo la boca cerrada, y él no sabía muy bien si estaba cabreada o solo demasiado estupefacta para hablar.

—Quiero subir a ver a Anna antes de marcharnos —dijo Will.

Faith asintió y su compañero volvió a intentarlo.

—Amanda me preguntó anoche qué tal estabas.

De repente ella le prestó toda su atención.

—¿Y qué le dijiste?

—Qué estás perfectamente.

—Bien, porque lo estoy.

Se la quedó mirando fijamente como había hecho ella pocos minutos antes: él no era el único que se reservaba información.

—Estoy perfectamente —insistió Faith—. Al menos lo estaré pronto, ¿vale? Así que deja ya de preocuparte por mí.

Faith se quedó callada y Will apretó los hombros contra la pared. El murmullo de fondo de la sala de urgencias empezó a hacerle el mismo efecto que la nieve del televisor: al cabo de un par de minutos tenía que esforzarse mucho para mantener los ojos abiertos. Se había acostado alrededor de las seis de la mañana, pensando que podría dormir un par de horas antes de pasar a recoger a su compañera. Había ido repasando mentalmente y reduciendo, a

medida que pasaban las horas, sus actividades matutinas, pensando primero que podía ahorrarse el sacar a pasear al perro, sacando luego el desayuno de la lista y, finalmente, su habitual café. Las horas fueron pasando con desesperante lentitud, cosa que pudo comprobar cada veinte minutos, al despertarse con el corazón en la garganta y pensando que seguía atrapado en aquella cueva.

Will notó que el brazo volvía a picarle, pero no se rascó por miedo a que Faith reparara en el gesto. Cada vez que pensaba en la cueva, en aquellas ratas usando la carne de sus brazos como escalera, se le ponía la carne de gallina. Teniendo en cuenta todas las cicatrices que tenía en su cuerpo, era absurdo obsesionarse con un par de arañazos que se curarían sin dejar siquiera marcas, pero no podía evitar preocuparse y, cuanto más lo hacía, más le picaba.

—¿Crees que los informativos habrán difundido ya esa historia del Asesino del Riñón? —le preguntó a Faith.

—Y si no, espero que haya salido a la luz cuando se conozca la verdadera historia. Así esos cretinos de la policía de Rockdale quedarán como lo que son: una panda de gilipollas.

—¿Te conté lo que Fierro le dijo a Amanda?

Faith negó con la cabeza y Will le explicó lo de la inoportuna alusión al arma del jefe Peterson. Se quedó tan perpleja que apenas logró susurrar:

—¿Y qué le hizo Amanda?

—Ni idea, pero Fierro se volatilizó —respondió Will sacando su móvil—. No sé adónde se fue, pero no he vuelto a verle desde entonces. —Miró la hora en la pantalla del móvil—. La autopsia empieza dentro de una hora. Si no le sacamos nada al niño será mejor que nos vayamos al anatómico a ver si podemos meterle prisa a Pete para que empiece cuanto antes.

—Se supone que hemos quedado con los Coldfield a las dos. Puedo llamarles e intentar adelantarlo a las doce.

Will sabía que Faith odiaba estar presente en las autopsias.

—¿Quieres que nos dividamos?

Estaba claro que a ella no le hacía mucha gracia la idea.

—Vamos a ver si podemos cambiar la hora de la cita. De todos modos,

nuestra participación en el postmórtem no debería llevarnos mucho tiempo.

Eso mismo esperaba Will. No le seducía demasiado la idea de profundizar en los detalles más morbosos de la tortura que había tenido que soportar Jacquelyn Zabel antes de huir para acabar rompiéndose el cuello mientras esperaba a que alguien viniera a socorrerla.

—A lo mejor para entonces tenemos alguna pista más. Una conexión.

—¿Quieres decir aparte de que las dos víctimas eran mujeres de éxito, solteras, atractivas y no despertaban precisamente las simpatías de la gente de su entorno?

—Eso es algo frecuente en las mujeres así —dijo Will. En cuanto se oyó pronunciar esa frase se dio cuenta de que parecía un machista asqueroso—. Quiero decir que hay muchos hombres que se sienten amenazados por...

—Ya lo pillo, Will. A la gente no le gustan las mujeres triunfadoras. — Con cierta tristeza, añadió—: A veces las mujeres se lo toman incluso peor que los hombres.

Will sabía que probablemente estaba pensando en Amanda.

—Quizá sea ese el móvil de nuestro asesino. Puede que le moleste que esas mujeres hayan triunfado por sus propios méritos y no necesiten tener un hombre a su lado.

Faith se cruzó de brazos y consideró todas las perspectivas.

—Ahí está el truco: escogió a dos mujeres a las que nadie echaría de menos, Anna y Jackie Zabel. Bueno, en realidad tres si tenemos en cuenta a Pauline McGhee.

—Es morena y tiene los ojos castaños, como las otras dos víctimas. Por lo general estos tipos siguen una pauta, tienen un patrón específico.

—Jackie Zabel era una mujer de éxito. Según me dijiste, a Anna también le iba muy bien. McGhee conduce un Lexus y está criando a su hijo ella sola, cosa que, te puedo asegurar, no resulta nada fácil. —Faith se quedó callada un momento y Will se preguntó si estaría pensando en Jeremy, pero no tuvo tiempo para preguntar—. Otra cosa es asesinar a prostitutas: nadie se da cuenta hasta que has matado a cuatro o cinco. Pero él está escogiendo mujeres que tienen una posición de poder en el mundo, por lo que podemos suponer que, previamente, las ha estado vigilando durante un tiempo.

Will no lo había considerado bajo ese punto de vista, pero probablemente tenía razón.

—A lo mejor se lo plantea como parte de la cacería —continuó Faith—. Primero lleva a cabo una labor de reconocimiento para hacerse una idea de cómo es su vida, luego las sigue y, por fin, las secuestra.

—Entonces, ¿de qué clase de hombre estamos hablando? ¿De un tipo que trabaja para una mujer por la que no siente mayor aprecio? ¿De un solitario que se sintió abandonado por su madre? ¿De un cornudo? —elucubró él.

No quiso continuar profundizando en el perfil del sospechoso, pues de repente todo aquello le resultaba demasiado familiar.

—Podría ser cualquiera —dijo Faith—. Ese es el problema, que podría ser cualquiera.

Will sentía la misma frustración que percibía en la voz de Faith. Ambos sabían que el caso estaba llegando a un punto crítico. Los secuestros llevados a cabo por un extraño eran los más difíciles de resolver. Normalmente escogían sus víctimas al azar, y el secuestrador era un cazador experto que sabía cómo cubrir su rastro. Fue un golpe de suerte que hubiera descubierto la cueva la noche anterior, pero Will tenía que agarrarse a la esperanza de que el secuestrador se estuviera volviendo descuidado; dos de sus víctimas habían logrado escapar. Puede que estuviera empezando a desesperarse, que sintiera que había perdido el control de su propio juego. Tendrían que tener la suerte de su lado para poder atraparlo.

Se guardó el móvil en el bolsillo. Llevaban ya doce horas en marcha y estaban a punto de meterse en un callejón sin salida. A menos que Anna recobrara la conciencia, a menos que Felix pudiera ofrecerles alguna pista sólida o que de entre las pruebas encontradas en el lugar de los hechos surgiera alguna pista que les permitiera avanzar, seguirían estando en la casilla de salida y sin nada que hacer más que cruzarse de brazos y esperar a que apareciera el cadáver de otra mujer.

Era obvio que Faith se estaba haciendo los mismos planteamientos.

—Necesitará un sitio nuevo para su siguiente víctima.

—Dudo que sea otra cueva —dijo Will—. Debe de haberle resultado bastante duro excavarla. Casi me muero cavando un hoyo en mi jardín para el

estanque que puse el verano pasado.

—¿Tienes un estanque en el jardín?

—Con carpas doradas —le dijo—. Tardé dos fines de semana.

Faith se quedó callada unos segundos, como si estuviera intentando imaginarse el estanque de Will.

—Puede que alguien ayudara a nuestro sospechoso a excavar la cueva.

—Los asesinos en serie suelen trabajar en solitario.

—¿Y qué me dices de aquellos dos tipos de California?

—Charles Ng y Leonard Lake.

Will conocía el caso, más que nada porque fue una de las investigaciones más largas y más caras de la historia de California. Lake y Ng construyeron un búnker de cemento en las colinas y llevaron hasta allí diversos instrumentos de tortura para hacer realidad sus perversas fantasías. Se turnaron para filmar lo que hacían con sus víctimas, entre las que había tanto hombres como mujeres y niños, algunos de los cuales no pudieron llegar a identificarse nunca.

—Los estranguladores de Hillside también trabajaban juntos —continuó Faith.

Buono y Bianchi eran primos y habían asesinado a mujeres marginadas, prostitutas y fugitivas.

—Tenían una placa de policía falsa. Así era cómo lograban que sus víctimas confiaran en ellos.

—No quiero ni considerar esa posibilidad.

Will sentía lo mismo, pero era algo que había que tener en cuenta. El BMW de Jackie Zabel estaba en paradero desconocido. A la mujer del City Foods la habían secuestrado esa mañana justo al lado de su coche. Alguien que se hiciera pasar por policía podría haber inventado cualquier excusa para acercarse a los vehículos.

—Charlie no encontró en la cueva nada que apuntara a la existencia de dos secuestradores. —Pero tuvo que añadir—: Aunque tampoco estaba dispuesto a permanecer allí dentro más tiempo del estrictamente necesario.

—¿Qué sentiste cuando estabas allí abajo?

—Que si no salía pronto me daría un ataque al corazón —admitió Will, y

los brazos empezaron a picarle de nuevo—. No es la clase de sitio en el que apetece quedarse.

—Echaremos un vistazo a las fotos. A lo mejor Charlie y tú pasasteis algo por alto en ese primer momento.

Will sabía que era bastante probable. Posiblemente las fotos de la cueva ya estarían en su mesa cuando volvieran a la oficina. Podría examinar la escena del crimen con calma, sin la claustrofobia de estar encerrado allí abajo.

—Dos víctimas: Anna y Jackie. ¿Dos secuestradores, quizá? —Faith siguió avanzando en su razonamiento—. Si ese es su tipo, y Pauline McGhee es otra víctima, necesitará una más.

—¡Eh! —los llamó Leo, haciéndoles una seña con la mano. Estaba en una puerta con un gran letrero.

—«Sala de médicos» —leyó Faith en voz alta. Había cogido la costumbre de leer todos los letreros en voz alta, lo cual Will detestaba y apreciaba a partes iguales.

—Buena suerte —les dijo Leo dándole una palmadita en el hombro a Will.

—¿Te marchas? —le preguntó ella.

—La doctora acaba de darme una patada en el culo con mucha elegancia. —No parecía especialmente molesto—. Podéis hablar con el crío pero, a menos que se demuestre que esto tiene algo que ver con vuestro caso, quiero que os mantengáis alejados de él.

A Will le sorprendió un poco la advertencia de Leo, que normalmente estaba encantado de que otros le hicieran el trabajo.

—Confiad en mí —les dijo—, me encantaría dejar esto en vuestras manos, pero tengo a mis jefes observándome por encima del hombro. Están buscando cualquier excusa para darme la patada. Necesito una conexión sólida antes de pasar esto a los de arriba y meteros en el caso, ¿vale?

—No te preocupes, nos aseguraremos de cubrirte bien las espaldas —le prometió Faith—. ¿Puedes seguir atento a las desapariciones para avisarnos si hay otra que coincida con el perfil? Blancas, treinta y tantos años, cabello castaño oscuro, bien situadas en el terreno laboral, pero no con muchos

amigos que puedan echarlas de menos.

—Morena y con malas pulgas, ¿no? —dijo Leo guiñándole un ojo—. ¿Y qué otra cosa tengo que hacer aparte de seguir vuestro caso? —preguntó sin la menor acritud—. Si hay alguna novedad estaré en el City Foods. Ya tenéis mis números.

Will se quedó mirándolo mientras se alejaba por el pasillo y le preguntó a Faith:

—¿Por qué quieren quitárselo de encima? Quiero decir, aparte de las razones más evidentes.

Faith había sido compañera de Leo durante varios años y Will percibió que seguía sintiendo el impulso de defenderle.

—Está ya en el máximo nivel salarial. Resulta más barato poner en su lugar a un policía joven, recién salido del coche patrulla, que haga su trabajo por la mitad de dinero. Además, si Leo se prejubilaba tendría que renunciar al veinte por ciento de su pensión. Si tenemos en cuenta también los gastos médicos, mantenerle en su puesto resulta bastante costoso. Eso es lo primero que miran los jefes cuando estiman los presupuestos.

Faith iba a abrir la puerta, pero en ese instante empezó a sonar su móvil. Miró la pantalla para ver quién era.

—Es la hermana de Jackie.

Atendió la llamada y le indicó a Will que empezara sin ella.

Tenía la mano sudorosa cuando empujó la puerta para abrirla. El corazón le hizo un ruido extraño —como un doble latido— que él achacó a la falta de sueño y al hecho de haber tomado demasiado chocolate caliente esa mañana. Entonces vio a Sara Linton, y el fenómeno se repitió.

Estaba sentada en una silla junto a la ventana, con Felix Mc-Ghee sentado en sus rodillas. El niño era demasiado grande para tenerlo sentado encima, pero Sara parecía manejarse perfectamente. Un brazo rodeaba la cintura del crío, y el otro sus hombros. Le estaba acariciando el pelo mientras le susurraba al oído palabras de consuelo. Levantó la vista cuando Will entró en la habitación, pero no dejó que su presencia perturbara la escena. Felix miraba por la ventana, con la vista perdida y los labios ligeramente separados. Sara hizo un gesto con la cabeza, señalando la silla que tenía

enfrente, y al ver que estaba a menos de quince centímetros de la rodilla de ella Will dedujo que era donde había estado sentado Leo.

—Felix —dijo Sara con voz serena y controlada, el mismo tono que había usado con Anna la noche anterior—, este es el agente Trent. Es policía y ha venido para ayudarte.

Felix siguió mirando por la ventana. El ambiente en la sala era bastante fresco, pero Will se percató de que el niño tenía el pelo empapado en sudor. Una gota rodó por su mejilla y Will sacó su pañuelo para limpiarla. Cuando volvió a mirar a Sara esta le estaba mirando como si acabara de sacar un conejo del bolsillo.

—Una vieja costumbre —murmuró Will, doblando avergonzado el pañuelo.

Con los años se había dado cuenta de que solo los ancianos y los dandis llevaban pañuelo ya, pero en el orfanato obligaban a todos los niños a llevarlo, y sin él Will se sentía como si estuviera desnudo.

Sara meneó la cabeza, como queriendo decirle que no le importaba. Besó con suavidad la coronilla de Felix. El niño no se movió, pero Will se fijó en que sus ojos se movían para mirarle y ver lo que estaba haciendo.

—¿Qué es esto? —preguntó, reparando en la mochila escolar que había junto a la silla de Sara. Por los dibujos y los colores supuso que pertenecía a Felix. Se inclinó y abrió la cremallera, apartó unos papelitos de colores y examinó el contenido.

Seguramente Leo ya la habría registrado, pero Will fue sacando las cosas una por una como si estuviera buscando pistas.

—Bonitos lápices. —Sacó un estuche negro, algo poco habitual teniendo en cuenta que pertenecían a un crío—. Son de niño mayor. Debes de ser un verdadero artista.

Will no esperaba que le respondiera y Felix no lo hizo, pero ahora lo observaba atentamente, como si quisiera asegurarse de que no le quitaba nada.

A continuación Will abrió una carpeta. En la parte delantera había un escudo que debía de ser el del colegio de Felix. En un bolsillo encontró varios documentos de aspecto oficial con el membrete de la escuela y, en el otro, lo

que debían de ser los deberes. Will no pudo leer las circulares del colegio, pero por el papel pautado que encontró junto a los deberes dedujo que Felix estaba aprendiendo a escribir derecho. Se los mostró a Sara.

—Tiene una caligrafía muy bonita.

—Desde luego —dijo Sara.

Lo observaba con la misma atención que Felix, y Will tuvo que apartarla de su mente para no olvidarse de hacer su trabajo. Era demasiado guapa, demasiado lista y demasiado todo lo que Will no era.

Volvió a guardar la carpeta en la mochila y sacó tres libros bastante finos. Pudo leer las tres primeras letras del abecedario que adornaban la cubierta del primer libro, pero los otros dos eran un misterio, así que se los enseñó a Felix y le dijo:

—Me pregunto de qué irán estos dos libros. —Cuando vio que Felix no se decidía a contestar volvió a mirar las cubiertas intentando orientarse por los dibujos—. Me parece que este cerdito trabaja en un restaurante, porque está sirviendo tortitas a la gente. —Felix continuó callado y Will pasó al siguiente libro—. Y este ratón está sentado dentro de una fiambarrera, así que yo diría que alguien se lo va a merendar.

—No —Felix habló en voz tan baja que Will no estaba seguro de si había dicho algo.

—¿No? —le preguntó mirando el dibujo otra vez. Lo bueno de tratar con los niños era que podía ser completamente sincero y ellos pensaban que les estaba chinchando—. Esto de la lectura no se me da muy bien. ¿Qué dice aquí?

Felix se revolvió y Sara le ayudó a darse la vuelta para que pudiera mirar a Will. En lugar de contestar el niño agarró los libros y los apretó contra su pecho. Le empezó a temblar el labio superior.

—Tú mamá te lee cuentos, ¿verdad?

Felix asintió mientras dos lagrimones rodaban por sus mejillas. Will se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en sus piernas.

—Estoy intentando encontrar a tu mamá.

Felix tragó saliva, como si intentara tragar su pena.

—El hombre grande se la llevó.

Will sabía que para un niño todos los adultos eran grandes. Se enderezó, poniendo bien recta la espalda.

—¿Tan grande como yo?

Felix miró realmente a Will por primera vez desde que entrara en la habitación. Se quedó pensando unos momentos y dijo que no con la cabeza.

—¿Te acuerdas del detective que ha estado aquí antes que yo, uno que olía fatal? ¿Era tan grande como él?

Felix asintió.

Will intentó no precipitarse, mantener el tono desenfadado para que el crío siguiera contestando a sus preguntas sin que se diera cuenta de que le estaba interrogando.

—¿Tenía el pelo como yo, o era más oscuro?

—Más oscuro.

Asintió y se rascó la barbilla mientras sopesaba las distintas posibilidades. Los niños no eran unos testigos demasiado fiables, bien porque intentaban complacer a los adultos que les interrogaban o bien porque eran tan sensibles a la sugestión que era fácil sembrar cualquier idea en sus cabezas y conseguir que juraran que eso fue lo que realmente sucedió.

—¿Y qué me dices de su cara? ¿Tenía pelo en la cara o iba afeitado, como yo?

—Tenía bigote.

—¿Te dijo algo?

—Me dijo que mi mamá quería que me quedara en el coche. Will continuó con mucha cautela.

—¿Llevaba un uniforme como el de un conserje, un bombero o un oficial de policía?

Felix dijo que no con la cabeza.

—Llevaba ropa normal.

Will notó que una oleada de calor inundaba su rostro. Sabía que Sara le miraba con asombro. Había estado casada con un policía; seguramente no le había gustado aquella insinuación.

—¿De qué color era su ropa?

Felix se encogió de hombros y Will se preguntó si el niño había decidido

no responder a más preguntas o si realmente no se acordaba. Este pellizcó el borde del libro.

—Llevaba un traje como el de Morgan.

—¿Morgan es un amigo de tu mamá?

Felix asintió.

—Es del trabajo, pero ella está enfadada con él porque ha dicho una mentira y quiere buscarle problemas, pero mi mamá no va a dejar que se salga con la suya por la caja fuerte.

Se preguntó si Felix habría escuchado alguna conversación telefónica o si Pauline McGhee sería la clase de mujer que se desahogaba contándole sus problemas a un niño de seis años.

—¿Recuerdas algo más del hombre que se llevó a tu mamá?

—Dijo que me haría mucho daño si le hablaba a alguien de él.

El rostro de Will tenía una expresión completamente neutra, y el de Felix también.

—Pero tú no tienes miedo de ese hombre. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Mi mamá dice que nunca va a dejar que nadie me haga daño.

Parecía tan seguro de sí mismo que Will no pudo evitar sentir un gran respeto por la clase de madre que era Pauline McGhee. Había entrevistado a muchos niños a lo largo de su vida profesional y, aunque la mayoría querían a sus padres, no era frecuente que exhibieran tal grado de confianza.

—Tu madre tiene razón. Nadie va a hacerte daño.

—Mi mamá me protegerá —insistió Felix, y Will empezó a cuestionarse la naturaleza de esa seguridad que el niño mostraba. Normalmente uno no tranquilizaba a un niño si previamente no existía un temor real.

—¿Le preocupaba a tu mamá que alguien pudiera hacerte daño?

Felix pellizcó la cubierta del libro otra vez y asintió de forma casi imperceptible. Will esperó un momento, no quería precipitarse con su siguiente pregunta.

—¿De quién tenía miedo, Felix?

El niño respondió en voz muy queda, casi en un susurro.

—De su hermano.

Un hermano. A lo mejor, después de todo, no se trataba más que de un problema familiar.

—¿Te dijo su nombre?

Felix dijo que no con la cabeza.

—No le he visto nunca, pero es malo.

Se quedó mirando fijamente al niño, sin saber muy bien cómo formular la siguiente pregunta.

—Malo, ¿cómo?

—Peligroso —dijo Felix—. Mamá dice que es peligroso, y que ella me va a proteger de él porque me quiere más que a nadie en el mundo. —Lo dijo de forma tajante, como si quisiera zanjar esa cuestión exactamente ahí—. ¿Ahora ya me puedo ir a casa?

Will habría preferido que le clavaran un puñal en el pecho a tener que responder a esa pregunta. Miró a Sara en busca de ayuda, y ella tomó el relevo.

—¿Te acuerdas de la mujer que te he presentado antes, la señorita Nancy?

—Felix asintió con la cabeza—. Va a buscar a alguien para que te cuide hasta que vuelva tu mamá.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas. Will no podía reprochárselo. La señorita Nancy debía de ser una trabajadora social, y seguramente estaría a años luz de las profesoras del colegio privado en el que estudiaba Will y de las amistades pijas de su madre.

—Pero yo quiero irme a casa —protestó.

—Lo sé, cariño —le dijo Sara con suavidad—. Pero si te vas a casa estarás solo. Tenemos que asegurarnos de que estés bien hasta que vuelva tu mamá.

Felix no parecía muy convencido. Will puso una rodilla en el suelo para ponerse a su altura. Posó la mano en su hombro, tocando accidentalmente el brazo de Sara al hacerlo. Sintió un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva para poder hablar.

—Mírame, Felix. —Esperó hasta que el niño le miró a la cara—. Me voy a asegurar personalmente de que tu mamá vuelva contigo, pero necesito que seas valiente mientras trabajo para encontrarla.

La cara de Felix tenía una expresión tan inocente y confiada que dolía mirarle.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —preguntó con voz entrecortada.

—Pues, como mucho, una semana —respondió, haciendo un esfuerzo por no apartar la mirada. Si Pauline McGhee seguía sin aparecer pasada una semana significaría que había muerto y que Felix se habría quedado huérfano—. ¿Puedes darme una semana?

El niño seguía mirando fijamente a Will como si intentara discernir si le estaba diciendo la verdad o no. Por fin asintió.

—Muy bien —dijo Will con la sensación de tener un yunque sobre su pecho.

Vio que Faith estaba sentada en una silla junto a la puerta y se preguntó cuándo habría entrado en la habitación. Se levantó y le hizo un gesto con la cabeza para que saliera con ella. Will le dio unas palmaditas en la pierna a Felix antes de salir al pasillo.

—Le comentaré a Leo lo del hermano —dijo Faith—. Parece una disputa familiar.

—Probablemente. —Miró de reojo la puerta cerrada. Quería volver a entrar, pero no por Felix—. ¿Qué te ha dicho la hermana de Jackie?

—Joelyn. No se ha quedado lo que se dice desolada al saber que habían matado a su hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Que la mala leche debe de ser cosa de familia.

Will alzó las cejas.

—No me hagas caso, tengo un mal día —zanjó, aunque eso no era exactamente una explicación—. Joelyn vive en Carolina del Norte. Dijo que tardaría unas cinco horas en llegar hasta aquí. —Como si se le hubiera ocurrido en ese momento, añadió—: Ah, y piensa demandar al departamento de policía y hacer que nos despidan si no encontramos al hombre que mató a su hermana.

—Vaya, es una de esas.

No sabía qué era peor: si los familiares que se quedaban tan devastados por la pena que hacían que te sintieras como si te hubieran metido la mano en

el pecho y te estuvieran estrujando el corazón o los que se enfadaban tanto que parecía que te estrujaban algo un poco más abajo.

—Quizá deberías hablar tú con Felix.

—Me ha parecido que estaba bastante abatido —replicó Faith—. No creo que pueda sacarle mucho más.

—A lo mejor hablar con una mujer...

—Se te dan muy bien los niños —le interrumpió con un dejo de sorpresa en la voz—. En cualquier caso, ahora mismo tienes más paciencia que yo.

Will se encogió de hombros. Había echado una mano con algunos de los niños más pequeños cuando estaba en el orfanato, principalmente para evitar que los recién llegados se pasaran toda la noche llorando y no dejaran dormir a los demás.

—¿Le pediste a Leo el teléfono del trabajo de Pauline McGhee? —Faith asintió—. Tenemos que llamar y preguntar por un tal Morgan. Felix dice que el secuestrador iba vestido como él, y puede que le guste llevar un tipo de traje concreto. Nuestro hombre mide alrededor de uno setenta, tiene bigote y el cabello moreno.

—El bigote podría ser postizo.

Will no podía negarlo.

—Felix es muy listo para su edad, pero no estoy muy seguro de que sea capaz de distinguir entre un bigote real y uno postizo. Puede que Sara haya conseguido sacarle algo más.

—Vamos a dejarles solos un poco más —sugirió Faith—. Diría que crees que Pauline McGhee es otra de nuestras víctimas.

—¿A ti qué te parece?

—He preguntado primero.

Will suspiró.

—Mis tripas me inclinan a pensarlo. Pauline está bien situada, tiene un buen trabajo, es morena y de ojos castaños. —Se encogió de hombros—. Tampoco es un argumento muy sólido.

—Es más de lo que teníamos al levantarnos hoy por la mañana —señaló Faith, aunque no sabía muy bien si compartía la corazonada de Will o se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

—Vamos a llevar esto con cautela. No quiero causarle problemas a Leo por andar metiendo las narices en su caso para luego dejarle con el culo al aire si esto se queda en nada.

—De acuerdo.

—Llamaré al estudio donde trabaja Pauline McGhee y preguntaré lo de los trajes de Morgan. Igual puedo sacarles algo más de información sin poner a Leo en un compromiso. —Sacó su móvil y miró la pantalla—. Me he quedado sin batería.

—Toma —dijo Will ofreciéndole el suyo.

Faith lo cogió con ambas manos y mucho cuidado y marcó un número que tenía apuntado en su libreta. Will se preguntó si tendría una pinta tan ridícula como Faith sujetando las dos piezas del teléfono junto a su cara y se figuró que probablemente todavía más. Faith no era exactamente su tipo, pero era atractiva, y las mujeres así siempre salen airoosas de cualquier circunstancia. Sara Linton, por ejemplo, podría salir garbosa de un asesinato.

—Perdón —dijo Faith al teléfono—, no le oigo muy bien.

Le lanzó a Will una mirada de reproche, como si él tuviera la culpa, antes de echar a andar hacia el otro extremo del pasillo que parecía tener mejor cobertura.

Will apoyó el hombro contra la jamba de la puerta. Cambiar de teléfono representaba para él un problema prácticamente imposible de resolver; era lo que solía solucionar Angie. Había intentado hablar con su compañía de teléfonos para que le enviaran uno nuevo, pero le habían dicho que tenía que pasar por una tienda y rellenar unos formularios. Aun suponiendo que se obrara el milagro, Will tendría que averiguar cómo funcionaba el nuevo, cómo establecer el tono de llamada para que no molestara a nadie, cómo programar los números que necesitaba para trabajar. Imaginaba que podía pedirle el favor a Faith, pero su orgullo seguía interponiéndose en su camino. Sabía que ella le ayudaría de mil amores, pero querría tener una conversación sobre el asunto.

Por primera vez en su vida adulta, Will se encontró anhelando que Angie volviera a su vida.

Notó una mano en el brazo y oyó «Disculpa». Era una chica morena muy

delgada que quería entrar en la salita. Imaginó que debía de ser la señorita Nancy, de los servicios sociales, que venía a recoger a Felix. Era demasiado pronto para enviarle a una institución; seguramente encontrarían una familia de acogida que pudiera cuidarle durante un tiempo. Con un poco de suerte, la señorita Nancy llevaría en esto el tiempo suficiente como para tener en su agenda algunas buenas familias que le debieran algún favor. Era difícil colocar a los niños que estaban en esa especie de limbo; el propio Will había estado en él el tiempo justo para llegar a esa edad en la que la adopción era prácticamente imposible.

Faith ya estaba de vuelta. Traía el ceño fruncido cuando le devolvió el teléfono.

—Deberías cambiar este cacharro.

—¿Por qué? —preguntó él guardando el móvil en el bolsillo—. Si funciona perfectamente.

Faith pasó por alto lo que evidentemente era una mentira.

—Morgan viste de Armani, exclusivamente, y parecía muy convencido de ser el único hombre de Atlanta con estilo suficiente para lucir un Armani.

—O sea, que estamos hablando de un traje de entre dos mil quinientos y cinco mil dólares.

—Yo diría más bien lo segundo, a juzgar por su tono altanero. También me ha dicho que Pauline McGhee no se habla con su familia desde hace por lo menos veinte años. Dice que se fue de casa con diecisiete y no volvió a mirar atrás. Nunca le ha oído mencionar a su hermano.

—¿Qué edad tiene ahora Pauline?

—Treinta y siete.

—¿Sabe Morgan cómo podemos ponernos en contacto con su familia?

—Ni siquiera sabe de qué estado procede. Al parecer ella no hablaba mucho de su pasado. Le he dejado un mensaje a Leo en el buzón de voz; creo que podrá localizar al hermano antes de que acabe el día. Probablemente ya estará procesando las huellas encontradas en el coche.

—¿Podría ser que estuviera viviendo bajo un nombre falso? Uno no se marcha de casa con diecisiete años solo porque sí. Y es obvio que Pauline tiene una buena situación financiera: a lo mejor tuvo que cambiarse de

nombre para que eso sucediera.

—Obviamente, Jackie sí mantenía el contacto con su familia y no ha cambiado de nombre; también se apellida Zabel. —Faith se echó a reír y comentó—: Todos los nombres de esa familia riman: Gwendolyn, Jackelyn, Joelyn. Es un poco raro, ¿no?

Will se encogió de hombros. Nunca había podido reconocer las palabras que riman, un problema que seguramente estaba relacionado con sus dificultades para la lectura. Afortunadamente, tampoco era una habilidad que necesitara a menudo.

—No sé por qué misteriosa razón, cuando tienes un niño te decantas por los nombres más absurdos. Estuve a punto de ponerle Jeremy Fernando Romántico a mi hijo por uno de los cantantes de Menudo. Gracias a Dios, mi madre impuso su criterio.

La puerta se abrió y Sara Linton se reunió con ellos en el pasillo; traía la cara de alguien que siente que acaba de abandonar a un niño en manos de los servicios sociales. Will no era el más indicado para poner en tela de juicio el sistema, pero la realidad era que daba igual lo amables que fueran los trabajadores sociales o lo mucho que se esforzaran: eran pocos y no disponían de los medios necesarios. Si a esto le añadimos que los padres de acogida eran o bien gente muy humilde o bien gente que solo quería el dinero —generalmente sádicos que odiaban a los niños—, resultaba fácil entender hasta qué punto podía llegar a desgarrarte el alma todo aquello. Por desgracia, era el alma de Felix McGhee la que se iba a llevar la peor parte.

—Ha estado muy bien ahí dentro —le dijo a Will.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír como un crío al que acabaran de darle unas palmaditas en la cabeza.

—¿Le ha contado Felix algo más? —preguntó Faith.

La doctora negó con la cabeza.

—¿Qué tal se encuentra?

—Mucho mejor —respondió Faith un poco a la defensiva.

—Ya me han contado que anoche encontraron una segunda víctima.

—Will fue quien la encontró. —Faith hizo una pausa, como si se arrepintiera de lo que acababa de decir—. No es algo que deba divulgarse,

pero la mujer se rompió el cuello al caer de un árbol.

Sara frunció el ceño.

—¿Y qué hacía en un árbol?

Will tomó el relevo del relato.

—Estaba esperando a que la encontráramos. Por lo visto, tardamos demasiado.

—No se puede saber cuánto tiempo llevaba en el árbol —le dijo Sara—. La hora de la muerte no es una ciencia exacta.

—Su sangre aún estaba caliente —replicó Will, sintiendo que la oscuridad volvía a apoderarse de él al pensar en las gotas cayéndole en la nuca.

—Hay otras razones que podrían explicar eso. Si estaba en un árbol, probablemente las hojas actuaron como aislante térmico. O puede que el secuestrador la tuviera medicada. Existen diversos fármacos que pueden elevar la temperatura corporal y mantenerla incluso después de que la muerte haya tenido lugar.

—Todavía no se había coagulado —contraatacó Will.

—Algo tan simple como un par de aspirinas puede impedir eso.

—Jackie tenía un frasco grande de aspirinas junto a su cama prácticamente vacío —recordó Faith.

Will seguía sin estar muy convencido, pero Sara ya estaba en otro asunto.

—¿Sigue siendo Pete Hanson el forense de esta región? —preguntó a Faith.

—¿Le conoce?

—Es un buen forense. Hice un par de cursos con él la primera vez que me eligieron para el puesto.

Will había olvidado que en las ciudades de provincias el puesto de médico forense se designaba por votación. No podía imaginarse el rostro de Sara en un cartel.

—De hecho, pensábamos irnos hacia allá para asistir a la autopsia de la segunda víctima.

Sara parecía algo indecisa.

—Hoy tengo el día libre.

—Pues espero que lo disfrute.

Lo dijo como si se estuviera despidiendo, pero no hizo ademán de marcharse. Will se percató de que ya no había tanto trasiego de gente en el pasillo y distinguió el sonido de unos tacones a sus espaldas. Amanda Wagner venía hacia él caminando con paso enérgico. Parecía bien descansada, pese a que se había quedado en el bosque hasta las tantas, igual que Will. Llevaba el estricto peinado de siempre en forma de casco y un traje pantalón de color morado oscuro. Como de costumbre, tenía que ocuparse personalmente de todo.

—La huella ensangrentada en el carné de conducir de Jacquelyn Zabel pertenece a nuestra primera víctima. ¿Seguimos llamándola Anna? —No les dio tiempo para contestar—. ¿El secuestro en el supermercado tiene alguna relación con nuestro caso?

—Podría ser —respondió Will—. La madre fue secuestrada a eso de las cinco y media de la mañana. Al niño, Felix, lo encontraron dormido en el coche. Nos ha dado una descripción muy vaga del secuestrador; el chico solo tiene seis años. La policía de Atlanta está colaborando, pero, que yo sepa, no nos han pedido ayuda.

—¿Quién está al mando de la investigación?

—Leo Donnelly.

—Inútil —gruñó Amanda—. De momento le dejaremos seguir con su caso, pero quiero que lo atéis bien corto. Dejad que la policía de Atlanta se ocupe del trabajo a pie de calle y de los gastos forenses, pero si empieza a cagarla, sacáoslo de encima.

—Eso no le va a gustar un pelo —dijo Faith.

—¿Tengo cara de que me importe? Parece que nuestros amigos del condado de Rockdale se están arrepintiendo de habernos pasado el caso. He convocado una rueda de prensa para dentro de cinco minutos y quiero que Faith y tú estéis conmigo y pongáis cara de que lo tenemos todo bajo control mientras yo le explico a la gente que sus riñones están a salvo de los perversos traficantes de órganos. —Le tendió la mano a Sara—. Doctora Linton, supongo que no le extrañará si digo que esta vez nos encontramos en mejores circunstancias.

—En lo que a mí respecta, desde luego —dijo Sara, estrechándole la mano.

—Fue una ceremonia muy emotiva. Un homenaje digno de un gran policía.

—Oh... —exclamó Sara, algo confusa y con la voz entrecortada. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se aclaró la voz y trató de recuperar la compostura—. No la vi... Ese día estaba muy aturdida.

Amanda se quedó estudiándola con atención y, con voz sorprendentemente amable le preguntó:

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

—Tres años y medio.

—Me enteré de lo que pasó en la cárcel de Coastal. —No había soltado la mano de Sara, y Will se percató de que la estrechaba con cariño—. Cuidamos de los nuestros.

Sara se enjugó las lágrimas y miró de reojo a Faith, como si se sintiera un poco estúpida.

—Estaba a punto de ofrecerles mi ayuda a sus agentes.

Will vio que Faith abría la boca, pero volvió a cerrarla de inmediato.

—Adelante —dijo Amanda.

—Atendí a la primera víctima, Anna. No tuve ocasión de hacerle un examen completo, pero he pasado algún tiempo con ella. Pete Hanson es uno de los mejores forenses que conozco, pero si quiere que asista a la autopsia de la segunda víctima, podría aportar mi experiencia con Anna y señalar las similitudes y las diferencias entre una y otra.

Amanda no perdió el tiempo considerando su decisión.

—Le tomo la palabra. Faith, Will, venid conmigo. Doctora Linton, mis agentes se reunirán con usted en el edificio este de la alcaldía dentro de una hora. —Al ver que ninguno se movía, dio unas palmadas—. Vamos.

Amanda estaba ya por la mitad del pasillo cuando Will y Faith se decidieron a ir tras ella.

Will iba detrás, dando pasos cortos para no adelantarla. La mujer caminaba deprisa para ser tan menuda pero, dada su altura, Will se sentía siempre como el Gigante Verde mientras intentaba mantener una distancia

respetuosa. Mirando la nuca de Amanda se preguntó si el asesino trabajaría con una mujer como ella. No se le escapaba el hecho de que, en ciertos hombres, una mujer como esa podía despertar un odio atroz en lugar de la mezcla de exasperación y ganas de complacer que le inspiraba a él.

Faith le tiró del brazo.

—¿Te lo puedes creer?

—¿El qué?

—El modo en que se ha colado Sara en nuestra autopsia.

—Yo creo que es buena idea que vea a las dos víctimas.

—Tú has visto a las dos víctimas.

—Pero yo no soy forense.

—Ni ella tampoco —le espetó Faith—. Ni siquiera es propiamente una médica. Es pediatra. ¿Y a qué coño se refería Amanda cuando mencionó la cárcel de Coastal?

Will también sentía curiosidad por saber lo que había sucedido allí, pero lo que más le intrigaba era lo mucho que parecía cabrearle a Faith todo ese asunto. Amanda les habló por encima del hombro.

—Aceptaréis cualquier tipo de ayuda que Sara Linton os ofrezca. —Obviamente, había oído su conversación—. Su marido era uno de los mejores policías del estado, y yo confío plenamente en la pericia de Sara como médica forense.

Faith no se molestó en disimular su curiosidad.

—¿Qué le pasó?

—Murió en acto de servicio. ¿Qué tal te encuentras después de la caída de ayer, Faith?

—Perfectamente —respondió la agente en un tono sorprendentemente jovial.

—¿La doctora te ha dado el alta?

—Al cien por cien —respondió en tono aún más jovial.

—Ya hablaremos de eso con más tranquilidad. —Al llegar al vestíbulo, Amanda les indicó con un gesto a los guardias de seguridad que se marcharan y le dijo a Faith—: Después de la rueda de prensa tengo una reunión con el alcalde, pero te espero en mi despacho al final del día.

—Sí, señora.

Will no sabía si se estaba volviendo idiota por momentos o si eran las mujeres de su vida las que se volvían cada vez más obtusas. Sin embargo, no era el momento más oportuno para ponerse a dilucidarlo. Adelantó a Amanda para abrirla la puerta de cristal. Habían colocado una tarima con una alfombra detrás para que hablara. Como de costumbre, Will se colocó a un lado, sabiendo que las cámaras no filmarían más que su pecho y, como mucho, el nudo de su corbata cuando cerraran plano sobre Amanda. Naturalmente Faith sabía que no tendría tanta suerte, y se colocó detrás de su jefa con el ceño fruncido.

Destellaron los flashes de las cámaras. Amanda se acercó a los micrófonos. Empezaron a lloverle las preguntas, pero esperó a que guardaran silencio antes de sacar un papel doblado del bolsillo de su chaqueta y colocarlo sobre el atril.

—Soy la doctora Amanda Wagner, subdirectora de la oficina regional del DIG. —Hizo una pausa para darle mayor solemnidad al discurso—. Algunos de ustedes habrán oído ya los falaces rumores que corren sobre el llamado «asesino del riñón». Comparezco ante ustedes para desmentir categóricamente dichos rumores. No existe tal asesino. A la víctima no le fue extirpado ninguno de sus riñones; no se le practicó ninguna intervención quirúrgica. El departamento de policía de Rockdale afirma que no ha tenido nada que ver con la filtración y, por nuestra parte, debemos confiar en la honestidad de nuestros colegas.

Will no necesitaba mirar a Faith para saber que estaba reprimiendo una sonrisa. El detective Max Galloway había logrado sacarla de sus casillas y Amanda acababa de abofetear al departamento de policía de Rockdale en pleno delante de las cámaras.

Uno de los reporteros le preguntó:

—¿Qué puede decirnos de la mujer que ingresó anoche en el hospital Grady?

Al parecer, Amanda sabía del caso mucho más de lo que Will y Faith le habían contado, aunque aquello no era ninguna novedad.

—Les facilitaremos un retrato de la víctima a la una de la tarde.

—¿Por qué no unas fotografías?

—La víctima tiene marcas de golpes en la cara. Queremos ofrecerles un retrato lo más fiel posible para facilitar su identificación.

Una mujer de la CNN preguntó:

—¿Cuál es el pronóstico?

—Reservado.

Señaló a uno de los periodistas que habían levantado la mano, Sam, el tipo que había llamado la atención de Faith cuando llegaron al hospital. Por lo que podía ver Will era el único que tomaba notas a mano en lugar de utilizar una grabadora digital.

—¿Tiene algún comentario sobre las declaraciones de la hermana de Jacquelyn Zabel, Joelyn Zabel?

Will notó que su mandíbula se tensaba, pero se obligó a seguir mirando al frente con el rostro impasible. Imaginó que Faith estaba haciendo lo mismo, porque los periodistas seguían concentrados en Amanda sin preocuparse de los dos perplejos agentes que tenía detrás.

—Lógicamente la familia está consternada —respondió Amanda—. Estamos haciendo cuanto está en nuestra mano por resolver este caso.

Sam insistió.

—Sin duda debe de estar molesta por la dureza de sus acusaciones contra el DIG.

Will dedujo por la expresión de Sam que Faith debía de estar sonriendo. Estaban jugando, porque obviamente el periodista sabía perfectamente que Amanda no sabía de qué le estaba hablando.

—Tendrá que preguntarle a la señora Zabel sobre sus declaraciones. Yo no tengo más que comentar sobre ese asunto.

Respondió a un par de preguntas más y luego dio por concluida la rueda de prensa con la petición habitual de que cualquiera que tuviera alguna información relativa al caso se pusiera en contacto con las autoridades.

Los periodistas comenzaron a dispersarse para informar a su público de los avances, aunque Will estaba convencido de que ninguno iba a asumir su responsabilidad por no haber contrastado la información antes de divulgar los falaces rumores sobre el supuesto asesino del riñón.

Amanda refunfuñó algo dirigiéndose a Faith en voz tan baja que Will apenas pudo entenderlo.

—Ve.

Faith no necesitaba una explicación, ni tampoco apoyo, pero de todos modos se agarró del brazo de Will mientras se dirigían hacia la multitud de periodistas. Pasó al lado de Sam y debió de decirle algo, porque el periodista los siguió hasta un estrecho callejón que había entre el hospital y el garaje.

—He pillado al dragón con la guardia baja, ¿eh?

Faith señaló a Will.

—Agente Trent, este es Sam Lawson, de profesión capullo. Sam sonrió.

—Encantado de conocerle.

Will no respondió, pero al periodista no pareció importarle. Estaba más interesado en Faith, y la miraba con tal descaro que Will sintió el primario impulso de romperle la mandíbula de un puñetazo.

—Caramba, Faith, estás muy sexy —dijo Sam.

—Has cabreado a Amanda.

—¿No es su estado habitual?

—No te conviene tenerla como enemiga, Sam. Acuérdate de lo que pasó la última vez.

—Lo bueno de beber tanto es que después no recuerdo nada —dijo sonriendo y mirándola de arriba abajo—. Estás muy guapa, nena. Quiero decir... estás fantástica.

Faith meneó la cabeza, aunque Will se percató de que se sentía halagada. Nunca le había visto mirar a un hombre como miraba a Sam Lawson. Definitivamente tenían algo pendiente. No se había sentido tan de sobra en su vida. Por suerte, la agente recordó que estaba allí por algo.

—¿Han sido los de Rockdale los que te han hablado de la hermana de Zabel?

—Las fuentes de un periodista son confidenciales —respondió Sam, lo que no hizo sino confirmar sus sospechas.

—¿Qué declaraciones ha hecho Joelyn?

—Resumiendo, dice que os pasasteis tres horas discutiendo como gilipollas quién se haría cargo del caso mientras su hermana se moría en lo

alto de un árbol.

Los labios de Faith eran una línea blanca y delgada, y Will se puso literalmente enfermo. Sam debía de haber hablado con la hermana justo después de Faith, lo que explicaría por qué el periodista estaba tan seguro de que Amanda no sabía nada del asunto. Finalmente la agente preguntó:

—¿Fuiste tú quien le dio a Zabel esa información?

—Como si no me conocieras.

—Fueron los de Rockdale, y luego tú recogiste sus declaraciones.

Sam se encogió de hombros, confirmando de nuevo sus sospechas.

—Soy periodista, Faith. Solo hago mi trabajo.

—Pues qué trabajo más triste: acosar a familiares consternados por su pérdida, dejar en evidencia a la policía, publicar una información sabiendo que es falsa.

—Ahora entenderás porque me convertí en un alcohólico. Faith puso los brazos en jarras y exhaló un largo suspiro de frustración.

—Eso no fue lo que pasó con Jackie Zabel.

—Ya lo imaginaba —Sam sacó el bolígrafo y la libreta—, así que dame algo que pueda publicar.

—Sabes que no puedo...

—Háblame de esa cueva. He oído que tenía una batería de barco ahí abajo y la usaba para quemarlas.

Lo de la batería del barco era lo que en su argot denominaban «conocimiento culpable», la clase de información que solo el asesino podía conocer. Muy pocas personas habían visto las pruebas que Charlie Reed había recogido en la cueva y todos ellos llevaban placa. Al menos de momento. Faith dijo en voz alta lo que Will estaba pensando.

—Eso es información confidencial, solo Galloway o Fierro han podido proporcionártela. Ellos nos dejan con el culo al aire y tú consigues una historia para la primera página. Todo el mundo sale ganando, ¿no?

La amplia sonrisa de Sam confirmó sus especulaciones. No obstante, mantuvo la farsa.

—¿Y por qué iba yo a hablar con la policía de Rockdale si tú eres mi contacto en este caso?

En las últimas semanas Will había visto a Faith perder la calma en cuestión de décimas de segundo; resultaba agradable no ser el blanco de sus iras, para variar.

—Yo no soy tu contacto ni nada que se le parezca, gilipollas, y tus fuentes no te han contado más que mentiras.

—Pues ilumíname, preciosa.

Por un momento parecía que Faith iba a hacer exactamente eso, pero recobró el buen juicio en el último minuto.

—El DIG no tiene ningún comentario que hacer sobre las declaraciones de Joelyn Zabel.

—¿Puedo citar tus palabras?

—Cita esto, nene.

Faith siguió a su compañero hasta el coche, no sin antes dedicarle una sonrisa al periodista. Will estaba convencido de que el gesto de Faith no era algo que se pudiera publicar en un periódico.

Capítulo nueve

Sara se había pasado los últimos tres años y medio perfeccionando su habilidad para la negación, así que no era sorprendente que hubiera tardado una hora de reloj en darse cuenta de que había cometido un terrible error al ofrecer sus servicios a Amanda Wagner. En esa hora le había dado tiempo a pasar por casa para ducharse y cambiarse de ropa y a conducir hasta el sótano del edificio este del ayuntamiento, donde cayó en la cuenta de su error. Su mano estaba ya sobre el pomo de una puerta con un letrero que rezaba MÉDICO FORENSE DIG pero se detuvo, incapaz de abrirla. Otra ciudad. Otra morgue. Otro modo de echar de menos a Jeffrey.

Pero ¿acaso estaba mal decir que le gustaba trabajar con su marido? ¿Que al mirarle por encima del cadáver de la víctima de un tiroteo o de un conductor borracho sentía que su vida estaba completa? Eran pensamientos macabros y tontos que Sara creía haber superado cuando se mudó a Atlanta, pero ahí estaba de nuevo, con la mano en el pomo de una puerta que separaba la vida y la muerte, incapaz de abrirla.

Apoyó la espalda contra la pared y fijó la vista en las letras pintadas sobre el cristal opaco. ¿No era aquí adonde habían traído a Jeffrey? ¿No era Pete Hanson el hombre que había diseccionado el hermoso cadáver de su marido? Sara tenía su informe en alguna parte. En aquel momento le había parecido de vital importancia conservar toda la información relativa a su muerte: los exámenes de toxicología, el peso y las medidas de cada uno de sus órganos, los análisis de las muestras de tejido y de huesos. Había visto morir a Jeffrey

en Grant County, pero en ese lugar, en ese sótano situado bajo el ayuntamiento, todo lo que había hecho de él un ser humano había quedado reducido a un montón de análisis y de informes.

¿Qué era exactamente lo que había convencido a Sara para que volviera a aquel lugar? Pensó en la gente con la que había tenido contacto en las últimas horas: Felix McGhee, con esa mirada perdida en su pálido rostro, buscando a su madre por los pasillos del hospital con el labio inferior temblando, insistiendo una y otra vez en que ella nunca le dejaría solo; Will Trent ofreciendo su pañuelo al niño. Sara creía que su padre y Jeffrey eran los únicos hombres sobre la faz de la tierra que aún usaban pañuelo. Y luego Amanda Wagner, hablándole del funeral.

Estuvo tan sedada el día que enterraron a Jeffrey que apenas pudo tenerse en pie. Su primo le pasó el brazo por la cintura y, literalmente, la sostuvo para que pudiera andar hasta la tumba. Ella se quedó con el brazo extendido por encima de su ataúd, negándose a abrir la mano para soltar la tierra. Al final se rindió y apretó el puño contra su pecho, queriendo embadurnarse la cara con la tierra, inhalarla, meterse en la fosa con Jeffrey y abrazarle hasta que sus pulmones dejaran de respirar.

Sara se llevó la mano al bolsillo trasero de sus vaqueros para asegurarse de que la carta seguía allí. La había doblado tantas veces que el sobre empezaba a romperse, dejando entrever el papel de color amarillo que había en su interior. ¿Qué haría si, de repente, se abría? ¿Qué haría si una mañana echaba un vistazo y veía los limpios trazos, las pesadas explicaciones o las descaradas excusas de la mujer cuyas acciones habían conducido a la muerte de Jeffrey?

—¡Sara Linton! —vociferó Pete Hanson al llegar al último escalón. Llevaba una camiseta hawaiana de colores chillones, un estilo por el que se decantaba a menudo, si la memoria de Sara no le fallaba. En la expresión de su cara había una mezcla de alegría y de curiosidad—. ¿A qué se debe este inconmensurable placer?

Sara le contó la verdad.

—Me las he arreglado para colarme en uno de tus casos.

—Ah, la estudiante viene a relevar al profesor.

—No creo yo que estés pensando en retirarte.

Pete le guiñó un ojo con picardía.

—Ya sabes que tengo el corazón de un chaval de diecinueve años.

Sara reconoció la broma.

—¿Sigues teniéndolo en un tarro sobre tu mesa de despacho?

Pete soltó una carcajada, como si fuera la primera vez que oía esa respuesta. Ella pensó que debía explicarle mejor el motivo de su presencia.

—Vi a una de las víctimas anoche, en el hospital.

—Sí, he oído hablar de ella. ¿Hay signos de tortura, agresión sexual?

—Sí.

—¿Pronóstico?

—Están intentando controlar la infección.

No dio más detalles, pero no hacía ninguna falta. Pete había visto a lo largo de su carrera a muchos pacientes que no respondían al tratamiento con antibióticos.

—¿Le aplicaste el procedimiento para víctimas de violación?

—No hubo tiempo suficiente antes de meterla en el quirófano, y después...

—Ya se había roto la cadena de pruebas —acabó Pete.

Conocía bien las bases jurídicas de su trabajo. El cuerpo de Anna había sido desinfectado con Betadine y expuesto a diferentes entornos. Cualquier abogado defensor podía encontrar a un perito que alegaría que las muestras tomadas después de varias intervenciones quirúrgicas estaban demasiado contaminadas para ser admitidas como prueba.

—Le saqué algunas astillas de debajo de las uñas, pero supongo que lo mejor que puedo ofrecer es un examen forense comparado de ambas víctimas.

—Un razonamiento más que dudoso, pero estoy tan contento de verte que ignoraré tu absurda lógica.

Sara sonrió; Pete siempre había sido muy directo, aunque sin renunciar a esa cortesía tan típicamente sureña: una de las cosas que hacían de él un gran profesor.

—Gracias.

—El placer de tu compañía es recompensa más que suficiente —replicó él abriéndole la puerta. Sara vaciló y Pete señaló hacia el exterior—. Los ojos tardan un poco en acostumbrarse.

Se armó de valor mientras lo seguía hasta la morgue. Lo primero que le impactó fue el olor. Siempre había creído que «empalagoso» era el adjetivo que mejor lo describía, y que este carecía de todo sentido hasta que uno olía algo verdaderamente empalagoso. El olor que predominaba sobre todos los demás no era el de los muertos, sino el de los productos que utilizaban para desinfectar. Antes de que el escalpelo entrara en acción, los cadáveres se catalogaban, pasaban por rayos X, les tomaban fotografías, les quitaban la ropa y los lavaban con desinfectante. Además estaba el producto con el que se fregaban los suelos, y el que usaban para limpiar las mesas de acero inoxidable, y el que se utilizaba para esterilizar el instrumental médico. Todos ellos componían un aroma penetrante y dulzón que resultaba difícil olvidar e impregnaba la piel y las fosas nasales de tal manera que no reparabas en él hasta que dejabas de olerlo durante una temporada.

Siguió a Pete hasta el fondo de la sala, sintiéndose atrapada por su estela. La morgue estaba tan lejos del ajetreo del Grady como el condado de Grant de la estación Grand Central. A diferencia del infinito rosario de casos que pasaban por un servicio de urgencias, una autopsia era como una pregunta contenida que casi siempre tenía respuesta. Sangre, fluidos, órganos, piel; cada uno por separado constituía una pieza del puzle. Un cadáver no puede mentir. Los muertos no siempre se llevan sus secretos a la tumba.

En Estados Unidos mueren dos millones y medio de personas al año. Las de Georgia ascienden a unas setenta mil, de las cuales menos de un millar son homicidios. Según las leyes del estado, cualquier muerte sucedida fuera de un hospital o de cualquier otro centro médico debe ser investigada. En las ciudades pequeñas, donde las muertes violentas no son frecuentes, o en las comunidades más desfavorecidas donde el director de la funeraria local suele actuar como forense, normalmente se deja que el estado se ocupe de ese tipo de casos, que en su mayor parte terminan en la morgue de Atlanta. Ello explicaba por qué la mitad de las mesas estaban ocupadas por cadáveres en distintas fases de disección.

—Snoopy —dijo Pete dirigiéndose a un hombre negro algo mayor que llevaba puestos unos guantes quirúrgicos—. Esta es la doctora Sara Linton. Va a ayudarme con el caso Zabel. ¿Dónde estábamos?

Sin detenerse a saludar a Sara, el hombre replicó:

—Tenemos los rayos X en la pantalla. Puedo sacarla ya, si quiere.

—Bien. —Pete fue hasta el ordenador y tecleó algo. Inmediatamente las imágenes de rayos aparecieron en la pantalla—. ¡Alta tecnología! —exclamó, y Sara no pudo por menos de sentirse impresionada.

En el condado de Grant la morgue estaba en los sótanos del hospital, casi como si se hubieran acordado de ella en el último momento. La máquina de rayos X estaba diseñada para los vivos, al contrario que la de Atlanta, mucho más potente, pues a los muertos no les preocupan los niveles de radiación. Las placas eran de una claridad prístina y podían verse en un monitor plano de veinticuatro pulgadas, en lugar de en un panel luminoso cuyo parpadeo constante podía provocar un ataque epiléptico. La única mesa de porcelana que Sara utilizaba en Grant no admitía comparación con las hileras de mesas de acero que tenía detrás ahora. En el vestíbulo situado al lado de la morgue la doctora vio a varios ayudantes e investigadores que iban de un lado a otro ocupados en diversas tareas. Reparó en que Pete y ella estaban solos; eran los dos únicos seres vivos en la sala de autopsias.

—Dejamos a un lado todos los demás casos cuando nos lo trajeron —explicó. Sara no entendió a qué se refería y Pete señaló una mesa vacía, la última de la fila—. Ahí fue donde lo examiné.

Sara se quedó mirando la mesa vacía, preguntándose por qué no podía recordar aquella imagen, la horrible visión de la última vez que había visto a su marido. Todo cuanto veía era la mesa limpia, y la luz de la lámpara reflejada en la superficie mate de acero inoxidable. Allí fue donde Pete recopiló las pruebas que habían conducido hasta el asesino de Jeffrey, donde se resolvió el caso, donde quedó probado más allá de toda duda quién había sido el responsable del crimen.

Sara pensaba que al entrar en esa morgue se sentiría abrumada por los recuerdos, pero allí no había más que calma y una especie de determinación profesional. Lo que allí se hacía era bueno. Ayudaban a la gente, incluso

después de muerta. Sobre todo después de muerta.

Lentamente se volvió hacia Pete. Seguía sin poder ver a Jeffrey, pero sentía su presencia, como si estuviera con ella en esa misma sala. ¿Por qué sería? ¿Cómo era posible que, después de tres años suplicándole sin éxito a su cerebro que le proporcionara alguna sensación que le permitiera recrear lo que era tener a Jeffrey a su lado, el simple hecho de estar en aquella morgue hubiera obrado el milagro?

Por lo general los policías detestaban tener que asistir a una autopsia, y Jeffrey no era ninguna excepción, pero para él era una forma de mostrar su respeto por la víctima. Era como prometerle que haría todo cuanto estuviese en su mano para llevar a su asesino ante la justicia. Esa era la razón por la que se había hecho policía; no solo para ayudar a los inocentes, sino también para castigar a los criminales que los amenazaban.

Con toda sinceridad, ese era el motivo por el que ella había aceptado el puesto de forense. Jeffrey ni siquiera había oído hablar del condado de Grant la primera vez que Sara entró en la morgue del sótano, examinó a la víctima y ayudó a resolver el caso. Muchos años antes ella había conocido la violencia de primera mano, pues había sido víctima de un terrible asalto. Cada incisión en forma de Y que hacía, cada muestra que recogía, cada vez que subía al estrado a dar testimonio de las cosas terribles que había podido documentar, sentía la intensa satisfacción que proporciona una justa venganza.

—¿Sara?

De pronto se dio cuenta de que llevaba un rato muda. Tuvo que aclararse la voz antes de decirle a Pete:

—He ordenado que nos envíen las placas de la víctima que ingresó anoche en el Grady. Pudo decir algunas palabras antes de caer inconsciente. Creemos que se llama Anna.

Pete hizo clic sobre el fichero y las placas de Anna aparecieron en el monitor.

—¿Está consciente?

—Llamé al hospital antes de venir. Sigue inconsciente.

—¿Hay daño neurológico?

—Ha superado la intervención, que ya es más de lo que esperábamos. Sus

reflejos son buenos, pero las pupilas siguen sin reaccionar. El cerebro está algo tumefacto. Hoy le van a hacer un escáner. Pero lo verdaderamente preocupante es la infección; le están haciendo unos cultivos, a ver si encuentran el tratamiento adecuado. Sanderson ha llamado al Centro de Control de Enfermedades.

—Oh, Dios. —Pete estudiaba las placas en el monitor—. ¿Cuánta fuerza crees que hace falta para arrancar una costilla?

—Estaba desnutrida y deshidratada. Supongo que eso le facilitó las cosas.

—Si la tenía atada no podría hacer gran cosa por defenderse. Me recuerda a la tercera señora Hanson. Vivian era culturista, ¿sabes? Tenía los bíceps tan grandes como mi pierna. Una mujer tremenda.

—Gracias, Pete. Gracias por ocuparte de él.

Él le guiñó el ojo de nuevo.

—El respeto hay que ganárselo respetando a los demás.

Sara reconoció la frase, pues Pete solía utilizarla en sus clases.

—Snoopy —dijo el doctor al ver entrar a su ayudante por la puerta de doble hoja empujando una mesa de autopsias.

La cabeza de Jacquelyn Zabel asomaba por encima de una sábana blanca, con el rostro amoratado después de haber estado colgada del árbol boca abajo. El tono era aún más oscuro alrededor de sus labios, como si alguien le hubiera restregado un puñado de arándanos por la boca. Sara reparó en que era una mujer atractiva, tan solo unas leves patas de gallo delataban su edad. Una vez más pensó en Anna, que también era muy guapa.

Pete parecía estar pensando lo mismo.

—¿Por qué será que cuanto más guapa es la mujer, más horrendo es el crimen?

Sara se encogió de hombros. Era un fenómeno que ya había tenido ocasión de observar cuando trabajaba como forense en el condado de Grant: las mujeres bellas solían pagar un precio mucho más alto en lo que a homicidios se refiere.

—Llévala a mi sitio —le dijo Pete a su asistente.

Sara observó la ausencia total de expresividad con la que Snoopy llevaba a cabo su trabajo y el cuidado metódico con que giraba la mesa para colocarla

en el hueco que había en mitad de la fila. En aquel lugar, Pete estaba en minoría; la mayor parte de los que trabajaban en la morgue eran afroamericanos o mujeres. Ocurría lo mismo en el Grady, lo que no dejaba de tener sentido, pues, según la experiencia de Sara, cuanto más horrible era el trabajo más probable era que acabaran encargárselo a una mujer o a un miembro de una minoría. Sara captó la ironía que encerraba el hecho de que ella misma estuviera incluida en dicho grupo.

Snoopy bajó los frenos de la mesa con el pie y se puso a ordenar los diversos escalpelos, bisturís y sierras que iba a necesitar Pete para la autopsia. Acababa de sacar unas tijeras de podar como las que se ven en la sección de jardinería de las grandes superficies cuando Will y Faith entraron en la sala.

El agente avanzó por la sala mirando desconcertado los cadáveres abiertos. Faith, por su parte, tenía peor aspecto que la primera vez que Sara la vio en el hospital. Sus labios estaban pálidos, y mantuvo la vista al frente al pasar junto a un hombre al que le habían quitado la cara para que el forense pudiera examinar mejor las contusiones.

—Doctora Linton —comenzó Will—, gracias por venir. Ya sé que hoy es su día libre.

Sara se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza, sorprendida por la formalidad de Will. Cada minuto que pasaba sonaba más como un banquero. A Sara seguía costándole asociar al hombre con su profesión. Pete le ofreció un par de guantes, pero ella los rechazó.

—Solo estoy aquí para observar.

—¿No quieres ensuciarte un poco las manos? —le preguntó Pete, inflando un guante para poder abrirlo—. ¿Comemos juntos después? Hay un italiano nuevo muy bueno en Highland. Puedo bajarme un vale de Internet.

Sara iba a poner una excusa cuando Faith hizo un ruido que hizo que todos se volvieran a mirarla. Agitaba la mano frente a su cara, y Sara imaginó que el tono ceniciento que había adquirido de repente Faith Mitchell se debía únicamente a su presencia en aquella morgue. Pete ignoró su reacción.

—Encontramos gran cantidad de esperma y fluidos en la piel antes de lavar el cadáver. Lo empaquetaré junto con las pruebas de violación y las

mandaré a analizar.

Will se rascó el brazo por debajo de la manga de su chaqueta.

—Dudo mucho que nuestro hombre esté fichado, pero veremos qué dice el ordenador.

De acuerdo con el procedimiento establecido, Pete puso en marcha la grabadora y, tras decir la hora y la fecha, comenzó a dictar:

—Estamos ante el cadáver de Jacquelyn Alexandra Zabel, mujer, treinta y ocho años, presenta signos de desnutrición. Fue hallado en la madrugada del sábado 8 de abril, en una zona boscosa próxima a la Nacional 316, en Conyers, localidad perteneciente al condado de Rockdale, Georgia. La víctima se encontraba colgada de un árbol, boca abajo, con el pie derecho atrapado entre las ramas. Tiene el cuello roto y señales que indican que fue cruelmente torturada antes de morir. Realizará la autopsia el doctor Pete Hanson. También están presentes los agentes especiales Will Trent y Faith Mitchell, y la inimitable doctora Sara Linton.

Will retiró la sábana y Faith tragó saliva. Sara se dio cuenta de que era la primera vez que la agente veía el trabajo del secuestrador. La cruda luz de la morgue reveló todas y cada una de sus iniquidades: los oscuros moratones, los verdugones, los rasguños en la piel, las marcas negras de las quemaduras eléctricas, que parecían polvo pero no se podían limpiar. Habían lavado el cuerpo previamente y le habían limpiado la sangre, de modo que las heridas destacaban de forma brutal sobre la extrema palidez de la piel. Había unos cortes poco profundos en forma de cruz por todo el cuerpo; con la profundidad justa para sangrar pero no causar la muerte. Sara imaginó que debían de haberlos hecho con una navaja de afeitar o con un cuchillo muy fino y afilado.

—Tengo que... —Faith no terminó la frase. Simplemente se dio la vuelta y se marchó. Will la observó mientras se alejaba y se encogió de hombros mirando a Pete, como si intentara disculparse.

—No es su parte favorita de este trabajo —comentó este—. Está demasiado delgada. La víctima, quiero decir.

Tenía razón. Los huesos de Jacquelyn Zabel sobresalían bajo la piel.

—¿Cuánto tiempo la tuvieron retenida? —preguntó el forense a Will.

Este encogió los hombros.

—Esperábamos que usted pudiera decírnoslo.

—Podría ser consecuencia de la deshidratación —masculló Pete, presionando el hombro de la mujer con los dedos. Preguntó a Sara—. ¿A ti qué te parece?

—La otra víctima, Anna, fue hallada en las mismas condiciones. Puede que les diese diuréticos y las tuviera sin comer y sin beber. Es un método de tortura relativamente corriente.

—Desde luego empleó todos los que se le ocurrieron —suspiró Pete, desconcertado—. La sangre debería darnos más datos.

Continuaron con el examen. Snoopy utilizó una regla para medir los cortes y tomó algunas fotografías. Mientras, Pete iba marcando en un dibujo el lugar donde estaba cada herida para incluirla en el informe de la autopsia. Finalmente dejó el bolígrafo y abrió los párpados al cadáver para comprobar el color de los ojos.

—Interesante —murmuró, y le hizo una seña a Sara para que se acercase a mirar.

En un ambiente seco, los órganos de un cadáver en descomposición tienden a encoger, de modo que la carne se contrae alrededor de las heridas. Al examinar los ojos, Sara descubrió varios agujeros en la esclerótica; unos diminutos puntos rojos que formaban un círculo perfecto.

—Agujas o alfileres —aventuró Pete—. Pinchó cada globo al menos una docena de veces.

Sara examinó los párpados de la mujer y vio que los agujeros los habían perforado limpiamente.

—Anna tenía las pupilas fijas y dilatadas —dijo cogiendo unos guantes de la bandeja y mirando las ensangrentadas orejas de la mujer mientras se los ponía. Snoopy había limpiado la sangre, pero parte de ella se había quedado pegada en los conductos auditivos—. ¿Tienes un...?

Snoopy le pasó un otoscopio. Sara lo colocó en el oído de Zabel y las lesiones que descubrió le recordaron a las que había visto en niños que habían sido víctimas de abusos.

—Tiene el tímpano perforado. —Le giró la cabeza para examinar el otro

oído y oyó el chasquido de una vértebra cervical que acababa de romperse—. Y este también.

Le pasó el otoscopio a Pete para que examinara los oídos.

—¿Lo hizo con un destornillador? —preguntó.

—Tijeras —sugirió Sara—. Mira la entrada del conducto, la piel está levantada.

—La trayectoria se inclina hacia arriba y se hace más profunda en la parte superior.

—Claro, porque las tijeras son más estrechas en la punta.

Pete asintió y continuó tomando notas.

—Sorda y ciega.

El siguiente paso era obvio, y Sara le abrió la boca para examinarla. La lengua estaba intacta. Presionó con los dedos la zona externa de la tráquea y, a continuación, utilizó el laringoscopio que le había pasado Snoopy para inspeccionar la garganta.

—El esófago está en carne viva. ¿Hueles eso?

Pete se inclinó.

—¿Lejía? ¿Ácido?

—Desatascador.

—Había olvidado que tu padre es fontanero. —Señaló la mancha oscura que rodeaba los labios de la mujer—. ¿Ves esto?

En un cadáver la sangre tiende a acumularse en el punto más bajo, dejando una mancha que se denomina lividez. El rostro de Zabel, que había estado colgada boca abajo, estaba muy amoratado. Resultaba difícil distinguir la mancha alrededor de los labios, pero una vez que Pete la señaló, Sara pudo reconocer el punto por el que habían vertido el líquido en la boca. Después, como la víctima estaba amordazada, el líquido se había desbordado por las comisuras.

Pete palpó el cuello.

—Las lesiones son muy graves. Está claro que el asesino le obligó a beber algún astringente. Veremos si llegó al estómago cuando la abramos.

Sara se sorprendió al oír la voz de Will; había olvidado que estaba allí.

—Yo creo que se rompió el cuello al caer, que resbaló.

Sara recordó la conversación que habían tenido unos minutos antes, y lo seguro que estaba de que Jacquelyn Zabel había estado colgada del árbol todo el tiempo mientras él la buscaba. Había dicho que la sangre de la mujer aún estaba tibia.

—¿Fue usted quien la bajó? —le preguntó.

Will negó con la cabeza.

—Tenían que hacerle las fotos primero.

—¿Miró a ver si tenía pulso en las arterias carótidas? —le preguntó Sara.

Will asintió.

—La sangre goteaba por sus dedos. Y estaba caliente.

Sara examinó las manos de la mujer y vio que tenía las uñas rotas, y que algunas habían sido arrancadas de raíz. Por rutina habían sacado fotos del cadáver antes de que Snoopy lo lavara. Pete sabía lo que Sara estaba pensando.

—Snoopy, ¿podrías ponernos las fotos que sacamos antes de lavarla? —preguntó señalando el monitor.

El hombre hizo lo que se le pedía con Pete y Sara mirando por encima de su hombro. Todo estaba en la base de datos, desde las primeras fotos tomadas en la escena del crimen hasta las últimas que le habían hecho en la morgue. Snoopy tuvo que abrirlas una por una, y Sara pudo ver la escena original en una rápida sucesión de imágenes; en todas ellas se veía a Jacquelyn Zabel colgada del árbol, con el cuello torcido de forma poco natural. Tenía el pie atrapado de tal manera entre las ramas que probablemente tuvieron que cortárselo para bajarla.

Snoopy llegó por fin a las fotos de la autopsia. El rostro, las piernas, todo el cuerpo estaba completamente cubierto por una costra de sangre.

—Ahí —dijo Sara señalando el pecho. Los dos se volvieron hacia el cadáver y Sara se frenó en seco—. Lo siento. Este caso es de Pete.

El ego de Pete continuaba intacto. Levantó el pecho de la mujer y descubrió otro corte en forma de cruz. Pero este era más profundo en el centro de la X. Pete acercó un poco más la lámpara y examinó la herida con mayor detenimiento, levantando la piel con los dedos. Snoopy le pasó una lupa y el forense se acercó aún más.

—¿Encontró alguna navaja en la escena del crimen? —preguntó a Will.

—Las únicas huellas que había eran de la víctima; la del cuchillo no era más que una huella latente.

Pete le pasó a Sara la lupa para que pudiera examinar el corte.

—¿De la mano izquierda o de la derecha? —preguntó Pete a Will.

—Pues... —Will vaciló y miró hacia la puerta buscando a Faith—. No lo recuerdo.

—¿La huella era de un pulgar? ¿De un índice?

Snoopy había ido al ordenador a buscar la información, pero finalmente Will dijo:

—Huella parcial de un pulgar en el extremo del mango.

—¿Hoja de siete centímetros?

—Más o menos.

Pete asintió mientras lo apuntaba en el diagrama, pero Sara no iba a dejar al agente esperando mientras terminaba.

—Se apuñaló ella misma —le dijo mientras sujetaba la lupa sobre la herida y le indicaba que se acercara a echar un vistazo—. ¿Ve que la herida tiene forma de V en la parte inferior y plana en la superior? —Will asintió—. La hoja entró de arriba a abajo y siguió una trayectoria ascendente. —Se lo demostró haciendo como que se apuñalaba en el pecho—. Tenía el pulgar apoyado en el extremo del cuchillo para poder empujarlo hacia adentro. Seguramente se le cayó de la mano. Mire su tobillo. —Señaló unas leves marcas situadas en la base del peroné—. El corazón había dejado de latir cuando el pie se le quedó enganchado. Tenía los huesos rotos, pero no había tumefacción ni indicio alguno de traumatismo. Si la sangre hubiera estado en circulación, esta zona estaría muy amoratada.

Will meneó la cabeza.

—Ella no...

—Los hechos lo corroboran —le interrumpió Sara—. La herida fue autoinfligida. Seguramente fue todo muy rápido, no sufrió mucho tiempo. Al menos no mucho más de lo que ya había sufrido.

Will se quedó mirándola fijamente a los ojos, y Sara tuvo que obligarse a no desviar la mirada. Puede que aquel hombre no tuviera pinta de policía,

pero no le cabía la menor duda de que pensaba como tal. Cuando un caso abierto llegaba a un callejón sin salida, cualquier policía que fuera digno de su placa pensaba automáticamente que la culpa era suya, por haber tomado una decisión inoportuna o haber pasado por alto alguna prueba evidente. Sin duda, eso era lo que Will Trent estaba haciendo en ese momento: buscar el modo de culparse a sí mismo por la muerte de Jacquelyn Zabel.

—Es ahora cuando puede usted ayudarla. Pero ayer, en el bosque, no podía hacer nada por ella —le dijo Sara.

Pete soltó el bolígrafo.

—La doctora tiene razón —dijo, presionando el pecho del cadáver con las manos—. Parece que hay mucha sangre aquí dentro, y la verdad es que calculó muy bien el mejor sitio para clavarse el cuchillo. Probablemente dio de lleno en el corazón. Yo coincido en que tanto la rotura del pie como la del cuello fueron posteriores a la muerte. —Se quitó un guante mientras se dirigía hacia el ordenador para ver las fotos de la escena del crimen—. Fíjese: la cabeza parece descansar sobre las ramas, un poco ladeada. No es eso lo que sucede cuando te rompes el cuello en una caída; en ese caso se habría quedado como encajada en las ramas. Cuando estás vivo, tus músculos están preparados para evitar ese tipo de lesiones. Estamos hablando de un traumatismo muy severo, no de una simple torcedura. Bien visto, jovencita.

Pete sonrió a Sara, que sintió que se sonrojaba como si aún fuera su mejor alumna.

—Pero ¿por qué iba a matarse? —preguntó Will, como si después de semejante tortura la mujer no tuviera motivo más que suficiente.

—Probablemente estaba ciega y casi con toda seguridad sorda. Lo que me sorprende es que fuera capaz de subirse al árbol. No podía oír las voces de la batida, no tenía ni idea de que la estaban buscando.

—Pero ella...

—Los infrarrojos de los helicópteros no la detectaron —le interrumpió Pete—. Si usted no hubiera estado allí, si no se le hubiera ocurrido mirar hacia arriba, jamás la habrían encontrado. Todo lo más, al llegar la temporada de caza algún trampero la habría hallado y habría llamado a la policía para denunciar un M.A.M.

«Muerto Ahí Mismo», quería decir Pete. Cada cuerpo de policía tiene su jerga, que a veces resulta bastante pintoresca. Los cazadores eran conocidos por dar numerosos partes de M.A.M.

Pete se volvió hacia Sara.

—¿Te importa? —le preguntó, señalando con un gesto de la cabeza la bolsa con el material para las muestras de violación. Snoopy era un magnífico ayudante, pero Sara captó el mensaje: volvía a ser una mera observadora. Se quitó los guantes, abrió la bolsa y sacó las espátulas para frotis y las ampollas. Pete cogió el espéculo y separó las piernas de Zabel para poder introducirlo en la vagina.

Al igual que en algunas violaciones que terminaban en homicidio, las paredes vaginales permanecían contraídas después de la muerte, y el espéculo de plástico se rompió cuando Pete intentó abrirlo. Snoopy le pasó uno metálico y Pete lo intentó de nuevo. Tuvo que hacer tanta fuerza para abrirlo que las manos le temblaron. No era algo agradable de ver, y Sara se alegró de que Faith no estuviera presente para oír el escalofriante ruido del metal al separar la carne. Sara le pasó una espátula de frotis a Pete, que trató de insertarla en la vagina, pero no pudo.

Pete se inclinó para ver cuál era el obstáculo.

—Por Dios bendito —murmuró, mientras revolvía la bandeja del instrumental buscando unos pequeños fórceps—. Ponte los guantes, Sara. Tienes que ayudarme con esto.

Sara se puso los guantes y colocó sus manos alrededor del espéculo mientras Pete introducía los fórceps, que en realidad no eran más que unas pinzas largas. Por fin atrapó algo y tiró hacia afuera. Era un trozo de plástico alargado y blanco, que salía como un pañuelo de seda de la manga de un mago. Pete continuó y fue dejando los trozos de plástico ensangrentado en una palangana. Estaban unidos por una línea troquelada.

—Bolsas de basura —dijo Will.

Sara se quedó sin respiración.

—Anna —dijo—. Tenemos que examinar a Anna.

Capítulo diez

El despacho de Will en la tercera planta del edificio este de la alcaldía era poco más que un cuarto de servicio, con una ventana que daba a un par de vías de tren en desuso y al aparcamiento de un almacén de ultramarinos, punto de encuentro este último de cierta gente de aspecto sospechoso y con coches muy caros. El respaldo de su silla estaba tan pegado a la pared que cada vez que se movía arañaba el yeso. Aunque tampoco tenía que moverse mucho: podía ver todo el despacho sin ni siquiera mover la cabeza. Incluso resultaba difícil sentarse en la silla, porque tenía que pasar de perfil entre la ventana y el escritorio para poder llegar a ella; esta maniobra le hacía alegrarse de no ser una mujer embarazada.

Apoyó la barbilla en la mano mientras esperaba a que arrancara el ordenador, viendo parpadear la pantalla y los iconos que surgían en el escritorio. Lo primero que hizo fue abrir el correo y colocarse los auriculares para escucharlos con el SpeakText que había instalado unos años antes. Tras borrar un par de mensajes publicitarios con ofertas para mejorar su vida sexual y una petición de un depuesto presidente nigeriano encontró un mensaje de Amanda y un aviso de cambio en las condiciones del seguro médico del estado; lo reenvió a su cuenta personal para poder desentrañar tranquilamente los nuevos recortes de cobertura.

Pero el mensaje de Amanda no requería mucho estudio. Ella siempre escribía en mayúsculas y no se complicaba mucho con la gramática. «**PONME AL DÍA**», rezaba escuetamente también en negrita.

¿Qué podía contarle? ¿Que a su víctima le habían introducido en la vagina quince bolsas de basura? ¿Que a Anna, la que había logrado sobrevivir, le habían hecho lo mismo? ¿Que habían transcurrido doce horas y seguían sin tener ninguna pista sobre quién había podido secuestrarlas, y mucho menos aún sobre la relación que había entre ambas mujeres?

Ciegas, probablemente sordas y mudas. Will había estado en la cueva donde las habían tenido retenidas. No podía siquiera imaginar el infierno por el que habían tenido que pasar. Ver los instrumentos que había utilizado su torturador ya había sido bastante horrible, pero imaginaba que no poder verlos debía de ser mucho peor. Al menos ya no se culpaba por la muerte de Jackie Zabel, aunque saber que la mujer había elegido el fin estando tan cerca de ser rescatada no le reconfortaba precisamente.

Todavía podía oír el tono compasivo que había empleado Sara Linton al explicarle cómo se había quitado la vida Zabel. No era capaz de recordar cuándo fue la última vez que una mujer le habló así, tratando de lanzarle un salvavidas en lugar de gritarle para que nadara más deprisa, como hacía Faith o, aún peor, agárrandose de sus piernas, como solía hacer Angie.

Will se recostó en su silla, sabiendo que debía sacarse a Sara de la cabeza. Tenía entre manos un caso que requería toda su atención, de modo que se obligó a concentrarse en las mujeres por las que realmente podía hacer algo.

Anna y Jackie debían de haber huido de la cueva al mismo tiempo; Jackie sorda y ciega, y Anna probablemente ciega. Las dos mujeres no habrían podido comunicarse más que a través del tacto. ¿Habrían andado cogidas de la mano, tropezando, tratando de encontrar a tientas el camino para salir del bosque? En cualquier caso, en algún momento se separaron y terminaron perdiéndose. Anna debió de saber que estaba en la carretera al notar el frío del asfalto bajo sus pies desnudos, y quizás oyó el motor del coche que se acercaba. Jackie fue en dirección contraria y encontró un árbol por el que trepó para sentirse más segura. Y se quedó allí esperando. Notar el crujido de la madera, el movimiento de las ramas le debió de helar la sangre en las venas, pues esperaba que su secuestrador la encontrara en cualquier momento y la llevara de vuelta a aquel lugar oscuro y frío.

Debió de coger su carné de conducir, su identidad, con una mano, y el

arma que usó para suicidarse en la otra. Su elección resultaba completamente incomprensible. ¿Bajarse del árbol para caminar sin rumbo en busca de ayuda, arriesgándose a ser capturada de nuevo, o hundir el cuchillo en su pecho? ¿Luchar por su vida o tomar el control y darle fin por su propia mano?

La autopsia daba testimonio de cuál había sido su decisión. La hoja había perforado su corazón, seccionando la arteria principal y haciendo que la sangre inundara su pecho. Según Sara, lo más probable era que Jackie hubiera muerto de forma instantánea, pues su corazón se paró antes incluso de caerse del árbol. Soltó el cuchillo y el carné de conducir. Habían encontrado aspirina en su estómago que había fluidificado su sangre, por ello había goteado durante un buen rato después de su muerte, y de ahí las gotas calientes en la nuca de Will. Al mirar hacia arriba y ver su mano extendida este creyó que le pedía ayuda para liberarse, pero en realidad ya lo había logrado ella por sus propios medios.

El policía abrió una carpeta grande que tenía sobre el escritorio y sacó las fotos de la cueva. Vio los instrumentos de tortura, la batería de barco, las latas de sopa sin abrir; Charlie lo había documentado todo perfectamente y había hecho una lista describiendo cada objeto. Fue pasando las fotos y encontró la imagen con el mejor encuadre de la cueva; su compañero se había agachado junto a la escalera, tal como había hecho Will la noche anterior. Las lámparas de xenón iluminaban hasta el último resquicio. Will encontró otra foto que mostraba los instrumentos de tortura alineados como si fueran hallazgos de un yacimiento arqueológico. A simple vista podía imaginar para qué servían la mayoría de ellos, pero algunos eran tan complicados, tan espantosos, que ni siquiera era capaz de concebir para qué servían exactamente.

Wil estaba tan absorto en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que su móvil estaba sonando. Lo abrió con mucho cuidado y contestó:

—Trent.

—Soy Lola, cielo.

—¿Quién?

—Lola. Una de las chicas de Angie.

La prostituta de la otra noche. Will intentó imprimirle a su voz un tono indiferente, porque con quien estaba furioso era con su ex, no con la puta, que se limitaba a hacer lo que hacen los oportunistas: intentar aprovecharse de las circunstancias. Pero no iba a dejar que se aprovecharan de él, estaba harto de tener a esas chicas revoloteando a su alrededor.

—Mira, no voy a sacarte de la cárcel. Si eres una de las chicas de Angie, habla con ella.

—No puedo localizarla.

—Ya, pues yo tampoco, así que deja de llamarme. Ni siquiera tengo su número. ¿Lo pillas?

No le dio ocasión de responder, simplemente colgó y dejó el móvil sobre la mesa con mucho cuidado. La cinta aislante empezaba a despegarse y el cordel se había aflojado. Le había pedido a Angie que le ayudara con lo del móvil antes de irse, pero, como era habitual en ella, no se había preocupado en ningún momento del asunto.

Se miró la mano, la alianza que llevaba en el dedo. ¿Era un idiota o solamente patético? Ya no veía la diferencia entre una cosa y otra. Seguro que Sara Linton no era el tipo de mujer que aguanta toda esa mierda en una relación; y sin duda el marido de Sara tampoco era un flojo capaz de aguantar cosas así.

—Dios, cómo odio las autopsias —dijo Faith entrando en el despacho. El color aún no había vuelto a sus mejillas. Will sabía de sobra que era así, ella no lo disimulaba, pero era la primera vez que le oía admitirlo abiertamente—. Caroline, la secretaria de Amanda, me ha dejado un mensaje en el buzón de voz. No podemos hablar con Joelyn Zabel sin que su abogado esté presente.

—¿De verdad piensa demandar al departamento?

—En cuanto encuentre un abogado en las Páginas Amarillas. ¿Estás listo para salir?

Will miró el reloj en la pantalla del ordenador. Habían quedado con los Coldfield en media hora y el refugio estaba a diez minutos de allí.

—Antes hablemos un poco de esto —sugirió.

Había una silla plegable apoyada contra la pared; Faith tuvo que cerrar la puerta para poder sentarse. Su despacho no era mucho más grande que el de

Will, pero al menos podía estirar las piernas. El policía no sabía muy bien por qué, pero siempre acababan reuniéndose en su despacho; quizá porque el de Faith sí había sido antes un cuarto de servicio. No tenía ventana y aún flotaba en el ambiente un fuerte tufo a orina y a desinfectante. La primera vez que cerró la puerta, casi se desmaya por culpa de los efluvios.

Ella señaló el ordenador con un gesto de la cabeza.

—¿Qué es lo que tienes?

Giró el monitor para que pudiera leer el mensaje de Amanda. Faith entornó los ojos y frunció el ceño: su compañero seguía teniendo el fondo del mensaje en rosa y la letra en azul marino porque, por alguna extraña razón, así le resultaba más fácil descifrar las palabras. Rezongando, cambió los colores y se acercó el teclado para responder. La primera vez que lo hizo Will se quejó amargamente, pero con el tiempo se había dado cuenta de que Faith era así con todo el mundo. Puede que tuviera que ver con el hecho de ser madre desde los quince años, o a lo mejor era simplemente un rasgo de su carácter, pero no se quedaba tranquila si no lo hacía todo ella.

Ahora que Jeremy estaba en la universidad y Víctor Martínez había salido de su vida, Will era el único al que podía mangonear. Él imaginaba que era como tener una hermana mayor, si bien Angie se comportaba igual y se acostaba con ella. Cuando coincidían, claro.

—A estas horas Amanda ya debe de tener los resultados de la autopsia de Jacquelyn Zabel —dijo Faith sin dejar de teclear—. ¿Qué tenemos? No hay huellas ni rastro que seguir. Mucho ADN en el esperma y en la sangre, pero todavía no hay ninguna coincidencia con las bases de datos. Tampoco hemos podido averiguar la identidad de Anna, ni tan siquiera su apellido. Un atacante que ciega a sus víctimas, les perfora el tímpano, las obliga a beber desatascador de tuberías... Las bolsas de basura... ¡Mierda! No sé ni por dónde empezar. Las tortura con dios sabe qué, a una de ellas le extirpa una costilla. —Utilizó la flecha de desplazamiento para insertar algo al principio del renglón—. Probablemente con Zabel iba a hacer lo mismo.

—La aspirina —dijo Will—. La dosis encontrada en el estómago de Jacquelyn Zabel era diez veces superior a la normal.

—Un detalle por su parte darles algo para mitigar el dolor. ¿Te lo

imaginas? Atrapadas en esa cueva, sin poder oírle, sin ver lo que hacía, sin poder pedir auxilio. —Faith hizo clic en el botón de enviar y se recostó en la silla—. Doce bolsas de basura. ¿Cómo pudo pasarlo por alto Sara con la primera víctima?

—Seguro que tú no habrías dudado en hacerle un examen pélvico a una paciente con casi todos los huesos de su cuerpo rotos y un pie en la tumba.

—No seas quisquilloso. No sé qué pinta en este caso.

—¿Quién?

Faith puso los ojos en blanco y cogió el ratón para abrir el navegador.

—¿Qué haces?

—Voy a investigarla. Su marido murió en acto de servicio, seguro que salió en los periódicos.

—Eso no es justo.

—¿Qué quieres decir con que no es justo?

—Faith, son asuntos personales. No te metas...

Pulsó la tecla de Intro. Will no sabía qué hacer, así que se agachó y desenchufó el ordenador. Ella movió el ratón y le dio a la tecla de espacio. El edificio era antiguo, la luz se iba cada dos por tres, así que levantó la vista y se percató de que las luces seguían encendidas.

—¿Has apagado el ordenador?

—Si Sara Linton quisiera que conocieras los detalles de su vida personal te los contaría ella misma.

—¿El palo que llevas metido por el culo te ayuda a mejorar la postura? —Faith se cruzó de brazos y le lanzó una mirada asesina—. ¿No te parece raro el modo en que se ha colado en nuestro caso? Ya no es forense, es una médica civil. Si no fuera tan guapa tú también lo encontrarías raro...

—¿Y qué tiene que ver su belleza con todo esto?

Faith tuvo la cortesía de dejar sus palabras flotando sobre ellos como un neón con la palabra «idiota». Y las luces siguieron brillando durante un minuto antes de continuar.

—Por si lo has olvidado, te recuerdo que tengo un ordenador en mi despacho. Si quiero investigarla me resultará muy fácil.

—Pues encuentres lo que encuentres, no quiero saberlo.

Faith se frotó la cara con las manos. Se quedó mirando el cielo gris que se veía desde la ventana durante otro largo minuto.

—Esto no tiene ningún sentido. Es un callejón sin salida. Necesitamos un hilo del que podamos tirar —conjeturó Faith.

—Pauline McGhee...

—Leo no ha podido localizar al hermano. Dice que la casa de Pauline está limpia: no hay documentos ni nada que tenga que ver con sus padres ni otros parientes. Tampoco parece tener ningún alias, aunque sería fácil ocultarlo; bastaría con pagar lo suficiente a la gente adecuada. Los vecinos de Pauline mantienen su versión: o no la conocen o no es santo de su devoción; en cualquier caso no saben nada de su vida. Leo ha hablado también con los profesores del colegio del niño: lo mismo. Por el amor de dios, su hijo está con los de servicios sociales porque la madre no tiene ningún amigo que quiera hacerse cargo de él.

—¿En qué está ahora Leo?

Faith miró su reloj de pulsera.

—Probablemente intenta encontrar un modo de liquidar todo esto cuanto antes —dijo frotándose los ojos de nuevo—. Está comprobando las huellas de McGhee, pero no creo que saque nada en limpio. A menos que haya sido detenida alguna vez.

—¿Sigue molesto por que nos hayamos metido en su caso?

—Más que antes. —Faith apretó los labios—. Yo creo que es porque ha estado enfermo hace poco. Ya sabes cómo funciona: calculan lo que les cuesta tu seguro y buscan la manera de deshacerse de ti si generas demasiados gastos. Y más te vale no tener una enfermedad crónica que requiera un tratamiento más o menos caro.

Por suerte, ni Will ni Faith tenían motivos para preocuparse por eso todavía.

—Podemos dejar de lado el secuestro de Pauline; a lo mejor fue una simple discusión y su hermano acabó perdiendo los papeles, o la secuestró un extraño. Es una mujer muy atractiva.

—Si no tiene relación con nuestro caso, lo más probable es que fuera alguien de su entorno.

—El hermano.

—No habría prevenido al niño en ese sentido a menos que realmente estuviera preocupada —razonó Faith—. Y también está el tal Morgan... Un cabrón arrogante; cuando hablé con él por teléfono sentí ganas de abofetearle. A lo mejor había algo entre Pauline y él.

—Trabajaban juntos. Puede que ella lo presionara demasiado y se le fuera la mano. Les pasa mucho a los hombres que trabajan con marimandonas.

—Ja, ja —replicó Faith—. Pero ¿no crees que Felix lo habría reconocido?

Will se encogió de hombros. Los niños podían bloquear cualquier cosa. Y a los adultos tampoco se les daba mal.

—Ninguna de las otras dos víctimas que conocemos tiene hijos. Y nadie ha dado parte a la policía de su desaparición, que sepamos. El coche de Jacquelyn Zabel ha desaparecido. No sabemos si Anna tiene coche, ni siquiera sabemos aún su apellido. —El tono se iba haciendo más agudo según avanzaba en la enumeración—. ¿Qué digo su apellido? Igual ni siquiera se llama Anna. ¿Quién sabe lo que oyó Sara en realidad?

—Yo también lo oí —dijo Will, defendiéndola—. Oí que dijo «Anna».

Faith lo ignoró.

—¿Todavía crees que podría haber dos secuestradores?

—Ahora mismo no estoy seguro de nada, excepto de que quienquiera que sea no es un aficionado. Su ADN está por todas partes, lo que probablemente indica que no está fichado y no le preocupan nuestras bases de datos. No tenemos ninguna pista porque no las ha dejado. Es bueno. Sabe cómo cubrir su rastro.

—¿Un poli? —Dejaron la pregunta en el aire y Faith continuó razonando —: De algún modo se las arregla para que las mujeres no desconfíen de él... Le dejan acercarse lo suficiente como para que pueda secuestrarlas sin que nadie lo vea.

—Un traje —dijo Will—. En principio las mujeres, y los hombres también, suelen fiarse más de un extraño si va bien vestido. Suena clasista, pero es la verdad.

—Genial. Ahora ya solo tenemos que interrogar a todos los hombres de Atlanta que llevaban traje esta mañana. No había huellas en las bolsas de

basura que encontramos dentro de las dos víctimas. Nada en la cueva que podamos rastrear. La huella ensangrentada en el carné de Jaquelyn Zabel es de Anna. No sabemos su apellido. No sabemos dónde vive, ni dónde trabaja, ni si tiene familia. —Fue contando con los dedos.

—Es evidente que el secuestrador tiene un método. Y es paciente: excavó la cueva y la preparó para acomodar a sus víctimas. Como has dicho antes, seguramente vigila a las mujeres antes de secuestrarlas. No es la primera vez que lo hace; a saber cuántas víctimas habrá habido ya.

—Sí, pero ninguna ha vivido para contarlo, o habríamos encontrado algo en la base de datos del FBI.

En ese momento sonó el teléfono y Faith lo cogió.

—Mitchell.

Escuchó unos segundos y sacó su libreta del bolso. Anotó en grandes mayúsculas lo que le decían, pero Will no era capaz de leer las palabras.

—¿Podrías seguir buscando a ver si averiguas algo más? —Esperó—. Genial. Cualquier cosa, llámame al móvil—. Era Leo: ya tiene los resultados de las huellas que encontramos en el todoterreno de Pauline McGhee. Su verdadero nombre es Pauline Agnes Seward. Alguien denunció su desaparición en Ann Arbor, Michigan, en 1989, cuando tenía diecisiete años. Según la denuncia, sus padres dijeron que habían tenido una fuerte discusión. Por lo visto iba por mal camino: consumía drogas y no volvía a casa a dormir. Tenían sus huellas porque fue acusada de robar en una tienda, aunque ella se declaró inocente. La policía local siguió el protocolo habitual y archivaron sus huellas; hacía veinte años que nadie preguntaba por ella. Eso concuerda con lo que dijo Morgan. Pauline le contó que su hermana se escapó de casa con diecisiete años. Sobre el hermano no ha encontrado nada, pero va a investigar sus antecedentes más a fondo. —Faith volvió a guardar la libreta en su bolso—. Está intentando localizar a sus padres. Esperemos que sigan viviendo en Michigan.

—Seward no es un apellido muy común.

—No. Pero habríamos encontrado algo en las bases de datos si el hermano hubiera estado implicado en algún delito grave.

—¿Tenemos un rango de edad? ¿Algún nombre?

—Leo ha dicho que volverá a llamar en cuanto averigüe algo nuevo.

Will se recostó en su silla y apoyó la cabeza en la pared.

—Pauline sigue sin formar parte del caso, de momento. No tenemos ninguna pauta que nos permita conectarla con las otras víctimas.

—Pero se parece mucho a ellas: no cae muy bien a los que la conocen; no tiene amigos, ninguno íntimo, al menos.

—Quizás ella y su hermano fueran íntimos —sugirió Will—. Leo dice que Pauline recurrió a un donante de espermatozoides para tener a Felix. ¿Y si el hermano hubiera sido el donante?

Faith soltó un gruñido de repugnancia.

—Por Dios, Will.

El tono de ella le hizo sentirse culpable por haberse atrevido a sugerir algo así, pero el hecho era que su trabajo consistía precisamente en ponerse en lo peor.

—Y entonces, ¿qué otro motivo podía tener para advertirle a su hijo de que su tío era un hombre malo del que ella debía protegerle?

Faith tardó unos segundos en decidirse a responder.

—Abusos sexuales.

—A lo mejor me equivoco —admitió Will—. A lo mejor resulta que el hermano es un ladrón, un estafador o un yonqui. Incluso puede que esté en el talego.

—Si hubiera algún Seward fichado en Michigan, Leo ya habría encontrado su expediente en las bases de datos.

—Quizás haya habido suerte.

Faith meneó la cabeza.

—Pauline le tenía miedo, no quería que su hijo se acercara a él. Eso indica que había un problema de violencia, un temor relacionado con algún hecho violento.

—Pero tú misma lo acabas de decir: si la hubiera amenazado o acosado habríamos encontrado una denuncia o algo parecido.

—No necesariamente. La gente no recurre a la policía para resolver un problema familiar, y no deja de ser su hermano. Lo sabes perfectamente.

Will no estaba tan seguro, pero ella tenía razón en cuanto a la denuncia.

—¿Qué tendría que suceder para que no permitieras que Jeremy tuviera ninguna relación con tu propio hermano?

Faith se quedó pensando un momento.

—No se me ocurre qué podría hacer Zeke para que yo prohibiera a Jeremy hablar con él.

—¿Y si te pegara?

Faith abrió la boca para contestar, pero cambió de opinión sobre lo que iba a decir.

—Aquí no se trata de lo que haría yo, sino Pauline. —Se quedó callada, pensando—. La familia es un mundo muy complejo. La gente traga con cualquier cosa cuando se trata de un miembro de la suya.

—¿Chantaje? —Will sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero continuó—: ¿Y si el hermano sabía de algo comprometedor relacionado con el pasado de Pauline? Tuvo que haber una razón para que se cambiase el nombre a los diecisiete años. Veinte después tiene un buen trabajo, paga la hipoteca con comodidad, conduce un buen coche... Probablemente estaría dispuesta a pagar con tal de conservar ese estatus. —Pero él mismo echó abajo su teoría—. Por otro lado, si el hermano le estuviera haciendo chantaje no le convendría en absoluto apartarla de su trabajo. No hay motivo para un secuestro.

—No la han secuestrado para pedir un rescate. A nadie le importa que haya desaparecido.

Will meneó la cabeza. Otro callejón sin salida.

—Vale. A lo mejor Pauline no tiene nada que ver con nuestro caso. Quizá tenga con su hermano un rollo al estilo de la película *Flores en el ático*. Y entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos sentamos a esperar a que desaparezca una tercera o una cuarta mujer?

Will no sabía qué responder a eso. Por suerte no era él quien debía responder. Su compañera miró el reloj.

—Ya es hora de ir a hablar con los Coldfield.

Había varios niños en el refugio para mujeres de la calle Fred, algo con lo que Will no había contado, aunque era lógico que las mujeres sin hogar tuvieran hijos en semejante situación. Habían acordonado una zona delante

del refugio para que pudieran jugar. Los había de diversas edades, pero imaginó que todos tenían menos de seis años porque a esas horas los mayores estarían en el colegio. Todos llevaban ropas desparejadas y descoloridas, y sus juguetes habían conocido tiempos mejores: Barbies con el pelo cortado, coches a los que les faltaba ya alguna rueda. Will pensaba que debería sentir pena por ellos, porque verles allí jugando era como contemplar una escena de su propio pasado, si bien aquellos niños, a diferencia de él, tenían al menos a uno de sus progenitores para cuidarlos: una mínima conexión con el mundo normal.

—Por dios santo —dijo Faith mientras revolvía dentro del bolso. Había un bote para donativos en el mostrador de la entrada principal, e introdujo dos billetes de diez—. Pero ¿quién vigila a estos niños?

Will echó un vistazo al vestíbulo. Las paredes estaban decoradas con recortables y dibujos de Pascua de los niños. También vio una puerta cerrada con un cartel que indicaba que era el lavabo de señoras.

—Seguramente estará en el baño.

—Cualquiera podría llevárselos tranquilamente.

Will no creía que hubiera mucha gente interesada en llevarse a estos niños. Ese era parte del problema.

—«Pulse el timbre y le atenderemos» —dijo Faith. Will imaginó que estaba leyendo el cartel que había debajo del timbre, cosa que hasta un mono habría podido suponer. Se asomó por encima del mostrador y pulsó el timbre.

—Dan clases de informática.

—¿Qué?

Faith cogió uno de los folletos que había sobre el mostrador y le mostró los dibujos de mujeres y niños sonrientes en la primera página, y un par de logos de patrocinadores debajo.

—Clases de informática, orientación psicopedagógica, comidas —leyó Faith—. Consejo médico de orientación cristiana. —Volvió a dejar el folleto en su sitio—. Supongo que eso significa que te dirán que vas a ir al infierno si abortas. Buen consejo para una mujer que ya tiene una boca que no puede alimentar.

Pulsó el timbre con tal impaciencia que salió rodando por el mostrador.

Will se agachó para recoger el timbre del suelo y, al levantarse se encontró con una mujerona hispana detrás del mostrador con un niño en brazos. Con un fuerte acento tejano habló directamente a Faith:

—Si han venido a arrestar a alguien solo les pido que no lo hagan delante de los niños.

—Hemos venido a hablar con Judith Coldfield —replicó Faith en voz baja. Imaginaba que los niños habrían adivinado que era policía, igual que la mujer.

—Tienen que ir por el otro lado. Judith está a cargo de la tienda hoy.

Sin esperar a que le dieran ni las gracias, dio media vuelta y desapareció por el vestíbulo otra vez. Faith abrió la puerta y salieron a la calle.

—Estos sitios me ponen de los nervios.

Will pensó que era raro odiar un refugio para indigentes, incluso en Faith.

—¿Y eso?

—Deberían limitarse a ayudarlas, sin pedir a cambio que recen.

—Hay gente que encuentra cierto consuelo en la oración.

—¿Y los que no? ¿No merecen que se les ayude? No tienes casa y estás muerto de hambre, pero no te dan una comida gratuita ni un lugar seguro donde dormir a menos que asumas que el aborto es un crimen abominable y aceptes que otros te digan lo que debes hacer con tu cuerpo.

Will no estaba muy seguro de cómo responder, así que se limitó a seguirla por el lateral del edificio de ladrillo mientras ella se acomodaba bruscamente la correa del bolso en el hombro. Cuando llegaron a la puerta de la tienda, Faith seguía rezongando. Fuera había un letrero que probablemente tenía escrito el nombre del refugio. Nadie andaba sobrado de dinero en esos momentos, y menos las instituciones que dependían de la caridad y el altruismo de la gente. Muchos de los albergues de la zona aceptaban donativos en especie que revendían para recaudar fondos que les permitieran seguir manteniendo al menos los servicios básicos. Había carteles en el escaparate publicitando los artículos que se vendían en la tienda; Faith los leyó según se acercaban a la entrada.

—«Menaje, textil hogar, ropa, se admiten donaciones, portes gratuitos para artículos grandes.»

Will abrió la puerta, deseando que Faith se callara durante un buen rato.

—«Abrimos de lunes a sábado.» «No se admiten perros.»

—Vale, ya está —le dijo Will echando un vistazo al interior de la tienda.

En un estante había varias licuadoras puestas en fila, y en el de debajo, tostadoras y un microondas compacto. También había ropa colgada en perchas, la mayoría prendas que estaban de moda en los ochenta. Las latas de sopa y demás comestibles no perecederos estaban almacenados en la parte de la tienda menos expuesta al sol que entraba por los escaparates. A Will le sonaron las tripas, y de pronto se acordó de las latas de comida que llegaban al orfanato durante las vacaciones. Nadie donaba nunca cosas buenas. La mayoría eran latas baratas de jamón y encurtidos, justo lo que todos los niños querían cenar en Nochebuena. Faith vio otro cartel:

—«Todos los donativos se pueden desgravar.» «El dinero recaudado se destina íntegramente a ayudar a mujeres y niños sin hogar.» «Dios bendice a quienes bendicen al prójimo.»

Will se percató de que le dolía la mandíbula de tan abierta como tenía la boca. Afortunadamente no tuvo mucho tiempo para recrearse en el dolor: un hombre apareció detrás del mostrador vestido como un granjero de película.

—¿En qué puedo ayudarles?

Sobresaltada, Faith se llevó una mano al pecho.

—¿Quién coño es usted?

El hombre se puso tan colorado que Will casi pudo sentir su calor en la cara.

—Lo siento —dijo limpiándose la mano en la pechera de su camiseta. Unas sombras negras indicaban que repetía ese mismo gesto a menudo—. Soy Tom Coldfield. He venido a ayudar a mi madre con...

Señaló el suelo de detrás del mostrador. Will vio que estaba arreglando un cortador de césped y tenía el motor parcialmente desmontado. Parecía que intentaba cambiar la correa del ventilador, pero eso no justificaba que hubiera despiezado el carburador.

—Hay un... —comenzó Will.

—Soy la agente especial Faith Mitchell —le interrumpió ella—. Y este es mi compañero Will Trent. Venimos a hablar con Judith y Henry Coldfield.

¿Es usted familiar suyo?

—Son mis viejos —explicó el hombre. Sonrió a Faith mostrando sus grandes dientes de conejo—. Están ahí detrás. Parece que a mi padre no le hace mucha gracia perderse su partida de golf.

El hombre pareció reparar en lo absurdo que debía de resultar para ellos este comentario.

—Disculpen, ya sé que lo que le ocurrió a esa mujer es espantoso. Es solo que... En fin... Que ya le contaron a ese otro detective todo lo que vieron.

Faith continuó sin perder la amabilidad.

—Estoy segura de que no tendrán inconveniente en volver a contárnoslo a nosotros.

Tom Coldfield no parecía muy de acuerdo con ella, pero les hizo un gesto para que le acompañaran a la trastienda. Will le cedió el paso a Faith y fueron abriéndose camino entre las múltiples cajas que había por el suelo. Will dedujo que Tom debía de haber sido bastante atlético, pero su complexión había cambiado al superar la barrera de los treinta y ahora tenía una amplia cintura y los hombros caídos. La pequeña calva que lucía en la coronilla parecía la tonsura de un monje franciscano. Sin necesidad de preguntar imaginó que debía de tener un par de críos: su aspecto era el de un padre devoto. Probablemente conducía una furgoneta familiar y jugaba al fútbol *online*.

—Disculpen el desorden —dijo Tom—. Andamos cortos de voluntarios.

—¿Trabaja usted aquí? —le preguntó Faith.

—Oh, no, me volvería loco si tuviera que hacerlo —dijo riendo ante la expresión de sorpresa de Faith—. Soy controlador aéreo. Mi madre me chantajea para que venga a echarle una mano cuando andan cortos de gente.

—¿Estuvo usted en el ejército?

—En las fuerzas aéreas... Seis años. ¿Cómo lo ha adivinado? Faith se encogió de hombros.

—Es la forma más fácil de conseguir la titulación —respondió—. Mi hermano está en las fuerzas aéreas, destinado en Alemania.

Tom apartó una caja que les estorbaba el paso.

—¿En Ramstein?

—En Landstuhl. Es cirujano.

—Las cosas andan feas por allí. Su hermano debe de ser un buen hombre.

Faith dejó a un lado sus opiniones personales y volvió a su faceta de policía.

—Sí lo es.

Tom se detuvo frente a una puerta cerrada y llamó con los nudillos. Will miró hacia el pasillo y vio el mostrador donde les había atendido la mujer. Faith se dio cuenta y, mirando a Will, puso los ojos en blanco. El hombre abrió la puerta.

—Mamá, estos son el detective Trent y... Perdona, ¿Mitchell?

—Sí —respondió Faith.

Les presentó a sus padres, aunque no había necesidad alguna, pues en la habitación no había más que dos personas. Judith estaba sentada tras un escritorio, encima del cual tenía abierto un libro de contabilidad. Henry estaba sentado en una silla, junto a la ventana, leyendo un periódico, y se tomó su tiempo para cerrarlo y doblarlo cuidadosamente antes de atender a los agentes. Tom no había mentido al decir que a su padre no le había hecho ninguna gracia perderse su partido de golf. Henry Coldfield era como una parodia del típico viejo gruñón.

—¿Traigo más sillas? —preguntó Tom, y desapareció sin esperar respuesta.

La oficina era de tamaño normal, lo suficientemente grande como para albergar a cuatro personas sin que sus codos se rozaran. No obstante, Will se quedó en la puerta mientras Faith tomaba asiento en la única silla que quedaba libre. Normalmente se ponían de acuerdo de antemano sobre quién llevaría la voz cantante, pero esta vez no habían preparado nada. Cuando miró a Faith esta se limitó a encogerse de hombros. Resultaba difícil saber por dónde respiraban los Coldfield, de modo que no tenían más remedio que improvisar. Al interrogar a un testigo, lo primero y más importante era hacer que se sintiera cómodo; la gente no suele abrirse de forma espontánea, y no proporciona información relevante hasta que no le dejas claro que no eres el enemigo. Puesto que era Faith la que se había sentado más cerca de ellos, fue ella la primera en hablar.

—Antes de nada, quisiera agradecerles que hayan accedido a hablar con nosotros. Sé que han hablado ya con el detective Galloway, pero lo que vieron la otra noche debió de resultar muy traumático, y a veces hacen falta unos días para recordar los detalles con claridad.

—La verdad es que nunca nos había pasado nada parecido —dijo Judith Coldfield.

Will se preguntó si aquella mujer creía que los demás mortales atropellaban todos los días a una mujer que previamente había sido violada y torturada en una cueva subterránea. Al parecer su marido pensaba lo mismo.

—Judith...

—Oh, qué tontería —dijo la mujer llevándose la mano a la boca para ocultar una sonrisa avergonzada.

Will supo entonces de quién había heredado Tom los dientes de conejo y la facilidad para ruborizarse.

—Quiero decir que es la primera vez que hablamos con la policía —se explicó la mujer acariciando la mano de su marido—. A Henry le multaron por exceso de velocidad una vez, pero nada más. ¿Cuándo fue, te acuerdas?

—En el verano del 83 —respondió Henry. A juzgar por el modo en que apretó la mandíbula no guardaba un buen recuerdo de aquella experiencia. Miró a Will como si únicamente un hombre pudiera entenderlo—. Siete millas por encima del límite.

Will buscó una fórmula que le permitiera solidarizarse con él, pero tenía la mente en blanco.

—¿Son ustedes del norte? —preguntó a Judith.

—¿Tanto se nota? —rio la señora, tapándose la boca de nuevo para ocultar su sonrisa. Sus dientes debían de acomplejarla mucho—. Somos de Pennsylvania.

—¿Vivían allí antes de jubilarse?

—Oh, no. Nos mudábamos con frecuencia por el trabajo de Henry. Vivimos en Oregón, en el estado de Washington, en California... Aquello no nos gustó demasiado, ¿verdad? —Henry emitió un gruñido—. También vivimos en Oklahoma, pero por poco tiempo. ¿Ha estado allí alguna vez? Es todo muy llano.

Faith decidió ir al grano.

—¿Y en Michigan?

Judith meneó la cabeza, pero Henry dijo:

—Estuve en un partido de fútbol americano en Michigan en el 71. Michigan contra Ohio. Quedaron diez a siete. Hacía un frío de mil demonios.

Faith aprovechó la oportunidad para tirarle de la lengua.

—¿Le gusta el fútbol americano?

—Lo detesto —respondió Henry, y su ceño parecía indicar que no guardaba un buen recuerdo de aquello, aunque muchos matarían por asistir en directo a un partido tan reñido.

—Henry era viajante —les informó Judith—. Y antes de eso ya había viajado mucho. Su padre era militar, estuvo en el ejército treinta años.

Faith volvió a la carga, intentando encontrar el modo de conectar con Henry.

—Mi abuelo también era militar.

Judith terció de nuevo.

—Henry tenía una prórroga y no participó en la guerra. —Will imaginó que se refería a Vietnam—. Pero tenemos amigos que fueron movilizadas, y nuestro hijo estuvo en las fuerzas aéreas, lo cual es un orgullo para nosotros. ¿Verdad, Tom?

Will no se había dado cuenta de que Tom ya estaba allí. El hijo de los Coldfield sonrió con aire de disculpa.

—Lo siento, no hay más sillas. Los niños las han cogido para construir un puente.

—¿Dónde estuvo destinado? —le preguntó Faith.

—En Keesler, dos veces —respondió Tom—. Primero hice la instrucción y luego fui ascendiendo hasta llegar a sargento mayor a cargo de la torre, en el escuadrón 334. Hablaban de trasladarme a la base de Altus cuando solicité la licencia del ejército.

—Iba a preguntarle por qué dejó usted el ejército, pero claro, acabo de caer en que Keesler está en Mississippi y nadie querría vivir en ese agujero.

Tom se puso colorado como un tomate y rio, avergonzado.

—Cierto, sí.

Faith se volvió hacia Henry, pues supuso que no le sacarían mucho a Judith sin obtener antes la bendición de su marido.

—¿Han viajado alguna vez al extranjero?

—No, nunca hemos salido de Estados Unidos.

—Tiene usted acento de militar —comentó la agente, y Will imaginó que se refería a su falta de acento.

Finalmente pareció que su esfuerzo empezaba a dar frutos.

—Uno va adonde le dicen que tiene que ir.

—Eso mismo dijo mi hermano cuando lo mandaron a Alemania —dijo Faith inclinándose hacia adelante—. Si le digo la verdad, yo creo que a él le gusta pasarse la vida de un lado a otro, sin echar raíces en ninguna parte.

Henry empezó a abrirse un poco más.

—¿Está casado?

—No.

—¿Una mujer en cada puerto?

—Dios, espero que no —replicó Faith riéndose—. En lo que a mi madre respecta, eran las fuerzas aéreas o el sacerdocio.

Henry se echó a reír.

—Sí, casi todas las madres quieren lo mismo para sus hijos —dijo apretando la mano de su esposa, quien miraba a Tom sonriendo con orgullo.

—¿Dijo usted que era controlador aéreo? —le preguntó al hijo.

—Eso es. Trabajo en Charlie Brown —dijo refiriéndose al aeropuerto civil situado al oeste de Atlanta—. Llevo allí unos diez años, y me gusta. Algunas noches dirigimos también el tráfico de Dobbins. —Una base militar situada en las afueras de la ciudad—. Seguro que su hermano ha pasado por allí más de una vez.

—No me extrañaría nada —replicó Faith, mirándole a los ojos el tiempo suficiente como para que el hombre se sintiera halagado—. ¿Vive usted en Conyers?

—Sí, señora —sonrió Tom, mostrando sus grandes dientes de conejo. Parecía más cómodo ahora, con ganas de hablar—. Me mudé a Atlanta cuando dejé Keesler. —Señaló a su madre con un gesto de la cabeza—. Mis padres me dieron una alegría cuando se vinieron a vivir aquí.

—Ellos viven en la calle Clairmont, ¿verdad?

Tom, sin dejar de sonreír, asintió con la cabeza.

—Lo suficientemente cerca como para no tener que traer maleta cuando vienen a verme.

Parecía que a Judith no le agradaba la repentina complicidad que se había establecido entre ellos y se apresuró a intervenir.

—A la mujer de Tom le encanta la jardinería —dijo mientras buscaba algo en el bolso—. Mark, su hijo, es un fanático de los aviones. Cada día se parece más a su padre.

—Mamá, no hace falta que les enseñes...

Pero ya era demasiado tarde. Judith sacó una fotografía y se la pasó a Faith, que no olvidó proferir las exclamaciones de rigor antes de pasársela a Will.

Este contempló la foto de la familia con gesto impasible. Sin duda, los genes de los Coldfield eran dominantes: tanto el niño como la niña eran clavaditos a su padre. Para más inri, Tom no se había buscado una mujer atractiva que compensara un poco la herencia genética: su mujer tenía el pelo rubio y grasiento y una mueca de resignación que parecía indicar que eso era lo más a lo que podía aspirar.

—Darla —les informó Judith—. Llevan casados casi diez años, ¿verdad, Tom?

El hombre se encogió de hombros con expresión avergonzada, como si fuera un niño.

—Bonita familia —dijo Will devolviéndole la foto a Judith.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Judith a Faith.

—Uno, sí —replicó sin entrar en más detalles—. ¿Tom es su único hijo?

—Sí —respondió Judith con una sonrisa que volvió a ocultar con su mano—. Henry y yo pensamos que nunca podríamos... —Sin terminar la frase, miró a Tom con orgullo y añadió—: Fue un auténtico milagro.

El hombre se encogió de hombros una vez más, visiblemente avergonzado. Faith cambió sutilmente de tercio para abordar el asunto que los había llevado hasta allí.

—¿Iban ustedes a visitar a Tom el día del accidente?

Judith asintió.

—Quería hacer algo especial para celebrar nuestros cuarenta años de casados, ¿verdad, Tom? —Su voz adquirió entonces un tono distante—. Qué cosa más horrible. No creo que pueda evitar recordarlo en los aniversarios que nos queden por delante...

—No entiendo cómo pudo suceder algo así. Cómo pudo esa mujer... —dijo Tom meneando la cabeza— No tiene sentido. ¿Quién coño podría hacer algo tan espantoso?

—Tom —exclamó Judith—, esa lengua.

Faith miró a Will dándole a entender que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no poner los ojos en blanco. Pero reaccionó de inmediato y habló directamente a los padres.

—Sé que ya se lo contaron todo al detective Galloway, pero vamos a repasarlo desde el principio. Ustedes iban por la carretera cuando vieron a la mujer, ¿y entonces?

—Al principio pensamos que era un ciervo —comenzó Judith—. Hemos visto algunos al lado de la carretera otras veces. De noche, Henry conduce más despacio por si se nos cruza alguno.

—Al ver los faros se quedan petrificados —explicó Henry, como si un ciervo en la carretera fuera algo insólito.

—Pero solo empezaba a atardecer. Y entonces vi que había algo en la carretera. Abrí la boca para avisar a Henry, pero ya era demasiado tarde. Ya lo habíamos atropellado. La habíamos atropellado, quiero decir. —La mujer sacó un pañuelo de su bolso y se secó los ojos—. Esos hombres tan amables intentaron socorrerla, pero creo que no... Lógicamente, después de...

Henry apretó de nuevo la mano de su esposa.

—Sigue en el hospital —les explicó Faith—. Aunque no saben si saldrá del coma.

—Dios bendito —susurró Judith casi como si rezara—. Espero que no.

—Mamá... —protestó Tom, sorprendido.

—Ya sé que suena fatal, pero espero que no tenga que recordarlo nunca.

La familia se quedó unos instantes en silencio. Tom miró a su padre. Henry tragó saliva, y Will se dio cuenta de que el hombre estaba

recordándolo todo de golpe.

—Creí que me estaba dando un ataque al corazón —dijo.

Judith bajó el tono, como si quisiera confiarles un secreto sin que Henry, que estaba justo a su lado, se enterara.

—Henry padece del corazón.

—Nada grave —aclaró él—. El dichoso airbag me saltó al pecho. Dispositivo de seguridad, dicen; ese invento del demonio casi me mata.

—Señor Coldfield, ¿vio usted a la mujer en la carretera? —le preguntó Faith.

Henry asintió.

—Pero es lo que dice Judith, ya era demasiado tarde para frenar. No iba deprisa. Iba dentro del límite de velocidad. Vi algo... pensé que era un ciervo, como ha dicho. Pisé el freno a fondo. Apareció de repente, no sé de dónde salió, de dónde demonios salió. No me di cuenta de que era una mujer hasta que me bajé del coche y la vi allí tirada. Un horror. Un auténtico horror.

—¿Siempre ha llevado usted gafas? —preguntó Will con suma cautela.

—Soy piloto aficionado. Me gradúo la vista dos veces al año. —Se quitó las gafas con actitud defensiva, pero continuó hablando sin subir el tono—. Puede que sea viejo, pero llevo la graduación perfectamente al día. No tengo cataratas y las gafas corrigen mi vista al cien por cien.

Will decidió que valía la pena tirarse a la piscina directamente.

—¿Y su corazón?

—No es nada, en realidad —terció Judith—. Solo hay que tenerlo controlado y vigilar que no se canse mucho.

Henry seguía indignado.

—No necesito para nada a los médicos. Tomo un montón de pastillas y no levanto pesos. Estoy estupendo.

Para calmarle, Faith cambió de tema.

—¿Hijo de un militar y además piloto?

Henry vaciló unos instantes, dudando si dejar de lado la cuestión de su salud o no. Finalmente respondió:

—Mi padre me dio algunas clases de niño. Lo destinaron a una base en mitad de la nada, en Alaska, y pensó que era un buen modo de mantenerme

ocupado.

Faith sonrió y continuó suavizando las cosas.

—¿Y el tiempo acompañaba?

—Solo de vez en cuando —replicó él. Se echó a reír—. Había que aterrizar con mucho cuidado... Aquel viento helado podía dar la vuelta al avión como si fuera una tortilla. A veces me limitaba a cerrar los ojos y a rezar para que el tren tocara tierra y no hielo.

—Campo frío —dijo Faith, haciendo un juego de palabras con su apellido, Coldfield.

—Sí —replicó Henry, como si le hubieran gastado la misma broma muchas veces. Volvió a ponerse las gafas y se puso serio—. Miren, no soy quién para decirle a nadie cómo tiene que hacer su trabajo, pero ¿por qué no nos preguntan por el otro coche?

—¿Qué otro coche? —inquirió Faith—. ¿El que se paró para socorrerla?

—No, el otro, el que pasó como un rayo en dirección contraria. Debió de ser unos dos minutos antes de que atropelláramos a la chica.

Judith se apresuró a romper el silencio que siguió a esta declaración.

—Pero ustedes ya lo sabían, se lo contamos todo al otro policía.

Capítulo once

Faith se pasó todo el trayecto hasta la comisaría del condado recitando todos los improperios que le vinieron a la cabeza.

—Sabía que ese cretino me estaba mintiendo —dijo maldiciendo a Max Galloway y a todo el cuerpo de policía de Rockdale—. Tenías que haber visto con qué soberbia me miró cuando se marchó del hospital. —Golpeó el volante con la mano abierta, deseando poder hacer lo mismo con la cara de Galloway—. ¿A qué coño están jugando? ¿Es que no han visto lo que le hicieron a esa mujer, por el amor de Dios?

A su lado, Will guardaba silencio. Como de costumbre, Faith no tenía la menor idea de lo que podía estar pensando su compañero. No había abierto la boca desde que se subieron al coche, y no lo hizo hasta que llegaron al aparcamiento para visitantes de la comisaría de Rockdale.

—¿Se te ha pasado ya el cabreo? —le preguntó.

—Pues no, desde luego que no. Nos han mentido. Ni siquiera nos han enviado por fax el informe sobre el escenario del crimen. ¿Cómo coño vamos a avanzar en un caso si nos ocultan información que podría...?

—Piensa en por qué lo han hecho —le interrumpió Will—. Una de las víctimas está muerta, la otra poco más o menos, y aun así siguen ocultándonos información. Las víctimas les importan un carajo, Faith. Lo único que les importa es su propio ego y dejarnos a nosotros en evidencia. Están filtrando información a la prensa, se niegan a colaborar con nosotros. ¿Crees que si entramos ahí pegando tiros a diestro y siniestro nos van a dar lo

que queremos?

Faith abrió la boca para contestar, pero Will se estaba bajando ya del coche. Dio la vuelta hasta el otro lado y le abrió la puerta a su compañera como si fueran novios.

—Por una vez en la vida hazme caso. Es mejor manejar este asunto con un poco de mano izquierda.

Faith hizo un gesto despectivo con la mano.

—No pienso lamerle el culo a Max Galloway.

—Lo haré yo, no te preocupes —la tranquilizó Will, ofreciéndole su mano como si necesitara ayuda para salir del coche.

Ella cogió su bolso del asiento de atrás y siguió a su compañero por la acera, pensando que no era de extrañar que todo el que se encontraba con Will Trent lo tomara por un abogado del estado. La falta de ego de su compañero le resultaba difícil de entender. Hacía un año que trabajaban juntos, y en todo ese tiempo no le había visto expresar emoción alguna más allá de cierta irritación ocasional, generalmente dirigida a ella. Unos días se le veía más serio y otros más risueño, y a menudo se sentía culpable por un montón de cosas, pero jamás le había visto verdaderamente enfadado. En una ocasión estuvo encerrado en una habitación con un tipo que unas horas antes había intentado meterle una bala en la cabeza, y no mostró otra cosa que no fuera empatía.

El policía de uniforme que atendía el mostrador en la recepción lo reconoció de inmediato.

—Trent —dijo a modo de saludo.

—Detective Fierro —lo saludó Will, aunque era evidente que el hombre ya no era detective. Los botones del uniforme apenas lograban contener su inmensa barriga. Teniendo en cuenta lo que le había dicho a Amanda de sacar brillo a la porra de Lyle Peterson, a Faith le sorprendía que el hombre no hubiera acabado en silla de ruedas.

—Tendría que haber cerrado la trampilla y haberte dejado en esa cueva —dijo Fierro.

—Pues yo me alegro de que no lo hicieras —replicó Will. Señaló a Faith—. Esta es mi compañera, la agente especial Mitchell. Tenemos que hablar

con el detective Mark Galloway.

—¿Hablar de qué?

Faith no estaba dispuesta a seguir con delicadezas. Abrió la boca para decir una barbaridad, pero Will la disuadió con una sola mirada.

—Si el detective Galloway está ocupado, quizá podamos hablar con el jefe Peterson —dijo.

—O también podríamos hablar con ese amiguete vuestro del *Atlanta Beacon* y explicarle que esas historias que habéis estado filtrándole no son más que una cortina de humo para tapar todos los errores que habéis cometido en este caso.

—No me cabe duda de que eres una auténtica zorra.

—Y todavía no has visto nada —le espetó Faith—. Tráeme a Galloway de inmediato o doy parte a la jefa. Ya te ha dejado sin placa, ¿qué será lo próximo? Yo apostaría por tu minúsculo...

—Faith —dijo Will a modo de aviso.

Fierro levantó el auricular y marcó una extensión.

—Max, aquí hay un par de capullos que quieren hablar contigo —dijo. Colgó bruscamente el teléfono—. Al otro lado del vestíbulo, primer pasillo a la derecha, primera puerta a la izquierda.

Faith condujo a su compañero, pues él no habría sabido hacia dónde ir. La comisaría era el típico edificio estatal de los años sesenta, con mucho pavés y mal ventilado. Las paredes estaban llenas de carteles con recomendaciones, fotografías de oficiales en barbacoas y eventos para recaudar fondos. Siguiendo las instrucciones de Fierro, giró a la derecha y se detuvo frente a la primera puerta a la izquierda.

Faith leyó el cartel que había en la puerta.

—Cabrón —masculló.

Fierro les había mandado a la sala de interrogatorios.

Will alargó el brazo y abrió la puerta. Faith le vio mirar la mesa anclada al suelo y las barras situadas a los lados para esposar a los detenidos mientras les interrogaban.

—La nuestra es más acogedora —fue todo cuanto dijo Will.

Había dos sillas, una a cada lado de la mesa. Faith soltó su bolso en la que

estaba de espaldas al falso espejo y se cruzó de brazos; no quería estar sentada cuando Galloway entrara en la habitación.

—Estamos haciendo el gilipollas. Deberíamos dar parte a Amanda. A buenas horas iba ella a permitir que nos torearan de esta manera.

Will se apoyó contra la pared y se metió las manos en los bolsillos.

—Si involucramos a Amanda en todo esto, ellos ya no tendrían nada que perder. Deja que se desahoguen un poco a nuestra costa. ¿Qué más da si al final conseguimos la información que necesitamos?

Faith miró fugazmente el falso espejo, preguntándose si estarían todos detrás observándolos.

—Cuando esto haya terminado pienso presentar una queja por escrito. Por obstrucción a la justicia, por obstaculizar una investigación en curso, por mentir a un oficial de policía. A ese gilipollas de Fierro ya le han quitado su placa de detective, y Galloway tendrá suerte si le destinan a la perrera del condado.

Faith oyó en el pasillo una puerta que se abría y se volvía a cerrar. Unos segundos más tarde Galloway apareció por la puerta con la misma pinta de cateto ignorante de la noche anterior.

—Me han dicho que querían hablar conmigo.

—Venimos de hablar con los Coldfield —dijo Faith.

El hombre saludó a Will con un gesto de la cabeza. Este hizo lo propio.

—¿Puedo saber por qué no me habló del otro vehículo anoche? —preguntó ella.

—Creí haberlo hecho.

—Y una mierda. —Faith no sabía qué la irritaba más, si que Galloway se lo tomara como un juego, o que se sintiera obligada a usar con él el mismo tono que con Jeremy cuando lo castigaba. El policía alzó las manos sonriendo a Will.

—¿Su compañera es siempre así de histérica? Quizás es que está en esos días...

Faith sintió que sus puños se contraían con fuerza. Estaba a punto de mostrar lo que era una mujer verdaderamente histérica.

—Vamos —terció Will interponiéndose entre los dos—, tú cuéntanos lo

del coche y todo lo que hayas averiguado hasta ahora. No vamos a meterte un puro. No queremos tener que sacarte la información por las malas.

Will se fue hacia la silla y quitó de encima el bolso de Faith antes de sentarse. Se quedó con él en el regazo, lo que le daba un aspecto un tanto ridículo, como si estuviera esperando a su mujer mientras se probaba ropa. Hizo un gesto a Galloway para que se sentara al otro lado de la mesa y dijo:

—Tenemos a una víctima ingresada en el hospital, probablemente en estado de coma irreversible. La autopsia de Jacquelyn Zabel, la mujer del árbol, no ha arrojado ninguna luz sobre el caso. Ahora mismo hay otra mujer desaparecida, secuestrada en el aparcamiento de una tienda de alimentación. Su hijo se quedó solo en el asiento delantero. Se llama Felix y tiene seis años. Está bajo la tutela de los servicios sociales, al cuidado de gente a la que no conoce. Solo quiere que su mamá vuelva a casa.

Galloway permaneció impasible. Y Will prosiguió:

—No te dieron esa placa de detective por tu cara bonita. Anoche pusiste controles en las carreteras. Sabías que los Coldfield habían visto un segundo coche. Estuviste parando a la gente. —Decidió cambiar de táctica—. No le hemos ido con el cuento a tu jefe y no te hemos echado encima a nuestra jefa porque no podemos darnos el lujo de perder el tiempo. La madre de Felix ha desaparecido. Podría estar en otra cueva, atada a otra cama, bajo la cual no tardará en haber otra víctima. ¿De verdad quieres llevar todo ese peso sobre tu conciencia?

Por fin Galloway exhaló un profundo suspiro y se sentó. Se recostó en la silla y sacó su libreta del bolsillo de atrás, gruñendo como si le provocara dolor físico.

—¿Os dijeron que era blanco, probablemente un sedán? —preguntó Galloway.

—Sí —respondió Will—. Henry Coldfield no conocía el modelo. Dijo que parecía antiguo.

Galloway asintió. Le pasó su libreta a Will, que fijó la vista en las palabras y pasó las páginas como si estuviera leyendo antes de pasársela a Faith. Ella vio tres nombres con direcciones de Tennessee y números de teléfono. Le cogió el bolso a Will para copiar los detalles.

—Dos mujeres, hermanas, y el padre —les explicó el detective—. Venían de Florida y se dirigían a Tennessee. Su coche se averió a unas seis millas de donde el Buick atropelló a nuestra primera víctima. Vieron un sedán blanco que venía en la otra dirección y una de las hermanas intentó pararlo. Aminoró un poco, pero no se detuvo.

—¿Pudo ver al conductor?

—Negro, con una gorra de béisbol y la música a todo trapo. Me dijo que se alegró de que no parara.

—¿Vio la matrícula?

—Solo tres letras: Alfa, Foxtrot, Charlie. Eso reduce las posibilidades a unos trescientos mil coches, de los cuales dieciséis mil son blancos, y la mitad están registrados en esa zona.

Faith anotó las correspondientes letras —A, F, C— pensando que la matrícula no les serviría de nada a no ser que tropezaran con un coche que respondiera a la descripción. Hojeó el cuaderno de Galloway, tratando de averiguar qué más les ocultaba.

—Me gustaría hablar con los tres —dijo Will.

—Demasiado tarde —replicó el policía—. Regresaron a Tennessee esta mañana. El padre es muy mayor y no se encuentra muy bien. Me dio la impresión de que se lo llevaban de vuelta para que muriera en su casa. Podríais llamarles, o desplazaros hasta allí, pero os aseguro que no os contarán nada nuevo.

—¿Encontrasteis algo más en la escena del crimen? —preguntó Will.

—Lo que leísteis en los informes, nada más.

—Todavía no los tenemos.

Galloway parecía casi arrepentido.

—Lo siento. La secretaria tendría que habéroslos mandado por fax inmediatamente. Probablemente estarán en su mesa, enterrados bajo un montón de papeles.

—Podemos pasar a recogerlos antes de irnos —le dijo Will—. ¿Te importa hacerme un resumen?

—Más o menos lo que cabría esperar. Cuando llegó la patrulla, el tipo que se detuvo a ayudar, el enfermero, estaba atendiendo a la víctima. Judith

Coldfield estaba fuera de sí, junto a su marido, pensando que había sufrido un ataque al corazón. Llegó la ambulancia, se llevó a la víctima y el viejo ya se encontraba mejor, así que se quedó esperando a la segunda, que vino a los pocos minutos. Nuestros chicos llamaron a los detectives y acordonaron la zona: nada fuera de lo habitual. Esta vez no os miento: no encontramos nada.

—Nos gustaría hablar con el agente que llegó primero para conocer sus impresiones de primera mano.

—Ahora mismo está en Montana de pesca con su suegro —dijo Galloway encogiéndose de hombros—. No os estoy tomando el pelo, de verdad. Tenía planeadas esas vacaciones desde hace tiempo.

Faith había visto un nombre en las notas de Galloway que le resultaba familiar.

—¿Qué pinta aquí Jake Berman? —preguntó Faith, y le explicó a Will—: Rick Sigler y Jake Berman son los dos tipos que se detuvieron para socorrer a Anna.

—¿Anna? —preguntó Galloway.

—Es el nombre que la víctima nos dio cuando la ingresaron —explicó Will—. Rick Sigler era el TES que no estaba de servicio, ¿verdad?

—Eso es —confirmó Galloway—. Esa historia de que habían ido al cine a ver una película me pareció un tanto imprecisa.

Faith emitió un gruñido, preguntándose en cuántos callejones sin salida podía meterse aquel tipo antes de caerse de puro idiota.

—El caso —continuó ignorando a Faith— es que estuve comprobando sus antecedentes. Sigler está limpio, pero Berman tiene antecedentes.

Faith sintió un nudo en el estómago. Esa misma mañana se había pasado dos horas frente al ordenador y no se le había ocurrido comprobar los antecedentes de los implicados.

—Una condena por exhibicionismo y provocación sexual. —Sonrió al ver la cara de sorpresa de Faith—. El tipo está casado y tiene dos hijos, y lo pillaron hace seis meses follándose a otro tío en el centro comercial Georgia. Por lo visto, un chaval entró y se los encontró en plena faena. Un degenerado de mierda. Mi mujer compra allí.

—¿Has hablado con Berman? —preguntó Will.

—Me dio un número falso. —De nuevo lanzó a Faith una mirada cargada de ironía—. La dirección que figura en su carné de conducir tampoco está actualizada, y la búsqueda cruzada no ha dado ningún resultado.

Faith vio que había una laguna en su historia y saltó.

—¿Cómo sabes que tiene mujer y dos hijos?

—Está en el informe del arresto. Estaba con ellos en el centro comercial; le estaban esperando afuera. —Galloway torció el gesto—. Si me admitís un consejo, id tras él.

—Pero las víctimas fueron violadas —dijo Faith devolviéndole su libreta—. A los gays no les interesan las mujeres. Es lo que los hace gays.

—¿Te parece que a ese asesino le gustan las mujeres?

Faith no respondió, más que nada porque no le faltaba razón.

—¿Y qué hay de Rick Sigler? —preguntó Will.

Galloway cerró su libreta con mucha parsimonia y se la guardó en el bolsillo.

—Está limpio. Trabaja como técnico sanitario desde hace dieciséis años. Fue al instituto Heritage, un poco más abajo. —Galloway puso cara de asco—. Estaba en el equipo de fútbol, por increíble que parezca.

Will se tomó su tiempo antes de formular una última pregunta.

—¿Qué más te guardas?

Galloway le miró a los ojos.

—Eso es todo lo que tengo, *kimosabi*.

Faith no le creyó, pero Will parecía satisfecho.

—Gracias por atendernos, detective —dijo, y le estrechó la mano.

Faith encendió las luces al entrar en la cocina, soltó el bolso sobre la encimera y se desplomó en la misma silla en la que había empezado el día. Le dolía la cabeza y tenía el cuello tan tenso que le dolía moverlo. Cogió el teléfono para escuchar los mensajes del contestador. Jeremy le había dejado un mensaje breve e inusualmente cariñoso. «Hola, mamá, solo llamo para saber cómo estás. Te quiero». Faith frunció el ceño, pensando que o bien había suspendido el examen de química o necesitaba dinero extra.

Marcó su número, pero colgó antes de que diera señal. Faith estaba tan agotada que hasta tenía la vista un poco nublada, y lo único que quería era

darse un baño caliente y tomarse una copa de vino, aunque teniendo en cuenta su estado, ninguna de las dos cosas le convenía demasiado. No quería empeorarlo todo echándole una bronca a su hijo.

Su portátil seguía en la mesa, pero no quiso mirar el correo. Amanda le había dicho que se pasara por su despacho al final del día para hablar de su desmayo del día anterior. Faith miró el reloj de la cocina. La jornada laboral había terminado hacía rato, de hecho eran casi las diez de la noche. Seguramente Amanda estaría ya en casa, chupándoles la sangre a los insectos que hubieran caído ese día en su tela de araña.

Se preguntó si habría algo que pudiera empeorar aún más el día, pero decidió que a esas horas era matemáticamente imposible. Se había pasado las últimas cinco en compañía de Will, entrando y saliendo del coche, llamando a puertas, hablando con todo hombre, mujer o niño que había salido a abrir—algunos ni siquiera se habían molestado en abrir— y preguntando por Jake Berman. Había veintitrés personas con ese nombre repartidas por toda el área metropolitana. Faith y Will habían hablado con seis de ellos, descartado a doce y no habían podido localizar a otros cinco, que o no estaban en casa, o no estaban en su puesto de trabajo o, simplemente, no habían querido abrir la puerta.

Si encontrar al tipo fuera más fácil puede que Faith no estuviera tan preocupada. Los testigos mentían a la policía todo el tiempo; daban nombres falsos, falsos números de teléfono, detalles inexactos. Era algo tan habitual que ya ni siquiera le molestaba. Pero lo de Berman era distinto. Todo el mundo deja un rastro documental tras de sí; barriendo registros antiguos de móviles o direcciones anteriores puedes localizar rápidamente a tu testigo y plantarte delante de él como si no hubieras tenido que perder una mañana entera siguiéndole la pista.

Con Jake Berman no había rastro documental alguno. Ni siquiera había presentado la declaración de la renta el año anterior; al menos no con el nombre de Jake Berman. Esto trajo a su mente el espectro del hermano de Pauline McGhee. Quizá Berman había cambiado de nombre, igual que Pauline Seward. Tal vez Faith había compartido mesa con el asesino la primera noche en la cafetería del hospital Grady. O puede que fuera un

defraudador y por eso no usaba nunca tarjetas de crédito ni teléfonos móviles, y que Pauline McGhee hubiera decidido marcharse de este mundo porque sí, porque a veces las mujeres se marchan sin más.

Faith empezaba a comprender que esa opción tenía sus ventajas.

En uno de los trayectos entre casa y casa, Will había llamado a Beulah, Edna y Wallace O'Connor, de Tennessee. Max Galloway no les había engañado en cuanto al padre; el anciano estaba en una residencia y no andaba muy bien de la cabeza. Las hermanas se mostraron muy comunicativas y era evidente que querían ayudar, pero lo único que pudieron decirles sobre el sedán blanco que habían visto pasar a toda velocidad en sentido contrario es que tenía el parachoques manchado de barro.

Rick Sigler, el hombre que acompañaba a Jake Berman aquella noche, tampoco les había ayudado mucho más. Cuando Faith lo llamó y se identificó, el hombre se llevó un susto de muerte, como si le fuera a dar un infarto. Estaba en una ambulancia, trasladando a un paciente al hospital, y todavía tenía que pasar a recoger a otros dos. Faith concertó una cita con él para la mañana siguiente, a las ocho, cuando terminara su turno.

Se quedó mirando su portátil. Sabía que debía escribirle un e-mail a Amanda para mantenerla informada, aunque su jefa se las arreglaba muy bien para enterarse de todo. Finalmente decidió cumplir con su deber. Se acercó el portátil, lo abrió y pulsó la barra espaciadora para activarlo.

En lugar de abrir el programa de correo pinchó sobre el icono del navegador. Extendió sus manos sobre el teclado y sus dedos comenzaron a moverse de forma espontánea: «Sara Linton Condado de Grant Georgia».

El Firefox le devolvió casi tres mil resultados. Clicó en el primer enlace, que la llevó hasta una página de medicina pediátrica que le pedía un nombre de usuario y una contraseña para acceder al artículo de Sara Linton sobre malformaciones del septo ventricular en niños desnutridos. El segundo enlace remitía a otro sitio igualmente fascinante y Faith fue hasta el final de la página, donde encontró un artículo sobre un tiroteo en un bar de Buckhead cuyas víctimas habían sido atendidas por Sara en el Grady.

Era consciente de que lo que estaba haciendo era absurdo. Hacer una búsqueda general estaba bien, pero incluso los artículos publicados en los

periódicos solo recogían una parte de la historia. Cuando mataban a un oficial de policía, siempre se recurría al DIG. Faith podía acceder a los archivos policiales a través de la base de datos internacional de la agencia. Abrió el programa e hizo una búsqueda genérica; de nuevo el nombre de Sara aparecía por todas partes, había testificado en cientos de casos en calidad de perito forense. Faith redujo el ámbito de la búsqueda eliminando sus comparencias como perito.

Esta vez obtuvo solo dos resultados. El primero era un caso de agresión sexual con más de veinte años de antigüedad. Como es habitual en la mayoría de buscadores había una breve descripción de los contenidos justo debajo del enlace, unas cuantas líneas que explicaban someramente el caso. Las leyó y colocó el puntero sobre el enlace, pero sin llegar a pinchar. Le vinieron a la cabeza las palabras de Will, su valiente defensa de la intimidad de Sara Linton.

Quizá tuviera una parte de razón.

Pinchó en el segundo enlace y accedió al expediente del caso de Jeffrey Tolliver. Saltaba a la vista que la víctima era un policía. Los informes eran largos y detallados; del tipo que escribes cuando quieres que todas y cada una de las palabras allí escritas se sostengan cuando subas al estrado a testificar. Ojeó el historial de Tolliver, sus años de servicio como representante de la ley. Había hipervínculos que permitían acceder a los casos en los que había trabajado. Faith conocía algunos de haberlos visto en las noticias, y otros porque había oído hablar de ellos a algún compañero en la cantina.

Continuó leyendo sobre la vida de Tolliver y, por el respeto con que la gente lo describía, se hizo una idea de la clase de hombre que debió de ser. No paró hasta que llegó a las fotos pertenecientes a la escena del crimen: Tolliver había muerto a consecuencia de la explosión de una bomba de fabricación casera. Sara estaba con él, lo había presenciado todo, le había visto morir. Las fotografías eran sobrecogedoras, el cuerpo había quedado destrozado. De algún modo las fotos de la escena del crimen habían terminado mezclándose: Sara con las manos extendidas para que la cámara pudiera captar las salpicaduras de sangre. El rostro de la doctora, en un primer plano muy corto, con los ojos tan inertes como los de su marido en las

fotos tomadas en la morgue.

Según todos los archivos, el caso seguía abierto. No había ninguna resolución. Ningún arresto. Ninguna condena. Resultaba extraño, teniendo en cuenta que se trataba del asesinato de un policía. ¿Qué era lo que había dicho Amanda sobre Coastal?

Faith abrió otra ventana. Entre las competencias del DIG estaba la de investigar todas las muertes ocurridas en instituciones públicas. Faith buscó las muertes sucedidas en la cárcel de Coastal en los últimos cuatro años. Eran dieciséis en total. Tres de ellas habían sido homicidios: un racista de extrema derecha había muerto por apaleamiento en la sala común y dos afroamericanos se habían apuñalado mutuamente con el mango de un cepillo de plástico afilado. Faith ojeó rápidamente los otros trece: ocho suicidios y cinco muertes debidas a causas naturales. Pensó en lo que Amanda le había dicho a Sara Linton: «Nosotros cuidamos de los nuestros».

Los guardias de las instituciones penitenciarias lo llamaban «liberar a un preso bajo la custodia del Altísimo». La muerte tenía que ser discreta, poco llamativa y, sobre todo, verosímil. Un policía sabía perfectamente cómo cubrir sus huellas. Faith imaginó que alguno de los que habían muerto por sobredosis o suicidio debía de ser el asesino de Tolliver; era una muerte triste y lamentable, pero un acto de justicia, al fin y al cabo. Sintió una especie de alivio al saber que el asesino había sido castigado y que le habían ahorrado a la viuda un largo y penoso juicio.

Faith cerró los archivos uno por uno y volvió a abrir el Firefox. Escribió el nombre de Jeffrey Tolliver al lado del de Sara Linton en la barra de búsquedas e inmediatamente aparecieron en la pantalla varios artículos en el periódico local. El *Grant Observer* no era exactamente un periódico de primera línea: publicaba en su portada el menú diario de la escuela de primaria y las noticias más destacadas glosaban las proezas del equipo de fútbol del instituto.

Dado que ahora ya conocía las fechas exactas no tardó mucho en localizar los artículos relacionados con el asesinato de Tolliver. Coparon las páginas del periódico durante varias semanas. A Faith le sorprendió descubrir que era un hombre muy guapo. Había una foto del matrimonio en un evento formal:

él iba de esmoquin y Sara lucía un vestido negro y ceñido. Junto a su marido se la veía radiante, parecía otra mujer. Curiosamente fue esa foto la que le hizo sentirse culpable por andar figoneando en la vida privada de Sara. Parecía insultantemente feliz en ella, como si absolutamente toda su vida fuera perfecta. Faith miró la fecha: la fotografía había sido tomada dos semanas antes de la muerte de Tolliver.

Con este último descubrimiento, cerró el portátil. Se sentía abatida y levemente asqueada de su comportamiento. Al menos en esto Will tenía toda la razón: no debería haber curioseado.

En penitencia sacó el glucosómetro. Le había subido el azúcar, y tuvo que pararse un momento a pensar para recordar lo que debía hacer. Tenía que pincharse otra vez. Miró en su bolso. Solo le quedaban tres dosis de insulina y aún no había pedido cita con Delia Wallace.

Se subió la falda para pincharse en el muslo. Todavía tenía la marca de la inyección que se había puesto en el baño a la hora de comer. Un pequeño hematoma rodeaba la marca de la aguja, y pensó que lo mejor era pincharse en la otra pierna. La mano no le tembló tanto como la vez anterior, y solo tuvo que contar hasta veintiséis antes de clavar la aguja en su muslo. Se recostó en la silla, esperando a que la inyección le hiciera efecto. Pasó un minuto entero y se sintió aún peor.

«Mañana», pensó. Lo primero que haría al levantarse sería pedir cita con Delia Wallace.

Se levantó y se estiró la falda. La cocina estaba hecha un desastre: los platos se acumulaban en el fregadero y el cubo de la basura estaba desbordado. No era demasiado ordenada, pero normalmente su cocina estaba impecable; había tenido que visitar demasiadas escenas del crimen en las que la víctima yacía en el suelo de una mugrienta cocina y la escena siempre despertaba en ella un sentimiento de hostilidad hacia la mujer, como si se mereciera que su novio la matara a palos o que un desconocido le pegara un tiro por tener el fregadero lleno de platos sucios.

Se preguntó qué pensaría Will cuando contemplaba la escena de un crimen. Habían investigado juntos muchos homicidios, pero cuando estaban frente a un cadáver su rostro era siempre inescrutable. Había empezado su

carrera en el DIG. Nunca había llevado uniforme, nunca le habían llamado para investigar un olor extraño y se había encontrado con una anciana muerta en su sofá, no sabía lo que era salir a patrullar, ni había tenido que parar a un conductor por exceso de velocidad sin saber de antemano si sería un adolescente inofensivo o un pandillero armado el que iba al volante.

Era asquerosamente «pasivo». Faith no podía entenderlo. Pese a su actitud, Will era un hombre fuerte y grande. Salía a correr todos los días, así cayeran chuzos de punta o hiciera un sol se justicia, levantaba pesas, incluso había excavado un estanque en su jardín. Había tanto músculo bajo esos trajes que tanto le gustaban que su cuerpo parecía estar labrado en piedra. Y sin embargo, esa misma tarde se había quedado sentado, con el bolso de Faith en el regazo, suplicándole a Galloway un poco más de información. Si ella hubiera estado en su lugar habría arrinconado al cretino de Galloway contra la pared para estrujarle los testículos hasta que cantara *La Traviata*.

Pero ella no era Will, y este nunca haría una cosa así. Él se limitaba a estrecharle la mano a Galloway y a agradecerle la cortesía profesional como un gorila corto de luces.

Se agachó para sacar el detergente en polvo de debajo del fregadero, pero la caja estaba vacía. Volvió a dejarla en su sitio y fue hacia la nevera para apuntarlo en la lista de la compra. Llevaba tres letras escritas cuando vio que ya lo había apuntado. Dos veces.

—Mierda —murmuró, y se llevó la mano al vientre. ¿Cómo iba a hacerse cargo de un niño si ni siquiera era capaz de cuidar de sí misma? Quería a Jeremy, lo adoraba, pero había tenido que esperar dieciocho años para empezar a hacer su vida, y ahora que por fin lo había conseguido tendría que volver a esperar otros dieciocho. Para entonces tendría ya más de cincuenta, sería casi una abuela con derecho a descuentos para la tercera edad.

¿Era eso lo que quería? ¿Estaba realmente en condiciones de hacer frente a algo así? No podía pedirle otra vez a su madre que le echara una mano. Evelyn quería mucho a Jeremy, y jamás se había quejado por tener que cuidar de su nieto —ni durante el tiempo que Faith estuvo en la academia de policía ni cuando tenía que doblar el turno para poder llegar a fin de mes—, pero a estas alturas no podía esperar que su madre la ayudara como la ayudó

entonces.

¿Con quién más podía contar?

Con el padre de la criatura no, desde luego. Víctor Martínez era alto, moreno, guapo... y completamente incapaz de cuidar de sí mismo. Era jefe de estudios en la politécnica de Georgia y tenía casi veinte mil alumnos a su cargo, pero ni siquiera era capaz de encontrar un par de calcetines limpios por las mañanas. Habían salido juntos seis meses antes de que él se mudara a su casa, cosa que a ella le había parecido increíblemente impulsiva y romántica hasta que empezaron a convivir realmente. Al cabo de una semana, Faith ya le hacía la colada a Víctor, le recogía la ropa del tinte, le preparaba la comida y limpiaba lo que él ensuciaba. Era como tener que criar a Jeremy otra vez, aunque a su hijo al menos lo podía castigar si no cumplía con sus obligaciones. Un día, Faith acababa de fregar la pila cuando llegó Víctor y le dejó un cuchillo pringado de manteca de cacahuete en el escurridor; fue la gota que colmó el vaso. Si hubiera tenido a mano la pistola en ese momento le habría pegado un tiro.

A la mañana siguiente se fue de su casa.

A pesar de todo, Faith no pudo evitar enternecerse pensando en Víctor mientras cerraba la bolsa de la basura. Esa era otra diferencia entre su hijo y su ex amante: a este no había que pedirle seis veces que sacara la basura. Era una de las tareas que más odiaba Faith, y —por ridículo que pueda parecer— sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas mientras pensaba que tenía que sacar la basura, bajar con la bolsa por las escaleras y tirarla en el contenedor.

Alguien llamó a la puerta: tres golpes cortos y luego el timbre.

Se enjugó las lágrimas de camino a la puerta; tenía las mejillas tan húmedas que tuvo que usar la manga. Todavía llevaba encima la pistola, así que no se molestó en mirar por la mirilla.

—Esto sí que es nuevo —dijo Sam Lawson—. Normalmente las mujeres lloran cuando me voy, no cuando llamo a su puerta.

—¿Qué quieres, Sam? Es tarde.

—¿No vas a invitarme a entrar? —preguntó moviendo las cejas—. Lo estás deseando.

Faith estaba demasiado cansada para discutir, así que se dio media vuelta

y le invitó a seguirla hasta la cocina. Había estado saliendo unos años con Sam Lawson, pero ya ni siquiera sabía qué había visto en él. Bebía demasiado, estaba casado, no le gustaban los críos. Le resultaba cómodo y sabía cuándo marcharse, lo cual significaba que se iba en cuanto había cumplido su función.

Vale, ahora ya recordaba qué era lo que había visto en él.

Sam se sacó el chicle de la boca y lo tiró a la basura.

—Me alegro de haber tropezado hoy contigo. Tengo que contarte algo.

Faith se preparó para escuchar las malas noticias.

—Tú dirás.

—Ya no bebo. Llevo un año completamente sobrio.

—¿Has venido a hacer las paces?

Sam se echó a reír.

—Por Dios, Faith. Debes de ser la única persona en mi vida a la que no he dejado tirada.

—Solo porque yo te di la patada antes de que tuvieras ocasión —replicó Faith cerrando la bolsa de la basura de un tirón.

—Esa bolsa se va a romper.

No había terminado la frase cuando el plástico se rajó.

—Mierda —masculló Faith.

—¿Quieres que...?

—Puedo sola.

Sam se inclinó sobre el mostrador.

—Me encanta observar a una mujer haciendo las tareas del hogar.

Faith lo fulminó con la mirada.

Sam sonrió de nuevo.

—Creo que hoy en Rockdale te has despachado a gusto.

Faith blasfemó mentalmente al recordar que Max Galloway todavía no les había enviado los informes relativos a la escena del crimen. Estaba tan furiosa que no había estado pendiente, y no estaba dispuesta a permitir que volviera a salirle con que todo era mera rutina.

—Faith, te estoy hablando.

—La policía de Rockdale colabora sin reservas en la investigación —

respondió sin salirse de lo acordado.

—Es la hermana la que debería preocuparte. ¿Has visto las noticias? Joelyn Zabel va por ahí culpando a tu compañero de la muerte de su hermana.

Aquello era algo que no pensaba permitir.

—Lee el informe de la autopsia.

—Ya lo he leído —replicó Sam. Faith imaginó que Amanda había filtrado el informe a ciertas personas para que divulgaran su contenido lo antes posible—. Jacquelyn Zabel se suicidó.

—¿Le has dicho eso a la hermana? —le preguntó Faith.

—A ella no le importa la verdad.

Faith le miró con ironía.

—Como a la mayoría.

El periodista encogió los hombros.

—Ya consiguió lo que quería de mí. Ahora prefiere salir en televisión.

—El *Atlanta Beacon* no es lo suficientemente bueno para ella, ¿eh?

—¿Por qué te pones tan borde conmigo?

—No me gusta tu trabajo.

—A mí tampoco me enloquece el tuyo, ¿sabes? —Se fue hacia el armario del fregadero para sacar una bolsa de basura—. Métela dentro de otra bolsa.

Faith cogió una nueva bolsa y trató de no pensar en lo que Pete había hallado durante la autopsia.

—¿Qué dice él? Me refiero a tu compañero, Trent —preguntó Sam con aire distraído mientras volvía a guardar el paquete de bolsas en el armario.

—El departamento de relaciones públicas te dará la información que necesites.

No era de los que aceptaban un no por respuesta.

—Francis me dijo que Galloway le ha dejado hoy a la altura del betún. Me lo ha pintado como un gorila con pocas luces.

La agente se olvidó por un momento de la basura.

—¿Quién es Francis?

—Fierro.

Mentalmente Faith se regodeó en lo afeminado del nombre.

—Y tú vas y publicas lo que te dice ese capullo sin molestarte en

contrastar la información con alguien que te contaría la verdad.

Se apoyó en el mostrador de la cocina.

—Afloja un poco, ¿quieres? Me limito a hacer mi trabajo.

—¿Te dejan poner excusas en Alcohólicos Anónimos?

—No publiqué lo del asesino del riñón.

—Porque se demostró que no era verdad antes de que lo hicieras.

Se echó a reír.

—No hay manera de colarte un farol —dijo observándola mientras forcejeaba con la basura para meterla en la segunda bolsa—. Dios, cómo te he echado de menos.

Faith le fulminó con la mirada, pero sus palabras no le dejaron indiferente. Sam había sido su salvavidas durante muchos años; podía recurrir a él cuando de verdad lo necesitaba, pero no la agobiaba con sus atenciones.

—No he publicado nada sobre tu compañero —le dijo.

—Gracias.

—Pero ¿qué es lo que pasa con Rockdale? Es evidente que van a por vosotros.

—Tienen más interés en dejarnos en evidencia que en encontrar al tipo que secuestró a esas mujeres.

—Faith no se paró a pensar en que estaba verbalizando los sentimientos de Will—. Sam, es algo terrible. He visto a una de ellas con mis propios ojos. Ese asesino... quienquiera que sea...

Tardó demasiado en darse cuenta de con quién estaba hablando.

—*Off the record* —dijo él.

—Nada es *off the record*.

—Por supuesto que sí.

Faith sabía que era sincero. En el pasado le había contado secretos que él había guardado celosamente. Cosas relacionadas con algunos de sus casos. Secretos sobre su madre, una buena policía que había perdido su trabajo porque habían pillado a algunos de sus detectives metiendo la mano en alijos de droga. Sam jamás había publicado nada de lo que Faith le había contado, y por eso debía confiar en él ahora. Pero no podía, porque no se trataba solo de ella, también concernía a Will. Puede que en ese momento odiara a su

compañero por ser tan pusilánime, pero por nada del mundo iba a dejar que nadie le cuestionara.

—¿Qué te pasa, nena?

Faith miró la bolsa de basura rasgada que tenía a sus pies, sabiendo que si levantaba la vista él podría leerlo todo en su cara. Recordó el día en que descubrió que a su madre la habían expulsado del cuerpo. Evelyn no quiso que nadie la consolara; prefirió que la dejaran sola, y su hija se sintió igual hasta que apareció Sam, que se había colado en su casa exactamente igual que ahora. Al sentir sus brazos alrededor de su cuerpo, Faith se desmoronó y rompió a llorar como un bebé.

—¿Nena?

Ella abrió la bolsa nueva de una sacudida.

—Estoy cansada, de mal humor y parece que no te enteras de que no voy a darte ningún titular.

—No quiero un titular. —El tono de Sam había cambiado. Faith alzó la vista para mirarle, sorprendida al ver una sonrisa bailando en sus labios—. Estás...

Se le vinieron a la cabeza muchas formas de terminar la frase: hinchada, sudorosa, como una ballena.

—Preciosa —dijo Sam para sorpresa de ambos. Nunca había sido muy proclive al halago, y desde luego Faith no estaba acostumbrada a escucharlos.

Salió de detrás del mostrador y se acercó a ella.

—Te veo distinta —dijo tocándole el brazo. La rugosidad de su palma hizo que una oleada de calor y de deseo recorriera todo el cuerpo de ella—. No sé, pareces tan...

Estaba muy cerca y miraba fijamente sus labios, como si quisiera besarlos.

—Oh —exclamó Faith—. No, Sam.

Se apartó bruscamente. Ya le había pasado con su primer embarazo: a los hombres les daba por tirarle los tejos, por decirle que estaba preciosa, aunque tuviera la barriga tan grande que no podía ni atarse los cordones de los zapatos. Debían de ser las hormonas, las feromonas, o algo así. Con catorce le daba un poco de grima, pero ahora, con treinta y tres, simplemente le

molestaba.

—Estoy embarazada.

Sus palabras quedaron flotando entre los dos como un globo de plomo. Faith cayó en la cuenta entonces de que era la primera vez que las pronunciaba en alto.

Sam intentó quitarle hierro al asunto haciendo una broma.

—Vaya, y ni siquiera he tenido que quitarme los pantalones.

—Lo digo en serio. Estoy embarazada.

—¿Y eso...? —A Sam parecía costarle encontrar las palabras—. ¿El padre?

Faith pensó en Víctor; aún tenía calcetines suyos en el cubo de la ropa sucia.

—No lo sabe.

—Deberías decírselo. Tiene derecho a saberlo.

—¿Desde cuándo eres el más indicado para decidir lo que es moral o inmoral en una relación?

—Desde que mi mujer se sometió a un aborto sin decirme nada. —Sam se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. Levantó los suyos—. Gretchen pensaba que no estaba preparado. Probablemente tenía razón, pero aún así...

Faith se mordió la lengua. Pues claro que Gretchen tenía razón: hasta un dingo le habría sido de más ayuda para criar a un hijo.

—¿Fue mientras salías conmigo?

—Después —respondió Sam bajando la vista. Apretó el brazo de Faith y recorrió con los dedos el cuello de su blusa—. Todavía no había tocado fondo.

—No estabas en situación de tomar una decisión responsable.

—Todavía estamos intentando entender lo que pasó.

—¿Por eso estás aquí?

Sam la besó apasionadamente. Faith sintió la aspereza de su barba y el sabor de la canela del chicle que había estado mascando. La subió encima del mostrador y sus lenguas se entrelazaron. A Faith no le desagradó, y cuando las manos de Sam se deslizaron por sus muslos y le subieron la falda no se

resistió. De hecho le ayudó, aunque probablemente no debería haberlo hecho, porque eso precipitó el final de manera innecesaria.

—Perdona —se disculpó Sam meneando la cabeza y casi sin aliento—. No pretendía... Yo solo...

A Faith le daba igual. Pese a que con los años había logrado quitárselo de la cabeza, por lo visto su cuerpo recordaba cada centímetro del de Sam. Era tan condenadamente agradable volver a estar en sus brazos, volver a sentir la cercanía de alguien que lo sabía todo de su familia, de su trabajo y de su pasado... incluso aunque ese cuerpo no le sirviera de mucho ahora mismo.

Faith besó sus labios con mucha ternura.

—No pasa nada.

Sam se apartó. Estaba demasiado avergonzado para darse cuenta de que no importaba.

—Sammy...

—Todavía no le he cogido el tranquillo a esto de estar sobrio.

—No pasa nada —repitió Faith, e intentó besarle de nuevo.

Él se apartó bruscamente, mirando por encima de su hombro para no mirarla a los ojos.

—¿Quieres que...? —dijo, señalando su entrepierna sin demasiada convicción.

Faith exhaló un profundo suspiro. ¿Por qué todos los hombres de su vida la decepcionaban siempre? Dios sabía que sus expectativas no eran muy altas.

Sam miró su reloj.

—Gretchen debe de estar esperándome. Últimamente estoy trabajando hasta tarde.

Faith se rindió y apoyó la cabeza en el armario que tenía detrás. Pero aún podía sacar partido de aquella situación.

—¿Te importa llevarte la basura al salir?

Capítulo doce

—Maldita sea —murmuró Pauline, e inmediatamente se preguntó por qué no lo gritaba a voz en cuello—. ¡Joder! —aulló, con todas sus fuerzas.

Agitó las manos, sujetas con esposas, y tiró con fuerza, pese a que sabía que no le serviría de nada. Era como si la hubieran metido en la cárcel: las esposas estaban fuertemente atadas a un cinturón de cuero, de modo que aunque lograra doblar su cuerpo hasta hacerlo una bola no podía ni tocarse la barbilla con la punta de los dedos. Tenía los pies encadenados y los gruesos eslabones tintineaban a cada paso que daba. Había practicado tanto el yoga que podía ponerse los pies detrás de la cabeza pero ¿de qué le servía? ¿Para qué demonios servía la postura del arado cuando era tu vida lo que estaba en juego?

La venda que le cubría los ojos solo empeoraba las cosas, aunque había logrado desplazarla un poco frotando su cara contra los bloques de cemento situados a lo largo de una de las paredes. Estaba muy apretada. Milímetro a milímetro, había conseguido aflojarla, aunque para ello había tenido que despellejarse media cara. La habitación estaba a oscuras, pero Pauline sentía que había avanzado algo, que estaría preparada cuando la puerta se abriera y pudiera ver algo de luz por debajo de la venda.

Pero de momento, todo estaba a oscuras. Oscuridad era todo cuanto podía ver. No había ventanas, ni luz, ni nada que pudiera servirle para medir el paso del tiempo. Pensándolo bien, aunque no podía verlo, bien podía ser que alguien la estuviera vigilando, o grabándola, o peor aún, que se estuviera

volviendo loca. Qué demonios, ya estaba empezando. Estaba empapada en sudor. Las gotas brotaban de su cuero cabelludo y le hacían cosquillas al deslizarse por la nariz. Resultaba enloquecedor, y la maldita oscuridad lo hacía aún más difícil.

A Felix le gustaba la oscuridad. Le encantaba que se metiera en la cama con él y le contara cuentos. Le gustaba esconderse entre las sábanas y taparse la cabeza con la manta. Quizá le había mimado demasiado cuando era más pequeño. Nunca le permitía irse a donde ella no pudiera verlo. Le daba miedo que alguien lo secuestrara, que alguien se diera cuenta de que en realidad ella no debería ser madre, de que no estaba capacitada para amar a un niño de la forma en que necesita ser amado. Pero lo quería: adoraba a su hijo. Lo quería tanto que pensar en él era lo único que le impedía hacerse una bola, enrollarse las cadenas alrededor del cuello y suicidarse.

—¡Socorro! —gritó, sabiendo que no serviría de nada. Si alguien pudiera oírla la habrían amordazado.

Unas horas antes había recorrido la habitación y calculado que debía de medir unos seis metros de largo por un poco más de cuatro. Una de las paredes estaba hecha de bloques de cemento, las demás de yeso, y había también una puerta metálica que estaba cerrada por fuera. En un rincón había un colchón de vinilo y un cubo con tapa para hacer sus necesidades. El cemento estaba frío bajo sus pies desnudos. Se oía un zumbido que venía de la habitación de al lado: un calentador de agua, algo mecánico. Estaba en un sótano, bajo tierra, y eso le hacía sentir pavor. Odiaba estar bajo tierra. Ni siquiera dejaba el coche en el garaje cuando iba a la oficina, hasta ese punto lo detestaba.

Dejó de caminar y cerró los ojos.

Nadie aparcaba en su sitio, justo al lado de la puerta. A veces salía a que le diera un poco el aire y se acercaba hasta la puerta del garaje para asegurarse de que su plaza estaba vacía. Podía leer el letrero desde la calle: PAULINE MCGHEE. Dios, lo que tuvo que batallar con la empresa que pintaba los rótulos para que pusieran esa «c» en minúscula. A alguien le había costado el puesto, pero a ella le daba igual, porque quien fuera no había sabido hacer su trabajo.

Si descubría que alguien había aparcado en su sitio llamaba al encargado para que lo sacara con la grúa. Porsche, Bentley, Mercedes... a Pauline le daba igual. Se había ganado a pulso esa puñetera plaza. Y aunque no la usara, no iba a permitir que nadie más lo hiciera.

—¡Sáquenme de aquí! —gritó, y sacudió los brazos, intentando deshacerse del cinturón. Pero era muy grueso, se parecía a los que llevaba su hermano en los años setenta. Tenía una doble fila de agujeros y dos dientes en la hebilla. El metal parecía recubierto de cera, y sabía que los dientes estaban soldados. No podía recordar cuándo había ocurrido, pero sabía de sobra qué tacto tenía un cinturón soldado.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Que alguien me ayude!

Nada. Nadie venía a ayudarla. Nadie respondía. El cinturón se le clavaba en la piel y le hacía daño en las caderas. Si no estuviera tan asquerosamente gorda podría escabullirse tranquilamente.

«Agua», pensó. ¿Cuándo había bebido por última vez? Podías estar sin comer varias semanas, incluso meses, pero no sin beber. Podías aguantar tres o cuatro días hasta que aparecieran los primeros síntomas: calambres, delirio, fuertes dolores de cabeza. ¿Pensarían darle agua? ¿O iban a dejar que se debilitara para poder hacerle lo que quisieran mientras ella estaba indefensa como un niño?

«Un niño.»

No. No quería pensar en Felix. Morgan cuidaría de él; no permitiría que a su hijo le pasara nada malo. Era un cabrón y un mentiroso, pero cuidaría de Felix, porque en el fondo no era una mala persona. Pauline sabía distinguir a la gente mala, y Morgan Hollister no lo era.

Oyó ruido de pasos a su espalda, al otro lado de la puerta. Se detuvo aguantando la respiración para poder escuchar mejor. Escaleras, alguien estaba bajando por las escaleras. Pese a la oscuridad podía ver las paredes que la rodeaban. ¿Qué era peor: estar sola allí abajo o estar atrapada en compañía de otra persona?

Sabía muy bien lo que venía a continuación. Lo sabía perfectamente. Nunca se conformaba con una sola. Siempre quería dos: cabello oscuro, ojos oscuros y un corazón solitario para poder destrozarlo. Las había mantenido

separadas de momento, pero ahora quería tenerlas a las dos juntas. Enjauladas como dos animales. Forcejeando desesperadamente, como animales.

La primera ficha del dominó estaba a punto de caer, y detrás irían cayendo todas las demás. Una mujer sola, dos mujeres solas, y después...

Oyó una voz que decía: «No-no-no-no», y se dio cuenta de que era su propia voz lo que oía. Se echó hacia atrás y se pegó a la pared; las rodillas le temblaban de tal manera que, de no haberse apretado contra el rugoso bloque de cemento, se habría caído al suelo. Sus manos también temblaban y hacían tintinear la cadena de las esposas.

—No —murmuró, solo una palabra, para no sucumbir al miedo. Era una superviviente. No se había esforzado tanto durante los últimos veinte años para acabar muriendo en un maldito zulo subterráneo.

La puerta se abrió. Vio un foganazo de luz por debajo de la venda.

—Aquí tienes a tu amiga —dijo el hombre.

Oyó algo que caía al suelo y, a continuación, un angustiado suspiro, ruido de cadenas y, por fin, el silencio. Oyó también otro sonido, más suave; un ruido sordo que resonó por toda la habitación.

La puerta se cerró. La luz desapareció. Se oía un ruido sibilante, como de alguien que respiraba con dificultad. A tientas, Pauline encontró el cuerpo del que provenía la respiración. Cabello largo, los ojos vendados, el rostro delgado, senos pequeños y las manos esposadas por delante. La mujer tenía la nariz rota, de ahí el sonido sibilante.

Pero no había tiempo para preocuparse de eso. Registró los bolsillos de su compañera, esperando encontrar algo que las ayudara a salir de allí. Nada. Solo otra persona más que también necesitaría agua y comida.

—Mierda —masculló, y se sentó sobre sus talones, tratando de reprimir las ganas que tenía de ponerse a aullar a pleno pulmón. Sus pies chocaron con algo duro y alargó la mano, recordando que había oído caer algo más.

Pasó las manos por los bordes de la caja de cartón, calculando que mediría unos quince centímetros cuadrados. Pesaba lo menos un par de kilos. Tenía una línea troquelada en uno de los lados, así que presionó el cartón y abrió la caja. En el interior encontró algo resbaladizo.

—¡No! —exclamó.

«Otra vez no.»

Cerró los ojos y notó que una lágrima se escapaba por debajo de la venda. Felix, su trabajo, su Lexus, su vida... Todo se desvaneció cuando sus dedos acariciaron el plástico de las bolsas de basura.

TERCER DÍA

Capítulo trece

Will se había obligado a salir de la cama a las cinco de la mañana, su hora habitual. Había salido a correr con desgana y la ducha no le había espabilado mucho más. Estaba apoyado en el fregadero de la cocina mientras sus cereales se ablandaban en el cuenco cuando *Betty* se puso a lamerle el tobillo para sacarle de su estupor.

Cogió la correa de la perra, que estaba junto a la puerta, y se agachó para engancharla al collar. *Betty* le lamió la mano y él acarició su minúscula cabeza. Salir a la calle con el chihuahua le resultaba muy embarazoso. Era la clase de perro que una joven estrella podía sacar a pasear dentro de un bolso de piel, pero apenas podía seguirle el paso a Will. Para más inri, no levantaba ni quince centímetros del suelo, y cuando fue a comprar la correa la única lo suficientemente larga para que pudiera llevarla con comodidad era de color rosa chillón. En el parque, muchas mujeres atractivas le habían hecho notar que hacía juego con su collar de *strass* justo antes de intentar arreglarle una cita con sus hermanos.

Betty había llegado a su vida como una especie de herencia, cuando su vecino la dejó abandonada un par de años antes. Angie odió a la perra a primera vista y castigó a Will por lo que ambos sabían era la pura verdad: que un hombre que se había criado en un orfanato no iba a arrojar al estanque a un animal abandonado, por muy ridículo que se sintiera cada vez que tenía que sacarlo a pasear.

No era ese el único detalle vergonzoso de su vida con la perra, había

algunos más que ni siquiera Angie conocía. Los horarios de trabajo de Will eran bastante irregulares y a veces, cuando una investigación empezaba a avanzar, apenas tenía tiempo de pasar por casa para cambiarse de camisa. Había puesto el estanque en el jardín para *Betty*, pensando que así podría distraerse viendo nadar a los peces. Los primeros días se dedicaba a ladrarles, pero luego se había olvidado de ellos y prefería quedarse tumbada en el sofá a esperar a Will.

Will sospechaba que en realidad le tomaba el pelo, que se subía corriendo al sofá cuando oía las llaves y fingía haberse pasado todo el tiempo esperándolo allí tumbada cuando en realidad había estado entrando y saliendo por la gatera, jugando con las carpas del estanque y escuchando sus discos.

Se palpó los bolsillos para asegurarse de que llevaba la cartera y el móvil y se colocó la funda de la pistola en el cinturón. Salió de casa y cerró la puerta con llave. De camino al parque, *Betty* llevaba el rabo tieso y lo agitaba alegremente. Will miró la hora en el móvil: había quedado con Faith al cabo de treinta minutos en la cafetería del otro lado del parque. Cuando un caso estaba en pleno apogeo, normalmente prefería encontrarse con ella en la cafetería que pasar a recogerla por su casa. Si Faith había reparado alguna vez en que la cafetería estaba justo al lado de un centro de día para perros llamado Mr. Ladrador había tenido el buen gusto de no mencionarlo.

Cruzaron la calle con el semáforo en rojo; Will iba despacio para que la perra pudiera seguirle el paso, más o menos como con Amanda el día anterior. No sabía qué le preocupaba más, si el caso, en el que seguían sin tener muchas pistas con las que trabajar, o el hecho de que Faith estuviera enfadada con él. No era ni mucho menos la primera vez que ocurría, pero en esta ocasión su enfado tenía un punto de decepción.

Había notado cierta presión por su parte, aunque Faith no hubiera llegado a verbalizarlo. El problema radicaba en que eran dos tipos de policía completamente distintos. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que su falta de agresividad a la hora de encarar el trabajo chocaba frontalmente con el enfoque de Faith, pero lejos de ser una fuente de conflicto, siempre había sido un contraste beneficioso para los dos. Pero ahora ya no estaba tan seguro. Faith quería que se comportara como la clase

de policía que Will detestaba: los que primero sacan los puños y dejan los remordimientos para después. Will odiaba a esos policías, en más de una ocasión había tenido que sacarlos a patadas de un caso. No podías ir por ahí diciendo que eras de los buenos si te comportabas exactamente igual que los malos. Faith no podía ignorar eso: venía de una familia de policías. Pero a su madre la habían expulsado del cuerpo por conducta impropia, así que a lo mejor sí lo sabía y no le importaba.

Él no podía aceptar ese razonamiento. Faith no era solo una buena policía, era una buena persona. Todavía seguía insistiendo en la inocencia de su madre, creía que existía una línea perfectamente definida que separa el bien del mal. Will no podía explicarle sin más que su método era mejor; tendría que descubrirlo por sí misma.

Él nunca había patrullado las calles como Faith, pero se había movido mucho en comunidades pequeñas y había aprendido a fuerza de golpes que era mejor no enfrentarse con la policía local. Por ley, eran los jefes los que solicitaban la ayuda del DIG, no los detectives ni los agentes. Ellos seguían trabajando en sus casos, pensando que podían resolverlos por sus propios medios, y se mostraban hostiles a cualquier interferencia que viniera de fuera. Pero lo más probable era que antes o después necesitaras su colaboración, y si los dejabas en evidencia y no mantenías siquiera un resquicio que les permitiera salvar la cara se dedicaban a sabotear tu trabajo por todos los medios a su alcance sin pensar en las consecuencias.

Lo que había sucedido con la policía de Rockdale era un buen ejemplo. Amanda se había puesto en contra a Lyle Peterson, el jefe superior de policía, en un caso anterior en el que habían tenido que trabajar juntos. Ahora que necesitaban la colaboración del departamento de policía local, Rockdale les estaba sabotando el caso por mediación de Max Galloway, cuya gilipollez rayaba en la negligencia.

Lo que tenía que entender Faith era que los policías no siempre actuaban de forma desinteresada. Tenían su ego, su propio territorio. Eran como animales que iban marcando su terreno: si lo invadías iban a por ti sin importarles lo más mínimo cuántos cadáveres pudieran dejar por el camino. Para algunos no era más que un juego, un juego que tenían que ganar a toda

costa.

Como si pudiera leerle la mente, *Betty* se paró a la entrada del parque Piedmont a hacer sus cosas. Will esperó, recogió las heces y tiró la bolsa en una papelera. Había mucha gente corriendo, unos con perro y otros solos. Corrían en grupo para combatir el frío, pero por el modo en que el sol fundía la niebla Will anticipó que hacia las doce tendría el cuello irritado por el roce de la camisa.

Hacia veinticuatro horas que habían abierto el caso y Faith y Will iban a tener un día muy ajetreado: debían hablar con Rick Sigler, el técnico sanitario que había atendido a Anna en el lugar del accidente; buscar a Jack Berman, el acompañante de Sigler; interrogar a Joelyn Zabel, la odiosa hermana de Jacquelyn. Will sabía que no debía sacar conclusiones precipitadas, pero había visto a la mujer en todos los informativos, tanto locales como nacionales, la noche anterior. Por lo visto le gustaba hablar. Y al parecer le encantaba despotricar. Will se alegró de haber estado en la autopsia el día anterior y de haber podido quitarse de encima el remordimiento por la muerte de Zabel, porque si no, los comentarios de su hermana se le habrían clavado en lo más profundo del alma.

Le hubiera gustado poder registrar la casa de Pauline McGhee, pero seguramente Leo Donnelly se habría opuesto. Tenía que haber algún modo de sortear la cuestión, y si había algo que Will quería hacer ese día era encontrar el modo de meterlo en el caso. Apenas había dormido, se había pasado la noche pensando en Pauline McGhee. Cada vez que cerraba los ojos se le fundían la imagen de la cueva y la de Pauline, y la veía en aquella cama de madera, atada como un animal, mientras él la miraba impotente. Su instinto le decía que algo estaba pasando con ella. Se había escapado una vez hacía veinte años, pero ahora tenía raíces. Felix era un buen chico. Su madre no le abandonaría.

Se rio para sus adentros. Él debería saber mejor que nadie que las madres abandonaban a sus hijos continuamente.

—Vamos —dijo, tirando de la correa de *Betty* para apartarla de una paloma que era casi tan grande como ella.

Se metió la mano en el bolsillo para calentarse sin dejar de pensar en el

caso. Will no era tan idiota como para adjudicarse todo el mérito de los arrestos que había llevado a cabo. De hecho, la mayor parte de los delincuentes eran bastante idiotas. La mayoría de los asesinos cometían errores porque por lo general se dejaban llevar por sus impulsos. Se producía una pelea, había un revólver de por medio, los ánimos se exaltaban y, una vez que todo había acabado, la única duda era si el fiscal le acusaría de homicidio en primer o segundo grado.

Sin embargo, los secuestros a manos de un extraño eran diferentes, más difíciles de resolver, sobre todo cuando había más de una víctima. Los asesinos en serie, por definición, eran buenos en su trabajo: sabían de antemano que iban a asesinar a alguien, a quién y cómo iban a hacerlo. Habían practicado sus habilidades una y otra vez y las habían ido perfeccionando. Sabían cómo evitar que los descubrieran, ocultando las pruebas o simplemente no dejándolas. Dar con ellos tenía más que ver con que la policía tuviera un golpe de suerte que con que el asesino se confiara demasiado.

A Ted Bundy lo habían detenido gracias a un control de rutina. Dos veces. A BTK —que firmaba irónicamente sus cartas con dichas iniciales para indicar que le gustaba atar, torturar y matar a sus víctimas (*Bind, torture and kill*)— lo cogieron por un CD que le pasó accidentalmente a su pastor. A Richard Ramírez lo atrapó un ciudadano cuyo coche había intentado robar. A todos ellos les pillaron por casualidad, y tenían ya varios crímenes a sus espaldas cuando los detuvieron. Para la mayoría de los asesinatos en serie pasaban los años, y lo único que podía hacer la policía era esperar a que aparecieran más cadáveres y rezar para que el azar llevara a los criminales ante la justicia.

Will pensó en lo que sabían de su hombre: un sedán blanco a toda velocidad por la carretera, una cámara de tortura en mitad de la nada, unos testigos bastante mayores que no habían podido aportar nada útil. Jake Berman podía ser una pista, pero igual no lo encontraban nunca. Rick Sigler estaba limpio como una patena, salvo por los dos meses de hipoteca que debía, cosa que no era de extrañar dado el mal momento que atravesaba la economía. Los Coldfield eran —según los papeles, al menos— un

matrimonio de jubilados absolutamente ejemplar. A Pauline McGhee le preocupaba su hermano, pero su preocupación podía deberse a motivos que nada tenían que ver con el asunto. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que Pauline tuviera algo que ver con su caso.

Las pruebas físicas eran igualmente endebles. Las bolsas de basura que encontraron dentro del cuerpo de las víctimas eran comunes y corrientes, como las que se pueden comprar en cualquier tienda. A los objetos encontrados en la cueva, desde la batería de barco hasta los instrumentos de tortura, tampoco podían seguirles la pista. Había muchas huellas y fluidos que podían compararse con sus bases de datos, pero no había saltado ninguna coincidencia. Los depredadores sexuales eran muy astutos e imaginativos. Casi el ochenta por ciento de los crímenes que se resolvían gracias al ADN eran principalmente robos, no asesinatos. Un cristal roto, un cuchillo de cocina manejado con torpeza, una barra de cacao que se caía de un bolsillo; todo ello conducía directamente al ladrón, que por lo general ya tenía una larga lista de antecedentes. Pero en una violación a manos de un extraño, donde la víctima no había tenido contacto previo con el asaltante, era como buscar una aguja en un pajar.

Betty se detuvo para olisquear unas hierbas junto al lago. Will alzó la vista y vio a una corredora que se dirigía hacia ellos. Llevaba mallas negras, una chaqueta de color verde fluorescente y el cabello recogido bajo una gorra qa juego. Iba flanqueada por dos galgos grises que llevaban la cabeza erguida y el rabo tieso; unos perros muy bonitos, elegantes, fuertes y con las patas largas. Exactamente igual que su dueña.

—Mierda —murmuró Will cogiendo a *Betty* en brazos y escondiéndola a su espalda.

Sara Linton se detuvo a unos metros de distancia y los perros se pararon también como comandos bien adiestrados. Will solo había podido enseñar a *Betty* a comer.

—Hola —dijo Sara visiblemente sorprendida. Al ver que no respondía, preguntó—: Eres Will, ¿no?

—Hola —dijo él mientras *Betty* le lamía la palma de la mano.

Sara se quedó mirándole.

—¿Es un chihuahua eso que tienes ahí detrás?

—No, es que me alegro de verte.

Un poco confusa, Sara le sonrió; él, algo reticente, le mostró a *Betty*.

Los perros se saludaron y se olisquearon mutuamente, y Will se preparó para oír la pregunta habitual.

—¿Es de tu mujer?

—Sí —mintió—. ¿Vives por aquí?

—En Milk Lofts, pasada la avenida Norte.

Vivía a menos de dos manzanas de su casa.

—No te pega vivir en un loft.

Sara se quedó algo confundida de nuevo.

—¿Y qué me pega?

Will nunca había sido muy ducho en el arte de la conversación, y desde luego no sabía cómo expresar lo que, según él, le iba bien a Sara Linton; no sin quedar como un idiota, al menos.

Se encogió de hombros y dejó a *Betty* en el suelo. Los perros de Sara se alborotaron un poco y ella chasqueó la lengua una sola vez para llamarles al orden.

—Será mejor que me vaya —dijo Will—. He quedado con Faith en la cafetería al otro lado del parque.

—¿Te importa si te acompaño?

—preguntó sin esperar respuesta. Los perros se levantaron y Will cogió a *Betty* para ir más deprisa. Sara era alta, casi tan alta como él. Intentó calcularlo sin que se notara demasiado. Angie casi podía apoyar la barbilla en su hombro si se ponía de puntillas, y Sara podría hacerlo sin demasiado esfuerzo. Podría acercarle la boca a la oreja si quisiera hacerlo.

—He estado pensando en lo de las bolsas de basura —dijo ella mientras se quitaba la gorra y se apretaba la coleta.

Will la miró de soslayo.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Es un mensaje muy potente.

A Will no se le había ocurrido que pudieran ser un mensaje; más bien un horror.

—Cree que sus víctimas son basura.

—Y lo que les hace: privarlas de sus sentidos. —Will la miró de nuevo—. Quedaos ciegas, sordas y mudas ante la maldad.

Will asintió, preguntándose por qué no se le habría ocurrido mirarlo de esa manera.

—Me he estado preguntando si podría haber un cierto componente religioso en todo esto. En realidad fue algo que dijo Faith la primera noche lo que me llevó a planteármelo. Dios le quitó a Adán una costilla para crear a Eva.

—Vesalius —murmuró Will.

Sara se echó a reír sorprendida.

—No había vuelto a oír ese nombre desde mi primer año en la facultad de medicina.

Will se encogió de hombros, agradeciéndole mentalmente a Dios el haberse tropezado con la semana de los grandes hombres de la ciencia en el canal de historia. Andreas Vesalius era un anatomista que, entre otras cosas, demostró que los hombres y las mujeres tenían el mismo número de costillas; el Vaticano estuvo a punto de meterlo en prisión por su descubrimiento.

—Pero también está el número once —continuó Sara—: once bolsas de basura, la undécima costilla. Tiene que tener alguna relación.

Will se paró.

—¿Qué?

—Las mujeres. Las dos tenían once bolsas de basura en el interior de su cuerpo. Y la costilla que le arrancaron a Anna fue la número once.

—¿Crees que el asesino está obsesionado con el número once?

Sara echó a andar y Will caminó a su lado.

—Si piensas en cómo se manifiestan las conductas compulsivas, como el abuso de sustancias, los desórdenes alimenticios, los trastornos obsesivo-compulsivos en los que un individuo siente la necesidad de comprobar las cosas una y otra vez (si ha dejado la puerta bien cerrada, el horno o la plancha apagados) entonces tiene sentido que un asesino en serie, alguien que siente la necesidad de matar, siga una determinada pauta o, como en este caso, un número específico que tiene un significado para él. Por eso el FBI tiene una

base de datos, para poder comparar los métodos y buscar pautas. Quizá podríais buscar algún hecho significativo que esté relacionado con el número once.

»Ni siquiera estoy segura de si se puede hacer una búsqueda con ese criterio. Lo que se registra en esa base está más relacionado con objetos: cuchillos, navajas, etc. Tiene que ver con lo que hacen, no con cuántas veces lo hacen, a menos que sea algo muy ostensible.

»Deberíais consultar la Biblia. Averiguar si el número once tiene algún significado religioso, de ese modo quizá podríais descubrir cuál es el móvil del asesino. —Sara se encogió de hombros, como si hubiera concluido su exposición, pero añadió—: El próximo es Domingo de Pascua. Eso también podría formar parte de la pauta.

—Once apóstoles —dijo Will.

Ella le miró con extrañeza.

—Tienes razón. Judas traicionó a Jesús, de modo que solo quedaron once apóstoles. Luego hubo uno que vino a reemplazarlo... ¿Dídimo? No me acuerdo. Seguro que mi madre lo sabe. —Sara se encogió de hombros otra vez—. A lo mejor no es más que una pérdida de tiempo.

Will creía firmemente en que las coincidencias eran, por lo general, pistas.

—Es una posibilidad que podemos explorar.

—¿Qué hay de la madre de Felix?

—De momento no es más que un caso de desaparición.

—¿Habéis localizado al hermano?

—La policía de Atlanta lo está buscando.

Will no quería revelarles muchos más datos. Sara trabajaba en el Grady y la policía andaba todo el día entrando y saliendo de urgencias con sospechosos y testigos.

—Ni siquiera estamos seguros de que tenga algo que ver con nuestro caso —añadió.

—Por el bien de Felix espero que no. No puedo siquiera imaginar lo que debe de ser verse abandonado de esa manera, atrapado en uno de esos espantosos hogares del estado.

—Esos sitios no están tan mal —dijo Will en su defensa. Y sin ser consciente de lo que decía añadió—: Yo me crié bajo la tutela del estado.

Sara se quedó tan sorprendida como él, aunque evidentemente por razones bien distintas.

—¿Qué edad tenías?

—Era un crío. —Deseaba retirar sus palabras, pero ya no podía contenerse—. Un bebé. Tenía cinco meses.

—¿Y nunca te adoptaron?

Hizo que no con la cabeza. La cosa empezaba a complicarse y, peor aún, se estaba volviendo muy embarazosa.

—Mi marido y yo... —Sara se quedó mirando al frente, con la vista perdida— ... pensábamos adoptar un niño. Llevábamos mucho tiempo en lista de espera y... —Se encogió de hombros—. Cuando lo mataron fue demasiado para mí.

Will no sabía si debía mostrarse comprensivo, pero en lo único que podía pensar en ese momento era en todos los pícnicos y las barbacoas a las que había tenido que asistir de niño, pensando que después volvería a casa con sus nuevos padres, para acabar volviendo una vez más a su habitación en el orfanato.

Sintió un inconmensurable alivio al oír el estridente claxon del Mini de Faith, que había aparcado de forma completamente ilegal enfrente de la cafetería. Faith se bajó del coche dejando el motor en marcha.

—Amanda quiere vernos en su despacho —dijo saludando a Sara con un gesto de la cabeza—. Joelyn Zabel ha cambiado su cita para la entrevista. Nos va a hacer un hueco entre *Buenos días América* y la CNN. Tendremos que llevar a *Betty* a casa más tarde.

Will se había olvidado de que llevaba a la perra en la mano. Tenía el hocico metido entre los botones de su chaleco.

—Yo me quedo con ella —se ofreció Sara.

—No creo...

—Voy a estar todo el día en casa haciendo la colada —explicó—. Estará bien. Puedes pasar a recogerla cuando termines de trabajar.

—Eso es muy...

Faith parecía más impaciente de lo habitual.

—Dale la perra de una vez, Will —le dijo, y volvió a meterse en el coche mientras él miraba a Sara como disculpándose.

—¿En los Milk Lofts? —le preguntó como si no se acordara.

Sara cogió a *Betty* en brazos y rozó accidentalmente a Will, que notó que tenía los dedos muy fríos.

—¿*Betty*? —preguntó Sara. Will asintió y ella le tranquilizó—. No te preocupes si se te hace tarde. No tengo planes para hoy.

—Gracias.

Sara sonrió, alzando a la perra como en un brindis.

Will cruzó la calle y se subió al coche de Faith. Se alegró de que nadie se hubiera sentado en el asiento del acompañante desde la última vez, pues así no parecería un mono contorsionándose para encajar en un espacio tan pequeño.

Faith se alejó de la acera y salió zumbando de allí.

—¿Qué hacías con Sara Linton?

—Me la he encontrado por casualidad.

Se preguntó por qué estaría tan a la defensiva, lo que le llevó a cuestionarse por qué Faith había adoptado una actitud tan hostil hacia él. Imaginó que aún seguía enfadada por el modo en que se había comportado con Max Galloway el día anterior, y no sabía qué podía hacer salvo distraerla.

—Sara tenía una pregunta, o una teoría, bastante interesante sobre nuestro caso.

Faith se sumó al denso tráfico.

—Me muero por oírla.

Will sabía que no era cierto, pero le explicó la teoría de Sara de todos modos, poniendo especial énfasis en lo del número once y enumerando las demás cuestiones que había planteado.

—El domingo es Pascua —le dijo—. Todo esto podría tener algo que ver con la Biblia.

En honor a la verdad le dio la impresión de que Faith se tomaba la cosa en serio.

—No lo sé —dijo ella finalmente—. Podríamos coger una Biblia de la

comisaría y hacer una búsqueda en el ordenador a ver si encontramos algo sobre el número once. El mundo está lleno de meapilas, y seguro que muchos tienen página web.

—¿En qué libro de la Biblia se cuenta eso de que Dios creó a Eva a partir de una costilla de Adán?

—En el Génesis.

—Eso es la parte vieja, ¿no? No los libros nuevos.

—El Antiguo Testamento. Es el primer libro de la Biblia, el que narra el principio de todo. —Faith lo miró con la misma extrañeza que Sara—. Ya sé que no puedes leer la Biblia, pero ¿nunca has ido a la iglesia?

—Sí que puedo leer la Biblia —le espetó Will. Prefería aguantar sus impertinencias antes que su furia, así que continuó hablando—. Acuérdate de dónde me crié. Separación Iglesia-Estado.

—Oh, no lo había pensado nunca.

Probablemente porque era una mentira como un piano. El orfanato no podía organizar actividades religiosas, pero había voluntarios de todas las parroquias cercanas que todas las semanas fletaban furgonetas para recoger a los niños y llevarlos a la escuela dominical. Will había ido una vez, pero cuando se dio cuenta de que era una escuela de verdad, donde se esperaba de ti que leyeras las lecciones, decidió no volver más.

—¿Nunca has ido a la iglesia? ¿De verdad? —insistió Faith.

Will mantuvo la boca cerrada pensando que había sido una estupidez abrir esa puerta.

Faith aminoró la velocidad al ver el semáforo en rojo.

—Creo que nunca había conocido a nadie que no haya pisado una iglesia —murmuró Faith.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Es que se me hace raro.

Will miró distraídamente por la ventanilla pensando que nunca había conocido a nadie que, antes o después, no le hubiera llamado raro. El semáforo se puso en verde y el Mini siguió su camino. El edificio del lado este de la alcaldía estaba a cinco minutos en coche del parque. Esa mañana el trayecto se le estaba haciendo eterno.

—Aun suponiendo que Sara tuviese razón, ya lo está haciendo otra vez, ya está intentando meterse en nuestro caso.

—Es forense. O lo era, al menos. Atendió a Anna en el hospital. Es normal que quiera saber qué está pasando.

—Es la investigación de un asesinato, no un episodio de *Gran Hermano* —replicó Faith—. ¿Sabe dónde vives?

Will no se había planteado esa posibilidad, pero él no era tan paranoico como Faith.

—¿Cómo iba a saberlo?

—A lo mejor te ha seguido hasta allí.

Will se echó a reír, pero dejó de hacerlo cuando vio que Faith se había puesto seria.

—Vive prácticamente al lado. Ha salido a correr con sus perros, nada más.

—Mucha coincidencia me parece a mí.

Will meneó la cabeza, exasperado. No iba a permitir que le hiciera pagar a Sara Linton los problemas que tenía con él.

—Tenemos que acabar con esto de una vez, Faith. Sé que estás enfadada conmigo por lo de ayer, pero para poder sacar algo en claro de esta entrevista tenemos que trabajar en equipo.

Faith aceleró en cuanto se abrió el semáforo.

—Es que somos un equipo.

A pesar de ello no hablaron mucho durante el resto del corto trayecto. Faith no se decidió a abrir la boca hasta que llegaron a su destino, ya dentro del ascensor.

—Llevas la corbata torcida.

Will se arregló el nudo. Sara Linton debía de haberse llevado una mala impresión.

—¿Mejor ahora?

Su compañera estaba enredando con su BlackBerry, pese a que allí dentro no había cobertura. Lo miró de refilón y asintió antes de volver a concentrarse en el aparato.

Will estaba pensando en algo que decir cuando se abrieron las puertas.

Amanda les estaba esperando junto a la puerta, comprobando su correo igual que Faith, aunque ella tenía un iPhone. Will se sentía como un idiota con las manos vacías, exactamente igual que cuando vio aparecer a Sara con sus impresionantes perros y tuvo que coger a *Betty* en la mano como si fuera un carrete de hilo.

Amanda siguió comprobando su correo mientras les hablaba en tono distraído de camino a su despacho.

—Ponedme al día.

Faith enumeró en voz alta todo lo que sabían, que era prácticamente nada. Mientras tanto, la jefa continuó mirando su correo, caminando y haciendo como que escuchaba a Faith mientras le contaba lo que seguramente ya habría leído en el informe.

Will no era lo que se dice un fan de la multitarea, más que nada porque a su modo de ver era media-tarea. Era humanamente imposible prestar toda tu atención a dos cosas al mismo tiempo. Como para confirmar su teoría Amanda levantó la cabeza y dijo:

—¿Qué?

Faith repitió lo que acababa de decir.

—Linton cree que el asunto podría tener un trasfondo religioso.

Amanda dejó de caminar. Dejó su iPhone para centrarse en lo que le estaban contando.

—¿Por qué?

—Undécima costilla, once bolsas de basura y el Domingo de Pascua para rematar la semana.

Amanda volvió a coger su iPhone y habló mientras enredaba con la pantalla táctil.

—He avisado a los del departamento jurídico para que estén presentes en la entrevista con Joelyn Zabel. Ha venido con su abogado, así que he pedido que nos manden a tres de los nuestros. Tenemos que actuar como si el mundo entero nos estuviera mirando, porque estoy segura de que cualquier cosa que le digamos será gritada a los cuatro vientos. —Los miró a los dos muy significativamente—. Seré yo quien lleve la voz cantante. Vosotros podéis hacer las preguntas que consideréis oportunas, pero sin improvisar.

—No vamos a sacarle nada a Zabel —dijo Will—. Contando solo a los abogados, ya tenemos a cuatro personas en la habitación. Más los tres aquí presentes, siete, y ella como protagonista absoluta, sabiendo que las cámaras la estarán esperando a la salida. Tenemos que anotarnos este tanto.

Amanda volvió a concentrarse en su iPhone.

—¿Y tu brillante idea para conseguirlo es...?

No se le ocurría nada.

—A lo mejor podemos reunirnos con ella después de que hable con las televisiones, cogerla por banda en su hotel, lejos de la prensa y todo ese barullo —acertó a decir.

Amanda no tuvo la cortesía de levantar la cabeza.

—Y a lo mejor me toca la lotería. A lo mejor te conceden el ascenso. ¿Ves adónde nos lleva el «a lo mejor»?

La frustración y la falta de sueño se le vinieron encima de golpe.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? ¿Por qué no se ocupa usted de Zabel y nos deja continuar haciendo algo más útil que darle más material para su futuro libro?

Por fin, Amanda alzó la vista de su iPhone y se lo ofreció a Will.

—No sé qué pensar, agente Trent. ¿Por qué no lee esto y me dice qué le parece?

De repente su vista se agudizó y empezaron a pitarle los oídos. Amanda sujetaba el iPhone con dos dedos. Había palabras en la pantalla, eso era todo cuanto podía decir. Will notó el sabor de la sangre en la boca; se estaba mordiendo la lengua. Alargó la mano para coger el iPhone pero Faith se le adelantó.

—«En la Biblia, el once suele representar un juicio o una traición... En un principio los mandamientos eran once, pero los católicos fusionaron los dos primeros y los protestantes hicieron lo mismo con los dos últimos para dejarlos en diez. —Utilizó el *scroll* para poder continuar leyendo—. Los filisteos le pagaron a Dalila mil cien monedas de oro a cambio de que esta les entregara a Sansón. Jesús contó once parábolas mientras se dirigía a Jerusalén, donde encontraría la muerte. La Iglesia católica acepta como canónicos once de los libros incluidos entre los evangelios apócrifos.»

Faith le devolvió el móvil a Amanda.

—Podríamos seguir haciendo esto todo el día. El 11 de septiembre de 2001 el vuelo 11 se estrelló contra una de las Torres Gemelas, que también podían parecer un 11. El *Apolo XI* fue el primero en llegar a la luna. La Primera Guerra Mundial acabó el día once del undécimo mes. Y tú te mereces un undécimo círculo en el infierno por lo que acabas de hacerle a Will.

Amanda sonrió y se guardó el móvil en el bolsillo.

—Recordad las normas, niños —les dijo mientras avanzaba por el pasillo.

Will no sabía si se refería a la normas que tenían que ver con su cargo o a las que les había dado sobre la entrevista con Joelyn Zabel. De todos modos no había tiempo para reflexionar, porque Amanda cruzó a toda prisa la antesala de su despacho y abrió la puerta. Una vez hechas las presentaciones se fue hacia su escritorio y tomó asiento. Su despacho era, lógicamente, el más grande del edificio, con una superficie similar a la de la sala de juntas que había en la planta donde estaban los despachos de Will y Faith.

Joelyn Zabel y un hombre que no podía ser más que su abogado ocuparon los asientos destinados a las visitas. Tras la mesa de Amanda había dos sillas vacías que, según dedujo Will, debían de ser para ellos. Los abogados del departamento jurídico estaban sentados en un sofá al fondo de la habitación, los tres juntitos, vestidos como era de rigor: con traje negro y discreta corbata de seda. El abogado de Joelyn Zabel llevaba un traje azul tiburón, cosa que a Will le pareció de lo más apropiada dado que hacía juego con su sonrisa.

—Gracias por venir —dijo Faith estrechando la mano de Joelyn antes de tomar asiento.

Joelyn Zabel se parecía mucho a su hermana, solo que con algunos kilos más. No es que fuera gorda, pero tenía las caderas bien redondeadas, mientras que Jacquelyn era tan flaca que casi parecía un chico. Will percibió el olor del tabaco impregnado en su piel cuando le estrechó la mano.

—Lamento mucho su pérdida —le dijo.

—Trent —dijo ella—. Fue usted quien la encontró.

Will trató de no apartar la vista para no alimentar los remordimientos que sentía por no haber encontrado a tiempo a la hermana de aquella mujer. Lo

único que se le ocurrió en ese momento fue repetir una vez más:

—Lamento mucho su pérdida.

—Sí —le espetó ella—, ya lo he oído.

Will se sentó al lado de Faith y Amanda batió palmas como una maestra de parvulario para llamar la atención de sus alumnos. Apoyó la mano sobre una carpeta de papel manila que, supuso Will, debía de contener el resumen de la autopsia. Habían dado instrucciones a Pete para que omitiera el detalle de las bolsas de basura. Teniendo en cuenta el idilio que el departamento de policía de Rockdale mantenía con la prensa, se estaban quedando sin información confidencial que pudieran utilizar como conocimiento culpable con los futuros sospechosos.

—Señora Zabel —comenzó Amanda—, entiendo que ha tenido ya ocasión de leer el informe de la autopsia, ¿me equivoco?

El abogado habló por ella.

—Voy a necesitar una copia para mis archivos, Mandy.

Amanda le sonrió con la frialdad de un tiburón todavía mayor.

—Por supuesto, Chuck.

—Genial, así que ya se conocían. —Joelyn se cruzó de brazos, sus hombros estaban muy tensos—. ¿Le importaría explicarme qué coño están haciendo ustedes para encontrar al asesino de mi hermana?

Amanda continuó sin perder la sonrisa.

—Estamos haciendo cuanto está en nuestra mano para...

—¿Tienen ya algún sospechoso? Quiero decir, joder, ese tipo es un animal.

Amanda no respondió, lo que Faith interpretó como una señal para que interviniera.

—Estamos de acuerdo con usted. El que le hizo eso a su hermana es un animal. Precisamente por eso necesitamos que usted nos hable de ella. Necesitamos saber cómo era su vida, quiénes eran sus amigos, cuáles eran sus costumbres.

Joelyn bajó la mirada por un momento, se sentía culpable.

—No tenía mucho trato con ella. Las dos estábamos siempre muy ocupadas y ella vivía en Florida.

Faith trató de suavizar un poco las cosas.

—Vivía en la zona de la bahía, ¿verdad? Debe de ser un lugar muy agradable. Y una buena excusa para hacer una escapadita y ver a la familia.

—Sí, bueno, eso habría estado muy bien, pero la muy zorra nunca me invitó.

Su abogado le acarició el brazo como para recordarle que mantuviera la compostura. Will había visto a Joelyn Zabel en las principales cadenas de televisión gimoteando por la trágica muerte de su hermana delante de todos los periodistas que la habían entrevistado. No había visto ni una sola lágrima en sus ojos, aunque hacía todos los gestos que hace una persona cuando llora: suspirar, limpiarse los ojos, mecer el cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Pero ahora no hacía ni siquiera eso. Por lo visto necesitaba estar delante de una cámara para sentir dolor. Y al parecer su abogado no le iba a dejar interpretar otro papel que el de angustiada hermana de la difunta.

Joelyn suspiró, aunque siguió sin verter una sola lágrima.

—Yo quería mucho a mi hermana. Mi madre acaba de ingresar en una residencia. Puede que no le queden más de seis meses y le sucede esto a su hija. La pérdida de un hijo es algo devastador.

Faith intentó colarle alguna pregunta más.

—¿Tiene usted hijos?

—Cuatro —dijo muy orgullosa.

—¿Jacquelyn no tenía...?

—Joder, no. Abortó tres veces antes de cumplir los treinta. Le daba pánico engordar. ¿Se lo pueden creer? La única razón por la que se deshizo de ellos fue conservar su puta figura. Y entonces se plantó al borde de los cuarenta y le entraron las prisas por ser madre.

Faith disimuló su sorpresa perfectamente.

—¿Estaba intentando quedarse embarazada?

—¿No me ha oído cuando le he contado lo de los abortos? Puede comprobarlo, no le he mentado en eso.

Will tenía asumido que cuando una persona insistía mucho en que no estaba mintiendo sobre un asunto en particular era porque estaba mintiendo en relación con otra cosa. Averiguar en qué mentía les daría la clave para

poder manejar a Joelyn Zabel. No daba la impresión de ser una persona muy cautelosa, y seguro que querría alargar cuanto le fuera posible sus diez minutos de fama.

—¿Buscaba Jackie una madre de alquiler? —le preguntó Faith.

Joelyn se percató de la importancia que tenían sus palabras. De repente, todos la escuchaban con atención. Se tomó su tiempo para responder.

—Una adopción.

—¿Privada? ¿Pública?

—Y yo qué coño sé. Tenía mucho dinero. Estaba acostumbrada a comprar todo lo que se le antojaba. —Joelyn se agarraba con fuerza a los brazos de la silla y Will se percató de que habían tocado un tema del que le gustaba hablar—. Esa es la verdadera tragedia aquí: no poder ver cómo adopta a algún marginado para que acabe robándole o volviéndose esquizofrénico por su culpa.

Will notó que Faith se ponía en guardia y tomó el relevo.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su hermana?

—Hace cosa de un mes. Me soltó un sermón sobre la maternidad, como si supiera de qué estaba hablando. Me habló de adoptar a un niño chino o ruso, o no sé qué. Ya saben, algunos de esos niños acaban siendo unos asesinos. Abusan de ellos y eso les trastorna. Nunca están del todo bien.

—Hemos visto muchos casos, sí. —Will meneó la cabeza con aire compungido, como si fuera una tragedia de lo más común—. ¿Y había hecho algún progreso? ¿Sabe con qué agencia estaba tramitando la adopción?

Joelyn empezó a mostrarse reticente cuando le pidió más detalles.

—Jackie no hablaba mucho de sus cosas. Protegía su intimidad de forma verdaderamente obsesiva. —Inclinó la cabeza hacia los abogados del estado, que hacían todo lo posible por mimetizarse con el mobiliario—. Sé que estos idiotas que están ahí sentados no van a dejar que se disculpe, pero al menos podía reconocer que la cagó bien cagada.

Amanda se apresuró a intervenir.

—Señora Zabel, la autopsia demuestra...

Joelyn se encogió de hombros con expresión beligerante.

—Lo que demuestra es lo que ya sabía: que ustedes estaban ahí como

pasmarotes sin hacer absolutamente nada mientras mi hermana se moría.

—Puede que no haya leído el informe con la debida atención, señora Zabel. —Amanda hablaba en tono suave, precisamente la clase de tono que había utilizado en el pasillo justo antes de humillar a Will—. Su hermana se quitó la vida.

—Únicamente porque ustedes no movieron un puto dedo para ayudarla.

—¿Es usted consciente de que estaba ciega y sorda? —le preguntó Amanda.

Por el modo en que Joelyn miró a su abogado, Will se dio cuenta de que no tenía la menor idea de ello.

Amanda sacó otra carpeta del cajón superior de su escritorio. Comenzó a pasar páginas y Will vio las fotos en color de Jacquelyn Zabel colgada del árbol y en la mesa de autopsias. Le pareció de una crueldad algo excesiva incluso para Amanda. Por muy odiosa que fuera Joelyn Zabel, acababa de perder a su hermana de la forma más espantosa posible. Vio que Faith se revolvió en su asiento y supo que ella estaba pensando lo mismo.

Amanda se tomó su tiempo para llegar a la página que buscaba, que parecía estar enterrada entre las fotografías más aterradoras. Por fin encontró un fragmento que hablaba del examen externo del cadáver.

—Segundo párrafo —le indicó.

Joelyn vaciló un momento y se sentó al borde de la silla. Intentaba acercarse para ver mejor las fotos, como hay gente que reduce la velocidad para ver un accidente de tráfico especialmente truculento. Finalmente cogió el informe y se recostó en su silla. Will la vio mover los ojos mientras leía pero, de pronto, dejó la mirada fija en un punto y Will se dio cuenta de que no estaba viendo nada en absoluto.

Joelyn tragó saliva con dificultad. Se puso en pie y murmuró «discúlpeme» antes de abandonar la habitación.

—Eso ha sido un golpe bajo, Mandy —le dijo el abogado.

—Así es la vida, Chuck.

Will se levantó también.

—Voy a estirar las piernas.

Salió del despacho sin esperar a que nadie dijera nada.

Caroline, la secretaria de Amanda, estaba en su mesa. Will la saludó haciendo un gesto con la cabeza y ella le susurró:

—Está en el baño.

El agente salió al pasillo con las manos en los bolsillos. Se detuvo frente a la puerta del lavabo de señoras y la abrió con el pie. Se asomó al interior. Joelyn estaba delante del espejo. Tenía un cigarrillo encendido en la mano y dio un respingo al ver a Will.

—No puede entrar aquí —le dijo, levantando el puño como si estuviera buscando pelea.

—No está permitido fumar en el edificio —dijo Will, entrando en el lavabo y apoyando la espalda contra la puerta cerrada sin sacar las manos de los bolsillos.

—¿Qué está haciendo?

—Quería asegurarme de que estaba usted bien.

Joelyn dio una profunda calada al cigarrillo.

—¿Colándose por la fuerza en el lavabo de señoras? Esto está fuera de su jurisdicción, ¿vale? No puede estar aquí.

Will echó un vistazo alrededor. Nunca había entrado en un lavabo de señoras. Había un sofá que parecía bastante cómodo y una mesita al lado con un jarrón lleno de flores. El aire olía a perfume, había papel en los dispensadores y el lavabo no estaba lleno de salpicaduras como en el de caballeros, de modo que te podías lavar las manos sin empaparte los pantalones. Ahora entendía por qué las mujeres pasaban tanto tiempo en los baños.

—Tú, pirado, sal del lavabo de señoras.

—¿Qué es lo que no me está contando?

—Les he contado todo lo que sé.

Will meneó la cabeza.

—Aquí no hay cámaras, ni abogados, ni público. Cuénteme lo que no está contando.

—Que le den.

Will notó que alguien empujaba la puerta con suavidad y volvía a cerrarla de inmediato.

—Su hermana no le caía demasiado bien —le dijo.

—Como el culo, Sherlock. —Se llevó el cigarrillo a la boca con mano temblorosa.

—¿Qué le hizo para que la odiase tanto?

—Era una zorra.

Lo mismo podría decirse de Joelyn, pero Will se guardó para sí el comentario.

—¿Se manifestaba eso de alguna manera en concreto en relación con usted, o habla en general?

Joelyn se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué coño quiere decir eso?

—Quiere decir que no me importa adónde vaya usted cuando salga de aquí. Que le ponga una demanda al estado o no se la ponga. Que me demande a mí a título personal. Me da igual. El tipo que ha matado a su hermana probablemente ya tiene a otra víctima en su poder. En este preciso instante, mientras usted y yo hablamos, otra mujer está siendo torturada y violada, y ocultarme algo en este momento es como decir que lo que le está pasando a esa otra mujer está perfectamente bien.

—No ponga en mi boca palabras que no he dicho.

—Entonces dígame qué es lo que me está ocultando.

—No estoy ocultando nada —dijo, y se dio media vuelta para limpiarse los ojos sin que se le corriera el maquillaje—. Era Jackie la que ocultaba cosas.

Will se quedó callado.

—Siempre andaba con secretitos, comportándose como si fuera mejor que yo.

Will asintió, indicándole que lo había entendido.

—Era ella la que llamaba la atención de todo el mundo, de todos los hombres. —Joelyn meneó la cabeza, se volvió hacia Will y apoyó una mano en el lavabo—. De niña mi peso subía y bajaba continuamente. Jackie se burlaba de mí cada vez que íbamos a la playa.

—Es obvio que ha superado ya ese problema.

Ella rechazó el cumplido, incrédula.

—Siempre conseguía lo que quería sin el menor esfuerzo: dinero, hombres, éxito. Le gustaba a todo el mundo.

—No se crea —le dijo Will—. Ninguno de sus vecinos la echó de menos cuando desapareció. No se enteraron hasta que la policía llamó a su puerta. Me dio la sensación de que se alegraban de perderla de vista.

—No le creo.

—La vecina de su madre, Candy, tampoco me pareció lo que se dice desolada.

Joelyn seguía sin estar muy convencida.

—No, Jackie decía que Candy era como un caniche: siempre pegada a sus faldas, siempre queriendo estar con ella.

—Pues no es cierto —le dijo Will—. No la tenía en gran estima. De hecho, yo diría que le caía aún peor que a usted.

Joelyn remató el cigarrillo y entró en una de las cabinas para tirarlo por el retrete. Will se dio cuenta de que se estaba tomando su tiempo para procesar toda esa nueva información sobre su hermana, y le gustaba.

—Siempre fue una mentirosa. Mentía en cosas tontas, cosas que ni siquiera importaban.

—¿Como qué?

—Pues, por ejemplo, decía que iba a la tienda cuando en realidad iba a la biblioteca. O decía que estaba saliendo con un chico cuando en realidad estaba saliendo con otro.

—Debía de ser bastante retorcida.

—Y tanto. Es la palabra que mejor la describe: retorcida. A mi madre la volvía loca.

—¿Se metía en muchos líos?

Joelyn soltó una carcajada seca.

—Jackie era siempre la favorita del profesor, siempre sabía a quién había que hacerle la pelota. Los tenía a todos completamente engañados.

—A todos, no —le hizo notar Will—. Acaba de decir que volvía loca a su madre. Ella debía de saber cómo era en realidad.

—Lo sabía. Se gastó un montón de dinero en ayudar a Jackie. Me arruinó toda mi puta infancia. Todo giraba siempre alrededor de Jackie: cómo se

sentía, lo que hacía, si era feliz o no. A nadie le importaba si yo era feliz.

—Hábleme de ese asunto de la adopción. ¿Qué agencia le llevaba el papeleo?

Joelyn bajó la mirada para que Will no pudiera ver que se sentía culpable.

Will continuó hablando como si nada.

—Le voy a explicar por qué le pregunto esto: si Jackie estaba intentando adoptar un niño tendremos que ir hasta Florida y encontrar la agencia que llevaba su caso. Si se trataba de una adopción internacional, quizá tengamos que ir a Rusia o a China para comprobar si los trámites eran conforme a la ley. Si su hermana estaba buscando un vientre de alquiler en Estados Unidos, tendremos que hablar con todas las mujeres que hayan podido ponerse en contacto con ella. Deberemos ir de agencia en agencia hasta que encontremos algo, cualquier cosa, que tenga relación con Jackie, porque en algún momento conoció a una persona que la estuvo torturando y violando durante al menos una semana, y si podemos descubrir cómo conoció su hermana al secuestrador quizá podamos averiguar quién es. —Hizo una pausa para dejar que reflexionara—. ¿Encontraremos alguna conexión a través de una agencia de adopciones, Joelyn?

La mujer se miró las manos, pero no respondió. Will se puso a contar los azulejos de la pared que tenía detrás. Iba por el treinta y seis cuando Joelyn se decidió a hablar.

—Solo hablaba por hablar. Sí es verdad que Jackie lo había comentado, pero no iba a hacerlo. Le gustaba la idea de ser madre, pero sabía que no sería capaz.

—¿Está usted segura?

—Es como cuando la gente ve un perro bien adiestrado, ¿entiende? Dicen que quieren tener un perro, pero lo que en realidad quieren es tener a ese animalito tan bien adiestrado, no uno cualquiera que van a tener que adiestrar ellos.

—¿Le gustaban sus hijos?

Joelyn se aclaró la garganta.

—Ni siquiera los conocía.

Will le dio algo de tiempo para sobreponerse.

—La detuvieron por conducir en estado de ebriedad poco antes de su muerte.

—¿En serio?

—¿Bebía mucho?

Joelyn meneó la cabeza con vehemencia.

—No le gustaba perder el control.

—La vecina, Candy, dice que compartieron algún canuto.

Joelyn se quedó con la boca abierta y volvió a menear la cabeza.

—No me lo creo. Jackie no le daba a ese tipo de cosas; le gustaba que otra gente bebiera y perdiera los papeles, pero ella nunca lo hacía. Estamos hablando de una mujer que mantuvo el mismo peso desde los dieciséis años. Tenía el culo tan prieto que le chirriaba al andar. —Se quedó pensándolo un momento, y volvió a decir que no con la cabeza—. No, Jackie no.

—¿Por qué prefirió limpiar personalmente la casa de su madre? ¿Por qué no contrató a alguien para que se encargara del trabajo sucio?

—No confiaba en nadie más. Siempre sabía cuál era la mejor manera de hacer cualquier cosa, y nadie más que ella lo sabía, todos los demás lo hacíamos mal.

Eso, al menos, concordaba con lo que les había dicho Candy. Todo lo demás daba una imagen de ella muy diferente, aunque tenía sentido: Joelyn no tenía demasiado trato con su hermana.

—¿El número once tiene algún significado especial para usted? —le preguntó.

—Absolutamente ninguno —replicó con el ceño arrugado.

—¿Y qué me dice de la frase «No voy a sacrificarme»?

Ella dijo que no con la cabeza.

—Pero es curioso... Con todo lo rica que era, Jackie se pasaba la vida sacrificándose.

—¿En qué sentido?

—Se privaba de la comida, del alcohol, de divertirse. —Rio con tristeza—. Amigos, familia, amor.

Los ojos de Joelyn se llenaron de lágrimas, y por primera vez fueron auténticas. Will se marchó y se encontró a Faith esperándolo en el pasillo.

—¿Te ha dicho algo? —le preguntó.

—Nos mintió en lo de la adopción. Al menos eso dice.

—Podemos preguntarle también a Candy, a ver qué nos cuenta. —Faith sacó el móvil y continuó hablando con Will mientras marcaba el número—. Se supone que habíamos quedado con Rick Sigler en el hospital hace diez minutos. Le he llamado para decirle que nos íbamos a retrasar, pero no me coge el teléfono.

—¿Y qué hay de su amigo, Jake Berman?

—Es lo primero que he hecho esta mañana, encargar a varios agentes que lo localicen.

—¿No te parece raro que no hayamos podido encontrarle aún?

—Ahora mismo no, pero si al acabar la jornada seguimos sin localizarlo vuelve a preguntarme.

Faith se llevó el móvil a la oreja y Will la oyó dejar un mensaje en el contestador de Candy Smith para que la llamara en cuanto pudiera. Cerró el teléfono pero no lo guardó. Will empezó a sentir miedo, preguntándose qué iría a decir su compañera a continuación: ¿algo sobre Amanda, una diatriba contra Sara Linton o contra él? Por suerte, era algo relacionado con el caso.

—Creo que la desaparición de Pauline McGhee está relacionada con todo esto.

—¿Por qué?

—No sé, es una corazonada. No puedo explicarlo, pero me parecen demasiadas coincidencias.

—El caso sigue siendo de Leo. No tenemos jurisdicción ni un motivo para pedirle que nos lo ceda. —Will tenía que preguntarlo—. ¿Crees que podrías sugerírselo de algún modo?

Faith negó con la cabeza.

—No quiero causarle ningún problema a Leo.

—Pero quedó en llamarte, ¿no? Cuando localizara a algún pariente de Pauline en Michigan.

—Eso es lo que dijo, sí.

Esperaron en silencio a que llegara el ascensor.

—Creo que deberíamos ir al estudio donde trabaja Pauline —dijo Will.

—Tienes razón.

Capítulo catorce

Faith atravesó el vestíbulo de Xac Homage, el estudio de diseño donde trabajaba Pauline McGhee. Las oficinas ocupaban toda la planta decimotercera de la torre Symphony, el extravagante rascacielos que se erigía en la esquina de Peachtree con la calle Catorce como un gigantesco espejo. Faith se estremeció ante este último pensamiento, recordando lo que había leído en el informe de la autopsia de Jacquelyn Zabel.

En consonancia con su pretencioso nombre, el acristalado vestíbulo de Xac Homage estaba amueblado con sofás a ras del suelo en los que resultaba imposible sentarse a menos que uno tuviera los glúteos de acero o se dejara caer sin más, en cuyo caso necesitaría que alguien le ayudara para poder levantarse. Faith se habría inclinado por la segunda opción de no haber llevado puesta una falda que tendía a subirse con facilidad, incluso cuando no estaba sentada, como a la fulana de un gánster en un vídeo de rap.

Tenía hambre, pero no sabía qué comer. Se le estaba acabando la insulina y seguía sin estar muy segura de si estaba calculando bien las dosis. No había pedido cita con la médica que le había recomendado Sara. Tenía los pies hinchados, la espalda la estaba matando y quería darse de cabezazos contra las paredes porque era incapaz de dejar de pensar en Sam Lawson por más que lo intentara.

Además, por las insistentes miraditas de reojo de Will tenía la sensación de que se estaba comportando como una auténtica pirada.

—Dios —murmuró Faith, apoyando la frente contra el límpido cristal que

circundaba el vestíbulo. ¿Por qué no dejaba de meter la pata? No era ninguna idiota. O a lo mejor sí. A lo mejor se había estado engañando a sí misma todo el tiempo y al final resultaba que, de hecho, era una de las idiotas más profundas del mundo.

Miró los coches que circulaban por la calle Peachtree, como hormiguitas correteando sobre el negro asfalto. El mes anterior, en la consulta del dentista, Faith había leído en un artículo de una revista que las mujeres estaban genéticamente condicionadas para permanecer ligadas a los hombres con los que habían mantenido relaciones sexuales durante al menos las tres semanas posteriores al encuentro sexual porque ése es el tiempo que tarda el cuerpo en descubrir si habían quedado embarazadas o no. En aquel momento se había reído, porque Faith nunca se había sentido ligada a un hombre. Al menos no después de separarse del padre de Jeremy que, literalmente, abandonó el estado cuando Faith le comunicó que estaba embarazada.

Y sin embargo, ahí estaba ella, comprobando sus llamadas y su correo electrónico cada diez minutos, deseando hablar con Sam, saber lo que estaba haciendo y si estaba enfadado con ella, como si lo sucedido hubiera sido culpa suya. Como si hubiera sido un amante tan maravilloso que Faith nunca tuviera suficiente. Ella ya estaba embarazada; no podía ser un condicionamiento genético lo que hacía que se comportara como una colegiala tonta. O a lo mejor sí. Quizá simplemente estaba siendo víctima de sus hormonas.

O tal vez lo que pasaba era que no debería confiar su formación científica al *Ladies' Home Journal*.

Faith volvió la cabeza y se puso a mirar a Will, que estaba en el hueco del ascensor. Hablaba por el móvil, sujetándolo con las dos manos para que no se le descuajeringara. No podía seguir enfadada con él. Había estado muy bien con Joelyn Zabel, tenía que admitirlo. Su enfoque del trabajo policial era distinto del suyo, y a veces eso jugaba a su favor y a veces en su contra. Meneó la cabeza. No podía empeñarse ahora en esas diferencias; no cuando toda su vida estaba al borde de un gigantesco precipicio y el suelo temblaba bajo sus pies.

Will terminó de hablar y fue hacia ella. Miró la mesa vacía donde antes

había estado la secretaria. Hacía por lo menos diez minutos que la mujer había ido a avisar a Morgan Hollister. A Faith le vinieron a la cabeza imágenes de los dos destruyendo documentos, aunque era más probable que la secretaria, una rubia de bote que parecía tener grandes dificultades para procesar cualquier petición por simple que fuera, se hubiera olvidado de ellos y estuviera colgada del móvil en el lavabo de señoras.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Faith.

—Con Amanda —respondió Will, cogiendo un par de caramelos del cuenco que había en la mesita—. Llamaba para disculparse.

Faith se rio del chiste y Will se echó a reír también. Cogió unos cuantos caramelos más y le ofreció el cuenco a Faith. Ella dijo que no con la cabeza, y él continuó hablando.

—Ha convocado otra rueda de prensa para esta tarde. Joelyn Zabel va a retirar la demanda contra el estado.

—¿Y cómo es eso?

—Su abogado se ha dado cuenta de que no tiene caso. No te preocupes, saldrá en la portada de alguna revista la semana que viene, y a la siguiente volverá a amenazarnos con una demanda por no haber sido capaces de encontrar al asesino de su hermana.

Era la primera vez que uno de los dos verbalizaba lo que realmente les preocupaba de todo esto: que el asesino fuera lo suficientemente bueno como para salir impune de todo.

Will señaló la puerta cerrada que había tras la mesa de la secretaria.

—¿Crees que deberíamos volver sin más?

—Dale otro minuto.

Faith intentó limpiar la mancha que había dejado en el cristal al apoyar la frente, pero solo consiguió ensuciarlo todavía más. La tensión entre ellos se había aflojado un poco en el trayecto, de modo que a Will ya no le preocupaba que se pusiera hecha un basilisco con él. Ahora era ella la que tenía miedo de que él estuviera enfadado.

—¿Estamos bien? —le preguntó.

—Claro, perfectamente.

No le creía, pero con una persona que decía una y otra vez que no había

ningún problema no había nada que hacer, porque seguiría insistiendo en ello hasta que te sintieras como si te lo estuvieras inventando todo.

—Bueno, al menos ya sabemos que la mala leche es algo hereditario en la familia Zabel.

—Joelyn no está tan mal.

—Es duro ser la hermana buena.

—¿Qué quieres decir?

—Pues quiero decir que si eres la niña buena de la familia, sacas buenas notas, no te metes en líos, etc., y tu hermana siempre anda liándola y llamando la atención, empiezas a sentirte excluida, como si diera igual lo bien que te portes, porque tus padres solo se preocupan por tu descarriada hermanita.

Sus palabras debieron de sonar muy duras, porque Will preguntó:

—¿Tu hermano no era un buen chico?

—Lo es —respondió Faith—. Yo era la hermanita descarriada que acaparaba la atención de mis padres. Recuerdo que una vez llegó a pedirles que lo dieran en adopción.

Will esbozó una media sonrisa.

—Todo el mundo quiere ser adoptado.

Faith recordó las cosas tan horribles que había dicho Joelyn sobre las ganas de adoptar un niño que tenía su hermana.

—Lo que dijo Joelyn...

Will la interrumpió.

—¿Por qué su abogado se empeñaba en llamar «Mandy» a Amanda?

—Es una abreviatura de Amanda.

Will asintió con aire pensativo, y Faith se preguntó si también tenía problemas con las abreviaturas de los nombres. Tenía sentido: había que saber cómo se escribía un nombre para poder abreviarlo.

—¿Sabías que el dieciséis por ciento de los asesinos en serie que conocemos eran adoptados?

Ella arrugó el ceño.

—Eso no puede ser verdad.

—Joel Rifkin, Kenneth Bianchi, David Berkowitz. Y a Ted Bundy lo

adoptó su padrastro.

—¿Y cómo es que de repente te has convertido en un experto en asesinatos en serie?

—El Canal Historia —respondió Will—. Es muy útil, confía en mí.

—¿De dónde sacas tiempo para ver tanta televisión?

—No tengo lo que se dice una agitada vida social.

Faith volvió a mirar por la ventana, pensando en el encuentro que había tenido Will esa mañana con Sara Linton. De lo que había leído en el informe sobre Jeffrey Tolliver, Faith había deducido que era un policía diametralmente opuesto a Will: muy físico, con iniciativa, dispuesto a hacer lo que fuera necesario para resolver un caso. No es que su compañero no fuera también un policía tenaz, pero era más de quedarse mirando al sospechoso hasta que confesaba que de sacarle la confesión a golpes. Su instinto le decía que Will no era el tipo de Sara Linton, y esa era la razón de que hubiera sentido lástima por él esa mañana, viendo lo nervioso que lo ponía la doctora. Él también debía de estar pensando en lo de esa mañana, porque de repente le dijo:

—No sé qué número es el de su apartamento.

—¿Te refieres a Sara?

—Vive en los Milk Lofts, en Berkshire.

—Imagino que a la entrada habrá un di... —Faith se interrumpió—. Puedo apuntarte su apellido para que lo mires en el directorio. No creo que haya muchos vecinos.

Will se encogió de hombros, algo avergonzado.

—También podemos mirarlo en Internet.

—No creo que aparezca su dirección.

La puerta se abrió y apareció la secretaria rubia de bote. Detrás de ella había un hombre exageradamente alto, exageradamente bronceado y exageradamente guapo vestido con el traje más bonito que Faith había visto en su vida.

—Morgan Hollister —se presentó, tendiéndoles la mano mientras cruzaba el vestíbulo—. Siento haberles hecho esperar tanto tiempo. Estaba en medio de una videoconferencia con un cliente de Nueva York. Este asunto de

Pauline ha sido como un jarro de agua fría, como se suele decir.

Faith no sabía muy bien quién solía decir eso, pero le perdonó y le estrechó la mano. Era a un tiempo el hombre más atractivo y más gay que había conocido en mucho tiempo. Y teniendo en cuenta que estaban en Atlanta, la capital gay del Sur, eso era mucho decir.

—Soy el agente Trent y ella es la agente Mitchell —dijo Will, ignorando el vivo interés que su persona parecía despertar en Morgan Hollister.

—¿Va usted al gimnasio?

—Entreno con mancuernas, más que nada. Y de vez en cuando utilizo el banco de pesas.

Morgan le dio un cachete en el brazo.

—Puro acero.

—Le agradezco que nos permita echar un vistazo a las cosas de Pauline —dijo Will, aunque Morgan aún no les había dado permiso para nada—. Sé que la policía de Atlanta ya ha estado por aquí. Espero no causarle mucha molestia.

—De ningún modo. —Morgan puso su mano en el hombro de Will mientras le conducía hacia la puerta—. Estamos destrozados por lo de Pauline. Era una chica estupenda.

—Corre el rumor de que no resultaba fácil trabajar con ella.

Morgan se rio, lo que Faith entendió como un «como todas las mujeres». Le alegraba comprobar que el machismo también calaba hondo entre la comunidad gay.

—¿Le suena de algo el nombre de Jacquelyn Zabel? —le preguntó Will.

Morgan negó con la cabeza.

—Conozco a todos nuestros clientes. Estoy casi seguro de que lo recordaría, pero puedo mirarlo en el ordenador. —Adoptando una expresión de tristeza, añadió—: Pobre Paulie. Ha sido un *shock* tremendo para nosotros.

—Le hemos buscado a Felix un acomodo temporal —le comunicó Will.

—¿Felix? —Morgan parecía algo confuso, pero enseguida cayó—. Ah, sí, el pequeñín. Seguro que estará bien, es un campeón.

Morgan los llevó por un pasillo muy largo. A su derecha estaban los cubículos con las mesas de los empleados, con ventanas al fondo que daban a

la interestatal. Las mesas estaban llenas de muestras de tela y bocetos. Faith miró una serie de fotocopias de planos extendidas sobre la mesa de reuniones y sintió una oleada de nostalgia.

De niña quería ser arquitecta, un sueño al que tuvo que renunciar con catorce años cuando la expulsaron del colegio por estar embarazada. Ahora las cosas eran muy distintas, pero en aquella época lo que se esperaba de una adolescente embarazada era que desapareciera del mapa, nadie volvía a mencionar su nombre salvo en relación con el chico que se la había tirado, y en ese caso se referían a ella como «ese putón que estuvo a punto de arruinarle la vida quedándose preñada».

Morgan se detuvo frente a la puerta cerrada de uno de los despachos. Tenía un letrero con el nombre de Pauline McGhee. Sacó una llave.

—¿El despacho se cierra siempre con llave? —le preguntó Will.

—Pauline solía hacerlo, sí. Una de sus manías.

—¿Tenía muchas manías?

—Le gustaba hacer las cosas a su manera —respondió Morgan, encogiéndose de hombros—. Yo la dejaba a su aire. Se le daba bien el papeleo y sabía mantener a raya a los de las subcontratas.

—Dejó de sonreír—. Aunque acabó metiéndome en un lío. Metió la pata con un pedido muy importante y su error le costó al estudio mucho dinero. De hecho, no estoy muy seguro de que siguiera trabajando aquí si no hubiera sucedido esto.

Si Will se preguntaba por qué Morgan hablaba de Pauline en pasado, no expresó sus dudas en voz alta. Se limitó a poner la mano para coger la llave.

—Cerraremos con llave al salir.

Morgan vaciló un momento. Obviamente había dado por supuesto que estaría presente mientras registraban el despacho.

—Se la devolveré cuando hayamos terminado, ¿de acuerdo? —dijo Will y le dio un cachete en el brazo—. Gracias.

Le dio la espalda y entró en el despacho. Faith entró detrás de él y cerró la puerta tras de sí.

—¿No te molesta? —preguntó.

—¿Morgan? —Will se encogió de hombros—. Sabe que no me interesa.

—Pero aun así...

—En el orfanato había muchos chavales gays. La mayoría eran infinitamente más agradables que los heteros.

No podía imaginar siquiera que un padre pudiera deshacerse de su propio hijo por ninguna razón, y mucho menos por esa en particular.

—Qué barbaridad.

Era evidente que Will no tenía ganas de hablar del asunto. Echó un vistazo al despacho y dijo:

—Yo diría que es bastante austero.

Faith estaba de acuerdo con él. Parecía como si hubiera estado siempre desocupado. No había ni una sola nota sobre su escritorio. Las bandejas de entrada y salida estaban vacías. Los libros de diseño que había en las estanterías estaban colocados por orden alfabético, con los lomos perfectamente alineados. Las revistas estaban como nuevas y perfectamente ordenadas en cajas de colores. Hasta el monitor parecía estar colocado en un ángulo perfecto de cuarenta y cinco grados con la esquina del escritorio. El único objeto personal que se veía por allí era una foto de Felix en los columpios.

—«Es un campeón» —dijo Will, burlándose de la expresión que había utilizado Morgan para referirse al hijo de Pauline—. Hablé con la trabajadora social anoche. Felix no lo lleva nada bien.

—¿En qué sentido?

—Se pasa el día llorando. No quiere comer.

Faith contempló la fotografía, la alegría en los ojos del niño sonriendo a su madre. Pensó en Jeremy cuando tenía esa misma edad, tan bonito que le daban ganas de comérselo como si fuera un caramelo. Ella acababa de graduarse en la academia de policía y se trasladaron a un apartamento barato más allá de Monroe Drive; la primera vez que vivían lejos de Evelyn. Sus vidas se habían entrelazado de un modo que Faith jamás habría imaginado que fuera posible. Jeremy formaba parte de ella hasta tal punto que apenas podía soportar tener que dejarle en la guardería. Por la noche se ponía a colorear mientras ella redactaba sus informes en la mesa de la cocina. Le cantaba con esa vocecita chillona mientras ella le preparaba la cena y el

almuerzo para el día siguiente. A veces se metía en su cama y se acurrucaba bajo su brazo como un gatito. Nunca se había sentido tan importante ni tan necesitada; ni antes, ni mucho menos después.

—¿Faith? —Will había dicho algo, pero no se había enterado.

Dejó la fotografía sobre el escritorio de Pauline antes de berrear como una cría:

—¿Qué?

—Decía que qué te apuestas a que la casa de Jacquelyn en Florida está tan ordenada y limpia como esta.

Faith se aclaró la garganta tratando de concentrarse en lo que estaba haciendo.

—La habitación que utilizaba en casa de su madre estaba muy ordenada, desde luego. Pensé que la tenía así porque el resto era una leonera, ya sabes, una isla de calma en medio de la tempestad. Pero a lo mejor es que es una fanática del orden.

—Personalidad de tipo A.

Will dio la vuelta a la mesa y abrió los cajones. Faith miró lo que había dentro: unos lapiceros de colores perfectamente alineados sobre una bandeja de plástico y varios paquetes de Post-it apilados y bien cuadrados. Will abrió el siguiente cajón y vio una carpeta grande. La colocó encima de la mesa y se puso a hojearla. Faith encontró planos de habitaciones, bocetos, fotos de muebles sujetas con clips.

Faith encendió el ordenador mientras Will inspeccionaba el resto de los cajones. Estaba casi segura de que no iba a encontrar nada, pero tenía la extraña sensación de que lo que hacían les estaba ayudando de algún modo a resolver el caso. Había vuelto a congeniar con Will, a verlo más como a un compañero que como a un adversario. Eso tenía que ser una buena señal.

—Mira esto.

Había abierto el último cajón de la izquierda. Estaba todo revuelto, como un cajón de sastre; los papeles mezclados, y en el fondo había varias bolsas de patatas vacías.

—Bueno, ahora ya sabemos que es humana —comentó Faith.

—Es muy raro —dijo Will—. Todo está perfectamente limpio y ordenado

menos este cajón.

Ella cogió una bola de papel y la alisó sobre la mesa. Era una lista, y al lado de cada cosa había una marca que debía de indicar que ya no estaba pendiente: supermercado; avisar para que arreglen la lámpara del despacho de Powell; hablar con Jordan sobre los bocetos de los sofás. Sacó otra bola de papel y vio que era otra lista de tareas.

—A lo mejor los descartaba una vez que había completado todas las tareas.

Miró la lista con los ojos entornados y trató de verla como la veía Will. Era tan bueno haciéndole creer a la gente que sabía leer que a veces ella olvidaba de que tenía ese problema.

Will inspeccionó la librería, y cogió una caja llena de revistas de uno de los estantes de en medio.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras sacaba más cajas. Faith vio la rueda de una caja fuerte.

Will intentó abrirla, pero no hubo suerte. Pasó los dedos por el borde.

—Está empotrada en la pared.

—¿Quieres ir a preguntarle la combinación a tu amigo Morgan?

—Me apuesto el sueldo de un año a que no la sabe.

Faith no quiso aceptar la apuesta. Como Jacquelyn Zabel, parecía que Pauline McGhee disfrutaba guardando secretos.

—Mira a ver si la encuentras en el ordenador, si no iré a preguntarle.

Faith miró la pantalla. Había saltado un cuadro de diálogo que le pedía una contraseña.

Will también lo vio.

—Prueba con «Felix».

Faith escribió el nombre del niño y, milagrosamente, acertó. Tomó nota mentalmente de que tenía que cambiar su contraseña, «Jeremy», mientras abría el programa de correo. Ojeó los mensajes mientras Will volvía a la librería. Encontró cosas de trabajo, pero nada personal que indicara la existencia de algún amigo o confidente. Se recostó en la silla y abrió el navegador, esperando encontrar en el historial algún otro servicio de correo electrónico. No apareció ninguna cuenta de Gmail o de Yahoo, pero sí varias

páginas web.

Escogió una al azar e hizo clic, y se encontró en YouTube. Comprobó el volumen mientras se cargaba el vídeo. Se oyó el sonido de una guitarra por los altavoces de debajo del monitor y en la pantalla aparecieron sucesivamente un par de frases: «Soy feliz» y «Estoy sonriendo».

Will estaba detrás de ella. Faith leyó en alto las frases que iban saliendo: «Estoy sintiendo. Estoy viviendo. Estoy muriendo».

El sonido de la guitarra se iba haciendo más furioso con cada palabra, y apareció una fotografía de una chica vestida de animadora. La cinturilla de los shorts dejaba su ombligo al descubierto, y el top apenas le cubría los pechos. Estaba tan delgada que Faith podía contarle las costillas.

—Por Dios —murmuró.

Apareció otra imagen en la pantalla, esta vez una chica afroamericana. Estaba acurrucada encima de una cama, de espaldas a la cámara. Tenía la piel tensa y se podían apreciar con toda claridad cada una de sus vértebras y costillas. Su omóplato sobresalía por debajo de la piel como un cuchillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Will—. ¿La página de alguna asociación que recauda fondos para la investigación del SIDA?

Faith meneó la cabeza mientras en la pantalla aparecía una nueva imagen: una modelo con un paisaje urbano al fondo cuyas piernas y brazos eran finos como palillos. A continuación otra imagen, esta vez de una mujer con las clavículas tan pronunciadas que daba grima mirarla. La piel de los hombros parecía papel mojado adherido a los tendones, que podían distinguirse perfectamente.

Faith desplegó el historial del navegador. Encontró un segundo vídeo. La música era diferente, pero empezaba más o menos igual.

—«Come para vivir. No vivas para comer» —leyó en voz alta.

Las palabras se desvanecieron y apareció la foto de una chica tan flaca que dolía mirarla. Faith abrió otra página, y luego otra.

—«La única libertad que nos queda es la libertad de matarnos de hambre.» «Delgada eres hermosa. Gorda eres fea.» —Miró la parte superior de la pantalla, para ver a qué categoría pertenecía el vídeo—. *Thinspo*. No tengo ni la más remota idea de lo que es eso.

—No lo entiendo. Esas chicas parecen famélicas, pero tienen tele en su habitación y van bien vestidas.

Faith probó suerte con otro enlace.

—*Thinspiration* —dijo—. Por Dios bendito, no me lo puedo creer. Están escuálidas.

—¿Hay algún grupo de noticias o algo?

Faith revisó el historial más antiguo. Repasó la lista y encontró más vídeos, pero nada que pareciera un chat. Siguió bajando, pasó a la página siguiente y le tocó la lotería.

—Atlanta-Pro-Ana-punto-com —leyó en voz alta—. Es una página pro-anorexia.

Faith hizo clic sobre el enlace, pero le saltó otra ventana que le pedía una contraseña. Probó de nuevo con «Felix», pero esta vez no funcionó. Leyó la letra pequeña.

—Me pide una contraseña de seis caracteres, y Felix solo tiene cinco. — Probó con algunas variantes del nombre, diciéndolas en voz alta para que Will se enterara—. Cero-Felix, uno-Felix, Felix-cero...

—¿Cuántas letras tiene «Thinspiration»? —preguntó Will.

—Demasiadas —dijo—. Pero «Thinspo» tiene siete.

Probó con esta última, pero no hubo suerte.

—¿Cuál es su usuario?

Faith leyó el nombre que había encima del espacio para la contraseña.

—«Dlgd A-T-L» —Faith se percató de que Will no lo entendía—. Es una especie de abreviatura de «Delgada Atlanta».

Introdujo el usuario como contraseña.

—Nada. Cero. —De pronto se le ocurrió una idea—. El cumpleaños de Felix.

Abrió el calendario y buscó en la categoría «cumpleaños». Solo aparecieron dos resultados, uno era el de Pauline y el otro el de Felix.

—Uno-dos-ocho-cero-tres. —La ventana continuaba allí—. Nada, no ha funcionado.

Will asintió con la cabeza mientras se rascaba el brazo con aire distraído.

—Las cajas fuertes suelen tener una combinación de seis dígitos, ¿no?

—No pierdes nada por probar. —Faith se quedó esperando, pero Will no se movió.

—Uno-dos-ocho-cero-tres —repitió, sabiendo que Will retendría perfectamente los números. Pero siguió sin moverse y finalmente a Faith se le encendió una lucecita—. Oh. Perdona.

—No te disculpes. Es culpa mía.

—No, es culpa mía.

Se levantó y fue hasta la caja fuerte. Giró la rueda a la derecha hasta el número doce, luego dos vueltas a la izquierda hasta el ocho. Los números no eran el problema, pero no distinguía la derecha y la izquierda.

Faith marcó el último número, la puerta se desbloqueó y se sintió un poco decepcionada al ver lo fácil que había sido. Abrió la caja y vio un cuaderno de espiral como los que llevaban los niños al colegio y un folio impreso. Leyó el texto por encima. Era una copia impresa de un mensaje de correo relacionado con las medidas de un ascensor para asegurarse de que cabía un sofá, algo que a Faith no se le había ocurrido nunca, y eso que cuando compró la nevera se encontró con que no le cabía por la puerta de la cocina.

—Un asunto de trabajo —le explicó a Will, y cogió el cuaderno.

Al abrirlo por la primera página el vello de la nuca se le puso de punta, y tuvo que reprimir un escalofrío al darse cuenta de lo que estaba viendo. Una sola frase, escrita con una bonita caligrafía, llenaba toda la hoja. Faith pasó una página, y luego otra más. En algunas partes el trazo era tan enérgico que el bolígrafo había traspasado el papel. No creía en idioteces sobrenaturales, pero se podía palpar la rabia que emanaba de esas páginas.

—Es lo mismo, ¿verdad?

Will debía de haber reconocido la caligrafía, una frase corta repetida una y otra vez en todo el cuaderno, como la obra de arte de un sádico.

«No voy a sacrificarme... No voy a sacrificarme... No voy a sacrificarme...»

—Exactamente igual —le confirmó Faith—. Esto demuestra que Pauline tiene algo que ver con la cueva, y con Jackie Zabel y Anna.

—Está escrito con boli —dijo Will—. Las que encontramos en la cueva estaban escritas a lápiz.

—Pero es la misma frase: «No voy a sacrificarme». Pauline escribió esto porque quiso, no porque la obligaran. Nadie le dijo que lo hiciera. Y por lo que sabemos no ha estado en esa cueva. —Faith siguió pasando páginas para asegurarse de que no había nada más escrito—. Jackie Zabel era delgada. No como las chicas de esos vídeos, pero estaba muy delgada.

—Joelyn Zabel dijo que su hermana seguía pesando lo mismo que cuando estaba en el instituto.

—¿Crees que padecía un trastorno alimenticio?

—Creo que se parece mucho a Pauline: le gusta controlarlo todo, guardar secretos. Pete pensó que Jackie estaba desnutrida, pero quizás era ella misma la que se estaba matando de hambre.

—¿Y qué me dices de Anna? ¿Está delgada?

—Igual. Le sobresalía mucho... —Se llevó la mano a la clavícula—. Pensamos que podía formar parte de la tortura: privarles de la comida. Pero las chicas de esos vídeos lo hacen a propósito, ¿no? Esos vídeos son como pornografía para anoréxicas.

Asintió y, de repente, se le ocurrió otra posible conexión.

—A lo mejor se conocieron a través de Internet.

Volvió a la ventana de la contraseña que bloqueaba el acceso al chat Pro-Ana e introdujo la fecha del cumpleaños de Felix combinada de distintas formas: omitiendo los ceros, con los ceros, con todos los dígitos, en orden inverso.

—Puede que le asignaran una determinada contraseña y no pudiera cambiarla.

—O a lo mejor el contenido de ese chat es más valioso para ella que el resto de su ordenador o de la caja.

—Esta es la conexión, Will. Si todas padecían trastornos alimenticios, ya tenemos un nexo común entre ellas.

—Y un chat al que no podemos acceder, y familiares que no nos están siendo muy útiles, que digamos.

—¿Y qué hay del hermano de Pauline? Le dijo a Felix que era un hombre malo. —Se apartó del ordenador para mirar a Will—. Quizá deberíamos volver a hablar con Felix a ver si recuerda alguna otra cosa.

Will no parecía muy seguro.

—Solo tiene seis años, Faith. Se siente solo y está asustado porque ha perdido a su madre. No creo que podamos sacarle nada más.

Ambos dieron un brinco cuando sonó el teléfono de encima de la mesa. Faith alargó la mano sin pensar y contestó.

—Despacho de Pauline McGhee.

—Hola. —Morgan Hollister no parecía muy contento.

—¿Ha encontrado a Jacquelyn Zabel en su lista de clientes? —le preguntó Faith.

—Me temo que no, detective, pero... es curioso... Tengo una llamada para usted por la línea dos.

Faith miró a Will y se encogió de hombros mientras apretaba el botón iluminado.

—Faith Mitchell.

Leo Donnelly empezó a hablar de manera torrencial.

—¿No se te ha ocurrido llamarme antes de meter las narices en mi caso?

Faith iba a disculparse de todas las maneras posibles, pero Leo no le dio ocasión.

—He recibido una llamada de mi jefe que, a su vez, ha recibido una llamada de Hollister preguntándole por qué unos agentes del estado estaban registrando el despacho de McGhee cuando ya lo hemos hecho nosotros esta misma mañana. —Leo respiraba con dificultad—. Mi jefe, Faith, quiere saber por qué no puedo hacer mi trabajo como es debido. ¿Tienes idea de en qué posición me has dejado?

—Está relacionado —le dijo Faith—. Hemos encontrado una conexión entre Pauline McGhee y las demás víctimas.

—Pues me alegro muchísimo por ti, Mitchell. Mientras tanto, a mí me tienen agarrado por los huevos porque tú no pudiste perder dos segundos para coger el teléfono y avisarme.

—Leo, lo siento mucho...

—Ahórrate las disculpas —dijo—. Ahora debería guardarme esto, pero no soy esa clase de tipo.

—Guardarte, ¿qué?

—Tengo otra mujer desaparecida.

Faith sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Otra mujer desaparecida? —repitió para que Will supiera de qué hablaban—. ¿Coincide con el perfil?

—Treinta y tantos, morena, ojos castaños. Trabaja en un banco muy exclusivo, en Buckhead, en el que tienes que ser asquerosamente rico solo para que te dejen entrar. No tenía amigos, y todo el mundo dice que era insufrible.

Faith miró a Will y asintió. Otra víctima, otra cuenta atrás.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

—Olivia Tanner —soltó el nombre y la dirección tan rápido que Faith le pidió que se lo repitiera—. En Virginia Highland.

Faith se anotó la dirección en el dorso de la mano.

—Me debes una —le dijo.

—Leo, lo siento, yo...

Leo no la dejó terminar la frase.

—Si yo estuviera en tu lugar, Mitchell, me andaría con mucho cuidado. Excepto por lo del éxito en los negocios, últimamente encajas perfectamente en el puto perfil.

Faith oyó un leve clic, que en cierto modo era peor que si hubiera colgado de golpe el auricular.

Olivia Tanner vivía en una de esas casitas del Midtown que parecían engañosamente pequeñas; desde la calle daban la impresión de tener unos cien metros cuadrados, pero luego tenían seis dormitorios, cinco baños y un servicio, y costaban alrededor de un millón de dólares. Tras haber registrado el despacho de Pauline McGhee y haber visto la psique de la mujer al desnudo, Faith veía la casa de Olivia Tanner con ojos muy diferentes. El jardín era muy bonito, pero todas las plantas estaban perfectamente alineadas. El exterior de la casa estaba recién pintado, y los canalones elegantemente alineados con los aleros. Por lo que Faith sabía del barrio, la casita debía de ser treinta años más antigua que su vieja casa estilo rancho, pero en comparación parecía completamente nueva.

—Muy bien —dijo Will, hablando por el móvil—. Gracias por hablar

conmigo. —Al finalizar la llamada le contó a Faith—: Joelyn Zabel dice que su hermana tuvo problemas de anorexia y bulimia cuando estaba en el instituto. No está muy segura de cómo lo llevaba últimamente, pero parece evidente que no lo había superado.

Faith dejó que la información se asentara en su cerebro.

—Vale.

—Ya lo tenemos. Esa es la conexión.

—¿Y adónde nos conduce? —preguntó Faith sacando la llave del contacto—. Los informáticos no pueden acceder al Mac de Jackie Zabel. Además, podrían tardar semanas en averiguar la contraseña de Pauline McGhee, y ni siquiera sabemos si el chat pro-Ana era el punto de encuentro con las demás mujeres o si simplemente se topó con él por casualidad mientras navegaba por Internet en la pausa para el almuerzo. —Se volvió para mirar la casa de Olivia Tanner—. ¿Qué te apuestas a que tampoco encontramos nada ahí dentro?

—Estás pensando en Felix cuando lo que deberías hacer es centrarte en Pauline —le dijo Will con delicadeza.

Faith quería decirle que se equivocaba, pero él tenía razón. No podía dejar de pensar en que Felix estaba en un hogar de acogida, llorando como un descosido. Tenía que concentrarse en las víctimas, en el hecho de que Jacquelyn Zabel y Anna habían sido las precursoras de Pauline McGhee y Olivia Tanner. ¿Por cuánto tiempo podrían aguantar las torturas, la degradación? Cada minuto que pasaba era otro minuto más de sufrimiento para ellas.

—El único modo en que podemos ayudar a Felix es ayudando a Pauline —le dijo Will.

Faith exhaló un hondo suspiro.

—Que me conozcas tan bien empieza a fastidiarme mucho.

—Por favor —murmuró Will—, eres un enigma envuelto en un bollito pringoso.

Will abrió la puerta del coche y se bajó. Faith se quedó mirándole mientras se dirigía hacia la casa con paso decidido. Bajó del coche y lo siguió.

—No tiene garaje ni BMW —comentó.

Tras la incómoda llamada de Leo, se había puesto en contacto con el sargento que había atendido la denuncia de la desaparición de Olivia Tanner. La mujer conducía un BMW 325, algo que no llamaría la atención en un barrio como ese. Era soltera, la vicepresidenta de un banco local, no tenía hijos y su hermano era su único pariente vivo.

Will intentó entrar por la puerta principal, pero estaba cerrada con llave.

—¿Por qué tarda tanto el hermano? —dijo Faith mirando el reloj—. Su avión aterrizó hace una hora. Si hay mucho tráfico...

Faith no terminó la frase. En Atlanta siempre había mucho tráfico, especialmente en los alrededores del aeropuerto.

Will se agachó para comprobar si había una llave debajo del felpudo. Al ver que no había nada pasó la mano por el dintel y miró en las macetas que había junto a la puerta, pero no encontró ninguna llave.

—¿Crees que deberíamos forzar la puerta?

Faith decidió no hacer ningún comentario sobre sus ansias de cometer un allanamiento. Llevaba trabajando con él el tiempo suficiente como para saber que la frustración hacía que a Will se le disparase la adrenalina, mientras que a ella le hacía más bien el efecto de un Valium.

—Vamos a darle unos minutos más.

—Deberíamos ir llamando a un cerrajero por si el hermano no tiene llave.

—Vamos a tomarnos esto con un poco de calma, Faith. ¿De acuerdo?

—Me hablas igual que a los testigos.

—Ni siquiera sabemos si Olivia Tanner es una de nuestras víctimas. A lo mejor resulta que es rubia de bote y tiene un montón de amigos.

—En el banco dicen que no ha faltado al trabajo ni una sola vez desde que empezó a trabajar allí.

—Igual se ha caído por las escaleras. O ha decidido tomarse el día libre. O fugarse con un extraño al que conoció anoche en un bar.

Will no dijo nada. Colocó las manos a ambos lados de la cara para poder ver el interior desde una de las ventanas. Seguramente el agente uniformado que había tomado nota de la denuncia el día anterior ya habría hecho eso mismo, pero Faith le dejó hacer mientras esperaban a que apareciera Michael

Tanner, el hermano de Olivia.

Pese a su enfado, Leo les había hecho un gran favor pasándoles el aviso. Según el procedimiento, deberían haberle asignado el caso a un detective. Y dependiendo de este, Michael Tanner podría haber tenido que esperar hasta veinticuatro horas para hablar con alguien que pudiera hacer algo más que rellenar un formulario. En ese caso habrían tardado todavía un día más en avisar al DIG de que había desaparecido una mujer que encajaba en su perfil. Leo les había regalado dos preciosos días en un caso para el que necesitaban ayuda desesperadamente. Y ellos se lo habían agradecido con una patada en plena boca.

Faith notó que su BlackBerry empezaba a vibrar. Faith comprobó su e-mail y, mentalmente, le dio las gracias a Caroline, la secretaria de Amanda.

—Tengo el informe del arresto de Jake Berman por el incidente en el centro comercial.

—¿Y qué dice?

Faith se quedó mirando la barra de descargas.

—Va a tardar unos minutos en bajarse.

Will dio una vuelta a la casa, comprobando cada ventana. Faith lo siguió mirando la BlackBerry como si fuera la varita de un zahorí. Por fin recibió la primera página del informe y comenzó a leer en voz alta.

—«En relación con las quejas recibidas por parte de la dirección del Mall de Georgia... —Faith utilizó el *scroll* para desplazarse por el texto y buscar las partes más relevantes— ...el sospechoso hizo el típico gesto con la mano para indicar que deseaba mantener relaciones sexuales. Yo respondí asintiendo dos veces con la cabeza, y él me llevó hasta una de las cabinas del fondo del lavabo de caballeros. —Faith se saltó algunos párrafos—. La esposa y los dos hijos del sospechoso, de uno y tres años de edad respectivamente, le estaban esperando fuera.»

—¿Se menciona el nombre de la esposa?

—No.

Will subió por las escaleras hasta la terraza que había en la parte posterior de la casa. Atlanta está situada en la falda de los montes Apalaches, por lo que hay muchos valles y colinas. La casa de Olivia Tanner se hallaba al final

de una empinada pendiente, por lo que sus vecinos de atrás podían verla perfectamente.

—A lo mejor han visto algo —sugirió Will.

Faith miró la casa del vecino. Era muy grande, como esas mansiones horteras que normalmente solo se veían en las afueras. Los dos pisos superiores tenían una terraza enorme, y en el sótano había también una terraza amueblada con una chimenea de ladrillo. Todas las contraventanas de la parte de atrás estaban cerradas, salvo por un par de cortinas abiertas en una de las puertas del sótano.

—Parece que no hay nadie —dijo Faith.

—Seguramente estará embargada —replicó Will, probando suerte con la puerta de atrás. Estaba cerrada con llave también—. Olivia lleva en paradero desconocido desde ayer, como mínimo. Si es una de nuestras víctimas debió de ser secuestrada justo antes o justo después que Pauline.

Will comprobó las ventanas.

—¿Crees que Jake Berman podría ser el hermano de Pauline McGhee? —preguntó.

—Es una posibilidad —le concedió Faith—. Pauline advirtió a Felix de que su hermano era peligroso. No quería que se relacionara con su hijo.

—Debía de tener un motivo para tenerle miedo. Puede que sea un tipo violento. Quizá fuera su hermano la razón por la que se mudó y se cambió el nombre. Cortó todos los lazos cuando era todavía muy joven. Debía de tenerla aterrorizada.

—Jake Berman estaba en el lugar de los hechos y se halla en paradero desconocido. No colaboró mucho como testigo. Y su nombre no figura en ninguna parte, salvo por ese arresto —dijo Faith.

—Si Berman es el alias que está usando el hermano de Pauline, debe de estar muy bien situado. Lo arrestaron y su nombre salió indemne de todo el proceso judicial.

—Si se cambió de nombre cuando Pauline huyó de casa, veinte años son toda una vida en lo que a documentos públicos se refiere. Todavía están poniendo al día las bases de datos, digitalizando información y casos antiguos. Muchos de esos expedientes se han quedado por el camino,

especialmente en las ciudades pequeñas. Mira lo difícil que le ha resultado a Leo dar con los padres de Pauline, y eso que denunciaron la desaparición de su hija.

—¿Qué edad tiene Berman?

Faith subió hasta el principio del informe.

—Treinta y siete.

Will se quedó quieto.

—Pauline también. ¿Serán mellizos?

Faith se puso a revolver en su bolso y sacó la fotocopia del carné de conducir de Pauline McGhee. Intentó recordar la cara de Jake Berman, pero entonces se acordó de que tenía su ficha en la otra mano. La BlackBerry seguía cargando el archivo. Lo alzó por encima de su cabeza a ver si así mejoraba la calidad de la señal.

—Volvamos a la parte delantera —sugirió Will.

Dieron la vuelta a la casa y Will fue asomándose por las ventanas para asegurarse de que no había nada sospechoso. Para cuando llegaron al porche el archivo había terminado de cargarse.

En la foto que le hicieron para la ficha, Jake Berman tenía una barba poblada, del tipo que se dejan los padres de los barrios residenciales cuando quieren parecer subversivos. Se la enseñó a Will.

—Estaba afeitado cuando hablé con él —explicó Faith.

—Felix dijo que el hombre que se llevó a su madre llevaba bigote.

—No creo que le haya dado tiempo a dejárselo.

—Podríamos pedir que nos hicieran un dibujo para ver qué aspecto tendría afeitado, con bigote, o lo que sea.

—Pero es Amanda quien tendrá que decidir si lo hacemos público o no.

Publicar un dibujo podría provocar que a Jake Berman le entrara el pánico y empezara a cubrir aún mejor su rastro. Y si en efecto era su hombre, también le pondría sobre aviso. Podía decidir matar a todos los testigos y abandonar el estado, o peor aún, el país. Del aeropuerto internacional de Hartsfield salían y entraban dos mil quinientos vuelos todos los días.

—Es moreno y tiene los ojos castaños, como Pauline —observó Will.

—Y tú también.

Se encogió de hombros.

—No parece que sean mellizos. Pero sí podrían ser hermanos.

Faith se volvió a sentir como una idiota. Miró sus fechas de nacimiento.

—Berman cumplió años después del arresto. Nació ocho meses antes que Pauline. Serían «mellizos irlandeses»: hermanos que nacen con menos de doce meses de diferencia.

—¿Vestía de traje el día que lo arrestaron?

Faith consultó de nuevo la ficha.

—Vaqueros y jersey. Lo mismo que cuando hablé con él en el Grady.

—¿Consta en la ficha a qué se dedica?

Faith lo comprobó.

—En paro —continuó leyendo los detalles y meneó la cabeza—. Este informe es una chapuza. No puedo creer que un teniente le diera el visto bueno.

—Yo he llevado a cabo muchas operaciones como esa. Arrestas a diez o quince tíos al día; la mayoría se declaran culpables de un delito menor o pagan la multa y esperan que todo se olvide. Ninguno va a juicio, porque lo último que quieren es tener que enfrentarse a la persona que los acusó.

—¿Y cuál es «el típico gesto con la mano» que hacen para indicar que quieren mantener relaciones sexuales? —preguntó Faith llena de curiosidad.

Will hizo un gesto decididamente obsceno con los dedos y Faith deseó no haber preguntado.

—Tiene que haber alguna razón para que Jake Berman no quiera ser localizado —insistió Will.

—¿Cuáles son las opciones? O es un moroso, o el hermano de Pauline, o nuestro asesino. O las tres cosas a la vez.

—O ninguna —señaló Will—. En cualquier caso tenemos que hablar con él.

—Amanda tiene a todo el equipo buscándole. Están trabajando con todas las combinaciones que se les ocurren: Jake Seward, Jack Seward. Lo están buscando como McGhee, Jackson, Jakeson.

—¿Cuál es su segundo nombre?

—Henry. Así que hay que probar con Hank, Harry, Hoss...

—¿Cómo es posible que esté fichado y aún no hayamos podido dar con él?

—No ha usado ninguna tarjeta de crédito. No tiene móvil de contrato ni hipoteca. Tampoco hemos encontrado nada en sus anteriores direcciones. No sabemos para quién trabaja ni para quién lo ha hecho.

—Puede que lo tenga todo a nombre de su esposa... Pero no sabemos cómo se llama.

—Si arrestaran a mi marido con la minga fuera en un centro comercial mientras yo le espero a la salida con los niños... —Faith no se molestó en terminar la frase—. Para colmo, el abogado que le llevó el caso es un gilipollas.

El abogado se negaba a revelar información sobre ninguno de sus clientes e insistía en que no tenía idea de cómo ponerse en contacto con este. Amanda estaba pidiendo órdenes judiciales para poder requisar sus archivos, pero la tramitación de las órdenes llevaba su tiempo, y se les estaba agotando.

Un Ford Escape aparcó delante de la casa. El hombre que se bajó del coche era la imagen misma de la ansiedad, desde el ceño fruncido hasta el modo en que se retorció las manos por delante de su incipiente barriga. Tenía un aspecto bastante anodino, le clareaba mucho el pelo y tenía los hombros cargados. Faith estaba casi segura de que trabajaba en algo que le obligaba a pasarse más de ocho horas al día sentado al ordenador.

—¿Son ustedes los policías con los que he hablado por teléfono? —preguntó el hombre bruscamente. Entonces, reparando en lo rudo que había sido, volvió a intentarlo—: Perdonen, soy Michael Tanner, el hermano de Olivia. ¿Son ustedes de la Policía?

—Sí, señor. —Faith sacó su identificación e hizo las presentaciones—. ¿Tiene usted llave de la casa de su hermana?

Michael parecía a un tiempo avergonzado y preocupado, como si todo aquello tuviera que ser un malentendido.

—No sé si deberíamos hacer esto. A Olivia no le gusta que invadan su intimidad.

Faith y Will intercambiaron miradas. Otra mujer experta en levantar barreras.

—Podemos llamar a un cerrajero si hace falta —le ofreció Will—. Es importante que inspeccionemos el interior de la casa por si ha sucedido algo. Olivia podría haberse caído, o...

—Tengo una llave. —Michael se metió la mano en el bolsillo y sacó una sola llave colgada de una cinta elástica—. Me la mandó por correo hace tres meses, no sé por qué. Solo me dijo que quería que tuviera una. Supongo que me la dio porque sabía que no iba a usarla. A lo mejor no debería hacerlo.

—No habría tomado un vuelo para venir desde Houston si no creyera que ha pasado algo malo —le dijo Will.

Michael se puso pálido y Faith se hizo una idea de cómo debían de haber sido las últimas horas en la vida de aquel hombre: conducir hasta el aeropuerto, subirse al avión, alquilar un coche, todo el rato pensando que estaba haciendo una estupidez, que su hermana estaba perfectamente. Y en el fondo pensando que no, que lo más probable era que le hubiera sucedido algo.

Michael le dio la llave a Will.

—El policía con el que hablé ayer me dijo que enviaría a un agente para que se acercara a echar un vistazo. —Hizo una pausa, como si necesitara que le confirmaran que lo habían hecho—. Me preocupaba que no me tomaran en serio. Sé que Olivia es una mujer adulta, pero es un animal de costumbres. Nunca altera su rutina.

Will abrió la puerta y entró en la casa. Faith se quedó con el hermano en el porche.

—¿Y cuál es su rutina? —le preguntó.

El hombre cerró los ojos un momento para hacer memoria.

—Trabaja en un banco en Buckhead desde hace casi veinte años. Trabaja seis días a la semana, todos salvo el domingo, que es el día que aprovecha para ir de compras y resolver sus asuntos: ir a la tintorería, a la biblioteca, al supermercado. Llega al banco a las ocho de la mañana y sale a las ocho de la tarde, excepto si tiene que asistir a algún evento o lo que sea. Trabaja como relaciones públicas. Si hay una fiesta a algún acto patrocinado por el banco debe asistir. Si no, siempre está en casa.

—¿Le llamaron del banco?

Se llevó la mano al cuello y se frotó una cicatriz de color rojo brillante. Faith imaginó que le habrían hecho una traqueotomía o alguna otra operación de garganta.

—En el banco no tienen mi teléfono —les explicó—. Fui yo quien se puso en contacto con ellos cuando no tuve noticias de ella ayer por la mañana. Los llamé nada más aterrizar. No tienen la menor idea de dónde puede estar. Es la primera vez que falta al trabajo.

—¿Tiene usted alguna fotografía reciente de su hermana?

—No. —De pronto, cayó en por qué Faith le pedía la foto—. Lo siento. Olivia detesta que le saquen fotos. Desde siempre.

—No se preocupe —le dijo Faith—. La sacaremos de su carné de conducir si es necesario.

Will bajó por las escaleras. Meneó la cabeza y Faith entró en la casa con Michael.

—Es una casa muy bonita.

—Es la primera vez que vengo —confesó.

Miraba a su alrededor igual que Faith, probablemente pensando lo mismo que ella: aquello parecía un museo.

El pasillo atravesaba toda la planta y desembocaba en la cocina, que resultaba muy luminosa con la encimera de mármol y los armarios blancos. La escalera tenía una moqueta blanca de pelo largo, y la sala de estar era igualmente espartana; todo, desde las paredes hasta los muebles pasando por la moqueta era de un blanco inmaculado. Incluso los cuadros de las paredes eran lienzos blancos enmarcados en blanco.

Michael se estremeció.

—Hace mucho frío aquí.

Faith sabía que no hablaba de la temperatura.

Los llevó hasta la sala de estar. Había un sofá y dos sillas, pero Faith no sabía muy bien si sentarse o quedarse de pie. Al final se sentó en el sofá; el asiento estaba tan duro que apenas se hundió bajo su peso. Will se sentó en la silla que había al lado de su compañera y Michael en la que había al otro lado del sofá.

—Vamos a empezar por el principio, señor Tanner —dijo Faith.

—Doctor —la corrigió, y frunció el ceño—. Lo siento. Da lo mismo. Por favor, llámeme Michael.

—Muy bien, Michael —Faith le hablaba con voz serena, tranquilizadora, pues percibió que el hombre estaba al borde del pánico. Empezó por una pregunta sencilla—. ¿Es usted médico?

—Soy radiólogo.

—¿Trabaja en un hospital?

—En el Centro Metodista de la Mama.

Parpadeó. Faith se percató de que estaba intentando contener las lágrimas. Fue directa al grano.

—¿Qué le impulsó a llamar a la policía ayer?

—Ahora Olivia me llama todos los días. Antes no lo hacía. Estuvimos distanciados muchos años, se fue a la universidad y nos distanciamos aún más. —Sonrió débilmente—. Tuve un cáncer hace dos años. La tiroides. —Se tocó la cicatriz del cuello de nuevo—. ¿Solo sentí una especie de vacío? —dijo en tono interrogativo, y Faith asintió como si lo entendiera—. Quería estar con mi familia, recuperar a Olivia. Sabía que tendría que aceptar sus condiciones, pero estaba dispuesto a hacer ese sacrificio.

—¿Qué condiciones impuso?

—No puedo llamarla. Es ella la que me llama siempre.

Faith no sabía muy bien qué decir.

—¿Sus llamadas siguen alguna clase de pauta? —preguntó Will.

Michael asintió con la cabeza, parecía aliviado al ver que alguien entendía por fin por qué estaba tan preocupado.

—Sí. Los últimos dieciocho meses me ha llamado a diario. A veces no me cuenta gran cosa, pero me telefona cada mañana a la misma hora siempre, pase lo que pase.

—¿Por qué no le cuenta gran cosa? —preguntó Will.

Michael se miró las manos.

—Es difícil para ella. Tuvo algunos problemas cuando era más joven. No es de las que piensan en la palabra «familia» y sonrío. —Se frotó la cicatriz una vez más y Faith percibió que una profunda tristeza se apoderaba de él—. En general no sonrío demasiado, esa es la verdad.

Will miró a Faith para confirmar que no le importaba que él continuara con las preguntas. Ella asintió discretamente. Era evidente que Michael Tanner se sentía más cómodo hablando con Will. Lo que tenía que hacer Faith ahora era quedarse en un segundo plano.

—¿Su hermana no es feliz? —preguntó Will.

Michael meneó la cabeza lentamente y su tristeza se extendió por toda la habitación. Will se quedó callado para no agobiar al hombre.

—¿Quién abusó de ella?

A Faith le sorprendió la pregunta, pero las lágrimas de Michael confirmaron que Will había dado en el clavo.

—Nuestro padre. Algo muy de moda ahora.

—¿Cuándo?

—Nuestra madre murió cuando Olivia tenía ocho años. Supongo que debió de empezar poco después. Estuvo haciéndolo varios meses, hasta que Olivia acabó en el médico. El médico dio parte a la policía, pero mi padre...

—Michael rompió a llorar—. Mi padre dijo que se lo había hecho ella a propósito. Que se había metido algo... ahí abajo... para herirse. Dijo que solo intentaba llamar la atención porque echaba de menos a su madre. —Se secó las lágrimas con rabia—. Nuestro padre era juez. Conocía a todo el departamento de policía, y ellos creían conocerlo. Dijo que Olivia mentía, así que todo el mundo dio por supuesto que era una mentirosa, sobre todo yo. Durante muchos años no la creí.

—¿Y qué le hizo cambiar de opinión?

Michael rio con desgana.

—Pura cuestión de lógica. No tenía sentido que ella... que ella fuera de esa manera a no ser que le hubiera pasado algo espantoso.

Will continuó mirando directamente a los ojos de Michael.

—¿Su padre llegó a hacerle daño a usted en algún momento?

—No —respondió demasiado deprisa—. No abusó sexualmente de mí, quiero decir. A veces me castigaba; se quitaba el cinturón. Podía ser brutal, pero yo pensaba que eso era lo que hacían todos los padres. Era lo normal. La mejor manera de evitar que me diera una paliza era ser un buen hijo, así que eso fui.

Will se tomó su tiempo antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Cómo se castigaba Olivia por lo que sucedió?

El hombre estaba hecho un manojo de nervios, intentaba controlar sus emociones, pero no podía. Por fin, se presionó los ojos con el índice y el pulgar y se echó a llorar. Will se quedó quieto, sin decir nada, y Faith lo imitó. Sabía por puro instinto que lo peor que podía hacer en ese momento era intentar consolar a Michael Tanner. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Olivia era bulímica —dijo, por fin—. Es posible que siga siendo anoréxica, pero me juró que ya no vomitaba.

Faith se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Olivia Tanner padecía un trastorno de la alimentación, igual que Pauline McGhee y Jackie Zabel.

—¿Cuándo comenzó el problema? —preguntó Will.

—Cuando tenía diez u once años, no lo recuerdo. Yo soy tres años menor que ella. Lo único que recuerdo es que era espantoso. Ella... empezó a consumirse.

Will se limitó a asentir y a dejar que el hombre continuara hablando.

—Olivia siempre ha estado obsesionada con su aspecto. Era guapa, pero nunca pudo aceptar... —Michael hizo una pausa—. Imagino que mi padre empeoró todavía más la cosa. Siempre pinchándola y diciendo que tenía que deshacerse de esos michelines. No estaba gorda. Era una niña normal, muy guapa, preciosa. ¿Sabe lo que ocurre cuando uno deja de comer?

Michael miraba a Faith, y ella dijo que no con la cabeza.

—Le salieron costras en la espalda, unas heridas grandes en los puntos en los que los huesos sobresalían por debajo de su piel. Ni siquiera podía sentarse, no podía ponerse cómoda. Tenía frío todo el tiempo, se le dormían las manos y los pies. Algunos días no tenía energía suficiente ni para ir al baño y se lo hacía encima. —Hizo una pausa, abrumado por los recuerdos—. Dormía diez o doce horas al día. Se le cayó el pelo. Le daban unas tiritonas que no podía controlar. Tenía taquicardias. Su piel era como... era repugnante. Estaba llena de escamas que se le desprendían sin más. Y ella pensaba que merecía la pena. Pensaba que así estaba más guapa.

—¿La hospitalizaron en algún momento?

Michael se rio; todavía no entendían hasta qué punto llegó a ser horrible aquella situación.

—Entraba y salía del hospital general de Houston todo el tiempo. La alimentaban a través de una sonda. Ganaba el peso suficiente para que le dieran el alta, y en cuanto salía empezaba a meterse los dedos en la boca para vomitar otra vez. Sus riñones se colapsaron dos veces. Estaban muy preocupados por los daños que podía estar sufriendo el corazón. Yo estaba muy enfadado con ella por aquel entonces. No entendía por qué se infligía deliberadamente un daño tan monstruoso. Parecía... ¿Por qué matarse de hambre deliberadamente? ¿Por qué se hacía eso...? —Eché un vistazo a la habitación, al hogar tan frío que su hermana había creado para sí misma—. Control. Ella solo quería controlar algo, y supongo que fue lo que introducía en su boca.

—¿Está mejor? Me refiero a estos últimos años —le preguntó Faith.

Michael asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—Mejoró cuando se alejó de mi padre. Fue a la universidad, se licenció en empresariales. Luego se trasladó aquí, a Atlanta. Creo que la distancia la ayudó.

—¿Hace terapia?

—No.

—¿Tiene algún grupo de apoyo? ¿O un chat?

Michael negó con la cabeza, parecía muy seguro.

—Olivia cree que no necesita ayuda. Piensa que lo tiene todo bajo control.

—¿Tiene amigos, o...?

—No, no, nadie.

—¿Vive aún su padre?

—Murió hace unos diez años. No sufrió. Todo el mundo se alegró de que hubiera muerto mientras dormía.

—¿Es Olivia una persona religiosa? ¿Va a la iglesia o...?

—Quemaría el Vaticano si los guardias la dejaran pasar.

—¿Le suenan de algo los nombres de Jacquelyn Zabel, Pauline McGhee

o Anna? —le preguntó Will.

Michael dijo que no con la cabeza.

—¿Usted o su hermana han estado alguna vez en Michigan?

Michael los miró un poco desconcertado.

—Nunca. Es decir, yo no. Olivia ha vivido en Atlanta toda su vida adulta, pero puede que haya viajado allí en algún momento y yo no lo sepa.

—¿Le suena la frase «No voy a sacrificarme»? —preguntó Will.

—No. Pero es exactamente lo contrario de lo que hace Olivia con su vida. Se priva de todo, se sacrifica.

—¿Y las palabras «thinspo» y «thinspiration»?

—No —respondió Michael, meneando la cabeza.

Faith tomó el relevo.

—¿Y los niños? ¿Tuvo algún hijo Olivia? ¿Quería tener hijos?

—Habría sido físicamente imposible —respondió Michael—. Su cuerpo... Se hizo mucho daño. Sería imposible que pudiera llevar a término un embarazo.

—Pero podría adoptarlo.

—Olivia odiaba a los niños —lo dijo en voz tan baja que Faith apenas pudo oírle—. Sabía lo que podía pasarles.

Will formuló la pregunta que Will tenía en mente.

—¿Cree usted que lo estaba haciendo otra vez? Me refiero a no comer.

—No —respondió Michael—. Por lo menos no como antes. Por eso me llamaba cada mañana, a las seis en punto, para que supiera que estaba bien. A veces cogía el teléfono y me contaba algo. Otras veces simplemente decía: «Estoy bien», y colgaba el teléfono. Creo que para ella era como el Teléfono de la Esperanza. Espero que lo fuera.

—Pero ayer no lo llamó —dijo Faith—. ¿Es posible que estuviera enfadada con usted?

—No. —Se secó las lágrimas una vez más—. Nunca se enfadaba conmigo. Se preocupaba por mí. Se preocupaba por mí todo el tiempo.

Will se limitó a asentir y Faith preguntó:

—¿Por qué se preocupaba?

—Porque ella era... —Michael se interrumpió y se aclaró la garganta un

par de veces.

—Le protegía de su padre —dijo Will.

El hombre asintió repetidas veces y la habitación se quedó en silencio de nuevo. Parecía estar reuniendo valor para continuar.

—¿Creen ustedes que...? Olivia nunca alteraba su rutina.

Will lo miró directamente a los ojos.

—Puedo ser amable o puedo ser sincero, doctor Tanner. Solo existen tres posibilidades. La primera es que su hermana haya huido; la gente hace cosas así, le sorprendería saber lo frecuente que es. La segunda es que haya tenido un accidente...

—He llamado a todos los hospitales.

—La policía de Atlanta también. Han comprobado los expedientes y los tienen identificados a todos.

Michael asintió, probablemente porque ya lo sabía.

—¿Y cuál es la tercera posibilidad? —preguntó con temor.

—Que alguien la haya secuestrado —respondió Will—. Alguien que piensa hacerle daño.

Michael tragó saliva. Se estuvo mirando las manos un largo rato antes de asentir.

—Le agradezco su sinceridad, detective.

Will se puso en pie.

—¿Le parece bien que echemos un vistazo a la casa, a las cosas de su hermana?

El hombre volvió a asentir y Will le dijo a Faith:

—Yo miraré arriba, tú echa un vistazo por aquí abajo.

No le dio ocasión de discutir el plan y Faith decidió no discutir con él, pese a que lo más probable era que Olivia Tanner tuviera el ordenador arriba.

Dejó a Michael Tanner en la sala de estar y se dirigió a la cocina. La luz entraba a raudales por las ventanas, haciendo que todo pareciera aún más blanco. La cocina era muy bonita pero, al igual que el resto de la casa, parecía haber sido esterilizada. Las encimeras estaban completamente vacías, excepto por el televisor más plano que había visto en su vida. Hasta los cables y el enchufe estaban camuflados dentro de un diminuto agujero practicado en el

mármol levemente vetado de la encimera.

En la despensa no había mucha comida. Todo estaba cuidadosamente apilado y alineado, las cajas del derecho para que se viera bien la etiqueta, todas las latas exactamente en la misma posición. Había seis botes grandes de aspirinas sin abrir. La marca era diferente de la que Faith había visto en el dormitorio de Jackie Zabel, pero le pareció extraño que ambas mujeres tomaran tantas aspirinas.

Y había otro detalle que tampoco tenía ningún sentido.

Faith hizo algunas llamadas mientras registraba los armarios de la cocina. En voz muy baja pidió que comprobaran los antecedentes de Michael Tanner, solo para poder descartarlo cuanto antes. La siguiente llamada fue para pedir a varios agentes de la policía de Atlanta que hablaran con los vecinos. Solicitó también el registro de llamadas del hijo de Olivia Tanner para ver con quién había estado hablando, pero el móvil de la mujer probablemente estaría registrado a nombre del banco. Con un poco de suerte, en alguna parte habría una BlackBerry desde donde pudieran revisar su correo electrónico. Quizás había alguien en la vida de Olivia Tanner de cuya existencia no estaba al tanto su hermano. Faith meneó la cabeza, sabiendo que no había muchas posibilidades de que así fuera. La casa era digna de verse, pero parecía que nadie viviera allí. Nadie había celebrado ninguna fiesta allí, ni ninguna reunión de amigos. Y desde luego, ningún hombre había vivido allí.

¿Cómo sería la vida de Olivia Tanner? Faith había trabajado antes en casos de personas desaparecidas. La clave para averiguar lo que les había sucedido a esas mujeres —casi siempre se trataba de mujeres— era ponerse en su pellejo. ¿Qué cosas les gustaban y cuáles no? ¿Quiénes eran sus amigos? ¿Qué tenían de malo sus novios/maridos/amantes para que quisieran huir?

Con Olivia no había pistas, ningún ancla emocional a la que poder agarrarse. La mujer vivía en una casa sin vida sin un sofá cómodo en el que arrellanarse al final del día. Todos sus platos y cuencos estaban como nuevos, sin un solo arañazo, como si no se hubieran usado nunca. Hasta las tazas de café relucían por dentro. ¿Cómo podía ponerse en el lugar de una mujer que vivía en una aséptica caja blanca?

Faith volvió a los armarios de la cocina, pero no encontró nada fuera de lugar. Incluso el cajón donde se van guardando las cosas que siempre andan por enmedio estaba perfectamente ordenado: destornilladores en un estuche de plástico, un martillo colocado sobre una cuerda enrollada. Faith pasó el dedo por el interior del armario y no encontró ni una mota de polvo. Aquella mujer limpiaba los armarios de la cocina por dentro y por fuera.

Abrió el cajón de abajo y encontró un sobre grande como los que se usan para enviar fotografías por correo. Levantó la solapa y encontró unas páginas de papel cuché que habían sido cuidadosamente recortadas de unas revistas. En todas ellas se veían modelos en diferentes grados de desnudez, anunciando indistintamente perfumes o relojes de oro. No eran el tipo de mujer que se pone un jersey con una rebeca a juego y un collar de perlas mientras pasa alegremente el plumero y cuida de sus adorables niños. Esas modelos posaban de forma muy sensual, lasciva, pero sobre todo eran muy delgadas.

Faith había visto a esas modelos escuálidas antes. Hojeaba las revistas femeninas —*Cosmopolitan, Vogue, Elle*— como todo el que tenía que hacer cola en la caja del supermercado, pero al ver ahora a esas mujeres anoréxicas, sabiendo que Olivia Tanner había escogido esas fotos no porque quisiera recordar que tenía que comprar una sombra de ojos o un brillo de labios nuevos, sino porque aspiraba a ser un esqueleto viviente, Faith sintió que se le revolvía el estómago.

Recordó lo que les había contado Michael Tanner, la tortura a la que se había sometido su hermana deliberadamente para estar delgada. No sabía por qué Will estaba tan seguro de que la mujer había intentado proteger a su hermano. No parecía probable que un hombre que violaba a su hija fuera también tras su hijo, pero Faith llevaba demasiado tiempo trabajando en la policía como para saber que los criminales no siempre seguían una pauta lógica. Por más que se hubiera quedado embarazada siendo una adolescente, la familia de Faith era bastante normal; no había alcohólicos maltratadores ni tíos perversos. En asuntos relacionados con infancias disfuncionales, Faith confiaba en el criterio de Will.

Nunca le había contado nada explícitamente, pero ella imaginaba que

había sufrido abusos en diversas ocasiones cuando era niño. Tenía el labio superior partido, y no había cicatrizado bien. La leve cicatriz que recorría su mandíbula y se perdía dentro del cuello de su camisa parecía muy antigua, una de esas heridas que te haces de niño y te dejan una huella con la que tienes que vivir el resto de tu vida. Había trabajado con Will en los días más calurosos del verano y nunca le había visto remangarse ni aflojarse el nudo de la corbata. La pregunta sobre cómo se castigaba Olivia Tanner había sido muy reveladora; Faith pensaba a menudo que Angie Polaski era un castigo que el propio Will se imponía a sí mismo.

Oyó pasos en las escaleras. Will entró en la cocina meneando la cabeza.

—He pulsado la tecla de rellamada del teléfono de arriba. Me saltó el contestador de su hermano en Houston.

Traía un libro en la mano.

—¿Qué es eso?

Will le pasó la delgada novela, que tenía la signatura de una biblioteca en el lomo. En la cubierta se veía a una mujer desnuda sentada a horcajadas. Llevaba tacones de aguja, pero la pose era más artística que pornográfica, indicando que aquello era literatura, no basura. No era la clase de novela que solía leer Faith. Leyó la sinopsis de la contracubierta y le explicó a Will:

—Va de una mujer que es diabética, adicta a la metanfetamina y tiene un padre que abusa de ella.

—Una historia de amor —dijo, y aventurándose con el título—. *¿Revelación?*

Le faltó muy poco. Faith imaginó que, por lo general, Will leía las tres primeras letras de una palabra y, a partir de ahí, trataba de adivinar el resto. Casi siempre acertaba, pero patinaba con las palabras poco frecuentes.

Dejó el libro bocabajo sobre la encimera.

—¿Has visto algún ordenador?

—Ni ordenador, ni diario, ni agenda. —Se puso a abrir los cajones y encontró el mando a distancia del televisor. Lo encendió y giró la pantalla para verlo mejor.

—Esta es la única televisión que hay en la casa.

—¿No hay una en el dormitorio?

—No. —Will zapeó y encontró los canales habituales—. No tiene cable, y tampoco hay ningún módem ADSL en el cajetín del sótano.

—Así que no tiene una conexión de alta velocidad —dedujo Faith—. Quizás use una telefónica. A lo mejor tiene un portátil en el trabajo.

—O a lo mejor se lo ha llevado alguien.

—O simplemente prefiere no traerse el trabajo a casa. Su hermano dice que está en la oficina desde que amanece hasta que se pone el sol.

Will apagó el televisor.

—¿Has encontrado algo aquí abajo?

—Aspirinas —respondió Faith, señalando los frascos que había en la despensa—. ¿Qué querías decir con eso de que Olivia protegía a Michael?

—Es lo que estábamos hablando en el despacho de Pauline. ¿Dedicaban mucho tiempo tus padres a tu hermano cuando tú te metías en líos?

Faith negó con la cabeza y se dio cuenta de que lo que decía tenía mucho sentido. Olivia había llamado la atención sobre sí misma para que su hermano pudiera crecer tranquilo y tener una vida lo más normal posible. No era de extrañar que el hombre estuviera carcomido por la culpa. Era un superviviente.

Will estaba mirando por la ventana del fondo, a la casa aparentemente deshabitada de enfrente.

—Esas cortinas abiertas me dan mala espina.

Faith se acercó a la ventana. Tenía razón. Todas las persianas de las ventanas de la parte de atrás estaban cerradas, salvo por las cortinas abiertas en la puerta del sótano.

—Doctor Tanner, vamos a salir fuera un momento. Enseguida volvemos —dijo elevando el tono de voz.

—De acuerdo —respondió el hombre.

Aún tenía la voz temblorosa, así que Faith explicó:

—No hemos encontrado nada todavía. Solo estamos mirando.

Se quedó esperando una respuesta, pero Michael no respondió. Will abrió la puerta y salieron a la terraza.

—Usa la talla 36. ¿Es eso normal? —preguntó Will.

—Para mí la quisiera —murmuró Faith, y entonces se dio cuenta de lo

que acababa de decir—. Es una talla pequeña, pero no horrible.

Inspeccionó de nuevo el jardín de Olivia. Como la mayoría de parcelas urbanas, medía apenas mil metros cuadrados, el perímetro estaba vallado y había postes telefónicos cada sesenta metros. Faith siguió a Will por las escaleras. La valla de cedro parecía muy cara, las tablas eran lisas y los soportes estaban por fuera.

—¿Crees que es nueva? —le preguntó.

Will dijo que no con la cabeza.

—La han limpiado a presión. El cedro es más rojizo.

Llegaron al límite de la parcela y se detuvieron. Había marcas en las planchas de cedro, unos arañazos profundos que llegaban hasta el centro.

—Parecen hechos con los pies, como si alguien hubiera intentado trepar por ella.

Faith miró la casa de enfrente otra vez.

—A mí me parece que está vacía. ¿Crees que la habrán embargado?

—Solo hay un modo de saberlo. —Will se fue hacia el otro lado de la valla y se puso a escalarla sin darse cuenta de que Faith estaba a su lado—. ¿Me esperas aquí? O podemos dar una vuelta por fuera.

—¿Tan patética te parezco? —preguntó Faith agarrándose a la valla.

Era uno de los ejercicios que hacían en la academia de policía, pero de eso hacía muchos años y entonces no llevaba falda. Fingió no darse cuenta cuando Will la empujó por detrás, y confió en que él fingiera no ver que llevaba unas bragas azules que parecían de su abuela. De algún modo logró pasar al otro lado. Will se aseguró de que se había apartado y saltó por encima de la valla como un gimnasta chino de diez años.

—Exhibicionista —murmuró Faith mientras subía la cuesta en dirección a la casa vacía.

El sótano tenía un gran ventanal con puertas correderas en ambos extremos. A medida que se acercaba vio que una de ellas estaba abierta. Una ráfaga de viento agitó las cortinas.

—No puede ser tan fácil —dijo Will, seguramente pensando lo mismo que Faith: «¿Estaría su sospechoso escondido en aquella casa? ¿Era ahí donde tenía a sus víctimas?». Se dirigió hacia la casa con paso decidido.

—¿Pido refuerzos? —preguntó Faith.

Will no parecía muy preocupado. Empujó la puerta con el codo y se asomó.

—¿Has oído hablar de la causa probable?

—¿Oyes ese ruido? —preguntó Will, pero los dos sabían que no habían oído nada. Según la ley, no podían entrar en un domicilio particular sin una orden judicial o alguna señal de peligro inminente.

Faith se dio la vuelta y miró hacia la casa de Olivia Tanner. Era evidente que la mujer no sentía la necesidad de cubrir las ventanas con cortinas o persianas. Desde donde estaba Faith podía ver perfectamente la cocina y lo que debía de ser el dormitorio de Olivia.

—Deberíamos llamar y pedir una orden.

Will ya estaba dentro de la casa. Faith maldijo entre dientes mientras sacaba la pistola del bolso. Entró por el sótano, andando con mucho cuidado sobre la alfombra bereber. El sótano estaba acondicionado, probablemente lo usaban como salón de juegos. Había una mesa de billar, un pequeño bar con un fregadero y cables sueltos en la pared, probablemente para un sistema de *home cinema*. No veía a Will por ninguna parte.

—Idiota —masculló Faith, dando un paso más y abriendo la puerta hasta dejarla pegada a la pared. Se puso a escuchar, agudizando el oído hasta hacerse daño—. ¿Will? —susurró.

No hubo respuesta, y Faith continuó avanzando con el corazón desbocado. Se inclinó por encima del bar y vio una caja vacía con una lata de refresco al lado. A su espalda había un armario con la puerta entornada. Faith la abrió con el cañón de la pistola.

—Está vacío —dijo Will, apareciendo por detrás de una esquina y dándole un susto de muerte.

—¿Qué coño estás haciendo? —espetó Faith en tono cortante—. Ese tío podía haber estado dentro.

Will no se inmutó.

—Tenemos que averiguar quién tiene acceso a esta casa. Agentes inmobiliarios, contratistas, alguien interesado en comprarla. —Sacó un par de guantes de látex del bolsillo e inspeccionó la puerta corredera—. Hay marcas

hechas con una herramienta. Alguien ha forzado la cerradura.

Fue hacia las ventanas, que estaban cubiertas con contraventanas de plástico barato. Una de las hojas estaba doblada. Will abrió y dejó que la luz natural iluminara la estancia. Se agachó y examinó el suelo.

Faith se guardó la pistola en el bolso. Su corazón seguía latiendo como un tambor militar.

—Will, me has dado un susto de mil pares de narices. No vuelvas a entrar así en una casa sin mí.

—Mira —dijo, cogiéndola de la mano—. Huellas de pisadas.

La agente vio la silueta rojiza de un par de zapatos en la superficie de la alfombra. Una de las cosas buenas de vivir en Georgia era la arcilla roja que se adhería a todas las superficies, ya estuvieran secas o mojadas. Echó un vistazo por la ventana, más allá de la contraventana rota. Desde allí se veía perfectamente la casa de Olivia.

—Tenías razón —dijo Will—. Las ha estado vigilando. Las sigue, estudia sus rutinas, sabe quiénes son.

Se fue al bar y abrió los armarios de detrás de la barra.

—Alguien ha usado esta lata de Coca-Cola como cenicero.

—Los operarios de la mudanza, seguramente.

Will abrió la nevera. Oyó un tintineo de cristales.

—Cerveza de raíz Doc Peterson —probablemente había reconocido el logo.

—Deberíamos largarnos de aquí para no contaminar la escena más de lo que ya lo hemos hecho.

Afortunadamente, parecía que Will era de la misma opinión. Salió tras ella y volvió a dejar la puerta como la habían encontrado.

—Este caso es diferente —dijo Faith.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —admitió ella—. No encontramos nada en casa de la madre de Jackie ni en el despacho de Pauline. Leo registró su casa y tampoco había nada allí. Nuestro hombre no deja pistas, así que, ¿cómo es que ahora tenemos dos huellas de zapatos? ¿Por qué se dejó la puerta abierta?

—Perdió a sus dos primeras víctimas; Anna y Jackie lograron escapar.

Quizá ya le había echado el ojo a Olivia Tanner. A lo mejor tuvo que adelantar el secuestro para reemplazarlas.

—¿Quién puede saber que esta casa está deshabitada?

—Cualquiera que se haya fijado un poco.

Faith miró de nuevo hacia la casa de Olivia y vio a Michael Tanner en el porche de atrás. La idea de volver a arrastrar su culo por encima de aquella valla no le hacía demasiada gracia.

—Yo saltaré la valla. Tú vuelve dando un rodeo.

Faith meneó la cabeza y caminó hacia el jardín con paso decidido. Saltar la valla desde ese lado parecía más fácil, pues podía apoyar el pie en los soportes. Había una tabla larga en la parte inferior que utilizó como escalón y pudo pasar por encima con menos ayuda que antes. Will volvió a saltarla apoyándose en una sola mano.

Michael estaba en la puerta trasera de la casa de su hermana, con las manos entrelazadas, mirándoles mientras se acercaban.

—¿Pasa algo?

—Nada que podamos contarle ahora mismo —le dijo Faith—. Voy a necesitar que...

Su pie resbaló en el primer escalón y Faith se cayó lanzando un cómico grito, algo así como un «guau», aunque lo que sintió en ese momento no tenía ninguna gracia. Su vista se volvió loca por unos segundos y la cabeza le dio vueltas. Instintivamente se llevó la mano a la barriga, sin pensar en nada más que en la criatura que llevaba en el vientre.

—¿Estás bien? —le preguntó Will.

Se había arrodillado junto a ella y le sujetaba la cabeza con la mano. Michael Tanner estaba al otro lado.

—Respire despacio hasta que recobre el aliento. —Tanteó su columna vertebral con las manos, y Faith estaba a punto de darle un sopapo cuando recordó que era médico—. Respire hondo. Inspire, espire.

Faith intentó seguir sus indicaciones. Estaba jadeando y no sabía por qué.

—¿Estás bien? —le preguntó Will.

Faith asintió, pensando que quizás sí.

—Solo se me ha cortado la respiración un momento —dijo, por fin—.

Ayúdame a levantarme.

Will la cogió por las axilas y Faith se dio cuenta de lo fuerte que era al ver con qué facilidad la levantaba del suelo.

—Tienes que dejar de caerte de esta manera.

—Soy una idiota.

Todavía tenía la mano en la barriga. Faith se obligó a retirarla. Se quedó allí de pie, callada, escuchando el interior de su cuerpo, a ver si sentía una punzada o un retortijón que pudiera indicar que algo iba mal. No sintió nada, no oyó nada. Pero ¿estaría bien?

—¿Qué es esto? —preguntó Will, quitándole algo que tenía enganchado en el pelo. Era un pedacito de algo parecido al confeti.

Faith se pasó los dedos por el pelo y miró hacia atrás. Vio que había varios pedacitos de papel en la hierba.

—¡Joder! —exclamó Will—. Vi papelitos como estos dentro de la mochila de Felix. Pero no es confeti: son de una Taser.

Capítulo quince

Sara no tenía ni idea de por qué estaba en el Grady en su día libre. Se había dejado la colada a medias, se había limitado a recoger un poco la cocina y el baño, que estaba en un estado tan lamentable que se moría de vergüenza cada vez que pensaba en ello. Y sin embargo allí estaba, otra vez en el hospital, subiendo a la decimosexta planta por las escaleras para que nadie la viera de camino a la UCI.

Se sentía culpable por no haberle efectuado un examen completo a Anna cuando la ingresaron en urgencias. Placas de rayos, resonancias magnéticas, ultrasonidos, escáner. Anna había pasado por prácticamente todos los cirujanos del hospital y todos habían pasado por alto las once bolsas de basura. Incluso habían llamado al CDC para que hicieran cultivos de la infección y no habían sacado nada en claro. A Anna la habían torturado, cortado, quemado, y tenía multitud de heridas que no se curaban por culpa del plástico que tenía dentro. Cuando Sara sacó las bolsas el hedor invadió toda la habitación. La mujer había empezado a pudrirse por dentro. Era un milagro que no hubiera sufrido un *shock* tóxico.

Lógicamente Sara sabía que no era culpa suya, pero en lo más íntimo de su ser sentía que había cometido un error. Se había pasado la mañana doblando ropa y fregando platos y, mientras tanto, había repasado mentalmente lo que había sucedido dos noches antes, cuando ingresaron a Anna. Se encontró inventando una realidad alternativa en la que podía hacer algo más que pasarle el caso al siguiente médico. Tuvo que recordarse que

hasta el simple hecho de estirarle las piernas para poder sacarle las placas le había causado un dolor insoportable. El trabajo de Sara consistía en estabilizarla para poder meterla en el quirófano, no en hacerle un examen ginecológico completo.

Pero aun así, se sentía culpable.

Se detuvo al llegar al rellano del piso dieciséis para recobrar el aliento. Probablemente estaba más en forma de lo que había estado nunca, pero la cinta y la bicicleta elíptica de su gimnasio no eran lo que se dice un buen entrenamiento para la vida real. En enero se había jurado que saldría a correr por lo menos una vez a la semana. El gimnasio de al lado de casa —con sus televisores y su atmósfera de temperatura controlada— la privaban de una de las ventajas que tenía salir a correr: tiempo a solas con sus pensamientos. Naturalmente una cosa era decir que querías pasar tiempo a solas y otra muy distinta hacerlo de verdad. Enero había dado paso a febrero, y ahora ya estaban en abril, pero esa mañana había salido a correr por primera vez desde que se hiciera aquella promesa.

Se agarró a la barandilla y subió el siguiente tramo. Para cuando llegó a la décima planta los muslos le ardían. Cuando por fin llegó a la decimosexta tuvo que pararse un momento y doblarse por la cintura para recobrar el aliento y que las enfermeras de la UCI no pensaran que se había vuelto completamente loca.

Metió la mano en el bolsillo para sacar la barra de cacao y se quedó paralizada. Una sensación de pánico le invadió el pecho mientras miraba en los demás bolsillos. No tenía la carta. La había llevado encima durante meses, como un amuleto que acariciaba cada vez que pensaba en Jeffrey. Siempre le recordaba a la odiosa mujer que la había escrito, la responsable de su muerte, y ahora ya no la tenía.

Sara se puso a pensar rápidamente dónde la había dejado. ¿Estaría en un bolsillo de la ropa que había echado a lavar? El corazón se le encogía solo de pensarlo. Repasó sus movimientos y, por fin, recordó que el día anterior, cuando llegó a casa después de la autopsia de Jacquelyn Zabel, había dejado la carta sobre la encimera de la cocina.

Abrió la boca y exhaló un profundo suspiro de alivio. La carta estaba en

casa. Esa misma mañana se la había llevado a la repisa de la chimenea, aunque parecía un sitio extraño para dejarla. La alianza de Jeffrey estaba allí, junto a la urna que contenía parte de sus cenizas. Aquellas dos cosas no deberían estar juntas. ¿En qué demonios estaba pensando?

La puerta se abrió y salió una enfermera con una cajetilla en la mano. Sara reconoció a Jill Marino, la mujer de la UCI que había estado cuidando de Anna la mañana anterior.

—¿No es hoy tu día libre? —le preguntó Jill.

Sara se encogió de hombros.

—Nunca me canso de este sitio. ¿Cómo está la paciente?

—La infección está respondiendo a los antibióticos. Estuviste rápida ahí. Si no le hubieras sacado esas bolsas a estas alturas ya estaría muerta.

Sara le hizo un gesto con la cabeza para agradecerle el cumplido, pensando que si las hubiera visto en el momento en que la examinó Anna se habría podido recuperar con más facilidad.

—Le han retirado la respiración artificial a eso de las cinco. —Jill abrió la puerta para dejar pasar a Sara—. Ya han llegado los resultados del escáner. Todo parece en orden, salvo por los daños en el nervio óptico; eso es permanente. Los oídos están bien, así que por lo menos puede oír. Todo lo demás está bien. No hay razón para que no despierte. —De repente, se dio cuenta de que la mujer tenía muchas razones para no despertar y añadió—: Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—¿Has terminado ya?

Jill señaló la cajetilla con expresión de culpabilidad.

—Voy a la azotea a contaminar un poco el aire.

—¿Serviría de algo que me molestara en decirte que eso te va a matar?

—Trabajar aquí me matará primero —replicó la enfermera, y empezó a subir las escaleras con paso cansino.

Seguía habiendo dos policías en la puerta de la habitación de Anna. No eran los mismos del día anterior, pero ambos se llevaron la mano a la gorra para saludar a Sara. Uno de ellos incluso le apartó la cortina y ella le sonrió al entrar en la habitación. Había un bonito centro de flores en la mesa junto a la pared. Sara las inspeccionó, pero no vio ninguna tarjeta.

Se sentó en la silla y se puso a pensar en las flores. Probablemente le habían dado el alta a algún paciente y este les había dado su ramo a las enfermeras para que ellas las repartieran como creyeran más conveniente. Pero parecían frescas, como si alguien las hubiera arrancado esa misma mañana del jardín de su casa. A lo mejor las había mandado Faith. Sara descartó esa idea de inmediato; no le parecía una mujer demasiado sentimental. Ni tampoco muy lista, al menos no en lo que a su salud se refería. Había llamado a la consulta de Delia Wallace esa mañana: Faith no había pedido cita aún. No iba a tardar en quedarse sin insulina. Tendría que arriesgarse a sufrir otro desmayo, o bien recurrir a ella otra vez.

Apoyó los brazos en la cama de Anna, y se quedó contemplando su rostro. Sin el tubo de la respiración era más fácil ver la cara que tenía antes de que todo aquello sucediera. Los moratones de la cara empezaban a curarse, por lo que su aspecto era aún peor. Su piel tenía un tono más saludable, pero estaba hinchada por todos los fluidos que le estaban suministrando. La desnutrición estaba tan avanzada que tardaría semanas en ganar el peso necesario.

Sara cogió su mano y la acarició. Seguía muy seca, así que cogió un frasco de leche hidratante del neceser que había junto a las flores. Era el que daban a todos los pacientes del hospital cuando ingresaban, con los artículos que el comité administrativo pensaba que podían necesitar: patucos antideslizantes, bálsamo labial y una leche hidratante que olía un poco a antiséptico.

Sara vertió un poco en la palma y se frotó las manos para entibiar la crema antes de coger la frágil mano de Anna entre las suyas. Podía contarle uno por uno los huesos, y sus nudillos parecían canicas. Tenía la piel tan seca que absorbía la crema tan pronto como la extendía. Estaba poniéndose un poco más en la mano cuando la paciente empezó a revolverse.

—¿Anna? —Sara le puso la mano en la mejilla y la presionó suavemente para reconfortarla.

Movió levemente la cabeza. La gente no se despertaba del coma como por arte de magia. Era un proceso, por lo general bastante largo. Un día podía abrir los ojos, balbucear cosas sin sentido, fragmentos de alguna

conversación mantenida mucho tiempo atrás.

—¿Anna? —repitió Sara, tratando de que su voz se mantuviera serena—. Necesito que te despiertes ya.

Volvió a mover la cabeza, pero esta vez estaba claro que la inclinaba hacia Sara. Esta continuó hablando con voz firme.

—Sé que es difícil, cariño, pero necesito que te despiertes. —los párpados de Anna se despegaron levemente. Sara se levantó y se colocó en su línea de visión, aunque sabía que la mujer no podía verla—. Despierta, Anna. Ya estás a salvo. Nadie va a hacerte daño.

Sus labios se movieron, pero estaban tan secos y cortados que la piel se rompió.

—Estoy aquí —le dijo Sara—. Puedo oírte, cielo. Intenta despertarte, hazlo por mí.

La respiración de Anna se aceleró, tenía miedo. La mujer estaba empezando a recordar lo que había sucedido, la agonía que había soportado y el hecho de que estaba ciega.

—Estás en el hospital. Sé que no puedes ver nada, pero oyes mi voz. Estás a salvo. Dos policías vigilan tu puerta día y noche. Nadie va a hacerte daño.

Anna alargó una mano temblorosa y sus dedos rozaron el brazo de Sara. La doctora le cogió la mano y la apretó cuanto pudo sin causarle dolor.

—Ya estás a salvo —le prometió Sara—. Nadie más te va a hacer daño.

De pronto Anna estrujó la mano de Sara con tal fuerza que sintió una punzada aguda en los dedos.

—¿Dónde está mi hijo?

Capítulo dieciséis

Cuando aprietas el gatillo de una Taser se disparan dos dardos conectados al arma por unos alambres y propulsados por gas nitrógeno que se proyectan a unos cincuenta metros por segundo. En unidades para uso civil cinco metros de cable metálico aislado administran una descarga de cincuenta mil voltios a la persona que lleva adheridos los electrodos contenidos en los dardos. Los impulsos eléctricos bloquean las funciones motoras y sensoriales, además del sistema nervioso central. A Will le habían disparado con una Taser en una sesión de entrenamiento. Todavía seguía sin recordar lo sucedido en el lapso de tiempo inmediatamente anterior y posterior a la descarga, solo recordaba que había sido Amanda la que había apretado el gatillo y que, cuando por fin logró levantarse del suelo, su jefa lucía una amplia sonrisa de satisfacción.

Como las balas de un arma de fuego, la Taser requería el uso de unos cartuchos que venían ya cargados con los cables y los dardos. Dado que los redactores de la Constitución no podían prever la invención de un arma de estas características, no existía ningún derecho inalienable en relación con la posesión de una Taser. Algún brillante pensador se las había arreglado para introducir un codicilo en su manufactura: todos los cartuchos para Taser debían incluir unos PIPUC, o Puntos Identificativos para la Prevención del Uso Criminal, que se liberaban por centenares cada vez que se disparaba un cartucho. A primera vista esos pequeños puntos parecían confeti. El diseño era deliberado: eran tantos los puntos que se disparaban, que al delincuente le resultaba imposible recogerlos todos para cubrir su rastro. Y lo mejor de todo

era que, examinado a través de una lente de aumento, el confeti revelaba un número de serie que servía para identificar el cartucho. Taser Internacional quería tener de su lado a la comunidad legal, así que había elaborado su propio programa de seguimiento. Lo único que había que hacer era llamarles y darles el número de serie de uno de los confetis para que ellos te proporcionaran el nombre y la dirección de la persona que había comprado el cartucho.

Faith solo tuvo que esperar tres minutos para que la empresa le proporcionara un nombre.

—Mierda —susurró Faith. Al darse cuenta de que seguía al teléfono añadió—: No gracias. Con eso me basta.

Cerró su móvil mientras se inclinaba para arrancar el Mini.

—El cartucho de la Taser fue adquirido por Pauline Seward. La dirección que me han dado es la de la casa vacía que hay enfrente de la de Olivia Tanner.

—¿Y cómo abonaron la compra?

—Con una tarjeta de regalo de American Express. La tarjeta no estaba a nombre de nadie, no hay manera de seguirle la pista. —Le lanzó a Will una mirada significativa—. Compraron los cartuchos hace dos meses, lo que implica que ha estado vigilando a Olivia Tanner durante todo ese tiempo como mínimo. Y puesto que utilizó el nombre de Pauline, debemos suponer que también estaba planeando secuestrarla.

—La casa vacía es propiedad del banco, pero no de la entidad en la que trabaja Olivia. —Will había llamado al número de la inmobiliaria que figuraba en el cartel que había en el jardín delantero mientras Faith hablaba con Taser—. Lleva vacía casi un año. Nadie se ha interesado en ella desde hace seis meses.

Faith se volvió para salir marcha atrás. Will alzó la mano para despedirse de Michael Tanner, que estaba sentado en el interior del Ford Escape, agarrando el volante con ambas manos.

—No reconocí los papelitos que había en la mochila de Felix —se lamentó Will.

—¿Y por qué ibas a hacerlo? Era la mochila de un niño y lo más lógico

era que fuera confeti. Hace falta una lupa para leer el número de serie. Si quieres culpar a alguien échale la culpa a la policía de Atlanta por no haberlos recogido en la escena del crimen. Sus chicos de la científica estaban allí. Imagino que pasarían un aspirador por las alfombras del coche, pero todavía no lo han analizado porque la desaparición de una mujer no es un asunto prioritario.

—La dirección del comprador del cartucho nos habría llevado hasta la casa que está justo detrás de la de Tanner.

—Olivia Tanner había desaparecido ya cuando inspeccionaste la mochila de Felix —le recordó Faith—. Fue la policía de Atlanta la que procesó la escena. Son ellos los que la han cagado.

Sonó el móvil de Faith. Miró la pantalla para ver quién llamaba y decidió no contestar.

—Además, saber que los puntos de la mochila de Felix provienen del mismo lote que los que encontramos en el jardín trasero de Olivia Tanner tampoco nos ha servido de mucho. Lo único que nos indica es que nuestro hombre lleva mucho tiempo planeando esto y que es bueno cubriendo su rastro. Pero eso ya lo sabíamos cuando nos levantamos esta mañana.

Will pensó que sabían mucho más que eso. Ahora tenían una conexión que vinculaba a las cuatro mujeres.

—Podemos vincular a Pauline con las demás mujeres. La frase «no voy a sacrificarme» establece una conexión entre Anna y Jackie, y los puntos la relacionan con Olivia.

Se quedó pensando en ello unos segundos, preguntándose qué más habría pasado por alto. Faith estaba en el mismo punto.

—Vamos a repasarlo todo desde el principio. ¿Qué es lo que tenemos?

—A Pauline y a Olivia las secuestraron ayer. A las dos las asaltaron con una pistola Taser cargada con el mismo cartucho.

—Las tres, Pauline, Jackie y Olivia padecen trastornos de la alimentación. Y por lo tanto debemos suponer que Anna también los padece, ¿no?

Will se encogió de hombros. No era un gran avance, pero era algo nuevo.

—Sí, vamos a suponerlo.

—Ninguna de ellas tiene amigos que puedan echarlas de menos. Jackie

tenía a la vecina, Candy, pero tampoco es lo que se dice una amiga íntima. Las tres son mujeres muy atractivas, delgadas, morenas y con los ojos castaños. Todas ellas se ganan muy bien la vida.

—Todas vivían en Atlanta, excepto Jackie —dijo Will a modo de advertencia—. Así que, ¿cómo la escogió? Solo llevaba una semana en Atlanta, vino para recoger las cosas de su madre.

—Debió de venir antes para ayudar con el traslado a la residencia de Florida —elucubró Faith—. Y nos estamos olvidando del chat. Podrían haberse conocido a través de él.

—Olivia no tenía ordenador en casa.

—A lo mejor tenía un portátil y se lo robaron.

Will se rascó el brazo pensando en la primera noche en la cueva, con todas aquellas enloquecedoras no-pistas que habían estado siguiendo desde entonces, todos los callejones sin salida en los que habían acabado.

—Parece como si el punto de partida de todo fuera Pauline.

—Ella fue la cuarta víctima. —Faith sopesó la situación—. Puede que haya estado reservándose lo mejor para el final.

—A Pauline no la secuestró en su casa, como parece que hizo con las otras víctimas. Fue secuestrada a plena luz del día. Su hijo estaba dentro del coche. La echaron de menos en el trabajo porque tenía una reunión importante. Nadie se percató de la desaparición de las demás mujeres, salvo por Olivia, pero no podía saber que esta llamaba a su hermano a diario a menos que nuestro hombre pinchara su teléfono, cosa que, obviamente, no hizo.

—¿Y qué me dices del hermano de Pauline? Insisto en que debía de estar muy asustada para advertir a su hijo. No hemos encontrado ni rastro de él. Podría haberse cambiado de nombre, como hizo Pauline cuando tenía diecisiete años.

Will se puso a enumerar todos los hombres que habían conocido a lo largo de la investigación.

—Henry Coldfield es demasiado mayor y tiene problemas de corazón. Rick Sigler ha vivido en Georgia toda su vida. Jake Berman... ¿quién sabe?

Faith tamborileó con los dedos sobre el volante, ensimismada. De repente

dijo:

—Tom Coldfield.

—Debe de tener más o menos tu edad. Debía de ser apenas un adolescente cuando Pauline se fugó.

—Tienes razón —admitió—. Además los tests psicológicos que hay que pasar para ingresar en las fuerzas aéreas habrían levantado la liebre hace tiempo.

—Michael Tanner —sugirió Will—. La edad encaja.

—Ya he pedido que comprueben su historial. Me habrían llamado si hubieran encontrado algo.

—Morgan Hollister.

—También lo están investigando —dijo Faith—. No parecía muy afectado por la desaparición de Pauline.

—Felix dijo que el hombre que se llevó a su madre vestía un traje como los que lleva Morgan, su compañero de trabajo.

—Claro. ¿Crees que Felix habría podido reconocer a Morgan?

—¿Con un bigote postizo? —Will negó con la cabeza—. No lo sé. De momento no vamos a tachar a Morgan de la lista. Podemos hablar con él al final del día, si no hay ningún otro avance.

—Tiene edad suficiente para ser su hermano, pero si lo fuera, ¿por qué iba Pauline a trabajar con él?

—La gente que sufre abusos se comporta de forma estúpida muchas veces —le recordó Will—. Tenemos que hablar con Leo a ver qué ha podido averiguar. Estaba en contacto con la policía de Michigan, intentando encontrar a los padres de Pauline. Se escapó de casa. ¿De quién quería huir?

—Del hermano —dijo Faith cerrando el círculo.

Volvió a sonar su móvil. Dejó que saltara el buzón de voz antes de abrirlo y marcar un número.

—Voy a ver dónde está Leo. Probablemente haya salido a trabajar sobre el terreno.

—Yo llamaré a Amanda y le diré que tiene que solicitar que nos traspasen oficialmente el caso de Pauline McGhee —se ofreció Will, que abrió el móvil justo cuando le entraba una llamada. Como estaba roto, a veces le hacía

extraños ruidos. Se llevó el auricular a la oreja y contestó.

—Eh. —La voz sonaba despreocupada, como miel tibia que acariciaba su oído. Le vino a la mente el lunar que tenía en la pantorrilla y el tacto que tenía cuando le acariciaba la pierna—. ¿Estás ahí?

Will miró a Faith y notó que un sudor frío empezaba a empaparle.

—Sí.

—Cuánto tiempo.

Volvió a mirar a Faith.

—Sí —repitió. Habían pasado ocho meses desde que un día saliera del trabajo y se encontrara con que el cepillo de dientes de Angie no estaba en el vaso del cuarto de baño.

—¿Qué haces? —preguntó Angie.

—Estoy en mitad de un caso.

—Qué bien. Me imaginé que andarías liado.

Faith había terminado de hablar por teléfono. Tenía la vista puesta en la carretera, pero si hubiera sido un gato habría tenido la oreja girada hacia Will.

—¿Llamas por lo de tu amiga? —preguntó Will.

—Lola tiene información interesante.

—Yo no me ocupo de eso —le dijo. El DIG no abría casos, los cerraba.

—Un chulo ha convertido un ático en un punto de venta de droga. Tienen sustancias de todos los colores, como si fueran caramelos. Coméntaselo a Amanda. Podrá presumir en las noticias de las seis posando delante de toda esa droga.

Will intentaba concentrarse en lo que le estaba diciendo Angie. Solo se oían el motor del Mini y el atentísimo oído de Faith.

—¿Sigues ahí, cariño?

—No me interesa —le dijo.

—Tú solo pasa la información por mí. Es el ático de un edificio de apartamentos llamado Veintiuno Beeston Place. El nombre es la dirección: el veintiuno de Beeston.

—No puedo ayudarte.

—Repítemelo para que yo sepa que te vas a acordar.

A Will le sudaban las manos de tal manera que tenía miedo de que se le

escurriera el teléfono.

—Veintiuno Beeston Place.

—Te debo una.

No pudo contenerse.

—Me debes un millón. —Pero ya era demasiado tarde, Angie había colgado el teléfono. Will fingió que aún había alguien al otro lado, y dijo—: De acuerdo. Adiós.

Para empeorar aún más las cosas el móvil se le escurrió cuando iba a cerrarlo y el cordel se despegó de la cinta aislante. De repente vio unos cables que sobresalían del aparato y que no había visto hasta ese momento. Oyó que Faith abría la boca, y la volvía a cerrar chasqueando los labios.

—Tengamos la fiesta en paz —le dijo Will.

Ella cerró la boca y tensó los dedos sobre el volante para girar con el semáforo en rojo.

—He llamado a la central. Leo está en la avenida North. Un doble homicidio.

El coche aceleró y Faith se saltó otro semáforo. Will se aflojó el nudo de la corbata pensando que hacía mucho calor dentro del coche. Le estaban empezando a picar los brazos otra vez. Estaba un poco mareado.

—Voy a ver si localizo a Amanda para... Angie me llamaba para darme un soplo. —Las palabras salieron de su boca sin que pudiera hacer nada por impedirlo. Se puso a pensar rápidamente en el modo de evitar decir nada más, pero su lengua parecía ignorar las órdenes que le daba el cerebro—. Han convertido un ático de Buckhead en un punto de venta de droga.

—Ah —fue todo cuanto dijo Faith.

—Está esa chica a la que conoció cuando trabajaba en antivicio. Una prostituta, Lola. Quiere salir de la cárcel y está deseando delatar a los traficantes.

—¿Es un buen soplo?

Will se encogió de hombros.

—Probablemente.

—¿Vas a ayudarla?

Se encogió de hombros otra vez.

—Angie es una ex policía, ¿no conoce a nadie en narcóticos? —preguntó Faith.

Will dejó que ella misma sacara sus conclusiones. Angie no era de las que deja puentes sin quemar: tendía a incendiarlos con alegría y luego vertía gasolina sobre las llamas. Evidentemente, Faith llegó a la misma conclusión.

—Puedo hacer algunas llamadas —le ofreció—. Nadie sabrá que es cosa tuya.

Will intentó tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca. Detestaba que Angie le causara ese efecto. Y detestaba aún más que Faith lo presenciara en primera fila.

—¿Qué te ha dicho Leo? —preguntó.

—No me lo coge, probablemente porque sabe que soy yo.

Justo en ese momento sonó su móvil. Faith miró quién llamaba y de nuevo decidió no cogerlo. Will imaginó que no tenía derecho a preguntarle qué estaba pasando, ahora que había decidido no discutir con ella sus llamadas personales. Se aclaró la garganta varias veces para poder hablar sin que su voz sonara como la de un adolescente.

—Una pistola Taser se utiliza a cierta distancia. Si pudiera acercarse más a ellas habría usado una porra eléctrica.

Faith retomó el hilo de la conversación original.

—¿Qué más tenemos? —preguntó—. Estamos esperando a que lleguen los resultados del ADN de Jacquelyn Zabel, a ver qué dicen los informáticos del portátil de Zabel y del ordenador del despacho de Pauline y a ver si encuentran más pruebas forenses en la casa de al lado de Olivia.

Will oyó un zumbido y Faith sacó su BlackBerry. Siguió manejando el volante con una sola mano mientras leía el mensaje.

—Es el registro de llamadas de Olivia Tanner. El mismo número cada mañana a eso de las siete. Es un número de Houston, Texas.

—Las siete de aquí son las seis en Houston —dijo Will—. ¿Es el único número al que llamaba?

Faith asintió.

—Desde hace meses. Probablemente usaba más el móvil. —Volvió a guardar la BlackBerry en el bolsillo—. Amanda está intentando conseguir

una orden para el banco. Han tenido la deferencia de mirar en sus bases de datos a ver si aparecían los nombres de las demás víctimas y no han encontrado nada, pero no nos van a permitir que toquemos el ordenador, el teléfono ni el correo electrónico de Olivia así como así. Por no sé qué de la legislación bancaria federal. Tenemos que entrar en ese chat.

—Yo creo que si formaba parte de algún grupo en Internet tendría que poder acceder desde casa.

—Su hermano dice que está todo el día en la oficina.

—Quizá se conocían en persona. Como en Alcohólicos Anónimos o en un grupo de costura.

—Hombre, no es la clase de anuncio que puedas poner en un tablero. «¿Disfrutas matándote de hambre? ¡Únete a nosotras!»

—¿Y de qué podían conocerse entonces?

—Jackie es agente inmobiliaria, Olivia trabaja en un banco que no concede hipotecas, Pauline es diseñadora de interiores y Anna se dedicará a lo que se dedique, que sin duda estará igualmente bien pagada. —Faith exhaló un profundo suspiro—. Tiene que ser el chat, Will. ¿De qué otro modo pudieron conocerse?

—¿Y por qué tendrían que conocerse? —replicó Will—. Al único que por fuerza tienen que conocer es al secuestrador. ¿Quién podría relacionarse con mujeres que trabajan en campos tan diferentes?

—Un conserje, el técnico que instala el cable, un basurero, un exterminador...

—Amanda ya se ha encargado de comprobar todo eso. Si hubiera alguna conexión a estas alturas ya lo sabríamos.

—Perdóname si no soy muy optimista. Han tenido dos días y ni siquiera han sido capaces de encontrar a Jake Berman.

Faith giró el volante y se metió por la avenida North. Dos coches de la policía de Atlanta bloqueaban el acceso a la escena del crimen. Vieron a Leo agitando las manos frenéticamente mientras le gritaba a un pobre chaval de uniforme.

El móvil de Faith volvió a sonar y se lo echó al bolso antes de bajarse del coche.

—Ahora mismo Leo no me puede ni ver. Quizá sería mejor que hablaras tú.

Will coincidió en que era lo mejor, sobre todo porque en ese momento parecía estar algo más que furioso. Seguía gritándole al policía cuando se acercaron a él. Una de cada dos palabras que pronunciaba era «joder» y tenía la cara tan congestionada que Will se preguntó si no estaría sufriendo un ataque al corazón.

Un helicóptero sobrevolaba la zona, lo que los agentes locales llamaban un «pájaro del gueto». Volaba tan bajo que a Will le palpitaban los tímpanos. Leo esperó a que se marchara antes de preguntarles:

—¿Qué coño hacéis vosotros aquí?

—Olivia Tanner, la mujer desaparecida de la que nos hablaste —le dijo Will—. Encontramos puntos de una Taser en la escena del crimen que nos han llevado hasta un cartucho adquirido por Pauline Seward.

—Joder —murmuró Leo.

—También encontramos una prueba en el despacho de Pauline McGhee que la relaciona con la cueva.

La curiosidad de Leo pudo más que el enfado.

—¿Creéis que Pauline es la persona que buscáis?

Will ni siquiera se había planteado esa posibilidad.

—No, creemos que la secuestró el mismo hombre que secuestró a las demás. Tenemos que averiguar todo lo que podamos...

—No hay mucho que contar —le interrumpió Leo—. He hablado con la policía de Michigan esta mañana. Me lo estaba guardando porque tu compañera últimamente es como un puto rayito de sol.

Faith abrió la boca, pero Will alzó la mano para detenerla.

—¿Qué has averiguado?

—Hablé con un veterano que atiende a los denunciantes. Se llama Dick Winters. Lleva treinta años en el oficio y le ponen a contestar teléfonos. ¿Te lo puedes creer?

—¿Se acordaba de Pauline?

—Sí, se acordaba. Era una chica muy guapa. Me dio la impresión de que al viejo le ponía.

A Will no le interesaban en absoluto los devaneos de un carcamal con una jovencita.

—¿Qué pasó?

—La pilló un par de veces por pequeños hurtos, bebía demasiado y se iba de la lengua. No llegó a detenerla nunca, se limitaba a llevarla de vuelta a su casa y a echarle un sermón. Era menor de edad, pero cuando cumplió los diecisiete empezó a ser difícil hacer la vista gorda. El propietario de una tienda se puso legalista y presentó cargos por hurto. Entonces el viejo policía fue a visitar a la familia para echarles una mano, y se dio cuenta de que algo no iba bien, de modo que se guardó la polla en los pantalones y se puso a hacer su trabajo. La chica tenía problemas en el colegio, y también en casa. Le dijo al policía que estaban abusando de ella.

—¿Llamó a los de servicios sociales?

—Sí, pero la pequeña Pauline desapareció antes de que pudieran hablar con ella.

—¿Recordaba los nombres de los padres? ¿Algo?

Leo negó con la cabeza.

—Nada. Solo Pauline Seward. —Chasqueó los dedos—. Sí dijo algo de un hermano que no estaba muy bien de la cabeza, ya sabéis lo que quiero decir. Un tío algo raro, vamos.

—¿Raro en qué sentido?

—Pues eso: raro. Ya sabéis, un tío de esos que te dan mal rollo.

Will tuvo que preguntar de nuevo.

—¿Pero el policía no recuerda su nombre?

—El expediente está sellado porque la chica era menor. Y el tribunal de menores no nos va a dar facilidades. Vais a necesitar una orden judicial para que los de Michigan puedan desbloquearlo. Han pasado veinte años. El viejo me ha dicho que hubo un incendio o no sé qué en el archivo hace diez. A lo mejor ni siquiera existe ya el expediente.

—¿Hace veinte años exactamente? —le preguntó Faith.

Leo la miró de reojo.

—Hará veinte años en Pascua.

Will quería dejar esto claro.

—¿Este domingo, el Domingo de Pascua, hará exactamente veinte años que desapareció Pauline McGhee, o Seward?

—No —dijo Leo—. Hace veinte años la Pascua cayó en marzo.

—¿Lo has comprobado? —le preguntó Faith.

Leo se encogió de hombros.

—Siempre es el domingo siguiente a la primera luna llena tras el equinoccio de primavera.

Will tardó unos segundos en darse cuenta de que Leo estaba hablando en su mismo idioma. Era parecido a oír ladrar a un gato.

—¿Estás seguro?

—¿De verdad creéis que soy idiota? —preguntó—. No hace falta que respondáis. El viejo estaba seguro. Pauline se largó el veintiséis de marzo, Domingo de Pascua.

Will intentó echar las cuentas pero Faith se le adelantó.

—Hace dos semanas. Eso podría encajar con las fechas en que pudieron secuestrar a Anna, según los cálculos de Sara.

Volvió a sonar su móvil.

—Dios —murmuró mientras miraba la pantalla para ver quién era. Esta vez atendió la llamada—. ¿Qué quieres?

La expresión de Faith fue cambiando paulatinamente: irritación, sorpresa y finalmente incredulidad.

—Oh, Dios mío —exclamó, llevándose la mano al pecho. Will pensó que se trataba de Jeremy, el hijo de Faith—. ¿Cuál es la dirección? —Se quedó boquiabierto— Beeston Place.

—Ahí es donde Angie... —dijo Will.

—Vamos para allá. —Faith cerró el móvil—. Era Sara. Anna se ha despertado. Está hablando.

—¿Y qué te ha dicho de Beeston Place?

—Es ahí donde vive... viven. Anna tiene un hijo de seis meses. La última vez que lo vio fue en su ático en el veintiuno de Beeston Place.

Will se puso al volante de un salto, echó bruscamente el asiento hacia atrás y arrancó sin esperar a que Faith cerrara la puerta. Iba a toda velocidad, derrapando y rebotando sobre las planchas metálicas que cubrían los tramos

de asfalto en construcción. En Piedmont saltó por encima de la mediana y se metió en dirección contraria, sorteando los coches para ahorrarse el semáforo. Faith iba callada a su lado, pero Will vio que apretaba los dientes con cada salto y cada giro.

—Vuelve a contarme lo que ha dicho —le dijo Faith.

No quería pensar en Angie en ese momento, no quería ni pensar que a lo mejor sabía que había un crío de por medio, un bebé cuya madre había sido raptada, un niño que se había quedado solo en un ático que se había convertido en un punto de venta de droga.

—Drogas —le dijo a Faith—. Eso es todo lo que me dijo, que lo estaban usando como punto de venta.

Faith se quedó callada mientras Will aminoraba y doblaba por la calle Peachtree. No había mucho tráfico teniendo en cuenta la hora, lo que significaba que había un atasco de unos cuatrocientos metros. Volvió a ir en dirección contraria, pero tuvo que meterse en el estrecho arcén para no chocar con un camión de la basura. Faith clavó las manos en el salpicadero cuando dio un volantazo y frenó justo delante de los apartamentos Beeston Place.

El coche se tambaleó cuando Will se bajó. Corrió hacia la entrada. Oyó a lo lejos las sirenas de los coches patrulla y una ambulancia. El portero estaba tras un mostrador alto leyendo el periódico. Era un tipo gordo, y el uniforme era demasiado pequeño para su inmensa barriga.

Will sacó su identificación y se la puso justo delante de la cara.

—Tengo que entrar en el ático.

El portero le dedicó una de las sonrisas más antipáticas que Will había visto últimamente.

—¿Ah, sí? ¿En serio? —dijo con acento ruso o ucraniano.

Faith se reunió con ellos casi sin resuello. Echó un vistazo a la chapa con el nombre.

—Señor Simkov, esto es importante. Creemos que un niño podría estar en peligro.

El portero se encogió de hombros.

—Nadie entra si no está en la lista, y puesto que ustedes no están...

Will sintió que algo se rompía en su interior. Antes de saber qué le estaba

pasando su mano se disparó, agarró a Simkov por la nuca y estampó su cara contra el mostrador de mármol.

—¡Will! —gritó Faith, sorprendida.

—Deme la llave —ordenó Will, apretando la cabeza del hombre con más fuerza aún.

—Bolsillo —logró decir Simkov, que tenía la boca tan apretada contra el mostrador que los dientes arañaban la superficie.

Will tiró de él, buscó en los bolsillos delanteros y encontró un manajo de llaves sujetas por un aro. Se las tiró a Faith y se dirigió hacia el ascensor con los puños apretados a los lados.

Ella pulsó el botón del ático.

—Dios —murmuró—. Ya lo has demostrado, ¿vale? Me ha quedado claro que puedes ser un tipo duro. Ahora haz el favor de calmarte.

—Vigila la puerta. —Will estaba tan furioso que apenas podía hablar—. Sabe todo lo que pasa en el edificio. Tiene las llaves de todos los apartamentos, incluido el de Anna.

La agente comprendió que aquello no había sido una exhibición.

—Vale. Tienes razón. Pero vamos a tomarnos las cosas con calma, ¿de acuerdo? No sabemos lo que nos vamos a encontrar ahí arriba.

Will sentía que los tendones de sus brazos temblaban. El ascensor llegó al ático y las puertas se abrieron. Salió al descansillo y esperó a que Faith encontrara la llave correspondiente para abrir la puerta. La halló, y Will colocó su mano sobre la de ella para coger la llave. No se anduvo con miramientos. Sacó la pistola y abrió la puerta de un golpe.

—¡Ah! —exclamó Faith, llevándose la mano a la nariz.

Will también podía olerlo: una desagradable mezcla de plástico quemado y algodón de azúcar.

—Crack —dijo Faith agitando la mano delante de su cara.

—Mira. —Will señaló el recibidor. En el suelo, unos confetis rizados se habían quedado secos en medio de un líquido amarillo: puntos de una Taser.

Frente a Will había un largo pasillo con dos puertas cerradas a un lado. Al fondo se veía el salón. Los sofás estaban volcados y les habían arrancado el relleno. Había basura por todas partes. Un tipo muy grande estaba tumbado

bocabajo en el recibidor, con los brazos en cruz. Tenía una de las mangas de la camisa remangadas, un torniquete alrededor del bíceps y una jeringuilla clavada en el brazo.

Will avanzó apuntando al frente con su Glock. Faith sacó también su arma, pero su compañero le hizo un gesto para indicarle que esperara. Se percibía el olor putrefacto del cadáver, pero le buscó el pulso por si acaso. Había un revólver junto al pie del cadáver, un Smith & Wesson con las cachas doradas que le daban un aspecto similar a los que se pueden encontrar en la sección de juguetería de un todo a cien. Will apartó el revólver de una patada, aunque el hombre ya no estaba en condiciones de cogerlo.

Hizo pasar a Faith y, a continuación, se dirigió a la primera puerta cerrada del pasillo. Esperó a que ella estuviera en posición y echó la puerta abajo. Era un armario con un montón de abrigos amontonados en el suelo. Will apartó el montón con el pie, comprobando que no había nada debajo de los abrigos antes de pasar a la siguiente puerta. De nuevo esperó a que Faith estuviera preparada y abrió la puerta de una patada.

Ambos se taparon la boca para no respirar el fuerte hedor. El retrete estaba rebosando y había manchas de heces por las oscuras paredes de ónix. Un líquido de color marrón oscuro había atascado el lavabo. Will notó que la carne se le ponía de gallina: el olor de la habitación le recordaba la cueva en la que habían estado encerradas Anna y Jackie. Tuvieron que ir sorteando cristales, agujas, condones. Había una camiseta blanca hecha una bola y manchada de sangre por la parte exterior. Al lado se veía una zapatilla con los cordones todavía atados apoyada en la pared.

La cocina estaba al lado del salón. Will miró detrás de la isla para asegurarse de que no había nadie allí, mientras Faith se abría camino entre los muebles volcados y más cristales.

—Despejado —dijo Faith.

—Por aquí también.

Will abrió el armario de debajo del fregadero, buscando el cubo de la basura. La bolsa era blanca, como las que habían encontrado dentro de las mujeres. El cubo estaba vacío, era lo único limpio en todo el apartamento.

—Coca —aventuró Faith señalando un par de ladrillos blancos que había

sobre la mesita de café. Alrededor había varias pipas desperdigadas y agujas, billetes enrollados, cuchillas de afeitar—. Qué desastre. No me puedo creer que hubiera gente viviendo aquí.

A Will no le sorprendían los extremos a los que podía llegar un yonqui, ni la destrucción que acarreaban. Había visto bonitas casas de las afueras convertidas en fumaderos de crack en cuestión de días.

—¿Dónde está todo el mundo?

Faith se encogió de hombros.

—No creo que un cadáver les asustara tanto como para dejarse aquí toda esa coca. —Echó un vistazo al cadáver del hombre—. Igual lo dejaron aquí vigilando la mercancía.

Registraron el resto del apartamento los dos juntos. Tres dormitorios, uno de ellos decorado en tonos azules y con motivos infantiles y dos baños más. Todos los lavabos y los retretes estaban atascados. Las sábanas estaban revueltas encima de las camas, los colchones estaban del revés, habían sacado la ropa de los armarios y los televisores habían desaparecido. Había un ratón y un teclado sobre un escritorio en una de las habitaciones, pero no había ordenador. Obviamente, quien hubiera estado ocupando el apartamento había arramblado con todo.

Will guardó el arma en su funda. Estaba al fondo del pasillo. Dos técnicos sanitarios y un agente de uniforme esperaban en la puerta principal. Will les hizo un gesto para que entraran.

—Muerto del todo —dictaminó uno de los sanitarios, limitándose a hacer la comprobación de rutina con el cadáver del yonqui.

—Mi compañero está hablando con el portero —dijo el policía. Se dirigió a Will con voz serena—: Parece como si se hubiera caído. Tiene un golpe en el ojo.

Faith enfundó su arma.

—Estos suelos resbalan mucho.

El policía asintió con una mirada de complicidad.

—Sí, seguro que fue un resbalón.

Will volvió a la habitación del niño. Registró el armario lleno de ropa de bebé colgada en minúsculas perchas. Fue hasta la cuna y levantó el colchón.

—Ten cuidado —le advirtió Faith—. Podría haber alguna aguja.

—Él no se lleva a los niños —dijo pensando en voz alta—. Se lleva a las mujeres, pero deja a los niños.

—A Pauline no la secuestró en su casa.

—Pauline es diferente —le recordó Will—. A Olivia la asaltó en su jardín. A Anna, en la puerta principal. Ya has visto los puntos de la Taser. Y yo diría que a Jackie Zabel la secuestró en casa de su madre.

—A lo mejor el bebé de Anna está con alguna amiga.

Will dejó de buscar, sorprendido por el tono de desesperación que percibió en la voz de Faith.

—Anna no tiene amigos. Ninguna de esas mujeres tiene amigos. Por eso las secuestra.

—Ha pasado como mínimo una semana, Will —dijo Faith, con voz temblorosa—. Mira a tu alrededor. Este sitio es un desastre.

—¿Quieres convertir el apartamento en una escena del crimen? —le preguntó, dejando que ella sobreentendiera el resto: «¿Quieres que sea otra persona la que encuentre el cadáver?».

Faith probó con otra táctica.

—Sara me dijo que el apellido de Anna es Lindsay. Es abogada mercantil. Podemos llamar a su despacho y ver si...

Con mucho cuidado Will levantó la cubierta de plástico del cubo de los pañales que había junto al cambiador. Los pañales estaban usados, pero no era la fuente del penetrante hedor que había en el apartamento.

—Will...

El agente fue al cuarto de baño contiguo y miró en la papelera.

—Quiero hablar con el portero.

—¿Por qué no dejas que...?

Will salió del cuarto de baño antes de que ella pudiera terminar la frase. Volvió al salón, miró debajo de los sofás y sacó el relleno de varias sillas para ver si había algo o alguien dentro.

El policía estaba probando la coca, y parecía encantado con el descubrimiento.

—Esto es un alijo encontrado en un registro completamente justificado.

Tengo que llamar para dar parte.

—Dame un minuto —le dijo Will.

Uno de los sanitarios preguntó:

—¿Queréis que nos quedemos por aquí?

—No —respondió Faith.

—Sí —dijo Will al mismo tiempo—. No os vayáis a ninguna parte —le dijo Will, para que quedara claro.

—¿No conocerás a un técnico de ambulancias llamado Rick Sigler? —le preguntó Faith.

—¿Rick? Sí —respondió el hombre, un tanto sorprendido por la pregunta.

Will interrumpió su conversación. Volvió al baño, respirando por la boca para que el olor del pis y de la caca no le hicieran vomitar. Cerró la puerta y volvió a la entrada principal. Se agachó para examinar los papelitos: estaba casi seguro de que estaban impregnados de orina seca.

Will se puso de pie, salió al pasillo y miró hacia el apartamento. El ático de Anna ocupaba toda la planta. No había más pisos, ni vecinos. Nadie la habría oído gritar ni habría visto al asaltante.

El asesino habría estado delante de la puerta principal, donde estaba Will. Miró hacia el pasillo, pensando que el hombre podría haber subido por las escaleras, o bajado. Había una salida de emergencia. Podría haber entrado desde la azotea. O a lo mejor el impresentable del portero le había dejado entrar por el portal, igual hasta le pulsó el botón del ascensor. La puerta de Anna tenía mirilla. Seguro que había mirado antes de abrir. Todas estas mujeres eran precavidas. ¿A quién dejaría entrar? A alguien que le traía un paquete. Al de mantenimiento. Quizás al portero.

Faith se dirigía hacia Will. La expresión de su cara era indescifrable, pero la conocía lo suficiente como para saber lo que estaba pensando: «Es hora de marcharse». Miró hacia el descansillo una vez más. Había otra puerta un poco más allá, en la pared de enfrente del apartamento.

—Will... —dijo Faith, pero él ya se dirigía hacia la puerta.

Abrió la puerta. Dentro había una trampilla metálica para tirar la basura, cajas apiladas para reciclar y un cubo para el vidrio y otro para las latas. Un bebé descansaba en el cubo de los plásticos. Tenía los ojos entrecerrados y

los labios un poco separados. Su piel estaba muy pálida, cerúlea.

Faith se asomó por detrás de Will. Le agarró del brazo: se había quedado inmóvil. El mundo había dejado de girar. Se agarró al pomo de la puerta al notar que sus rodillas flaqueaban. Faith emitió un sonido que parecía un gemido.

El bebé giró la cabeza hacia el sonido y abrió lentamente los ojos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Faith. Apartó a Will de un empujón y cayó de rodillas para coger al niño en brazos—. ¡Ve a buscar ayuda! ¡Will, busca ayuda!

El agente sintió que el mundo volvía a la normalidad.

—¡Aquí! —les gritó a los sanitarios—. ¡Traed el maletín!

Faith se acercó al niño y lo examinó para ver si tenía cortes o golpes.

—Corderito —susurró—, estás bien. Ya te tenemos. Estás bien.

Will se quedó contemplando a su compañera con el bebé en brazos, el modo en que le acariciaba la cabeza y le besaba la frente. La criatura apenas podía abrir los ojos y tenía los labios muy pálidos. Will quería decir algo, pero tenía un nudo en la garganta. Sentía frío y calor al mismo tiempo, como si pudiera echarse a llorar delante de todo el mundo.

—Ya te tengo, mi vida —murmuró Faith con la voz estrangulada por la angustia. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Will nunca la había visto en su papel de madre, al menos no con un bebé. Le rompió el corazón ver el lado dulce de Faith, esa parte de ella que era capaz de preocuparse tanto por otro ser humano que sus manos temblaban cuando lo acercó a su pecho.

—No llora —susurró—. ¿Por qué no llora?

Por fin Will consiguió hablar.

—Sabe que nadie vendrá a ver por qué llora.

Se inclinó y rodeó la cabecita del niño con la mano, intentando no pensar en las horas que había pasado allí solo, llorando, esperando a que alguien viniera.

El sanitario tragó saliva, anonadado. Llamó a su compañero mientras cogía al bebé de los brazos de Faith. El pañal estaba sucio. Tenía el abdomen distendido; la cabeza le colgaba hacia un lado.

—Está deshidratado. —El sanitario miró si sus pupilas estaban reactivas y

le levantó los labios para mirarle las encías—. Y desnutrido.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó Will.

El hombre meneó la cabeza.

—No lo sé. Está muy mal.

—¿Cuánto tiempo...? —Faith no pudo terminar la frase—. ¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—No lo sé —repitió el hombre—. Un día. Quizá dos.

—¿Dos días? —preguntó Will seguro de que el hombre se equivocaba—. La madre desapareció hace una semana, quizá más.

—Si llevara más de una semana estaría muerto. —Con mucho cuidado, el sanitario le dio la vuelta—. Tiene costras de haber estado tumbado mucho tiempo en la misma posición. —Soltó un improperio entre dientes—. No sé cuánto tiempo tardan en aparecer, pero alguien le ha estado dando de beber, por lo menos. No podría haber sobrevivido sin eso.

—Puede que la prostituta... —dijo Faith.

No terminó la frase, pero Will sabía lo que quería decir. Seguramente Lola le habría estado echando un ojo al bebé de Anna después de que la secuestraran. Entonces se la habían llevado detenida y el bebé se había quedado solo.

—Si Lola lo estaba cuidando —dijo Will—, tendría que salir y entrar del edificio.

Se abrieron las puertas del ascensor. Will vio a un segundo policía que venía con Simkov, el portero. Tenía un hematoma debajo del ojo y la ceja partida de cuando Will lo estrelló contra el mostrador.

—Ese —dijo el portero señalando a Will con gesto triunfal—. Ese es el que me golpeó.

Will apretó los puños. Tenía la mandíbula tan apretada que pensó que se le iban a romper los dientes.

—¿Sabía que este bebé estaba aquí arriba?

Simkov adoptó un tono desdeñoso.

—¿Y yo qué sé de un bebé? A lo mejor el portero de noche... —Se interrumpió y miró hacia el apartamento—. ¡Jesús, María y José! —murmuró algo en su lengua materna—. Pero ¿qué han estado haciendo aquí?

—¿Quién? —preguntó Will— ¿Quién ha estado aquí?

—¿Ese hombre está muerto? —preguntó Simkov con la vista fija en el desastre del apartamento—. Por Dios bendito, miren este sitio. ¡Qué peste!

Simkov intentó entrar en el apartamento, pero el policía se lo impidió. Will le dio otra oportunidad al portero, y vocalizando bien las palabras le preguntó:

—¿Sabía que este bebé estaba aquí arriba?

Simkov se encogió de hombros, alzándolos hasta las orejas.

—¿Y qué coño sé yo lo que pasa en las casas de estos ricachones? ¿Me pagan ocho dólares a la hora y usted pretende que me sepa sus vidas?

—Hay un bebé —dijo Will tan furioso que apenas podía hablar—. Un bebé que se está muriendo.

—Muy bien, hay un bebé. ¿Y a mí que coño me importa?

La ira se apoderó de Will de forma tan repentina que no se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que estuvo encima del hombre, dejando caer su puño una y otra vez como un martillo neumático. Pero no paró. No quería parar. Pensaba en ese bebé sentado sobre su propia mierda, en el asesino dejándolo en el cuarto de la basura para que se muriera de inanición, en la prostituta que quería negociar con él su salida de la cárcel a cambio de información y en Angie... Angie estaba en todo lo alto de ese montón de excrementos, manipulando a Will como siempre había hecho, volviéndole loco para que sintiera que era una basura como todos los demás.

—¡Will! —gritó Faith.

Tenía los brazos extendidos, como cuando uno habla con un loco. Will sintió un fuerte dolor en los hombros cuando los dos policías le agarraron los brazos y se los sujetaron detrás de la espalda. Jadeaba como un perro rabioso. El sudor chorreaba por su cara.

—Muy bien —dijo Faith mientras se acercaba a él con las manos aún extendidas—. Vamos a calmarnos. Cálmate, Will.

Le puso las manos encima y se dio cuenta de que era la primera vez que lo hacía. Le cogió la cara y le obligó a mirarla a ella en lugar de a Simkov, que se retorció en el suelo.

—Mírame —le ordenó en voz baja, como si solo ellos pudieran escuchar

sus palabras—. Will, mírame.

Se obligó a mirarla. Los ojos de Faith eran de un azul intenso, y lo miraba asustada.

—Todo está bien —le dijo Faith—. El bebé se va a poner bien. ¿Sí, de acuerdo?

Will asintió y los policías le soltaron un poco las manos. Faith seguía delante de él, sujetándole la cara.

—Estás bien —le dijo, hablándole en el mismo tono que había empleado con el bebé—. Vas a estar bien.

Will retrocedió un paso para que Faith le soltara. Era consciente de que estaba tan asustada como el portero. Él también lo estaba: aún quería golpear a Simkov, y si los agentes no hubieran estado allí, si hubiera estado a solas con él, lo habría hecho hasta matarlo con sus propias manos.

Faith siguió mirándolo fijamente a los ojos unos segundos más. Luego se volvió a mirar al hombre que estaba tendido en el suelo, cubierto de sangre.

—Levántate, imbécil.

Simkov gruñó y se hizo un ovillo.

—No puedo moverme.

—Cierra la boca —dijo Faith, tirándole del brazo.

—¡La nariz! —aulló, estaba tan mareado que solo se sostenía porque tenía el hombro apoyado en la pared— ¡Me ha roto la nariz!

—Estás perfectamente. —Faith miró a un lado y a otro. Miraba a ver si había cámaras de seguridad.

Will hizo lo mismo y se sintió aliviado al ver que no había ninguna.

—¡Brutalidad policial! —gritó el hombre—. Ustedes lo han visto. Son ustedes testigos.

Uno de los agentes que estaba detrás de Will dijo:

—Te has caído, amigo. ¿No te acuerdas?

—Yo no me he caído —insistió el hombre. La sangre le salía a chorros por la nariz y se deslizaba por entre sus dedos como el agua de una esponja.

El otro sanitario le estaba poniendo una vía al niño. No levantó la vista, pero dijo:

—Será mejor que mire dónde pisa la próxima vez.

Y así, de repente, Will se convirtió en la clase de policía que nunca había querido ser.

Capítulo diecisiete

A Faith todavía le temblaban las manos cuando llegó a la habitación de Anna Lindsey en la UCI. Los dos policías que custodiaban su puerta estaban charlando con las enfermeras en el mostrador, pero miraban hacia allí de vez en cuando, como si conocieran lo que había sucedido en el exterior del apartamento de Anna Lindsey y no supieran muy bien qué pensar. Will, por su parte, estaba frente a Faith, con las manos en los bolsillos y mirando fijamente la pared. Faith se preguntaba si habría entrado en estado de *shock*. Qué demonios, se preguntaba si le había pasado también a ella.

En su vida personal, Faith había sido objeto de atención para muchos hombres cargados de ira, pero jamás había presenciado un despliegue de violencia como el de Will. Hubo un momento en el descansillo del último piso de Beeston Place en el que Faith temió que Will matara al portero. Fue la expresión de su cara lo que la impresionó tanto: fría, implacable, con el único objetivo de reventarle la cara a golpes. Como cualquier otra madre, la de Faith siempre le había dicho que tuviera mucho cuidado con lo que deseaba: ella había deseado que Will fuera un poco más agresivo, ahora daría cualquier cosa para que volviera a ser el de antes.

—No dirán nada —le dijo a Will—. Ni los policías ni los de la ambulancia.

—Da igual.

—Encontraste al bebé —le recordó—. ¿Quién sabe cuánto tiempo habría pasado antes de que alguien...?

—Para.

Se oyó un timbrazo cuando se abrieron las puertas del ascensor. Amanda salió caminando con paso resuelto. Echó un vistazo al descansillo, para ver quién estaba por allí y probablemente para intentar neutralizar a los testigos. Faith se preparó para recibir un buen repaso, suspensiones inmediatas e incluso retirada de placas. Sin embargo Amanda preguntó:

—¿Estáis bien?

Faith asintió. Will se quedó mirando al suelo.

—Me alegro de ver que por fin te han crecido un buen par —le dijo a Will—. Te voy a suspender el sueldo por el resto de la semana, pero no pienses ni por un minuto que vas a dejar de trabajar para mí.

—Sí, señora —dijo Will con voz ronca.

Amanda se fue hacia la escalera a grandes zancadas. Ambos la siguieron y Faith se percató de que su jefa había perdido su gracejo y su dominio habituales. Parecía tan aturdida como ellos.

—Cierra la puerta.

Al cerrarla vio que todavía le temblaban las manos.

—Charlie está comprobando el ático de Anna Lindsey —les informó Amanda, y su voz resonó por el hueco de las escaleras. Bajó un poco el tono —, llamará si encuentra algo. Obviamente, tienes que mantenerte alejado del portero —le dijo a Will—. Los resultados deberían estar listos mañana por la mañana, pero no os hagáis muchas ilusiones, ya habéis visto cómo estaba ese apartamento. Los informáticos no han podido acceder a los ordenadores de ninguna de las dos mujeres. Están pasándoles todos los programas de descryptación que tienen, pero podrían tardar meses en acceder. La web pro-anorexia está alojada en una empresa fantasma de Frisia, que a saber dónde coño está. En Europa. No quieren darnos la información de registro, pero los informáticos han logrado encontrar las estadísticas en Internet. Tienen unos dos mil usuarios únicos al mes. Eso es todo lo que sabemos.

Will no dijo nada, así que Faith preguntó:

—¿Y qué pasa con la casa vacía que hay detrás de la de Olivia Tanner?

—Las huellas son de unas zapatillas Nike de talla 45 y se venden en unas mil doscientas tiendas en todo el país. Encontramos algunas colillas en la lata

de Coca-Cola que había detrás del bar. Vamos a intentar conseguir unas muestras de ADN, pero a saber de quién serán.

Faith preguntó:

—¿Se sabe algo de Jake Berman?

—¿Tú qué coño crees? —Amanda respiró hondo para calmarse—. Hemos difundido un dibujo y su foto de archivo por la red del estado. Estoy segura de que en cualquier momento saltará a la prensa, pero ya les hemos pedido que la retengan durante al menos veinticuatro horas.

Faith tenía un montón de preguntas en la cabeza, pero no le salió ninguna. Hacía menos de una hora que había estado en la cocina de Olivia Tanner y no podía recordar ni el más mínimo detalle de la casa. Will habló por fin. Su voz, como su rostro, era la viva expresión de la derrota.

—Deberías despedirme.

—No te vas a librar de esto tan fácilmente.

—No estoy bromeando, Amanda. Deberías despedirme.

—Yo tampoco estoy de broma, capullo ignorante. —Puso los brazos en jarras, y ahora sí se pareció más a la Amanda borde que Faith tan bien conocía—. El bebé de Anna Lindsey está a salvo gracias a ti. Creo que eso es un triunfo para el equipo.

Will se rascó el brazo. Faith vio que sus nudillos estaban despellejados y sangraban. Recordó aquel momento en el descansillo cuando le sujetó la cara con las manos, y en cómo deseó que volviera a su ser porque no sabía como podría seguir viviendo si Will Trent dejaba de ser el hombre con el que había compartido su vida cotidiana desde hacía un año.

Amanda miró a la agente.

—Danos un minuto.

Faith abrió la puerta y salió al descansillo. Había bastante ajetreo en la UCI, pero ni remotamente parecido al que se vivía abajo, en la sala de urgencias. Los policías habían vuelto a su puesto y vigilaban la entrada de la habitación de Anna. Ambos la siguieron con la vista cuando pasó por delante de ellos.

—Están en la sala de exploración número tres —le dijo una de las enfermeras.

Faith no sabía por qué le daba esa información, pero de todos modos fue hacia allí. Sara Linton estaba en la sala, junto a un moisés de plástico. Tenía al bebé de Anna cogido en brazos.

—Se está recuperando —le dijo a Faith—. Tardará un par de días en ponerse bien del todo, pero lo conseguirá. De hecho, creo que estar otra vez con su madre les hará mucho bien a los dos.

Faith no podía comportarse como un ser humano en ese momento, así que se obligó a ser una policía.

—¿Ha dicho algo más Anna?

—No mucho. Tiene muchos dolores. Ahora que está despierta le han subido la morfina.

Faith pasó su mano por la columna vertebral del niño y percibió la elasticidad de su piel y sus diminutas vértebras.

—¿Cuánto tiempo crees que ha estado solo?

—El TES tenía razón. Yo diría que dos días, como máximo. Si no la situación sería muy diferente. —Sara se pasó el bebé al otro hombro—. Alguien le ha dado agua. Está deshidratado, pero he visto casos mucho peores.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Faith. Su pregunta era completamente inocente. Al oírla le pareció una buena cuestión, así que la repitió—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estabas con Anna?

Sara volvió a dejar al niño en el moisés con mucho cuidado.

—Es mi paciente. Vine a ver cómo estaba. —Tapó al bebé con una manta—. Del mismo modo que intenté llamarte a ti esta mañana para ver cómo estabas. En la consulta de Delia Wallace me dijeron que todavía no te habías puesto en contacto con ella.

—He estado algo ocupada rescatando a un bebé de un cubo de basura.

—Faith, no soy el enemigo. —Sara adoptó el irritante tono de quien intenta ser razonable—. Ya no se trata solo de ti. Llevas un niño en tu vientre, otra vida de la que también eres responsable.

—Esa es decisión mía.

—Pues se te está agotando el tiempo, más vale que decidas ya. No dejes que tu cuerpo decida por ti, porque entre la diabetes y el niño aquella tiene

todas las de ganar.

Faith respiró hondo, pero no le sirvió de gran cosa. Se dejó llevar.

—Mira, puede que estés intentando meterte con calzador en mi caso, pero estás muy equivocada si crees que voy a permitir que te entrometas en mi vida privada.

—¿Perdón? —Sara tuvo el descaro de aparentar sorpresa.

—Ya no eres forense, Sara. Ya no estás casada con un jefe de policía. Está muerto: lo viste saltar en pedazos con tus propios ojos. Rondando por el anatómico y entrometiéndote en una investigación en curso no vas a conseguir que vuelva.

Sara se quedó con la boca abierta, incapaz de articular una respuesta. Increíblemente, Faith rompió a llorar.

—¡Oh, Dios mío, lo siento mucho! Eso... es horrible. —Se tapó la boca—. No puedo creer que haya dicho...

Sara meneó la cabeza y miró al suelo.

—Lo siento mucho. Dios, lo siento. Por favor, perdóname.

La doctora se tomó su tiempo antes de hablar.

—Supongo que Amanda te habrá puesto al día de los detalles.

—Lo busqué en el ordenador. No debería...

—¿El agente Trent también lo ha leído?

—No —Faith habló con voz firme—. No. Él dijo que no era asunto suyo, y tiene razón. Tampoco es cosa mía. No debería haberlo hecho. Lo siento. Soy una persona horrible, espantosa, Sara. No puedo creer que te haya dicho esas barbaridades.

Sara se inclinó y acarició la cara del bebé.

—No pasa nada.

Faith no sabía qué decir, así que se puso a recitar todas las cosas horribles que se le ocurrieron sobre sí misma.

—Verás, te mentí en cuanto al peso. He ganado siete kilos, no cinco. Como bollos de mermelada para desayunar, y a veces también para cenar, pero eso sí, con una Coca-Cola Light. Nunca hago ejercicio. Jamás. Solo corro para ir al baño antes de que se acaben los anuncios, y si te digo la verdad, desde que tengo un disco duro ni eso. —Sara seguía callada—. Lo

siento muchísimo.

La doctora continuaba enredando con la manta, remetiéndola por los lados, asegurándose de que el bebé estuviera cómodo y bien abrigado.

—Lo siento —repitió Faith, que se sentía tan mal que pensaba que iba a vomitar.

Sara guardaba sus pensamientos para sí. La agente estaba intentando encontrar la manera de abandonar la habitación sin perder la dignidad cuando la médica le dijo:

—Sabía que eran siete kilos.

Faith percibió que la tensión empezaba a disiparse. Y no estaba dispuesta a arruinarlo todo otra vez abriendo la boca.

—Nadie me habla nunca de él. Quiero decir, al principio sí lo hacían, claro, pero nadie se atreve a pronunciar su nombre. Es como si no quisieran disgustarme, como si pronunciar su nombre pudiera provocar que yo volviera a... —Sara meneó la cabeza—. Jeffrey. No puedo recordar cuándo fue la última vez que lo dije en voz alta. Se llama, se llamaba Jeffrey.

—Es un nombre muy bonito.

Sara asintió y tragó saliva.

—He visto alguna foto —admitió Faith—. Era muy guapo.

La doctora esbozó una sonrisa.

—Sí, lo era.

—Y un buen policía. Lo sé por lo que decían de él los informes.

—Era un buen hombre.

Faith se quedó sin palabras y se puso a pensar qué más podía decir. Sara se le adelantó.

—¿Y qué me dices de ti? —le preguntó.

—¿De mí?

—El padre.

Para su vergüenza, Faith se había olvidado de Victor. Se llevó la mano al vientre.

—¿Te refieres al padre de mi hijo? —Sara se permitió una sonrisa—. Buscaba una madre, no una novia.

—Vaya, Jeffrey nunca tuvo ese problema. Sabía cuidar de sí mismo muy

bien. —Tenía la mirada perdida—. Fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Sara...

La médica se puso a mirar en los cajones del escritorio y encontró un glucosómetro.

—Vamos a ver cómo tienes el azúcar.

Esta vez Faith estaba demasiado arrepentida para protestar. Extendió la mano, dispuesta a recibir el pinchazo. La doctora siguió hablando mientras le medía el azúcar.

—No intento recuperar a mi marido. Créeme, si fuera tan sencillo como entrometerme en la investigación de un caso mañana mismo me inscribiría en la academia de policía. —Faith hizo una mueca al notar el pinchazo—. Solo quiero volver a sentirme útil. —Su voz adquirió un tono de confianza—. Quiero sentir que estoy haciendo algo más para ayudar a la gente que prescribir pomadas para una erupción que probablemente se curará por sí sola o remendar a un puñado de matones para que puedan salir a la calle de nuevo y seguir acribillándose unos a otros.

Faith no se había planteado que las motivaciones de Sara pudieran ser tan altruistas. Imaginó que no decía mucho en su favor el que siempre diera por supuesto que todo el mundo se comportaba de forma egoísta en la vida.

—Por cómo hablas de él parece que tu marido era... perfecto —comentó Faith.

Sara se echó a reír mientras manipulaba la tira reactiva.

—Dejaba la cartuchera colgando del pomo de la puerta del baño, nada más casarnos se acostaba con cualquiera (cosa que descubrí personalmente un día al llegar del trabajo) y tenía un hijo ilegítimo del que no supo nada hasta los cuarenta años. —Sara leyó el resultado y, a continuación, se lo mostró a Faith—. ¿Qué te parece? ¿Zumo o insulina?

—Insulina —confesó Faith—. Me quedé sin insulina a la hora de comer.

—Me lo imaginaba. —Cogió el teléfono y llamó a una de las enfermeras—. Tienes que mantener esto bajo control.

—Este caso es...

—Este caso es el que te ocupa ahora, pero es exactamente igual que los demás casos en los que has trabajado y trabajarás. Estoy segura de que el

agente Trent podrá pasarse sin ti un par de horas mientras te ocupas de esto.
—Sara volvió a centrarse en el niño—. Se llama Balthazar —le dijo.

—Y yo aquí pensando que le habíamos salvado nosotros.

Sara tuvo la delicadeza de reírse, pero habló completamente en serio.

—Soy especialista en medicina pediátrica, Faith. Me gradué entre los primeros de mi promoción en la Universidad de Emory, y he dedicado los últimos veinte años de mi vida a ayudar a la gente, ya sea en vida o después de muerta. Puedes cuestionar mis motivos todo lo que quieras, pero no cuestiones mi profesionalidad como médica.

—Tienes razón. —Faith estaba aún más arrepentida ahora—. Lo siento. Ha sido un día muy duro.

—Pues tener ese nivel de azúcar no ayuda. —Alguien llamó a la puerta y Sara fue a coger los lápices de insulina que le traía la enfermera—. Tienes que tomártelo en serio.

—Lo sé.

—Posponerlo no va a servir de nada. Cógete un par de horas y vete a ver a Delia para que te ponga en orden y puedas concentrarte en tu trabajo.

—Lo haré.

—Cambios de humor, ataques de furia... Todo eso son síntomas de la enfermedad que padeces.

Faith se sentía como si su madre le acabara de echar una regañina, pero quizá era precisamente eso lo que necesitaba ahora mismo.

—Gracias.

Sara apoyó las manos en el moisés.

—Te dejo para que te pongas la insulina.

—Espera —le dijo Faith—. Tú tratas a chicas jóvenes, ¿no?

Sara se encogió de hombros.

—Tenía más trato con ellas antes, cuando tenía mi consulta. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Te suena de algo la palabra «thinspo»?

—No sé mucho —admitió Sara—, solo que así es como llaman a la propaganda pro-anorexia, generalmente la que se hace por Internet.

—Tres de nuestras víctimas tienen relación con ello.

—Anna sigue estando muy delgada —comentó Sara—. El hígado y los riñones le funcionan muy mal, pero yo pensé que tenía que ver con todo lo que ha sufrido, no que se lo hubiera hecho ella misma.

—¿Podría ser anoréxica?

—Es posible. No me lo planteé por la edad que tiene; la anorexia es un problema más típico de la adolescencia. Aunque Pete hizo algún comentario en ese sentido durante la autopsia de Jacquelyn Zabel. Estaba muy delgada, pero es que la tuvieron privada de agua y comida durante al menos dos semanas. Di por supuesto que sería una mujer delgada antes del secuestro. Se la veía muy menuda. —Se inclinó sobre Balthazar y le dio unos golpecitos en la mejilla—. Anna no podría haber tenido un niño si fuera anoréxica. No sin arriesgarse a sufrir complicaciones muy serias.

—Quizá logró mantenerlo bajo control el tiempo suficiente como para tener al niño —aventuró Faith—. Nunca estoy muy segura de qué es cada cosa: ¿anorexia es cuando vomitan?

—Eso es bulimia. Los anoréxicos dejan de comer. Hay anoréxicos que usan laxantes, pero no se purgan. Cada vez hay más indicios que apuntan a un condicionamiento genético: anomalías cromosómicas que predisponen a sufrir ese tipo de desórdenes. Por lo general son los factores ambientales los que funcionan como desencadenantes.

—¿Como el abuso o los malos tratos?

—Podría ser. A veces es el abuso, a veces dismorfia corporal. Algunos les echan la culpa a las revistas y a las estrellas de cine, pero es demasiado complicado como para poder achacarlo a una sola causa. Cada vez se ven más casos de anorexia masculina. Es francamente difícil de tratar, por el componente psicológico.

Faith pensó en sus víctimas.

—¿Esos desórdenes están asociados a un cierto tipo de personalidad?

Sara se quedó pensando unos segundos antes de responder.

—Lo único que te sé decir es que a los pocos pacientes a los que yo he podido tratar les producía un inmenso placer el privarse de comer. Hace falta mucha fuerza de voluntad para dominar el imperativo fisiológico. A veces sienten que su vida está completamente fuera de control, y que lo único que

pueden controlar es lo que ingieren. Además, el cuerpo responde al hecho de matarse de hambre: mareos, euforia, a veces incluso alucinaciones. Puede producir un efecto similar al de los opiáceos, y llegar a ser una sensación muy adictiva.

Faith intentó recordar cuántas veces había bromeado sobre lo feliz que sería si tuviera la fuerza de voluntad necesaria para volverse anoréxica por una semana.

—El problema más grande que plantea el tratamiento de esta clase de desórdenes es que estar demasiado delgada es mejor aceptado por la sociedad que el tener sobrepeso.

—Todavía no he conocido a una sola mujer que esté satisfecha con su peso.

Sara se rio con tristeza.

—Pues yo sí: mi hermana.

—¿Qué es, una santa o algo así?

Faith lo había dicho en plan de broma pero, para su sorpresa, Sara le respondió.

—Casi. Es misionera. Se casó con un predicador hace unos años. Están en África, trabajando con bebés que nacen con SIDA.

—Vaya por Dios, ya la odio y ni siquiera la conozco.

—También tiene sus defectos, créeme —le confesó Sara—. Has dicho tres víctimas. ¿Significa eso que ha desaparecido otra mujer?

Faith se percató entonces de que el caso de Olivia Tanner todavía no había saltado a los medios.

—Sí. Pero guárdame el secreto si puedes.

—Desde luego.

—Al parecer dos de ellas tomaban muchas aspirinas. La última tenía seis frascos de tamaño familiar en su casa. Jacquelyn Zabel también tenía un frasco grande en la mesilla de noche.

Sara asintió, como si aquello tuviera sentido para ella.

—En grandes dosis es un emético. Eso explicaría por qué Zabel tenía el estómago tan ulcerado. También explicaría por qué seguía sangrando cuando Will la encontró. Deberías decírselo: estaba muy abatido por no haber llegado

a tiempo.

Will tenía muchos más motivos para sentirse abatido ahora mismo. Aun así, Faith recordó algo.

—Necesita el número de tu apartamento.

—¿Por qué? —preguntó Sara, pero enseguida cayó en la cuenta—. Ah, el perro de su mujer.

—Exacto —dijo Faith, pensando que aquella mentira era lo menos que le debía.

—El doce. Está en el directorio. —Volvió a apoyar las manos en el moisés—. Voy a llevar a este niño con su madre.

Faith le sujetó la puerta y Sara cogió el moisés. El rumor del pasillo zumbó en los oídos de la agente hasta que volvió a cerrar la puerta. Se sentó en el taburete que había junto al mostrador y se levantó la falda, buscando un punto que no estuviera ya amoratado por los pinchazos. El folleto sobre la diabetes decía que había que ir cambiando el lugar del pinchazo, así que Faith exploró su vientre, donde encontró un prístino y blanco michelín que pellizó con el índice y el pulgar.

Tenía el bolígrafo de insulina a unos centímetros de su barriga, pero no se pinchó. En alguna parte, detrás de todos aquellos bollos de mermelada, había un bebé diminuto con sus pequeñas manitas y sus piecitos, y ojos, y una boca; un bebé que respiraba cuando ella respiraba, que hacía pis cada diez minutos cuando ella salía corriendo hacia el baño. Las palabras de Sara le habían abierto los ojos, pero ver a Balthazar Lindsey había despertado en Faith algo que nunca antes había sentido. Por más que quisiera a Jeremy, su nacimiento no fue precisamente algo para celebrar. Los quince no eran una edad muy adecuada para una fiesta premamá, y hasta las enfermeras del hospital la habían mirado con lástima.

Sin embargo, esta vez sería diferente. Faith tenía edad más que suficiente para ser madre. Podría pasearse por el centro comercial con su bebé en brazos sin preocuparse porque la gente pudiera pensar que era la hermana mayor de su propio hijo. Podría llevarlo al pediatra y rellenar todos los impresos sin que su madre tuviera que firmarlos también. Podría mandar al cuerno a sus profesores en las reuniones del AMPA sin tener que preocuparse de que la

mandaran directa al despacho del director. Qué demonios, ahora tenía edad para conducir.

Esta vez podría hacerlo bien. Podría ser una buena madre de principio a fin. Bueno, quizá no desde el principio. Faith se puso a pensar en todas las cosas que le había hecho a su hijo tan solo en esa semana: lo había ignorado, había negado su existencia, se había desmayado en un garaje, había pensado en abortar, lo había expuesto a lo que pudiera tener Sam Lawson, se había caído de un porche y había arriesgado las vidas de ambos intentando evitar que Will le reventara la cabeza a un portero yugoslavo contra la elegante moqueta del descansillo del ático de Beeston Place.

Y ahí estaban los dos ahora, madre e hijo en la UCI del hospital Grady, y ella a punto de clavarle una aguja en la cabeza.

La puerta se abrió.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Amanda, pero enseguida se lo figuró—. Oh, por el amor de Dios. ¿Cuándo pensabas hablarme de esto?

Faith se bajó la falda, pensando que era un poco tarde para andarse con remilgos.

—En cuanto te dijera que estoy embarazada.

Amanda intentó cerrar dando un portazo, pero el mecanismo hidráulico se lo impidió.

—Joder, Faith. Nunca llegarás a ninguna parte si tienes que ponerte a criar un bebé.

Faith se indignó.

—Pues he llegado hasta aquí criando a uno.

—Eras una cría de uniforme que ganaba dieciséis mil dólares al año. Ahora tienes treinta y tres tacos.

—Imagino que esto significa que no me vas a dar una fiesta premamá —replicó Faith.

—¿Lo sabe tu madre? —le preguntó Amanda con una mirada que podría cortar un cristal.

—Pensé que era mejor dejar que disfrutara de sus vacaciones.

La jefa se dio una palmada en la frente, un gesto que habría resultado cómico de no ser porque tenía la vida de Faith en sus manos.

—Un disléxico corto de luces con problemas para controlar su genio y una diabética fértil y gorda que carece de las nociones más básicas sobre el control de la natalidad. —Le clavó el dedo en la cara—. Espero que te guste trabajar con tu compañero, porque vas a seguir emparejada con Will Trent lo que te quede de vida.

Faith trató de ignorar la parte en que la había llamado «gorda» que, en honor a la verdad, era lo que más le había molestado de todo.

—Se me ocurren cosas mucho peores que tener de compañero a Will Trent el resto de mi vida.

—Deberías alegrarte de que no hubiera cámaras de seguridad que pudieran grabar su rabieta.

—Will es un buen policía, Amanda. A estas alturas no lo tendrías trabajando para ti si no lo creyeras tú también.

—Bueno... Quizá cuando no saca a relucir sus problemas de abandono.

—¿Está bien?

—Sobrevivirá —replicó Amanda sin demasiada convicción—. Le he mandado a buscar a esa prostituta, Lola.

—¿No está en la cárcel?

—Había de todo en aquel apartamento: heroína, metanfetamina, coca. Angie Polasky ha logrado que la suelten por el soplo —dijo Amanda encogiéndose de hombros. No siempre podía controlar todo el departamento de policía de Atlanta.

—¿Crees que es buena idea enviar a Will a buscar a Lola, teniendo en cuenta lo cabreado que está por dejar solo al bebé?

Amanda volvió a ser la Amanda que no permitía que discutieran sus decisiones.

—Tenemos a dos mujeres desaparecidas y a un asesino en serie que sabe muy bien qué hacer con ellas. Si no obtenemos resultados pronto, el caso se nos irá de las manos. El tiempo se agota, Faith. Ahora mismo podría estar vigilando a su próxima víctima.

—Se suponía que tenía que reunirme hoy con Rick Sigler, el TES que atendió a Anna.

—Envié a alguien hace una hora a su casa. Su esposa estaba con él. Negó

rotundamente conocer a ningún Jake Berman. Apenas admitió que había pasado por esa carretera aquella noche.

Faith no se le ocurrió peor manera de interrogar al hombre.

—Es gay. La mujer no tiene ni idea.

—Nunca tienen ni idea —replicó Amanda—. En cualquier caso no tenía muchas ganas de hablar, y no tenemos motivos suficientes para llevárnoslo a comisaría.

—No estoy muy segura de que no sea un sospechoso.

—Todo el mundo es sospechoso en lo que a mí respecta. Leí el informe de la autopsia; vi lo que le han hecho a Anna. A nuestro chico malo le gusta experimentar. Y va a seguir haciéndolo hasta que lo detengamos.

Faith había seguido funcionando en las últimas horas a base de adrenalina, y al oír a Amanda se le volvió a disparar.

—¿Quieres que vigile a Sigler?

—Tengo a Leo Donnelly aparcado frente a su casa en este momento. Algo me dice que no quieres pasarte la noche atrapada con él en un coche.

—No señora —respondió Faith, y no solo porque Leo fuera un fumador empedernido. Probablemente culparía a Faith de haberle puesto en la lista negra de Amanda. Y tenía razón.

—Alguien tiene que ir a Michigan y buscar los archivos relativos a la familia de Pauline Seward. La orden está en camino, pero por lo visto los expedientes de hace más de quince años no están digitalizados. Tenemos que encontrar a alguien que la conociera en aquella época y tenemos que encontrarlo ya; a los padres o, con un poco de suerte, al hermano, si no resulta ser nuestro misterioso Jake Berman. Por razones más que evidentes no puedo mandar a Will a leer expedientes.

Faith dejó el lápiz de insulina sobre el mostrador.

—Yo me ocupo.

—¿Tienes esa diabetes bajo control? —La expresión de Faith debió de responder a su pregunta—. Enviaré a otro de mis agentes, uno que pueda hacer su trabajo.

Amanda hizo un gesto con la mano rechazando cualquier queja que pudiera formular Faith.

—Vamos a partir desde ahí hasta que vuelva a mordernos el culo otra vez, ¿puede ser?

—Siento mucho todo esto. —Faith se había disculpado más veces en los últimos diez minutos que en toda su vida.

Amanda meneó la cabeza, dejando claro que no estaba dispuesta a discutir lo estúpido de aquella situación.

—El portero ha pedido un abogado. Tenemos una reunión con él a primera hora de la mañana.

—¿Le has arrestado?

—Detenido. Resulta obvio que es un inmigrante. La Ley Patriótica nos permite retenerle durante veinticuatro horas mientras comprobamos su situación. Con un poco de suerte podremos poner patas arriba su apartamento y encontrar algo más contundente que podamos utilizar en su contra.

Faith no era quién para discutir sobre la recta interpretación de la ley.

—¿Qué hay de los vecinos de Anna? —preguntó Amanda.

—Es un edificio muy tranquilo. El apartamento que está debajo del ático lleva meses vacío. Podrían haber lanzado una bomba atómica desde el piso de arriba y nadie se habría enterado.

—¿Y el muerto?

—Un traficante. Sobredosis de heroína.

—¿Nadie echó de menos a Anna en su lugar de trabajo?

Faith le contó lo poco que había podido averiguar.

—Trabaja para un bufete de abogados, Bandle y Brinks.

—Santo Dios, esto no hace más que empeorar. ¿Sabes algo de ese bufete?

—Amanda no le dio tiempo para responder—. Están especializados en demandas contra organismos municipales: policía, servicios sociales; se agarran a cualquier cosa, se abalanzan sobre ti y te ponen una demanda por el doble del presupuesto municipal. Han demandado al estado con éxito más veces de las que soy capaz de contar.

—No se mostraron muy dispuestos a colaborar. No nos entregarán sus archivos sin una orden judicial de por medio.

—En otras palabras, actúan como abogados. —Amanda se puso a pasear por la habitación—. Tú y yo vamos a hablar con Anna ahora mismo, luego

volveremos a su casa y la pondremos patas arriba antes de que en su bufete se enteren de lo que estamos haciendo.

—¿Cuándo tenemos la entrevista con el portero?

—Mañana a las ocho en punto. ¿Crees que podrás hacerle un hueco en tu apretada agenda?

—Sí, señora.

Amanda volvió a menear la cabeza como si fuera la madre de Faith; frustrada y algo disgustada.

—Imagino que esta vez el padre tampoco pinta nada en todo esto.

—Estoy ya un poco mayor para intentar algo nuevo.

—Enhorabuena —dijo Amanda abriendo la puerta. Habría sido un bonito detalle de no ser por el «idiota» que murmuró según salía al pasillo.

Faith no se había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración hasta que su jefa salió de la habitación. Exhaló un profundo suspiro, y por primera vez desde que le comunicaron que era diabética, se clavó la aguja a la primera. Tampoco dolía tanto, o a lo mejor estaba tan aturdida que ya no sentía nada.

Se quedó mirando fijamente la pared de enfrente, intentando centrarse en la investigación. Cerró los ojos y empezó a visualizar las fotos de la autopsia de Jacquelyn Zabel y de la cueva en la que Jacquelyn y Anna habían estado encerradas. Repasó todas las cosas horribles que habían tenido que pasar aquellas mujeres: la tortura, el dolor. Se puso la mano sobre el vientre otra vez. ¿Sería una niña? ¿A qué clase de mundo la iba a traer Faith? ¿A un lugar en el que las niñas eran violadas por sus propios padres, en el que las revistas les repetían constantemente que nunca serían lo suficientemente perfectas, en el que un sádico podía apartarte de tu vida, de tu propio hijo, en un abrir y cerrar de ojos y condenarte a vivir en el infierno el resto de tu vida?

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Se puso en pie y abandonó la habitación.

Los dos policías que vigilaban la puerta de Anna se hicieron a un lado. Faith sintió frío al entrar y cruzó los brazos sobre su pecho. Anna estaba en la cama, con Balthazar en sus huesudos brazos. Tenía los hombros muy pronunciados, igual que las chicas que había visto Faith en los vídeos del

ordenador de Pauline McGhee.

—La agente Mitchell acaba de entrar en la habitación —comunicó Amanda—. Es la encargada de averiguar quién le hizo esto.

Anna tenía los ojos velados, como si tuviera cataratas. Miró hacia la puerta sin ver. Faith sabía que no había ningún protocolo para una situación como aquella. Había llevado casos de violación y abusos, pero ninguno así. Tenía que traducir el procedimiento habitual. No era necesario entablar una charla insustancial. No había que preguntarles cómo se encontraban, porque la respuesta era obvia.

—Sé que está atravesando por un momento muy difícil. Solo queremos hacerle algunas preguntas —le dijo Faith.

—La señora Lindsey me estaba contando que acababa de terminar con un caso importante y había cogido unas semanas de vacaciones para poder estar con su hijo —le explicó Amanda.

—¿Sabía alguien más que se iba de vacaciones? —preguntó Faith.

—Le dejé una nota al portero. Mis compañeros de trabajo lo sabían: mi secretaria, los socios. No tengo trato con los vecinos del edificio.

Faith percibió que Anna Lindsey se había rodeado de un alto muro. Había algo en la mujer que resultaba tan frío que parecía imposible establecer ninguna conexión. Se ciñó a las preguntas cuya respuesta necesitaban.

—¿Puede decirnos qué sucedió cuando la raptaron?

Anna se pasó la lengua por sus deshidratados labios y cerró los ojos. Cuando habló, su voz era poco más que un susurro.

—Estaba en mi apartamento vistiendo a Balthazar para bajar al parque a dar un paseo. Es lo último que recuerdo.

Faith sabía que las descargas de la Taser producían amnesia.

—¿Qué vio usted cuando recobró la conciencia?

—Nada. No he vuelto a ver nada desde entonces.

—¿Recuerda algún sonido, alguna sensación?

—No.

—¿Reconoció a su atacante?

Anna negó con la cabeza.

—No, no recuerdo nada.

Faith dejó pasar unos segundos y trató de contener la frustración que sentía.

—Voy a darle una serie de nombres. Necesito que me diga si alguno de ellos le suena de algo.

Anna asintió y deslizó la mano por las sábanas buscando la boca de su bebé. El niño empezó a succionarle el dedo, haciendo ruiditos con la garganta.

—Pauline McGhee.

Anna dijo que no con la cabeza.

—Olivia Tanner.

De nuevo dijo que no.

—Jacquelyn, o Jackie, Zabel.

No.

Faith había preferido guardarse a Jackie para el final. Las dos mujeres habían estado juntas en la cueva. Ese era el único hecho que podían dar por seguro.

—Encontramos una huella dactilar suya en el permiso de conducir de Jackie Zabel.

—No —replicó Anna, con voz firme—. No la conozco.

Amanda miró a Faith arqueando las cejas. ¿Sería amnesia traumática? ¿O se trataba de algo más?

—¿Y qué me dice de algo llamado «thinspo»? —preguntó Faith.

Anna se enderezó.

—No —dijo, esta vez de inmediato y con voz más fuerte.

Faith le concedió unos segundos más para dejar que reflexionara.

—Encontramos algunas notas en el lugar donde la tuvieron retenida. Solo había una frase repetida una y otra vez: «No voy a sacrificarme». ¿Tiene esa frase algún significado para usted?

Una vez más, Anna dijo que no.

Faith se esforzó en que su voz no delatara su desesperación.

—¿Puede decirnos algo de su agresor? ¿Recuerda que olierá de un modo especial, a gasolina o a aceite? ¿Notó usted si tenía vello en la cara o algún otro rasgo físico...?

—No —susurró Anna, palpando el cuerpo del niño con las manos para cogerle la manita—. No puedo decirles nada. No recuerdo nada. Nada.

Faith abrió la boca para decir algo, pero Amanda le ganó por la mano.

—Aquí está usted a salvo, señora Lindsey. Hay dos guardias armados vigilando su puerta desde que llegó. Nadie puede hacerle daño ya.

Anna volvió la cabeza hacia su hijo, arrullándolo para tranquilizarlo.

—No tengo miedo de nada.

A Faith le desconcertó la seguridad con la que hablaba la mujer. Puede que cuando uno logra sobrevivir a todo lo que había pasado Anna acabe creyendo que puede soportar cualquier cosa.

—Creemos que ahora mismo tiene secuestradas a otras dos mujeres —le explicó Amanda—. Que les está haciendo lo mismo que le hizo a usted. Una de ellas tiene un niño, señora Lindsey. Se llama Felix. Tiene seis años y quiere estar con su madre. Estoy segura de que esa mujer, allá donde esté, estará pensando en él, deseando volver a abrazarle.

—Espero que sea una mujer fuerte —murmuró Anna. Habló más alto—. Como ya he dicho varias veces, no recuerdo nada. No sé quién lo hizo, ni dónde me secuestraron o por qué. Solo sé que por fin se acabó, y ahora tengo que olvidarme de ello para poder seguir con mi vida. —Faith percibió que Amanda se sentía tan frustrada como ella—. Necesito descansar.

—Podemos esperar —le dijo Faith—. Quizá podamos volver dentro de unas horas.

—No —la expresión de Anna se endureció—. Conozco perfectamente mis obligaciones legales. Firmaré una declaración, o haré un garabato, o lo que sea que hace una persona ciega, pero si quieren volver a hablar conmigo tendrán que concertar una cita con mi secretaria cuando me reincorpore al trabajo.

Faith lo intentó una vez más.

—Pero Anna...

Ella volvió la cabeza hacia su bebé. La ceguera de Anna le impedía poder verlas, pero su actitud les impedía que pudieran acceder a sus pensamientos.

Capítulo dieciocho

Finalmente Sara se las arregló para terminar de limpiar su apartamento. No recordaba cuándo fue la última vez que tuvo tan buen aspecto; quizá cuando se vio con el agente de la inmobiliaria antes de mudarse. Los Milk Lofts habían sido en tiempos una vaquería, abastecida por las granjas que había en la zona este de la ciudad. El edificio tenía seis plantas, y en cada una había dos apartamentos separados por un largo pasillo con grandes ventanales en ambos extremos. La zona principal de la casa de Sara era un espacio diáfano que incluía la cocina y un enorme salón. Una de las paredes era un ventanal que iba desde el suelo hasta el techo —mantenerlo limpio exigía un esfuerzo ímprobo—, y tenía unas magníficas vistas del centro cuando estaban abiertas las persianas. En la parte de atrás había tres dormitorios con baño incorporado. Naturalmente, Sara dormía en el principal, pero nadie había dormido nunca en la habitación de invitados. El tercer dormitorio lo utilizaba como despacho y trastero.

Nunca se había planteado vivir en un loft, pero cuando se trasladó a Atlanta quería que su nueva vida fuera tan distinta de la antigua como fuera posible. En lugar de elegir una bonita casa en una de las calles antiguas y arboladas de la ciudad optó por un espacio que era poco más que una caja vacía. El mercado inmobiliario de Atlanta estaba tocando fondo, y Sara tenía dinero más que de sobra. Todo estaba nuevo cuando se mudó, pero de todos modos renovó la casa de arriba a abajo. Solo con lo que le había costado la cocina habría bastado para alimentar a una familia de tres miembros durante

un año. Si a eso le añadimos los baños, dignos de un palacio, resultaba casi embarazoso pensar en la ligereza con la que Sara había tirado de su chequera.

En su vida anterior, siempre había sido cuidadosa con el dinero, no se permitía más lujo que el de estrenar un BMW cada cuatro años. Tras la muerte de Jeffrey, se había encontrado con el dinero de su seguro de vida, su pensión, sus ahorros y el dinero de la venta de la casa. Lo había dejado todo en el banco, pues tenía la sensación de que gastarse ese dinero era como admitir que Jeffrey estaba muerto y no volvería. Incluso se había planteado renunciar a la exención de impuestos que le ofrecía el estado por ser la viuda de un oficial de policía muerto en acto de servicio, pero su contable se mostró reacio y ella no quiso discutir.

Más tarde, el dinero que enviaba todos los meses a Sylacauga, Alabama, para ayudar a la madre de Jeffrey, salía de su propio bolsillo mientras que el dinero de su marido seguía ingresado en el banco local generando unos exiguos intereses. Sara pensaba a menudo en entregárselo al hijo de Jeffrey, pero eso habría sido demasiado complicado. Al niño nunca le habían contado quién era su verdadero padre. No podía arruinarle la vida y luego regalarle una pequeña fortuna a un chaval que estaba todavía en la universidad.

De modo que el dinero de Jeffrey seguía en el banco, de la misma manera que la carta seguía en la repisa de la chimenea de Sara. Se quedó junto a esta, acariciando el borde del sobre, preguntándose por qué no lo había vuelto a guardar en su bolso o en el bolsillo de su bata. En lugar de eso, durante el zafarrancho de limpieza se había limitado a levantarlo para limpiar el polvo de la repisa.

Sara vio la alianza de Jeffrey en el otro extremo. Ella aún llevaba puesta la suya —un anillo de oro blanco igual que el de su marido—, pero el sello de la universidad de Jeffrey, de oro y con la insignia de la Universidad de Auburn grabada, era más importante. La piedra azul estaba arañada y era demasiado grande para ella, así que lo llevaba colgado al cuello con una cadena larga, como las placas de identificación que llevan los soldados. No lo llevaba a la vista, sino siempre por dentro de la blusa, cerca de su corazón, para poder sentirlo cerca.

Cogió la alianza de Jeffrey y la besó antes de volver a dejarla sobre la

repisa. Con el paso de los años, de algún modo su mente había trasladado a Jeffrey a otro lugar. Era como si estuviera haciendo el luto de nuevo, pero esta vez en la distancia. En lugar de despertarse desolada, como en los últimos tres años, sentía una profunda tristeza. Tristeza al darse la vuelta en la cama y no verle a su lado. Tristeza al pensar que nunca volvería a verle sonreír. Tristeza al saber que nunca volvería a abrazarle o a sentirlo dentro de ella. Pero ya no se sentía completamente desolada. Ya no sentía que cada movimiento, cada pensamiento, le exigía un enorme esfuerzo. Ya no sentía que quería morir. Ya no sentía que no había luz al final del túnel.

Y había algo más: Faith Mitchell había sido muy cruel con ella hoy, pero Sara había sobrevivido, no se había quedado deshecha. No se había desmoronado ni se había roto en pedazos. Se había mantenido entera. Lo curioso era que, en cierto modo, Sara se sentía ahora más cerca de su marido a consecuencia de ello. Se sentía más fuerte, más cerca de la mujer de la que él se había enamorado que de la que se había hundido sin él. Cerró los ojos y casi pudo sentir su aliento en la nuca, sus labios acariciando su piel con tal suavidad que notó un cosquilleo en la espalda. Se imaginó la mano de Jeffrey alrededor de su cintura, y se sorprendió al poner allí su mano y no sentir nada más que el calor de su propia piel.

Sonó el interfono y los perros se soliviantaron, igual que Sara. Se fue hacia el aparato para abrir al chico que le traía la pizza y tranquilizó a los perros. *Billy* y *Bob*, sus dos galgos, habían adoptado de inmediato a *Betty*, la perra de Will Trent. Un rato antes, cuando estaba limpiando, los tres perros se acomodaron en el sofá, y solo la miraban de vez en cuando, cuando entraba en la habitación o hacía demasiado ruido. Ni siquiera la aspiradora logró que se movieran de allí.

Sara abrió la puerta y esperó a Armando, que le traía una pizza al menos dos veces por semana. Ella fingía que era completamente normal que se tutearan, y por lo general le daba una buena propina para que el repartidor no diera importancia al hecho de verla más a menudo que a sus propios hijos.

—¿Todo bien? —le preguntó mientras intercambiaban pizza y dinero.

—Estupendo —respondió Sara, pero en realidad tenía la cabeza en el apartamento y en lo que estaba haciendo antes de que sonara el interfono.

Hacía tanto tiempo que no podía recordar cómo era estar con Jeffrey que quería recrearse en ello, meterse en la cama y dejar que su mente volara hacia aquellos recuerdos tan dulces.

—Que tengas un buen día, Sara. —Armando hizo ademán de marcharse, pero recordó algo y se volvió de nuevo hacia ella—. Ah, hay un tipo raro merodeando por el portal.

Vivía en una gran ciudad; aquello no era algo insólito.

—¿Raro sin más o raro como para llamar a la policía?

—Yo creo que es un policía. No es que lo parezca, pero he visto su placa.

—Gracias —le dijo.

Armando se despidió con un gesto de la cabeza y se fue hacia el ascensor. Sara dejó la pizza sobre la encimera y fue hasta el otro extremo del pasillo. Abrió la ventana y se asomó. Seis pisos más abajo vio una mancha que se parecía sospechosamente a Will Trent.

—¡Eh! —le gritó. Will no respondió y ella le observó ir y venir unos segundos, pues no estaba segura de si la había oído. Volvió a intentarlo, gritando como una hinchada en un partido de fútbol—. ¡Eh!

Por fin Will alzó la vista y Sara le dijo:

—En el sexto.

Le vio entrar en el edificio, cruzándose en la puerta con Armando, que la saludó con la mano y le dijo algo de volver a verse pronto. Sara cerró la ventana, rezando para que Will no hubiera oído a Armando o para que al menos tuviera la delicadeza de fingirlo. Echó un vistazo al apartamento para asegurarse de que no hubiera nada fuera de lugar que llamara demasiado la atención. Había dos sofás en el salón, uno lleno de perros y el otro lleno de cojines. Sara los ahuecó y los colocó esperando que dieran la impresión de haber sido arreglados con cierta gracia.

Después de haberse pasado dos horas frotando con esmero la cocina estaba reluciente, incluso la placa de cobre del frontal, que parecía muy bonita hasta que descubriste que había que utilizar dos productos distintos para limpiarla. Pasó junto al televisor de pantalla plana de la pared y se paró en seco. Se había olvidado de limpiar la pantalla. Se estiró la manga de la blusa y la limpió lo mejor que pudo.

Para cuando abrió la puerta, Will ya estaba saliendo del ascensor. Sara solo le había visto unas cuantas veces, pero tenía un aspecto espantoso, como si llevara semanas sin dormir. Vio su mano izquierda y se fijó en que tenía los nudillos despellejados de un modo que daba la impresión de que le había partido la boca a alguien a puñetazos.

De vez en cuando Jeffrey volvía a casa con esas mismas heridas. Sara siempre le preguntaba, y él siempre mentía. Ella se obligaba a aceptar sus mentiras porque no se sentía cómoda pensando que su marido podía estar traspasando los límites de la ley; deseaba creer que era un buen hombre en todos los aspectos. Parte de ella quería pensar que Will era también un buen hombre, así que se dispuso a creer cualquier cosa que le contase cuando le preguntara.

—¿Y esa mano?

—Le he pegado a uno. Al portero del edificio donde vive Anna.

Su sinceridad pilló a Sara fuera de juego, y tardó unos segundos en responder.

—¿Por qué?

Una vez más Will respondió con total sinceridad.

—Me sacó de quicio.

—¿Te va a causar eso problemas con tu jefa?

—Parece que no.

Sara se dio cuenta de que lo tenía en el pasillo, así que se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Ese bebé tiene mucha suerte de que lo hayas encontrado. No sé si habría podido resistir un día más.

—Sí, es una excusa muy oportuna. —Will echó un vistazo a su alrededor, rascándose distraídamente el brazo—. Nunca había golpeado a un sospechoso. Había amenazado con hacerlo, pero es la primera vez que lo hago de verdad.

—Mi madre siempre me decía que existe una línea muy fina entre el nunca y el siempre. —Will parecía confuso, así que Sara se lo explicó—. Una vez que has hecho algo malo es más fácil volver a hacerlo otra vez, y luego otra, y sin darte cuenta empiezas a hacerlo de manera habitual sin que la

conciencia te remuerda por ello.

Will se quedó mirándola durante casi un minuto. Sara se encogió de hombros.

—Depende de ti. Si no te gusta cruzar esa línea, no vuelvas a hacerlo. No permitas que se vuelva fácil.

La expresión de Will pasó de la sorpresa al alivio. Pero en lugar de reconocer lo que acababa de ocurrir, le dijo:

—Espero que *Betty* no te haya causado muchas molestias.

—Se ha portado muy bien. No ladra nada.

—No pretendía endilgártela de esta manera.

—No pasa nada —le tranquilizó Sara, aunque tenía que admitir que Faith Mitchell tenía razón esta mañana en cuanto a los motivos que tenía. Se había ofrecido a cuidar de la perra porque quería saber cómo iba el caso. Quería ayudarles en la investigación, volver a sentirse útil.

Will estaba de pie en medio del salón, con el terno arrugado y el chaleco un poco holgado, como si hubiera perdido peso últimamente. No había visto a nadie tan perdido en su vida.

—Siéntate, por favor —le dijo.

Will parecía indeciso, pero finalmente se sentó en el sofá encarado al de los perros. No lo hacía como la mayoría de los hombres, con las piernas separadas y los brazos abiertos apoyados en el respaldo. Era un hombre grande, pero daba la impresión de que se esforzaba mucho en no ocupar demasiado sitio.

—¿Has cenado? —preguntó Sara.

Will dijo que no con la cabeza y Sara puso la pizza sobre la mesita de café. Los perros estaban muy interesados en sus movimientos, así que se sentó con ellos en el sofá para mantenerlos a raya. Esperó a que Will cogiera una porción, pero se quedó sentado ahí, con las manos sobre las rodillas.

—¿Es esa la alianza de tu marido? —le preguntó.

Desconcertada, se volvió hacia el anillo, que estaba sobre la reluciente repisa de caoba. La carta estaba en el otro extremo de la repisa y a Sara le preocupó que Will pudiera adivinar lo que contenía.

—Perdona —se disculpó—. No debería preguntar esas cosas.

—Sí, es su alianza —dijo ella, percatándose de que con los nervios había estado apretando y dando vueltas a su propio anillo.

—¿Y eso que...? —preguntó Will llevándose la mano al pecho.

Sara imitó el gesto y se sintió como si la hubieran pillado en falta al descubrir que se refería al sello que llevaba colgado del cuello y que se transparentaba bajo la fina tela de su blusa.

—Otra cosa —dijo sin entrar en detalles.

Will asintió y continuó mirando a su alrededor.

—A mí también me encontraron en el cubo de la basura. —Habló de forma algo brusca, como si a él mismo le sorprendieran sus palabras—. Al menos eso es lo que dice el expediente.

Sara no supo qué decir, sobre todo cuando él se echó a reír como si acabara de contar un chiste verde en una fiesta parroquial.

—Perdona. No sé por qué he dicho eso. —Cogió una porción de pizza y puso la otra mano debajo para recoger el queso que goteaba.

—No pasa nada —dijo ella poniendo una mano sobre la cabeza de *Bob*, que parecía querer lanzarse sobre la mesita. Ni siquiera podía comprender lo que le acababa de contar Will. Igual podría haberle dicho que había nacido en la luna.

—¿Qué edad tenías? —le preguntó.

Terminó de masticar y tragó antes de responder.

—Cinco meses.

Cogió otra porción de pizza y Sara le observó mientras masticaba. Trató de imaginar a Will Trent con cinco meses. Habría empezado a mantener la espalda derecha por sí solo y a reconocer sonidos. Él dio otro bocado y masticó con aire pensativo.

—Mi madre me dejó allí.

—¿En el cubo de la basura?

Asintió.

—Alguien irrumpió en la casa, un hombre. Ella sabía que iba a matarla y que probablemente me mataría a mí también. Me escondió en el cubo de la basura, debajo del fregadero, y el hombre no me encontró. Imagino que supe que debía quedarme callado. —Esbozó una media sonrisa—. Hoy he estado

en el apartamento de Anna y he buscado en todos los cubos de basura. No podía dejar de pensar en lo que me dijiste esta mañana, eso de que el asesino les metía esas bolsas dentro para enviar un mensaje, porque quería decirle al mundo que eran mierda, que no valían nada.

—Obviamente, tu madre solo intentaba protegerte. No estaba enviando ningún mensaje.

—Sí —dijo Will—, lo sé.

—¿Y lo...? —No tenía la mente muy despejada para hacer preguntas.

—¿Que si cogieron al tipo que la mató? —preguntó Will, terminando la frase por ella. Volvió a mirar a su alrededor—. ¿Pillaron al que mató a tu marido?

Había formulado una pregunta, pero no esperaba una respuesta. Solo intentaba poner de manifiesto lo poco que eso importaba, algo que Sara sintió en el mismo instante en que le comunicaron que el hombre que había sido responsable de la muerte de Jeffrey había fallecido.

—Eso es lo único que parece importarles a todos los policías que conozco: ¿cogieron a ese tío?

—Ojo por ojo —dijo. Señaló la pizza—. ¿Te importa si...?

Se había comido ya media.

—Adelante.

—Ha sido un día muy largo.

Sara se rio, la expresión se quedaba corta para describirlo. Will se rio también.

—¿Quieres que te cure eso? —le preguntó Sara, señalando su mano.

Will se miró las heridas como si acabara de reparar en ellas.

—¿Qué puedes hacer?

—Creo que es demasiado tarde para darte unos puntos —se levantó para ir a la cocina a buscar el botiquín—, pero puedo limpiar las heridas. Y tendrás que tomar un antibiótico para evitar que se infecten.

—¿Y para la rabia?

—¿La rabia? —Se recogió el pelo con una goma que cogió de un cajón de la cocina y se enganchó las gafas de cerca en el cuello de la blusa—. En la boca hay muchas bacterias, pero es muy raro...

—Son de rata. Había ratas en la cueva donde estuvieron encerradas Jackie y Anna. —Will se rascó otra vez el brazo derecho y Sara se dio cuenta de por qué lo hacía—. Las ratas pueden contagiar la rabia, ¿no?

Sara se quedó paralizada unos segundos, y alargó la mano para coger un cuenco de acero inoxidable del armario.

—¿Te mordieron?

—No, treparon por mis brazos.

—¿Unas ratas treparon por tus brazos?

—Solo dos. Quizá tres.

—¿Dos o tres ratas?

—Me quedo mucho más tranquilo oyéndote repetir todo lo que digo en voz más alta.

Sara se echó a reír, pero continuó preguntándole.

—¿Actuaban de forma errática? ¿Intentaron atacarte?

—La verdad es que no. Solo querían salir de allí. Creo que estaban tan asustadas de mí como yo de ellas. —Se encogió de hombros—. Bueno, una de ellas se quedó. Me miró fijamente, como si observara mis movimientos. Pero no se me acercó en ningún momento.

Sara se puso las gafas y se sentó a su lado.

—Súbete las mangas.

Will se quitó la chaqueta y se subió la manga izquierda, aunque se había estado rascando el brazo derecho. Sara no quiso discutir. Examinó los arañazos que tenía en el antebrazo: eran muy superficiales, ni siquiera sangraban. Probablemente lo recordaba mucho peor de lo que en realidad había sido.

—Creo que te pondrás bien.

—¿Estás segura? A lo mejor es por eso por lo que me he vuelto loco esta tarde.

Sara se percató de que bromeaba solo a medias.

—Dile a Faith que me llame si empiezas a soltar espuma por la boca.

—Entonces no te sorprendas si tienes noticias tuyas mañana.

Sara colocó el cuenco de acero inoxidable sobre sus rodillas y metió la mano izquierda de Will en él.

—Esto te va a escocer —le avisó, vertiendo el agua oxigenada sobre los arañazos. Will no se inmutó y Sara aprovechó su resistencia para hacerle una cura más a fondo. Intentó concentrarse en lo que hacía, pero sentía mucha curiosidad.

—¿Y qué hay de tu padre?

—Había circunstancias atenuantes. —Fue todo cuanto le dijo—. No te preocupes. Los orfanatos no son tan malos como parecen en las novelas de Dickens.

Will decidió cambiar de tema.

—¿Tienes muchos hermanos?

—Solo tengo una hermana pequeña.

—Pete dijo que tu padre es fontanero.

—Exacto. Mi hermana estuvo trabajando con él un tiempo, pero ahora es misionera.

—Eso está bien. Las dos ayudáis a la gente.

Sara intentó buscar otra pregunta, algo que le ayudara a abrirse, pero no se le ocurría nada. No tenía ni idea de cómo hablar con alguien que no tenía familia. ¿Qué anécdotas de tiranía fraterna o angustia paterna podías compartir?

Por lo visto a Will tampoco se le ocurría nada, o a lo mejor prefería guardar silencio. Sea como fuere, no abrió la boca hasta que ella empezó a ponerle tiritas en los nudillos para intentar cubrirle las heridas.

—Eres una buena médica —le dijo.

—Deberías verme sacando astillas.

Will se miró las manos y flexionó los dedos.

—Eres zurdo —observó Sara.

—¿Y eso es malo? —le preguntó él.

—Pues espero que no —dijo alzando su mano izquierda, la que había estado usando para curarle las heridas—. Mi madre dice que eso significa que eres más listo que los demás. —Empezó a recoger las cosas—. Y hablando de mi madre, la he llamado para preguntarle esa duda que tenías. Sobre el nombre del apóstol que sustituyó a Judas. Se llamaba Matías. —Se echó a reír—. Si te encuentras con alguien que se llame así puedes estar seguro de

que has encontrado a tu asesino.

Will se rio también.

—Pasaré un aviso a todas las unidades.

—La última vez que lo vieron vestía túnica y sandalias.

Will meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—No hagas bromas con eso. Es la mejor pista que me han dado hoy.

—¿Anna no ha dicho nada?

—No he hablado con Faith desde... —Movi6 su mano herida—. Habría llamado si hubiera alguna novedad.

—No es como yo pensaba —le dijo Sara—. Anna. Sé que está feo decirlo, pero es muy desapasionada. Carece de emociones.

—Lo ha pasado muy mal.

—Entiendo lo que quieres decir, pero su insensibilidad va más allá de eso. —Sara meneó la cabeza—. Quizá sea mi ego. Los médicos no estamos acostumbrados a que nos traten como lacayos.

—¿Qué te dijo?

—Cuando le llevé al niño, a Balthazar, no sé, fue muy raro. No esperaba recibir una medalla ni nada parecido, pero pensé que al menos me daría las gracias. En lugar de eso se limitó a decirme que podía marcharme.

Will se bajó la manga.

—Ninguna de esas mujeres es especialmente agradable.

—Faith dijo que podría tener algo que ver con la anorexia.

—Podría ser. No sé mucho sobre ese tema. ¿Los anoréxicos suelen ser gente horrible?

—No, claro que no. Cada uno es como es. Faith me preguntó lo mismo esta tarde. Le expliqué que hace falta ser muy tenaz para matarse de hambre de esa manera, pero eso no quiere decir que sean mala gente. —Sara se quedó pensando un momento—. Probablemente vuestro asesino no escogió a esas mujeres porque fueran anoréxicas, sino porque son mala gente.

—Si sabe que son malas será porque las conoce. Tendría que haber tenido contacto con ellas.

—¿Habéis encontrado alguna otra conexión aparte de la anorexia?

—Ninguna de ellas está casada. Dos tienen hijos. Una odia a los niños y

otra tal vez quisiera tener un hijo, o no. Una ejecutiva de banca, una abogada, una agente inmobiliaria y una diseñadora de interiores.

—¿Qué clase de abogada?

—Mercantilista.

—¿No se dedica a asuntos inmobiliarios?

Will dijo que no con la cabeza.

—La ejecutiva de banca no trabaja con hipotecas, tampoco. Llevaba las relaciones con la comunidad: recaudación de fondos, asegurarse de que el presidente del banco saliera fotografiado en los periódicos junto a un niño enfermo de cáncer, esa clase de cosas.

—¿Y no pertenecen a un grupo de apoyo?

—Hay un chat, pero no podemos acceder sin la contraseña. —Se frotó los ojos con las manos—. Es como la pescadilla que se muerde la cola.

—Pareces cansado. Quizás una buena noche de sueño te ayude a resolverlo.

—Sí, debería irme ya. —Pero no lo hizo. Se quedó allí sentado, mirándola.

Sara tuvo la sensación de que la habitación se quedaba como insonorizada y la atmósfera estaba cargada de repente, casi le costaba respirar. En aquel momento era muy consciente de la presión que la alianza ejercía sobre su piel, y se percató de que su muslo rozaba el de Will.

Will fue el primero en romper el hechizo, volviéndose para coger la chaqueta del respaldo.

—Tengo que marcharme —le dijo, levantándose para ponerse la chaqueta—. He de buscar a una prostituta.

Sara estaba segura de haberle entendido mal.

—¿Perdón?

Will se echó a reír.

—Una testigo, se llama Lola. Fue ella quien cuidó del bebé y nos dio el soplo sobre el apartamento de Anna. Llevo toda la tarde buscándola. Ahora que ya ha anochecido habrá salido de su guarida.

Sara se quedó en el sofá, pensando que probablemente era mejor mantener un poco las distancias para que Will no se hiciera una idea

equivocada.

—Te envolveré un trozo de pizza.

—No te molestes, gracias. —Se acercó al otro sofá, cogió a *Betty* y se la acercó al pecho—. Gracias por la conversación. —Se quedó callado un momento—. Y en cuanto a lo que te he contado... Mejor nos olvidamos de ello, ¿vale?

Sara intentó buscar una respuesta que no fuera un chiste o, peor aún, una invitación.

—Claro. No te preocupes.

Will le sonrió de nuevo y se marchó.

Sara se recostó en el sofá y exhaló un hondo suspiro, preguntándose qué demonios acababa de ocurrir. Repasó la conversación que habían tenido, preguntándose si le había lanzado alguna señal a Will, algo que pudiera haber interpretado así. O a lo mejor no había pasado nada. A lo mejor estaba sacando demasiadas conclusiones por el modo en que la había mirado cuando estaban sentados en el sofá. Seguramente tampoco había ayudado mucho el hecho de que, poco antes de que llegara Will, Sara hubiera estado fantaseando con su marido. A pesar de todo volvió a repasar la escena una vez más, intentando averiguar qué era lo que había provocado ese momento de tensión, o si había existido realmente esa tensión.

Hasta que no recordó el momento en que le había metido la mano en el cuenco, para limpiarle las heridas de los nudillos, no se dio cuenta de que Will Trent ya no llevaba puesta su alianza.

Capítulo diecinueve

Will se preguntaba cuántos hombres en el mundo estarían en ese mismo momento de caza con sus coches en busca de una prostituta. Probablemente cientos de miles, si no millones. Miró a *Betty*, pensando que seguramente él era el único que lo hacía con un chihuahua en el asiento del copiloto.

Al menos eso esperaba.

Will miró sus manos sobre el volante, las tiritas que cubrían sus heridas. Ya no recordaba la última vez que se había visto envuelto en una pelea de verdad. Debió de ser cuando aún estaba en el orfanato. Había allí un abusón que le hizo la vida imposible; Will tragó y tragó hasta que un día saltó y Tony Campano acabó con los dientes delanteros rotos, como una calabaza de Halloween.

Will flexionó los dedos. Sara había hecho lo que había podido con las tiritas, pero no había modo de impedir que se desprendieran. Intentó recordar las veces que había pasado por la consulta de un médico cuando era pequeño: tenía una cicatriz por cada visita, prácticamente, y las utilizaba para hacer memoria, recordando el nombre del padre de acogida o del responsable de la casa que había tenido la amabilidad de romperle algún hueso o quemarle o rajarle la piel.

Perdió la cuenta, o quizá no era capaz de mantener la concentración porque no podía dejar de pensar en el aspecto que tenía Sara cuando salió a abrirle la puerta. Sabía que tenía el cabello largo y normalmente lo llevaba recogido, pero en ese momento lo llevaba suelto en una cascada de sedosos

rizos por debajo de los hombros. Se había puesto unos vaqueros y una blusa de manga larga que realzaban y permitían adivinar perfectamente lo que había debajo. Iba descalza, sus zapatos estaban tirados detrás de la puerta. Olía muy bien; no era el perfume, sino un olor limpio y cálido y maravilloso. Mientras le curaba la mano tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse y no inclinarse a oler su cabello.

Will se acordó de un *voyeur* al que había detenido en el condado de Butts unos años antes. El hombre seguía a sus víctimas hasta el aparcamiento de un centro comercial y les ofrecía dinero a cambio de que le dejaran olerles el cabello. Will todavía recordaba cómo habían contado la historia en los informativos, el ayudante del *sheriff* visiblemente nervioso ante las cámaras. Lo único que el policía había acertado a explicarle al reportero fue: «Tiene un problema. Un problema con el cabello».

Will tenía un problema con Sara Linton.

Le rascó la barbilla a *Betty* mientras esperaba a que cambiara el semáforo. La chihuahua había hecho un buen trabajo integrándose con los perros de Sara, pero Will no era tan estúpido como para pensar que podía sacar partido de ello. No hacía falta que nadie le dijera que no era el tipo de hombre que interesaría a esa mujer. En primer lugar, vivía en un palacio; Will había remodelado su casa unos años antes, así que sabía perfectamente lo que costaban todas esas cosas tan bonitas que no podía permitirse. Solo los electrodomésticos de la cocina costaban alrededor de cincuenta mil dólares, el doble de lo que se había gastado él en reformar toda la casa.

En segundo lugar, era muy lista. No presumía de ello, pero era médica. No ingresabas en la facultad de medicina si eras un zote, en ese caso él también habría sido médico. Sara no tardaría en darse cuenta de que era un analfabeto, y por eso se alegraba de no tener que pasar más tiempo con ella.

Anna estaba mejorando. Pronto le darían el alta. El bebé también estaba perfectamente. No había ninguna razón para que Will tuviera que volver a ver a Sara Linton a menos que pasara por el Grady y diera la casualidad de que ella estuviera de turno aquel día.

Imaginó que aún le quedaba la esperanza de que le dispararan. Pensó que eso era exactamente lo que quería hacer Amanda esa tarde, cuando se lo llevó

a la escalera, aunque se limitó a decirle: «Llevaba mucho tiempo esperando a que te creciera la barba». No era exactamente lo que uno esperaba oír de su superior después de haber golpeado a un hombre hasta dejarlo al borde de la inconsciencia. Todo el mundo excusaba su actuación, todo el mundo le cubría, y al parecer Will era el único que pensaba que lo que había hecho estaba mal.

El semáforo cambió, Will aceleró y se dirigió hacia una de las zonas más degradadas de la ciudad. Se estaba quedando sin ideas sobre dónde buscar a Lola, y eso le preocupaba, y no solo porque Amanda le hubiera dicho que no se molestara en volver si no daba con la prostituta. Lola tenía que conocer la existencia del niño. Y desde luego estaba al tanto de lo que estaba pasando con las drogas en el apartamento de Anna Lindsey. Puede que hubiera visto algo más, algo con lo que no estaba dispuesta a negociar porque podía poner en peligro su vida. O a lo mejor era una persona fría e insensible y le daba igual ver cómo el bebé se moría lentamente. Ya debía de haberse corrido la voz de que Will era un policía capaz de darle una paliza a un sospechoso. Quizá Lola le tuviera miedo. Qué demonios, hubo un momento en aquel pasillo en el que el propio Will tuvo miedo de sí mismo.

Se sintió aturdido cuando llegó al apartamento de Sara, como si ni siquiera tuviera un corazón latiendo dentro de su pecho. Se puso a pensar en todos los hombres que le habían enseñado los puños cuando era pequeño, en toda la violencia que había visto, en todo el dolor que había tenido que soportar. Y él era tan mala persona como ellos por haberle pegado una paliza al portero.

En parte le había contado el incidente a Sara Linton porque quería ver la decepción en sus ojos, saber con una sola mirada que jamás le daría el visto bueno. Pero lo que había obtenido había sido... comprensión. Sara reconoció que Will había cometido un error, pero no había dado por supuesto que eso pudiera definir su carácter. ¿Qué clase de persona hacía algo así? Nadie a quien Will hubiera conocido. No la clase de mujer que Will podía llegar a comprender.

Sara tenía razón en que resultaba más fácil hacer algo por segunda vez. Will lo veía continuamente en su trabajo: reincidentes que habían salido

impunes una vez y decidían que merecía la pena volver a probar suerte. Quizá formaba parte de la naturaleza humana el intentar traspasar esos límites. Un tercio de los conductores detenidos por superar los límites de alcohol volvían a conducir borrachos. Más de la mitad de los delincuentes violentos que arrestaban habían pasado antes por la cárcel. Los violadores tenían una de las tasas de reincidencia más elevadas del sistema penitenciario.

Will había aprendido mucho tiempo atrás que lo único que podía controlar en cualquier situación era a sí mismo. No era una víctima, no era esclavo de su temperamento. Podía elegir ser buena persona. Eso era lo que le había dicho Sara. Y ella hacía que pareciera fácil.

Y entonces él había forzado ese momento incómodo, cuando estaban sentados en el sofá, mirándola fijamente como si fuera el asesino del hacha.

—Idiota —se frotó los ojos, deseando poder borrar así el recuerdo de ese momento. No tenía sentido pensar en Sara Linton. A fin de cuentas no conducía a ningún lado.

Will vio a un grupo de mujeres merodeando por la acera. Iban disfrazadas: de colegiala, de stripper, un transexual que se parecía mucho a la madre de *Los problemas crecen*. Will bajó la ventanilla y ellas intercambiaron miradas para ponerse de acuerdo sobre quién se acercaba. Conducía un Porsche 911 reconstruido pieza a pieza. Le había llevado casi una década restaurarlo, y las prostitutas tardaron una década en decidir a quién enviar.

Por fin se acercó una de las colegialas. Se asomó por la ventanilla, pero retrocedió de forma igualmente precipitada.

—Ah, no —le dijo—. Ni hablar. No pienso follarme a un perro.

Will sacó un billete de veinte dólares.

—Estoy buscando a Lola.

La prostituta torció el gesto y cogió el billete tan rápido que Will sintió que el papel le quemaba los dedos.

—Sí, esa zorra sí que se follará a tu perro. Está en la Dieciocho. Por la zona de la antigua oficina de correos.

—Gracias.

La chica volvió con su grupo.

Will subió la ventanilla y dio la vuelta. Vio a las chicas por el retrovisor. La colegiala le había dado los veinte dólares a su gorila, que a su vez se lo pasaría a su chulo. Will sabía por Angie que las chicas no solían quedarse con el dinero. Sus chulos se ocupaban de alojarlas, darles de comer, comprarles la ropa. Lo único que tenían que hacer ellas era jugarse la vida y la salud todas las noches tirándose a cualquiera que les ofreciera el dinero suficiente. Era la moderna esclavitud, lo cual resultaba irónico, teniendo en cuenta que la mayoría de los chulos, si no todos, eran negros.

Will giró por la calle Dieciocho y aminoró al toparse con un sedán aparcado bajo una farola. El conductor estaba al volante con la cabeza echada hacia atrás. Will esperó unos minutos y una cabeza se alzó desde el regazo del hombre. Se abrió la puerta y una mujer intentó bajarse del coche, pero el hombre la agarró del pelo.

—Mierda —murmuró Will, saliendo del coche de un brinco. Cerró la puerta con el control remoto, echó a correr hacia el coche y abrió la puerta.

—¿Qué coño? —gritó el hombre, que aún tenía agarrada por los pelos a la mujer.

—Hola, cielo —dijo Lola, alargando su mano hacia Will. Él la agarró sin pensar y ella salió del coche, dejando su peluca en las manos del hombre. Este soltó un improperio, la arrojó a la calle y se apartó del bordillo a tal velocidad que la puerta del coche se cerró sola.

—Tenemos que hablar —dijo Will.

Ella se agachó para recoger su peluca, y a causa de la farola Will le vio hasta las amígdalas.

—Tengo un negocio que atender aquí.

—La próxima vez que necesites ayuda... —dijo Will.

—Fue Angie la que me ayudó, no tú. —Se colocó bien la falda—. ¿Es que no ves las noticias? La policía encontró en ese apartamento coca suficiente para enseñar a cantar al mundo entero. Soy una puta heroína.

—Balthazar se va a poner bien. Me refiero al bebé.

—¿Baltha-qué? —preguntó frunciendo el ceño—. Dios, ese crío no tenía mucho futuro.

—Tú le cuidaste. Significaba algo para ti.

—Sí, bueno. —Lola se puso la peluca intentando que quedara derecha—. Tengo dos hijos, ¿sabes? Los tuve en el trullo. Tenía que pasar un tiempo con ellos antes de que el estado me los quitara.

Tenía los brazos muy flacos, y a Will le recordó a las chicas de los videos *thinspo* que había visto en el ordenador de Pauline. Esas chicas pasaban hambre porque querían estar delgadas; Lola porque no tenía dinero para comer.

—Así —dijo Will enderezándole la peluca.

—Gracias.

Echó a andar para reunirse con su grupo. Se veía la mezcla habitual de colegialas y golfas, pero eran mayores, más resabiadas. La calle acababa endureciéndolas. Dentro de nada, Lola y su pandilla estarían en la Veintiuno, una calle tan degradada que en el orden del día de la comisaría del distrito figuraba como algo rutinario el envío de ambulancias para recoger a las que morían durante la noche.

—Podría arrestarte por obstrucción a la justicia —la amenazó.

Lola siguió caminando.

—Pues tampoco me importaría volver a la cárcel. Hace mucho frío esta noche para andar por la calle.

—¿Angie sabía lo del bebé? —Lola se detuvo—. Dímelo.

Muy despacio, la prostituta se dio la vuelta. Buscó los ojos de Will con la mirada, no tratando de encontrar la respuesta adecuada, sino intentando descubrir lo que Will quería oír.

—No.

—Mientes.

La expresión del rostro de Lola se mantuvo impassible.

—¿De verdad se va a poner bien?

—Ahora está con su madre. Creo que sí.

Lola se puso a buscar algo dentro del bolso y sacó una cajetilla de tabaco y una caja de cerillas. Will esperó a que se encendiera el cigarrillo y le diera una calada.

—Estaba en una fiesta. Un tío que conozco me dijo que habían montado un tenderete en un ático de lujo y que el portero hacía la vista gorda; la gente

entraba y salía como Pedro por su casa. Era un rollo para pijos, ya sabes, gente que necesita un sitio agradable para un par de horas donde nadie haga preguntas. Se monta una buena juerga, al día siguiente viene la chacha y lo limpia todo. Los que viven allí vuelven de Palm Beach o de donde sea y no se enteran de nada. —Se quitó un poco de tabaco de la lengua—. Pero esa vez la cosa no salió bien. Simkov, el portero, le tocó las pelotas a alguien del edificio. Le dijeron que en quince días le daban la patada y él empezó a dejar pasar a lo peor de lo peor.

—¿Como tú? —Lola alzó la barbilla—. ¿Cuánto se llevaba el portero?

—Tienes que hablar de eso con los chicos. Yo me limito a ir y a follar.

—¿Qué chicos?

Lola exhaló una larga bocanada de humo. Will esperó, sabía que no debía presionarla demasiado.

—¿Conocías a la dueña del apartamento?

—Ni la he visto, ni la conozco, ni he oído hablar de ella.

—Así que llegas allí, Simkov te deja pasar. ¿Entonces qué?

—Al principio todo iba bien. Normalmente íbamos a alguno de los apartamentos de más abajo, pero ese día era el ático. Estaba lleno de gente guapa y había buen material: coca, algo de caballo. El *crack* apareció un par de días más tarde. Luego la *meta*. Y a partir de ahí fue todo cuesta abajo.

Will recordó el lamentable estado en el que se encontraba el apartamento.

—Debió de ser muy rápido.

—Sí, bueno. Los drogadictos no son gente muy comedida. —Se rio al recordarlo—. Hubo un par de broncas, y algunas putas se metieron por en medio. Luego llegaron los *travelos* y... —Lola se encogió de hombros, como diciendo «¿Qué esperabas?»

—¿Y el niño?

—El niño estaba en su habitación cuando yo llegué. ¿Tienes hijos?

Will dijo que no con la cabeza.

—Chico listo. Angie no es lo que se dice muy maternal.

Will no se molestó en darle la razón, porque ambos sabían que era la pura verdad.

—¿Qué hiciste cuando encontraste al bebé?

—El apartamento no era un lugar muy adecuado para él. Lo veía venir. Aquello empezaba a llenarse de gente muy poco recomendable. Simkov estaba dejando pasar a todo el mundo. Me llevé al niño al pasillo.

—Al cuarto de la basura.

Lola sonrió.

—En aquella fiesta nadie se molestaba en tirar las cosas al cubo.

—¿Le diste de comer?

—Sí —dijo Lola—. Utilicé lo que había en los armarios de la cocina y le cambié el pañal. También lo hacía con mis niños, ¿sabes? Como te decía, te los dejan durante un tiempo antes de quitártelos. Aprendí a darles de comer y todo ese rollo. Cuidé muy bien de él.

—¿Por qué lo dejaste allí? —le preguntó Will—. Te detuvieron en la calle.

—Mi chulo no sabía nada de aquel rollo... No estaba de servicio, solo me divertía un poco. Pero se enteró y me dijo que volviera al tajo, y eso fue lo que hice.

—¿Y cómo volviste arriba a cuidar del bebé?

Ella agitó un puño arriba y abajo.

—Le hice una paja a Simkov y me dejó pasar.

—¿Por qué no me dijiste que había un niño involucrado en todo eso cuando me llamaste la primera vez?

—Pensaba que podría seguir cuidando de él cuando saliera —admitió—. Estaba haciendo un buen trabajo, ¿no? Estaba haciendo algo bueno por él, le daba de comer y le cambiaba los pañales. Es un niño precioso. Tú le has visto, ¿eh? Sabes que es una monada.

Aquel precioso niño estaba deshidratado y al borde de la muerte cuando lo vio Will.

—¿De qué conocías a Simkov?

Lola se encogió de hombros.

—Otik es un buen cliente, ¿entiendes? —Señaló hacia la calle—. Lo conocí aquí en la Milla de Oro.

—A mí no me parece lo que se dice un buen tipo.

—Me hizo un favor dejándome subir. Me saqué una buena pasta. Cuidé

del niño. ¿Qué más quieres de mí?

—¿Sabía Angie lo del crío?

Lola tosió desde lo más profundo del pecho. Cuando escupió en la acera Will notó que se le revolvía el estómago.

—Eso vas a tener que preguntárselo a ella.

Se echó el bolso al hombro y fue a reunirse con su grupo.

Will sacó su móvil mientras se dirigía hacia el coche. El aparato estaba en las últimas, pero aun así consiguió hacer la llamada.

—¿Sí? —dijo Faith.

Will no quería hablar de lo que había sucedido esa tarde, así que no le dio ocasión de pronunciar palabra.

—Acabo de hablar con Lola. —Will le contó lo que le había dicho la prostituta—. Simkov la llamó para que se ganara unos pavos extra. Y de paso se quedó con un buen pellizco, seguro.

—Quizá podamos usar eso en su contra —respondió Faith—. Amanda quiere que hable mañana con Simkov. Veremos si su versión coincide con la de Lola.

—¿Qué has podido averiguar de él?

—No mucho. Vive en el edificio, en el bajo. Se supone que tiene que estar en su puesto desde las ocho hasta las seis, pero últimamente han tenido algunos problemas con eso.

—Supongo que por eso le dijeron que tenía quince días para marcharse.

—No tiene antecedentes. Y su cuenta corriente está saneada, como no paga alquiler... —Faith hizo una pausa y Will la oyó pasar las páginas de su libreta—. Encontramos algo de porno en su apartamento, pero nada de pedofilia ni perversiones. Y su registro telefónico está limpio.

—Me pareció entender que dejaba pasar a cualquiera siempre y cuando soltara la pasta suficiente. ¿Te ha dado algo Anna Lindsey?

Faith le contó su infructuosa conversación con la mujer.

—No sé por qué no quiere hablar. Puede que esté asustada.

—O puede que piense que si lo aparta de su mente, si no habla de ello, desaparecerá.

—Supongo que eso funciona si uno tiene la madurez emocional de un

niño de seis años. —Will prefirió no tomarse aquello como algo personal—. Revisamos el libro de visitas del edificio. Había un técnico del cable y un par de repartidores. He hablado con todos ellos, y con los que se encargan del mantenimiento del edificio. Lo están verificando. No tienen antecedentes y sus coartadas son muy sólidas.

Will se subió al coche.

—¿Qué hay de los vecinos?

—Por lo visto nadie sabe nada, y esa gente es demasiado rica para rebajarse a hablar con la policía.

Will ya había tropezado antes con ese tipo de gente. No querían verse involucrados, ni tampoco que sus nombres figuraran en los archivos.

—¿Alguno conocía a Anna?

—Lo mismo que con las demás: los que la conocían no la tenían en gran estima.

—¿Y qué han dicho los de la científica?

—Los resultados deberían estar mañana por la mañana.

—¿Y los ordenadores?

—Nada, y todavía no tenemos las órdenes para el banco, así que no hay acceso al móvil de Olivia Tanner, ni a su BlackBerry, ni a su ordenador del trabajo.

—Nuestro asesino es más listo que nosotros.

—Sí —admitió Faith—. Parece que volvemos a estar en un callejón sin salida.

Hicieron un alto en la conversación. Will buscó algo que decir, pero Faith le ganó por la mano.

—Amanda y yo interrogaremos al portero a las ocho de la mañana, luego tengo una cita a la que no puedo faltar. Es en Snellville.

Will no era capaz de imaginar para qué podía necesitar alguien ir a Snellville.

—Imagino que tardaré una hora, más o menos. Con un poco de suerte ya tendremos identificado a Jake Berman para entonces. También tenemos que hablar con Rick Sigler. Es más escurridizo que una anguila.

—Es blanco y tiene cuarenta y tantos.

—Amanda me dijo lo mismo. Envió a alguien a hablar con él esta mañana. Estaba en casa con su mujer.

—¿Negó haber estado en la escena del crimen? —gruñó Will.

—Al parecer lo intentó. Ni siquiera reconoció que estaba con Jake Berman, lo cual me confirma que era un rollo de una noche. —Faith suspiró—. Amanda ha ordenado que sigan a Sigler, pero está limpio. No tiene ningún alias, ni múltiples direcciones, nació y se crio en Georgia. Tiene sus expedientes académicos desde el parvulario hasta el instituto en Conyers. No hay indicios de que haya estado alguna vez en Michigan, y por descontado nunca ha vivido allí.

—La única razón por la que seguimos atascados con esto del hermano es que Pauline McGhee le advirtió a su hijo de que tuviera cuidado con su tío.

—Es cierto, pero ¿qué otra pista tenemos? Si seguimos dándonos contra el muro se nos va a llenar la cabeza de chichones.

Will esperó unos segundos.

—¿Qué clase de cita tienes mañana?

—Es un asunto personal.

—Vale.

Después de aquello ninguno de los dos tenía nada más que decir. ¿Por qué le resultaba tan fácil a Will sincerarse con Sara Linton pero apenas lograba mantener una conversación normal con todas las demás mujeres de su vida, y especialmente con su compañera?

—Te cuento lo mío si tú me cuentas lo tuyo —le propuso Faith.

Will se echó a reír.

—Creo que deberíamos empezar desde el principio. Con el caso, quiero decir.

—La mejor manera de averiguar si has pasado algo por alto es volver sobre tus pasos.

—Cuando vuelvas de tu cita iremos a hablar con los Coldfield, luego a ver a Rick Sigler al trabajo para poder hablar con él sin que su mujer esté presente, y después seguiremos con los demás testigos, con cualquiera que haya tenido algo que ver con esto, por remota que sea la relación. Compañeros de trabajo, personal de mantenimiento que haya visitado la casa,

soporte técnico, cualquiera que haya podido tener contacto con ellas.

—No tenemos nada que perder —dijo Faith. Hubo otra pausa y de nuevo fue ella la primera en hablar—. ¿Estás bien?

Will acababa de llegar a su casa. Aparcó, deseando que cayera un rayo y lo matara: el coche de Angie estaba en el camino de entrada.

—¿Will?

—Sí. Nos vemos por la mañana.

Colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo. Las luces del salón estaban encendidas, pero Angie no se había molestado en encender la del porche. Llevaba dinero encima, y además tenía las tarjetas. Tenía que haber algún sitio donde admitieran perros, o a lo mejor podía esconder a *Betty* bajo la chaqueta. La chihuahua se puso de pie en el asiento y se estiró. Se encendió la luz del porche.

Will murmuró entre dientes y cogió a la perra en brazos. Se bajó del coche, lo cerró y se dirigió a su casa. Abrió la puerta del jardín de atrás y dejó a *Betty* sobre el césped; luego se quedó delante de su propia casa sin saber muy bien qué hacer, hasta que decidió que aquello era una estupidez y se obligó a entrar.

Angie estaba acurrucada en el sofá. Llevaba el cabello suelto, como a él le gustaba, y un vestido negro muy ceñido que abrazaba cada una de sus curvas. Sara estaba preciosa, pero Angie estaba muy sexy. Llevaba un maquillaje de noche, con los labios rojo sangre. Se preguntó si se habría arreglado así para él. Probablemente. Angie siempre presentía cuándo Will se distanciaba de ella. Era como un tiburón, capaz de oler la sangre en el agua. Lo saludó igual que la prostituta.

—Hola, cielo.

—Hola.

Angie se levantó del sofá, estirándose como un gato mientras se acercaba a él.

—¿Has tenido un buen día? —le preguntó, colocando los brazos alrededor de su cuello. Will volvió la cabeza y ella se la giró otra vez y lo besó en los labios.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo.

Angie volvió a besarle, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Will se mantuvo tan impassible como pudo y Angie se rindió y retiró los brazos.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—He pegado a un tipo.

Angie se echó a reír como si fuera una broma.

—¿En serio?

—Sí —dijo Will, apoyando la mano en el respaldo del sofá. Una de las tiritas empezaba a desprenderse.

—Así que le has pegado a un tipo. —Ahora se lo tomaba en serio—. ¿Y hay testigos de eso?

—Ninguno que esté dispuesto a testificar en mi contra.

—Bien hecho, cielo. —Estaba justo detrás de él—. Seguro que Faith ha mojado las bragas. —Le pasó el dedo por el brazo, y se detuvo al llegar a la muñeca—. ¿Dónde está tu alianza? —le preguntó en un tono muy diferente.

—En mi bolsillo.

Will se la había quitado antes de subir a casa de Sara. En aquel momento había intentado engañarse pensando que lo hacía porque se le habían hinchado los dedos y el anillo empezaba a apretarle.

Angie metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Will cerró los ojos, sintiendo que el día entero se le venía encima. Y no solo ese día, sino los últimos ocho meses. Angie era la única mujer con la que había estado, y su cuerpo la echaba tanto de menos que casi le dolía físicamente.

Los dedos de ella le acariciaron a través de la fina tela de los bolsillos. La reacción de Will fue inmediata, y cuando le susurró al oído se agarró con fuerza al respaldo del sofá para no caerse. Le mordió la oreja suavemente.

—¿Me has echado de menos?

Will tragó saliva, incapaz de hablar mientras ella apretaba sus pechos contra su espalda. Echó la cabeza hacia atrás y Angie le besó el cuello, pero no era en ella en quien pensaba mientras lo acariciaba. Era en Sara, en sus largos y finos dedos curándole la mano mientras estaban sentados en el sofá. Recordó el olor de su pelo, porque se había permitido inclinarse brevemente para olerlo sin que ella se diera cuenta. Olía a bondad, a compasión, a

dulzura. Olía a todo cuanto Will había deseado siempre, a todo lo que nunca tendría.

—Eh —Angie dejó de acariciarle—. ¿Adónde te has ido?

Haciendo un esfuerzo, Will se subió la cremallera de la bragueta. Apartó a Angie y se fue hacia el otro lado de la habitación.

—¿Estás en esos días otra vez? —le preguntó Angie.

—¿Sabías lo del bebé?

Angie se puso la mano en la cadera.

—¿Qué bebé?

—Me da igual lo que respondas, pero quiero la verdad. Necesito saberla.

—¿Vas a pegarme si no te lo digo?

—Voy a odiarte —replicó Will, y ambos sabían que lo que decía era cierto—. Ese bebé podríamos haber sido tú o yo. Qué coño, ese bebé era yo.

—¿Mamá lo dejó en el cubo de la basura? —preguntó en tono brusco, a la defensiva.

—Era eso o ponerla a hacer la calle para comprar anfetamina.

Angie apretó los labios, pero no apartó la mirada.

—*Touché* —dijo por fin, porque eso era exactamente lo que había hecho Deirdre Polaski con su hija.

Will repitió la pregunta, lo único que le importaba ya.

—¿Sabías que había un bebé en el ático?

—Lola lo estaba cuidando.

—¿Qué?

—No es mala chica, se aseguraba de que estuviera bien. Si no la hubieran detenido...

—Espera un momento. —Usó las manos para detenerla—. ¿De verdad crees que esa puta estaba cuidando del niño?

—Ahora está bien, ¿no? He llamado un par de veces al Grady. El niño y su madre ya están juntos.

—¿Que hiciste un par de llamadas? —Will no podía creer lo que oía—. Por Dios bendito, Angie, es un bebé de meses. Si llegamos a tardar un poco más lo habríamos encontrado muerto.

—Pero no lo hicisteis, no está muerto.

—Angie...

—La gente siempre cuida de los bebés, Will. ¿Quién cuida de la gente como Lola?

—¿Te preocupas por una puta adicta al crack cuando hay un bebé en el cuarto de la basura muriéndose de inanición? —No le dio tiempo a contestar —. Se acabó. Se acabó todo.

—¿Qué coño significa eso?

—Significa que he acabado contigo. Significa que la cuerda de este yoyó se ha roto.

—Que te den.

—Se acabó el baile. Se acabó el andar revoloteando a mi alrededor, se acabó el salir corriendo en mitad de la noche para volver un mes o un año más tarde como si fueras la única que puede lamerme las heridas.

—Dicho así suena tan romántico.

Will abrió la puerta principal.

—Quiero que te largues de mi casa y que salgas de mi vida.

Angie no se movió, así que Will se fue hacia ella y empezó a empujarla.

—¿Qué estás haciendo? —Lo empujó, pero al ver que no cedía, lo abofeteó—. Quítame las manos de encima, cabrón.

Will la cogió en volandas por detrás y Angie cerró la puerta con el pie.

—Lárgate —le dijo Will, intentando agarrar el pomo sin soltarla a ella.

Angie había sido policía antes de que la ascendieran a detective, y sabía cómo defenderse. Le dio una patada en la corva y lo derribó. Will la agarró, la tiró al suelo y se pusieron a pelear como si fueran perros rabiosos.

—¡Para! —gritó ella, sin dejar de darle patadas y de usar todo su cuerpo para hacerle daño.

Will rodó sobre su barriga y la aplastó contra el suelo de madera. Le agarró las manos con una sola de las suyas y las estrujó para que no pudiera seguir peleando. Sin pensarlo siquiera, alargó el brazo y le arrancó la ropa interior. Ella le clavó las uñas en la palma y Will deslizó sus dedos dentro de ella.

—Hijo de puta —murmuró, pero estaba tan húmeda que Will apenas sentía sus dedos al deslizarlos adentro y afuera. Dio con el punto exacto, y

ella le insultó otra vez, apretando la cara contra el suelo. Ella nunca llegaba al orgasmo con él, formaba parte de su juego de poder. Siempre llevaba a Will hasta el límite, pero nunca permitía que él hiciera lo mismo con ella.

—Para —exigió Angie, pero no dejaba de mover las caderas, tensándose con cada movimiento.

Will se desabrochó los pantalones y se metió dentro de ella. Angie intentó cerrar las piernas, pero él la embistió con más fuerza, obligándola a abrirlas. Ella gimió y sintió una dulce descarga mientras él la penetraba más y más a fondo. Will la obligó a ponerse a cuatro patas y empezó a penetrarla tan deprisa como podía, mientras seguía estimulándola con los dedos para llevarla hasta el límite. Angie empezó a gemir, y emitió un gemido profundo, gutural, que él no había oído nunca. La embistió con todas sus fuerzas, sin preocuparse de si le dejaba marcas por todo el cuerpo, sin importarle si la rompía en dos. Cuando por fin Angie se corrió le apretó con tal fuerza que casi dolía estar dentro de ella. El orgasmo del propio Will fue tan salvaje que acabó derrumbado encima de ella, jadeando, con todo el cuerpo escocido.

Rodó sobre su espalda. Angie tenía el pelo enredado cubriéndole la cara. Se le había corrido el maquillaje y jadeaba igual que Will.

—Dios mío —murmuró Angie—. Oh, dios.

Alargó la mano para acariciarle la cara, pero Will la apartó de un manotazo.

Se quedaron tumbados en el suelo, jadeando, durante un buen rato. Will intentó sentir remordimientos, o ira, pero no sentía más que agotamiento. Estaba tan harto de aquello, tan harto de que Angie se pasara la vida sacándole de quicio. Volvió a pensar en lo que le había dicho Sara: «Aprende de tus errores».

En ese momento a Will le parecía que Angie Polaski era el error más grande que había cometido en toda su vida.

—Dios —Angie seguía jadeando. Rodó sobre un costado, y deslizó la mano bajo su camisa. Tenía las manos calientes y sudorosas—. Sea quien sea, dale las gracias de mi parte.

Will miraba fijamente al techo, no quería mirarla porque no se fiaba de sí mismo.

—Llevo follando contigo veintitrés años, cielo, y es la primera vez que me lo haces de esta manera. —Le acarició la costilla, en el punto donde tenía la cicatriz de una quemadura de cigarrillo—. ¿Cómo se llama?

Will continuó callado.

—Dime cómo se llama —le susurró Angie.

Will notó que le dolía la garganta al tragar saliva.

—No hay nadie.

Ella soltó una carcajada.

—¿Enfermera o policía? —Se echó a reír otra vez—. ¿Una puta?

Will no dijo nada. Intentó apartar a Sara de su mente, no quería pensar en ella ahora porque sabía lo que venía a continuación. Se había anotado un punto, así que Angie tenía que anotarse diez.

Angie encontró un nervio sensible en su lastimada piel y Will se estremeció de dolor.

—¿Es normal? —le preguntó.

«Normal.» En el orfanato empleaban esa palabra para referirse a la gente que no era como ellos: a los que tenían familia, una vida, padres que no les pegaban ni les obligaban a prostituirse ni les trataban como si fueran basura.

Angie siguió acariciando el contorno de la cicatriz con el dedo.

—¿Conoce tu problema?

Intentó tragar saliva de nuevo. Le rascaba la garganta. Se encontraba mal.

—¿Sabe que eres idiota?

Will se sentía atrapado bajo su dedo, el modo en que le acariciaba la cicatriz había derretido su carne. Justo cuando pensaba que no podía soportarlo más ella se detuvo, le acercó los labios a la oreja y deslizó los dedos por debajo de su manga. Llegó hasta el punto en que la hoja de afeitar había cortado carne.

—Recuerdo la sangre —le dijo—. Cómo te temblaba la mano, la hoja cortando tu piel. ¿Te acuerdas?

Will cerró los ojos, pero se le escaparon las lágrimas. Naturalmente que se acordaba. Si se concentraba mucho todavía podía sentir el filo de la navaja arañándole el hueso porque sabía que el corte tenía que ser profundo, lo suficientemente profundo como para cortar la vena, lo suficientemente

profundo para hacerlo bien.

—¿Recuerdas cómo te abracé? —le preguntó, y Will sintió sus brazos alrededor de su cuerpo, aunque ella no le estaba abrazando. El modo en que le arropó con su cuerpo, como si fuera una manta—. Había tanta sangre...

La sangre goteó por sus propios brazos, por sus piernas, por sus pies.

Le había abrazado tan fuerte que Will casi no podía respirar, y él la había querido tanto. Ella entendía por qué lo había hecho, por qué tenía que acabar con toda esa locura que le rodeaba. Cada cicatriz que tenía en el cuerpo, cada quemadura, cada corte; Angie los conocía tan bien como se conocía a sí misma. Todos los secretos de Will Angie los guardaba en lo más hondo de su ser. Se agarraba a ellos como a un clavo ardiendo.

Ella era su vida.

Will tragó saliva, pero tenía la boca seca.

—¿Cuánto tiempo más?

Angie puso su mano sobre la barriga de Will. Sabía que volvía a tenerlo en sus manos, que solo tenía que chasquear los dedos.

—¿Cuánto tiempo más, qué, cielo?

—Cuánto tiempo más tengo que seguir queriéndote.

Angie no respondió de inmediato, y Will estaba a punto de repetir la pregunta cuando ella dijo:

—¿No es el título de una canción country?

Will se volvió para mirarla buscando en sus ojos algún indicio de la ternura que jamás había encontrado.

—Solo dime cuánto tiempo más, para que pueda ir tachando los días, para que pueda saber cuándo se va a acabar esto de una vez.

Angie le acarició la mejilla.

—¿Cinco años? ¿Diez? —Se le cerraba la garganta, como si hubiera comido cristales—. Dímelo, Angie. ¿Cuándo voy a poder dejar de quererte?

Angie se inclinó y le susurró al oído:

—Nunca.

Se levantó del suelo, se colocó la falda y cogió sus zapatos y su ropa interior. Will se quedó allí tumbado mientras ella abría la puerta y se marchaba sin molestarse en mirar atrás. Sabía muy bien lo que dejaba, del

mismo modo que siempre sabía lo que le esperaba.

Will no se levantó al oír sus pasos en el porche ni tampoco cuando arrancó el coche. No se levantó cuando oyó a *Betty* arañando la gatera, que Will había olvidado dejarle abierta. No se movió por nada. Se quedó tumbado en el suelo toda la noche, hasta que el sol que entraba por las ventanas le anunció que ya era hora de volver al trabajo.

CUARTO DÍA

Capítulo veinte

Pauline tenía hambre, pero podía soportarlo. Entendía los dolores que tenía en el estómago y en los intestinos, el modo en que los espasmos reverberaban por todo su vientre intentando absorber cualquier atisbo de nutriente. Conocía bien esos dolores, y podía soportarlos. Pero la sed era algo diferente. No había manera de eludirla. Nunca antes había pasado tanto tiempo sin beber agua. Estaba desesperada, deseando poder hacer algo. Incluso había hecho pis en el suelo y había intentado beberlo, pero solo le había dado más sed, así que acabó sentándose sobre sus tobillos, aullando como un lobo.

No podía más. No podía seguir en aquel lugar tan oscuro por mucho tiempo. No podía dejar que se apoderara de ella, que la envolviera de tal modo que lo único que quería entonces era hacerse una bola y llorar por Felix.

Felix. Él era la única razón para salir de allí, para luchar, para detener a los cabrones que la alejaban de su niño.

Se tumbó de lado, con los brazos pegados a las caderas, haciendo fuerza con los pies para elevar el tronco, estirando el cuello para poder enderezarse. Se mantuvo en esa posición, con los músculos en tensión, sudando, con la venda raspándole la piel, mientras se concentraba en el objetivo. Las cadenas que llevaba en las muñecas tintineaban al moverse y, sin pensarlo, echó la cabeza hacia atrás y la golpeó contra la pared.

Un intenso dolor bajó por su cuello. Vio estrellas —literalmente— flotando ante sus ojos. Cayó sobre su espalda jadeando, tratando de no

hiperventilar, deseando no desmayarse.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó la otra mujer.

¿La muy zorra había estado tendida de espaldas como un cadáver las últimas doce horas, inmóvil, indiferente, y ahora se ponía a hacer preguntas?

—Cállate —le espetó Pauline.

No tenía tiempo para esa mierda. Rodó una vez más sobre el costado, poniendo su espalda en paralelo a la pared, moviéndose unos centímetros más. Contuvo la respiración, cerró los ojos con fuerza y volvió a golpear la cabeza contra la pared.

—¡Joder! —gritó, le dolía tanto la cabeza que parecía que iba a estallar.

Volvió a tumbarse sobre la espalda. Tenía sangre en la frente, empezaba a gotear por debajo de la venda y se le estaba metiendo en los ojos. No podía parpadear, no podía limpiársela. Sentía como si tuviera una araña paseándose por sus párpados, filtrándose hasta sus globos oculares.

—No —dijo Pauline, y se encontró envuelta en una alucinación, con arañas caminando sobre su rostro, metiéndose dentro de su piel, poniendo huevos en sus ojos—. ¡No!

Se volvió a sentar rápidamente, y la cabeza le dio vueltas por el repentino movimiento. Estaba jadeando otra vez y colocó la cabeza entre las rodillas, tocando sus muslos con el pecho. Tenía que serenarse. No podía ceder a la sed. No podía dejar que la demencia se instalara de nuevo en su cerebro y le hiciera olvidar dónde estaba.

—¿Qué estás haciendo? —le susurró la extraña, asustada.

—Déjame en paz.

—Te va a oír. Va a bajar.

—No —le espetó Pauline. Entonces, para demostrarlo, se puso a gritar—. ¡Baja aquí, hijo de puta! —Tenía la garganta tan irritada que el esfuerzo le hizo toser, pero continuó gritando—: ¡Estoy intentando escapar! ¡Ven a detenerme, cabrón, hijo de puta!

Se quedaron esperando. Pauline contaba los segundos. No se oyeron pisadas en la escalera. No se encendió ninguna luz. No se abrió ninguna puerta.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó la extraña—. ¿Cómo sabes lo que está

haciendo?

—Está esperando a que una de las dos se desmorone —le dijo Pauline—. Y no voy a ser yo.

La mujer le hizo otra pregunta, pero Pauline la ignoró y se colocó otra vez junto a la pared. De nuevo intentó golpear su cabeza contra la pared, pero no pudo hacerlo. No podía hacerse daño deliberadamente otra vez. No en ese momento. Más tarde. Descansaría unos minutos y volvería a intentarlo.

Rodó sobre su espalda, llorando. No abrió la boca porque no quería que su compañera supiera que estaba llorando. Pero la otra mujer la oyó, y oyó que se deslizaba por encima de su propio pis. Aquel espectáculo se había terminado. Ya no se venderían más entradas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la desconocida.

—¡No es asunto tuyo! —ladró Pauline. No quería hacer amigos. Quería salir de allí como fuera, y si para eso tenía que pasar por encima del cadáver de aquella mujer lo haría sin el menor reparo—. Cállate ya.

—Dime qué es lo que estás haciendo, a lo mejor puedo ayudarte.

—Tú no puedes ayudarme, ¿te enteras? —Pauline se retorció para volverse hacia la desconocida, pese a que estaban en medio de la más absoluta oscuridad—. Escúchame bien, zorra: solo una de las dos va a salir de aquí con vida y no vas a ser tú. ¿Me has entendido? La mierda resbala hacia abajo, y no voy a ser yo la que huela a cloaca cuando todo esto acabe, ¿vale?

La desconocida guardó silencio. Pauline se echó sobre su espalda, mirando hacia arriba en la oscuridad y tratando de acercarse a la pared de nuevo.

—Tú eres Delgada de Atlanta, ¿verdad? —le preguntó la mujer en un susurro.

A Pauline se le cerró la garganta como si le hubieran puesto una soga al cuello.

—¿Qué?

—«La mierda resbala hacia abajo, y no voy a ser yo la que acabe oliendo a cloaca» —repitió la mujer—. Lo dices muy a menudo. —Pauline se mordió el labio—. Yo soy Mia-Tres.

«Mia», una forma coloquial de referirse a la bulimia. Pauline reconoció el

nombre de usuario, pero siguió en sus trece.

—No sé de qué me hablas.

—¿Enseñaste ese correo electrónico a la gente del trabajo?

Pauline abrió la boca para respirar un poco. Se puso a pensar en qué más cosas había dicho en aquel grupo Pro-Ana en Internet, todos aquellos pensamientos desesperados que de algún modo había acabado tecleando en su ordenador. Era casi como purgarse, solo que en lugar de vaciar el estómago se vaciaba tu cerebro. Contarle a alguien todos aquellos pensamientos horribles, saber que ellas también los tenían, hacía que fuese un poco más fácil levantarse por la mañana.

Y ahora la desconocida ya no era tal.

—¿Les enseñaste el correo? —repitió Mia.

Pauline tragó saliva, aunque en su garganta no había más que polvo. No podía creerse que estuviera atada como un puto cerdo y aquella mujer quisiera hablar de trabajo. Eso ya no importaba. Nada importaba ya. El mensaje de correo pertenecía a otra vida, una vida en la que Pauline tenía un trabajo que no quería perder, una hipoteca, una letra del coche. Estaban esperando a que las violaran, las torturaran y las asesinaran, ¿y a esa mujer le preocupaba un puto correo electrónico?

—No llegué a llamar a Michael, mi hermano —dijo Mia—. Quizá me esté buscando.

—No te va a encontrar —le dijo Pauline—. No aquí.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé —dijo Pauline, y era verdad—. Cuando me desperté estaba en el maletero de un coche, encadenada. No estoy muy segura de cuánto tiempo estuve allí. El maletero se abrió, me puse a gritar y entonces me dio otra descarga. —Cerró los ojos—. Luego me desperté aquí.

—Yo estaba en el jardín trasero de mi casa —le contó Mia—. Oí un ruido. Pensé que a lo mejor era un gato... Cuando recobré el sentido estaba dentro de un maletero. No estoy segura de cuánto tiempo me tuvo allí. A mí me parecieron días. Intenté llevar la cuenta de las horas, pero....

Se quedó callada un rato, y Pauline no supo cómo interpretar ese silencio. Por fin Mia se decidió a hablar.

—¿Crees que fue así como nos encontramos, a través del chat?

—Seguramente —mintió Pauline.

Pauline sabía cómo las había encontrado, y no había sido en aquel maldito chat. Había sido ella quien las había llevado hasta allí; había sido su enorme bocaza la que las había metido en aquel lío. No iba a contarle a Mia lo que sabía: solo serviría para que le hiciera más preguntas, y con las preguntas vendrían las acusaciones que Pauline sabía que no podría soportar.

No en ese momento. No cuando sentía que su cerebro estaba relleno de algodón, y la sangre que se le metía en los ojos era como las patas peludas de un millón de arañas.

Pauline respiró hondo, intentando no caer presa del pánico. Pensó en Felix y en cómo olía cuando lo bañaba con ese jabón que compró en Colony Square durante su pausa para comer.

—Todavía está en la caja, ¿verdad? —le dijo Mia— Encontrarán el mensaje en la caja y sabrán que le dijiste al tapicero que midiera el ascensor.

—¿Y qué coño importa eso ahora? ¿Es que no te das cuenta de dónde estamos, de lo que nos va a pasar? ¿Qué más da si encuentran el correo o no lo encuentran? Pues menudo consuelo. «Está muerta, pero tenía razón desde el principio.»

—Ya es más de lo que conseguiste en vida.

Compartieron un momento de mutua conmiseración. Pauline intentó recordar lo poco que sabía de Mia. La mujer no publicaba mucho en el chat, pero cuando lo hacía solía ser muy certera. Como a Pauline y a unas cuantas usuarias más, a Mia no le gustaban los lloriqueos, no tragaba con toda esa mierda.

—No pueden matarnos de hambre —dijo Mia—. Yo puedo aguantar hasta diecinueve días sin comer.

Pauline estaba impresionada.

—Yo más o menos igual —mintió. Su récord estaba en doce, y había acabado ingresada en el hospital, donde la habían cebado como si fuera un pavo de Acción de Gracias.

—El problema es el agua —continuó Mia.

—Sí. ¿Cuánto tiempo puedes...?

—Nunca he intentado prescindir del agua —le interrumpió Mia, terminando la frase por ella—. No tiene calorías.

—Cuatro días —le dijo Pauline—. En alguna parte leí que solo se puede sobrevivir unos cuatro días sin agua.

—Podremos aguantar más.

No era un alarde de optimismo: si Mia era capaz de aguantar diecinueve días sin comer, seguro que aguantaría sin agua más que Pauline.

Ese era el problema. Podía sobrevivir a Pauline. Ninguna había sobrevivido a Pauline hasta ahora.

Mia formuló la pregunta más obvia.

—¿Por qué no nos ha violado?

Pauline apretó la cabeza contra el frío suelo de cemento, intentando evitar que el pánico se apoderara de ella. Que las violara no era el problema. Era todo lo demás: los juegos, el escarnio, las trampas... las bolsas de basura.

—Quiere que nos debilitemos —dijo Mia—. Quiere asegurarse de que no podamos defendernos.

Las cadenas de Mia tintineaban cada vez que se movía. Su voz sonaba más cercana ahora, y Pauline imaginó que se habría puesto de costado.

—¿Qué estabas haciendo? Me refiero a lo de antes. ¿Por qué golpeabas la cabeza contra la pared?

—Si puedo abrir un boquete en la pared, quizá pueda escapar. Según la normativa vigente, las vigas deben estar separadas por una distancia mínima de cuarenta centímetros.

—¿Tienes unas caderas de cuarenta centímetros? —preguntó Mia, sobrecogida.

—No, subnormal. Pero me puedo poner de lado.

Mia se rio de su propia tontería, pero entonces señaló algo que hizo que Pauline se sintiera todavía más estúpida.

—¿Y por qué no usas los pies?

Las dos se quedaron calladas, pero Pauline empezó a notar una sensación extraña. Sintió un espasmo en la barriga y se oyó a sí misma estallar en carcajadas con una risa sincera, espontánea, mientras pensaba en lo idiota que había sido.

—Oh, Dios —suspiró Mia. También ella se reía—. Mira que eres idiota.

Pauline se retorció, intentando girar sobre su hombro. Juntó los pies para que las cadenas no se le enredaran y golpeó la pared con los pies. El pladur se rompió al primer intento.

—Subnormal —dijo, esta vez refiriéndose a sí misma.

Se deslizó para ponerse de frente al hueco y retiró los trozos de yeso con la boca. El polvo era venenoso, pero no le importaba. Prefería morir con la cabeza asomando unos centímetros por fuera de aquella habitación que atrapada allí mientras esperaba a que aquel cabronazo viniera a por ella.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Mia— ¿Lo has roto?

—Cállate —le dijo Pauline mordiendo el aislante.

Había insonorizado las paredes. Era de esperar; tampoco suponía mayor problema. Lo agarró con los dientes y fue retirando el aislante trozo a trozo, loca por sentir el aire fresco en su cara.

—¡Joder! —gritó Pauline.

Se arrastró hacia la pared, de modo que su cintura quedara a la altura del hueco. Alargó el brazo y estiró los dedos, que apenas llegaban un poco más allá del pladur roto. Arrancó el aislante y sus dedos palparon algo que parecía una pantalla. Arqueó la espalda, estirando las manos todo lo que pudo. Sus dedos tropezaron con una malla de alambre.

—¡Maldita sea!

—¿Qué es?

—Una malla de alambre.

La había puesto en las paredes para que no pudieran escapar.

Pauline volvió a colocarse perpendicular a la pared y golpeó la malla con los pies. Las suelas de sus pies tocaron con algo macizo. En lugar de ceder la pantalla la hizo rebotar y deslizarse varios centímetros por el suelo de la habitación. Volvió a acercarse para intentarlo de nuevo, rodando sobre su tripa y apoyando las sudorosas palmas contra el cemento. Pauline encogió las piernas y, con todas sus fuerzas, le sacudió otra patada. De nuevo sus pies rebotaron y salió despedida.

—Oh, Dios —jadeó, dejándose caer sobre su espalda. Empezó a llorar otra vez y las diminutas patas de araña volvieron a nublarle los ojos—. ¿Qué

voy a hacer ahora?

—¿Llegas con las manos?

—No —sollozó Pauline.

Sus esperanzas empezaban a desvanecerse. Sus manos estaban atadas con fuerza al cinturón y la malla de alambre estaba justo detrás del pladur. No había manera de que pudiera alcanzarla con las manos.

El cuerpo de Pauline empezó a convulsionarse por el llanto. Llevaba años sin verle, pero él no había olvidado cómo funcionaba su cabeza. El sótano era su campo de pruebas, una cárcel cuidadosamente preparada para doblegarlas matándolas de hambre. Pero eso no era lo peor. Debía de haber una cueva en alguna parte, un lugar oscuro que habría excavado en la tierra con sumo esmero. El sótano serviría para doblegarlas, en la cueva las destruiría. El muy hijo de puta lo tenía todo muy bien pensado.

Otra vez.

Mia había conseguido arrastrarse hasta ella. Su voz sonaba muy cerca, casi encima de Pauline.

—Cállate. Utilizaremos la boca.

—¿Qué?

—Es alambre, ¿no? Una malla de alambre.

—Sí, pero...

—Si lo doblas hacia adelante y hacia atrás, se rompe.

Pauline meneó la cabeza. Aquello era una locura.

—Solo tenemos que romper un trozo —dijo Mia, como si fuera una simple cuestión de lógica—. Muérdelo con los dientes y tira hacia adelante y hacia atrás. Tarde o temprano se romperá, y entonces podremos abrirlo a patadas. O a mordiscos.

—No podemos...

—No me digas que no podemos, zorra de mierda. —Mia tenía los pies encadenados, pero se las arregló para sacudirle una patada en la espinilla.

—¡Ah!

—Empieza a contar —le ordenó Mia arrastrándose hacia el agujero—. Cuando llegues a doscientos, será tu turno.

Pauline no iba a hacerlo porque no pensaba dejar que aquella zorra le

dijera lo que tenía que hacer. Entonces oyó un ruido, un ruido de dientes mordiendo el metal, retorciéndolo, royéndolo. Doscientos segundos. Se iban a desgarrar la piel. Se iban a destrozar las encías. Ni siquiera tenían garantizado que funcionara.

Pauline se dio la vuelta y se sentó sobre sus talones.

Empezó a contar.

Capítulo veintiuno

Faith nunca había sido madrugadora, pero había cogido la costumbre de entrar a trabajar pronto cuando Jeremy era pequeño. Daba igual que no fueras madrugadora cuando tenías un crío hambriento que alimentar, vestir, inspeccionar y dejar en la parada del autobús a las 7:13 como muy tarde. De no ser por Jeremy habría sido una noctámbula de las que se acuestan pasada la medianoche, pero solía acostarse a eso de las diez incluso cuando Jeremy ya era un adolescente con horarios mucho más flexibles.

Will también tenía sus razones para entrar pronto a trabajar. Faith vio su Porsche aparcado en el sitio habitual cuando entró con el Mini en el edificio este de la alcaldía. Aparcó y se quedó allí sentada intentando colocar el asiento de manera que pudiera llegar al mismo tiempo al volante y a los pedales sin tener que incrustarse el primero en el pecho y estirarse para llegar a los segundos. Al cabo de un buen rato encontró por fin la distancia justa y se le pasó por la cabeza hacer que bloquearan el asiento para que no pudiera moverse. Si Will quería conducir su coche tendría que hacerlo con las rodillas pegadas a las orejas.

Golpearon en la ventanilla del Mini con los nudillos y Faith levantó la vista, sobresaltada. Era Sam Lawson, que traía un café en la mano.

Faith abrió la puerta del coche y se bajó con dificultad; tenía la sensación de haber engordado diez kilos en una noche. Esa mañana le había costado lo indecible encontrar algo que ponerse. Su cuerpo retenía líquido suficiente como para llenar un tanque del acuario municipal. Por suerte, su cuelgue con

Sam Lawson había sido un virus de veinticuatro horas. No le apetecía tener una conversación con él en aquel momento, más que nada porque necesitaba concentrarse en el caso que tenía entre manos.

—Hola, nena —dijo Sam, mirándola de arriba a abajo con mirada golosa. Faith cogió el bolso del asiento de atrás.

—Vaya, cuánto tiempo.

Sam se encogió de hombros dándole a entender que no era más que una víctima de las circunstancias.

—Toma —le dijo, ofreciéndole el café—. Es descafeinado.

Faith había intentado tomarse un café esa mañana. Nada más olerlo había tenido que salir disparada hacia el baño.

—Lo siento —dijo. Faith ignoró el café y se apartó de Sam para que no le volvieran las náuseas.

Sam tiró el vaso en una papelera y salió detrás de ella.

—¿Náuseas matutinas?

Faith echó un vistazo alrededor, pues temía que alguien les oyera.

—No se lo he dicho a nadie más que a mi jefa.

Intentó recordar cuándo se suponía que debía decírselo a la gente. Había que esperar unas semanas para asegurarse de que el embrión había prendido. Faith debía de estar acercándose ya a ese momento. Dentro de poco empezaría a contarlos. ¿Debería reunirlos a todos, invitar a cenar a su madre y a Jeremy y llamar a su hermano con el manos libres, o había algún modo de enviarles un correo anónimo a todos y largarse al Caribe unas semanas para eludir el chaparrón?

Sam chasqueó los dedos delante de su cara.

—¿Hay alguien ahí?

—Apenas. —Faith llegó a la puerta al mismo tiempo que él y dejó que la abriera y le cediera el paso—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—En cuanto a lo de anoche...

—En realidad fue hace dos noches.

Sam sonrió abiertamente.

—Sí, pero no me paré a pensarlo hasta anoche.

Faith suspiró y apretó el botón del ascensor.

—Ven aquí —dijo, empujándola hacia el hueco que había enfrente del ascensor. Había una máquina expendedora con tres hileras de bollitos, cosa que Faith sabía sin necesidad de mirar.

Sam le colocó el pelo detrás de la oreja y Faith se lo volvió a soltar. No estaba de humor para carantoñas a esa hora de la mañana. Sin pensarlo, miró para asegurarse de que ninguna cámara de seguridad los estaba grabando.

—La otra noche me porté como un idiota. Lo siento.

Faith oyó las puertas del ascensor que se abrían y se volvían a cerrar.

—No pasa nada.

—Sí, sí pasa.

Sam se inclinó para besarla, pero ella lo rechazó.

—Sam, estoy de servicio. —No añadió lo que estaba pensando, que era que estaba en mitad de un caso en el que había muerto ya una mujer, otra había sido torturada y dos más continuaban desaparecidas—. No es el momento.

—Nunca es el momento —dijo Sam, algo que le había dicho muchas veces cuando salían juntos—. Quiero volver a intentarlo contigo.

—¿Y qué pasa con Gretchen?

Sam se encogió de hombros.

—Me gusta jugar sobre seguro.

Faith dejó escapar un quejido y le empujó. Volvió al ascensor y pulsó de nuevo el botón. Sam no se iba, así que le dijo:

—Estoy embarazada.

—Lo recuerdo.

—No quiero romperte el corazón, pero el niño no es tuyo.

—No me importa.

Faith se volvió para mirarle de frente.

—¿Intentas exorcizar a los fantasmas porque tu mujer abortó?

—Lo que intento es volver a formar parte de tu vida, Faith. Y sé que para eso debo aceptar tus condiciones.

Faith rechazó el ambiguo cumplido.

—Creo recordar que uno de los problemas que había entre tú y yo, además del hecho de que eres un borracho, de que yo soy policía y de que mi

madre cree que eres el Anticristo, era que no te gustaba nada que yo tuviera un hijo.

—Estaba celoso de la atención que le prestabas.

En su momento ella le había acusado de eso mismo. Oírle admitirlo ahora la dejó sin habla.

—He crecido —le dijo Sam.

El ascensor se abrió. Faith se aseguró de que iba vacío y sujetó la puerta con la mano.

—Ahora mismo no puedo hablar contigo. Tengo mucho trabajo. —Entró en el ascensor y soltó la puerta.

—Jake Berman vive en el condado de Coweta.

Faith casi pierde la mano al intentar evitar que se cerraran las puertas.

—¿Qué?

Sam sacó su cuaderno del bolsillo y anotó algo mientras hablaba.

—Le he localizado a través de su parroquia. Es diácono y catequista. Tienen una estupenda página web en la que figura su foto. Corderitos y arcoiris. Evangélico.

El cerebro de Faith no podía procesar la información.

—¿Por qué te pusiste a buscarlo?

—Quería ver si podía ganarte por la mano.

A Faith no le gustaba nada hacia adónde iba aquello. Intentó neutralizar la situación.

—Mira, Sam, no sabemos si es uno de los malos.

—Supongo que nunca has estado en el lavabo de caballeros del centro comercial Georgia.

—Sam...

—No he hablado con él —la interrumpió—. Solo quería ver si podía localizar a alguien a quien nadie había sido capaz de localizar. Estoy harto de que los de Rockdale me toquen las pelotas. Prefiero que lo hagas tú.

Faith pasó por alto el comentario.

—Déjame esta mañana para que hable con él.

—Ya te lo he dicho, no ando buscando una historia —sonrió, mostrándole todos sus dientes—. Era solo un acto de fe, por algo te llamas así.

Faith le miró con los ojos entornados.

—Quería comprobar si podía hacer tu trabajo. —Arrancó la hoja y se la entregó—. Ha sido facilísimo.

Faith cogió la dirección antes de que cambiara de opinión. Él le sostuvo la mirada mientras las puertas se cerraban y se quedó mirando su propio reflejo en las puertas. Ya estaba sudando, aunque imaginó que podía pasar por un sofoco de embarazada. Su cabello comenzaba a encresparse porque, pese a que solo estaban en abril, la temperatura había subido mucho.

Leyó la dirección que le había dado Sam. Estaba dentro de un corazón, lo que le pareció al mismo tiempo adorable y de mal gusto. No terminaba de creer que no estuviera buscando una historia sobre Jake Berman. Quizás el *Atlanta Beacon* estaba trabajando en alguna exclusiva deprimente, y pensaba sacar del armario a hombres devotos con una doble vida gay que por el camino se encontraban con mujeres violadas y torturadas en mitad de la carretera.

¿Podía ser Jake Berman el hermano de Pauline? Ahora que tenía su dirección, Faith no estaba tan segura. ¿Qué posibilidades había de que Jake Berman hubiera ligado con Rick Sigler y estuvieran los dos en la carretera justo en el mismo momento en que los Coldfield atropellaban a Anna?

Las puertas se abrieron y Faith salió del ascensor. Las luces del pasillo estaban apagadas, y pulsó los interruptores según se dirigía al despacho de Will. No se veía luz por debajo de la puerta, pero llamó de todos modos, pues había visto su coche y sabía que estaba en el edificio.

—¿Sí?

Faith abrió la puerta. Will estaba sentado detrás de su escritorio con las manos entrelazadas sobre su barriga. Tenía las luces apagadas.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Will no respondió a la pregunta.

—¿Qué tal?

Faith cerró la puerta y abrió la silla plegable. Vio el dorso de la mano de Will y percibió algunos arañazos nuevos, aparte de los que tenía después de pelearse con Simkov. No dijo nada sobre el particular y fue directa al caso.

—Tengo la dirección de Jake Berman. Está en Coweta. Eso está a unos

cuarenta y cinco minutos de aquí, ¿no?

—Si no hay mucho tráfico —dijo extendiendo la mano para coger la dirección.

Faith se la leyó en alto.

—Calle Lester, 935.

Will aún tenía la mano extendida. Por alguna razón, Faith no pudo hacer otra cosa que mirar sus dedos.

—No soy un puto imbécil, Faith —le espetó Will—. Puedo leer una dirección.

Su tono era lo suficientemente hostil como para que a Faith se le pusieran de punta los pelos de la nuca. Will no solía decir tacos y era la primera vez que le oía decir «puto».

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—No me pasa nada. Solo quiero ver la dirección. Yo no puedo ir a la entrevista con Simkov. Iré a buscar a Berman y nos veremos aquí cuando vuelvas de tu cita. —Agitó la mano—. Dame la dirección de una vez.

Faith se cruzó de brazos. Sería capaz de morirse antes de darle el papel.

—No sé qué coño te pasa, pero será mejor que te saques la cabeza del culo antes de que tengamos un problema de verdad.

—Faith, solo tengo dos testículos. Si quieres uno tendrás que hablar con Amanda o con Angie.

Angie. Con solo pronunciar esa palabra, desapareció su mal humor. Faith se recostó en la silla, con los brazos cruzados, y le miró fijamente. Will miró por la ventana, y ella pudo percibir la fina cicatriz que recorría su mandíbula. Quería saber cómo se la había hecho, cómo le habían desgarrado la piel de la mandíbula, pero como todo lo demás era algo de lo que nunca hablaban.

Dejó el papel sobre el escritorio y lo deslizó hacia él.

—Tiene un corazón alrededor —dijo Will después de echarle una ojeada.

—Ha sido Sam.

Will dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—¿Estás saliendo con él?

A Faith no le apetecía decir que era solo sexo, así que se limitó a encogerse de hombros.

—Es complicado.

Will asintió, que era lo que solían hacer cuando se trataba de un asunto personal del que no querían hablar.

Faith estaba harta de aquello. ¿Qué iba a pasar dentro de un mes, cuando el embarazo se empezara a notar? ¿Qué pasaría dentro de un año si se desmayaba estando de servicio porque había calculado mal la dosis de insulina? Le resultaba fácil imaginarse a Will inventando excusas para explicar el aumento de peso o simplemente ayudándola a levantarse y diciéndole que tuviera cuidado de dónde ponía el pie. Se le daba muy bien fingir que la casa no estaba en llamas incluso si echaba a correr para buscar agua y apagar el fuego.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Estoy embarazada.

Will alzó las cejas, estupefacto.

—Víctor es el padre. Además soy diabética. Por eso me desmayé en el garaje. —Will parecía demasiado sorprendido para hablar—. Debería habértelo dicho antes. Esa es la razón de mi cita secreta en Snellville. Voy al médico a ver si me puede ayudar a mantener esto de la diabetes bajo control.

—¿Tu médico no será Sara?

—Me ha derivado a una especialista.

—Si te va a ver un especialista, debe de ser grave.

—Es un reto. La diabetes me pone las cosas un poco más difíciles, pero se puede controlar. —Tuvo que añadir—: Al menos, eso dice Sara.

—¿Quieres que vaya a esa cita contigo?

Faith se imaginó a Will sentado en la sala de espera de Delia Wallace con su bolso en el regazo.

—No, gracias. Necesito hacerlo yo sola.

—¿Víctor sabe...?

—No lo sabe. No lo sabe nadie más que Amanda y tú. Y a ella solo se lo dije porque me pilló inyectándome la insulina.

—¿Tienes que inyectártela tú?

—Sí.

Faith casi podía leerle el pensamiento, las preguntas que quería hacerle

pero no sabía cómo plantearle.

—Si quieres cambiar de compañero... —le dijo Faith.

—¿Y por qué voy a querer cambiar?

—Porque es un problema, Will. No sé cuán grande, pero mis niveles de azúcar suben y bajan, y tengo cambios de humor, y lo mismo siento ganas de arrancarte la cabeza de cuajo que me da por llorar, y no sé cómo voy a hacer mi trabajo con esta historia.

—Encontrarás un modo —dijo él, tan razonable como de costumbre—. Yo lo he hecho. He encontrado el modo de sobrellevar mi problema.

Tenía una capacidad de adaptación sorprendente. Cuando sucedía algo malo, por muy horrible que fuera, Will asentía y seguía adelante. Faith imaginaba que debía de haberlo aprendido en el orfanato. O quizá se lo había inculcado Angie Polaski. Como estrategia de supervivencia era encomiable, pero como base de una relación, era de lo más irritante. Y no había absolutamente nada que Faith pudiera hacer al respecto.

Will se enderezó y, como siempre, recurrió al humor para relajar tensiones.

—Si me das a elegir, prefiero que me arranques la cabeza de cuajo a que te pongas a llorar.

—Lo mismo te digo.

—Te debo una disculpa —dijo poniéndose serio de repente—. Por lo que le hice a Simkov. Nunca le había dado una paliza a nadie. En mi vida. —La miró fijamente a los ojos—. Te prometo que jamás volverá a suceder.

—Gracias —fue todo cuanto acertó a decir Faith. Naturalmente, no le gustaba lo que había hecho Will, pero resultaba difícil recriminarle nada cuando era obvio que se estaba castigando muy bien él solito.

Ahora le tocaba a ella quitar hierro al asunto.

—Vamos a dejar lo de poli bueno y poli malo una temporada.

—Si a nosotros nos va mucho mejor lo de poli tonto y poli borde. —Will metió la mano en el bolsillo del chaleco y le devolvió el papel con la dirección de Jake Berman—. Deberíamos llamar a la policía de Coweta para que vayan a echarle un ojo a Berman y se aseguren de que es el tío que buscamos.

Las ruedas del cerebro de Faith tardaron un poco en cambiar el sentido del giro. Miró la caligrafía de Sam y el estúpido corazón que había dibujado alrededor de la dirección.

—No sé por qué Sam piensa que puede localizar a este tío en cinco minutos cuando tenemos a toda la división de procesamiento de datos trabajando en ello desde hace dos días sin ningún resultado.

Faith sacó su móvil. No quería molestarse en seguir los canales establecidos, así que llamó a Caroline, la secretaria de Amanda. La mujer prácticamente vivía en el edificio, y cogió el teléfono a la primera. Faith le dio la dirección de Berman y le pidió que llamara al agente del condado de Coweta para que verificara que se trataba del mismo Jake Berman que estaban buscando.

—¿Quieres que te lo traiga aquí? —le preguntó Caroline.

Faith se quedó pensándolo un momento, pero no quería tomar esa decisión ella sola.

—¿Quieres que nos traigan a Berman? —le preguntó.

Will se encogió de hombros y contestó:

—¿Queremos ponerle sobre aviso?

—Que un policía llame a su puerta le pondrá sobre aviso de todos modos.

Will volvió a encogerse de hombros.

—Dile que intente verificar su identidad pero manteniendo las distancias. Si es él, iremos nosotros a detenerle. Dale al agente mi número de móvil. Nos acercaremos cuando acabes de hablar con Simkov.

Faith le transmitió el mensaje a Caroline. Colgó el teléfono y Will giró hacia ella el monitor de su ordenador, diciéndole:

—He recibido este correo de Amanda.

Faith se acercó el teclado y el ratón. Cambió los colores para que sus retinas no se destruyeran por combustión espontánea y abrió el correo. Fue resumiendo a medida que leía:

—Los informáticos no han podido crackear ninguno de los dos ordenadores. Dicen que es imposible acceder sin la contraseña al chat pro-anorexia; por lo visto la encriptación es bastante sofisticada. Las órdenes para el banco donde trabaja Olivia deberían estar listas esta tarde a primera hora

para que podamos revisar sus archivos y su registro de llamadas. —Utilizó el *scroll* para seguir leyendo—. Hummm. —Lo leyó en silencio y luego se lo explicó a Will—. Vale, bueno, esto es algo que podríamos utilizar contra el portero. Había una huella parcial en el asidero de la puerta de la salida de emergencias del ático, de un pulgar derecho.

Will sabía que Faith se había pasado la mayor parte de la tarde anterior peinando el edificio de Anna Lindsey.

—¿Cómo se accede a las escaleras?

—Desde el vestíbulo y desde el ático —dijo Faith mientras leía el siguiente párrafo—. En la escalera de incendios que baja por la pared del edificio había otra huella que coincide con la de la puerta. La han enviado a la policía de Michigan para que la comparen con sus bases de datos. Si el hermano de Pauline está fichado, saltará. Y si conseguimos un nombre, ya tenemos la mitad del camino hecho.

—Deberíamos comprobar los tickets de aparcamiento de la zona. En Buckhead no se puede aparcar en cualquier parte. Enseguida te ponen una multa.

—Buena idea —dijo Faith, abriendo su correo para enviar una petición—. Pediré también los tickets de aparcamiento alrededor de las zonas en las que desaparecieron todas las víctimas.

—Al Hijo de Sam lo cogieron gracias a un ticket de aparcamiento.

Faith se puso a teclear.

—Tienes que dejar de ver tanta televisión.

—No tengo mucho más que hacer por las noches.

Faith le miró las manos, los arañazos nuevos.

—¿Cómo sacó a Anna Lindsey del edificio? —preguntó Will—. No puede habérsela echado al hombro y haber bajado con ella por la escalera de incendios.

Faith envió el correo antes de contestar.

—La puerta de emergencia está conectada a la alarma. Habría saltado si alguien la hubiera abierto. Quizá la bajó por el ascensor y atravesó el vestíbulo con ella.

—Podrías preguntárselo a Simkov.

—El portero no está en su puesto las veinticuatro horas del día —le recordó Faith—. El asesino podría haber esperado a que Simkov se fuera, y entonces usar el ascensor para bajarla. Se supone que Simkov debería echar un ojo al portal mientras no está de servicio, pero no se esmeraba mucho en su trabajo.

—¿No había otro portero para darle el relevo?

—Llevan seis meses intentando encontrar a alguien. Por lo visto es difícil hallar quien quiera pasarse ocho horas sentado detrás de un mostrador; razón por la cual le han aguantado tantas cosas a Simkov. Él no tenía problema en doblar el turno cuando era necesario.

—¿Y qué hay de las cámaras de seguridad?

—A las veinticuatro horas empiezan a sobregrabarse. Excepto las de ayer, que parecen haber desaparecido.

Amanda se había asegurado de que destruyeran las imágenes en las que Will estampaba la cara de Simkov contra el mostrador.

Will se sentía culpable, pero preguntó:

—¿Habéis encontrado algo en el apartamento de Simkov?

—Lo hemos puesto patas arriba. Conduce un viejo Monte Carlo que pierde aceite por todas partes y no hemos encontrado ningún recibo que indique que tenga alquilado un trastero ni nada parecido.

—Estamos seguros de que no es el hermano de Pauline.

—Nos hemos obsesionado tanto con eso que no hemos visto nada más.

—Muy bien, pues vamos a sacar al hermano de la ecuación. ¿Qué me dices de Simkov?

—No es muy listo. Entiéndeme, no es que sea idiota, pero nuestro asesino está eligiendo a mujeres a las que desea vencer. Tampoco digo que nuestro hombre sea un genio, pero sí un cazador. Simkov es un gilipollas bastante patético que guarda revistas porno debajo del colchón y deja que las putas se la chupen para subir a los apartamentos vacíos.

—Nunca has sido muy partidaria de los perfiles.

—Tienes razón, pero esta vez no tenemos mucho más. Vamos a hablar de nuestro hombre —dijo Faith, algo que normalmente solía hacer Will—. ¿Qué clase de tipo es nuestro asesino?

—Listo —admitió Will—. Probablemente trabaja para una mujer dominante, o hay alguna mujer dominante en su vida.

—Eso hoy en día incluye a prácticamente todos los hombres del planeta.

—A mí me lo vas a contar.

Faith sonrió, tomándose aquello como una broma.

—¿Qué clase de trabajo tiene?

—Uno que le permite llevar una existencia por debajo del radar. Tiene un horario flexible. Vigilar a esas mujeres, enterarse de cuáles son sus costumbres, lleva mucho tiempo. Debe de tener un trabajo que le permite ir y venir a su antojo.

—Hagámonos la misma pregunta estúpida y aburrida una vez más: ¿y las mujeres? ¿qué tienen en común?

—Ese rollo de la anorexia y la bulimia.

—El chat. Pero, naturalmente, ni siquiera el FBI es capaz de averiguar a nombre de quién está registrado el sitio. Nadie ha conseguido crackear la contraseña de Pauline. ¿Cómo llegó hasta allí nuestro asesino?

—Quizá fue él quien abrió el sitio para buscar a sus víctimas.

—¿Y cómo descubrió sus verdaderas identidades? Todas las mujeres son altas, delgadas y rubias en Internet. Y por lo general tienen doce años y son muy cachondas.

Will estaba dándole vueltas a su alianza de nuevo, mirando por la ventana. Faith no podía dejar de mirar los arañazos que tenía en la mano. En la jerga de los forenses los habrían denominado heridas defensivas. Will había tenido un rifirrafe con alguien que le había clavado las uñas con saña.

—¿Cómo te fue con Sara anoche? —le preguntó.

Will se encogió de hombros.

—Solo fui a recoger a *Betty*. Creo que le caen bien los perros de Sara, dos galgos.

—Los vi ayer por la mañana.

—Ah, es verdad.

—Sara es buena gente —le dijo Faith—. Me cae muy bien. —Will asintió—. Deberías invitarla a salir.

Will se echó a reír, meneando al mismo tiempo la cabeza.

—Me parece que no.

—¿Por Angie?

Will dejó de darle vueltas a la alianza.

—Las mujeres como Sara Linton..., —Faith vio algo en sus ojos que no supo discernir. Esperaba que se encogiera de hombros, pero Will continuó hablando—: Faith, no hay una sola parte de mí que no esté herida. —Su voz sonaba espesa—. No me refiero solo a las cosas que se ven. Hay más cosas. Cosas muy feas. —Meneó la cabeza de nuevo en un gesto contenido, más para sí mismo que para Faith—. Angie sabe quién soy. Alguien como Sara... Si de verdad me gustara Sara Linton, lo último que querría es que me conociera realmente.

A Faith no se le ocurrió otra cosa que decir más que su nombre.

—Will.

Will soltó una risa forzada.

—Tenemos que dejar de hablar de esto antes de que a uno de los dos nos suba la leche. —Sacó su móvil—. Son casi las ocho. Amanda estará esperándote en la sala de interrogatorios.

—¿Vas a estar mirando?

—Voy a hacer unas cuantas llamadas a Michigan a ver si les doy la brasa para que se pongan con lo de las huellas de la salida de emergencia de Anna. ¿Por qué no me llamas cuando salgas del médico? Si Sam ha localizado al verdadero Jake Berman podemos ir juntos a hablar con él.

Faith se había olvidado de su cita con el médico.

—Si es el auténtico Jake Berman, empezaremos desde cero como habíamos planeado.

—Los Coldfield, Rock Sigler y el hermano de Olivia Tanner —enumeró.

—Ahí tenemos trabajo más que suficiente.

—¿Sabes qué es lo que me molesta? —Will meneó la cabeza, y ella le dijo—: Que todavía no hemos recibido los informes de Rockdale.

Alzó las manos, sabiendo que el asunto de Rockdale era terreno pantanoso.

—Si vamos a empezar desde el principio tenemos que hacer precisamente eso: leer el informe de la primera escena del crimen desde el primer agente

que atendió la llamada y repasar uno a uno todos los detalles. Sé que Galloway dijo que el agente está de pesca en Montana, pero si sus notas son buenas no será preciso hablar con él.

—¿Qué es lo que estás buscando?

—No lo sé. Pero me escama que Galloway no nos lo haya enviado todavía.

—No está lo que se dice muy pendiente de las cosas.

—No, pero todo lo que se ha guardado hasta ahora ha sido por algún motivo. Tú mismo lo dijiste. La gente no hace cosas estúpidas sin una explicación lógica.

—Llamaré a su despacho y veré si la secretaria lo puede resolver sin meter a Galloway de por medio.

—Deberías hacer que te miren también esos arañazos.

Will se miró la mano.

—Creo que tú ya los has mirado bastante.

Excepto por la charla con Anna Lindsey en el hospital el día anterior, Faith nunca había trabajado mano a mano con Amanda en un caso. Por lo general, la distancia a la que se relacionaban solía incluir un escritorio de por medio; Amanda a un lado con las manos juntas como una crítica maestra de escuela y ella revolviéndose en su asiento mientras recitaba su informe. Precisamente por eso Faith tendía a olvidar que Amanda había conseguido ascender en una época en la que las policías solían estar relegadas a llevar cafés y mecanografiar informes. Ni siquiera les permitían llevar armas, porque los jefes pensaban que, en caso de verse en la tesitura de elegir entre disparar a un delincuente y romperse una uña, darían más importancia a lo segundo.

Amanda había sido la primera oficial femenina en sacarles de su error. Estaba en el banco cobrando su cheque cuando un ladrón decidió hacer una retirada imprevista. Una de las cajas se dejó llevar por el pánico y el ladrón empezó a golpearla con la pistola. Amanda le disparó un solo tiro en el corazón, lo que en los campos de tiro se denominaba un K-5 por el círculo correspondiente de la diana. Una vez le contó a Faith que después fue a hacerse la manicura.

A Otik Simkov, el portero del edificio de Anna Lindsey, le habría venido bien conocer esa historia. O quizá no. Aquel pequeño trol se daba muchos aires pese a estar atrapado dentro de un estrecho uniforme naranja fosforito como de preso y unas sandalias abiertas que habían usado cientos de reclusos antes que él. Tenía la cara llena de hematomas pero iba muy erguido, con los hombros rectos. Cuando Faith entró en la sala de interrogatorios la miró como un granjero miraría a una vaca.

Cal Finney, el abogado de Simkov, miró ostensiblemente su reloj. Faith le había visto muchas veces por televisión; sus anuncios tenían una musiquilla insoportable. Era tan guapo en persona como en pantalla. El reloj que llevaba en la muñeca podría financiar los estudios universitarios de Jeremy.

—Siento llegar tarde. —Faith se disculpó dirigiéndose a Amanda, sabiendo que era la única que importaba. Se sentó en la silla situada frente a Finney percibiendo la hostilidad en la expresión de Simkov, que la miraba fijamente. Era evidente que no era la clase de hombre que supiera respetar a las mujeres. Puede que Amanda consiguiera hacerle cambiar de actitud.

—Le agradezco que haya venido a hablar con nosotros, señor Simkov —comenzó Amanda.

Por el momento se mostraba amable, pero Faith había asistido a las suficientes reuniones con su jefa como para saber que Simkov lo iba a pasar mal. Amanda tenía las manos apoyadas sobre un expediente. La experiencia le decía a Faith que, en algún momento, su jefa abriría la carpeta y, con ella, las puertas del infierno.

—Solo queremos hacerle algunas preguntas en relación con... —dijo Amanda.

—Que le den por saco, señora —ladró Simkov—. Hable con mi abogado.

—Doctora Wagner —dijo Finney—, seguro que está usted enterada de que hemos presentado una demanda contra la ciudad por brutalidad policial esta misma mañana.

Finney abrió su maletín y sacó un legajo que soltó pesadamente sobre la mesa. Faith notó que se ruborizaba, pero Amanda no se inmutó.

—Estoy al corriente, señor Finney, pero su cliente se enfrenta a un cargo por obstrucción a la justicia en un caso especialmente atroz. Durante su turno

de vigilancia secuestraron a una de las inquilinas. Ha sido torturada y violada, y ha logrado escapar in extremis. Estoy segura de que lo habrá visto en los informativos. Dejaron a su hijo abandonado y expuesto a morir de inanición, una vez más, mientras su cliente estaba de guardia. La víctima se ha quedado ciega y no va a recuperar la visión. De modo que entenderá usted por qué en cierto modo nos sentimos frustrados ante la poca intención de colaborar que tiene su cliente a la hora de ayudarnos a averiguar lo que sucedió en ese edificio.

—Yo no sé nada —insistió Simkov, con un acento tan marcado que resultaba cómico. Miró al abogado—. Sáqueme de aquí. ¿Por qué me tienen prisionero? Dentro de poco seré rico.

Finney ignoró a su cliente y le preguntó a Amanda:

—¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—No mucho. —Su sonrisa indicaba más bien lo contrario.

Finney no se dejó engañar.

—Tienen diez minutos. Y limiten sus preguntas al caso de Anna Lindsey. —Le advirtió a Simkov—. Si coopera ahora le beneficiará en la demanda civil.

La perspectiva del dinero que esperaba ganar le hizo cambiar de actitud.

—Sí, entendido. ¿Cuáles son sus preguntas?

—Dígame, señor Simkov —continuó Amanda—, ¿cuánto tiempo lleva en nuestro país?

Simkov miró a su abogado, que asintió para indicarle que podía contestar.

—Veintisiete años.

—Habla muy bien el idioma. ¿Cree usted que tiene la fluidez necesaria, o prefiere que llame a un intérprete para que se sienta más cómodo?

—Estoy perfectamente cómodo con mi inglés —dijo sacando pecho—. Leo libros y periódicos americanos constantemente.

—Es usted de Checoslovaquia —dijo Amanda—, ¿es correcto?

—Sí, soy checo —respondió, probablemente porque su país ya no existía—. ¿Por qué me hace preguntas? Soy yo quien les ha puesto una demanda. Usted debería responder a las mías.

—Tiene que ser usted ciudadano americano para poder demandar al

gobierno.

—El señor Simkov es un inmigrante legal —terció Finney.

—Ustedes cogieron mi tarjeta de residencia —añadió Simkov—. Estaba en mi cartera. Usted la vio.

—Por supuesto que lo vio. —Amanda abrió la carpeta y el corazón de Faith dio un vuelco—. Le agradezco que lo mencione. Eso me va ahorrar tiempo. —Se puso las gafas de cerca y empezó a leer—: «Las tarjetas de residencia expedidas entre 1979 y 1989 que carecen de fecha de caducidad deberán ser renovadas en un plazo no superior a 120 días a partir del recibo de la presente. Los residentes permanentes de pleno derecho deberán cumplimentar una solicitud para renovar la tarjeta de residencia permanente, formulario I-90, con el fin de reemplazar su tarjeta de residencia actual o su permiso de residencia permanente les será revocado». —Dejó el folio sobre la mesa—. ¿Le suena de algo esta notificación, señor Simkov?

Finney alzó una mano.

—Déjeme ver eso.

Amanda le pasó el papel.

—Señor Simkov, me temo que el departamento de inmigración no tiene constancia de que haya presentado usted el formulario I-90 para renovar su situación legal como residente en este país.

—Tonterías —replicó Simkov, pero sus ojos buscaban desesperadamente los de su abogado.

Amanda le pasó a Finney otro folio.

—Esta es una fotocopia de la tarjeta de residencia del señor Simkov. Como verá, no tiene fecha de caducidad. Su situación legal es irregular. Me temo que tendremos que ponerlo a disposición del departamento de inmigración. —Amanda sonrió con candidez—. Además, esta mañana he recibido una llamada del departamento de seguridad nacional. La verdad es que no tenía ni idea de que en estos momentos los terroristas estuviesen aprovisionándose de armas de fabricación checa. Señor Simkov, tengo entendido que usted trabajó en el sector metalúrgico antes de venir a Estados Unidos.

—Era herrador —replicó de inmediato—. Ponía herraduras a los caballos.

—De modo que posee usted conocimientos específicos sobre la fabricación de herramientas metálicas.

Finney maldijo entre dientes.

—Son ustedes de lo que no hay, ¿lo sabía?

Amanda se recostó en su silla.

—No recuerdo bien sus anuncios, señor Finney; ¿está usted familiarizado con las leyes de inmigración? —Se puso a silbar la melodía de los anuncios televisivos de Finney.

—¿Cree usted que se va a salir por la tangente con un tecnicismo? Mire a este hombre.

Finney señaló a su cliente y Faith tuvo que admitir que el abogado tenía razón. Simkov tenía la nariz torcida en el punto en que Will le había destrozado el cartílago. Tenía el ojo derecho tan hinchado que apenas podía abrirlo. Incluso la oreja estaba hecha una pena; había varios puntos en el lóbulo, que Will le había roto en dos.

—Su oficial le dio una paliza de muerte —dijo Finney—, ¿y a usted le parece bien? —No esperó a que Amanda respondiera—. Otik Simkov huyó de un régimen comunista y vino a este país para poder empezar desde cero. ¿Cree usted que lo que está haciendo respeta el espíritu de nuestra Constitución?

Amanda tenía respuesta para todo.

—La Constitución es para los inocentes.

Finney cerró bruscamente su maletín.

—Voy a convocar una rueda de prensa.

—Será un placer poder contarles a los medios que el señor Simkov obligó a una puta a que le hiciera una mamada antes de dejarla subir para dar de comer a un bebé moribundo de seis meses. —Se inclinó sobre la mesa—. Dígame, señor Simkov: ¿le ofreció unos minutos más con el niño si se lo tragaba?

Finney se tomó unos segundos para rearmarse.

—No niego que este hombre sea un cabrón, pero incluso los cabrones tienen derechos.

Amanda le dedicó a Simkov una gélida sonrisa.

—Solo si son ciudadanos de Estados Unidos.

—Es increíble, Amanda. —Finney parecía realmente asqueado—. Algún día esto se va a volver en tu contra. Lo sabes, ¿no?

Amanda mantenía una especie de duelo de miradas con Simkov, dejando al margen a todos los demás. Finney se volvió entonces hacia Faith.

—¿A usted le parece bien todo esto, agente? ¿Le parece bien que su compañero le haya dado una paliza a un testigo?

A Faith no le parecía nada bien, pero no era el momento de andarse con evasivas.

—En realidad soy agente especial. «Agente» es un término que se utiliza para referirse a un policía uniformado de a pie.

—Esto es genial. Atlanta es ahora Guantánamo. —Se volvió hacia Simkov—. Otik, no te dejes intimidar. Tienes tus derechos.

Simkov seguía mirando fijamente a Amanda como si pensara que podía desarmarla con la mirada. Movía los ojos de un lado a otro, percibiendo su resistencia. Finalmente asintió con brusquedad.

—Muy bien. Retiro la demanda. Y a cambio se olvida usted de todo esto.

Finney no quería ni oír hablar de ello.

—Como su abogado le aconsejo que...

—Ya no es usted su abogado —le interrumpió Amanda—. ¿No es cierto, señor Simkov?

—Correcto —confirmó. Se cruzó de brazos y miró al frente.

Finney volvió a maldecir entre dientes.

—Esto no se acaba aquí.

—Yo creo que sí —le dijo Amanda, recogiendo el legajo con los detalles de la demanda contra la ciudad.

Finney maldijo de nuevo, incluyendo esta vez a Faith, y abandonó la sala.

Amanda tiró los papeles de la demanda a la papelera. Faith percibió el ruido de los folios al volar por los aires. Se alegraba de que Will no estuviera presente, porque por más remordimientos de conciencia que esto le provocara a ella, a su compañero prácticamente le estaban matando los suyos. Finney tenía razón: Will se había librado del correspondiente castigo por un mero tecnicismo. Si Faith no hubiera estado ayer en ese pasillo vería las cosas de

un modo muy diferente.

Rememoró la imagen de Balthazar Lindsey tendido en el cubo del reciclaje a escasos metros del apartamento de su madre, y todo lo que se le venía a la mente excusaba el comportamiento de Will.

—Muy bien —dijo Amanda—. ¿Podemos dar por supuesto que hay honor entre delincuentes, señor Simkov?

Simkov asintió ostensiblemente.

—Es usted una mujer muy dura.

Amanda parecía halagada por el cumplido, y Faith se dio cuenta de lo contenta que estaba de volver a verse en la sala de interrogatorios. Probablemente le aburría soberanamente pasarse la vida en reuniones administrativas discutiendo presupuestos y remodelando organigramas. No era de extrañar que aterrorizar a Will fuera su único *hobby*.

—Hábleme del chanchullo que tenía usted montado con los apartamentos.

Simkov extendió las manos y se encogió de hombros.

—Esta gente rica se pasa la vida viajando. A veces les alquilo los apartamentos a otras personas. Ellos entran allí, se dedican a... —hizo un gesto obsceno con las manos— ...y yo me saco un dinerito. La criada va al día siguiente y todos contentos.

Amanda asintió, como si fuera algo totalmente comprensible.

—¿Qué pasó con el apartamento de Anna Lindsey?

—Pensé que por qué no sacarle partido. El cabrón del señor Regus, el del 9.º, sabía que estaba pasando algo. Él no fuma, y volvió de uno de sus viajes de negocios y se encontró una quemadura de cigarrillo en su moqueta. Yo la vi, casi no se notaba. No era para tanto. Pero me causó problemas.

—¿Le despidieron?

—Me dijeron que tenía quince días para irme, que me darían referencias.

—Se encogió de hombros otra vez—. Yo ya tenía otro trabajo a la vista. Una urbanización cerca del Phipps Plaza. Vigilancia veinticuatro horas. Un sitio con mucha clase. Turnos con otro tío: él hace el turno de día y yo el de noche.

—¿Cuándo reparó usted en que Anna Lindsey no estaba?

—Todos los días a las siete en punto sale con su bebé. Y de repente un día no apareció. Miré mi buzón, que es donde los vecinos me dejan notas y

sobre todo quejas: no puedo abrir tal ventana, no puedo sintonizar los canales de televisión... cosas que no tienen nada que ver con mi trabajo, ¿entiende? El caso es que vi una nota de la señora Lindsey diciéndome que se iba de vacaciones dos semanas. Imaginé que se habría ido ya. Normalmente me dicen adónde van, pero a lo mejor pensó que yo ya no estaría allí cuando volviera y que no merecía la pena.

Aquello coincidía con lo que les había dicho Anna Lindsey.

—¿Es así cómo se comunicaba normalmente con usted, por medio de notas? —preguntó Amanda.

Simkov asintió.

—No le caigo bien. Dice que soy muy descuidado. —Torció el gesto—. Hizo que la comunidad me comprara un uniforme que me hace parecer un mono. Me obligaba a decir «sí, señora» y «no, señora» como si fuera un niño.

Eso parecía encajar con el perfil de las víctimas.

—¿Cómo supo que se había ido? —le preguntó Faith.

—No la vi bajar. Normalmente va al gimnasio, o a la tienda, saca al bebé a pasear. Me suele pedir ayuda para sacar y meter el cochecito en el ascensor. —Se encogió de hombros—. Pensé que se habría ido.

—Así que usted dio por supuesto que Anna Lindsey estaría fuera dos semanas —dijo Amanda—, y las fechas coincidían perfectamente con sus últimos quince días en ese edificio.

—Me lo puso muy fácil —admitió.

—¿A quién llamó usted?

—Al chulo. Al que encontraron muerto. —Por primera vez Simkov perdió algo de su arrogancia—. No era tan malo. Le llamaban Freddy. No sé cuál era su verdadero nombre, pero siempre fue honesto conmigo. No como otros: si le decía dos horas, se quedaba dos horas. Y pagaba a la criada. Así de fácil. Hay otros que intentan apretarme las tuercas... intentan negociar, no se van cuando se tienen que ir. Yo también lo hago; no les llamo cuando tengo un apartamento disponible. Freddy grabó un vídeo musical una vez en un apartamento. Esperaba poder verlo en la tele, pero nunca lo vi. A lo mejor es que no pudo encontrar un agente. La música es un negocio muy duro.

—La fiesta en casa de Anna Lindsey se les fue de las manos —dijo

Amanda, constatando lo que era evidente.

—Sí, sí —admitió—. Freddy es un buen tipo. Yo no subo allí a ver lo que pasa. Cada vez que cojo el ascensor alguien me dice: «Ah, señor Simkov, podría arreglarme esto», «podría sacar a pasear a mi perro», «¿podría usted regarme las plantas?». No es mi trabajo, pero me tienen atrapado en el ascensor, ¿qué les voy a decir? ¿«Que le den por culo»? No, no puedo. Así que me quedo en mi puesto, les digo que no puedo hacer nada porque mi trabajo es vigilar el portal y no pasear a sus perritos. ¿No?

—El apartamento parecía una cuadra —le dijo Amanda—. Me cuesta creer que adquiriera ese aspecto en solo una semana.

Simkov se encogió de hombros.

—Esa gente no respeta nada. Cagan en los rincones como si fueran perros. Pero a mí no me sorprende. Son como animales, hacen lo que sea para meterse un pico.

—¿Y qué me dice del bebé? —le preguntó Amanda.

—La puta... Lola. Pensé que quería subir para hacer algún servicio. Freddy estaba allí. Lola tenía debilidad por él. Yo no sabía que estaba muerto, ni que habían dejado el apartamento de la señora Lindsey como un estercolero. Obviamente.

—¿Con qué frecuencia subía Lola?

—No llevo la cuenta de esas cosas. Un par de veces al día. Yo pensé que hacía algún servicio de vez en cuando. —Se tocó la nariz y aspiró, el gesto universal para indicar que esnifaba cocaína—. No es mala chica. Una buena chavala descarriada por las malas circunstancias.

Simkov no parecía darse cuenta de que él era una de esas malas circunstancias.

—¿Ha visto algo fuera de lo habitual en el edificio en estas dos últimas semanas? —preguntó Faith.

Apenas se dignó mirarla y le preguntó a Amanda:

—¿Por qué me hace preguntas esta chica?

No era la primera vez que la ninguneaban, pero Faith pensó que aquel tipo necesitaba que lo ataran en corto.

—¿Prefiere que llame a mi compañero para que le haga él las preguntas?

Simkov gruñó, como si no tuviera miedo de que le dieran otra paliza, pero respondió a la pregunta de Faith.

—¿Qué quiere decir con «fuera de lo habitual»? Está en pleno Buckhead. No existe lo habitual.

El ático de Anna Lindsey debía de haberle costado tres millones de dólares. La mujer no vivía precisamente en una zona deprimida.

—¿Vio usted a algún desconocido merodeando? —insistió Faith.

El hizo un gesto con la mano.

—Hay desconocidos por todas partes. Es una gran ciudad.

Faith pensó en su asesino. Tenía que tener acceso al edificio para poder dejar a Anna inconsciente con la Taser y llevársela del apartamento. Obviamente Simkov no se lo iba a poner fácil, así que intentó amedrentarle.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Otik. No me jodas o llamaré a mi compañero para que termine de reventarte esa cara tan fea que tienes.

Simkov se encogió de hombros, pero su expresión era ahora muy diferente. Faith esperó y el hombre se decidió a hablar.

—A veces salgo a fumarme un cigarrillo en la parte de atrás.

La escalera de incendios que llegaba hasta la azotea estaba en la parte de atrás.

—¿Qué es lo que viste?

—Un coche —dijo—. Plateado, de cuatro puertas.

Faith trató de no perder la calma. Tanto los Coldfield como la familia de Tennessee habían visto un sedán blanco alejándose a toda velocidad del lugar del accidente. Estaba anocheciendo. Quizá les había parecido blanco y en realidad era plateado.

—¿Anotaste la matrícula?

Simkov dijo que no con la cabeza.

—Vi que habían desbloqueado la escalera de incendios y subí a la azotea.

—¿Por la escalera?

—En el ascensor. No puedo subir por esa escalera. Son veintitrés pisos, y tengo una rodilla mal.

—¿Qué vio al llegar a la azotea?

—Había una lata de refresco que alguien había utilizado como cenicero.

Había un montón de colillas dentro.

—¿Dónde estaba?

—En la cornisa, justo al lado de la escalera.

—¿Y qué hiciste con ella?

—Le di una patada —dijo encogiéndose de hombros—. Vi cómo se estrellaba contra el suelo. Explotó como... —Simkov junto las manos y las volvió a separar—. Muy espectacular.

Faith había estado en la parte trasera del edificio, lo había registrado a fondo.

—No encontramos ninguna colilla ni ninguna lata de refresco detrás del edificio.

—A eso me refiero. Al día siguiente no había nada. Alguien lo había limpiado.

—¿Y el coche plateado?

—Tampoco estaba.

—¿Estás seguro de que no viste a ningún tipo sospechoso merodeando por el edificio?

Simkov resopló.

—No, señora, ya se lo he dicho. Solo la cerveza de raíz.

—¿Qué cerveza de raíz?

—La lata de refresco. Era cerveza de raíz Doc Peterson.

La misma que habían encontrado en el sótano de la casa que estaba detrás de la de Olivia Tanner.

Capítulo veintidós

Will iba de camino a casa de Jake Berman, en Coweta, preguntándose hasta qué punto se enfadaría Faith cuando descubriese que le había engañado. No estaba seguro de qué le iba a cabrear más: el hecho de que le hubiera mentado descaradamente por teléfono al decirle que Sam no había localizado al verdadero Jake Berman, o el hecho de que fuera a hablar con él sin nadie que le cubriera. Sabía que se saltaría la cita con la médico si le hubiera dicho que el verdadero Jake Berman estaba vivo y coleando y vivía en Lester Drive. Habría insistido en ir con él, y Will no habría sido capaz de inventar una excusa para evitarlo, salvo que estaba embarazada y era diabética y ya tenía bastantes problemas como para poner su vida en peligro interrogando a un testigo que bien podía ser un sospechoso.

Eso le habría sentado estupendamente a Faith.

Will le había pedido a Caroline, la secretaria de Amanda, que cotejara los datos de Jake Berman con la dirección de Lester Drive. Gracias a esa información clave habían podido reconstruir fácilmente su historial. La hipoteca estaba a nombre de su mujer, al igual que sus tarjetas de crédito y las facturas. Lydia Berman era maestra de escuela, y Jake había agotado su subsidio por desempleo y aún no había encontrado trabajo. Hacía dieciocho meses que se había declarado en bancarrota. Arrastraba una deuda de cerca de medio millón de dólares. Quizás esa fuera la razón por la que les había costado tanto localizarlo, algo tan simple como que intentaba eludir a sus acreedores. Teniendo en cuenta que había sido detenido unos meses antes por

escándalo público, no era de extrañar que Jake Berman prefiriera mantener un perfil bajo. Pero también tendría sentido si era su sospechoso.

El Porsche no resultaba cómodo en viajes de larga distancia, y para cuando llegó a Lester Drive a Will le dolía la espalda. El tráfico estaba peor de lo normal, un tractor-tráiler había volcado en mitad de la interestatal y la circulación había quedado bloqueada durante casi una hora. Will no quería quedarse a solas con sus pensamientos, así que para cuando llegó al condado de Coweta había escuchado prácticamente todas las emisoras del dial.

Will se detuvo junto a un Chevy Caprice aparcado a la entrada de Lester Drive. Por el maletero asomaba una cortadora de césped. El hombre que iba al volante llevaba un mono de trabajo y una gruesa cadena de oro alrededor del cuello. Will reconoció a Nick Shelton, el agente de campo regional del Distrito 23.

—¿Cómo va la cosa? —le preguntó Nick apagando la radio. Will lo había visto varias veces. Era tan de campo que tenía la nuca quemada por el sol, pero era un buen investigador y sabía muy bien cómo hacer su trabajo.

—¿Sigue Berman en la casa? —le preguntó Will.

—A menos que se haya escaqueado por la puerta de atrás, sí —le respondió Nick—. No te preocupes. Me da la impresión de que es más bien perezoso.

—¿Has hablado con él?

—Me hice pasar por un jardinero en busca de trabajo. —Le di una tarjeta de visita—. Le dije que solo le costaría doscientos dólares al mes, y me contestó que era perfectamente capaz de ocuparse de su jardín, muchas gracias. —Soltó una carcajada—. Eran las diez de la mañana y el tío estaba todavía en pijama.

Will miró la tarjeta, y vio unos dibujos de un cortador de césped y unas flores.

—Muy bonita —le dijo.

—El número de teléfono falso es muy útil con las damas. —Nick se echó a reír otra vez—. Lo he mirado bien mientras me daba una clase magistral sobre precios y competitividad. Es el tipo que buscas, no me cabe duda.

—¿Has entrado en su casa?

—No ha sido tan idiota. ¿Quieres que me quede por aquí?

Will sopesó la situación y pensó que si le hubiera preguntado a Faith habría tenido razón: no te metas en una situación que no controlas sin que alguien te cubra las espaldas.

—Si no te importa... Quédate aquí y asegúrate de que no me vuelan la cabeza.

Los dos se rieron un poco más alto de lo que el comentario exigía, probablemente porque en realidad Will no estaba bromeando.

Will subió la ventanilla y continuó su camino. Para facilitarle las cosas, Caroline había llamado a Jake Berman antes de que Will se marchara de la oficina. Se había hecho pasar por una operadora de una compañía local de televisión por cable. Berman le había asegurado que estaría en casa para atender al técnico que estaba llevando a cabo una revisión de todas sus instalaciones para cerciorarse de que el servicio no quedara interrumpido. Había muchos trucos para asegurarse de que alguien estaba en casa, y la treta del cable era la mejor. La gente podía prescindir de un montón de cosas, pero eran capaces de esperar en casa durante días a que llegara el técnico de la tele.

Will comprobó los números en el buzón para confirmar que coincidían con los de la nota que Sam Lawson le había dado a Faith. Con la ayuda de MapQuest, que utilizaba grandes flechas para señalar las direcciones, y después de parar a preguntar en un par de tiendas, Will había conseguido orientarse por la ciudad sin equivocarse más que en un par de giros.

Aun así comprobó el número del buzón por tercera vez antes de salir del coche. Vio el corazón que Sam había dibujado alrededor de la dirección y volvió a preguntarse por qué habría hecho eso un hombre que no era el padre del hijo de Faith. Will solo había visto al periodista una vez, pero no le caía bien. Víctor no estaba mal, en cambio; había hablado por teléfono con él un par de veces y se había sentado a su lado en una aburridísima entrega de premios a la que Amanda había insistido en invitar a su equipo, más que nada porque quería asegurarse de que alguien la aplaudiera cuando pronunciaran su nombre. Víctor quería hablar de deportes, pero no de fútbol americano ni de béisbol, que eran los dos únicos deportes que Will seguía. El hockey era

para los yanquis del norte, y el fútbol para los europeos. No estaba muy seguro de cómo había llegado a interesarse por esos dos deportes, pero fue una conversación de lo más aburrida. Fuera lo que fuese lo que Faith había visto en él, Will se alegró mucho cuando unos meses antes se dio cuenta de que el coche de Víctor ya no estaba delante de la casa de su compañera.

Desde luego no era el más indicado para juzgar las relaciones de nadie; todavía le dolía todo el cuerpo después de haber pasado la noche con Angie. Pero no era un dolor agradable, sino esa clase de dolor que hace que te entren ganas de meterte en la cama y dormir una semana entera. Sabía por experiencia que no importaba, porque en el mismo instante en que empezara a poner un pie detrás de otro y a reconstruir mínimamente su vida Angie regresaría y él volvería a sentirse exactamente igual. Nada iba a cambiar eso.

La casa se veía habitada en el peor sentido de la palabra: el césped estaba demasiado crecido y los parterres estaban llenos de malas hierbas. El Camry verde aparcado a la entrada tenía mugre. En los neumáticos había costras de barro y la carrocería tenía una capa de polvo tan gruesa que daba la impresión de no haberse movido de allí en mucho tiempo. Había dos sillas para niños en el asiento de atrás y algunos Cheerios pegados al parabrisas. Dos carteles en forma de rombo colgaban en las ventanillas de atrás, probablemente de esos que decían: «Bebé a bordo». Will puso la mano sobre el capó. El motor estaba frío. Miró la hora en su móvil y vio que eran casi las diez. Probablemente Faith ya estaría en el médico.

Will llamó a la puerta y esperó. Volvió a pensar en Faith y en lo furiosa que se iba a poner, especialmente si estaba a punto de encontrarse cara a cara con el asesino. Aunque no parecía que fuera a tener un cara a cara con nadie. Nadie salía a abrir la puerta. Volvió a llamar por segunda vez. Al ver que no pasaba nada dio unos pasos atrás y miró hacia las ventanas. Todas las persianas estaban abiertas y había algunas luces encendidas. Puede que Berman estuviera en la ducha. O a lo mejor se había dado cuenta de que la policía estaba intentando hablar con él. El numerito del jardinero pueblerino de Nick había sido impresionante, pero llevaba una hora aparcado al final de la calle. En un vecindario tan pequeño lo más probable era que ya hubiesen estado sonando los teléfonos.

Will intentó abrir la puerta principal, pero estaba cerrada con llave. Dio la vuelta a la casa mirando por las ventanas. Había una luz al final del pasillo. Iba a mirar por la siguiente ventana cuando oyó un ruido en el interior de la casa, como un portazo. Will se llevó la mano al arma y notó que el vello se le ponía de punta. Algo no iba bien, y Will sabía perfectamente que Nick Shelton estaba ahora mismo sentado en su coche escuchando la radio.

Oyó el inconfundible estampido de una ventana cerrada de golpe. Corrió hacia la parte de atrás y vio a un hombre que salía corriendo por el jardín trasero. Jake Berman llevaba los pantalones del pijama y el torso desnudo, pero logró ponerse unas deportivas. Miró por encima de su hombro según pasaba por delante de un adornado columpio y corría hacia la valla metálica que separaba su propiedad de la del vecino de enfrente.

—Mierda —murmuró Will, y salió tras él. Will era un buen corredor, pero Berman era muy rápido: se impulsaba con las manos y sus piernas se movían a toda velocidad.

—¡Policía! —gritó Will, y calculó tan mal la altura de la valla que se le enganchó el pie. Cayó al suelo y se levantó lo más rápido que pudo. Vio a Jake Berman meterse por un jardín lateral, pasar por delante de otra casa y dirigirse a la carretera. Will hizo lo mismo, pero cogiendo un atajo para salir directamente a la calle.

Las ruedas del coche de Nick Shelton chirriaron sobre el asfalto, pero Berman logró sortear el coche y golpeó el capó con la mano abierta mientras se dirigía hacia el jardín trasero de otra casa.

—Maldita sea —exclamó Will—. ¡Policía! ¡Alto!

Berman continuó huyendo, pero era un velocista, no un corredor de fondo. Si había algo que a Will le sobraba era resistencia. Aceleró justo cuando Jake frenaba para intentar abrir la puerta de la valla del vecino. Miró por encima de su hombro, vio a Will y echó a correr de nuevo. Sin embargo, Jake Berman había perdido mucho fuelle, y Will supo al ver que sus piernas se movían más despacio que estaba a punto de tirar la toalla. No pensaba darle la menor oportunidad: cuando estuvo lo suficientemente cerca, arremetió contra él y los dos cayeron al suelo completamente agotados.

—¡Gilipollas! —gritó Nick Shelton, dándole una patada en el costado.

Teniendo en cuenta la pelea que había tenido el día anterior con el portero del edificio de Anna, Will pensaba que esta vez se aproximaría al testigo con algo más de delicadeza, pero su corazón latía con tal fuerza que sentía náuseas. Y peor aún, la adrenalina le inculcaba en el cerebro toda clase de malos pensamientos.

Nick le dio otra patada a Jake Berman.

—Nunca hay que huir de la ley, capullo.

—No sabía que eran policías...

—Cállate —dijo Will poniéndole las esposas, pero Berman se revolvió intentando zafarse. Nick levantó de nuevo la pierna, y Will puso la rodilla en la espalda de Berman apretando de tal forma que notó cómo se le doblaban las costillas—. Para ya.

—¡No he hecho nada!

—¿Y por eso corrías?

—He salido a correr —gritó—. Salgo todos los días a esta hora.

—¿En pijama? —le preguntó Nick.

—Que te den.

—Mentir a la policía es un delito grave. —Will se puso de pie y tiró de Jake Berman—. Cinco años de cárcel. Allí hay un montón de lavabos de caballeros.

Berman se puso pálido. Algunos de sus vecinos habían salido a ver lo que pasaba. No parecían muy contentos, ni, según le pareció a Will, muy solidarios tampoco.

—No pasa nada —dijo Jake Berman—. Solo es un malentendido.

—Un malentendido por parte de este gilipollas que cree que puede huir de la policía.

A Will no le preocupaban las apariencias. Tiró hacia arriba de Berman y le obligó a cruzar la calle inclinado hacia adelante.

—Tendrán ustedes noticias de mi abogado.

—Que no se te olvide contarle que has salido corriendo como una colegiala histérica —le dijo Nick.

Will empujó a Berman y preguntó al policía:

—¿Puedes llamar y pedir refuerzos?

—¿Quieres a la caballería?

—Quiero que un coche de policía venga a esta casa cagando leches y con las sirenas a todo trapo para que todos los vecinos sepan que está aquí.

Nick le hizo un saludo militar y se fue hacia su coche.

—Están cometiendo un error —le dijo Berman.

—Fuiste tú quien cometió un error al huir de la escena del crimen.

—¿Qué? —Berman se dio la vuelta, parecía realmente sorprendido—. ¿Qué crimen?

—Autopista 316.

Berman parecía bastante confuso.

—¿Todo esto es por eso?

O bien su interpretación era digna de un óscar o el hombre no entendía absolutamente nada.

—Presenció usted un accidente de tráfico hace cuatro días en la autopista 316. Un coche atropelló a una mujer. Habló usted con mi compañera.

—Yo no dejé tirada a la chica. Había llegado ya la ambulancia. Le conté al policía del hospital todo lo que vi.

—Le dio una dirección y un número de teléfono falsos.

—Yo solo... —Miró a su alrededor y Will se preguntó si estaría pensando en echar a correr de nuevo—. Sáqueme de aquí —le suplicó Berman—. Lléveme a la comisaría, ¿de acuerdo? Lléveme a la comisaría, deje que haga la llamada que me corresponde y aclararemos todo esto.

Will le dio la vuelta, agarrándole por el hombro por si decidía volver a probar suerte. Con cada paso que daba Will sentía que su irritación crecía cada vez más. Berman resultaba cada vez más patético, la mezquina sombra de un ser humano. Se habían pasado los dos últimos días buscándole y el muy capullo había hecho que lo persiguieran por todo el vecindario.

Se giró.

—¿Por qué no me quita esas esposas y...?

Will le obligó a volverse de una forma tan brusca que tuvo que agarrarlo para evitar que se cayera de cara. La vecina de al lado estaba en el umbral de la puerta principal, observándoles. Como las otras vecinas, no parecía desagradarle el hecho de ver a Berman esposado.

—¿Te odian porque eres gay? —le preguntó Will—. ¿O porque vives a costa de tu mujer?

Berman se giró de nuevo.

—¿Pero qué coño te...?

Will le empujó y esta vez le hizo perder el equilibrio.

—Son las diez de la mañana y todavía estás en pijama. —Lo empujó para que avanzara por el descuidado césped de su jardín—. ¿No tienes un cortacésped?

—No podemos permitirnos un jardinero.

—¿Dónde están tus hijos?

—En la guardería. —Intentó girarse de nuevo—. ¿De qué va todo esto?

Will le empujó una vez más, obligándole a avanzar por el camino de entrada. Le odiaba por diversas razones, entre otras, porque tenía una esposa y dos hijos que seguramente le querían mucho y él no era capaz de corresponderles cortando el césped o lavando el coche.

—¿Adónde me lleva? Le dije que me llevara a la comisaría de policía.

Will guardó silencio y continuó empujándole hacia la casa, tirando de sus manos hacia arriba cuando aminoraba el paso o intentaba volverse.

—Si estoy detenido tiene que llevarme a la cárcel.

Fueron hacia la parte trasera de la casa, y Berman no dejó de protestar. Estaba acostumbrado a que le escucharan y parecía molestarle más el hecho de que le ignoraran que el de que le empujaran, así que Will continuó sin decir una palabra.

Intentó abrir la puerta de atrás, pero estaba cerrada con llave. Miró a Jake, y su expresión arrogante pareció indicar que pensaba que ahora tenía la sartén por el mango. La ventana por la que había salido el hombre se había quedado cerrada, pero Will la deslizó hacia arriba, haciendo chirriar los viejos muelles.

—No se preocupe. Yo le espero aquí —le dijo Berman.

Will se preguntó dónde estaría Shelton. Seguramente estaba en la parte de delante, pensando que le hacía un favor dejándole a solas con el sospechoso.

—Vale —dijo abriendo las esposas para encadenar a Berman a la parrilla de la barbacoa. Se apoyó en el alféizar y subió a pulso hasta la ventana.

Aterrizó en la cocina, que estaba decorada con dibujos de gansos: gansos

en el zócalo, en los paños y en la alfombra que había bajo la mesa de la cocina.

Se volvió para mirar por la ventana. Berman estaba allí, alisándose el pijama como si estuviera en un probador de Macy's.

Will inspeccionó rápidamente la casa, pero no encontró más que lo que esperaba: la habitación de los niños con una litera, el dormitorio principal con baño propio, la cocina, la sala de estar y un despacho con un solo libro en los estantes. Will no fue capaz de leer el título, pero reconoció la foto de Donald Trump en la cubierta y supuso que sería uno de esos libros que enseñan cómo hacerse rico en poco tiempo. Obviamente Jake Berman no había seguido los consejos del millonario. Aunque teniendo en cuenta que se había quedado sin trabajo y se había declarado en bancarrota, a lo mejor sí los había seguido.

No había sótano y en el garaje no había más que tres cajas que, al parecer, contenían los objetos personales que Berman había recogido al dejar su puesto: una grapadora, un bonito juego de escritorio, un montón de documentos con gráficos y esquemas. Will deslizó la puerta de cristal del patio trasero y se encontró al detenido sentado bajo la parrilla, con el brazo colgando sobre su cabeza.

—No tiene derecho a registrar mi casa.

—Saliste huyendo de tu domicilio. No necesito más que eso.

Aparentemente Berman se tragó la explicación, que le había sonado razonable al propio Will aunque sabía que era del todo ilegal.

Will cogió un silla de la mesa y se sentó. El aire seguía siendo frío, y el sudor de la carrera que se había dado persiguiendo a Berman se le estaba enfriando.

—Esto no es justo —dijo Berman—. Quiero su número de placa, su nombre y...

—Pero ¿quieres los de verdad o prefieres que me los invente, como hiciste tú?

Berman tuvo el sentido común de no contestar.

—¿Por qué corrías, Jake? ¿Adónde pensabas ir en pijama?

—No lo he pensado —masculló Berman—. Es solo que no quiero pasar por esto ahora. Bastante tengo con lo mío.

—Tienes dos opciones: o me cuentas lo que ocurrió esa noche, o te llevo a la cárcel en pijama. —Para dejar bien clara la amenaza añadió—: Y no me refiero al Club de Campo de Coweta, te voy a llevar derecho a la cárcel de Atlanta y no voy a dejar que te cambies.

Señaló el pecho de Berman, que subía y bajaba aceleradamente a causa del miedo y de la ira. Era evidente que el tipo se cuidaba. Tenía los abdominales bien definidos y los hombros anchos y musculosos.

—Ya verás como tantas horas levantando pesas te van a venir muy bien.

—¿De eso es de lo que va todo esto? ¿Eres uno de esos cabrones homófobos?

—Me da exactamente igual a quién te estuvieras tirando en ese lavabo. — Aquello era cierto, pero Will utilizó un tono que parecía indicar lo contrario. Todo el mundo tenía un punto débil, y el de Berman era su orientación sexual. En aquel momento Will le estaba haciendo creer que el suyo era el hecho de que aquel cabrón que tenía esposado a un Grillmaster 2000 andaba poniéndole los cuernos a su mujer mientras dejaba que tragara con todo y se comportara como una buena esposa. No se le escapaba la ironía estilo Oprah.

—A los chicos del penal les encanta recibir carne fresca —le dijo.

—Que te den.

—Ah, sí, te van a dar, no te preocupes. Te van a dar por sitios que ni siquiera imaginas.

—Vete al carajo.

Will le dejó que siguiera enfureciéndose un poco más mientras intentaba controlar sus propias emociones. Se concentró en el tiempo que habían perdido buscando a ese patético imbécil cuando podrían haber estado siguiendo alguna pista más útil.

—Resistencia a la detención, mentir a la policía, malgastar el tiempo de la policía, obstrucción a la justicia —enumeró Will—. Podrían caerte diez años por esto, Jake, y eso si le caes bien al juez, cosa que dudo, porque tienes antecedentes y además eres un gilipollas muy arrogante.

Por fin Berman empezó a darse cuenta del lío en el que se había metido.

—Tengo hijos —dijo, con voz suplicante—. Mis niños.

—Sí, ya lo vi en el informe de cuando te detuvieron en el centro

comercial.

Berman bajó la vista y se quedó mirando el suelo de cemento.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero la verdad.

—Yo ya no sé cuál es la verdad.

Era evidente que estaba autocondoléndose otra vez. Will quería darle una patada en la cara, pero sabía que no serviría de nada.

—Tienes que entender que yo no soy tu psicólogo, Jake. No me importan tus remordimientos, ni que tengas hijos ni que estés engañando a tu mujer...

—¡La quiero! —dijo, mostrando por primera vez una emoción que no fuera autocompasión—. Quiero a mi mujer.

Will aflojó un poco y trató de controlarse. Podía ponerse furioso o conseguir algo de información. Y había ido hasta allí a por eso.

—Antes era alguien. Tenía un trabajo. Iba a trabajar cada día. —Miró hacia la casa—. Vivía en un lugar agradable. Conducía un mercedes.

—¿Eras constructor? —le preguntó Will, aunque ya lo había averiguado cuando Caroline encontró las declaraciones de impuestos de Berman.

—Torres de apartamentos —respondió—. El mercado se desplomó. Tuve suerte de conservar al menos la ropa.

—¿Por eso lo pusiste todo a nombre de tu esposa?

Berman asintió lentamente.

—Estaba arruinado. Dejamos Montgomery y nos mudamos aquí hace un año. Se supone que íbamos a volver a empezar, pero...

Se encogió de hombros, como si no tuviera sentido continuar hablando.

A Will le parecía que su acento era bastante fuerte.

—¿Naciste allí, en Alabama?

—Allí conocí a mi mujer. Los dos fuimos a la Universidad de Alabama. Lydia estudió inglés, los libros eran su hobby hasta que perdí mi trabajo. Ahora da clases en un colegio y yo me paso el día con los niños. —Se quedó mirando los columpios, que se mecían con la brisa—. Antes viajaba mucho. Aquello me permitía dar salida a mis impulsos. Cuando estaba de viaje hacía lo que quería, y luego volvía a casa para estar con mi mujer y mis hijos e ir a la iglesia. Funcionó perfectamente durante casi diez años.

—Te detuvieron hace seis meses.

—Le dije a Lydia que era un error. Que el centro comercial estaba lleno de maricones que intentaban ligar con hombres como Dios manda y la policía estaba tomando medidas drásticas. Le dije que me tomaron por uno de ellos porque... No recuerdo lo que le dije. Porque llevaba un bonito corte de pelo. Ella quería creerme, así que lo hizo.

Will supuso que no podían culparle por sentirse más identificado con la mujer que estaba siendo engañada.

—Dime que ocurrió en la 316.

—Vimos un accidente, gente en mitad de la carretera. Debería haber hecho algo más. El otro hombre... ni siquiera sé su nombre. Tenía conocimientos médicos. Intentó ayudar a la mujer que habían atropellado. Yo estaba en medio de la carretera, tratando de inventar una mentira que pudiera contarle a mi mujer. Si volviera a suceder algo parecido no me creería, daría igual lo que le dijera.

—¿Cómo le conociste?

—Se suponía que estaba en el bar viendo un partido. Le vi entrar en el cine. Era un tipo muy atractivo, y estaba solo. Sabía por qué había ido allí. —Exhaló un hondo suspiro—. Le seguí hasta los lavabos, pero decidimos buscar un lugar más discreto.

Jake Berman no era un neófito, y Will no le preguntó por qué había conducido cuarenta kilómetros para ver el partido en un bar. Coweta podía ser una ciudad de provincias, pero Will había visto por lo menos tres bares cuando se dirigía a la interestatal y seguramente en el centro habría más.

—Deberías saber que es peligroso meterse en un coche con un desconocido sin más ni más —le advirtió Will.

—Supongo que me sentía solo —admitió Berman—. Quería estar con alguien. Ya sabe, alguien con quien pudiera ser yo mismo. Dijo que podíamos ir en su coche y buscar algún lugar en el bosque donde pudiéramos estar juntos un poco más de tiempo que en los lavabos. —Soltó una estentórea carcajada—. El olor de la orina no es un buen afrodisíaco para mí, créame. —Miró a Will directamente a los ojos—. ¿Le da asco oír hablar de esto?

—No —respondió sinceramente Will. Había escuchado miles de historias sobre polvos de una noche y sexo puramente animal. En realidad daba lo mismo si era una mujer o un hombre; las emociones eran muy similares, y el objetivo de Will era siempre el mismo: conseguir la información que necesitaba para resolver el caso.

Obviamente Jake sabía que Will no iba a darle mucha más cuerda.

—Íbamos por la autopista y el hombre que me acompañaba...

—Rick.

—Rick, eso es. —Por su expresión, parecía que hubiera preferido no saber su nombre—. Él iba conduciendo. Tenía los pantalones desabrochados. —Se ruborizó—. Me apartó. Dijo que había algo en la carretera, empezó a aminorar y vi lo que parecía un accidente grave.

Hizo una pausa, quería medir bien sus palabras y su sentido de culpa.

—Le dije que no parara, pero me dijo que era técnico de emergencias, que no podía ignorar el accidente. Imagino que tendrán un código o algo así.

Berman hizo otra pausa y Will imaginó que estaba haciendo memoria.

—Tómate tu tiempo —le dijo.

Jake asintió y continuó callado unos segundos más.

—Rick se bajó del coche, yo me quedé dentro. Ese matrimonio mayor estaba en medio de la autopista. El hombre se agarraba el pecho. Yo me quedé sentado en el coche, mirando como si fuera una película. La mujer cogió el móvil, imagino que para llamar a la ambulancia. Pero fue muy raro, porque se puso la mano delante de la boca, así. —Se puso la mano delante de la boca, tal como hacía Judith Coldfield cuando sonreía—. Era como si estuviera contando un secreto, pero no había nadie cerca que pudiera oírla, así que...

Berman se encogió de hombros.

—¿Te bajaste del coche?

—Sí, al final me bajé. Oí la sirena de la ambulancia y me acerqué al señor mayor. ¿Henry, se llama? —Will asintió—. Sí, Henry. No tenía muy buen aspecto. Creo que los dos estaban en *shock*. El otro hombre, Rick, estaba atendiendo a la mujer desnuda. La verdad es que no la vi muy bien. No era algo agradable de mirar, ¿sabe? Quiero decir que resultaba difícil mirarla.

Recuerdo que cuando llegó su hijo se quedó mirándola, como pensando: «Oh, Dios».

—Espere un momento —dijo Will—. ¿El hijo de Judith Coldfield estuvo en la escena del crimen?

—Sí.

Will trató de recordar la conversación con los Coldfield, preguntándose por qué Tom habría omitido un detalle tan importante. Había tenido muchas ocasiones de hablar, aun cuando su dominante madre estuviera presente.

—¿En qué momento llegó el hijo?

—Unos cinco minutos antes que la ambulancia.

Will se sentía ridículo repitiendo todo lo que decía Jake Berman, pero quería tenerlo todo claro.

—¿Tom Coldfield llegó a la escena antes de que llegara la ambulancia?

—Llegó antes que la policía, que vino después de que se fueran las dos ambulancias. No había nadie allí. Fue algo espantoso. Esa chica estuvo como veinte minutos tirada en la carretera y nadie vino a ayudarla.

Will tuvo la sensación de que acababa de encajar una pieza del rompecabezas; no la que necesitaban para resolver el caso, sino la que explicaba por qué Max Galloway se había mostrado tan reacio a compartir la información desde el principio. El detective debía de saber que la ambulancia se había llevado a la víctima antes de que llegara la policía. Faith tenía razón: había un motivo para que los de Rockdale no les hubieran enviado el informe del policía que atendió la llamada, y era que se estaban cubriendo las espaldas. La tardanza de la policía en acudir a los avisos era lo típico que a las agencias de noticias locales les gustaba destacar. En lo que a Will respectaba, esta era la gota que colmaba el vaso. Antes de que acabara el día haría que le retiraran a Galloway la placa de detective. A saber qué otras pruebas les habían ocultado o, peor aún, cuántas pruebas habrían puesto en peligro.

—Eh —le dijo Berman—. ¿Quiere oír el resto o no?

Will se percató de que se había quedado absorto en sus pensamientos y retomó el hilo de la narración.

—Así que entonces llegó Tom Coldfield —dijo—. ¿Y después vinieron

las ambulancias?

—Primero llegó una. Se llevaron a la mujer, a la que habían atropellado con el coche. Henry dijo que prefería esperar porque quería que su mujer le acompañara y no había sitio para todos en la ambulancia. Se produjo una discusión, pero Rick dijo: «Váyanse, váyanse ya», porque sabía que la mujer estaba muy mal. Me dio las llaves de su coche y se fue con ella en la ambulancia para seguir atendiéndola.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que llegó la segunda ambulancia?

—Unos diez o quince minutos.

Will echó cuentas mentalmente. Habían pasado en total unos cuarenta y cinco minutos y la policía no había aparecido.

—¿Y después qué sucedió?

—Se llevaron a Henry y a Judith. El hijo les siguió en su coche, y yo me quedé en la autopista.

—¿Y la policía no había llegado aún?

—Oí las sirenas nada más marcharse la segunda ambulancia. El coche estaba ahí... el de los Coldfield. La escena del crimen, ¿no? —Miró hacia los columpios del jardín como si estuviera visualizando a sus hijos jugando al sol—. Pensé en llevarme el coche de Rick y dejarlo en el cine. Nadie me conocía. Quiero decir que no habrían podido identificarme si no hubiera ido al hospital y les hubiera dado mi nombre.

Will se encogió de hombros, pero era cierto. De no ser porque Jake Berman les había dado su verdadero nombre no estaría allí hablando con él.

—Así que me subí al coche y me fui hacia el cine.

—¿Hacia los coches de policía?

—Ellos venían en dirección contraria.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

Se encogió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Supongo que estaba cansado de huir. De huir de... todo. —Se limpió los ojos con la mano que tenía libre—. Rick me dijo que la llevaban al Grady, así que cogí la interestatal y me fui al Grady.

Al parecer su valor empezó a flaquear poco después, pero Will prefirió no mencionarlo.

—¿El viejo está bien? —preguntó Berman.

—Sí, está perfectamente.

—He oído en las noticias que la mujer está bien ya.

—Se está recuperando —le dijo Will—. Pero va a tener que vivir con eso toda la vida. No va a poder escapar de ello.

Berman se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Una lección para mí, ¿no? —El hombre volvía a autocompadecerse—. Aunque a usted le da igual, ¿verdad?

—¿Sabes qué es lo que no me gusta de ti?

—Por favor, ilumíneme.

—Estás engañando a tu mujer. No me importa con quién, el caso es que la estás engañando. Si quieres estar con otras personas, me parece muy bien, pero entonces deja que tu mujer se vaya. Déjala vivir su vida. Deja que encuentre a alguien que la quiera de verdad, que la entienda y que quiera estar con ella.

El hombre meneó lentamente la cabeza.

—Usted no lo entiende.

Will imaginó que no servía de nada intentar razonar con él. Se levantó y le quitó las esposas.

—Ten cuidado, no te metas en un coche con cualquier desconocido.

—Eso se acabó. Lo digo en serio. No volveré a hacerlo.

Parecía tan seguro de sí mismo, que Will casi le creyó.

Will tuvo que esperar a estar lejos del vecindario de Jake Berman para tener cobertura suficiente y poder usar el móvil. Incluso entonces la recepción no era muy buena, y paró en el arcén para poder hablar. Marcó el número del móvil de Faith y dejó que sonara. Saltó el buzón de voz, y colgó. Miró la hora: las 10:15. Probablemente todavía estaba en Snellville con su médico.

Tom Coldfield no les había dicho que hubiera estado en la escena del crimen; otro que también les había mentado. Abrió el móvil y marcó el número de información. Le pasaron con la torre de control del aeropuerto Charlie Brown, y una operadora le dijo que Tom había hecho una pausa para fumarse un cigarrillo. Will iba a dejarle un mensaje cuando la operadora se ofreció a facilitarle el número del móvil. Unos minutos más tarde, le

respondió la voz de Tom gritando para hacerse oír sobre el estruendo del motor de un avión.

—Me alegro de que haya llamado, agente Trent. —Hablaba prácticamente a gritos—. Le he dejado un mensaje a su compañera, pero no me ha devuelto la llamada.

Will se tapó la oreja con el dedo, como si con eso pudiera tapar el ruido del avión que despegaba al otro lado de la línea.

—¿Ha recordado algo más?

—Oh, no, no es nada de eso —dijo Tom. Ya no había tanto ruido y hablaba normal—. Estuve hablando anoche con mis compañeros, y nos preguntábamos cómo iba la investigación.

Se oyó el ruido ensordecedor de un avión acelerando. Will esperó a que pasara, pensando que aquello era una locura.

—¿A qué hora sale usted de trabajar?

—Dentro de diez minutos, luego tengo que ir a recoger a los niños a casa de mi madre.

Will imaginó que podía matar dos pájaros de un tiro.

—¿Podemos vernos en casa de sus padres?

Tom esperó a que el ruido le permitiera hablar.

—Claro. Estaré allí en unos cuarenta y cinco minutos. ¿Hay algún problema?

Will miró el reloj del salpicadero.

—Le veo en cuarenta y cinco minutos.

Colgó antes de que Tom pudiera hacerle más preguntas. Por desgracia, también lo hizo antes de que pudiera darle la dirección de sus padres. Pero la urbanización en la que vivían no podía ser muy difícil de encontrar. La carretera de Clairmont atravesaba todo el condado de DeKalb, pero las urbanizaciones para jubilados estaban en una zona muy concreta, cerca del hospital de veteranos de Atlanta. Will puso el coche en marcha y se dirigió hacia la interestatal.

Mientras conducía iba pensando si llamar a Amanda para contarle que Max Galloway la había cagado otra vez, pero ella le preguntaría dónde estaba Faith, y Will no quería recordarle a su jefa que Faith tenía problemas

médicos. Amanda odiaba cualquier tipo de debilidad y se mostraba implacable con el problema de Will. A saber hasta qué punto estaba dispuesta a castigar a Faith por ser diabética. No iba a darle más munición.

Naturalmente podía llamar a Caroline para que le pasase la información a Amanda. Cogió el móvil, rezando para que no se le descuajeringara mientras marcaba el número de la secretaria.

Caroline siempre miraba el identificador de llamadas.

—Hola, Will.

—¿Te importaría hacerme otro favor?

—En absoluto.

—Judith Coldfield llamó al 911 y dos ambulancias llegaron al lugar del accidente antes que la policía de Rockdale.

—Eso no está bien.

—No —confirmó Will. No estaba bien. El hecho de que Max Galloway hubiera mentido implicaba que, en lugar de hablar con un agente bien entrenado sobre lo que había visto al llegar a la escena del crimen, iba a tener que confiar en lo que los Coldfield pudieran recordar—. Necesito que reconstruyas la secuencia temporal. Estoy seguro de que Amanda querrá saber por qué tardaron tanto.

—Voy a llamar directamente a Rockdale para que me confirmen los tiempos.

—Mira los registros telefónicos de Judith Coldfield. —Si Will podía pillarles en una mentira, Amanda podría utilizarlo en su contra—. ¿Tienes su número?

—Cuatro-cero-cuatro...

—Espera —dijo Will, pensando que le vendría bien tener el número de Judith. Siguió conduciendo con la punta de los dedos mientras sacaba una grabadora del bolsillo—. Adelante.

Caroline le dio el número del móvil de Judith Coldfield. Will apagó la grabadora y se llevó el teléfono a la oreja para darle las gracias. Antes tenía un sistema para ordenar los datos personales de los testigos y los sospechosos, pero Faith se había ido haciendo cargo poco a poco de todo el papeleo y sin ella estaba perdido. No le gustaba la idea de depender tanto de

ella, sobre todo ahora que estaba embarazada. Probablemente estaría de baja al menos una semana cuando llegara el bebé.

Marcó el número de Judith, pero le saltó el buzón de voz. Le dejó un mensaje y llamó a Faith para decirle que iba hacia la casa de los Coldfield. Con un poco de suerte le llamaría y podría darle la dirección exacta. No quería volver a llamar a Caroline porque le extrañaría que un agente no tuviera todos esos datos escritos en alguna parte. Además, el móvil había empezado a hacer ruidos extraños. Tendría que hacer algo al respecto ya. Will lo dejó con mucha delicadeza sobre el asiento del copiloto; lo único que lo mantenía todo sujeto era un cordel y un trozo de cinta aislante bastante deteriorada.

Will bajó un poco la radio al entrar en la ciudad. En lugar de ir por el centro pasó directamente a la I-85. Había más tráfico de lo habitual en la salida de Clairmont, así que cogió el camino más largo, rodeando el aeropuerto de DeKalb Peachtree y atravesando barrios en los que la diversidad cultural era tal que había letreros que ni siquiera Faith podría leer.

Una vez sorteado el tráfico llegó a su destino. Giró en la primera urbanización cerrada que había enfrente del hospital, sabiendo que lo mejor en una situación así era ser metódico. El guarda de la puerta fue muy educado, pero los Coldfield no figuraban en la lista de residentes. En la siguiente urbanización le dijeron lo mismo, pero al llegar al tercer complejo dio en el blanco.

—Henry y Judith. —El guarda de la puerta sonrió, como si fueran viejos amigos—. Creo que Hank está en el campo de golf, pero Judith estará en casa.

Will esperó mientras el guarda llamaba para que le dejaran pasar. Miró aquellos jardines tan cuidados y sintió una punzada de envidia. Will no tenía hijos ni familia de la que hablar. La jubilación era un asunto que le preocupaba, y había estado ahorrando desde su primer sueldo. No era partidario de las inversiones arriesgadas, así que no había invertido mucho en bolsa. La mayor parte del dinero la tenía invertida en bonos del Tesoro y obligaciones municipales. Le aterrorizaba acabar siendo un pobre viejo solitario en algún geriátrico público. Los Coldfield estaban disfrutando de la

clase de jubilación que a él le gustaría tener: un simpático guarda de seguridad en la puerta, jardines cuidados y un centro social donde poder jugar a las cartas o a la petanca.

Pero sabiendo cómo funcionaban en realidad las cosas, seguro que Angie acabaría contrayendo alguna terrible y devastadora enfermedad que duraría lo suficiente como para acabar con sus ahorros antes de morir.

—¡Adelante, joven! —El guarda le sonrió, mostrando su blanca dentadura bajo el poblado bigote gris—. Gire en la primera a la izquierda, luego a la derecha y estará en Taylor Drive. Es el 1693.

—Gracias —dijo Will, pero solo se quedó con el nombre de la calle y los números. El hombre le había hecho un gesto para indicarle hacia dónde debía girar la primera vez, así que cruzó la puerta y giró en esa dirección. Después de eso tendría que improvisar.

—Mierda —murmuró Will observando el límite de dieciséis kilómetros por hora mientras rodeaba el gran lago que había justo en el centro de la urbanización. Las casas tenían una sola planta y eran todas iguales: camino de gravilla, garajes con espacio para un solo coche y gran variedad de patos y conejos de piedra desperdigados por el impecable césped.

Había ancianos que habían salido a dar un paseo y le saludaban con la mano al pasar. Will les devolvía el saludo, probablemente para que pensaran que sabía por dónde iba. Que no era el caso. Detuvo el coche junto a una anciana que llevaba un mono de color lila. Portaba palos de esquí en las manos como si estuviera haciendo esquí de fondo.

—Buenos días —le saludó Will—. Estoy buscando el 1693 de Taylor Drive.

—¡Oh, Henry y Judith! —exclamó la esquiadora— ¿Es usted su hijo?

Will dijo que no con la cabeza.

—No, señora. —No quería alarmar a nadie, así que le dijo—: Soy solo un amigo.

—Lleva usted un coche muy bonito.

—Gracias, señora.

—Seguro que yo no podría subir —le dijo—. Y aunque pudiera, ¡sería incapaz de salir!

Will le rio la gracia por educación, tachando esa urbanización de la lista de lugares en los que le gustaría retirarse.

—¿Trabaja usted con Judith en el albergue para personas sin hogar? —le preguntó.

A Will no le habían hecho tantas preguntas desde que lo entrenaron para los interrogatorios en la academia del DIG.

—Sí, señora —mintió.

—Me compré esto en su tienda —dijo señalando el mono—. Parece nuevo, ¿eh?

—Es precioso —le aseguró Will, aunque el color parecía sobrenatural.

—Dígale a Judith que tengo varias chucherías para la tienda, si me envía el camión. —Le miró con expresión significativa—. A mi edad, una necesita ya muy pocas cosas.

—Sí, señora.

—Bueno. —La mujer asintió, complacida—. Siga por aquí a la derecha. —Will observó atentamente su mano—. Y a la izquierda está Taylor Drive.

—Gracias. —Se dispuso a arrancar, pero la anciana le detuvo—. Verá, la próxima vez será mejor que, nada más cruzar la puerta, gire a la izquierda, luego otra vez a la izquierda, y...

—Gracias —repitió Will arrancando el coche.

Si tenía que volver a hablar con algún vecino le iba a estallar la cabeza. Continuó avanzando lentamente, esperando haber acertado con la dirección. Sonó el móvil y casi lloró de alivio al comprobar que se trataba de Faith.

Con mucho cuidado, abrió el móvil y se lo acercó a la oreja.

—¿Qué tal te ha ido en el médico?

—Muy bien —le dijo—. Escucha, acabo de hablar con Tom Coldfield...

—¿Has quedado con él? Yo también.

—Jake Berman va a tener que esperar.

Will notó un nudo en el pecho.

—Ya he hablado con Jake Berman.

Faith se quedó callada. Demasiado.

—Faith, lo siento. Solo pensé que sería mejor que yo... —Will no sabía como terminar la frase. El teléfono se le empezó a escurrir de la mano y la

línea se llenó de ruido. Esperó a que pasara y repitió—: Lo siento.

Faith le torturó durante un rato con su silencio, y cuando se decidió a hablar su tono era cortante y tenía la voz estrangulada.

—Yo no te trato de manera diferente porque tengas un problema.

No era cierto, pero Will sabía que no era el momento de discutirlo.

—Berman me ha dicho que Tom Coldfield estuvo en la escena del crimen. —Faith no le gritó, así que continuó—: Imagino que Judith lo llamó porque creía que Henry estaba sufriendo un ataque al corazón. Tom los siguió en su coche hasta el hospital. La policía apareció por allí cuando ya se habían ido todos.

Parecía que Faith no sabía si gritarle o comportarse como una policía. Como siempre, lo último se impuso.

—Por eso Galloway nos ha estado puteando. Estaba cubriéndole las espaldas al departamento de policía de Rockdale. —Pasó al siguiente problema—. Y Tom Coldfield no nos dijo que había estado en la escena del crimen.

Will hizo una pausa para evitar el ruido.

—Lo sé.

—Tiene treinta y tantos, más o menos mi edad. El hermano de Pauline era mayor, ¿no?

Will prefería hablar con ella en persona, su móvil estaba en las últimas.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—Estoy ya en la urbanización de los Coldfield.

—Bien —dijo, sorprendida de que hubiera sido capaz de llegar tan lejos solo—. Estoy muy cerca. Llego en dos minutos.

Will colgó y soltó el móvil en el asiento del copiloto. Se había salido otro cable de la carcasa. Era rojo, y eso no debía de ser buena señal. Miró por el retrovisor: la esquiadora se dirigía hacia él. Andaba deprisa, así que aceleró a veinticinco kilómetros por hora para alejarse de ella.

Las señales eran más grandes de lo normal, y los letreros estaban escritos en blanco sobre negro, lo que para Will era una pésima combinación. Giró en la primera calle que encontró, sin molestarse en leer ni la primera letra del cartel. El Mini de Faith destacaría de lejos entre los Cadillacs y los Buicks

que conducían los jubilados.

Will llegó hasta el final de la calle, pero no vio ningún Mini. Dobló en la siguiente esquina y prácticamente se dio de bruces con la esquiadora. Ella le hizo un gesto con la mano para que bajara la ventanilla.

—¿Sí, señora? —le preguntó, con una amable sonrisa.

—Es ahí —le dijo, señalando la casa de la esquina.

En el jardín había una estatuilla de un jockey con la cara blanca recién pintada. Había dos cajas de cartón al lado del buzón, etiquetadas con rotulador negro.

—¿Supongo que no pensará llevárselas en ese coche tan pequeño? —le dijo la anciana.

—No, señora.

—Judith me ha dicho que su hijo va a pasarse luego con el camión. — Miró hacia arriba—. Más vale que no tarde mucho.

—Seguro que no tardará —le dijo Will. Pero esta vez no parecía tan dispuesta a continuar la conversación. La anciana se despidió con la mano y siguió su camino.

Will miró las cajas delante de la casa de Judith y Henry Coldfield, y le recordó la basura que Jacquelyn Zabel había sacado de casa de su madre, aunque se suponía que las cajas y las bolsas que Jackie había dejado en la acera no eran para tirar. Charlie Reed le había dicho que había tenido que espantar a unos que venían con un camión de la beneficencia justo antes de que llegaran Faith y Will. ¿Había mencionado específicamente la ONG Buena Voluntad o había utilizado el término como genérico, como hacía la gente con la aspirina o los kleenex?

Desde el principio, habían estado buscando una conexión física entre las víctimas, algo que todas ellas tuvieran en común. ¿Acababa de toparse con ella?

Se abrió la puerta principal y salió Judith, que descendió con cuidado los dos escalones del porche con una caja grande en los brazos. Will se bajó del coche y corrió hacia ella, llegando justo a tiempo de coger la caja antes de que se le cayera al suelo.

—Gracias —le dijo.

Judith se había quedado casi sin aliento y sus mejillas se sonrojaron.

—Llevo toda la mañana intentando sacar todo esto y Henry no ha sido capaz de echarme una mano. —Se fue hacia el bordillo—. Déjela aquí con las otras. Se supone que Tom vendrá dentro de un rato a llevárselas.

Will dejó la caja en la acera.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando como voluntaria en el refugio?

—Oh —dijo, y fue pensándolo de vuelta a la casa—, pues no lo sé. Desde que nos trasladamos aquí. Hará unos dos años, más o menos. Santo cielo, el tiempo pasa volando.

—Faith y yo estuvimos viendo un folleto el otro día. Había un listado de las empresas que lo patrocinan.

—Quieren sacar partido de sus inversiones. No hacen caridad porque sea lo correcto, sino para mejorar sus relaciones públicas.

—Recuerdo haber visto el logo de un banco en el folleto.

Incluso ahora recordaba la imagen de un ciervo de cuatro puntas en la parte inferior del folleto.

—Oh, sí. Buckhead Holdings. Donan la mayor parte del dinero, pero entre usted y yo, apenas llega.

Will notó una gota de sudor que le bajaba por la espalda. Olivia Tanner era la responsable de las relaciones con la comunidad de Buckhead Holdings.

—¿Y qué me dice de los asuntos legales? —preguntó—. ¿Hay algún bufete que atienda de forma gratuita los problemas del refugio?

Judith abrió la puerta principal.

—Hay un par de bufetes que nos echan una mano. Es un refugio para mujeres, ya sabe. Muchas de ellas necesitan ayuda para cumplimentar los papeles del divorcio, conseguir órdenes de alejamiento. Algunas tienen problemas con la ley. Es muy triste.

—¿Bandle & Brinks es uno de ellos? —preguntó Will, dándole el nombre del bufete en el que trabajaba Anna Lindsey.

—Sí —contestó Judith, sonriendo—. Nos ayudan mucho.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Anna Lindsey?

Judith dijo que no con la cabeza según entraba en la casa.

—¿Es alguna mujer del refugio? Me da un poco de vergüenza admitirlo,

pero son tantas que no tengo ocasión de hablar con ellas individualmente.

Will entró con ella y echó un vistazo alrededor. La distribución era exactamente como se podía imaginar desde la calle: había un amplio salón que daba a un porche cubierto y al lago. La cocina estaba en el mismo lado de la casa que el garaje, y en el otro estaban los dormitorios. Todas las puertas que daban al pasillo estaban cerradas. Pero lo más sorprendente era que daba la impresión de que dentro de la casa hubiera estallado un huevo de Pascua gigante. Había adornos por todas partes, y conejos con trajes de color pastel por doquier. Diseminadas por el suelo, se veían varias cestas con huevos de plástico sobre un lecho de suave hierba verde.

—Pascua —dijo Will.

Judith sonrió abiertamente.

—Es mi segunda época favorita del año.

Will se aflojó la corbata, pues empezaba a sudar profusamente.

—¿Y eso?

—La Resurrección. El renacimiento de Nuestro Señor. La redención de todos nuestros pecados. El perdón es un don poderoso que lo transforma a uno. Lo veo en el refugio todos los días. Esas pobres mujeres, rotas, buscan la redención. Y no se dan cuenta de que no es algo que puedan obtener sin más. El perdón hay que ganárselo.

—¿Y se lo ganan?

—Teniendo en cuenta a qué se dedica, yo diría que conoce mejor que yo la respuesta a esa pregunta.

—¿Cree que hay mujeres que no lo merecen?

Judith dejó de sonreír.

—La gente cree que hemos avanzado mucho desde los tiempos de la Biblia, pero seguimos viviendo en una sociedad que desprecia a las mujeres, ¿no le parece?

—¿Como si fueran basura?

—Dicho así suena un poco duro, pero cada uno toma sus propias decisiones.

Will notó que el sudor comenzaba a empaparle la espalda.

—¿Siempre le ha gustado la Pascua? —le preguntó.

Le enderezó la pajarita a uno de los conejos.

—Supongo que en parte tiene que ver con que Henry solo tenía vacaciones en Navidad y en Pascua. Para nosotros eran épocas muy especiales. ¿No le encanta estar con la familia?

—¿Está Henry en casa? —preguntó Will.

—Ahora mismo no. —Le dio la vuelta a su reloj de muñeca—. Siempre llega tarde. Pierde la noción del tiempo con mucha facilidad. Se suponía que íbamos a ir al centro social cuando Tom se llevara a los niños.

—¿Trabaja Henry en el refugio?

—Oh, no.—Soltó una risita según entraba en la cocina—. Henry está muy ocupado disfrutando de su jubilación. Pero Tom sí viene a echar una mano cuando puede. Se queja, pero es un buen chico.

Will recordó que Tom estaba intentando arreglar un cortacésped cuando le vieron en la tienda benéfica.

—¿Suele trabajar en la tienda?

—No, no. Lo odia.

—¿Y qué hace, entonces?

Judith cogió una bayeta y la pasó por la encimera.

—Un poco de todo.

—¿Como por ejemplo?

La mujer dejó de frotar.

—Si una mujer necesita consejo legal se encarga de hablar con alguno de los abogados; si a uno de los niños se le derrama algo, coge una fregona. —Sonrió con orgullo—. Lo que le decía, es un buen chico.

—Eso parece —admitió Will—. ¿Qué más cosas hace?

—Oh, esto y lo otro. —Hizo una pausa y se quedó pensándolo—. Coordina las donaciones. Se le da muy bien hacer llamadas. Si le parece que la persona con la que está hablando puede dar un poco más, se acerca con el camión a recoger lo que sea, y nueve de cada diez veces vuelve además con un cheque. Creo que le gusta salir y hablar con la gente. En el aeropuerto no hace otra cosa en todo el día más que mirar puntitos en una pantalla. ¿Quiere un poco de agua fría? ¿Limonada?

—No, gracias —contestó—. ¿Y qué me dice de Jacquelyn Zabel? ¿Le

suena ese nombre de algo?

—Sí que me suena, pero no sé de qué. Es un nombre poco frecuente.

—¿Y Pauline McGhee? ¿O Pauline Seward, quizá?

Judith sonrió y se tapó la boca con la mano.

—No.

Will se obligó a ir más despacio. La primera regla en un interrogatorio era mantener la calma, porque era difícil saber cuándo alguien estaba tenso si tú lo estabas también. Judith se había quedado quieta cuando le formuló la última pregunta, así que la repitió.

—¿Pauline McGhee o Pauline Seward?

—No —respondió ella, meneando la cabeza. Impostó un tono despreocupado—. El caso es que no estoy muy segura. Debo de tener mi calendario por alguna parte. Normalmente marco las fechas. —Abrió uno de los cajones de la cocina y empezó a revolverlo. Era evidente que estaba nerviosa, y Will sabía que había abierto el cajón para no tener que mirarle a los ojos—. Tom es muy generoso con su tiempo. Está muy involucrado con el grupo de jóvenes de la parroquia. Todos participamos en el comedor de caridad una vez por semana.

El agente no permitió que escurriera el bulto.

—¿Va él solo a recoger las donaciones?

—A menos que donen un sofá o algún mueble grande. —Cerró el cajón y abrió otro—. No tengo ni idea de dónde he puesto el calendario. Todos estos años deseando tener a mi marido en casa conmigo y ahora me vuelve loca guardando las cosas donde Dios le da a entender.

Will miró por la ventana, preguntándose por qué tardaría tanto Faith.

—¿Los niños están aquí?

Judith abrió otro cajón.

—Están durmiendo la siesta.

—Tom me dijo que nos veríamos aquí. ¿Por qué no nos dijo que estuvo en el lugar del accidente con Anna Lindsey?

—¿Qué? —Por un momento dio la impresión de estar algo confusa, pero contestó—. Bueno, la verdad es que llamé a Tom para que viniera a ver a Henry. Pensé que estaba teniendo un ataque al corazón, que Tom quería

estar allí, que...

—Pero su hijo no nos contó que había estado allí —repitió Will—. Ni ustedes tampoco.

—Yo no... —Hizo un gesto de rechazo con la mano—. Quería estar con su padre.

—Las mujeres que han secuestrado eran muy cautelosas. No le habrían abierto la puerta a cualquiera. Tenía que ser alguien en quien ellas confiaran. Alguien a quien esperaban.

Judith dejó de buscar el calendario. En su rostro se leía perfectamente lo que estaba pensando: sabía que algo iba muy mal.

—¿Dónde está su hijo, señora Coldfield? —le preguntó.

A Judith se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué me hace todas estas preguntas sobre Tom?

—Se suponía que había quedado conmigo aquí.

—Dijo que tenía que irse a casa. —Su voz era apenas un susurro—. No entiendo...

En ese momento Will cayó en la cuenta de algo, de algo que Faith le había dicho por teléfono. Había hablado ya con Tom Coldfield. La razón de que no hubiera llegado todavía era que Tom le había dado la dirección de otra casa.

—Señora Coldfield —dijo Will en tono muy serio—, necesito saber dónde está Tom en este momento.

Judith se tapó la boca con la mano y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Había un teléfono en la pared. Will arrancó el auricular. Marcó el número del móvil de Faith, pero no llegó a pulsar el último botón. Sintió un dolor ardiente en la espalda y el peor espasmo muscular que había sentido en su vida. Se llevó la mano al hombro, buscando a tientas un nudo, pero no sentía más que un metal frío y afilado. Miró hacia abajo y vio la punta ensangrentada de lo que debía de ser un cuchillo muy grande sobresaliendo de su pecho.

Capítulo veintitrés

Faith estaba en el exterior de la casa de Tom Coldfield con el auricular pegado a la oreja mientras oía sonar el móvil de Will. Le había dicho que estaba a dos minutos, pero hacía ya más de diez. Saltó el buzón de voz. Seguramente se había perdido y estaba conduciendo en círculos, buscando su Mini porque era demasiado cabezón para pedir ayuda. Si estuviera de mejor humor saldría a buscarle, pero le daba miedo lo que pudiera llegar a decirle a su compañero si se quedaba a solas con él.

Cada vez que pensaba que Will le había mentado y había ido a hablar con Jake Berman a sus espaldas tenía que agarrarse con fuerza al volante para no estrellar el puño contra el salpicadero. No podían seguir así, como si ella fuera un lastre. Si pensaba que podía arreglárselas solo ahí fuera no había razón para que continuaran trabajando juntos. Podía aguantar muchas cosas de Will, pero si no confiaba en ella la cosa no podía funcionar. Y él también tenía sus propios lastres; por ejemplo no poder distinguir entre algo tan simple como la derecha y la izquierda.

Faith miró la hora otra vez. Le daría otros cinco minutos antes de entrar en la casa.

La médica no le había dado buenas noticias, que era lo que esperaba absurdamente Faith. Desde el momento en que pidió la cita para ir a ver a Delia Wallace su salud había mejorado de forma apreciable. Esa mañana no se había levantado bañada en sudor frío. Tenía el azúcar alto, pero no por las nubes. Tenía la mente despejada, centrada. Y entonces Delia Wallace se lo

había echado todo por tierra.

Sara le había hecho una prueba en el hospital que mostraba la pauta de sus niveles de azúcar a lo largo de las últimas semanas. Tendría que ir a ver a un dietista. La doctora Wallace le había dicho que iba a tener que planificar cuidadosamente sus comidas, lo que comía entre horas y en cada momento de su vida hasta que se muriera; algo que podía suceder de forma prematura porque sus niveles de azúcar fluctuaban de tal modo que lo mejor que podía hacer era tomarse un par de semanas libres y concentrarse en aprender a tratar su diabetes.

Le encantaba que los médicos dijeran cosas así, como si cogerse dos semanas libres fuera algo que uno pudiera conseguir simplemente chasqueando los dedos. A lo mejor podía irse a Hawái o a Fiji. O podía llamar a Oprah Winfrey para preguntarle el nombre de su cocinero personal.

Afortunadamente también le había dado buenas noticias. Faith había visto a su bebé. Bueno, en realidad no lo había visto exactamente —el niño era poco más que una manchita todavía—, pero había podido escuchar los latidos de su corazón y ver la imagen por ultrasonidos y el delicado sube y baja de la diminuta mancha que crecía en su interior, y aunque Delia Wallace le había insistido mucho en que era pronto para eso, Faith habría jurado que había visto una manita diminuta.

Marcó de nuevo el número de Will. El buzón de voz saltó casi de inmediato. Se preguntó si su móvil habría entregado el alma por fin. No podía entender por qué no se compraba uno nuevo. A lo mejor es que tenía algún extraño vínculo emocional con ese aparato.

En cualquier caso le estaba haciendo perder mucho tiempo. Abrió la puerta y se bajó del coche. Tom Coldfield vivía a diez minutos del lugar donde sus padres habían tenido el desafortunado accidente. Su casa estaba en mitad de la nada: para visitar al vecino más próximo se necesitaba el coche. Tenía ese aspecto de caja típico de la moderna arquitectura de los suburbios. Faith prefería su casa, con su tarima desigual y sus espantosas paredes de falsa madera en el cuarto de estar.

Todos los años, cuando le llegaba la devolución de Hacienda, se prometía que iba a hacer algo con esas paredes, pero cada vez, como por arte de magia,

Jeremy necesitaba algo importante por las mismas fechas en las que le llegaba el cheque. Una vez estuvo a punto de librarse, pero el muy canalla se rompió un brazo intentando demostrarles a sus amigos que podía saltar con el patinete desde el tejado hasta un colchón que habían encontrado en el bosque.

Se llevó la mano a la barriga. No se iba a librar en su vida de esos paneles de falsa madera.

Faith buscó su identificación en el bolso mientras se dirigía hacia la puerta principal. Llevaba tacones y uno de sus mejores vestidos, porque por alguna razón esa mañana le había parecido importante estar presentable para su cita con Delia Wallace; un esfuerzo inútil, pues se había pasado la mayor parte del tiempo con un camisón de papel.

Se dio la vuelta y miró la calle vacía. No se veía a su compañero por ninguna parte. No entendía por qué tardaba tanto. Tom le había dicho a Faith por teléfono que ya le había dado a Will las indicaciones necesarias para llegar hasta la casa. Pese a su problema para distinguir la derecha y la izquierda, Will se las arreglaba muy bien para encontrar el camino. Ya debería haber llegado. En cualquier caso, debería coger el teléfono. A lo mejor le había vuelto a llamar Angie. Teniendo en cuenta lo que sentía en ese momento Faith por Will esperaba que su mujer estuviera mostrándole su lado más dulce y amoroso.

Faith llamó al timbre y tuvo que esperar un buen rato a que le abrieran la puerta. Demasiado tiempo considerando que llevaba un cuarto de hora aparcada justo delante.

—Hola. —La mujer que salió a abrirle la puerta era delgada y angulosa, pero no podía considerarse en absoluto guapa. El cabello rubio le caía lacio sobre la frente y tenía las raíces oscuras. Tenía ese aspecto descuidado que se te queda cuando tienes niños pequeños.

—Soy la agente especial Faith Mitchell —se presentó, enseñándole su placa.

—Darla Coldfield. —Tenía una voz susurrante de esas que denotan delicadeza. Se pellizcó el cuello de la blusa morada que llevaba puesta. Faith se percató de que el borde estaba desgastado y deshilachado por las costuras.

—He quedado aquí con Tom.

—Está a punto de llegar. —La mujer reparó en que estaba bloqueando la puerta y se echó a un lado—. ¿Quiere pasar?

Faith entró en el recibidor, cuyo suelo estaba embaldosado en blanco y negro. Vio que era igual en el resto de la casa, desde la cocina hasta la sala de estar. Incluso el comedor y el estudio que se veían a ambos lados del recibidor tenían el suelo de baldosas.

De todos modos Faith cumplió con el protocolo de decirle a la mujer que tenía una casa muy bonita, mientras el eco de sus propias pisadas resonaba en sus oídos según se dirigían a la sala de estar. El mobiliario tenía un toque más masculino de lo que Faith hubiera imaginado. Había un sofá de cuero marrón y un sillón reclinable a juego. La alfombra era negra y no tenía una sola mota de polvo. No había juguetes, algo bastante raro teniendo en cuenta que los Coldfield tenían dos niños. A lo mejor no les dejaban jugar en aquella habitación. Se preguntó qué utilizarían como sala de estar. En la parte de la casa que había visto hacía calor, aunque afuera hiciera fresco, y era muy poco acogedora. Faith estaba a punto de romper a sudar. El sol entraba a raudales por las ventanas, pero tenían todas las luces encendidas.

—¿Le apetece un té? —preguntó Darla.

Faith estaba mirando su reloj, extrañada de que Will tardara tanto.

—Claro.

—¿Con o sin azúcar?

La respuesta de Faith no fue todo lo automática que debería haber sido.

—Sin azúcar. ¿Llevan mucho tiempo viviendo aquí?

—Ocho años.

La casa parecía más deshabitada que un almacén vacío.

—Tienen ustedes dos hijos, ¿no?

—Un niño y una niña. —Sonrió con aire inseguro—. ¿No tiene usted un compañero?

La pregunta parecía algo extraña, teniendo en cuenta por dónde estaba llevando Faith la conversación.

—Tengo un hijo.

La mujer sonrió y se tapó la boca, un gesto que probablemente le había pegado su suegra.

—No, me refería a un compañero de trabajo.

—Sí. —Faith miró las fotos familiares que había sobre la repisa de la chimenea. Pertenecían a la misma serie que las que Judith les había enseñado cuando estuvieron en el refugio—. ¿No le importaría llamar a Tom a ver si va a tardar mucho?

Su sonrisa vaciló.

—Oh, no. No quiero molestarle.

—Es un asunto policial, la verdad es que necesito que le moleste.

Darla apretó los labios. Faith no pudo descifrar su expresión. Era prácticamente neutra.

—A mi marido no le gusta que le metan prisa.

—Y a mí no me gusta que me hagan esperar.

Darla sonrió con la misma timidez de antes.

—Iré a buscar ese té.

Hizo ademán de marcharse, pero Faith le preguntó:

—¿Le importa si paso un momento al baño?

Darla se volvió, con las manos entrelazadas delante de su pecho. Su expresión seguía siendo neutra.

—Al final del pasillo, a la derecha.

—Gracias.

Faith siguió sus indicaciones; sus tacones resonaban como un tambor según pasaba por delante de la despensa y de lo que debía de ser la puerta del sótano. Darla Coldfield le daba mala espina, pero no sabía muy bien por qué. Quizá era simplemente que Faith odiaba de manera instintiva a las mujeres que se sometían de esa manera a sus maridos.

Una vez dentro del baño fue derecha al lavabo, donde se refrescó la cara con agua fría. Las luces del tocador también estaban encendidas y Faith pulsó los interruptores, pero siguieron así. Volvió a intentarlo un par de veces más y las luces no se apagaron. Miró hacia arriba. Las bombillas debían de ser de cien vatios.

Parpadeó varias veces, pensando que mirar directamente una bombilla encendida no debía de ser la cosa más inteligente que había hecho en su vida. Se agarró al pomo del armario de las toallas para no perder el equilibrio,

mientras esperaba a que se le pasara el mareo. A lo mejor podía esperar ahí dentro a que llegara Will, en lugar de sentarse en el sofá con Darla Coldfield a tomar el té estrujándose el cerebro para darle conversación. El baño era bonito, aunque algo austero. Tenía forma de L, con un armario para las toallas entre ambos lados. Faith imaginó que al otro lado estaría el cuarto de la colada. Se oía el rumor de la secadora a través del tabique.

Como Faith era una persona bastante indiscreta abrió el armario de las toallas. Las bisagras chirriaron, y Faith se quedó esperando a que entrara Darla Coldfield y le echase en cara su mala educación. Pero al ver que no pasaba nada miró dentro del armario. Era más profundo de lo que había imaginado, pero las baldas eran estrechas; había varios juegos de toallas dobladas con mimo y un juego de sábanas con dibujos de coches que debían de ser de los niños.

¿Dónde estaban los niños? A lo mejor estaban jugando afuera. Faith cerró el armario y miró por el ventanuco. El jardín de atrás estaba vacío; ni siquiera había columpios ni una casita en el árbol. Quizá estaban durmiendo la siesta para estar frescos cuando vinieran los abuelos. Faith nunca había dejado que Jeremy se echara la siesta antes de que sus padres vinieran a visitarles. Quería que terminaran de agotarlo para que luego durmiera de un tirón hasta la mañana siguiente.

Exhaló un hondo suspiro según se sentaba en la taza, que estaba al lado del lavabo. Estaba un poco mareada, probablemente a consecuencia del calor. O a lo mejor era el azúcar. En la consulta del médico lo tenía bastante alto.

Se colocó el bolso sobre las rodillas y se puso a buscar el glucosómetro. Delia Wallace tenía una variada colección de glucosómetros en la pared de su consulta. La mayoría eran muy baratos o gratuitos, porque con lo que de verdad hacían dinero era con las tiritas reactivas. Cada fabricante tenía la suya, así que una vez que elegías un determinado glucosómetro tenías que seguir usándolo de por vida. A menos que se te cayera al suelo y se rompiera.

—Mierda —murmuró Faith, agachándose para coger el aparato, que se le había deslizado y había ido a parar al lado de la pared. Oyó un leve pero sonoro ruido proveniente del objeto.

Faith lo cogió del suelo, preguntándose si se habría roto. La pantalla

seguía marcando cero, a la espera de la tirita. Agitó el glucosómetro y se lo acercó a la oreja para volver a escuchar el ruido. Se agachó y trató de volver a ponerlo en la misma posición que estaba cuando oyó el ruido. Volvió a oírlo, pero esta vez el sonido era alto y frenético.

Y no venía del glucosómetro.

¿Sería un gato? ¿Algún animal atrapado en las tuberías de la calefacción? Unas Navidades, el jerbo de Jeremy se murió en la secadora, y Faith prefirió vendérsela a un vecino para no tener que ver la carnicería. Pero fuera lo que fuese estaba vivo, y obviamente pretendía seguir con vida. Se agachó por tercera vez, acercándose a la rejilla de la calefacción que había junto a la base de la taza.

El ruido se oía ahora con más claridad, pero amortiguado. Faith se puso de rodillas, y pegó la oreja a la rejilla. Parecía que decía algo.

Socorro.

No era un animal. Era una mujer que pedía socorro.

Faith metió la mano en el bolso y sacó la funda de terciopelo en la que guardaba su Glock cuando no la llevaba a la cintura. Tenía las manos sudorosas.

De repente llamaron a la puerta con los nudillos: era Darla.

—¿Está usted bien, agente Mitchell?

—Estoy bien —mintió Faith, intentando que su voz no la delatara. Cogió el móvil, tratando de ignorar el temblor de sus manos—. ¿Ha llegado ya Tom?

—Sí —respondió la mujer, y no dijo nada más. Tan solo esa única palabra flotando en el aire.

—¿Darla? —No hubo respuesta—. Darla, mi compañero viene para acá. Llegará en cualquier momento. —El corazón le latía con tal fuerza que le dolía el pecho—. ¿Darla?

Volieron a golpear la puerta, pero esta vez más fuerte. Faith soltó el móvil y cogió el revólver con ambas manos, dispuesta a disparar contra quien se atreviera a entrar en el baño. La Glock no tenía un seguro convencional, solo se disparaba si apretabas el gatillo hasta el fondo. Faith apuntó al centro de la puerta, preparándose para darle con todas sus fuerzas.

Nada. Nadie entró por la puerta. El pomo no se movía. Rápidamente miró hacia abajo, buscando su móvil. Estaba detrás de la taza. Continuó apuntando hacia la puerta mientras se agachaba para recoger el teléfono.

Seguía cerrada.

Las manos le sudaban de tal forma que sus dedos resbalaban sobre las teclas. Se equivocó al marcar el número y maldijo entre dientes. Estaba intentando marcarlo otra vez cuando vio que se abría la puerta del armario que tenía detrás.

Se dio la vuelta y se encontró apuntando con el revólver al pecho de Darla. Faith lo comprendió todo de repente: la puerta falsa en la pared del armario, la lavadora al otro lado, la Taser en las manos de la señora Coldfield.

Faith se inclinó hacia un lado y apretó el gatillo sin molestarse en apuntar. Los electrodos de la Taser le pasaron de largo y los cables brillaron a la potente luz de las bombillas mientras los electrodos se estrellaban contra la pared.

Darla seguía allí de pie, con la Taser en las manos. Por encima de su hombro Faith vio un desconchón en el yeso de la pared.

—No se mueva —le advirtió Faith, apuntando al pecho de Darla mientras con la otra mano buscaba el pomo de la puerta—. Hablo en serio. No se mueva.

—Lo siento —murmuró la mujer.

—¿Dónde está Tom? —Al ver que no respondía, Faith gritó—. ¿Dónde coño está Tom?

Darla se limitó a menear la cabeza. Faith abrió la puerta y salió de espaldas sin dejar de apuntarle.

—Lo siento mucho —repitió la mujer.

Dos fuertes brazos agarraron a Faith por detrás; era un hombre, pues su cuerpo era duro y tenía mucha fuerza. Tenía que ser Tom. La cogió en volandas y, sin pensarlo, Faith apretó el gatillo apuntando hacia el suelo. Darla seguía delante del armario y Faith disparó de nuevo, pero esta vez apuntando a la mujer para que encontraran el casquillo y pudieran identificar su arma. Falló el tiro, y Darla se agachó y se apartó, cerrando tras de sí la

puerta del armario.

Faith disparó otra vez, y otra, mientras Tom la arrastraba por el pasillo. Apretó la muñeca de Faith con fuerza, y sintió un dolor tan fuerte que pensó que le había roto los huesos. Agarró el revólver todo lo que pudo, pero Tom tenía demasiada fuerza. Soltó el arma y empezó a darle patadas mientras intentaba agarrarse a lo que fuera: el marco de la puerta, la pared, el pomo de la puerta del sótano. Todos los músculos de su cuerpo aullaban de dolor.

—Pelea —gruñó Tom, y sus labios estaban tan cerca de la oreja de Faith que casi le parecía que estaba dentro de su cabeza. Se percató de que el cuerpo del hombre respondía a la pelea, el placer que sentía con su miedo.

Faith sintió que la rabia se apoderaba de ella y le infundía valor. Anna Lindsey, Jacquelyn Zabel, Pauline McGhee, Olivia Tanner. Ella no iba a ser otra de sus víctimas. No iba a acabar en el anatómico. No iba a abandonar a su hijo. No iba a perder a su hijo.

Se volvió y arañó la cara de Tom, clavándole las uñas en los ojos. Utilizó todo su cuerpo —las manos, los pies, los dientes— para defenderse. No iba a tirar la toalla. Le mataría con sus propias manos si era necesario.

—¡Sácame de aquí! —gritó una voz que venía del sótano. El grito le sorprendió. Por una décima de segundo dejó de luchar, y Tom también. La puerta tembló—. ¡Sácame de aquí de una puta vez!

Faith volvió en sí. Empezó a darle patadas, a pegarle con las manos y a hacer todo lo que se le ocurría para librarse de él. Tom seguía atenazándola con sus fuertes brazos. Quien fuera que estuviese en el sótano estaba aporreando la puerta, intentando echarla abajo. Faith gritó a pleno pulmón:

—¡Socorro! ¡Ayúdeme!

—¡Hazlo! —rugió Tom.

Darla estaba al final del pasillo, con la Taser recargada en la mano. Faith vio la Glock a los pies de la mujer.

—¡Hazlo! —le ordenó Tom, aunque los golpes en la puerta ahogaban su voz—. ¡Dispara ya!

Faith solo podía pensar en el hijo que llevaba dentro, en aquellos diminutos deditos, en el delicado latido de su corazón dentro de su minúsculo pecho. Se quedó completamente laxa, con los músculos relajados. Tom no

esperaba esa reacción y se tambaleó al tener que sostener todo su peso de repente. Los dos cayeron al suelo. Faith se arrastró y alargó la mano para coger el arma, pero él tiró de ella como si fuera un pez atrapado en el anzuelo.

La puerta se abrió de golpe y saltó en pedazos. Una mujer salió corriendo tropezándose por el pasillo y gritando obscenidades. Tenía las manos atadas a la cintura y los pies encadenados, pero se abalanzó sobre Tom con la precisión de un láser.

Faith aprovechó la distracción para coger la Glock y se retorció para apuntar a los cuerpos que se revolcaban por el suelo.

—¡Hijo de puta! —gritó Pauline McGhee.

Estaba de rodillas sobre el pecho de Tom, inclinada sobre él. Tenía las manos esposadas a un cinturón que llevaba alrededor de la cintura, pero logró colocárselas alrededor del cuello.

—¡Muérete! —gritó con la boca deshecha y escupiendo sangre. Tenía los labios destrozados y la mirada de una maníaca. Cargaba todo su peso sobre el cuello de Tom.

—¡Alto! —logró decir Faith, con la voz ronca. Sintió un fuerte y punzante dolor en el vientre, como si algo se hubiera desgarrado en su interior, pero continuó apuntando al pecho de Pauline. Aún le quedaba medio cargador en la Glock y estaba dispuesta a usarlo si no tenía más remedio—. Apártate de él.

Tom seguía peleando, clavándole los dedos a Pauline. Esta apretó más fuerte, apoyándose en sus rodillas, cargando todo su peso sobre el cuello de Tom.

—Mátale —le suplicó Darla. Estaba acurrucada junto a la puerta del baño, con la Taser a su lado, en el suelo—. Por favor... mátale.

—Para —le advirtió Faith a Pauline, esperando que no le temblara la mano que sujetaba el revólver.

—Deja que lo haga —le suplicó Darla—. Por favor, déjala.

Faith se puso en pie aullando de dolor. Apuntó a Pauline directamente a la cabeza y habló con voz lo más serena posible.

—Apártate ahora mismo o aprieto este puto gatillo, como hay Dios.

Pauline alzó la vista. Sus miradas se encontraron y Faith deseó que la expresión de su rostro fuera implacable, aun cuando lo único que quería era caer de rodillas y rezar para no perder al bebé que llevaba dentro.

—Déjalo ya —le ordenó Faith.

Pauline se tomó su tiempo antes de obedecer, como si pensara que manteniendo la presión un segundo más se saldría con la suya. Se sentó en el suelo con las manos atadas. Tom rodó sobre su cuerpo y se puso a toser tan fuerte que se convulsionó por el esfuerzo.

—Llaman a una ambulancia —dijo Faith, pero nadie se movió. Su mente se aceleró, su visión empezaba a nublarse. Tenía que llamar a Amanda. Tenía que encontrar a Will. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había llegado?

—¿A usted qué le pasa? —le preguntó Pauline, mirando a Faith con encono.

A Faith la cabeza le daba vueltas. Se apoyó en la pared, intentando no desmayarse. Sintió algo húmedo entre las piernas. Otro retortijón, casi como una contracción.

—Llaman a una ambulancia —repitió.

—Basura... —murmuró Tom Coldfield—. No sois más que basura.

—Cállate —le espetó Pauline.

—Aparta a esta mujer de mí... —dijo Tom con voz ronca—. Y tira la llave después...

—Cállate —repitió Pauline con los dientes apretados.

Tom emitió un sonido gutural. Estaba riéndose.

—«Oh, Absalón, me he alzado».

Pauline forcejeó para ponerse de rodillas.

—Vas a ir derecho al infierno, cabrón enfermo.

—No —le advirtió Faith, alzando de nuevo su revólver—. Busca un teléfono.

Miró a Darla por encima de su hombro.

—Coge mi móvil del baño —le dijo.

Pauline se inclinó sobre Tom y Faith volvió bruscamente la cabeza.

—No —repitió.

Pauline sonrió maliciosamente, su boca parecía la de una calabaza de

Halloween. En lugar de volver a colocar sus manos alrededor del cuello de Tom Coldfield, le escupió en la cara.

—En Georgia está vigente la pena de muerte, hijo de puta. ¿Por qué crees que me trasladé aquí?

—Espera —dijo Faith desconcertada—, ¿le conoces?

Los ojos de la mujer centellearon con un odio infinito.

—Pues claro que le conozco, zorra ignorante. Es mi hermano.

Capítulo veinticuatro

Will estaba tendido de lado en el suelo de la cocina de Judith Coldfield, viéndola llorar con la cara enterrada entre sus manos. Le picaba la nariz, y era curioso que eso le molestara, pues tenía un cuchillo de cocina clavado en la espalda; al menos creía que era un cuchillo de cocina. Cada vez que intentaba girar la cabeza, el dolor se volvía tan intenso que le daba la sensación de que se iba a desmayar.

No sangraba demasiado. Lo realmente peligroso era que el cuchillo se moviera, que se saliera de la vena o arteria afectada y empezara a desangrarse. Si lo pensaba en términos puramente mecánicos, la hoja de acero estaba clavada entre el músculo y el tendón, y eso hacía que la cabeza le diera vueltas. Tenía el cuerpo empapado en sudor y empezaba a sentir escalofríos. Curiosamente, mantener el cuello erguido era lo más difícil. Tenía los músculos tan tensos que su cabeza palpitaba con cada latido. Si los relajaba un segundo, el dolor que sentía en los hombros le traía a la boca el sabor del vómito.

—Es un buen chico —le dijo Judith sin levantar la cara de las manos—. Usted no sabe lo bueno que es.

—Cuéntemelo. Dígame por qué cree que es bueno.

La petición la cogió por sorpresa. Por fin se quitó las manos de la cara y le miró, y al parecer se percató de que la vida de Will estaba en peligro.

—¿Le duele?

—Pues sí, me duele mucho —admitió—. Tengo que llamar a mi

compañera. Tengo que saber si está bien.

—Tom nunca le haría daño.

El hecho de que se sintiera obligada a decirlo hizo que la sangre de Will se le helara en las venas. Faith era una buena policía. Sabía cuidar de sí misma, excepto si no podía. Hacía unos días se había desmayado, se había derrumbado en el suelo del aparcamiento de los tribunales. ¿Y si volvía a desmayarse? ¿Y si se desmayaba y, al despertar, se encontraba en otra cueva, en otra cámara de tortura excavada por Tom Coldfield?

Judith se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—No sé qué hacer...

Will no creía que fuera a aceptar sugerencias.

—Pauline Seward se fue de Ann Arbor, Michigan, hace veinte años. Tenía entonces diecisiete.

Judith apartó la vista.

—Según el expediente de su desaparición, se fue de casa porque su hermano abusaba de ella —aventuró Will.

—Eso no es cierto. Pauline era... ella se lo inventó.

—He leído el informe —mintió Will—. Vi lo que su hermano le hizo.

—Él no le hizo nada —insistió Judith—. Pauline se lo hizo ella sola.

—¿Se hacía daño a sí misma?

—Se hacía daño, sí. Se inventaba cosas. Siempre andaba causando problemas, desde el mismo momento en que nació.

Will debería haberlo imaginado.

—Pauline es su hija. —Judith asintió, evidentemente disgustada por el hecho—. ¿Qué clase de problemas causaba?

—No quería comer —explicó la anciana—. Se negaba a comer. Nos pasábamos la vida de médico en médico. Nos gastamos hasta el último centavo en ayudarla, y ella nos lo pagó yendo a la policía y contándonos cosas horribles sobre Tom. Cosas verdaderamente horribles.

—¿Que le hacía daño?

Judith vaciló y asintió de forma casi imperceptible.

—Tom siempre ha tenido una naturaleza tierna. Pero Pauline era demasiado... —Meneó la cabeza, incapaz de encontrar las palabras—.

Inventaba historias sobre él. Historias espantosas. Yo sabía que no podían ser ciertas. Incluso cuando era una niña decía mentiras. Siempre estaba buscando nuevas formas de hacer daño a la gente. De hacerle daño a Tom.

—Ese no es su verdadero nombre, ¿verdad?

Judith miraba algo por encima de su hombro, probablemente el mango del cuchillo.

—Tom es su segundo nombre. El primero es...

—¿Matías? —aventuró Will.

Judith asintió de nuevo y por un momento se permitió pensar en Sara Linton. Lo había dicho de broma, pero había acertado de pleno. «Encuentra a uno que se llame Matías y habrás encontrado a tu asesino.»

—Después de la traición de Judas, los apóstoles tuvieron que decidir quién les iba a ayudar a contar la historia de la resurrección de Jesús. —Por fin lo miró a los ojos—. Eligieron a Matías. Era un hombre santo, un fiel discípulo de nuestro Señor.

Will parpadeó para evitar que el sudor se le metiera en los ojos.

—Todas las mujeres que han desaparecido o muerto están relacionadas con su refugio. Jackie donó las cosas de su madre, el banco donde trabaja Olivia Tanner es uno de los patrocinadores, el bufete de Anna Lindsey se ocupa gratuitamente de sus asuntos legales. Ahí es donde Tom debió de conocerlas.

—¿Y cómo lo sabe?

—Dígame qué otra cosa pueden tener en común.

Judith le miró fijamente a los ojos y Will pudo leer la desesperación en su rostro.

—Pauline —dijo—, ella podría...

—Pauline ha desaparecido, señora Coldfield. La secuestraron en un aparcamiento hace dos días. Delante de su hijo de seis años.

—¿Tiene un hijo? —preguntó Judith boquiabierta—. ¿Pauline tiene un niño?

—Felix, su nieto.

Judith se llevó la mano al pecho.

—Los médicos nos dijeron que nunca podría... No lo entiendo. ¿Cómo

ha podido tener un hijo? Dijeron que nunca podría quedarse...

Meneaba la cabeza con aire incrédulo.

—¿Su hija padecía un trastorno de la alimentación?

—Buscamos ayuda, pero al final... —Movi6 la cabeza, como si todo fuera inútil—. Tom la chinchaba con su peso, pero todos los hermanos pequeños hacen rabiar a sus hermanas mayores. l nunca quiso hacerle daño. Nunca fue su intenci6n...

La mujer hizo una pausa para sobreponerse. Se abri6 una grieta en su fachada cuando se permiti6 considerar la posibilidad de que su hijo fuera realmente el monstruo que le estaba describiendo Will. Pero se recuper6 de inmediato y mene6 la cabeza enérgicamente.

—No, no le creo. Tom jamás le haría daño a nadie.

El cuerpo de Will comenz6 a temblar. Seguía sin perder mucha sangre, pero solo conseguía apartar el dolor de su mente durante un minuto. No podía sujetar la cabeza, o tenía que parpadear para que el sudor no le entrara en los ojos, y entonces el dolor era insoportable. La oscuridad seguía llamándole, seguía teniendo la tentaci6n de dejarse llevar. Cerr6 los ojos por unos segundos, luego unos segundos más. Se oblig6 a despertar alzando bruscamente la cabeza y aullando de dolor.

—Necesita ayuda —dijo Judith—. Debería ir a buscar ayuda.

Pero la mujer no se movi6. El teléfono volvi6 a sonar y ella se limit6 a mirarlo.

—Hábleme de la cueva.

—Yo no s nada de eso.

—A su hijo le gustaba excavar hoyos?

—A mi hijo le gusta ir a la iglesia. Adora a su familia. Le gusta ayudar a la gente.

—Hábleme del número once.

—Y qué quiere que le diga?

—Tom parece sentir preferencia por ese número. Tiene algo que ver con su nombre?

—Le gusta, eso es todo.

—Judas traicion6 a Jesús. Había once ap6stoles hasta que lleg6 Matías.

—Conozco perfectamente la Biblia.

—¿Pauline la traicionó? ¿Se sentía usted incompleta hasta que llegó su hijo?

—Eso que dice no tiene sentido para mí.

—Tom está obsesionado con el número once —le explicó Will—. Le arrancó la undécima costilla a Anna Lindsey. Le metió once bolsas de basura en la vagina.

—¡Basta! —gritó—. No quiero oír nada más.

—Las electrocutó. Las torturó y las violó.

—¡Solo intentaba salvarlas! —chilló Judith.

Sus palabras resonaron por la diminuta habitación como una bola de *pinball* al chocar contra los topes metálicos.

Judith se cubrió la boca con la mano, horrorizada.

—Usted lo sabía —dijo Will.

—Yo no sabía nada.

—Tiene que haberlo visto en las noticias. Los nombres de algunas de las mujeres se han hecho públicos. Tuvo que reconocerlos por su trabajo en el refugio. Vio a Anna Lindsey en la carretera después de que Henry la atropellara. Llamó a Tom para que se ocupara de ella, pero había demasiada gente alrededor.

—No.

—Judith, usted conoce...

—Conozco a mi hijo —insistió—. Si estuvo con esas mujeres sería porque intentaba ayudarlas, nada más.

—Judith...

La mujer se puso de pie y Will se percató de que estaba furiosa.

—No voy a seguir escuchando sus mentiras sobre mi hijo. Lo he criado desde que era un bebé. Lo he tenido entre... —juntó los brazos como si estuviera acunando a un recién nacido—. Lo apreté contra mi pecho y juré que lo protegería.

—¿Y no hizo eso con Pauline, también?

Su rostro carecía ahora de toda expresión.

—Si Tom no viene tendré que ocuparme de usted yo misma. —Cogió un

cuchillo de un taco de madera—. No me importa pasar el resto de mi vida en la cárcel. No voy a permitir que destruya a mi hijo.

—¿Está segura de poder hacerlo? Apuñalar a alguien por la espalda no es lo mismo que hacerlo de frente.

—No voy a permitir que le haga daño. —Sujetaba el cuchillo con ambas manos—. No lo voy a permitir.

—Suelte el cuchillo.

—¿Qué le hace pensar que puede decirme lo que tengo que hacer?

—Mi jefa está detrás de usted, apuntándole a la cabeza con un revólver.

La mujer se sobresaltó, emitiendo un gemido al volver la cabeza y ver a Amanda al otro lado de la ventana. Sin previo aviso, Judith alzó el cuchillo y se dispuso a clavarlo en el pecho de Will. La ventana explotó y la anciana cayó al suelo justo delante de él, con el cuchillo todavía en la mano. La sangre formó un círculo perfecto en la parte de atrás de su blusa.

Will oyó el golpe al abrirse la puerta. Un montón de gente irrumpió en la casa, se oyeron fuertes pisadas, una voz dando órdenes enérgicamente, y ya no pudo percibir nada más. Dejó caer la cabeza y el dolor le perforó hasta el alma. Medio inconsciente, vio los tacones de Amanda. Se arrodilló junto a él. Su boca se movía, pero no podía oír lo que estaba diciendo. Quería preguntarle por Faith, por su bebé, pero resultaba demasiado fácil dejarse arrastrar por la oscuridad.

TRES DÍAS MÁS TARDE

Capítulo veinticinco

Resultaba difícil mirar a Pauline McGhee, incluso con su hijo sentado en el regazo. Tenía la boca destrozada después de romper a mordiscos la malla de alambre, así que no se le entendía muy bien cuando hablaba, pues le habían cosido los labios. Los diminutos puntos que sujetaban la piel le daban un aspecto como de Frankenstein. Y sin embargo resultaba difícil sentir simpatía por ella, quizás porque seguía refiriéndose a Faith como «esa zorra».

—Pues no sé qué puedo decirte, zorra —le dijo—. Llevo veinte años sin ver a mi familia.

Will se revolvía en su asiento, al lado de Faith. Tenía el brazo en cabestrillo y en la expresión de su cara se podía leer el dolor, pero había insistido en estar presente durante la entrevista. Faith no podía culparle por querer respuestas. Por desgracia, empezaba a quedar claro que no las iban a obtener de Pauline.

—Tom ha vivido en dieciséis ciudades diferentes en los últimos treinta años —le explicó Will—. Hemos encontrado casos similares en doce de ellas: mujeres que fueron secuestradas y de las que nadie volvió a saber. Siempre desaparecían por parejas. Dos mujeres al mismo tiempo.

—Sé lo que es una puta pareja.

Will abrió la boca para hablar, pero Faith alargó el brazo por debajo de la mesa y le apretó la rodilla. Sus tácticas habituales no estaban funcionando. Pauline McGhee era una superviviente, dispuesta a pasar por encima de quien hiciera falta con tal de salvar el pellejo. Había dejado inconsciente a patadas a

Olivia Tanner para asegurarse de que sería la primera en abandonar el sótano. Habría estrangulado a su hermano con sus propias manos si Faith no la hubiera detenido. No era alguien a quien se pudiera llegar a través de la empatía.

Faith se arriesgó.

—Pauline, déjate de gilipolces. Sabes que puedes marcharte cuando quieras. Si aún estás aquí será por algo.

La mujer miró a Felix y le acarició el pelo. Por un instante, Pauline McGhee casi pareció un ser humano. El niño tenía algo capaz de transformarla, y Faith entendió de repente que esa aparente dureza era un escudo protector que tan solo Felix podía traspasar. El niño se había quedado dormido en sus brazos en cuanto su madre se sentó a la mesa de juntas. Se metía el dedo en la boca, y Pauline se lo sacó varias veces antes de rendirse. Faith entendía perfectamente que no quisiera perder de vista a su hijo, pero aquella conversación no era la más apropiada para los oídos de un niño.

—¿De verdad pensabas dispararme? —preguntó Pauline.

—¿Qué? —dijo Faith, aunque sabía perfectamente a qué se refería Pauline.

—En el pasillo. Le habría matado. Quería matarle.

—Soy oficial de policía —respondió Faith—. Mi trabajo es salvar y proteger vidas humanas.

—¿Proteger esa vida? —le preguntó Pauline con incredulidad—. Sabes perfectamente lo que ha hecho ese hijo de puta.

Señaló a Will con la barbilla.

—Escucha a tu compañero. Mi hermano ha matado como mínimo a dos docenas de mujeres. ¿De verdad crees que merece un juicio? —Besó la cabeza de Felix—. Deberías haberme dejado matarlo. Estrangularlo como a un chucho de mierda.

Faith no respondió, más que nada porque no había nada que decir. Tom Coldfield no había hablado. No se jactaba de sus crímenes ni se había ofrecido a decirles dónde tenía enterrados los cadáveres a cambio de que le perdonaran la vida. Estaba firmemente decidido a ir a la cárcel, probablemente al corredor de la muerte. No había pedido nada más que pan y

agua y su Biblia, que tenía tantas anotaciones en los márgenes que apenas se podía leer.

Sin embargo, Faith se había pasado las últimas noches dando vueltas en la cama, reviviendo aquellos segundos en el pasillo. A veces dejaba que Pauline matara a su hermano, y otras veces tenía que acabar disparándole a la mujer. Ninguna de las dos opciones le convencía, así que había terminado por resignarse y asumir que esa clase de emociones solo se curan con el tiempo. El proceso de pasar página resultaba más fácil ahora que el caso ya no era asunto suyo ni de Will. Como Matthias Thomas Cold-field había cometido sus crímenes en diversos estados, ahora era problema del FBI. Solo le habían permitido entrevistarse con Pauline porque suponían que existía un vínculo entre ambas. Nada más lejos de la realidad.

O a lo mejor no.

—¿De cuánto estás? —le preguntó Pauline.

—De diez semanas —respondió Faith.

Cuando los de la ambulancia llegaron a casa de Tom Cold-field estaba al borde de la locura. No podía dejar de pensar en su bebé, en si estaría a salvo o no. Incluso después de ver latir su corazón en el monitor fetal Faith siguió llorando, suplicándole a los TES que la llevaran al hospital. En aquel momento estaba segura de que se equivocaban, de que algo terrible había sucedido. Curiosamente, la única persona que fue capaz de convencerla de lo contrario fue Sara Linton.

Mirándolo por el lado bueno, toda su familia sabía ya que estaba embarazada gracias a las enfermeras del Grady, que se habían referido a ella como «esa policía embarazada tan histérica» todo el tiempo que había permanecido en urgencias.

Pauline acarició de nuevo el pelo de Felix.

—Me puse muy gorda cuando estaba embarazada de él. Fue muy desagradable.

—Es difícil —admitió Faith—. Pero merece la pena.

—Supongo. —Rozó la cabeza de su hijo con sus maltrechos labios—. Es lo único bueno que tengo.

Faith solía decir lo mismo de Jeremy, pero ahora, viendo a Pauline

McGhee, se daba cuenta de la suerte que tenía. Faith tenía a su madre, que la quería pese a todos sus defectos. Tenía a Zeke, aunque se hubiera trasladado a Alemania para huir de ella. Tenía a Will, y para bien o para mal, tenía a Amanda. Pauline no tenía a nadie; solo a un niño pequeño que la necesitaba desesperadamente.

—Cuando tuve a Felix me dio por pensar en ella, en Judith —dijo Pauline—. ¿Por qué me odiaba tanto?

Miró a Faith como si esperara una respuesta.

—No lo sé —respondió—. No entiendo cómo alguien puede odiar a su propia hija. A cualquier niño, en realidad.

—Bueno, hay niños que dan asco, pero tu propia hija...

Pauline se quedó callada durante un buen rato, y Faith se preguntó si habrían vuelto a la casilla de salida.

—Necesitamos saber por qué ha sucedido todo esto, Pauline —dijo Will—. Yo necesito saberlo.

Pauline miraba por la ventana con aire distraído, con su hijo cerca del corazón. Cuando empezó a hablar lo hizo en voz tan baja que Faith tuvo que aguzar el oído para entenderla.

—Mi tío me violaba.

Faith y Will se quedaron callados, dejándole espacio para que se sintiera cómoda.

—Yo tenía tres años —les confesó Pauline—, luego cumplí cuatro, y después cinco. Un día, por fin, me decidí a contárselo a mi abuela. Pensé que la muy bruja me salvaría, pero le dio la vuelta y empezó a decir que yo era una niña diabólica. —Torció el gesto con rencor—. Mi madre les creyó a ellos, en lugar de a mí. Se puso de su lado, como siempre.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Nos mudamos. Siempre nos mudábamos cuando las cosas se ponían feas. Papá pedía el traslado en el trabajo, vendíamos la casa y volvíamos a empezar. Otra ciudad, otro colegio, pero la misma situación de mierda.

—¿Cuándo empezaron a ir las cosas mal con Tom? —le preguntó Will.

—Yo tenía quince años. —Pauline se encogió de hombros—. Por aquel entonces tenía una amiga, Alexandra McGhee. Por eso elegí ese apellido

cuando me cambié de nombre. Vivimos en Oregón un par de años antes de trasladarnos a Ann Arbor. Ahí fue donde empezó todo con Tom, cuando todo empezó a ir mal. —Su tono era monótono ahora, como si en lugar de sus secretos más terribles les estuviera explicando algo que le habían contado sobre algún asunto sin importancia—. Estaba obsesionado conmigo, como enamorado de mí. Me seguía como un perrito faldero, olía mi ropa, trataba de acariciarme el pelo y...

Faith intentó disimular su repulsión, pero se le revolvió el estómago al imaginar lo que aquella mujer le estaba contando.

—De pronto, Alex dejó de venir a casa —continuó Pauline—. Éramos muy amigos. Yo quería saber si había dicho o hecho algo que... Tom le estaba haciendo daño. No sabía cómo. Al menos no lo supe al principio. Pero lo descubrí enseguida.

—¿Qué pasó?

—Alex escribía esa frase por todas partes, una y otra vez. En sus libros, en las suelas de sus zapatos, en la palma de la mano.

—«No voy a sacrificarme» —aventuró Will.

Pauline asintió.

—Uno de los médicos del hospital me sugirió aquel ejercicio. Se suponía que debía escribir la frase para convencerme de que no debía atracarme de comida y luego vomitar, como si escribir una puta frase un trillón de veces pudiera arreglarlo todo.

—¿Sabías que Tom obligaba a Alex a escribir aquella frase?

—Se parecía a mí —admitió Pauline—. Por eso le gustaba tanto. Era como mi sustituta: tenía el mismo color de pelo, la misma altura, y más o menos el mismo peso, aunque parecía más gorda que yo.

Las mismas características que todas las demás víctimas de Tom: todas se parecían a su hermana.

—Yo le pregunté por qué lo hacía, por qué la obligaba a escribir aquella frase —continuó Pauline—. Estaba muy cabreada. Le grité y él me pegó. No con la mano abierta, sino con el puño. Y cuando me caí al suelo, me dio una paliza.

—¿Qué pasó después? —le preguntó Faith.

Pauline se quedó mirando por la ventana, como abstraída, como si estuviera sola en la habitación.

—Alex y yo fuimos al bosque. Íbamos allí a fumar al salir del colegio. El día que Tom me pegó nos encontramos allí. Al principio, no quiso decirme nada, pero al final se vino abajo. Me contó que Tom la había estado llevando al sótano de nuestra casa para hacerle cosas. Cosas malas. —Cerró los ojos—. Alex se dejó porque Tom le dijo que si no lo hacía, empezaría a hacérmelo a mí. Me estaba protegiendo. —Abrió los ojos y miró a Faith con sorprendente intensidad—. Mi amiga y yo estuvimos hablando a ver qué podíamos hacer. Le dije que no serviría de nada contárselo a mis padres, que no iban a actuar. Así que decidimos ir a la policía; había un policía con el que tenía cierta confianza. Pero supongo que Tom nos siguió ese día. Siempre estaba vigilándonos. Tenía en mi habitación un intercomunicador de esos que se usan con los bebés. Oía lo que hablábamos y...

—Se encogió de hombros, pero Faith no tuvo dificultad en imaginar lo que hacía su hermano mientras las escuchaba—. El caso es que nos encontré en el bosque. Me golpeó en la nuca con una piedra, y no sé lo que le hizo a Alex. Estuve sin verla un tiempo. Creo que mi hermano intentaba que se viniera abajo. Eso fue lo más duro. ¿Estaría muerta? ¿La estaría pegando? ¿Torturándola? ¿O simplemente la había dejado escapar y ella no hablaba porque le tenía miedo? —Tragó saliva—. Pero no era nada de eso.

—¿Y qué era?

—La tenía en el sótano, preparándola para lo que estaba por llegar, que era mucho peor.

—¿Nadie la oía?

Pauline meneó la cabeza.

—Papá no estaba, y mamá... —Movié la cabeza de nuevo.

Faith estaba convencida de que nunca llegarían a saber hasta qué punto Judith conocía las inclinaciones sádicas de su hijo.

—No sé cuánto tiempo duró, pero al final Alex acabó en el mismo sitio que yo.

—¿Dónde?

—Bajo tierra. Estaba oscuro. Teníamos los ojos vendados. Nos metió

algodón en los oídos, pero podíamos oírlos. Estábamos atadas, pero... sabíamos que estábamos bajo tierra. Por el sabor, ¿entiendes? La boca te sabe a humedad y a polvo. Había excavado una cueva. Debió de tardar semanas. Le gustaba planearlo todo minuciosamente, controlar hasta el último detalle.

—¿Tom estuvo con vosotras todo el tiempo?

—Al principio no. Supongo que tenía que planear su coartada. Nos dejó allí unos días, atadas, para que no pudiéramos movernos, ni ver, y apenas oíamos nada. Al principio gritamos, pero... —Movi6 la cabeza, como para sacudirse de encima el recuerdo—. Nos traía agua, pero no comida. Debió de pasar una semana. Yo estaba bien; había aguantado mucho más que eso sin comer. Pero Alex... Se desmoronó. Lloraba todo el tiempo, me suplicaba que hiciera algo para ayudarla. Entonces volvió Tom y yo le supliqué que la hiciera callar, que hiciera algo para que no tuviera que escucharla más.

Pauline se quedó callada de nuevo, perdida en sus recuerdos.

—De repente, un día, algo cambi6. Empezó a meterse con nosotras.

—¿Qué hizo?

—Al principio se limitó a hablar. Nos dio por los sermones bíblicos; eran las estupideces que le metía mi madre en la cabeza contándole que era el sustituto de Judas, que había traicionado a Jesús. Se pasaba la vida diciendo que yo la había traicionado, que me había criado para ser una niña buena pero me había vuelto malvada, que había hecho que su familia la odiara por culpa de mis mentiras.

Faith citó la última frase que le había oído pronunciar a Tom Coldfield:

—«Oh, Absalón, me he alzado.»

Pauline se estremeció, como si las palabras le cortaran.

—Es de la Biblia. Amn6n violó a su propia hermana, y cuando hubo acabado con ella la repudió por ser una puta. —Sus maltrechos labios esbozaron algo parecido a una sonrisa—. Absalón era el hermano de Amn6n. Lo mató por haber violado a su hermana. —Pauline rio con amargura—. Qué pena que yo no tuviera otro hermano.

—¿Tom siempre estuvo obsesionado con la religión?

—No con lo que normalmente entendemos por religión. Retorcía la Biblia para que se adaptara a lo que él quería hacer. Por eso nos tenía a Alex y a mí

bajo tierra, para que pudiéramos resucitar como Jesús. —Alzó la vista y miró a Faith—. Delirante, ¿no? Hablaba y hablaba durante horas, nos decía lo malas que éramos y nos contaba cómo iba a redimirnos. Me tocó, pero yo no podía ver...

Pauline se estremeció, pero esta vez todo su cuerpo tembló. Felix se revolvió y su madre lo calmó para que volviera a dormirse.

Faith sentía que el corazón le latía con fuerza. Recordaba perfectamente cómo había tenido que pelear con Tom, el calor de su aliento en la oreja cuando le dijo: «Lucha».

—¿Qué hizo Tom cuando dejó de hablar? —le preguntó Will.

—¿Tú qué crees? —preguntó, en tono sarcástico—. No sabía lo que estaba haciendo, pero sabía que disfrutaba haciéndonos daño.

Tragó saliva, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Fue la primera vez... para las dos. Solo teníamos quince años. En aquella época las chicas no se acostaban con cualquiera. No es que fuéramos ángeles ni nada parecido, pero tampoco éramos un par de zorras.

—¿Os hizo algo más?

—Nos hacía pasar hambre. No como a las otras mujeres, pero nos lo hizo pasar bastante mal.

—¿Y las bolsas de basura?

Asintió una sola vez.

—Para él éramos basura. Nada más que basura.

Eso era lo que había dicho Tom en el pasillo.

—¿Nadie os echó de menos a ti o a Alex mientras Tom os tuvo en la cueva?

—Creyeron que nos habíamos escapado. Las chicas hacen esas cosas, ¿no? Se escapan de casa y si los padres dicen que son malas, que mienten continuamente y que no se puede confiar en ellas, a nadie le importa, ¿no? —No les dejó contestar—. Seguro que a Tom se le ponía dura cuando mentía a la policía diciéndoles que no tenía ni idea de dónde estábamos.

—¿Qué edad tenía Tom cuando sucedió todo esto?

—Es tres años menor que yo.

—Doce —dijo Will.

—No —le corrigió Pauline—, todavía no los había cumplido. Cumplió doce al mes siguiente. Mamá organizó una fiesta. El pequeño monstruo acababa de salir bajo fianza y ella le organizó una fiesta de cumpleaños.

—¿Cómo salisteis de la cueva?

—Nos dejó salir. Dijo que si se lo contábamos a alguien nos mataría, pero Alex se lo contó a sus padres y ellos la creyeron. —Soltó una risa mordaz—. Vaya si la creyeron.

—¿Qué le ocurrió a Tom?

—Lo detuvieron. La policía llamó a casa y mamá lo llevó a la comisaría. No vinieron a detenerlo. Solo llamaron a casa y dijeron que lo lleváramos. —Hizo una pausa, para recomponerse—. Tom tuvo que pasar un examen psiquiátrico. Hablaron de enviarlo a una cárcel como si fuera un adulto, pero no era más que un niño, y los loqueros se opusieron y dijeron que necesitaba ayuda. Podía parecer más pequeño cuando quería, mucho más de lo que era en realidad. Fingía quedarse desconcertado, como si no entendiera por qué la gente decía cosas tan malas de él.

—¿Qué decidieron los tribunales?

—Le diagnosticaron algo, no sé qué. Que era un psicópata, probablemente.

—Tenemos su expediente de las fuerzas aéreas. ¿Sabías que había servido en el ejército?

Pauline dijo que no con la cabeza y Faith se lo contó.

—Durante seis años. Le licenciaron en lugar de hacerle un consejo de guerra.

—¿Y eso qué significa?

—Pues, leyendo entre líneas, diría que las fuerzas aéreas no querían o no sabían cómo tratar su trastorno, así que le ofrecieron licenciarse con honor y él lo aceptó.

Los expedientes militares de Tom Coldfield estaban escritos en ese jerga administrativa que solo un veterano puede descifrar. Como médico, el hermano de Faith, Zeke, había reconocido todas las pistas. La clave de todo fue el hecho de que no hubieran llamado a Tom para luchar en Irak, ni siquiera cuando la situación llegó a tal punto que los criterios de alistamiento

desaparecieron por completo.

—¿Qué le pasó a Tom en Oregón? —preguntó Will.

Pauline respondió con tono bien medido.

—Se suponía que debía ingresar en un hospital público, pero mamá habló con el juez, le dijo que teníamos familia en el este y que podíamos llevarle allí e ingresarle en un hospital de la zona para que tuviera cerca a algún ser querido. El juez dijo que le parecía bien. Supongo que se alegraron de perdernos de vista. Más o menos como las Fuerzas Aéreas, ¿no? Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿Su madre le buscó algún tratamiento?

—Qué coño. —Se echó a reír—. Mi madre hizo lo mismo una y otra vez. Decía que Alex y yo mentíamos, que nos habíamos escapado y un desconocido nos había violado y estábamos intentando echarle la culpa a Tom porque le odiábamos y queríamos que la gente sintiera lástima por nosotras.

Faith sintió una angustia en la boca del estómago, preguntándose como era posible que una madre fuera tan ciega al sufrimiento de su propia hija.

—¿Fue entonces cuando empezaron a llamarse Coldfield? —preguntó Will.

—Nos lo cambiamos por Seward después de que detuvieran a Tom. No fue fácil. Había cuentas bancarias y toda clase de documentos en los que había que cambiar el nombre para que fuera legal. Mi padre empezó a hacer preguntas. No le gustaba nada aquello, porque tenía que hacer cosas: ir al juzgado, pedir copias de los certificados de nacimiento, rellenar formularios. Estaban en mitad de todo el lío, poniéndolo todo a nombre de Seward, cuando yo me escapé. Supongo que al irse de Michigan volvieron a cambiarlo por Coldfield. Los de Oregón no le hicieron ningún seguimiento a Tom. En lo que a ellos respectaba, el caso estaba cerrado.

—¿Volvió a saber de Alex McGhee?

—Se suicidó. —El tono de Pauline era tan frío que Faith se estremeció—. Imagino que no pudo superarlo. Hay mujeres que no pueden.

—¿Estás segura de que tu padre no tenía ni idea de lo que estaba pasando? —le preguntó Will.

—No quería saberlo —respondió Pauline.

Pero no había modo de confirmarlo. Henry Coldfield había sufrido un infarto masivo cuando le comunicaron lo que les había sucedido a su mujer y a su hijo. Había muerto de camino al hospital.

Will continuó insistiendo.

—Tu padre nunca se dio cuenta...

—Viajaba todo el tiempo. Se pasaba fuera varias semanas, a veces un mes entero. E incluso cuando estaba en casa nunca estaba realmente allí; salía con su avión o a cazar o a jugar al golf o hacer lo que le daba la gana. —El tono de Pauline se iba volviendo más hostil con cada palabra—. Tenían una especie de trato: ella llevaba la casa, no le pedía que la ayudara, y él hacía lo que le venía en gana siempre y cuando aportara su sueldo y no hiciera preguntas. Una vida perfecta, ¿eh?

—¿Tu padre abusó de ti alguna vez?

—No. No estaba allí para abusar de mí. Le veíamos por Pascua y por Navidad, eso era todo.

—¿Por qué en Pascua?

—No lo sé. Siempre fue una época muy especial para mi madre. Pintaba huevos y adornaba la casa. Le contaba a Tom la historia de su nacimiento, le decía que era muy especial, que siempre había deseado un hijo varón, que con él su vida estaba completa.

—¿Por eso decidiste huir el día de Pascua?

—Huí porque Tom estaba excavando otro hoyo en el jardín.

Faith le dio un momento para ordenar sus pensamientos.

—¿Eso fue en Ann Arbor?

Pauline asintió, con la mirada perdida.

—No le reconocí, ¿sabes?

—¿Cuándo te secuestró?

—Fue todo muy rápido. ¡Estaba tan condenadamente contenta de haber encontrado a Felix! Creí que le había perdido. Luego mi cerebro empezó a atar cabos y me di cuenta de que era Tom, pero ya era demasiado tarde.

—¿Lo reconociste?

—Lo presentí. No sé cómo explicarlo. Todas las células de mi cuerpo me

gritaron que era él. —Cerró los ojos unos segundos—. Cuando entré en el sótano todavía podía sentirlo. No sé qué me hizo mientras estaba inconsciente. No sé lo que hizo.

Solo de pensarlo Faith sentía escalofríos.

—¿Cómo te encontró?

—Creo que siempre supo dónde estaba. Se le da bien seguir la pista a la gente, observarles, adivinar cuáles son sus costumbres. Imagino que yo tampoco se lo puse muy difícil al elegir el nombre de Alex. —Rio sin ganas—. Me llamó al trabajo hará un año y medio. ¿Lo podéis creer? ¿Qué posibilidades hay de que yo atienda una llamada como esa y sea Tom el que esté al otro lado?

—¿Sabías que era él cuando te llamó?

—Joder, no. Habría cogido a Felix y habríamos huido.

—¿Para qué te llamó?

—Ya te lo he dicho. Fue una llamada de contacto. —Movi6 la cabeza con expresión incrédula—. Me habló del refugio, me dijo que aceptaban donaciones a cambio de recibos en blanco. Tenemos clientes muy ricos, y donan sus muebles viejos por la desgravación fiscal. Les hace sentir menos culpables por deshacerse de un salón de cincuenta mil dólares para sustituirlo por uno de ochenta mil.

Faith no podía siquiera concebir tales cifras.

—Así que decidiste recomendarles el refugio a vuestros clientes.

—Estaba cabreada con los de la ONG Goodwill. No vienen cuando les llamas, te dicen que pasarán entre las diez y las doce, por ejemplo. ¿Quién puede pasarse dos horas esperando? Mis clientes son millonarios, no pueden pasar toda la mañana esperando a que aparezca un perroflauta para llevarse los muebles. Tom dijo que con el refugio podíamos concertar una hora exacta y que serían puntuales. Y siempre lo eran. Eran amables y limpios, cosa muy rara. Se lo recomendé a todo el mundo. —Se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Se lo conté a todo el mundo.

—¿Incluidas las mujeres del chat?

Pauline se quedó callada.

Faith le contó lo que habían averiguado en los últimos días.

—El bufete de Anna Lindsey empezó a prestar asistencia jurídica al refugio hace seis meses. Olivia Tanner se convirtió en su principal benefactor el año pasado. Jackie Zabel llamó al refugio para que recogieran las cosas de casa de su madre. Alguien tuvo que hablarles del refugio.

—Yo no... No lo sabía.

Todavía no habían conseguido entrar en el chat. El sitio era demasiado sofisticado, y crackear las contraseñas ya no era una prioridad para el FBI, pues ya tenían a su hombre en la cárcel. Sin embargo, Faith necesitaba que se lo confirmara. Tenía que oírlo de labios de Pauline.

—Publicaste algún post hablando del refugio, ¿verdad?

Pauline no contestó.

—Cuéntamelo —dijo Faith, y por algún motivo, la petición funcionó.

—Sí, lo publiqué.

Faith no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Exhaló el aire lentamente.

—¿Cómo supo Tom que todas padecían desórdenes de la alimentación?

Pauline alzó la vista. Sus mejillas empezaban a recobrar el color.

—¿Cómo os enterasteis vosotros?

Faith se quedó reflexionando unos segundos. Lo sabían porque habían investigado las vidas de las mujeres de forma tan metódica como lo había hecho Tom Coldfield. Este las seguía, las espiaba en sus momentos más íntimos. Y ninguna de ellas se había dado cuenta.

—¿La otra mujer está bien? —preguntó Pauline— La que estaba conmigo en el sótano.

—Sí. —Olivia Tanner estaba lo suficientemente recuperada como para negarse a hablar con la policía.

—Es una zorra muy dura.

—Tú también —le dijo Faith—. Hablar con ella podría ayudarte.

—No necesito ayuda.

Faith no se molestó en discutir.

—Sabía que Tom acabaría encontrándome —dijo Pauline—. Yo no dejaba de entrenar. Quería asegurarme de que podría aguantar sin comer. Quería asegurarme de que podría sobrevivir. Cuando nos cogió a Alex y a mí

siempre iba a por la que gritaba más, a por la que se desmoronaba primero. Quería asegurarme de que esa no sería yo. Así fue como me ayudé yo solita.

—¿Tu padre nunca preguntó por qué tu madre quería mudarse y cambiarse de nombre? —le preguntó Will.

—Ella le dijo que era para que Tom pudiera empezar de nuevo, para que todos pudiéramos empezar de nuevo. —Se echó a reír amargamente y se dirigió a Faith—. Siempre gira todo alrededor de los chicos, ¿verdad? Las madres y sus hijos varones. A las hijas que les den por saco. A quien verdaderamente quieren es a los chicos.

Faith se llevó la mano a la barriga. Aquel gesto se había convertido en algo natural en los últimos días. Desde el principio había creído que la criatura que llevaba dentro era un chico; otro Jeremy que le haría dibujos y le cantaría canciones. Otro meoncete que presumiría delante de sus amigos de que su mamá fuera policía. Otro chaval que sería respetuoso con las mujeres. Otro adulto que sabría por su madre soltera lo duro que era pertenecer al bello sexo.

Ahora Faith rezaba para que fuera una niña. Todas las mujeres que habían conocido durante la investigación de aquel caso habían encontrado la manera de odiarse a sí mismas mucho antes de tropezarse con Tom Coldfield. Todas ellas estaban acostumbradas a privar a sus cuerpos de todo: desde el alimento hasta el calor de algo tan esencial como el amor. Faith quería mostrarle otro camino a su hija. Quería a una niña para poder criarla de modo que tuviera la oportunidad de quererse a sí misma. Quería ver a esa niña crecer para convertirse en una mujer fuerte que supiera cuál era su valor en el mundo. Y no quería que ninguno de sus hijos conociera nunca a una mujer tan amargada y lisiada como Pauline McGhee.

—Judith está en el hospital —le dijo Will—. La bala no le alcanzó el corazón.

Las aletas de la nariz de Pauline se dilataron. Los ojos se le llenaron de lágrimas y Faith se preguntó si alguna parte de ella, por pequeña que fuese, todavía quería conservar algún tipo de vínculo con su madre.

—Puedo llevarte a verla, si quieres —le ofreció Faith.

Pauline se secó las lágrimas y soltó una carcajada seca.

—Ni se te ocurra, zorra. Ella nunca ha estado ahí para cuidarme, y te juro por lo más sagrado que yo no voy a estar ahí para cuidarla a ella. —Se cambió a su hijo de brazo—. Tengo que llevarle a casa.

—Si pudieras al menos... —dijo Will.

—Si pudiera, ¿qué?

Will no sabía qué responder. Pauline se levantó y se fue hacia la puerta, intentando sujetar a Felix mientras tiraba del pomo.

—Seguramente el FBI querrá ponerse en contacto contigo —le dijo Faith.

—Pues me pueden besar el culo. —Consiguió abrir la puerta—. Y vosotros también.

Faith se quedó mirándola mientras se alejaba por el pasillo, cambiándose a Felix de brazo al doblar la esquina de camino a los ascensores.

—Dios —exclamó Faith en voz baja—. Resulta difícil sentir lástima por ella.

—Hiciste lo correcto —le dijo Will.

Faith volvió a verse en aquel pasillo con Tom, apuntando a la cabeza de Pauline, con Tom forcejeando en el suelo. No les entrenaban para herir a los sospechosos, les entrenaban para disparar una andanada de balas directas al pecho.

A menos que una fuera Amanda Wagner, en cuyo caso hacía un solo disparo que causaba el daño suficiente para reducir al sospechoso pero no para matarlo.

—Si tuvieras que volver a hacerlo, ¿dejarías que Pauline matara a Tom? —le preguntó Will.

—No lo sé —confesó Faith—. Iba con el piloto automático. Hice aquello para lo que me entrenaron.

—Teniendo en cuenta lo que ha tenido que pasar Pauline... —Will no quiso terminar la frase—. No es una mujer muy agradable.

—Es una auténtica zorra con la sangre muy fría.

—Qué raro que no me haya enamorado de ella.

Faith se echó a reír. Había visto a Angie en el hospital cuando subieron a Will del quirófano.

—¿Qué tal está la señora Trent?

—Asegurándose de que pago las primas de mi seguro de vida. —Sacó su móvil—. Le dije que volvería a las tres.

Faith no hizo ningún comentario sobre su nuevo móvil, ni sobre su expresión de recelo. Imaginó que Angie Polaski había vuelto a su vida. No le quedaba más remedio que acostumbrarse, del mismo modo que te acostumbras a una cuñada trabajosa o a la insufrible y malcriada hija del jefe.

Will echó la silla hacia atrás.

—Supongo que debería irme.

—¿Quieres que te acerque en el coche?

—Prefiero caminar.

No vivía muy lejos de allí, pero hacía apenas setenta y dos horas que había pasado por el quirófano. Faith hizo ademán de protestar, pero Will la detuvo.

—Eres una buena policía, Faith, y me alegro de que seas mi compañera.

Pocas cosas podría haber dicho que le sorprendieran más.

—¿En serio?

Will se agachó y le besó la coronilla. Antes de que ella pudiera responder, le dijo:

—Si alguna vez te encuentras con Angie subida encima de mí de esa manera, no le avises, ¿vale? Tú solo aprieta el gatillo.

Epílogo

Sara se apartó para que pudieran sacar al paciente de la sala de urgencias. El hombre había chocado frontalmente contra un motorista que debía de pensar que las luces rojas eran solo para los coches. El motorista había muerto, pero el conductor había salvado la vida gracias al cinturón de seguridad. A Sara no dejaba de asombrarle la cantidad de gente que veía a diario en las urgencias del Grady que pensaba que no es necesario ponerse el cinturón de seguridad. Y había visto también a otros tantos en la morgue cuando trabajaba como forense del condado de Grant.

Mary entró para limpiarlo todo y dejarlo listo para el siguiente paciente.

—Buen salvamento —le dijo.

Sara sonrió. Al Grady llegaba solo lo peor de lo peor. No era una frase que escuchara muy a menudo.

—¿Qué tal está esa policía preñada tan histérica, Mitchell?

—Faith —le dijo Sara—. Bien, supongo.

La habían trasladado en helicóptero hasta el hospital dos semanas antes, y desde entonces no había hablado con ella. Cada vez que pensaba en coger el teléfono para enterarse de cómo estaba sucedía algo que se lo impedía. Por otro lado, Faith tampoco la había llamado. Probablemente le daba cierta vergüenza que Sara la hubiera visto en un estado tan lamentable. Teniendo en cuenta que hasta hacía poco ni siquiera estaba segura de querer continuar con su embarazo, Faith Mitchell lloró como un bebé cuando creyó que lo había perdido.

—¿No se ha terminado ya tu turno? —le preguntó Mary.

Sara miró el reloj. Hacía veinte minutos que había acabado.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó, señalando los desechos que había tirado al suelo unos minutos antes mientras intentaba salvarle la vida al paciente.

—Vete —le dijo Mary—. Llevas aquí toda la noche.

—Tú también —le recordó Sara, pero no iba a esperar a que le dijeran dos veces que se marchara.

Fue por el pasillo hasta la sala de médicos, y se echó a un lado para dejar pasar a los celadores que trasladaban camillas de un lado a otro a toda velocidad. Los pacientes volvían a estar como sardinas en lata, y se agachó para pasar por debajo del mostrador de las enfermeras y evitar tropezarse con ellas. La televisión que había encima del mostrador tenía puesta la CNN, y vio que el caso de Tom Coldfield seguía siendo noticia.

El despliegue había sido espectacular, pero a Sara le sorprendía que no hubiera acudido más gente a contar su versión de los hechos. No esperaba que Anna Lindsey quisiera ganar dinero contando su historia, pero el hecho de que las otras dos víctimas tampoco hubieran querido decir una palabra resultaba más que sorprendente en una época en la que los acuerdos para sacar una película o una exclusiva en televisión se cerraban inmediatamente. Sara dedujo de lo que había oído en los informativos que el DIG no había revelado todos los detalles de la historia, pero le iba a resultar difícil encontrar a alguien que quisiera contarle la verdad.

Naturalmente, nadie podía culparla por intentarlo. Faith había sido incapaz de hablar con coherencia cuando la trasladaron a urgencias, pero Will Trent había pasado la noche en observación. El cuchillo de cocina no había afectado las principales arterias, pero sus tendones eran otra cosa. Tendría que hacer rehabilitación durante varios meses para recuperar por completo la movilidad. Pese a todo, Sara pasó por su habitación a la mañana siguiente para sonsacarle descaradamente. Su actitud hacia ella había cambiado, y estuvo todo el tiempo tirando de la sábana hasta que por fin se la sujetó pudorosamente debajo de la barbilla, como si Sara no hubiera visto nunca el pecho desnudo de un hombre.

La mujer de Will apareció unos minutos después, y Sara se dio cuenta inmediatamente de que aquel momento incómodo entre ella y Will en el sofá había sido cosa de su imaginación. Angie Trent era muy atractiva y tenía además ese aire sexy y peligroso que vuelve locos a los hombres. A su lado, Sara se sintió incluso menos interesante que el papel de la pared del hospital. Se disculpó y salió de la habitación tan deprisa como pudo sin resultar maleducada. Los hombres que se sentían atraídos por una mujer como Angie Trent no sentían el menor interés por mujeres como Sara.

Se sintió aliviada al descubrirlo, aunque un poco decepcionada también. Resultaba halagador pensar que un hombre la encontraba atractiva. Aunque tampoco pensaba hacer nada al respecto. Sara jamás podría volver a entregarle su corazón a otro ser humano como había hecho con Jeffrey. No es que fuera incapaz de amar; simplemente no podía volver a abandonarse de esa manera a un sentimiento.

Al llegar a la sala de médicos se cruzó con Krakauer.

—Hola. ¿Sales ya?

—Sí —le dijo Sara, pero el médico se marchaba ya por el pasillo, con la vista al frente, tratando de ignorar a los pacientes que le llamaban.

Fue hasta su taquilla y giró la rueda. Sacó su bolso y lo dejó en el banco que tenía detrás. La cremallera se abrió. Vio el borde de la carta entre su monedero y las llaves.

La Carta. La explicación. La excusa. Una súplica de absolución. El intercambio de culpas.

¿Qué podía tener que decirle la mujer que había terminado con una sola mano con la vida de Jeffrey?

Sacó la carta. Acarició el sobre entre sus dedos. No había nadie más en la sala. Estaba a solas con sus pensamientos. A solas con la diatriba. Con las divagaciones. Con las pueriles justificaciones.

¿Qué se podía decir? Lena Adams trabajaba para Jeffrey. Era una de las detectives que tenía bajo su mando en el departamento de policía del condado de Grant. Jeffrey le había cubierto las espaldas, la había sacado de un montón de líos y había enmendado sus errores durante diez años. A cambio, ella había puesto su vida en peligro, y era la responsable de que se hubiera

mezclado con la clase de hombres que mataban por deporte. Lena no había colocado aquella bomba, ni sabía de su existencia. Ningún tribunal la habría condenado por sus acciones, pero Sara sabía —desde lo más hondo de su ser— que era responsable de la muerte de Jeffrey. Había sido la que había hecho que se cruzara en el camino de los hombres que le asesinaron. Como de costumbre, Jeffrey había intervenido para protegerla, y eso le había costado la vida.

Por todo ello, Lena era tan culpable de su muerte como el hombre que puso la bomba. En lo que a Sara respectaba, incluso más culpable que él, porque sabía que se había quedado con la conciencia tranquila. Sabía que no podían presentar ningún cargo contra ella, que nadie la iba a castigar. No le iban a tomar las huellas ni a humillarla obligándola a desnudarse para ser cacheada y que le tomaran las fotos. No tendrían que ponerla en aislamiento para protegerla de las reclusas que querrían matar a la policía que acababan de mandar a la cárcel. No tendría que sentir el pinchazo en su brazo. No vería a Sara a través del cristal de la sala de ejecución de la cárcel del estado, esperando a que pagara sus crímenes con la muerte.

Había conseguido salir impune de un asesinato a sangre fría, nunca la castigarían por ello.

Sara rasgó la esquina del sobre y deslizó el dedo por debajo de la solapa. La carta estaba escrita en papel pautado de color amarillo; eran tres folios escritos por una sola cara y numerados. La tinta era azul, probablemente de un rotulador de punta fina.

A Jeffrey le gustaban los cuadernos de papel amarillo pautado, como a la mayoría de los policías. Siempre tienen un montón de ellos almacenados, y uno a mano nuevecito cuando algún sospechoso se decide a confesar. Deslizan el cuaderno por la mesa, destapan un bolígrafo nuevo y ven fluir las palabras del bolígrafo al papel, y al confesor en pleno paso de sospechoso a delincuente.

A los jurados les gustan las confesiones escritas en papel amarillo pautado. Es algo que les resulta familiar, menos formal que un documento impreso, aunque siempre hay una copia impresa que lo respalda. Sara se preguntó si habría en alguna parte una transcripción de aquella carta escrita

en mayúsculas que tenía en sus manos. Porque —y estaba tan segura de ello como de que estaba en la sala de médicos del hospital Grady—, aquello era una confesión.

Sin embargo, ¿qué más daba? ¿Cambiarían algo las palabras de Lena? ¿Le iban a devolver a Jeffrey? ¿Le devolvería su antigua vida, la vida que ella quería?

Después de tres años y medio, Sara sabía perfectamente que no. Nadie podía devolverle todo aquello, ni ruegos ni píldoras ni castigos. Ninguna lista podría nunca capturar un momento. Ningún recuerdo podía recrear ese estado de felicidad absoluta. Ya no habría más que un vacío, un hueco en la vida de Sara en el lugar que un día ocupó el único hombre sobre la faz de la tierra al que podría amar.

En resumen, no importaba lo que Lena tuviera que decirle, leerla no le traería ninguna paz. Quizás el hecho de saberlo lo hiciera más fácil.

Pero se sentó en el banco que tenía detrás y leyó la carta de todas formas.

Agradecimientos

Antes de nada, quisiera darles las gracias de todo corazón a mis lectores por su continuo apoyo. Escribí la historia de Sara con gran determinación, y espero que todos penséis que ha merecido la pena.

Por el lado editorial, quisiera darles las gracias a los mismos de siempre: las dos Kates (M y E, respectivamente), Victoria Sanders y, en general, a la gente de Random House en el Reino Unido, Estados Unidos y Alemania. Mención especial merecen mis amigos de Busy Bee. Me gustaría daros las gracias en holandés, pero no sé decir más que tacos. *Schijten!*

El GBI (Georgian Bureau of Investigation) tuvo la amabilidad de permitirme acompañar a algunos de sus agentes especiales y de sus técnicos para conocer de primera mano su trabajo. Olé por el trabajo que hacéis. Al director, Vernon Keenan, a John Bankhead, Jerry Gass, agente especial adjunto Jesse Maddox, agente especial Wes Horner, agente especial David Norman y a todos los que no puedo mencionar aquí: gracias por haberme dedicado parte de vuestro tiempo y por vuestra paciencia, especialmente por la que habéis demostrado ante mis preguntas más absurdas.

El personaje de Sara continúa en deuda con el doctor David Harper por haber compartido con ella sus muchos años de experiencia en el ejercicio de la medicina. Trish Hawkins y Debbie Teague fueron, una vez más, decisivas a la hora de ponerle obstáculos a Will, y también de ayudarme a idear el modo de sortearlos. Don Taylor, eres un amor y un amigo de los buenos.

Mi padre me preparó calditos de verduras cuando la medicina para la

gripe me nublaba el juicio y no podía hilar dos frases seguidas. D.A. se ocupaba de pedir pizza cuando mis dedos estaban demasiado cansados de tanto escribir.

Ah... Y, una vez más, me he permitido algunas licencias con las calles y los lugares emblemáticos. Por ejemplo, la autopista 316 que lleva hasta Conyers no tiene nada que ver con la autovía 316 que atraviesa Dacula. Es ficción, no lo olvidéis.



KARIN SLAUGHTER, nació en Covington (Estados Unidos), el 6 de Enero de 1971.

Graduada en la Morrow High School, estudió en la Georgia State University, y tras sus estudios trabajó como diseñadora y vendedora. Publicó por primera vez en el año 2001, y sus libros han estado en varias ocasiones en las listas de éxitos del New York Times.

Es autora de novelas policíacas.